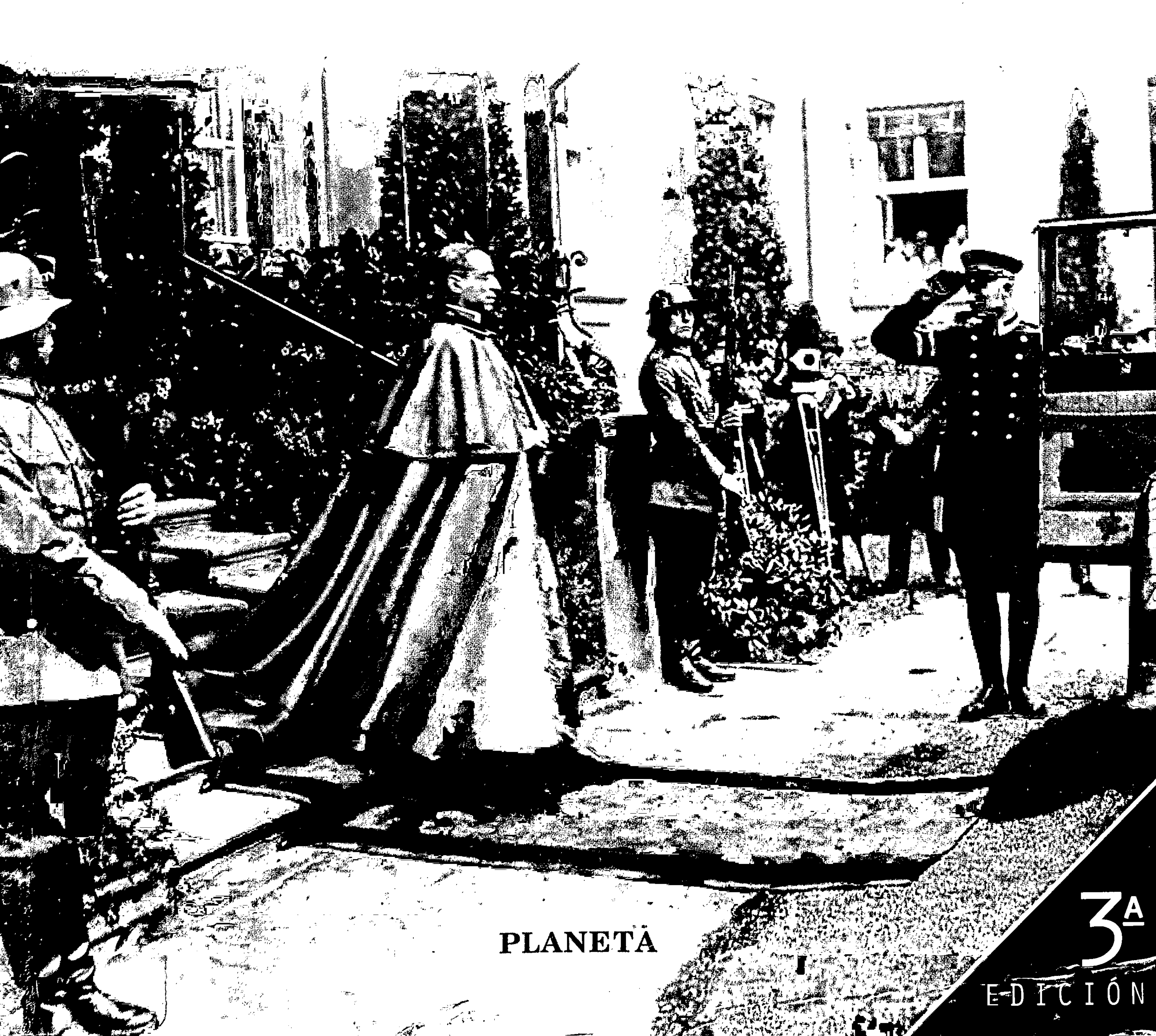
JOHN CORNWELL

EL PAPA DE HITLER

La verdadera historia de Pío XII



PLANETA

3ª EDICIÓN


Foto © Jerry Bauer.

JOHN CORNWELL es Senior Research Fellow en el Jesus College de Cambridge, así como periodista y escritor. Autor de otros libros de éxito sobre la historia de los papas, colabora asiduamente en varias publicaciones británicas de prestigio, como *The Independent* y *The Observer*, analizando temas referentes a la Iglesia católica.

John Cornwell

El Papa de Hitler

Documento

John Cornwell

El Papa de Hitler

La verdadera historia de Pío XII

Traducción de Juan María Madariaga

PLANETA

SPANISH

Título original: Hitler's Pope. The secret
history of Pius XII

Còrsega, 273-279, 08008 Barcelona
(España)
Diseño de la cubierta: Josep Bagà
Ilustración de la cubierta: el arzobispo
Pacelli, futuro Papa Pío XII, abandona
el palacio presidencial en Berlín, marzo
de 1929 (foto © Keystone/Sygma, Londres)
Primera edición: febrero de 2000
Segunda edición: marzo de 2000
Tercera edición: mayo de 2000
Depósito Legal: B. 20.145-2000
ISBN 84-08-03417-0
Composición: Ormograf, S. A.
Impresión: Hurope, S. L.
Encuadernación: Encuadernaciones
Roma, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

Índice

[Pacelli creía] que sólo se podían obtener éxitos mediante la diplomacia papal. El sistema de concordatos condujo, a él y al Vaticano, a alejarse de la democracia y del sistema parlamentario. [...] Se suponía que los gobiernos rígidos, la rígida centralización y los tratados rígidos abrirían una era de orden estable, de paz y tranquilidad.

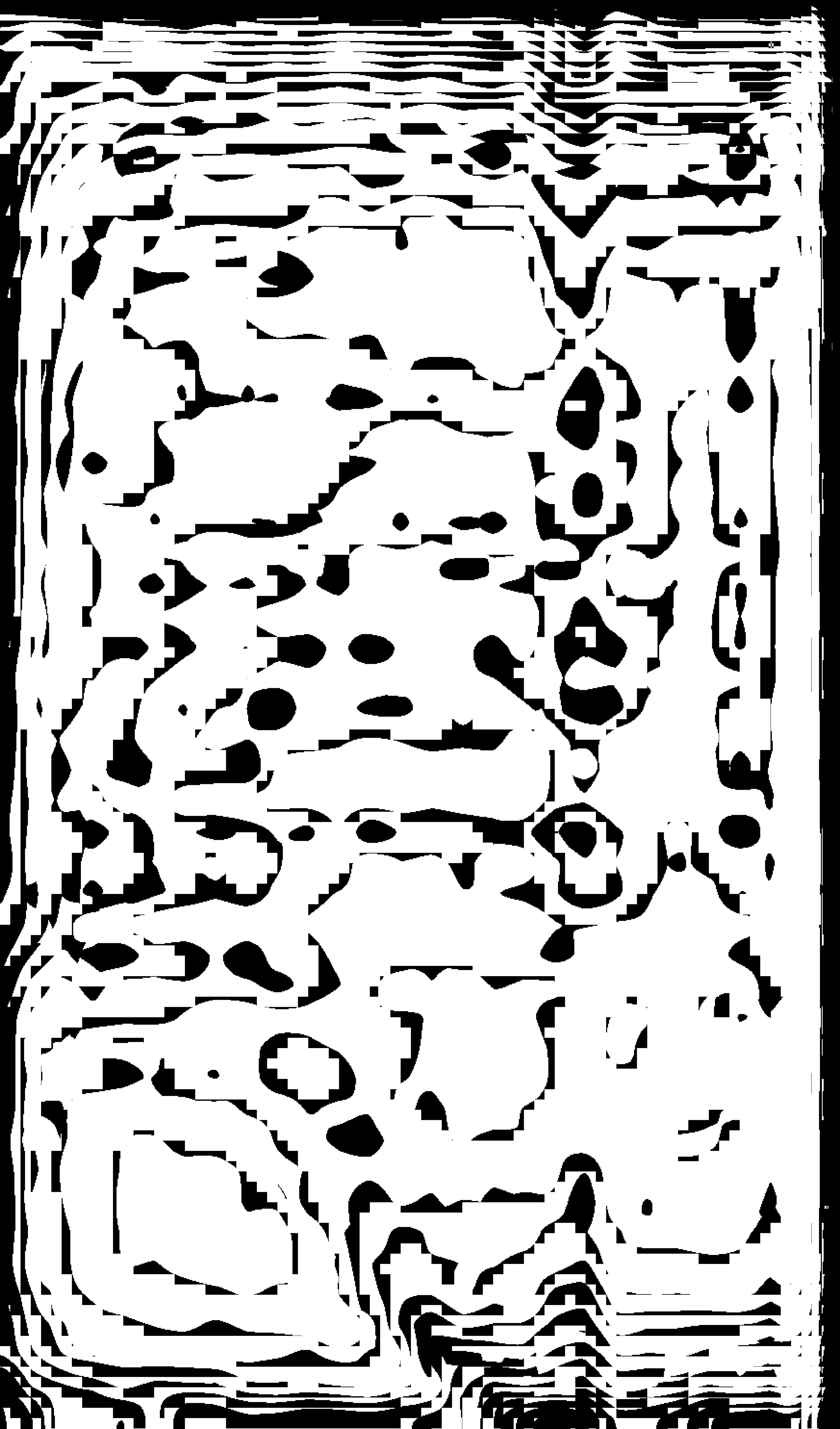
HEINRICH BRÜNING, canciller alemán (1930-1932)

Pío XII y los judíos. [...] Se trata de un asunto demasiado triste y demasiado serio [...] un silencio profunda y totalmente cómplice de las fuerzas que traen consigo opresión, injusticia, agresión, explotación y guerra.

THOMAS MERTON

El proceso de beatificación y canonización de Pío XII, venerado por muchos millones de católicos, no se interrumpirá ni retrasará por los injustificables y calumniosos ataques contra aquel virtuoso gran hombre.

Padre PETER GUMPEL, S. J., *relator* del proceso de canonización de Pío XII



PREFACIO

Hace algunos años, en una cena con un grupo de estudiantes de doctorado, entre los cuales había católicos, surgió el tema del papado y la discusión se caldeó. Una joven dijo que le resultaba difícil comprender que una persona en su sano juicio pudiera ser católica, dado que la Iglesia se había pronunciado a favor de los más perniciosos dirigentes de derechas del siglo (Franco, Salazar, Mussolini, Hitler...). Su padre era catalán y sus abuelos paternos habían sufrido la persecución de Franco durante la guerra civil. Se planteó entonces la cuestión de la actitud de Eugenio Pacelli (Pío XII, el Papa del período de guerra), y si había hecho algo o no por salvar a los judíos de los campos de la muerte.

Como a muchos otros católicos de mi generación, el tema me resultaba familiar. La polémica se inició con la pieza teatral de Rolf Hochhuth El Vicario *(1963), que presentaba a Pacelli —de forma inadmisible, pensaba la mayoría de los católicos— como un cínico cruel, más interesado por salvar los bienes del Vaticano que por la suerte de los judíos. Pero la obra de Hochhuth desencadenó una controversia acerca de la culpabilidad del papado y de la Iglesia católica en la Solución Final, en la que cada aportación suscitaba una respuesta desde el extremo opuesto. Los principales participantes, cuyos trabajos repaso al final de este libro, se ocupaban sobre todo del comportamiento de Pacelli en los años de guerra. Sin embargo, su influencia en el Vaticano comenzó en la primera década del siglo, y fue creciendo durante un período de casi cuarenta años, hasta su elección como Papa en 1939, en vísperas de la segunda guerra mundial. Me pareció que para hacerse una idea imparcial de Pacelli, así como de sus hechos y omisiones, era necesario contar con una crónica más amplia*

que las escritas hasta el momento. Tal estudio debía abarcar no sólo sus primeras actividades diplomáticas, sino su vida entera, incluyendo el desarrollo de su evidente espiritualidad desde la niñez. Estaba convencido de que si se estudiaba la totalidad de su vida, el pontificado de Pío XII quedaría absuelto. Por eso decidí escribir un libro que satisficiera a un amplio abanico de lectores, viejos y jóvenes, católicos y no católicos, que siguen planteándose preguntas acerca del papel del papado en la historia del siglo XX. *El proyecto, pensé, no debía ser el de una biografía convencional, ya que el impacto de un papa en los asuntos generales borra las acostumbradas distinciones entre biografía e historia. Un Papa, después de todo, cree, junto con cientos de millones de fieles, que es el representante de Dios en la tierra.*

Solicité entonces acceso al material reservado, convenciendo de mi ánimo benévolo a los encargados de los diferentes archivos. Actuando de buena fe, dos jesuitas pusieron a mi alcance materiales no considerados hasta ahora: los testimonios bajo juramento recopilados hace treinta años para la beatificación de Pacelli, así como otros documentos de la Secretaría de Estado vaticana. Al mismo tiempo comencé a revisar y estudiar críticamente la gran cantidad de trabajos relacionados con las actividades de Pacelli durante los años veinte y treinta en Alemania, publicados en los pasados veinte años, pero en general inaccesibles para casi todo el mundo.

A mediados de 1997, cuando me aproximaba al fin de mi investigación, me encontraba en un estado que sólo puedo calificar de shock moral: el material que había ido reuniendo, que suponía la investigación más amplia de la vida de Pacelli, no conducía a una exoneración, sino por el contrario a una acusación aún más grave contra su persona. Analizando su carrera desde comienzos de siglo, mi investigación llevaba a la conclusión de que había protagonizado un intento sin precedentes de reafirmar el poder papal, y que ese propósito había conducido a la Iglesia católica a la complicidad con las fuerzas más oscuras de la época. Encontré pruebas, además, de que Pacelli había mostrado desde muy pronto una innegable antipatía hacia los judíos, y de que su diplomacia en Alemania en los años treinta le había llevado a traicionar a las asociaciones políticas católicas que podrían haberse opuesto al régimen de Hitler e impedido la Solución Final.

Eugenio Pacelli no era un monstruo; su caso es mucho más complejo, más trágico. El interés de su biografía reside en la fatal combinación de elevadas aspiraciones espirituales en conflicto con su exa-

gerada ambición de poder y control. El suyo no es un retrato del Mal, sino de una fatal fractura moral, una separación extrema entre la autoridad y el amor cristiano. Las consecuencias de esa escisión fueron la colusión con la tiranía, y en último término la complicidad con su violencia.

Al culminar el Concilio Vaticano I en 1870, el arzobispo Henry Manning de Westminster saludó con alborozo la doctrina de la primacía e infalibilidad papal, como «un triunfo del dogma sobre la historia». En 1997, el Papa Juan Pablo II, en su documento Memoria *sobre la Solución Final, hablaba de Cristo como «Señor de la Historia». Seguramente ha llegado la hora de reconocer las lecciones de la reciente historia del papado.*

Jesus College, Cambridge, abril de 1999.

Prólogo

En el Año Santo de 1950, cuando millones de peregrinos acudieron a Roma para mostrar su adhesión al papado, Eugenio Pacelli, el Papa Pío XII, contaba setenta y cuatro años de edad y era un hombre todavía vigoroso, alto (1,80 m), extremadamente delgado, con menos de 60 kilos de peso,[1] ágil y de hábitos regulares; apenas había cambiado de aspecto desde el día de su coronación once años antes. Lo que más sorprendía a quienes lo veían de cerca por vez primera era su exagerada palidez: «La piel, tirante sobre sus marcados rasgos, casi gris-ceniza, enfermiza, parecía un viejo pergamino —escribía un observador— pero transparente, como si dejara pasar una llama fría y blanca.»[2] El efecto que producía sobre hombres de mundo nada sentimentales era a veces asombroso: «Su presencia irradiaba una bondad, calma y santidad que no había percibido antes en ningún otro ser humano —escribía James Lees-Milne—. Sonreía todo el tiempo, de una forma tan dulce y amable que resultaba imposible no sentir amor por él. Tanto me afectaba que apenas podía hablar sin que se me escaparan las lágrimas, y era consciente de que mis piernas temblaban.»[3]

En aquel Año Santo se produjeron muchas iniciativas papales: canonizaciones, encíclicas (cartas públicas a todos los fieles del mundo), incluso la declaración infalible de un dogma (la Asunción de la Virgen María), y Pío XII parecía incuestionablemente asentado en su pontificado, como si siempre hubiera sido Papa y lo fuera para siempre. A ojos de los quinientos millones de fieles de todo el mundo, encarnaba al Papa ideal: santidad, dedicación, autoridad suprema por mandato divino y, en ciertas circunstancias, infalibilidad en sus afirmaciones sobre cuestiones de fe y moral. Hasta hoy día, los italianos más ancianos se refieren a él como *«l'ultimo Papa»*.

Hombre de espíritu monacal, soledad y oración, concedía sin embargo frecuentes audiencias a políticos, escritores, actores, deportistas, hombres de Estado y reyes. Pocos eran los que no se sentían encantados e impresionados por él. Tenía unas hermosas y afiladas manos, que utilizaba con gran efectividad en sus constantes bendiciones. Sus ojos eran oscuros y grandes, casi febriles, tras las gafas montadas en oro. Su voz, aguda, una pizca exigente, con tendencia a pronunciar las palabras con exagerada meticulosidad. Cuando celebraba ceremonias religiosas, su rostro aparecía imperturbable y sus gestos y movimientos eran serenos y elegantes. Con sus visitantes se mostraba llamativamente afable, complaciente, haciendo que se sintieran cómodos, y sin la menor impresión de pomposidad o afectación. Tenía un humor fácil y sencillo, proclive a una risa silenciosa, con la boca abierta. Sus dientes, según un observador, parecían de «marfil antiguo».

Algunos hablaban de sensibilidad «felina», otros de ocasionales tendencias a una vanidad casi femenina. Ante la cámara se detectaba un vago narcisismo. No obstante, lo que más impresionaba a sus visitantes era su casta y juvenil inocencia, como la de un eterno seminarista o novicio. Se sentía a gusto con los niños, y los atraía. Nunca frivolizaba ni hablaba mal de nadie. Sus ojos se helaban, como los de una liebre, cuando le abrumaba una familiaridad excesiva o una frase poco cuidada. Estaba solo, de una forma extraordinaria y sublime.

¿Cómo expresar esa soledad única, esa egocéntrica sublimidad en la que los papas recientes han decidido vivir y depositar su ser?

Abrumado por el aislamiento de su puesto pontifical, Pablo VI, Papa en los años sesenta y setenta, se confesaba en un escrito, que igualmente podría haber pertenecido a Pacelli, a quien Pablo VI (entonces Giovanni Battista Montini) había servido durante quince años:

> Antes era solitario, pero mi soledad se ha hecho ahora completa y desconocida. De ahí el aturdimiento y el vértigo. Como una estatua sobre su pedestal, así es como vivo. Jesús también estaba solo en la cruz. No puedo buscar una ayuda externa que me exima de mi deber, absolutamente sencillo: decidir, asumir la responsabilidad de guiar a los demás, aunque a veces parezca ilógico o absurdo. Y sufrir solo. [...] Dios y yo. El diálogo debe ser pleno y sin fin.[4]

Esta conciencia papal del vértigo seguramente altera al hombre que lleva sobre sus espaldas la carga del papado. En ese aislamiento acechan ciertos peligros, en particular el de un creciente egoísmo y despotismo. Cuanto más largo sea el pontificado, más se afianzará la conciencia papal. El teólogo John Henry Newman, el más famoso converso británico al catolicismo del siglo XIX, ofreció un devastador veredicto sobre otro larguísimo pontificado: «No es bueno para un Papa serlo durante veinte años. Se trata de algo anómalo y no da buen fruto; se convierte en un dios, no hay nadie que le contradiga, no conoce los hechos, y realiza acciones crueles sin quererlo.»[5] A los diez años de su coronación, Pacelli había elevado el papado a una exaltación sin precedentes; no tenía ciertamente a nadie que le contradijera, e iba adoptando los gestos de alguien destinado a la canonización.

En 1950 se publicó un llamativo retrato de Pacelli en el cenit de su gloria y poder. Fotografiado desde arriba y de espaldas, mirando hacia la plaza de San Pedro, saluda a la bulliciosa multitud que le mira abajo como un coloso que abraza a la totalidad de la raza humana. El retrato es adecuado a este atrevido aserto inicial: *La ideología de la primacía papal, tal como la hemos conocido en nuestra memoria viva, es un invento de finales del siglo XIX y comienzos del XX.* En otras palabras, hubo un tiempo, antes de que existieran los modernos medios de comunicación, en que el modelo piramidal de autoridad católica —donde un solo hombre vestido de blanco gobierna la Iglesia con un poder inigualado— simplemente no existía. Hubo un tiempo en que la autoridad de la Iglesia católica estaba ampliamente distribuida, en los grandes concilios y en innumerables redes de discrecionalidad local. Como en una catedral medieval, había muchos chapiteles de autoridad. El más alto de todos ellos era ciertamente el papado, pero la primacía romana fue durante casi dos milenios más la de un tribunal de apelación que la de una autocracia sin límites.

Esa imagen característica de Pío XII —autoridad suprema, aunque amante, flotando sobre la plaza de San Pedro— sugiere varios rasgos que distinguen a los últimos papas de sus predecesores. Cuanto más elevado se halla el Pontífice, más pequeños e insignificantes parecen los fieles. Cuanto más responsable y autoritario es el Pontífice, menos derechos corresponden al pueblo de Dios,

incluidos los obispos, sucesores de los apóstoles. Y cuanto más santo y distante es el Pontífice, más profano y secular es el mundo en que vive.

Este libro cuenta la historia de la carrera de Eugenio Pacelli, el hombre que fue Pío XII, el eclesiástico más influyente en el mundo desde los primeros años treinta hasta finales de los cincuenta. Pacelli, más que cualquier otro personaje del Vaticano, contribuyó a establecer la ideología del poder papal, ese poder que él mismo asumió en 1939, en vísperas de la segunda guerra mundial, y que mantuvo con mano firme hasta su muerte en octubre de 1958. Pero su historia comienza tres décadas antes de ser elegido Papa. Entre las muchas iniciativas de su larga carrera diplomática, fue responsable de un tratado con Serbia que incrementó las tensiones finalmente conducentes a la primera guerra mundial. Veinte años después llegó a un acuerdo con Hitler que ayudó al Führer a despejar el camino que lo llevaría a la dictadura de forma legal, al neutralizar la potencial oposición y resistencia de 23 millones de católicos (34 millones después del *Anschluss*).

Los objetivos de Pacelli y su influencia como diplomático no pueden desligarse de los auspicios y presiones de la institución impulsora de su notable ambición. No era en absoluto un simple deseo de poder en sí mismo; los papas del siglo XX no han sido hombres soberbios ni codiciosos. Por el contrario, todos ellos han sido hombres de oración y conciencia meticulosa, agobiados por la accidentada historia de la antigua institución que encarnaban. Pacelli no era una excepción. Sin embargo ejerció una fatal y culpable influencia sobre la historia de este siglo, y ése es el tema de este libro.

Había nacido en Roma, en 1876, en una familia de abogados de la Iglesia, al servicio de un papado dolido por la incorporación de la casi totalidad del territorio y población de los Estados Pontificios al reciente Estado-nación italiano. Esa pérdida de soberanía había dejado al papado sumido en una crisis. ¿Cómo podían los papas considerarse a sí mismos independientes del statu quo político italiano ahora que eran meros ciudadanos de ese reino advenedizo? ¿Cómo podían seguir dirigiendo y protegiendo a una Iglesia en conflicto con el mundo moderno?

Desde la Reforma protestante, el papado había ido ajustándose a trancas y barrancas a las realidades de una cristiandad dividida, asediada por los retos de la Ilustración y las nuevas formas de entender el mundo. Como respuesta a los cambios sociales y políticos que se iban consolidando tras la gran conmoción de la Revolución francesa, el papado luchaba por sobrevivir y seguir ejerciendo su influencia en un ambiente de liberalismo, secularización, ciencia e industrialización, por no hablar de la evolución de la nación-Estado. Los papas se habían visto obligados a luchar en dos frentes, como primados de una Iglesia cercada por las nuevas realidades y como monarcas de un reino papal que se tambaleaba. Atrapado en una desconcertante serie de confrontaciones con los nuevos amos de Europa, el papado había tratado de proteger a la Iglesia universal al tiempo que defendía la integridad de su poder temporal en bancarrota.

La mayoría de los Estados de Europa occidental se inclinaban por separar a la Iglesia del Estado (o, en una red más compleja de oposiciones, el trono del altar, el papado del imperio, el clero del laicado, lo sagrado de lo profano). La Iglesia católica se convirtió a lo largo del siglo XIX en una institución oprimida en Europa; sus propiedades y riquezas eran sistemáticamente saqueadas; las órdenes religiosas y el clero, privados de su capacidad de acción; sus escuelas requisadas por el Estado o cerradas. El propio papado se vio repetidamente humillado (Pío VII y Pío VIII fueron hechos prisioneros por Napoleón), y los territorios papales en constante peligro de desmembramiento y anexión conforme ganaba fuerza la tendencia a la unificación italiana.

A través de las vicisitudes de la época, la Iglesia sufrió un desgarro interno por una cuestión cargada de consecuencias para el papado moderno: en líneas generales, la lucha se planteaba entre los que defendían una primacía papal absoluta desde el centro romano y los que proponían una mayor distribución de autoridad entre los obispos (de hecho, hubo incluso quienes sugirieron la formación de iglesias nacionales independientes de Roma). Ambas tendencias encontraron expresión en Francia desde el siglo XVII en adelante, aunque los antecedentes de la autocracia papal se remontaban al siglo XI y a la fundación del monarquismo pontificio. La autocracia romana fue indudablemente una de las causas principales de la Reforma.

El triunfo de los centralistas modernos, o «ultramontanos» (término acuñado en Francia para indicar un poder papal situado «más allá de las montañas», es decir, de los Alpes), quedó sellado en el Concilio Vaticano I, celebrado en 1870, con el fondo de la pérdida papal de sus dominios. En ese concilio, el Papa fue declarado infalible en cuestiones de fe y de moral, así como incuestionable primado, esto es, cabeza espiritual y administrativa de la Iglesia. En ciertos aspectos, esa definición satisfizo incluso a los que la consideraban inoportuna: se trataba, después de todo, de un reconocimiento de los límites tanto como del alcance de la infalibilidad y primacía del papado.

En las tres primeras décadas tras el Concilio Vaticano, durante el pontificado de León XIII, la Iglesia ultramontana se hizo fuerte. Se vivía una impresión de resurgimiento: la Roma eclesiástica florecía con nuevas instituciones académicas y administrativas; las misiones católicas llegaban a los confines de la tierra. Había una vigorizante sensación de lealtad, obediencia y fervor. El resurgimiento de la filosofía cristiana de santo Tomás de Aquino, o al menos cierta versión de sus planteamientos, proporcionaba mampuestos al bastión que se pretendía construir frente a las «ideas modernas» para defender la autoridad papal. En la primera década del siglo XX, sin embargo, comenzaron a emborronarse los límites de su infalibilidad y primacía. Un instrumento legal y burocrático había transformado el dogma en una ideología del poder papal sin precedentes en la larga historia de la Iglesia de Roma.

Pacelli, entonces un joven y brillante abogado de la curia, colaboró desde comienzos de siglo en una nueva redacción de las leyes de la Iglesia que garantizaban a los futuros papas un dominio incuestionable desde el centro romano. Esas leyes, desligadas de sus antiguas fuentes históricas y sociales, se compilaron en un manual conocido como Código de Derecho Canónico *(Codex Juris Canonici),* publicado y promulgado en 1917. Ese Código, distribuido al clero católico de todo el globo, creó los medios para establecer, aplicar y mantener una nueva relación de poder «de arriba abajo».

Como nuncio papal en Munich y Berlín durante los años veinte, Pacelli se esforzó por imponer el flamante Código en un *Land* tras otro, en un país cuya población católica era una de las mayores y más instruidas y ricas del mundo. Al mismo tiempo intentaba llegar a un concordato con el Reich, es decir, un tratado Iglesia-Es-

tado entre el papado y Alemania como un todo. La aspiración de Pacelli se vio más de una vez frustrada, no sólo por la oposición de los indignados dirigentes protestantes, sino también por la de los católicos que creían que su concepción de la Iglesia alemana era inaceptablemente autoritaria.

En 1933, Pacelli encontró en la persona de Adolf Hitler un oponente adecuado para negociar con éxito su concordato con el Reich. El tratado autorizaba al papado a imponer el nuevo Código a los católicos alemanes y garantizaba generosos privilegios a las escuelas católicas y al clero. A cambio, la Iglesia católica alemana, su partido político parlamentario y sus cientos y cientos de asociaciones y periódicos se comprometían, «voluntariamente», impulsados por Pacelli, a no inmiscuirse en la actividad social y política. Esa abdicación del catolicismo político alemán en 1933, negociado e impuesto desde el Vaticano por Pacelli con el respaldo del Papa Pío XI, permitió que el nazismo pudiera asentarse sin encontrar la oposición de la más poderosa comunidad católica del mundo, justo lo contrario de lo que había sucedido sesenta años antes, cuando los católicos alemanes se enfrentaron y derrotaron a Bismarck en su *Kulturkampf*. Como alardeó el propio Hitler en la reunión del gabinete del 14 de julio de 1933, la garantía de no-intervención ofrecida por Pacelli dejaba al régimen las manos libres para resolver a su modo la «cuestión judía». Según las actas de aquella reunión, «[Hitler] expresó su opinión de que debe considerarse un gran triunfo. El concordato concede a Alemania una oportunidad, creando un ámbito de confianza particularmente significativo en la urgente lucha contra la judería internacional».[6] La sensación de que el Vaticano respaldaba al nazismo contribuyó en Alemania y en el extranjero a sellar el destino de Europa.

La historia que se cuenta en este libro abarca pues los años de juventud de Pacelli, su educación y su formidable y temprana carrera antes de convertirse en Papa. La narración encuentra además un nuevo centro de gravedad en las fatídicas negociaciones con Hitler a comienzos de los años treinta. Esas negociaciones, a su vez, no pueden desligarse del desarrollo de la ideología del poder papal a lo largo del siglo ni de su comportamiento durante los años de guerra o de su actitud hacia los judíos. El período de posguerra de su pontificado, durante los años cincuenta, contempló la apoteosis de ese poder, cuando Pacelli presidía una Iglesia católica triunfante y

monolítica enfrentada al comunismo, tanto en Italia como más allá del Telón de Acero.

Pero aquello no podía mantenerse. Las estructuras y el estado de ánimo de la Iglesia católica comenzaron a mostrar signos de fragmentación y declive en los últimos años de Pío XII, despertando un anhelo de reflexión y renovación. Juan XXIII, quien había sucedido a Pacelli en 1958, convocó el Concilio Vaticano II en 1962, precisamente con la finalidad de acabar con el modelo de Iglesia centralizada y monolítica de sus predecesores y abrir la vía a una comunidad humana en movimiento, colegial y descentralizada. En dos documentos clave, *Lumen gentium (Luz de los pueblos)* y *Gaudium et spes (Alegría y esperanza)*, aparecía un nuevo énfasis en la historia, una liturgia accesible, la comunidad, el Espíritu Santo y el amor. La metáfora que debía guiar a la Iglesia del futuro sería la del «pueblo peregrino de Dios». Las expectativas eran prometedoras, y no faltaron disputas y preocupaciones; los viejos hábitos y disciplinas no se resignaban a dejar la escena. Tampoco era difícil detectar señales de que el centralismo papal y del Vaticano no iban a ceder el terreno fácilmente.

A punto de iniciarse el tercer milenio del cristianismo caben pocas dudas de que la Iglesia de Pío XII se reafirma de múltiples formas, algunas de ellas obvias y otras menos transparentes, pero sobre todo confirmando el modelo piramidal, la fe en la primacía del hombre vestido de blanco que dicta infaliblemente la verdad desde la cúspide. En los últimos años del largo pontificado de Juan Pablo II, la Iglesia católica ofrece una impresión general de falta de funcionalidad, pese a la histórica influencia de Juan Pablo II en el colapso de la tiranía comunista en Polonia y el entusiasmo del Vaticano por entrar en el tercer milenio con la conciencia limpia.

En la segunda mitad del pontificado de Juan Pablo II, la política de Pío XII ha vuelto a surgir para desafiar las resoluciones del Vaticano II, creando tensiones en la Iglesia católica que probablemente culminarán en una futura lucha titánica. Como comenta el teólogo británico Adrian Hastings: «La gran marea impulsada por el Vaticano II ha perdido su fuerza, al menos institucionalmente. Ha vuelto a surgir el viejo panorama, y el Vaticano II se interpreta ahora en Roma con el espíritu del Vaticano I y en el contexto del modelo que Pío XII quería para el catolicismo.»

Pacelli, cuyo proceso de canonización está muy avanzado, se ha convertido cuarenta años después de su muerte en emblema de los que leen y revisan las disposiciones del Concilio Vaticano II desde la perspectiva de una ideología del poder papal que ya se ha demostrado desastrosa en la historia del siglo XX.

1. Los Pacelli

Durante su pontificado, y aun después de su muerte, solía caracterizarse a Eugenio Pacelli como un miembro de la «nobleza negra», ese pequeño grupo de familias aristocráticas de Roma que se habían mantenido junto a los papas después de que les fueran arrebatados sus dominios en la enconada lucha por la creación del Estado-nación italiano. Los Pacelli, absolutamente leales al papado, no formaban parte en realidad de la aristocracia. Los antecedentes de la familia eran respetables pero modestos, enraizados por parte del padre en un lugar apartado próximo a Viterbo, pequeña ciudad a unos ochenta kilómetros al norte de Roma. Cuando nació Eugenio en 1876, uno de sus parientes, Pietro Caterini, a quien los miembros de su generación llamaban «el conde», todavía poseía una granja y tierras en el pueblecito de Onano. Pero el padre de Eugenio, y antes de él su abuelo, así como su hermano mayor, Francesco, debían su posición, no a lazos de consanguinidad con la nobleza ni a sus recursos económicos, sino a la pertenencia a la casta de los abogados laicos al servicio del papado.[1] Sin embargo, después de 1930, el hermano de Eugenio y tres de sus sobrinos fueron ennoblecidos como recompensa a los servicios legales y de negocios prestados a Italia y la Santa Sede.

Los vínculos de la familia Pacelli con la Santa Sede datan de 1819, cuando su abuelo Marcantonio Pacelli llegó a la Ciudad Eterna para estudiar Derecho Canónico bajo la protección de un pariente eclesiástico, monseñor Prospero Caterini. En 1834, Marcantonio era ya abogado del Tribunal de la Sagrada Rota, que se ocupa de asuntos tales como la anulación de matrimonios. Al tiempo que educaba a sus diez hijos (el segundo de los cuales era el padre de Eugenio, Filippo, nacido en 1837), Marcantonio fue con-

virtiéndose en un funcionario clave de la administración de Pío IX, más conocido en Italia y España como Pío Nono.

El temperamental, carismático y epiléptico Pío Nono (Giovanni Maria Mastai-Ferretti), coronado Papa en 1846, estaba convencido, como sus predecesores desde tiempo inmemorial, de que los territorios papales en el centro de la península italiana aseguraban la independencia de los sucesores de san Pedro. Si el Sumo Pontífice hubiera sido un habitante más de un país «extranjero», ¿cómo podría mantenerse libre de influencias locales? Sin embargo, tres años después de su coronación, Pío Nono había perdido ignominiosamente su soberanía sobre la Ciudad Eterna en beneficio del alzamiento republicano. El 15 de noviembre de 1849, el conde Pelligrino Rossi, ministro laico del gobierno de los Estados Pontificios, famoso por su incisivo sarcasmo, se dirigió al Palazzo della Cancelleria en Roma y saludó a la hosca multitud allí expectante con una desdeñosa sonrisa. Cuando estaba a punto de entrar en el edificio, un hombre se le acercó y le apuñaló fatalmente en el cuello. Al día siguiente, el palacio de invierno del Papa en el Quirinal fue saqueado, y Pío Nono, disfrazado con una sencilla sotana de cura y unas grandes gafas, huyó a la fortaleza costera de Gaeta, en el vecino reino de Nápoles. Con él iba Marcantonio Pacelli como consejero político y legal. Desde allí, Pío Nono denunció escandalizado la «ultrajante traición de la democracia», y amenazó a los eventuales votantes con la excomunión. Sólo con la ayuda de las bayonetas francesas y un préstamo de los Rothschild consiguió regresar un año más tarde al Vaticano y reemprender un reinado minúsculo sobre la ciudad de Roma y lo poco que le había quedado de los territorios papales.

Dadas las tendencias reaccionarias de Pío Nono, al menos desde ese momento, podemos suponer que Marcantonio Pacelli compartía el repudio de su Pontífice hacia el liberalismo y la democracia. Tras su retorno a Roma, Marcantonio fue designado miembro del Consejo de Censura, organismo encargado de investigar a los participantes en el «complot» republicano. En 1852 fue nombrado ministro del Interior. El régimen papal, en sus últimos años de existencia, no se caracterizó precisamente por su benevolencia. Un viajero inglés, en una carta al político William Gladstone escrita ese mismo año, describía Roma como una prisión: «No existe ni un soplo de libertad, ni la esperanza de una vida tranquila; dos ejér-

citos extranjeros, un estado de sitio permanente, atroces actos de venganza, enfrentamientos entre facciones rivales, descontento generalizado: ésos son los rasgos del gobierno papal en estos días.»[2]

Los judíos se convirtieron en blanco de las represalias posrepublicanas. Al comienzo de su reinado, Pío Nono se había caracterizado por su tolerancia, aboliendo el antiguo gueto judío, la práctica de los sermones encaminados a lograr la conversión de los judíos de Roma y la catequización forzada de los bautizados «por azar». Pero aunque el regreso de Pío Nono a Roma había sido pagado con un préstamo judío, los judíos romanos se vieron obligados a regresar al gueto y tuvieron que pagar, literalmente, por haber apoyado la revolución. Pío Nono se vio entonces envuelto en un escándalo que conmovió al mundo. En 1858, un niño judío de seis años, Edgardo Morata, fue raptado por la policía papal en Bolonia con el pretexto de que había sido bautizado in extremis por una criada poco después de nacer.[3] Ingresado en la reabierta Casa de Catecúmenos, el niño fue educado a la fuerza en la fe católica. Pese a las peticiones de sus padres, Pío Nono adoptó al niño, y acostumbraba a jugar con él escondiéndolo bajo su sotana y preguntando: «¿Dónde está el niño?» La opinión pública se sintió ultrajada; en el *New York Times* se publicaron no menos de veinte editoriales sobre el asunto, y tanto el emperador Francisco José de Austria como Napoleón III de Francia pidieron en vano al Papa que devolviera el niño a sus legítimos padres. Pío Nono mantuvo a Edgardo enclaustrado en un monasterio, donde fue finalmente ordenado como sacerdote.

El avance del nacionalismo italiano era sin embargo imparable, y Marcantonio Pacelli, junto a su Papa, participó en acontecimientos de gran trascendencia para el papado. En 1860, el nuevo Estado italiano, bajo el liderazgo del rey piamontés Víctor Manuel II, había conquistado casi todos los dominios papales. En su notorio *Syllabus de errores* (1864), Pío Nono denunció ochenta corrientes de pensamiento «modernas», entre las que se encontraban el socialismo, la francmasonería y el racionalismo. En la octogésima proposición, como resumen general, declaraba un grave error la pretensión de que «el Romano Pontífice pudiera reconciliarse con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna».

Pío Nono había erigido en torno a él los bastiones defensivos de la Ciudad de Dios, desde donde alzaba el estandarte de la fe cató-

lica, basada en la palabra de Dios tal como la transmitía él mismo, Sumo Pontífice y Vicario de Cristo sobre la Tierra. Fuera quedaban las normas del Anticristo, ideologías centradas en el hombre que habían sembrado el error desde la Revolución francesa. Y su fruto emponzoñado, declaraba, había infectado a la propia Iglesia, surgiendo movimientos que pretendían reducir el poder de los papas y proponían Iglesias nacionales independientes de Roma. Sin embargo existía una tendencia igual de influyente, de larga tradición, en el extremo opuesto: el ultramontanismo, que defendía un poder papal sin límites que abarcara a la totalidad del planeta, por encima de los límites nacionales y geográficos. Pío Nono comenzó por aquel entonces a preparar la declaración como dogma de fe de tal primacía, a la que se debía respeto. El mundo sabría hasta dónde llegaba su supremacía mediante un dogma, que todos deberían aceptar so pena de excomunión. El marco para las deliberaciones fue un gran concilio eclesiástico, un encuentro de todos los obispos bajo la presidencia del Papa, el Concilio Vaticano I, convocado por Pío Nono en 1869 y que duró hasta el 20 de octubre del año siguiente.

Al comienzo, sólo la mitad de los obispos asistentes al concilio parecían dispuestos a apoyar el dogma de la infalibilidad papal. Pero Pío Nono y sus partidarios fueron convenciendo poco a poco a la mayoría. Cuando el cardenal Guido de Bolonia protestó diciendo que sólo la asamblea de obispos de la Iglesia podía reclamar como suyo el testimonio de la tradición doctrinal, Pío Nono replicó: «¿El testimonio de la tradición? *Yo* soy la tradición.»[4]

El histórico decreto de la infalibilidad papal, que fue aprobado el 18 de julio de 1870 por 433 obispos, con sólo dos votos en contra, reza como sigue:

> El Romano Pontífice, cuando habla *ex cathedra*, es decir, cuando ejerciendo el oficio de pastor y maestro de toda la cristiandad, y contando con la divina asistencia prometida a san Pedro y sus sucesores, define [...] una doctrina relativa a la fe y la moral que debe ser mantenida por toda la Iglesia, posee la infalibilidad que el Divino Redentor quiso conceder a Su Iglesia [...] y por tanto esas definiciones del Romano Pontífice son intangibles en sí mismas, sin que dependan del acuerdo de la Iglesia.[5]

Un decreto adicional proclamaba que el Papa desempeñaba la jurisdicción suprema sobre sus obispos, individual y colectivamen-

te. El Papa quedaba así investido de un poder definitivo y sin precedentes. En el momento de adoptar esas grandes decisiones se desencadenó una tormenta sobre la catedral de San Pedro y un trueno, amplificado por la cavidad de la basílica, rompió la vidriera de una de las altas ventanas. Según *The Times* (Londres), los anti-infalibilistas vieron en ese acontecimiento una manifestación de la desaprobación divina, pero el cardenal Henry Manning, arzobispo de Westminster y entusiasta seguidor de Pío Nono, respondió con desdén: «Olvidan el Sinaí y los Diez Mandamientos.»[6]

Antes de que el concilio pudiera dedicar su atención a otras cuestiones, las últimas tropas francesas salieron de la Ciudad Eterna para defender París en la guerra franco-prusiana, entrando entonces los soldados del Estado italiano, que acabaron para siempre con el sometimiento de Roma al papado. Todo lo que le quedó a Pío Nono y su curia, los cardenales que gobernaban los antiguos Estados Pontificios, fueron las 44 hectáreas de la actual Ciudad del Vaticano, y eso gracias a la benevolencia del nuevo Estado-nación italiano. Negándose a aceptar ese *fait accompli*, Pío Nono se encerró en el palacio Apostólico frente a la plaza de San Pedro, rechazando la posibilidad de llegar a un acuerdo con el Estado y prohibiendo en vano a los católicos italianos que participaran en la política democrática.

Marcantonio Pacelli podría haberse quedado sin trabajo de no ser por la fundación en 1861 del nuevo diario vaticano, *L'Osservatore Romano*, que se convirtió en la voz «moral y política» del papado, y que financiado por el Vaticano sigue publicándose hoy día en siete idiomas. Mientras, el padre de Eugenio Pacelli, Filippo, siguiendo las huellas de Marcantonio, se convirtió en abogado de la Sagrada Rota, llegando a decano del Colegio de Abogados de la Santa Sede.

Los padres de Eugenio Pacelli se casaron en 1871. Su madre, Virginia Graziosi, era romana y, como suele decirse, hija piadosa de la Iglesia. Tenía doce hermanos, dos de los cuales se hicieron sacerdotes y otras dos tomaron el velo. Filippo Pacelli llevó a cabo labores pastorales en las parroquias de Roma, distribuyendo folletos religiosos a los pobres. Se le recuerda principalmente por su devoción a un libro titulado *Massime eterne (Principios eternos)*, una meditación sobre la muerte de Alfonso María Ligorio, el santo y moralista católico del siglo XVIII. Filippo distribuyó muchos cientos

de ejemplares por toda Roma, y cada año encabezaba una procesión a un cementerio romano, donde los peregrinos meditaban bajo su dirección sobre su inevitable destino.

La remuneración de los abogados laicos del Vaticano era escasa y la familia Pacelli no era lo que se dice próspera. Al parecer, tuvieron que atravesar tiempos duros, y el que llegaría a ser Pío XII recordaba años más tarde que en el piso que ocupaban no había calefacción, salvo un pequeño brasero en torno al cual se calentaban las manos los miembros de la familia.[7] Mientras que muchos de sus colegas laicos se habían incorporado después de 1870 a la bien pagada burocracia de la nueva Italia, los Pacelli se mantuvieron fieles al rechazo indignado que les provocaba la usurpación de Víctor Manuel. La burguesía leal al papado mantenía la costumbre de ponerse un solo guante, de situar una silla frente a la pared en la sala principal de la vivienda y de mantener siempre cerradas las contraventanas y una de las hojas de la puerta del *palazzo*, en recuerdo del patrimonio confiscado al papa. Los Pacelli compartían esos hábitos, y Eugenio fue educado en un ambiente de intensa piedad católica, una respetabilidad nada ostentosa y una sensación de agravio por las ofensas hechas al Papa. Por encima de todo, la familia estaba impregnada de un amplio abanico de conocimientos legales y de eficacia civil, internacional y eclesiástica. Tal como lo entendían los Pacelli, el papado y su Iglesia, amenazados por todas partes por las fuerzas destructivas de la modernidad, sólo podrían sobrevivir y recobrarse algún día mediante una sagaz y universal aplicación de la ley.

La Iglesia oprimida

En los años que siguieron al Concilio Vaticano I, Pío Nono contempló desde los pisos superiores del palacio Apostólico un panorama deprimente de opresión, en cuanto a la perspectiva global de la Iglesia católica en el mundo. En Italia se prohibieron las procesiones y los servicios religiosos fuera de las iglesias, las comunidades religiosas quedaron disueltas, las propiedades de la Iglesia confiscadas y los sacerdotes sometidos al servicio militar. De la nueva capital surgía un catálogo de medidas que la Santa Sede consideraba comprensiblemente como anticatólicas: legislación sobre el di-

vorcio, secularización de la escuela, abolición de muchas fiestas religiosas...

En Alemania, en parte como respuesta al «disgregador» dogma de la infalibilidad, Bismarck comenzó su *Kulturkampf* («lucha cultural») contra el catolicismo. Se prohibió a las órdenes religiosas el ejercicio de la enseñanza, se expulsó del país a los jesuitas, la instrucción religiosa y los seminarios quedaron bajo el control estatal y las propiedades de la Iglesia bajo el de comités de laicos; en Prusia se introdujo el matrimonio civil... Los obispos y clérigos que se oponían a la *Kulturkampf* fueron multados, encarcelados o desterrados. Lo mismo sucedía en otros países de Europa, como en Bélgica, donde se prohibió a los católicos el ejercicio de la enseñanza, o en Suiza, donde se disolvieron las órdenes religiosas. En Austria, país tradicionalmente católico, el Estado asumió el control de las escuelas y se aprobó la legislación que secularizaba el matrimonio; en Francia se desató una nueva oleada de anticlericalismo. Escritores, pensadores y políticos de toda Europa —Bovio en Italia, Balzac en Francia, Bismarck en Alemania, Gladstone en Inglaterra— proclamaban su convicción de que los días del papado, y con él el catolicismo, habían terminado.

Incluso los defensores más fervientes de Pío Nono comenzaban a sospechar que la larga duración de su papado estaba agravando todos esos problemas. Reflexionando sobre ello en 1876, el arzobispo de Westminster, Henry Manning, se explayó con pesimismo sobre la «oscuridad, confusión, depresión [...] inactividad y agotamiento» de la Santa Sede. ¿Iban realmente las cosas tan universal e irremediablemente mal? ¿Había conducido el oscurantismo del envejecido Pío Nono, en conflicto con el imparable avance de la modernidad, a la agonía del papado, la institución más antigua del mundo? Quizá, por el contrario, la desaparición final de las posesiones temporales del Pontífice, combinada con las ventajas de la comunicación moderna, había sentado las bases para nuevas perspectivas de poder, ni siquiera soñadas con anterioridad. Si tal idea cruzó por su mente, Pío Nono no llegó a admitirla públicamente salvo en sus últimas palabras: «Todo ha cambiado; mi sistema y mi política han pasado, pero yo soy demasiado viejo para cambiar mi rumbo; mi sucesor será quien tenga que afrontar esa tarea.»[8] Tras la muerte de Pío Nono el 7 de febrero de 1878, su cadáver fue finalmente trasladado de su sepulcro provisional en San Pedro a la

tumba definitiva en San Lorenzo. Cuando el cortejo se aproximaba al Tíber, un grupo de romanos anticlericales amenazó con arrojar el ataúd al río. Sólo la llegada de un pelotón de soldados salvó sus restos de aquel insulto final.[9]

Así finalizaba el más largo y quizá el más turbulento pontificado de toda la historia del papado.

INFANCIA Y JUVENTUD EN LA «NUEVA» ROMA

Eugenio Pacelli nació en Roma el 2 de marzo de 1876, en los últimos años pues del conflictivo papado de Pío Nono, en un piso que compartían sus padres y su abuelo Marcantonio en la tercera planta del número 3 de Via Monte Giordana (conocida ahora como Via degli Orsini). El edificio quedaba a pocos pasos de la Chiesa Nuova, con su recargado y dorado interior barroco; aproximándose al extremo oeste del Corso Vittorio Emanuele, se ve su pórtico, ligeramente retirado de la calle. Desde el portal del edificio donde vivían los Pacelli se llega en cinco minutos al puente de Sant'Angelo sobre el Tíber, y en quince a la plaza de San Pedro. Eugenio tuvo tres hermanos: la mayor, Giuseppina, tenía cuatro años cuando él nació, y su hermano mayor, Francesco, dos; cuatro años después nacería otra hermana, Elisabetta.

La Roma en la que nació y fue bautizado no había cambiado apenas en dos siglos. Más de la mitad del área limitada por las murallas de Aureliano estaba colmada de iglesias, oratorios y conventos. Esa Roma cristiana había crecido junto a las ruinas de la antigüedad clásica y las semiderruidas villas sombreadas por robles, naranjos y espléndidos pinos. Gran parte de la ciudad daba la impresión de un antiguo mercado. Todo esto iba a cambiar durante la infancia de Eugenio Pacelli, cuando en los años ochenta del pasado siglo Roma se convirtió en capital administrativa de un nuevo Estado, y un nuevo mundo de tecnología, comunicaciones y transportes comenzó a sacarla de su antiguo letargo.

Habían llegado los hombres del norte, construyendo la capital de la nación a toda prisa, con escaso respeto por el estilo o la planificación. Algunas de las innovaciones arquitectónicas y artísticas parecían concebidas como señales hostiles en dirección al Vaticano. El fanfarrón monumento con aspecto de tarta de boda en memoria

de Víctor Manuel II comenzó a alzarse en 1885 para glorificar la unificación del país bajo su primer rey. Una marcial estatua ecuestre de Garibaldi coronó la colina del Janículo, como si desde allí dominara tanto la nueva capital como la Ciudad del Vaticano.

A sus cinco años, Pacelli entró en un *kindergarten* regido por dos monjas en lo que hoy en día se conoce como Via Zanardelli. Para entonces, la familia se había trasladado a un piso mayor, en la Via della Vetrina, no lejos del anterior. Hizo sus primeros estudios en una escuela católica privada, de sólo dos aulas, situada en un edificio de la Piazza Santa Lucia dei Ginnasi, próxima a la Piazza Venezia. Era un centro sujeto al capricho de su fundador y director, el signore Giuseppe Marchi, que tenía la costumbre de lanzar soflamas desde lo alto de su tarima acerca de «la dureza de corazón de los judíos».[10] Uno de los biógrafos contemporáneos de Pío XII comenta sin ironía: «Había mucho que decir en favor del signore Marchi; sabía que las impresiones dejadas en los espíritus infantiles no desaparecen nunca.»[11]

A los diez años ingresó en el Liceo Quirino Visconti, una escuela pública con tendencias anticlericales y anticatólicas situada en el Collegio Romano, antigua sede de la famosa universidad de los jesuitas en Roma. El hermano de Eugenio, Francesco, llevaba ya dos años en esa escuela, lo que evidencia que Filippo Pacelli suponía que sus hijos saldrían beneficiados de un conocimiento precoz y directo de sus «enemigos» secularizadores, al tiempo que recibían la mejor educación clásica accesible en Roma.

Según recordaban sus hermanas, Eugenio era muy obstinado. Larguirucho, de constitución delicada, desde muy pequeño mostró una gran inteligencia y capacidad memorística. Era capaz de recordar páginas enteras y de repetir palabra por palabra una lección al salir de clase. Le complacía el estudio de las lenguas, clásicas y modernas. Escribía, tanto de joven como ya adulto, con una esmerada y elegante letra cursiva. Tocaba el violín y el piano, acompañando con frecuencia a sus hermanas, que cantaban y tocaban la mandolina. Le gustaba nadar, y durante las vacaciones montaba a caballo en la finca de sus primos en Onano.

Poco es lo que ha sobrevivido, ya sea en forma de anécdotas o recuerdos escritos, para intentar reconstruir el carácter y la personalidad de los padres de Eugenio Pacelli, salvo la referencia de la hija menor, Elisabetta, a su «gran rectitud». «De sus labios nunca

salían más que expresiones cuidadas», recordaba. Virginia Pacelli conducía a sus hijos varias veces al día a rezar ante una imagen de la Virgen situada un rincón de la casa, y toda la familia rezaba el rosario, juntos, antes de cenar. No existen evidencias de traumas infantiles ni de privaciones de ningún tipo; siendo sólo cuatro hermanos, Eugenio gozaba sin duda de una atención suficiente por parte de sus padres.

Los testimonios de su beatificación dedican especial atención a su temprana piedad. En su camino hacia la escuela siempre se detenía ante el cuadro de la Madonna della Strada, próximo a la tumba de Ignacio de Loyola en la Iglesia del Gesù. Una o dos veces al día abría allí su corazón a la Madonna, «contándole todo». Se dice que desde muy niño mostraba un desacostumbrado pudor. Su hermana menor recordaba que nunca salía de su habitación sin haberse vestido completamente. Era de carácter independiente y solitario; aparecía en las comidas llevando siempre consigo un libro; tras solicitar el permiso de sus padres y hermanos se sumergía inmediatamente en su lectura. En su adolescencia acudía con frecuencia a conciertos y representaciones, llevando consigo un cuaderno en el que escribía sus críticas durante los descansos. Elisabetta recordaba que solía componer «ramilletes espirituales» (pequeñas oraciones cuidadosamente escritas en una tarjeta) por las misiones o las ánimas del purgatorio, y que se imponía penitencias, como la renuncia a caprichos como los zumos de frutas. Siendo todavía un niño, asumió la tarea de catequizar al hijo del conserje del *palazzo* donde vivían, de cinco años de edad.

Actuaba como monaguillo en la Chiesa Nuova, asistiendo a la misa que decía un primo suyo,. y al igual que muchos otros niños destinados al sacerdocio, su juego favorito consistía en disfrazarse y representar la celebración de la misa en su cuarto. Su madre le animaba en ello, regalándole una pieza de damasco que podía adaptar como casulla, o velas para adornar el supuesto altar. Cierto año reprodujo todas las celebraciones de la semana de Pascua. Cuando una tía enferma no podía ir a misa, el joven Eugenio le ofrecía un simulacro que incluía naturalmente una homilía de su propia invención.

Una figura importante en la vida de Eugenio desde sus ocho años fue un cura oratoriano, el padre Giuseppe Lais. Según Elisabetta, su padre pidió a éste que cuidara de la salud espiritual de

Eugenio. Lais se convirtió en huésped frecuente de la familia Pacelli, informándoles regularmente de los progresos de Eugenio. Hay indicaciones en esta relación del tipo especial de amistad que se da con frecuencia entre un sacerdote que desempeña el papel de modelo y un joven piadoso que se siente llamado a ejercer el sacerdocio.

Eugenio llevó la influencia de sus padres y del padre Lais a su secularizado *liceo*: para redactar un trabajo sobre su figura histórica «favorita», Pacelli eligió la de Agustín de Hipona, provocando la burla de sus compañeros de clase. Cuando intentó extenderse sobre el tema de la civilización cristiana, que no figuraba en el programa de estudios, su profesor le reprendió, diciéndole que no era él quien debía fijar el contenido de las lecciones.

Entre los escasos restos literarios de su paso por el liceo nos queda una veintena o así de redacciones. Una de ellas, titulada «El signo impreso en el corazón aparece en el rostro», trata sobre «el mal del silencio cobarde» y relata la historia de un «venerable anciano» que, a diferencia de otros cortesanos, se niega a adular a un rey tiránico.[12]

En otra redacción, titulada «Mi retrato», escrita a los trece años, el joven Pacelli consigue ser a un tiempo fiel e irónico en la descripción de sí mismo: «Soy de estatura media —comienza—, de cuerpo esbelto, rostro bastante pálido, pelo castaño y suave, ojos negros y nariz aquilina. No hablaré mucho de mi pecho que, para ser sincero, no es muy robusto que digamos. Para terminar, mis piernas son largas y delgadas, y mis pies demasiado grandes.» De todo lo cual, dice al lector, es fácil deducir que «físicamente soy un joven bastante mediocre». Atendiendo a sus rasgos morales, concede que es de carácter «bastante impaciente y violento», aunque espera que «con la educación» conseguirá «alcanzar los medios para controlarlo». Finaliza reconociendo su «instintiva generosidad de espíritu», y se consuela con la reflexión de que, «aunque no soporto que me contradigan, perdono con facilidad a quienes me ofenden».[13] Un compañero de colegio de Pacelli, que llegaría en su día a cardenal, afirmaba que de joven éste «poseía un grado de control sobre sí mismo que raramente se encuentra en los jóvenes».[14]

Entre sus ensayos de juventud, sólo uno, escrito cuando tenía quince años, revela que Eugenio Pacelli pudo sufrir un conflicto en su adolescencia. Escrito en tercera persona, describe a alguien

«ciego con sus dudas e ideas vanas y erróneas». ¿Quién, se pregunta, «le dará alas» de forma que pueda «elevarse desde esta miserable tierra hacia las esferas más altas y apartar ese velo de maldad que le rodea siempre y en todas partes»? Como conclusión, habla de esa persona «mesándose los cabellos» y deseando «que nunca hubiera nacido», y termina con una plegaria: «¡Dios mío, ilumínale!»[15] ¿Se trata de una prueba de una crisis emocional provocada por el exceso de estudio y ascetismo? Ese episodio oscuro, que sepamos, nunca volvió a repetirse.

Desarrolló un gran amor por la música, especialmente la de Beethoven, Bach, Mozart y Mendelssohn, y se interesó por la historia de la música. Desde pequeño leía a los clásicos por puro placer, y comenzó a reunir su propia biblioteca clásica, que le acompañó toda su vida. Leía a san Agustín, Dante y Manzoni, pero por encima de todos le gustaba Cicerón.[16] En cuanto a su lectura espiritual preferida, era la *Imitación de Cristo* de Tomás de Kempis, monje del siglo XV. Ese libro, que gozó de amplia popularidad entre los religiosos y sacerdotes diocesanos hasta los años sesenta, era muy adecuado para las aspiraciones ascéticas del monacato enclaustrado, alienta la espiritualidad interior que conduce directamente a Dios sin mediaciones sociales y considera los lazos humanos como imperfecciones y distracciones. Aconseja no obstante alegría, humildad y caridad hacia todos, especialmente hacia los enemigos. Pacelli llegó a sabérselo de memoria. Otro de sus autores religiosos favoritos era Jacques-Bénigne Bossuet, obispo francés del siglo XVII cuya elocuencia trató de emular en años posteriores. Bossuet permaneció en su mesilla de noche durante toda su vida.

Tras la muerte de Pacelli, su ayudante y secretario personal durante cuarenta años, el jesuita Robert Leiber, escribió que la espiritualidad de Pío XII se mantenía esencialmente juvenil: «En su propia vida religiosa siguió siendo el piadoso muchacho de aquellos días. [...] Sentía un respeto genuino por la piedad humilde y sin pretensiones, y un amor infantil por la Madre de Dios desde su juventud.»[17]

En el verano de 1894, tras completar su educación en el liceo a la edad de dieciocho años con un diploma o *licenza ad honorem*, Pacelli se retiró durante diez días a la iglesia de Santa Inés en Via Nomentana. Por primera vez (luego repetiría en muchas ocasiones esa experiencia) realizó unos ejercicios espirituales guiado por el

manual de meditación espiritual de san Ignacio de Loyola. Los *Ejercicios* ignacianos consideran la vida como una batalla entre Cristo y Satanás. Quienes los realizan deben asumir opciones claras para su futuro: seguir la senda de Cristo o la del Príncipe de las Tinieblas. Cuando volvió a casa, informó a sus padres de que había decidido hacerse sacerdote. Según Elisabetta, «esa decisión no constituyó una sorpresa para nadie. Todos sabíamos que había nacido para ser sacerdote».

Seminarista

El Almo Collegio Capranica, conocido simplemente como «el Capranica», es un edificio siniestro situado en una tranquila plaza en el corazón de la vieja Roma, cercana al Panteón y a menos de veinte minutos de camino de la residencia de los Pacelli. El Capranica, fundado en 1457, era y sigue siendo famoso como vivero de altos cargos para el Vaticano. Eugenio Pacelli se instaló allí en noviembre de 1894 y se matriculó en un curso de filosofía en la cercana universidad de los jesuitas, la Gregoriana.

Comenzó sus estudios eclesiásticos en el momento cumbre del pontificado de León XIII. Elegido como sucesor de Pío Nono en 1878, era casi tan conservador como él (había colaborado en la redacción del *Syllabus de errores*) y contaba sesenta y ocho años de edad cuando fue elegido Papa, pero realizó enormes esfuerzos por acomodarse al mundo moderno. Los primeros años de su pontificado quedaron marcados por una serie de notables iniciativas académicas: la fundación de un nuevo instituto en Roma para el estudio de la filosofía y la teología, centros de estudio de las Escrituras y un centro astronómico. Se abrieron los archivos del Vaticano, tanto a los estudiosos católicos como no católicos. Bajo León XIII, las perspectivas históricas que en el pasado habían quedado prácticamente relegadas al olvido por los eruditos católicos cobraron gran impulso.

León XIII había viajado como nuncio apostólico por toda Europa y había sido testigo de las condiciones de vida y de trabajo en los centros industriales en plena expansión. En la década de los ochenta del siglo XIX, grupos de trabajo católicos acudían a Roma en busca de orientación por parte de la Iglesia, en número cada vez

mayor. En 1891, León XIII dio a conocer la encíclica *Rerum novarum (Acerca de las nuevas cosas)* como respuesta del papado, al cabo de medio siglo, al *Manifiesto comunista* y *El capital* de Marx. Aunque deploraba la opresión y virtual esclavitud de los numerosísimos pobres por parte de los instrumentos de «usura» en manos de «un puñado de gente muy rica» y preconizaba salarios justos y el derecho a organizar sindicatos (preferiblemente católicos) y, en determinadas circunstancias, a declararse en huelga, la encíclica rechazaba vigorosamente el socialismo y mostraba poco entusiasmo por la democracia. Las clases y la desigualdad, afirmaba León XIII, constituyen rasgos inalterables de la condición humana, como lo son los derechos de propiedad, especialmente los que favorecen y protegen la vida en familia. Condenaba el socialismo como ilusorio y sinónimo del odio de clase y el ateísmo. La autoridad en la sociedad, proclamaba, no proviene del hombre, sino de Dios mismo.

En 1880 había escrito al arzobispo de Colonia que «la peste del socialismo [...] que pervierte tan profundamente el sentido de nuestras poblaciones extrae todo su poder de la oscuridad que provoca en el intelecto ocultando la luz de las verdades eternas y corrompiendo las reglas para la vida que proclama la moral cristiana».[18] León XIII creía que la respuesta al socialismo, ese mal de la modernidad, sería un renacimiento intelectual cristiano basado en la fe y la razón. Ese renacimiento, declaraba, debía basarse en el pensamiento del filósofo y teólogo medieval Tomás de Aquino.

El tomismo, o neotomismo, como se lo comenzó a llamar desde la encíclica de 1879 por el resurgimiento de los estudios sobre santo Tomás,[19] constituye una síntesis intelectual global que reúne las verdades de la Revelación y los dominios de lo sobrenatural, el universo físico, la naturaleza, la sociedad, la familia y el individuo. Tras un período de más de un siglo durante el que las escuelas seglares de filosofía, tanto europeas como norteamericanas, se habían orientado hacia propuestas más subjetivas o más materialistas, la decisión de León XIII de redescubrir los seguros y perdurables absolutos de la filosofía tomista —alzándose, según esperaba el Papa, por encima de las nieblas del escepticismo moderno como las catedrales góticas se alzaban hacia el cielo— parecía una vía de solución acertada. Sin embargo, a pesar de la energía que León XIII comunicó a los estudiosos católicos tras generaciones de aridez intelectual, el renacimiento neotomista, al nivel del candidato medio para

el sacerdocio, apuntaba una ominosa tendencia al conformismo y un estrechamiento del pensamiento eclesiástico. El neotomismo, al menos tal como se enseñaba en los seminarios en la última década del siglo XIX, rechazaba mucho de lo bueno y verdadero que había en las nuevas corrientes de pensamiento. En 1892, dos años antes de que Pacelli llegara a la Universidad Gregoriana, León XIII había decretado que el neotomismo se considerara como «definitivo» en todos los seminarios y universidades católicas. Y donde santo Tomás no había llegado a exponer con suficiente detalle algún tema se exigía a los profesores que alcanzaran conclusiones conciliables con su pensamiento. Bajo el siguiente papado, el de Pío X, el neotomismo se esclerotizó como ortodoxia con valor de dogma.

Formado en el aislamiento

Cuando Pacelli comenzó sus estudios en el confiado clima intelectual de la Roma eclesiástica, los planes para su educación sacerdotal experimentaron un extraño giro en el verano de 1895. Al finalizar su primer año académico abandonó tanto el Capranica como la Universidad Gregoriana. Según Elisabetta, la comida en el Capranica era infame; su «fastidioso» estómago, revelador de una constitución nerviosa y tensa, le molestaría durante el resto de su vida. Toda la familia, según confesó al tribunal de beatificación, se dirigía cada domingo al colegio llevándole provisiones especiales.[20] Su padre consiguió finalmente un permiso para que Eugenio viviera en casa mientras continuaba sus estudios académicos. El efecto de este arreglo fue que Pacelli volvió a quedar bajo la protección materna, escapando a las asperezas de la vida en el internado. La incapacidad de adaptarse a la dureza del seminario habría significado un final abrupto para las ambiciones eclesiales de la mayoría de los aspirantes al sacerdocio. Pero los Pacelli contaban con poderosos amigos en el Vaticano.

Si se exceptúa la amistad de una prima más joven que él, de la que hablaremos más adelante, su madre siguió siendo el centro de su vida emocional. La devoción mutua entre madre e hijo aparece repetidamente en los testimonios de la beatificación. Cuando llegó a Papa decoró su cruz pectoral con las sencillas joyas de su madre.

En el otoño de 1895 se matriculó para el siguiente año acadé-

mico en los cursos de Teología y Escrituras del Instituto San Apolinar, no lejos de su casa, y en Idiomas en la universidad laica, también cercana, de la Sapienza. Su participación en esas instituciones, no obstante, fue meramente académica. En casa, contaba Elisabetta, vestía sotana y el cuello romano durante todo el día, y siguió «gozando de la influencia del padre Lais», la figura que había vigilado su progreso espiritual en la adolescencia. En el verano de 1896, a la edad de veinte años, viajó a París con Lais para asistir a un Congreso de Astronomía.

No contamos con anécdotas acerca de su educación para el sacerdocio en los siguientes cuatro años. Todo lo que se sabe es que pasó los exámenes que le cualificaban para recibir las Órdenes Sagradas. El 2 de abril de 1899, a la edad de veintitrés años, fue ordenado él solo en la capilla privada de un obispo auxiliar de Roma, en lugar de serlo junto a los demás aspirantes de la diócesis romana en San Juan de Letrán. Una vez más había esquivado a sus contemporáneos. Al día siguiente dijo su primera misa en el altar de la Virgen de la basílica de Santa Maria Maggiore, ayudado por el padre Lais.

Pacelli había completado su educación en Teología Sagrada con el grado de doctor (de acuerdo con las normas actuales, se trataría más bien de una licenciatura), sobre la base de una corta disertación, perdida para la posteridad, y un examen oral de latín. En otoño se matriculó de nuevo en el Instituto San Apolinar para estudiar Derecho Canónico, comenzando una seria investigación posdoctoral, probablemente bajo la influencia del canonista Franz Xavier Wernz, de la Compañía de Jesús, experto en cuestiones de autoridad eclesiástica en Derecho Canónico.

Pero la influencia de los jesuitas romanos, a los que Pacelli consideró como sus maestros no sólo durante sus años de seminarista sino a lo largo de toda su vida, es notable también por otras razones. En 1898, cuando Pacelli completaba sus estudios para el sacerdocio, la revista romana de los jesuitas *Civiltà Cattolica* mantenía la culpabilidad de Alfred Dreyfus, el oficial judío del ejército francés acusado de traición. La revista siguió defendiendo la misma tesis durante el año siguiente, incluso después de que hubiera sido perdonado. Su editor, el padre Raffaele Ballerini, aseguraba que «los judíos habían comprado todos los periódicos y conciencias de Europa» para conseguir el indulto de Dreyfus, y que «allí donde se

había concedido el derecho de ciudadanía a los judíos» el resultado había sido «la ruina» de los cristianos o la masacre de la «raza extranjera».[21]

No sabemos cuánto afectaron a Pacelli esas opiniones de la influyente revista romana, pero los seminaristas y sacerdotes católicos de finales del siglo XIX sufrieron sin duda la influencia de la larga historia de las actitudes cristianas hacia el judaísmo.

CATOLICISMO Y ANTISEMITISMO

Había notables diferencias entre el racismo del siglo XIX, inspirado en un pervertido darwinismo social, y el tradicional antijudaísmo cristiano, presente desde los primeros tiempos de la cristiandad. El racismo y antisemitismo que iban a dar lugar a la Solución Final de los nazis se basaban en la idea de una carga genética judía intrínsecamente inferior desde el punto de vista biológico; de ahí la fatal lógica de que su exterminio conllevaría ventajas para la consecución de la pureza racial en la vía hacia la grandeza nacional. A finales de la Edad Media, los judíos españoles se vieron excluidos de la comunidad «pura» de la sangre cristiana, y durante el período que siguió al descubrimiento de América se planteó repetidamente la cuestión del estatus de los «esclavos naturales» indígenas del Nuevo Mundo; pero el racismo no había formado nunca parte consustancial del cristianismo ortodoxo. Los cristianos, en general, habían ignorado siempre el origen racial y nacional como factor de discriminación en la búsqueda de conversos.

La antipatía cristiana hacia los judíos, nacida de creencias religiosas o teológicas, aparece en los primeros siglos de la Iglesia, fundamentada en la convicción de que el pueblo judío, como tal, era culpable de la muerte de Cristo, siendo por tanto un pueblo «deicida». Los Primeros Padres de la Iglesia, los grandes escritores cristianos de los seis primeros siglos de la cristiandad, dieron abundantes pruebas de antijudaísmo. «La sangre de Jesús —escribía Orígenes— caerá no sólo sobre los judíos de aquel tiempo, sino sobre todas sus generaciones hasta el fin de los tiempos.» Y san Juan Crisóstomo afirmaba: «La sinagoga es un burdel, un escondrijo para bestias inmundas. [...] Ningún judío ha rezado nunca a Dios. [...] Están poseídos por los demonios.»

En el Concilio de Nicea I, en el 325, el emperador Constantino ordenó que la Pascua cristiana quedara desligada de la judía: «No es conveniente —declaraba— que en la más sagrada de nuestras celebraciones sigamos las costumbres judías; de aquí en adelante no tendremos nada en común con ese odioso pueblo.» Vinieron a continuación una serie de medidas imperiales contra los judíos: impuestos especiales, la prohibición de abrir nuevas sinagogas, y del matrimonio entre judíos y cristianos. En los sucesivos reinados imperiales proliferaron las persecuciones contra los judíos, como antes contra los cristianos. En el siglo V se solía atacar a las comunidades judías durante la Semana Santa, y se quemaban sus sinagogas.

Cabe preguntarse por qué los cristianos no exterminaron a los judíos en esos primeros siglos del Imperio cristiano. Según las creencias cristianas, los judíos debían sobrevivir y continuar su errante diáspora como señal de la maldición que habían atraído sobre su propio pueblo. De vez en cuando, los papas del primer milenio pedían una suavización, pero nunca el fin de las persecuciones o un cambio de actitud. El Papa Inocencio III, a comienzos del siglo XIII, resumía la opinión papal del primer milenio cuando afirmaba: «Sus palabras —"¡Caiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos!"— han extendido su culpa a la totalidad de su pueblo, que los sigue como una maldición a cualquier sitio a donde se dirijan para vivir y trabajar, donde nazcan y donde mueran.» El Concilio de Letrán IV, convocado por Inocencio III en 1215, les impuso la obligación de llevar cosido a la ropa un distintivo amarillo.

Los judíos, a los que se negaba la igualdad social con el resto de la población, se les prohibía la propiedad de tierras, se los excluía de la administración pública y de la mayoría de las distintas formas de comercio, poco podían hacer aparte de prestar su dinero, lo que les estaba prohibido a los cristianos por la ley eclesiástica. Pero aunque se les concedían licencias para hacer préstamos con intereses estrictamente definidos, eran señalados por los cristianos como «chupasangres» y «usureros» que se aprovechaban de sus dificultades financieras y vivían a su costa.

La Edad Media fue una época de incremento en la persecución de los judíos, pese a los ocasionales llamamientos a la contención por parte de los papas más ilustrados. Los cruzados asumieron como parte de su misión la tortura y asesinato de judíos en su ir y

venir a Tierra Santa, y en aquella época se extendió la costumbre de las conversiones y bautizos forzados, especialmente de niños judíos. Uno de los principales objetivos de la nueva Orden de Predicadores, fundada por santo Domingo de Guzmán, era la conversión de judíos. Entre dominicos y franciscanos surgió una disputa acerca del derecho de los príncipes a forzar el bautismo de los niños judíos nacidos en su territorio, como derivación de los derechos señoriales sobre siervos y esclavos: según los franciscanos, que en esto se atenían a las enseñanzas del teólogo Duns Scoto, los judíos eran esclavos por designio divino, mientras que el dominico Tomás de Aquino argumentaba que, según la ley natural concerniente a los vínculos familiares, los padres judíos tenían derecho a elegir para sus hijos la fe que más les acomodara.[22]

Pero la Edad Media se vio marcada también por el insidioso desarrollo de lo que más tarde se llamaría «el libelo sangriento». Desde Inglaterra, donde comenzó a forjarse en el siglo XII, se extendió rápidamente la creencia de que los judíos torturaban y sacrificaban a niños cristianos, en conexión con el mito del robo consuetudinario de hostias consagradas, el pan de la comunión que en la misa se convertía en «cuerpo y sangre» de Cristo, con el fin de realizar más tarde ritos abominables con ellas. Al mismo tiempo, los rumores acerca de crímenes rituales, sacrificios humanos y profanación de hostias dieron aliento a la creencia de que el judaísmo conllevaba la práctica de «magia negra» con el objetivo de socavar y destruir finalmente la cristiandad.[23] Las ejecuciones de judíos acusados de crímenes rituales solían ir acompañadas por pogromos de comunidades judías, a las que se acusaba de emplear artes mágicas para provocar enfermedades como la peste negra y otras calamidades, grandes y pequeñas.

El inicio de la Reforma significó una reducción de tales persecuciones, sustituyendo las brujas a los judíos en la supuesta responsabilidad de infanticidios cometidos con fines mágicos. Pero en la misma época, el Papa Pablo IV instituyó el gueto y la obligación de llevar el distintivo amarillo.

A lo largo del siglo XVIII, los judíos fueron alcanzando cierto grado de libertad en las regiones más alejadas del centro romano del catolicismo —Holanda, Inglaterra, y los enclaves protestantes de Norteamérica—, pero los Estados Pontificios siguieron aplicando medidas represivas contra las comunidades judías hasta bien

entrado el XIX. En el breve paréntesis de liberalismo que siguió a su elección, como hemos dicho, Pío Nono abolió el gueto, pero lo restableció bien pronto tras su exilio en Gaeta. La consolidación del Estado-nación italiano puso fin al gueto de Roma, si bien sobrevivió de hecho como área de residencia «natural» para los judíos más pobres de la ciudad hasta la segunda guerra mundial. Entretanto, el antijudaísmo se mantenía latente, con ocasionales llamaradas durante el papado de León XIII, cuando Pacelli era estudiante. La forma más enquistada de antipatía hacia los judíos enarbolaba como pretexto su «obstinación», el tema recurrente de las prédicas del maestro de Pacelli, el signore Marchi.

Existía, de hecho, una curiosa coincidencia entre el lugar de nacimiento de Eugenio Pacelli y ese mito de la «dureza de corazón» que muestra la importancia de las costumbres en la perdurabilidad de los prejuicios. En la Via Monte Giordano, la calle donde nació Pacelli, los papas habían celebrado durante siglos una ceremonia antijudía en su camino hacia la basílica de San Juan de Letrán. El Pontífice de turno se detenía allí para recibir una copia del Pentateuco de manos del rabino de Roma, rodeado por su pueblo; el Papa devolvía entonces el texto junto con veinte piezas de oro, proclamando que, aunque respetaba la Ley de Moisés, desaprobaba la dureza de corazón de la raza judía. Entre los teólogos católicos existía en efecto la antigua y firmemente mantenida opinión de que bastaría que los judíos atendieran con su corazón abierto a los argumentos de la fe cristiana para que inmediatamente comprendieran el error de su opción y se convirtieran.

Esa idea de la obstinación judía constituyó un elemento clave en el caso de Edgardo Mortara. Cuando los padres del secuestrado pidieron en persona al Papa la devolución de su hijo, Pío Nono les dijo que volvería inmediatamente con ellos si se convertían al catolicismo, para lo cual les bastaría abrir sus corazones a la Revelación cristiana. Puesto que los Mortara no aceptaban una condición tan simple, Pío Nono se sentía justificado, entendiendo que merecían su sufrimiento como consecuencia de tan obstinado empecinamiento en el error.

La «dureza de corazón» judía iba en paralelo, o a veces se solapaba, con su «ceguera», ejemplificada por la liturgia del Viernes Santo del Misal romano, cuando el celebrante rogaba por los «pérfidos judíos» y pedía que «Dios retire el velo que cubre sus corazo-

nes, de forma que también ellos puedan reconocer a nuestro Señor Jesucristo».[24] Esta oración, que el celebrante y los fieles rezaban sin arrodillarse, siguió en vigor hasta que fue abolida por el Papa Juan XXIII.

Pacelli, educado en una familia de profesionales del Derecho Canónico (su abuelo Marcantonio fue probablemente consultado en el caso Mortara), conocía con seguridad los argumentos con que Pío Nono justificaba su actitud en ese caso, viéndose sometido además a la influencia de las observaciones del signore Marchi acerca de la obstinación judía. La importancia de esa acusación reside en el refuerzo que aportaba a la opinión ampliamente compartida por católicos, a los que en principio cabría exculpar de prácticas antijudías o antisemitas, de que los judíos eran responsables de sus propias desdichas; esa opinión indujo a los dignatarios de la Iglesia católica en los años treinta a mirar hacia otro lado cuando en Alemania se desató el antisemitismo nazi.

Pero durante el papado de León XIII irrumpieron formas más acusadas de antijudaísmo entre los clérigos romanos, que sin duda influyeron sobre los seminaristas de las facultades pontificias. Entre febrero de 1881 y diciembre de 1882 aparecieron de nuevo acusaciones de crímenes rituales en la principal revista de los jesuitas, *Civiltà Cattolica.* Esos artículos, escritos por Giuseppe Oreglia de San Stefano, S. J., aseguraban que los infanticidios con motivo de las celebraciones pascuales eran «práctica común» en el Este europeo, y que el uso de la sangre de un niño cristiano era una ley general «que compromete la conciencia de todos los hebreos»; cada año, los judíos «crucifican a un niño», y para que el sacrificio sea efectivo «el niño debe morir en el tormento».[25] En 1890, *Civiltà Cattolica* volvió a dedicar su atención a la comunidad judía con una serie de artículos, que se reeditaron como folleto con el título *Della questione ebraica in Europa* (Roma, 1891), con el fin de desenmascarar la participación determinante de los judíos en la formación de los modernos Estados-nación. El autor aseguraba que los judíos habían instigado «con astucia» la Revolución francesa con el fin de obtener la igualdad jurídica y el derecho de ciudadanía irrestricto, y que desde entonces iban ocupando posiciones clave en la mayoría de las economías europeas con el objetivo de controlarlas y establecer «virulentas campañas contra la cristiandad». Los judíos constituían «la raza maldita»; eran «un pueblo holgazán que no tra-

baja ni produce nada, que vive del sudor de los demás». El folleto concluía pidiendo la abolición de la «igualdad jurídica» y la segregación de la comunidad judía del resto de la población.

Aunque la diferencia entre el antisemitismo racista y el antijudaísmo religioso es un hecho, ese material, publicado en Roma durante la adolescencia de Eugenio Pacelli, ejemplifica un mar de fondo de feroz antipatía. Además, esas opiniones aparecían en la principal revista de los jesuitas, que gozaban de la protección papal, lo que indica su alcance potencial al aparecer revestidas de la anuencia pontificia. Tales prejuicios contribuían así a la expansión de las teorías racistas que culminarían con el furioso asalto a la razón y el holocausto judío por parte de los nazis en la segunda guerra mundial. De hecho, parece plausible que los prejuicios católicos alimentaran ciertos aspectos del antisemitismo nazi.

2. Vida oculta

En los archivos del Vaticano se conserva una fotografía de León XIII, Papa entre 1878 y 1903, sentado en un trono situado sobre un estrado, en los jardines del Vaticano. Aparece lánguido, etéreamente delgado (los obispos americanos le llamaban «el saco de huesos»), afirmado en su autoridad monárquica absoluta. Se le ve rodeado por sus ayudantes próximos, pero sólo uno de ellos está sentado, la corpulenta figura de Mariano Rampolla del Tinaro, cardenal secretario de Estado y principal arquitecto de la diplomacia internacional de León XIII. Su asiento es una simple silla, satisfecho con su humilde relegación, alejado de la cámara como si evitara compartir el mismo ámbito que su Papa.

De esa época existe también una fotografía de Eugenio Pacelli, entonces un joven y atractivo sacerdote de mirada amable. En 1901, dos años antes de la muerte de León XIII, entró a formar parte de la curia, aquella poderosa e íntima corte, para aprender los hábitos de la burocracia vaticana, convirtiéndose rápidamente en uno de sus favoritos. Tras sólo cinco años de educación pontificia y superprotección materna *a casa*, ¿era un maleable factótum seleccionado por su ductilidad entre los cientos de candidatos existentes en los grandes seminarios de Roma? ¿O se trataba más bien de una personalidad fuerte y resuelta que había conseguido arribar a su objetivo mediante una largamente pensada estrategia? Los acontecimientos pronto revelarían la habilidad de Pacelli, su capacidad para desempeñar un papel importante en una administración en transición, hasta la apoteosis de poder papal.

Pese a toda su compasión social, León XIII era un autoritario que estableció muchas de las normas de exaltación papal seguidas en el ceremonial católico del siglo XX hasta la elección de Juan XXIII. A los visitantes católicos se les sugería que permanecieran de rodi-

llas ante él durante la audiencia, y a lo largo de su reinado nunca dirigió la palabra a los sirvientes menores. Alentaba el culto de su propia personalidad, cooperando en la creación de retratos a todo color que se reproducían por millones, y animando a la peregrinación de grandes grupos de fieles a la Ciudad Eterna desde los países más lejanos. Pero a pesar de su propensión al absolutismo personal, se esforzaba por ejercer una influencia práctica y directa en los acontecimientos mundiales desde su santuario en Roma. Mediante sus frecuentes encíclicas, elaboradas con su florido estilo, estableció la moderna práctica de las enseñanzas papales desde una elevada posición de superioridad.

La influencia del Papa se veía amplificada por los modernos medios de comunicación, conforme se expandían los esfuerzos misioneros. La población católica se multiplicaba en las regiones industriales y la emigración católica al Nuevo Mundo se incrementaba velozmente. León XIII reconoció la necesidad de mantenerse al tanto de los rápidos cambios en el mundo y adoptó medidas para conseguir cierta ventaja, reforzando las líneas de acceso e inteligencia desde el centro romano hasta el más alejado rincón de la tierra. Con formación diplomática desde sus años de nuncio apostólico en Bruselas, León XIII pensaba que el servicio diplomático papal debía desempeñar un papel de primer orden tanto en la consolidación de la disciplina interna en la Iglesia como en la conducción de las relaciones Iglesia-Estados. En 1885, España y Alemania recurrieron a él como mediador en la disputa sobre la posesión de las Islas Carolinas, en el Pacífico. Y en 1899 el zar Nicolás II de Rusia y la reina Guillermina de Holanda se beneficiaron de sus buenos oficios en el intento de convocar una conferencia de paz de todos los países de Europa. Se sentía orgulloso de ser considerado como un árbitro independiente, algo así como un juez supremo, en los conflictos internacionales. Reflexionando sobre la diplomacia vaticana con ayuda de las obras de santo Tomás de Aquino, replanteó en su encíclica *Immortale Dei* (1886) la relación entre la Santa Sede y los Estados-nación. De acuerdo con la ley internacional, los distintos Estados reconocen mutuamente sus respectivas soberanías no sólo mediante los tratados sino a través del intercambio de representantes acreditados. El nuncio papal, en opinión de León XIII, era el representante de la soberanía espiritual del Papa del mismo modo que un embajador representa la soberanía política de su país.

León XIII consideraba a la Santa Sede, sin Estado y de otro mundo, como una «sociedad perfecta» —perfecta en su integridad y autonomía—. Gracias al entusiasmo de León XIII por las potencialidades de la diplomacia papal y el enérgico reclutamiento y entrenamiento bajo la dirección de Rampolla, las misiones permanentes acreditadas ante la Santa Sede pasaron en poco tiempo de dieciocho a veintisiete.

Eugenio Pacelli, recientemente ordenado sacerdote, cuidaba entretanto de las almas de sus feligreses en el convento del Cenáculo y visitaba con frecuencia el de la Asunción, cerca de Villa Borghese, donde oficiaba como celebrante en las ceremonias litúrgicas de su capilla. Bajo la influencia sin duda de su abuelo, su padre y su hermano Francesco, Pacelli se esforzó en su trabajo como estudiante de Derecho Canónico con la esperanza de recibir pronto la llamada para iniciar su «carrera eclesiástica», como decía su padre cuando buscaba un lugar para él en el Capranica.

Se han convertido en leyenda[1] los detalles sobre cómo reclutó al joven sacerdote un emisario de alto rango. Una noche, a comienzos de 1901, Pacelli se encontraba en casa tocando el violín, acompañando a su hermana Elisabetta, que tocaba la mandolina, cuando comenzaron a llamar insistentemente a la puerta y al abrirla se encontraron con monseñor Pietro Gasparri, recientemente nombrado subsecretario del departamento de Asuntos Extraordinarios, el equivalente al Ministerio de Asuntos Exteriores en la Secretaría de Estado. Pacelli, según su hermana, no pudo ocultar su embarazo. Gasparri, que entonces contaba cincuenta y un años, era un hombre grueso de corta talla y aspecto pueblerino, famoso en los círculos internacionales por su brillo como canonista, que había desempeñado la cátedra de esa disciplina durante dieciocho años en el Instituto Católico de París. Cuando el prelado invitó a Eugenio Pacelli a unirse a él en la Secretaría de Estado, el joven sacerdote se resistió en un primer momento asegurando que su ambición había sido siempre la de ser «pastor de almas», pero cedió cuando monseñor Gasparri le explicó la importancia de defender a la Iglesia frente a los ataques del secularismo y el liberalismo que la amenazaban en Europa.

Durante los siguientes treinta años, Gasparri y Pacelli, tan dispares física y socialmente, trabajaron juntos en un período en el que el Derecho Canónico y los concordatos —el instrumento privile-

giado para las relaciones internacionales de la Santa Sede— iban a configurar el auge del poder papal en el siglo XX. En 1930, Pacelli sustituyó a Gasparri como cardenal secretario de Estado, manteniendo ese puesto hasta su elección como Papa en 1939.

Pocos días después de la visita de Gasparri, Pacelli ingresó como *apprendista* en el departamento que aquél dirigía. Unas semanas más tarde (lo que indica el favoritismo que le distinguía en el Vaticano) fue elegido por el propio León XIII, según las fuentes oficiales,[2] para llevar al nuevo rey Eduardo VII en la corte de Saint James una carta de condolencia por la muerte de la reina Victoria. Tenía entonces veinticinco años y ya se le distinguía con honores que anunciaban su rápida promoción en la curia.

En 1902 ocupó, además de su puesto en el Vaticano, el de profesor a tiempo parcial de Derecho Canónico en San Apolinar, y poco después en la Academia para Nobles y Eclesiásticos, un colegio para jóvenes diplomáticos en el que enseñó Derecho Civil y Canónico. En 1904 recibió su doctorado sobre las relaciones Iglesia-Estado, con una tesis[3] sobre la naturaleza de los concordatos (tratados especiales entre la Santa Sede y los Estados-nación, monarquías o imperios) y la función del Derecho Canónico cuando un concordato, por la razón que fuera, quedaba en suspenso. La importancia de ese trabajo se reveló más tarde, cuando Pacelli se embarcó en la negociación de una serie de concordatos con el objetivo de acomodar los tratados Iglesia-Estado al nuevo Código de Derecho Canónico.

Se le promocionó pronto al puesto de *minutante*, confiándole la redacción de resúmenes de los informes que llegaban a la Santa Sede desde todos los rincones del mundo. El mismo año fue nombrado chambelán papal con el tratamiento de *monsignor*, y al siguiente recibió el título de prelado doméstico. Dos años después se le favoreció con un nuevo viaje a Londres, esta vez como acompañante de Rafael Merry del Val, el cardenal secretario de Estado hispano-irlandés, a un congreso eucarístico, un encuentro al aire libre de religiosos y laicos, en el que Pacelli, con una resplandeciente sotana magenta, recorrió las calles de Westminster.

Los testimonios de su beatificación hablan de su enorme capacidad de trabajo y su extrema devoción por el orden y la disciplina. Su única distracción la constituía un breve paseo diario, tras el almuerzo, con el breviario en mano, por los jardines de Villa Bor-

ghese. Sólo un incidente, sin embargo, sugiere que don Eugenio pudo desviarse un poco de su bien regulada existencia para correr cierto peligro emocional durante esos primeros años de su carrera eclesiástica.

Pacelli tenía una prima, Maria Teresa Pacelli, hija de su tío Ernesto, quien también contaba con «cierta influencia como hombre de leyes en la Santa Sede». Los padres de Maria Teresa se habían separado (no se sabe por qué), por lo que había sido acogida en el convento de la Asunción desde la edad de cinco años. Hacia 1901, cuando contaba trece, cayó en una depresión, o *silenzio sepolcrale*, como consecuencia de una disputa entre su madre y una de las monjas, que al parecer había realizado comentarios injuriosos sobre el rey de Italia en el transcurso de una clase.

Ernesto Pacelli, sin decirle nada a Maria Teresa, pidió a don Eugenio que «la sacara de su reclusión psicológica», y así comenzó una relación que al parecer se mantuvo durante cinco años. Cada jueves, el joven sacerdote y su prima paseaban y charlaban solos por el vestíbulo de la capilla del convento durante unas dos horas. Hablaban de cuestiones, según contó ella al tribunal de beatificación, protegidas por el secreto de confesión. Según dijo, «él me abrió los ojos, y yo confiaba en él». Pero había más: según María Teresa, «nuestras almas se encontraron, unidas por Dios».[4] Había encontrado en él, según dijo, «otro Cristo». Pese a lo que describía como «discreción y secreto», su padre sospechó de aquella relación y le puso fin cuando ella contaba dieciocho años. «Mi padre —recordaba— no comprendía esa discreción y secreto, ni la noble integridad de don Eugenio.» Éste, según Maria Teresa, «aceptó melancólicamente aquella humillación, y yo perdí mi único apoyo y mi guía moral y espiritual». No volvió a verle hasta muchos años más tarde, en una audiencia papal especial, en la que «pasó por delante de mí: su actitud permanecía abierta, discreta, humilde, reservada pero alegre, y marcada por la simplicidad como siempre. Tenía la pureza de quien vive en presencia de Dios. Y todas las chicas del convento acostumbraban a decir: "¿Quién podría mirarle sin amarlo?"».[5]

Aparte de esos fugaces destellos, contamos con pocos detalles para reconstruir el desarrollo de su carácter. Pero en los últimos años se ha hecho pública una serie de turbulencias eclesiásticas de las que Pacelli fue silencioso testigo desde su mismo epicentro en el

Vaticano. El hecho de que se mantuviera como favorito de excepción a lo largo de esas crisis, conocidas como «la campaña antimodernista», y siguiera promocionándosele mientras que otros perdían el favor del Papa, dice mucho de su discreción, su resistencia y su habilidad para mantenerse a flote. Pero no cabe duda de que el conflicto le afectó indeleblemente.

El Papa Pío X

En los primeros días de julio de 1903, León XIII, que ya contaba noventa y tres años, admitió que se estaba muriendo. En las dos semanas que siguieron, un flujo continuo de prelados y aduladores hormigueaba por los apartamentos del Papa, mientras que fuera, en la plaza de San Pedro, se agolpaba una multitud. Pero León XIII, aquel anciano flacucho con la mano izquierda paralizada que veinticinco años antes había sido elegido como mero paréntesis, se aferraba desesperadamente a la vida. Finalmente se extendió el increíble rumor de que se había restablecido y de que pronto reemprendería su trabajo. En la mañana del 20 de julio pidió pluma y papel y comenzó a componer versos en honor de san Anselmo. Pero a las cuatro de la tarde sufrió un último ataque y expiró.

Su cuerpo no fue embalsamado hasta el día siguiente, por lo que, debido al calor, se suprimió en esta ocasión la ceremonia del beso al pie desnudo del papa muerto. Tras el acostumbrado funeral, los encargados de las pompas fúnebres se vieron obligados a dar unas patadas al ataúd para ponerlo en su sitio. El incidente fue observado por un horrorizado Giuseppe Sarto, patriarca de Venecia, quien indicó a un colega: «Mira. Así es como acaban los papas.»[6]

Los cardenales acudieron al cónclave que se celebró entre el 1 y el 4 de agosto con la idea de que sería Rampolla, el hombre que había desarrollado la política de León XIII, quien saldría de él como Papa. En el transcurso del cónclave, el emperador Francisco José de Austria, que gozaba del poder de veto, expresó su falta de confianza hacia el antiguo secretario de Estado. Los apoyos de Rampolla crecieron al principio como respuesta a esa interferencia, pero poco después se desvanecieron y la triple corona fue a parar a la cabeza de Giuseppe Sarto, quien no contaba con experiencia acerca de la vida interna del Vaticano y de la curia. Adoptó el nom-

bre de Pío X. Los poderes terrenales habían intervenido por última vez en la elección de un Papa, y el nuevo Pontífice iba a asegurarse de que nunca volvería a permitirse la influencia exterior. En cierto modo, la Iglesia había alcanzado por fin la «perfección» como sociedad soberana por la que León XIII se había esforzado tanto. Pero visto desde otro ángulo, había desaparecido hasta el menor rastro del pluralismo secular en la elección de papas.

Sarto, de sesenta y ocho años, era la antítesis de su reservado y aristocrático predecesor. Era hijo de un cartero y una costurera de Venecia. Al elegirlo, el cónclave de cardenales había optado por un papa pastoral, un hombre de oración y de singular piedad que había pasado la mayor parte de su vida como cura párroco, director espiritual de un seminario y finalmente obispo diocesano.

Su ambición consistía en renovar la vida espiritual de la Iglesia católica e inspirar una devoción personal genuina más que una mera apariencia externa, inculcando la experiencia religiosa en los jóvenes. Su divisa era «restaurar todas las cosas en Cristo». A lo largo de su pontificado, que duró desde 1903 hasta 1914, alentó la enseñanza del catecismo y la práctica frecuente del sacramento de la comunión como rasgos habituales de la vida parroquial. Rebajó la edad a la que los niños podían recibir la Eucaristía de los once a los siete años, lo que condujo a la celebración popular de la primera comunión con vestidos blancos, fajines militares, regalos y fiestas familiares. También incitó a la práctica de la confesión regular desde la niñez.

Pío X tenía el aura de un pastor piadoso y devoto, pero sospechaba de los asuntos intelectuales y modernos. Su piedad, tan evidente para cuantos entraron en contacto con él, tenía como contrapeso cierta ira sagrada. Donde León XIII había intentado participar y llegar a un compromiso con el mundo moderno, Sarto se le enfrentaba, promoviendo un reinado de temeroso conformismo que iba a afectar a los seminaristas, teólogos, sacerdotes, obispos e incluso a los propios cardenales.

La crisis del modernismo

Pocas semanas después de la coronación de Pío X, el año académico de 1903-1904 comenzaba en el principal seminario diocesano de

Milán con un discurso inaugural del padre Antonio Fumagalli a los seminaristas y profesores, en presencia del arzobispo metropolitano.[7] Todos los presentes, afirmó Fumagalli, debían mantenerse en guardia frente al veneno intelectual que había irrumpido en Francia y se extendía igualmente por Italia. Se refería con ello al conjunto de ideas, vulgarmente conocidas como «modernistas», pregonadas por algunos estudiosos católicos franceses que, contradiciendo a santo Tomás de Aquino, argumentaban que existe un abismo infranqueable entre el conocimiento natural y el sobrenatural. Según Fumagalli, pretendían así socavar la ortodoxia católica y las creencias de los católicos devotos. Sus dañinos efectos eran el relativismo y el escepticismo.

Al revisar aquella polémica al cabo de un siglo, cabe considerar a los «modernistas» más que progresistas, liberales o modernizadores, como pensadores que intentaban «restablecer los lazos de la vida, pensamiento y espiritualidad católicas con las fuerzas que configuran la cultura contemporánea».[8] Durante el pontificado de León XIII, el miedo a las influencias modernas en la Iglesia se había concentrado en la aparición en Norteamérica de un grupo modernizador igualmente heterogéneo. El «modernismo» transatlántico, conocido por sus críticos como «americanismo», trataba de conciliar el catolicismo con la democracia. Los tradicionalistas de Estados Unidos y la curia romana veían en él una amenaza de democratización de la propia Iglesia. León XIII lo había criticado vigorosamente en una carta apostólica de enero de 1899: «El americanismo religioso —escribía el Papa— conlleva un gran peligro, y es tanto más hostil a la doctrina y disciplina católicas, en la medida en que los seguidores de esas ideas juzgan que se debería introducir cierta libertad en la iglesia.»[9] El americanismo sufrió una muerte repentina ante esa muestra de desaprobación papal.

El «veneno» del modernismo europeo había comenzado ya en la década de los setenta del siglo XIX con las enseñanzas y obras de Louis Duchesne, profesor del Instituto Católico de París, que cuestionaba la idea de que Dios intervenga directamente en los asuntos de la humanidad. A comienzos de los años noventa, el discípulo de Duchesne, Alfred Loisy, sacerdote católico, fue más lejos al negar que cada línea de la Sagrada Escritura fuera literalmente cierta. Para él se trataba más bien de metáforas que debían interpretarse en su contexto. En su libro *El Evangelio y la Iglesia*, publicado en

1902, Loisy subrayó la importancia de estudiar a la Iglesia desde perspectivas sociales, simbólicas y «orgánicas», precisamente para contrarrestar las prevalecientes ideas protestantes. Pero fueran las que fueran sus intenciones, la obra de Loisy, como la de Duchesne, provocó el enojo de la curia, que consideraba todas esas ideas, incluso en defensa de la Iglesia, como un peligroso desafío a la ortodoxia católica y a la autoridad papal. El libro fue sin embargo acogido con entusiasmo por muchos seminaristas y profesores franceses, que se vieron así motejados con el mismo apelativo de «modernistas». También fue saludado con entusiasmo por el teólogo británico barón Friedrich von Hügel, y por el jesuita irlandés George Tyrrell, quien atrajo tanta ira por parte de Roma que se le acabó negando un entierro católico. Cinco de los libros de Loisy fueron puestos en el Índice de Libros Prohibidos. Al mismo tiempo, el «veneno» que se suponía que se había introducido en la Iglesia debía ser erradicado.

El hombre que condujo la campaña de Pío X para llevar a cabo esa erradicación trabajaba en el mismísimo corazón del Vaticano, en el mismo departamento que Eugenio Pacelli, el de Asuntos Extraordinarios de la Secretaría de Estado. Se trataba de Umberto Benigni, un monseñor de enorme energía y encanto que se había ganado la confianza del nuevo Pontífice y de varios cardenales de gran relevancia. Inició la persecución de supuestos modernistas con celo fanático. Aunque había estudiado Historia de la Iglesia e incluso había dado clases sobre el tema en uno de los seminarios de Roma, condenó en cierta ocasión a un grupo de historiadores de nivel mundial como «hombres para quienes la historia no es sino un continuo y desesperado vómito. Para ese tipo de seres humanos sólo existe un remedio: la Inquisición».[10]

Benigni llevaba una doble vida; por las mañanas trabajaba en el departamento del Vaticano y por las tardes y fines de semana en un apartamento privado, desde el que dirigía el servicio secreto conocido como Sodalitium Pianum (Cofradía de Pío). Tras poner en pie un servicio de noticias católico y un periódico, Benigni empleó los medios más modernos para construir su servicio de espionaje, distribuir propaganda antimodernista y recoger información sobre los «culpables» mediante una red de delatores y corresponsales. Todo lo cual se llevaba a cabo con ayuda de modernas máquinas de escribir y copiar y de cuatro funcionarios, dos de los cuales eran mon-

jas. Benigni poseía su propio código secreto, en el que Pío X, por ejemplo, aparecía como «mamá».

Innumerables seminaristas, profesores, curas, párrocos y obispos fueron «delatados» o investigados por heterodoxia doctrinal, registrándose los casos en los archivos de Benigni. Ni siquiera los príncipes de la Iglesia estaban completamente a salvo. Los arzobispos de Viena y París fueron denunciados, como lo fue la totalidad de la comunidad de dominicos en la Universidad de Friburgo, en Suiza. Los «delitos» iban desde las menciones favorables a la «democracia cristiana» hasta llevar bajo el brazo un periódico de talante liberal, o mostrar dudas acerca del traslado por un grupo de ángeles de la casa de José y María en Nazaret a la ciudad de Loreto. Una palabra al azar en el refectorio o en la sala común del seminario, ser visto en compañía de un supuesto modernista, por no hablar de pronunciar un sermón de tendencia heterodoxa, podía llevar a una denuncia seguida de la destitución de un puesto de responsabilidad académica para ir a regentar una parroquia de pueblo. ¿Y en quién se podía confiar, cuando se sabía que alumnos o incluso viejos amigos cooperaban con el servicio de espionaje de Benigni, quizá sin saberlo del todo, o con la esperanza de un ascenso?

En ausencia de pruebas, sólo podemos especular acerca de cómo afectó a Pacelli la campaña antimodernista que sacudió a la Iglesia hasta sus cimientos y promovió una estrechez intelectual y un temor reverencial que durarían más de medio siglo. Como muestran las declaraciones realizadas en su proceso de canonización, Pío X fue el responsable último de esa persecución intelectual. La actitud del Papa hacia los modernistas se hizo cada vez más ostensiblemente hostil: «Quieren que se los trate con aceite, jabón y caricias —dijo en cierta ocasión, refiriéndose a los que le aconsejaban compasión hacia los supuestos transgresores—, pero se les debe golpear con el puño. En un duelo no se cuentan o miden los golpes, se pelea como se puede. La guerra no se hace con caridad; es una lucha, un duelo.»[11] No puede asombrarnos pues que apoyara las medidas de Benigni para localizar y destruir a los supuestos enemigos.

En la declaración que realizó en el proceso de canonización de Pío X, Pietro Gasparri, el jefe e íntimo amigo de Eugenio Pacelli durante aquellos años, hizo un recuento condenatorio de las iniciativas personales de Pío X en aquella campaña: «El papa Pío X

—dijo Gasparri al tribunal— aprobó, bendijo y alentó una asociación secreta de espionaje fuera y por encima de la jerarquía que espiaba a los miembros de ésta, incluso a sus eminencias los cardenales; en resumen, aprobó, bendijo y alentó una especie de francmasonería en la Iglesia, algo que nunca en toda su historia había existido.»[12]

A medida que la persecución cobraba impulso, Pío X lanzaba nuevas advertencias y ponía más y más obras en el Índice de Libros Prohibidos. El 17 de abril de 1907 pronunció una alocución contra los «rebeldes» que intentaban, según dijo, arrojar por la borda la teología católica y los decretos de los concilios de la Iglesia y «adaptarse a los tiempos». Sus errores, según proclamó en una definición genérica del modernismo, constituían «no una herejía, sino el compendio y veneno de todas las herejías».[13] El 3 de julio de 1907 publicó el decreto *Lamentabili*, condenando sesenta y cinco proposiciones modernistas. Una de ellas, por ejemplo, era la creencia de que «el Cristo mostrado por la historia es muy inferior al que es objeto de la fe». Otra era la creencia de que el catolicismo sólo puede llegar a reconciliarse con la verdadera ciencia si se transforma en un cristianismo no dogmático, es decir, en un protestantismo amplio y liberal. Dos meses más tarde, Pío X dio a conocer su encíclica *Pascendi*[14] contra el modernismo.

Se trata de una encíclica crucial en la historia de la Iglesia católica del siglo XX porque establece gran parte del tono dogmático y centralista de las enseñanzas papales hasta el Concilio Vaticano II (1962-1965). Al mismo tiempo define con mayor precisión las relaciones de poder y la ideología de la primacía del papado sobre toda la Iglesia, dejando claro, de una vez y para siempre, que las cuestiones intelectuales en el seno de la Iglesia católica no son una cuestión para debatir en grupos de estudiosos, sino una cuestión moral que debe ser siempre resuelta por la autoridad papal. Como se decía entonces, citando a Alfonso María de Ligorio: «La voluntad del Papa es la voluntad de Dios.»

Entretanto, Pío X lanzaba duras palabras contra los supuestos errores del americanismo, que creía todavía vivo en Estados Unidos. Insinuando que el americanismo había sido un precursor del modernismo, el romano pontífice declaraba que «con respecto a la moral, [los modernistas] adoptan el mismo principio que los americanistas de que las virtudes activas son más importantes que las

pasivas, tanto en la estimación que se debe tener de ellas como en su propio ejercicio».[15] En sus intentos de distanciarse de la acusación de modernismo, los miembros de la jerarquía norteamericana incitaron a la Iglesia de Estados Unidos a sumergirse en un torpor intelectual «pasivo», del que no saldrían hasta pasados más de treinta años.

Tres años después, en un último acto de coerción, Pío X publicó una orden el 1 de septiembre de 1910[16] obligando a los seminaristas y sacerdotes que ejercían puestos de enseñanza y administrativos a pronunciar un juramento denunciando el modernismo y apoyando las encíclicas *Lamentabili* y *Pascendi.* Ese «Juramento Antimodernista» que se mantiene hasta hoy día, aunque algo modificado, para todos los seminaristas católicos del mundo, exige la aceptación de la totalidad de las enseñanzas papales y la aquiescencia en todo instante al significado y sentido dictados por el Papa de turno. Como señala el padre Paul Collins en un reciente comentario acerca de la autoridad papal: «No había ninguna posibilidad de disenso, ni siquiera callado. La conciencia de cada persona que pronunciara el juramento se veía obligada a aceptar no sólo lo que Roma proponía, sino también el sentido en el que la propia Roma lo interpretaba. Esto no sólo era contrario a la idea tradicional católica acerca de la conciencia individual sino una forma de control del pensamiento que no encontraba paralelo ni siquiera en los regímenes fascistas o comunistas.»[17] Y fue ese ambiente de desconfianza generalizada el que encontró Eugenio Pacelli cuando comenzó a ascender los resbaladizos escalones de la burocracia vaticana.

La extensión real de la conspiración modernista, como la describía la curia, era más imaginaria que real. Lo que no era imaginario era el miedo del Pontífice hacia el mundo moderno, su terror ante las fuerzas centrífugas, que condujo a Pío X a comienzos del siglo XX a una actitud de profunda oposición incluso hacia los aspectos más moderados de la modernidad social y política, lo que incluía los beneficios de la democracia.

Es imposible saber si Pacelli escapó discretamente a las sospechas o si formó parte en la sombra del bando de los perseguidores. Sin embargo resulta plausible que la inclemente atmósfera de desconfianza aguzara sus habilidades en el lenguaje velado y los circunloquios. Sus defensores arguyen que muchos años después, cuando ya era Papa, otorgó el perdón a Romolo Murri, un moder-

nista excomulgado.[18] Pero el hecho innegable es que, a diferencia de su jefe de entonces, Gasparri, que deploró abiertamente el comportamiento de Pío X, Eugenio Pacelli, siendo ya Pío XII, promovió la canonización de Pío X y lo elevó a los altares el 29 de mayo de 1954, describiéndolo como «una llama deslumbrante de caridad y un brillante esplendor de santidad.»[19]

3. Juegos de poder papal

Venerado por su solicitud pastoral y deplorado por los liberales hasta hoy día por su campaña antimodernista, Pío X es menos recordado por un proyecto que constituye probablemente el acontecimiento más importante de la historia de la Iglesia católica en la era moderna: la redacción, publicación y promulgación en 1917 del manual de leyes conocido como Código de Derecho Canónico. El texto, cuya redacción se inició en el más riguroso secreto en 1904, se convirtió, junto con el Juramento Antimodernista, en el medio con el que la Santa Sede pretendía establecer y mantener la nueva y desigual relación que había surgido entre el papado y la Iglesia. Gasparri y Pacelli fueron sus principales arquitectos, con la ayuda de dos mil eruditos y setecientos obispos de todo el mundo. Esa tarea absorbió a Pacelli durante trece años.

El Derecho Canónico, esto es, el cuerpo de leyes internas de la Iglesia católica, había ido proliferando a lo largo de los siglos en una jungla de decretos, normas y reglamentos. Organizado (y desorganizado) principalmente por fechas más que por temas o ámbitos, era muy diverso de unos lugares a otros. Fue Pío Nono el primero que sugirió a la curia, en 1864, la idea de poner cierto orden en ese caos legal, pero se pospuso la toma de decisiones hasta el Concilio Vaticano I, planeado para seis años más tarde. Como consecuencia del estallido de la guerra franco-prusiana y la suspensión del concilio el 20 de octubre de 1870, las decisiones sobre el proyecto de Código Canónico quedaron pospuestas durante otros treinta años.[1]

La decisión de redactar un Código, más que una mera compilación o colección de leyes ya promulgadas, fue crítica. La codificación significa abstracción, fusión de leyes en fórmulas sucintas divorciadas de sus orígenes históricos y sociales. Desde el Código

napoleónico de 1804 (que desempeñó un papel tan evidente en la «modernización» de la sociedad francesa), la codificación se puso de moda en otros países como Suiza, Alemania e Italia. Por paradójico que pueda parecer, Pío X, el antimodernista, empleó el Código Canónico como instrumento de modernización, para conseguir conformidad, centralización y disciplina.[2] El Código debía aplicarse universalmente, sin diferencias o favoritismos locales. Describía cuáles serían las líneas de autoridad, estableciendo reglas y penas. Transformó el poder del papado y con él la propia conciencia de lo que significaba ser Papa y ser católico. Mediante los medios más modernos de impresión y distribución, llegó a cada sacerdote católico en cualquier país del mundo, ignorando fronteras culturales, y su atemporalidad y universalidad concedían un aura de eternidad a un nuevo concepto, sin precedentes, de la autoridad suprema del Papa.

Según Ulrich Stutz, distinguido canonista protestante de la época, su significación ideológica para el futuro de la Iglesia católica fue enorme: «Después de atribuir la infalibilidad al papado en las áreas de la fe y la moral —escribía en 1917 con una franqueza imposible para sus colegas católicos—, se ha completado la tarea en la esfera legal dando a la Iglesia [católica] un compendio de leyes que regula exhaustivamente su funcionamiento, una *unicus et authenticus fons* [una fuente única y auténtica] para la administración, jurisdicción e instrucción legal, diferente a cuanto la Iglesia pudo poseer anteriormente en su bimilenaria existencia.»[3]

En la cumbre del modelo piramidal de autoridad estaba el Papa, cuya supremacía quedaba descrita en el canon 218: «La suprema y más completa jurisdicción en toda la Iglesia, tanto en cuestiones de fe y de moral como en las que atañen a la disciplina y al gobierno de la Iglesia en todo el mundo.» Bajo los auspicios de ese único centro de autoridad, el Código regulaba y coordinaba el conjunto de la vida eclesiástica y sus relaciones con el papado y la curia, a la que Pío X estaba sometiendo simultáneamente a revisión.[4]

En teoría, la comisión pontificia de Derecho Canónico no tenía poderes para promulgar la nueva legislación. Pero, como veremos, había significativos matices y nuevos énfasis como consecuencia del proceso de abstracción. Y aunque estaba claro que Roma había declarado su independencia con respecto a todo tipo de influencia

secular, era también obvio que se estaba produciendo también una transferencia de autoridad desde las diócesis locales hacia Roma.

Entre los nuevos énfasis cruciales estaba la nebulosa distinción en el canon 1323 entre la autoridad del Papa en sus enseñanzas ordinarias y solemnes, confusión que los padres del Concilio Vaticano I habían tratado de evitar.[5] Lo que significaba que ahora se disponía de una nueva posibilidad, en la práctica si no en la teoría, para que las encíclicas del Papa tuvieran que ser consideradas con la misma autoridad que un dogma ex cáthedra —una «infalibilidad gradual», como se dijo entonces—. Al mismo tiempo, la herejía y el error quedaban asimiladas en los términos del canon 1 324: «No es suficiente evitar la herejía, sino que se deben también esquivar cuidadosamente todos los errores que se le aproximan más o menos; de aquí que todos deban observar las constituciones y decretos mediante los que la Santa Sede ha proscrito y prohibido opiniones de ese tipo.» En una edición estándar utilizada en los seminarios hasta 1983 se encuentra la siguiente clarificación: «Tales son todos los decretos doctrinales de la Santa Sede, incluso si no vienen infaliblemente propuestos, y aunque procedan de las Sagradas Congregaciones, si cuentan con la aprobación del Santo Padre, o de la Comisión Bíblica. [...] Tales decretos no reciben el asentimiento de la fe; no son de fide catholica. Pero merecen una aquiescencia genuina, interna e intelectual, así como una obediencia leal.»[6] El Juramento Antimodernista quedó así absorbido en el Código.

Al tiempo que se aseguraba la obediencia a la autoridad centralizada en Roma, el código frenaba la discusión ecuménica inter pares en el canon 1325: «Los católicos deben evitar los debates o conferencias acerca de cuestiones de fe con los no católicos, especialmente en público, a menos que la Santa Sede, o en caso de urgencia el obispo del lugar, hayan concedido el oportuno permiso.»[7] En el canon 246 se confían todos los juicios de ortodoxia teológica al Santo Oficio (la antigua Inquisición). Junto con esas disposiciones se establecían ahora nuevas reglas reforzando la censura. Por el canon 1386.1, ningún sacerdote estaba autorizado a publicar un libro, editar o colaborar con un periódico, revista o publicación de cualquier tipo sin el permiso expreso del obispo de su diócesis. Cada una de éstas contaría con su propio censor (canon 1 393.1), obligado a efectuar una profesión de fe especial (canon 1 406.1) y a cerciorarse de que cualquier obra a la que se

concediera el imprimátur diocesano estaba en completo acuerdo con los concilios de la Iglesia «o con la constitución y prescripciones de la Sede Apostólica» (canon 1393.2). El nombre del censor, por otra parte, no debía divulgarse hasta que el obispo hubiera expresado un juicio favorable sobre la obra (canon 1393.5).

Por encima de todo estaba el canon 329.2, que concedía sólo al Papa el derecho a nombrar obispos. El desarrollo de los modernos Estados-nación a lo largo del siglo XIX y la consiguiente separación entre Iglesia y Estado habían visto la gradual y voluntaria renuncia de los poderes terrenales a inmiscuirse en el nombramiento de los obispos y la asunción completa de ese derecho por parte de la Santa Sede. A lo largo de la historia de la Iglesia, los papas habían heredado el derecho a nombrar obispos principalmente en los Estados Pontificios y en las áreas del este de Europa y Oriente Medio, cuyas diócesis estaban directamente vinculadas al papado. Los papas, dicho de otro modo, sólo ejercían así un derecho excepcional a nombrar obispos. El canon 329.2 aprovechaba las recientes circunstancias históricas y las transformaba en una ley universal, absoluta e intemporal, sin apoyo en la historia ni en la tradición. Garret Sweeney, en su estudio sobre esta cuestión, expone una sugerente imagen para ilustrar los efectos de esa regulación, que sigue vigente hoy en día: «Si "la Iglesia" se conceptúa como una maquinaria única, con asistencia divina concentrada en el vértice, y de los obispos sólo se requiere que sean capaces de manejar esa máquina con eficacia, es del todo apropiado que quien los nombre sea Roma.»[8]

El nombramiento de obispos tiene además importantes implicaciones para el ejercicio de las enseñanzas infalibles o definitivas por el conjunto de los obispos católicos, cuando éstos enseñan en unión mutua y con el Papa. Esa idea de la infalibilidad, clarificada seis décadas más tarde en una versión revisada del Código Canónico, supone normalmente el pluralismo del colegio cardenalicio. Sin embargo, como indican los críticos de ese sistema, la colegialidad es un ideal difícilmente alcanzable cuando el Papa selecciona a cada obispo del colegio según sus propias opiniones y prejuicios.[9]

En la práctica, la nueva regulación del nombramiento de obispos quedaba sometida a un reto. Existían muchos concordatos, negociados a lo largo de los siglos entre la Santa Sede y varios gobiernos y monarquías de todo el mundo, que establecían reglas locales para el nombramiento de nuevos obispos. Los concordatos

solían permitir la intromisión del poder secular, así como cierta colegialidad: por ejemplo, los deseos de los canónigos de la catedral. Gasparri y Pacelli llegaron a la conclusión de que algunos concordatos importantes «requerirían una renegociación o rescisión si el Código entraba en vigor».[10]

La compleja tarea de renovar los concordatos se demostró más difícil de lo que los especialistas del Vaticano habían pensado. A partir de mayo de 1917, cuando se publicó el Código en toda su extensión, la tarea principal de Pacelli iba a consistir en erradicar los obstáculos para su puesta en vigor en la mayor y más poderosa comunidad católica del mundo: la alemana.

Pacelli y las relaciones entre la Iglesia y el Estado francés

Mientras se enfrentaba a la gigantesca tarea de codificar las leyes canónicas, a Pacelli se le confiaron otros proyectos clave en el campo de las relaciones internacionales. El más importante se refería a las relaciones entre Iglesia y Estado en Francia, donde crecía el anticlericalismo. Los problemas y la historia de las relaciones entre la Tercera República y la Santa Sede iban a marcar la actitud y política de Pacelli con respecto a las relaciones Iglesia-Estado en los años posteriores.

Dado el antagonismo del gobierno francés hacia la jerarquía católica y el clero debido a sus tendencias monárquicas, León XIII había intentado en los años setenta poner coto a sus propias simpatías monárquicas. La jerarquía francesa, por el contrario, no tenía la menor intención de contemporizar con el republicanismo, aunque lo ordenara el propio Papa. El enfrentamiento fue a peor cuando el diario católico *La Croix* se puso del lado equivocado en el notorio caso Dreyfus. Éste era un oficial del ejército, judío, que había sido condenado a trabajos forzados en la isla del Diablo tras ser acusado de vender secretos nacionales, acusación que los obispos franceses se mostraban propensos a creer debido a sus prejuicios antisocialistas. Un cura católico, el abate Cros, proclamaba que Dreyfus debía «ser pisoteado día y noche [...] y que tendrían que romperle la nariz».[11] La revista mensual de los jesuitas, *Civiltà Cattolica*, corroboraba: «los judíos fueron creados por Dios para ejercer la traición allí donde se hallen», añadiendo que Francia debía

arrepentirse del Acta de 1791 que concedió la nacionalidad francesa a los judíos que vivían en su territorio, ya que éstos recolectaban ahora fondos en Alemania para solicitar un nuevo juicio por cuenta de Dreyfus. Cuando el 20 de junio de 1899 se exoneró a Dreyfus de todos los cargos que se habían formulado contra él, el clero católico quedó expuesto a la crítica virulenta de los socialistas por sus posiciones anteriores en el caso.

Aprovechando la ocasión de una nueva oleada de anticlericalismo en Francia, el gobierno Waldeck-Rousseau presentó en 1901 un proyecto de ley que prohibía el ejercicio de la enseñanza a las órdenes religiosas. Los jesuitas se vieron obligados a cerrar sus colegios y a dedicarse a otras actividades; comunidades enteras de religiosos tuvieron que emigrar a Inglaterra, Bélgica, Holanda y Estados Unidos. En los años siguientes, la persecución continuó en Francia a cargo del sucesor de Waldeck-Rousseau, Émile Combes, quien se jactó en 1904 de haber cerrado 13 904 colegios católicos.[12]

Pío X, elegido en el momento más álgido de la persecución anticlerical en Francia, dejó inmediatamente claro que no deseaba un acuerdo con la Tercera República. Se negó a aprobar el nombramiento de ciertos candidatos a obispo propuestos por el gobierno Combes y presentó una protesta oficial al rey Víctor Manuel III de Italia cuando el presidente francés Émile-François Loubet anunció una visita de Estado a la Ciudad Eterna en 1904. El gobierno francés replicó rompiendo las relaciones diplomáticas con el Vaticano y aprobó un decreto que separaba oficialmente el Estado de la Iglesia en Francia. Una consecuencia menor de esa ruptura, pero de gran importancia para Pacelli, fue la decisión del cardenal secretario de Estado, Merry del Val, de encargar a Gasparri un *libro bianco* que informara oficialmente de la reciente historia de las relaciones entre la Santa Sede y Francia. Gasparri delegó esa tarea en Pacelli, «uno de mis colaboradores más fieles en la Secretaría de Estado, en quien tengo plena confianza».[13] El informe de Pacelli acusaba al gobierno francés de sectarismo fanático y alegaba que los ministros de ese gobierno estaban implicados en un robo cometido en la nunciatura de la Santa Sede en París con el fin de hacerse con el método de cifrado de las comunicaciones con el Vaticano.

Entretanto, la crisis se agudizaba. El gobierno francés intentó controlar las propiedades de la Iglesia, estableciendo cuerpos admi-

nistrativos mixtos (originalmente debían incluir también laicos no católicos). Para liberar a la Iglesia de esa influencia laica, Pío X renunció voluntariamente a todas las propiedades eclesiásticas en Francia, poniendo *el bien* de la Iglesia, como él mismo dijo, por encima de sus *bienes*. La Tercera República respondió expulsando el clero y los religiosos de sus casas y monasterios. El gobierno estaba decidido a ejercer su control jurisdiccional sobre la Iglesia que había separado del Estado; y Pío X estaba igualmente decidido a ejercer una primacía sin trabas sobre la Iglesia como entidad espiritual, doctrinal, legal y administrativa. Ésa era su clara concepción de la total separación de soberanías: la Iglesia con su Papa incuestionado a la cabeza, y los conflictos mundanos dirimidos mediante el servicio diplomático papal y los obispos.

Esa idea se extendió a la actitud de Pío X hacia los partidos políticos católicos de Francia, Italia y Alemania. No le preocupaban porque no podía controlarlos. Algo parecido pasaría en los tratos de Pacelli con los partidos políticos católicos alemanes en los años veinte y treinta. Pío X dijo en cierta ocasión del Zentrumspartei (Partido del Centro): «No me gusta *porque es* un partido católico.»[14] Se trata de una afirmación tanto más notable cuanto que la edad de Pío X le debía haber permitido recordar el papel desempeñado por el Zentrumspartei en la lucha contra la persecución de la Iglesia católica por parte de Bismarck en la Alemania de los años setenta. Al menos, las lecciones aprendidas durante la *Kulturkampf* sí se mantenían vivas en la Secretaría de Estado: «Que los católicos franceses sigan el ejemplo de los católicos perseguidos en la Alemania de Bismarck —decía el cardenal Merry del Val—. Uniéndose en su propia defensa, los católicos alemanes derrotaron a la *Kulturkampf*.» Pero Pío X prefería la desaparición de un partido político católico, precisamente porque no veía qué papel podría desempeñar el pluralismo laico-clerical en la estructura piramidal del poder papal. Comentando la opinión que Pío X tenía del catolicismo político, el historiador y periodista Carlo Falconi escribe: «En primer lugar, pensaba que la mezcla de política y religión era especialmente peligrosa para la Iglesia; en segundo lugar, porque en general, y especialmente en aquella época, [los partidos católicos] alentaban la participación de sacerdotes en política; y por último, porque pensaba que eran inútiles, ya que los católicos siempre podrían buscar apoyo para sus demandas religiosas en partidos lai-

cos favorables, o al menos no declaradamente hostiles a la Iglesia.»[15] Esta opinión era compartida, como veremos, por Pacelli, quien veinte años más tarde, siendo ya cardenal secretario de Estado, favoreció una aquiescente y dócil colaboración de la Iglesia con el partido nazi en lugar de apoyar al Zentrumspartei, que representaba el último obstáculo que Hitler debía eliminar en su camino hacia la dictadura.

Pacelli se convirtió en especialista en las relaciones exteriores del Vaticano en la lucha contra el gobierno Combes, mientras se ocupaba de la larga tarea de codificar las leyes canónicas y de las tareas cotidianas del Departamento de Asuntos Extraordinarios. Al mismo tiempo, de espaldas al mundo, iba ganándose año tras año la confianza de sus superiores, hasta que en 1911 fue nombrado para el puesto de subsecretario del Departamento de Asuntos Extraordinarios[16] en sustitución de Umberto Benigni, que se había visto obligado a dimitir por razones de salud (posiblemente relacionadas con su agotadora doble vida como burócrata del Vaticano y jefe del servicio de espionaje).

Al año siguiente, como nuevo signo de favor especial, se le encomendó otro viaje a Inglaterra, en compañía del cardenal Gennaro Granito Pignatelli di Belmonte, para asistir a la coronación del rey Jorge V. Fue en esta visita cuando presenció en el estrecho de Spithead la revista de la Royal Navy, una experiencia que solía recordar en las audiencias a los peregrinos ingleses cuando ya era Papa. En el otoño de 1912 se le nombró también *consultore*, es decir, consejero, del Santo Oficio, lo que indicaba que sobre su ortodoxia no había caído ni la sombra de una sospecha de modernismo.

En su función de subsecretario altamente favorecido, y como figura en ascenso en el mundo de las leyes y la diplomacia internacional, se vio ahora implicado en una serie de negociaciones que contribuyeron significativamente a las tensiones entre Serbia y el Imperio austro-húngaro en el período que precedió al estallido de la primera guerra mundial.

Los detalles de esa historia, que anticipaba la estrategia de Pacelli en Alemania una década más tarde, están recogidos en una serie de archivos en el Vaticano, en la Sección de Relaciones con Estados, divididos de acuerdo con las actividades del Vaticano en diferentes países. Dentro de las cajas con las etiquetas «*Austria-Unghe-*

ria 1913-Serbia-Belgrado 1913-1915» hay una colección de documentos con el encabezamiento *«Concordato tra la Santa Sede e la Serbia»*, entre los que se encuentran cartas, memorándums secretos descifrados, notas taquigráficas de encuentros entre cardenales, proyectos de tratados, etc., todos los cuales estuvieron en su tiempo en manos de Eugenio Pacelli y que contienen anotaciones de su puño y pulcra letra bastardilla.

La introducción del archivo establece que el negociador serbio era el señor Luigi Bakotic, comisionado del ministro de Asuntos Exteriores de Serbia; que el agente especial de la Santa Sede en Serbia era el sacerdote italiano Denis Cardon, y que las negociaciones comenzaron en 1913 «por invitación de monseñor Eugenio Pacelli, subsecretario de la Sagrada Congregación para Asuntos Extraordinarios».

El Concordato Serbio y la Gran Guerra

A las 11.30 de la mañana del 24 de junio de 1914, justo cuatro días antes del asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo, los representantes de la Santa Sede y el gobierno de Serbia se reunían en el gran salón de la Secretaría de Estado para poner su firma al pie del tratado conocido como «Concordato Serbio». Entre los participantes se encontraban los principales negociadores serbios, con el embajador en París, Milenko Vesnitch, al frente y Luigi Bakitic, del Ministerio de Asuntos Exteriores. Por parte del Vaticano se encontraban el cardenal Merry del Val y, junto a él, la alta y pulcra figura de monseñor Eugenio Pacelli, de treinta y ocho años de edad, quien había negociado y redactado el documento a lo largo de los anteriores dieciocho meses.

Entre los términos del tratado, Serbia garantizaba a la Santa Sede el derecho a imponer el nuevo Código Canónico al clero católico de su país y que los católicos serbios tendrían completa libertad de religión, culto y educación en su territorio. Serbia se obligaba asimismo a pagar un sueldo al arzobispo de Belgrado, al obispo de Üsküb (actual Skopje) y al clero que servía a las comunidades católicas. Al mismo tiempo, el tratado implicaba la abrogación de los antiguos derechos de protectorado del Imperio austro-húngaro sobre los enclaves católicos en los territorios serbios.

La idea de que el Vaticano asignara a un país católico de Europa la misión de proteger a los católicos que vivían en otro país no católico era un rasgo familiar de la época colonial.[17] Francia, en particular, había explotado su papel de protector en el Lejano y Medio Oriente hasta su ruptura con el Vaticano en 1905; Alemania, Austria, España y Bélgica habían procurado en diferentes momentos y en diversas partes del mundo mantener ese estatus por razones comerciales y políticas. Hasta entonces, nunca se había planteado la cuestión de un concordato con Serbia, ya que el número de católicos era muy pequeño, al menos hasta la victoria en 1912 de Serbia sobre Turquía en la primera guerra de los Balcanes, y su consiguiente expansión en Macedonia, Epiro y norte de Albania. Con esos territorios añadidos, el número de católicos en Serbia creció de unos siete mil a cuarenta mil, y los serbios, mayoritariamente ortodoxos, consideraron importante mejorar sus relaciones con la Iglesia católica.

Los derechos de protectorado de Austria-Hungría, celosamente mantenidos durante más de un siglo, habían sido en gran medida simbólicos. Pero incluían el derecho a nombrar obispos y a educar a los sacerdotes balcánicos del rito latino en seminarios de Austria y Hungría, así como un derecho moral del imperio a invadir la región si se suponía que las comunidades católicas se encontraban en peligro. Esos derechos simbólicos no eran poca cosa para el imperio. En un momento en el que Serbia, apoyada por Rusia, desafiaba la esfera de influencia austro-húngara en los Balcanes, Francisco José estaba dispuesto a utilizar todos los medios a su alcance para mantener los lazos con el imperio de sus regiones más periféricas. El Concordato Serbio, firmado en el Vaticano aquel día de 1914, destruía esos lazos y la influencia que los acompañaba.

Con el concordato todo eran ventajas para Serbia, porque disipaba las dudas acerca de su feroz partidismo sectario en favor de la Iglesia ortodoxa y favorecía sus ambiciones imperialistas de convertirse en centro unitario del mosaico de pueblos eslavos de obediencia católica u ortodoxa de la región balcánica. El Vaticano también tenía mucho que ganar, ya que el concordato anunciaba el fin de los siglos de antagonismo entre Roma y el «cisma» ortodoxo, abriendo a los ritos latino y oriental la vía a la evangelización de Rusia y Grecia. Por encima de todo —los documentos

revelan que ése era el impulso motivador de Pacelli—, el concordato concedía al papado importantes rasgos de autoridad, incluyendo el nombramiento de obispos y prelados, que poco después quedaría incluido en el Código de 1917, pero que hasta el momento quedaba en manos del emperador austríaco según la antigua usanza. Sólo Austria-Hungría salía perdiendo, ya que el tratado amenazaba incrementar la influencia paneslávica serbia en su frontera meridional y sometía al imperio a una humillación diplomática.

Las negociaciones del Concordato Serbio se realizaron en una serie de contactos secretos en el triángulo formado por Viena, Belgrado y el Vaticano. Los austríacos, por su parte, intentaron obstaculizar las negociaciones, pero el propio Eugenio Pacelli llevó el proyecto a su conclusión pese a los consejos de prudencia que le llegaron de distintas fuentes, incluyendo las solemnes advertencias del nuncio apostólico en Viena.

Viena reaccionó indignada a la noticia del concordato: «La prensa y el pueblo austríacos —escribía el embajador italiano en Viena el 25 de junio— consideran el Concordato Serbio como una derrota diplomática de su gobierno.»[18] Bajo el titular «Nueva derrota», el periódico vienés *Die Zeit* proclamaba: «Ahora crecerá el prestigio serbio, y sus obispos y sacerdotes se convertirán en un importante factor de la agitación paneslava. [...] ¿Para qué, en nombre del cielo, ha realizado Austria tan vastas inversiones financieras en esas tierras balcánicas, en defensa de nuestro protectorado, que no es tanto religioso como político, sólo para arrojarlo por la borda en cuestión de semanas, y sin lucha?» En un artículo aún más encendido, en el *Arbeiterzeitung* del día siguiente a la firma del tratado, el editorialista preguntaba: «Tras esta humillación, ¿volverá a oírse alguna vez la voz de Austria?» El gobierno había tratado con los serbios de forma pusilánime e incompetente, según la prensa. El resultado fue un fuerte incremento de la retórica antiserbia y llamadas a la acción. Cuando el archiduque fue asesinado en Sarajevo sólo unos días más tarde las emociones estaban ya encendidas. El Concordato Serbio contribuyó sin duda al endurecimiento del ultimátum que el Imperio austro-húngaro presentó a Serbia, haciendo inevitable la guerra.

El punto de partida del extraño caso del Concordato Serbio fue un viaje a Belgrado de un cura de provincias en el verano de 1912. El padre Denis Cardon pretendía «conocer por sí mismo los países balcánicos antes de regresar a Viena para participar en un Congreso Eucarístico».[19] Cardon era un clérigo corpulento, vivaz y entrometido que hablaba varios idiomas, entre ellos serbo-croata, y que dirigía una pequeña parroquia en un lugar llamado Taggia, en los Alpes Marítimos, cerca de Ventimiglia.

En su hotel de Belgrado se encontró un día hablando con un ministro del gobierno serbio (no identificado en los documentos del Vaticano). Surgió la cuestión religiosa y Cardon sugirió que un concordato sería de interés tanto para la Iglesia católica como para los serbios. El ministro respondió que no creía que el gobierno serbio pudiera entrar en negociaciones directas con el Vaticano debido a la oposición austríaca. Muchos altos funcionarios, dijo al cura, lo habían intentado sin conseguirlo.

Pero Cardon habló con tal convicción de las ventajas de un concordato que el ministro incluyó inmediatamente a aquel humilde y aparentemente manipulable cura como agente especial serbio en la Santa Sede. Al día siguiente fue recibido por el *ministre des cultes* en las oficinas del gobierno serbio, y al poco tiempo entró en contacto con la Secretaría de Estado vaticana. «Uno se pregunta —escribía el editorialista de *L'Éclaireur de Nice*, el periódico que reveló la historia de Cardon el 26 de junio de 1914— o, mejor, *exige* saber quién fue realmente el negociador en ese acontecimiento crucial.» Del examen de los archivos de la Secretaría de Estado se deduce que no fue otro que el subsecretario del Departamento de Asuntos Extraordinarios, Eugenio Pacelli, quien informaba directamente al cardenal secretario de Estado, Merry del Val. Todos los contactos —con Cardon, con diplomáticos en Viena y Belgrado, y con el embajador austríaco en la Santa Sede— pasaron por Pacelli, que fue quien redactó en persona los términos del concordato, respondiendo a cada pregunta, escribiendo por cuenta de Merry del Val y repasando personalmente sus cartas antes de ser cifradas, y organizando y escribiendo los resúmenes de las reuniones de la curia en las que se adoptaron las decisiones finales.

Durante todo un año, las negociaciones con Serbia no incluye-

ron a los diplomáticos austríacos en Roma ni al nuncio papal en Viena, por no hablar de los ministros del gobierno austríaco. En un memorándum escrito a mano en francés a Pacelli, fechado el 10 de enero de 1913,[20] el embajador austríaco ante la Santa Sede se quejaba de los rumores que le llegaban —a partir de un artículo periodístico aparecido en Belgrado en noviembre de 1912— acerca de los esfuerzos de Serbia por reformar la protección de los católicos en su territorio. Advertía al Vaticano que el gobierno austríaco consideraba su protectorado en los Balcanes, «que mantenía desde tiempo inmemorial», como una cuestión «no de derechos sino de obligaciones». La nota ponía en ridículo la idea de que Serbia tratara de «emancipar a los católicos que vivían en sus territorios, liberándolos del yugo austríaco, y sustituyendo a los sacerdotes extranjeros por otros autóctonos». Concluía requiriendo confirmación de que la Santa Sede colaboraría estrechamente con el gobierno austríaco para mantener en pie el protectorado.

Una segunda nota del embajador austríaco que lleva fecha del 4 de febrero,[21] señalaba que funcionarios del ministerio serbio de Religión habían interrogado a los párrocos de Üsküb acerca del número de católicos de la diócesis, sus rentas y propiedades, y otros detalles sobre la administración del obispado. «Nuestro cónsul en Üsküb ha recomendado a los párrocos que se nieguen a entregar esa o cualquier otra información», escribía el embajador, y concluía recordando a Pacelli que ya le había pedido una clarificación sin obtener respuesta.

Finalmente, en una nota fechada el 17 de febrero de 1914,[22] el embajador detalla la decidida respuesta que su gobierno está dispuesto a dar a los acontecimientos, estableciendo las condiciones bajo las que Austria aceptaría una alteración del estatuto del protectorado. Esas condiciones incluían plegarias por el emperador Francisco José y su familia en cada misa, un lugar de honor para el emperador en cada iglesia, y un lugar especial para su representante en las procesiones religiosas, «otorgando una preferencia especial a tales representantes durante las ceremonias de incensado, beso de la paz, *agnus dei*, recepción de la comunión, etc.», la presencia del escudo de armas del emperador y la celebración de su cumpleaños. Todo lo cual parece insignificante y trivial a esta distancia, pero representaban en aquellos momentos cuestiones simbólicas trascendentales en materia de lealtad cultural.

Otro desconcertado y desinformado recipiendario de rumores era el propio nuncio de la Santa Sede en Viena. En una carta fechada el 15 de febrero de 1913,[23] el arzobispo Raffaele Scapinelli informaba a Pacelli sobre sus recientes encuentros con diplomáticos serbios. El nuncio, evidentemente, no había sido puesto al corriente sobre los contactos, pero, adivinando lo que se estaba cociendo, asumía la responsabilidad de explicar las ventajas y desventajas de tal tratado. En resumen, concedía, un concordato abriría nuevas perspectivas a la influencia católica en los Balcanes («donde los católicos son considerados extranjeros sin influencia en la vida política y cultural del país»), pero concluía con una observación aterradoramente profética:

> Austria, sin embargo, parece decidida a tratar duramente a Serbia, y se cree que podría estallar la guerra con ese país en la primavera, lo que complicaría extraordinariamente la situación. ¿No sería mejor aplazar [las negociaciones del concordato], y no asumir riesgos en unas circunstancias tan inciertas y peligrosas que sólo pueden acabar con una humillación militar de Serbia? Porque Serbia es un foco de atracción para las ambiciones de los estados balcánicos del sur, y todo parece destinado a amenazar la integridad del Imperio austro-húngaro.[24]

En los siguientes doce meses, los archivos de la Secretaría de Estado vaticana muestran al padre Cardon viajando afanosamente de Roma a Belgrado, mientras Pacelli seguía jugando al gato y el ratón con los diplomáticos austríacos y el nuncio papal en Viena. De las acongojadas notas austríacas se deduce que Pacelli estaba decidido, fueran cuales fueran las peticiones de Viena, a terminar con el estatus de protectorado, en beneficio más de la política centralista papal que de los católicos serbios. Entretanto, como consuelo para los austríacos, adelantaba la idea de unos derechos de *patronatus* «puramente honoríficos y compatibles con las leyes canónicas». El canonista Pacelli, evidentemente, trataba de distraer a los austríacos con las intrincadas espesuras del derecho canónico romano, sabiendo como sabía, sin que los austríacos pudieran tener esa información, que el futuro Código de 1917 no les garantizaría absolutamente ninguno de esos «derechos honoríficos». Los austríacos no parecían sin embargo calmados, pero nada podían hacer para detener a la Santa Sede, excepto pedir que en el concordato

aparecieran claramente expresados los derechos de patronato o al menos un aplazamiento.

Entre las últimas negociaciones y la firma del concordato hubo todavía dos reuniones de la curia. La primera tuvo lugar a las 10.30 del domingo 3 de mayo de 1914 y reflejaba la creciente sensación de crisis acerca del tratado. Estaban presentes los cardenales Vannutelli, De Lai, Gotti, Ferrata, Gasparri y Merry del Val. Pacelli actuaba como secretario de la reunión, levantando actas de su propia mano.[25] Serbia había amenazado con retirarse de las negociaciones si el concordato concedía demasiado a Austria, o si se producía un nuevo aplazamiento. La curia se veía acorralada. Creía que si Serbia se retiraba, la suerte de los católicos de la región podría ahora ser peor que antes del inicio de las negociaciones. Los cardenales eran conscientes de que había llegado el momento de tomar una decisión, y tenían la impresión, según las actas de la reunión, de deslizarse hacia lo inevitable.

Vannutelli comenzó urgiendo a sus colegas la firma del tratado, mostrándose convencido de que serviría a los intereses de la Iglesia católica en el este de Europa. Era consciente, decía, de la sensación de agravio de los austríacos. «Pero tratemos de hacerles ver que las ventajas superan a las desventajas.» Habló de contentar a los austríacos con títulos honoríficos, pero no tenía nada definido que proponer.

De Lai habló brevemente, secundando cuanto había dicho Vannutelli, y afirmando que debían firmar el concordato «porque era el mejor que se había conseguido nunca», una observación halagadora hacia los esfuerzos de Pacelli. A continuación, Gotti argumentó que debían aceptarlo porque no estaba en sus manos negarse a la solicitud de un tratado. Advirtió no obstante que debían «ser muy cuidadosos en el trato a Austria», aunque tampoco tenía ninguna propuesta concreta. Luego, embarcándose en algo de casuística, admitió la posibilidad de asegurar a Austria su estatus puramente honorífico como «patrón», añadiendo que «no había necesidad de fijar esto con un acuerdo especial». En otras palabras, la promesa de ese estatus honorario no tenía por qué ser mencionada en el concordato.

Luego habló Ferrata, advirtiendo que «Serbia no es un país que inspire confianza, y está claro que desea el concordato simplemente como un medio para eliminar la influencia austríaca». Sugirió que había que mantener contenta a Austria pero, al igual que los demás, no tenía nada concreto que proponer.

Gasparri, el guía y mentor de Pacelli, también se pronunció en favor del concordato, como los demás. Pacelli escribió en sus notas: *«E anch'egli, tutto considerato, per l'affirmativa»* («También, él, teniendo todo en cuenta, estaba a favor»). Pero el resto de los comentarios registrados de Gasparri son dispersos y evasivos. «Austria no tiene derecho a un protectorado ahora que Turquía se ha retirado de la región», dijo.

Habló por fin el cardenal secretario de Estado, Merry del Val, ordenando los argumentos más fuertes en favor del concordato: «Rechazarlo —comenzó— significaría dar un pretexto a los eslavos para retener aún más a los católicos como rehenes. Y debemos recordar que son los serbios los que han venido a nosotros. [...] Están interesados, por tanto, en regularizar la situación. Semejante oportunidad podría no volver a presentarse. Y en cualquier caso, el protectorado austríaco ya no sirve ni puede adaptarse.»

Luego, señalando algo que Pacelli pudo muy bien recordar unos veinte años después, cuando negociaba con Hitler, Merry del Val declaró: «Si decimos que no podemos confiar en los serbios, mayor razón para obligarlos con un concordato.»

La última reunión de los cardenales en la Secretaría de Estado tuvo lugar el 7 de junio de 1914, a las 10.30.[26] Los cardenales volvieron a discutir la cuestión de los derechos de patronazgo, que eran las condiciones mínimas puestas por Austria para aceptar aun a regañadientes el concordato. Pero como todos ellos reconocieron hablando por turno, los negociadores serbios se retirarían antes de garantizar cualquiera de eso derechos en el tratado.

Hacia el final de la reunión, Merry del Val hizo la siguiente y casi desesperada reflexión: «Habrá graves consecuencias si rompemos ahora las negociaciones. Los serbios tratarán con extraordinaria dureza a la Iglesia, proclamando que nosotros no quisimos conceder una base legal a cuanto ellos ofrecían. Al mismo tiempo, si las comunidades católicas se ven obligadas entonces a acudir a los austríacos para que las defiendan, se verán doblemente despreciadas.»

Fue Gasparri, no obstante, quien repitió la alarmada observación del arzobispo Scapinelli, nuncio en Viena, dieciocho meses antes:

> La principal razón de Serbia para firmar este concordato es su deseo de abrirse a las comunidades eslavas vinculadas al Imperio

austro-húngaro y de eliminar los obstáculos que podrían surgir de consideraciones religiosas o culturales. Lo que están tratando de hacer es mostrar que el reino de Serbia mantiene relaciones cordiales con la Santa Sede, ofreciendo a los católicos garantías de libertad y bienestar.

Fue ésta la última palabra antes de proponerle a Pío X la firma del tratado, y la única objeción sustancial en la reunión final, entre un coro de intervenciones aprobatorias. Gasparri, al menos, había comprendido que el Vaticano había caído en una trampa, dejándose llevar por el deseo de la curia de ejercer directamente la autoridad papal sobre los católicos de los Balcanes y por la perspectiva de éxitos misioneros en el este. Serbia había logrado arrastrar al Vaticano a las legendarias complejidades de la política balcánica, y los cardenales no habían sabido apreciar que el concordato podía contribuir a agravar las tensiones en la región. √

No hay pruebas de que Pacelli, que diseñó todo el proceso, se cuestionara su propia cordura en la conducción de aquel asunto, ya fuera entonces o más tarde. Tampoco las hay de que Gasparri comprendiera todo el alcance de las iniciativas de su protegido.

El concordato, que constaba de veintidós artículos, fue firmado el 24 de junio, marcado por el sello de la futura política de Pacelli: la expansión del poder papal sobre la Iglesia católica a nivel local, y en particular el control total sobre el nombramiento de obispos. La virtual eliminación de la capacidad local de proponerlos se iba a convertir en una cuestión crucial en el seno de la Iglesia hasta el fin del siglo.

El artículo 1 establecía simplemente que «la religión católica y apostólica romana se ejercerá libre y públicamente en el reino de Serbia». El artículo 3 establecía que el arzobispo de Belgrado y el obispo de Üsküb serían «directamente responsables ante la Santa Sede de los asuntos eclesiásticos», y el artículo 4 enfatizaba que «Su Santidad nombrará a los candidatos a obispo», notificándolos al gobierno serbio por si alguno de ellos fuera políticamente objetable. Otros seis artículos protegían la libre expresión de la religión católica en armonía con las previsiones del Derecho Canónico, en especial el genérico artículo 20: «Si surge cualquier tipo de dificultades en la interpretación de los anteriores artículos [...] la Santa Sede y el gobierno real procederán, de común acuerdo, a encontrar una solución acorde con el derecho canónico.»

El concordato contenía asimismo generosas concesiones financieras para obispos, clero y profesores de religión católica. Se establecerían seminarios en Serbia y se animaría a los futuros sacerdotes y catequistas a enseñar las doctrinas de la fe católica en el idioma local. En la misa se pronunciarían oraciones por el rey de Serbia. No se hacía mención de Austria-Hungría, y ni una sola línea sugería que sus antiguos lazos con los católicos de la región merecieran ni una consideración residual, por no hablar de los derechos de patronazgo.

El periódico austríaco *Die Zeit* apareció al día siguiente, 25 de junio, realzando con su artículo «Nueva derrota» las dimensiones políticas del concordato que Pacelli había ignorado a lo largo de dieciocho meses de negociaciones. La jerarquía católica de la región, decía el periódico, debía ahora vasallaje a Serbia, al igual que el clero ordinario, que se formaría a partir de entonces en seminarios serbios. «Se trata de una gran pérdida de influencia, a la que Austria debe prestar atención.» Y seguía: «Austria ha hecho a lo largo de siglos tremendos sacrificios, para nada, en defensa de los católicos de los Balcanes, incluyendo Albania, donde también estamos a punto de perder nuestro estatus de protectorado. Se trata de un terrible contratiempo para nuestro prestigio.»

Un tercer argumento del diario esa mañana, el más contundente, y que reprodujeron numerosos periódicos de todo el mundo, era también el más ominoso: «El concordato es el mejor instrumento de propaganda en favor de la Gran Serbia, porque el único obstáculo a una unión entre serbios y croatas es la separación existente entre las Iglesias católica y ortodoxa. Si además de los éxitos militares [contra Turquía] los serbios pueden añadir un éxito diplomático sobre Austria, Serbia se convertirá en un foco de atracción para todos los eslavos al sur de las fronteras austríacas. Los agitadores panserbios consideran absolutamente crucial el apoyo de los obispos y el clero en esa lucha.»

Cuando el archiduque Francisco Fernando y su esposa recibieron los disparos de un agitador panserbio en Sarajevo el 28 de junio, las emociones que había despertado el concordato se convirtieron en propulsores del odio antiserbio. El concordato contribuyó a agudizar las tensiones que condujeron al gobierno austríaco a forzar la mano presentando un ultimátum humillante a Serbia. No existen pruebas de que el Papa Pío X fuera consciente del papel

que la Santa Sede había desempeñado atizando el conflicto que enfrentaba al Imperio austro-húngaro y Serbia. Se dice que la declaración de guerra lo sumió en una profunda depresión, de la que no llegaría a recobrarse, muriendo el 20 de agosto de 1914 de un ataque al corazón.

Lo que se deduce claramente del episodio es el enorme impacto potencial de la diplomacia vaticana sobre las relaciones culturales y políticas, su capacidad de provocar desaliento e inseguridad, y de incrementar las tensiones existentes entre determinados países. La Santa Sede, evidentemente, no era tan sólo un testigo estático preocupado exclusivamente por el bienestar espiritual de los católicos serbios, sino un actor de primera fila en la escena internacional, con sus propios objetivos y ambiciones. En los años siguientes, las iniciativas de Pacelli en las relaciones internacionales se centraron en la renegociación de los concordatos que contradecían el nuevo Código de Derecho Canónico. No hay señales de que Pacelli se cuestionara las peligrosas implicaciones de las negociaciones con Serbia después de su firma. Desde este punto de vista, este episodio marca el ominoso comienzo del distanciamiento de Pacelli con respecto a las eventuales consecuencias políticas de sus acciones diplomáticas por cuenta del Papa.

4. Alemania

Giacomo della Chiesa fue elegido Papa, con el nombre de Benedicto XV, el 3 de septiembre de 1914, dos semanas después de la muerte de Pío X. Aristócrata genovés, de muy pequeño tamaño (se le conocía como *picoletto*, «pequeñito»), Della Chiesa era un hombre virtuoso, discreto, perspicaz y dinámico. Protegido de Rampolla, el secretario de Estado de León XIII, había ascendido rápidamente desde las filas del servicio diplomático hasta convertirse en subsecretario en la Secretaría de Estado de Merry del Val. En la paranoica atmósfera del pontificado de Pío X, sin embargo, había caído bajo sospecha, probablemente por haber añorado frecuente e imprudentemente los días felices y los consejos de León XIII. En 1907 se le desplazó del Vaticano nombrándolo arzobispo de Bolonia, lo que se consideraba una degradación. En ese puesto no se le concedió el capelo cardenalicio, normalmente automático para una diócesis tan importante, hasta 1914.

Al llegar al trono de San Pedro destituyó a Merry del Val, dando al antiguo secretario de Estado apenas tiempo para recoger las cosas de su despacho, mientras se desmantelaba a toda prisa el Sodalitium Pianum, la red de espionaje de Benigni (quien acabó sus días, ya se le veía venir, como delator al servicio de Mussolini),[1] y se ponía fin a la caza de brujas antimodernista. En cualquier caso, el Juramento Antimodernista, la censura de los libros escritos por clérigos y las restricciones del Código de Derecho Canónico, todavía en preparación, siguieron funcionando para forzar el consenso sobre la nueva ideología del poder papal durante gran parte del siglo XX.

Benedicto XV concentró su atención en la tarea de llevar a la mesa de negociaciones a los países que combatían en Europa. Se sentía atormentado por el espectáculo de una guerra de cristianos

contra cristianos y católicos contra católicos. Inmediatamente después de ser elegido, hizo pública su protesta contra aquella «horrible carnicería». Se sentía «destrozado», decía, «con inexpresable horror y angustia ante el monstruoso espectáculo de esa guerra en la que se derraman ríos de sangre cristiana».[2] Estaba decidido a mantener una estricta neutralidad o, como él decía, «una actitud imparcial», que le parecía el mejor modo de influir en el conflicto. Intentando manipular los sentimientos religiosos con propósitos de propaganda, ambos bandos ejercieron sobre él grandes presiones, pero Benedicto XV las rechazó, condenando las atrocidades de unos y otros y ganándose así la enemistad de ambos. Cuando Italia entró en guerra en el bando de los aliados, en mayo de 1915, insistió en el tratado secreto de Londres en que la Alianza debía impedir a los representantes de la Santa Sede cualquier participación en las negociaciones de paz o en la resolución de problemas relacionados con la guerra. Al parecer, Italia no era el único país que pensaba que el papado podía todavía utilizar la crisis de una guerra mundial para defender sus propios objetivos en la todavía irresuelta Cuestión Romana, el antagonismo entre la Santa Sede y el Estado italiano.

Benedicto XV nombró a Pietro Gasparri como cardenal secretario de Estado, puesto que mantendría durante los siguientes dieciséis años. Pacelli fue promovido a secretario del Departamento de Asuntos Extraordinarios, donde se ocupó de la suerte de la vasta población de prisioneros de guerra hechos por ambos bandos. Era un torbellino de actividad administrativa y utilizó hasta el límite la red de comunicaciones de la Iglesia católica en la tarea de asistencia a los prisioneros. En cada diócesis en la que existía algún campo encargó al obispo la confección de una lista de los sacerdotes capaces de servir como intérpretes para establecer comunicaciones entre los prisioneros y sus familias. Trabajando junto a la Cruz Roja Internacional y el gobierno suizo, negoció el intercambio de los heridos.[3] Como consecuencia de sus esfuerzos, pudieron regresar a su país unos 65 000. El departamento de Pacelli también se ocupó de la búsqueda de noticias acerca de los muertos y desaparecidos, y de la gestión de fondos de la Santa Sede para comprar medicinas y alimentos.

A lo largo de los tres primeros años de guerra, en los que se dice que Pacelli no gozó de un solo día de vacaciones, siguió trabajando

en la preparación de la publicación y promulgación del Código de Derecho Canónico. En 1916 circularon rumores en el Vaticano de que iba a ser nombrado como nuncio papal en Munich, pero al final se confió el puesto al arzobispo Giuseppe Aversa, que había sido nuncio en Brasil. Según el barón Carlo Monti, diplomático italiano que frecuentaba la corte papal y que al parecer discutió con Benedicto XV acerca de la carrera de Pacelli, Gasparri no quería ni oír hablar de su salida de Roma mientras no se publicara el nuevo Código.

Entretanto, Benedicto XV se había mantenido a la espera de una oportunidad ideal para implicar a las potencias en un plan de paz concebido por él mismo. Ésta pareció llegar en la primavera de 1917, uno de los peores momentos de la guerra para los aliados. Bucarest había sido ocupada por los alemanes, la guerra submarina había devastado las flotas aliadas, y la ofensiva en el frente occidental se había detenido, mientras que Rusia se veía atrapada en el caos de la revolución. Estados Unidos no había entrado aún en guerra. Benedicto XV creyó que los acontecimientos se habían conjurado para obligar a los beligerantes a sentarse a una mesa de negociaciones; pero ¿a quién podía confiarle la delicada tarea de hablar con los alemanes?

Fuera azar o designio de la providencia, tan pronto como el arzobispo Aversa se instaló en Munich murió de apendicitis, el 3 de abril. Benedicto XV decidió que Pacelli era el sustituto ideal. En una ceremonia privada en la capilla Sixtina lo consagró personalmente como arzobispo de Sardi el 13 de mayo de 1917. Sardi, o Sardes, no era una auténtica diócesis al cuidado de almas, sino una de las setecientas de la cristiandad oriental, destruidas por la invasión musulmana, conocidas en Roma como *in partibus infidelium* (en las regiones de los infieles). Los celebrantes de aquel día constituían una notable concentración de poder papal: el propio Papa Benedicto XV, Pietro Gasparri y Achille Ratti, el bibliotecario y diplomático del Vaticano, colega y amigo de Pacelli, quien cinco años más tarde sería elegido Papa como Pío XI. También estaban presentes la madre de Pacelli y su hermano Francesco, pero no su padre, que había muerto de gripe en noviembre del año anterior.

Los inclinados a atribuir significado a las fechas marianas señalarían más tarde que Pacelli había sido nombrado obispo el mismo día (13 de mayo de 1917) en que tres niños fueron supuestamente

testigos de la aparición de una Señora de cegadora luz en un lugar de Portugal llamado Fátima. Esa aparición, identificada luego como la Virgen María, les dijo: «Venid aquí el decimotercer día de los próximos seis meses y entonces os diré quién soy y qué quiero de vosotros.»[4] Después de este acontecimiento ocurrió el fenómeno del sol girante, del que miles de personas afirmaron haber sido testigos. En 1928, la vidente superviviente, Lucía, reveló el primero de los famosos «secretos de Fátima», relacionados con profecías acerca de la guerra y el comunismo en el siglo XX. Cuarenta años después, cuando ya era Papa, el propio Pacelli fue testigo en los jardines del Vaticano de lo que imaginó el mismo fenómeno del sol girante. El autocontrolado y legalista administrador tenía un lado extrañamente místico, que iría surgiendo con el paso del tiempo. La fecha de su consagración, 13 de mayo, se convirtió así en la fiesta de Nuestra Señora de Fátima.

Negociando el plan de paz

El 18 de mayo de 1917, el arzobispo Eugenio Pacelli embarcaba con su notable estilo en la Stazione Termini de Roma hacia Munich. Pacelli no sólo había encargado un compartimiento privado, sino que se había añadido al tren un vagón especial sellado para transportar las sesenta cajas de provisiones que asegurarían que su delicado estómago no sufriera las privaciones de la guerra en Alemania. Fue el barón Carlo Monti quien relató al día siguiente la historia de esta extravagancia de Pacelli a Benedicto XV.[5] Monti contó a un escandalizado Santo Padre que para satisfacer los preparativos del viaje de Pacelli había tenido que molestar a gente de cuatro ministerios del gobierno italiano, y que el coste de las provisiones de Pacelli había alcanzado la cifra de ocho mil liras, que tendría que pagar naturalmente la Santa Sede. El vagón especial en el que se transportaron los alimentos había sido traído a toda velocidad de Zurich, y el compartimiento privado de Pacelli había sido requisado expresamente de la red de ferrocarriles italiana, algo que en tiempo de guerra era inaudito. Más aún, se había dado la alerta a todos los jefes de estación desde Roma hasta la frontera suiza para el caso en que el arzobispo Pacelli requiriera su ayuda. El ministro de Asuntos Exteriores había expedido pasaportes especiales, y el

de Finanzas había tenido que firmar los permisos para que aquella enorme cantidad de alimentos embargados pudieran atravesar Italia.

Según el barón Monti, el Santo Padre movió la cabeza con asombro, señalando que si él mismo hubiera sido enviado a Munich, habría preferido vivir como cualquier otro ciudadano de Baviera. Las notas de Monti añaden una comparación irónica, indicando que ese mismo Papa se había manifestado sorprendido al saber que un pollo en la mesa del comedor papal había costado veinte liras. «He aquí un simple sacerdote —escribía Monti— que se comporta sin pompa ni pretensiones.» Pero aunque Benedicto XV pudiera deplorar la extravagancia de Pacelli, el Papa y la curia tenían en la más alta consideración al joven arzobispo, al que se había confiado un papel clave en los planes papales de paz.

El 25 de mayo, Pacelli se instaló en la nunciatura en Munich, un palacio neoclásico en la Brennerstrasse, directamente enfrente de lo que más tarde se convertiría en la Casa Parda, la cuna del nazismo (ambos edificios quedaron destruidos en un bombardeo durante la segunda guerra mundial). El mantenimiento de la casa quedaba a cargo de un pequeño equipo de laicos, y Pacelli contaba además con un *uditore*, o asistente, llamado monseñor Schioppa. En el garaje permanecía un gran automóvil con las armas papales pintadas en las puertas.

Pacelli comenzó inmediatamente a trabajar para promover la propuesta de paz de Benedicto XV. Era clara en cuanto a sus principios, pero vaga en los detalles, pidiendo un desarme progresivo, la abolición del reclutamiento obligatorio, la sustitución de las ofensivas armadas por arbitrajes, sanciones contra los países que se negaran a aceptar las decisiones de los árbitros internacionales y el libre tráfico marítimo. Como cuestiones cruciales exigía la devolución de los territorios ocupados y establecía un protocolo para la discusión sobre territorios en disputa como Alsacia-Lorena, el Trentino y Trieste, incluyendo el respeto que se debía a los deseos de las poblaciones en cuestión. En la propuesta de Benedicto XV se garantizaba la independencia de Bélgica y la reunificación y restauración de Polonia.

El 28 de mayo, a los tres días de su llegada, Pacelli fue conducido en coche de caballos al palacio real, donde presentó sus cartas credenciales al rey Luis III de Baviera, al que acompañaba su minis-

tro de Asuntos Exteriores, conde Georg Friedrich von Hertling. Luego vendrían reuniones más importantes, en Berlín y en Kreuznach, el cuartel militar del Kaiser Guillermo II.

El lunes 25 de junio salió en tren hacia Berlín.

En una carta a Gasparri en la que relataba los pormenores del viaje, oímos la voz de Pacelli casi por primera vez desde sus ensayos de adolescencia. Sucinto, casi periodístico, produce la impresión de mantenerse atento a los adecuados niveles de deferencia:

> Llegamos a Berlín a las 7.20 de la mañana. Me recibió en la estación el diputado Erzberger [Matthias Erzberger, un destacado dirigente del Partido del Centro], y salimos de ella en un espléndido automóvil militar, que puso a mi entera disposición durante el resto de mi estancia en Berlín. Me acompañó al hotel Continental, uno de los mejores de la capital, donde me alojé en un apartamento tolerablemente cómodo del primer piso, como invitado del gobierno imperial. Urgí a Herr Erzberger la necesidad de descartar el seguimiento de mi viaje por la prensa, para evitar comentarios hostiles en los diarios hacia el papel de la Santa Sede en el plan de paz, aunque casi con seguridad la presentarán como favorable al bando alemán. Mi petición encontró completa satisfacción: la censura impidió que los periódicos hicieran ningún comentario sobre el tema.
>
> Celebrada la santa misa a las 10 de la mañana en la iglesia católica de Santa Eduvigis, [...] a las 11.30 comenzó mi encuentro con el canciller imperial [Theobald von Bethmann-Hollweg], [...] un caballero de imponente físico y de rasgos llamativos, con una apariencia un tanto tosca, pero que parece franco e ingenioso.[6]

El canciller Bethmann-Hollweg dijo a Pacelli que Alemania «desea sinceramente poner fin a esta horrible guerra, que no ha provocado, y ha demostrado su disposición a tratar con sus enemigos desde el pasado diciembre». Esa oferta, proseguía el canciller, «se había interpretado como una señal de debilidad, y no como un genuino deseo de terminar con esta matanza sin sentido, aunque las potencias centrales sean militarmente invencibles». Había llegado el momento de firmar la paz, aseguraba, y lo único que lo impedía era la mala voluntad de los enemigos de Alemania, «como demuestran los discursos de Lloyd George y Wilson».

Los dos hombres entraron entonces en detalles. Pacelli informó

a Gasparri de que el canciller había planteado las cuestiones del desarme conjunto y gradual, la independencia de Bélgica y la cuestión de Alsacia-Lorena y las disputas fronterizas entre Austria e Italia. Bethmann-Hollweg, «no sin vacilación», según Pacelli, aceptaba que podían producirse algunos movimientos en esos temas. El canciller se extendió sobre algunas cuestiones, especulando con la idea de que Austria hiciera concesiones en su disputa fronteriza con Italia, y regañando amablemente a Pacelli por la tendencia de los obispos franceses a propagar prejuicios antialemanes.

Al informar sobre el honor que se le había hecho con la cena de aquella noche, Pacelli expresaba en una nota manuscrita al pie su extrañeza de que se hubiera invitado a uno de los principales dirigentes de la Unión de Trabajadores Cristianos: «Una indicación —añadía— de que el gobierno alemán pretende alentar la participación de partidos obreros.»[7]

Pacelli y el Kaiser

La tarde del jueves 28 de junio abandonó Berlín saliendo hacia el cuartel general del Kaiser junto al Rin, en «un suntuoso vagón especial de ferrocarril», junto a su ayudante monseñor Schioppa.

Fue conducido a la residencia del Kaiser en el castillo de la antigua ciudad de Kreuznach, donde se puso a su disposición un «elegante apartamento». Pacelli fue conducido luego a una austera habitación con unas pocas sillas donde se encontraba el Kaiser tras una mesa de despacho, con su tullido brazo izquierdo sobre la empuñadura de su espada y la Gran Cruz de Hierro colgando del cuello de su uniforme militar. Sobre la mesa había un teléfono, y colgados de las altas paredes, mapas de las líneas del frente.

Pacelli informó a Gasparri de que había leído al Kaiser la «respetuosa carta del Pontífice, de acuerdo con las instrucciones que había recibido». El mensaje contenía la «ansiosa preocupación [del Santo Padre] por la prolongación de la guerra», la creciente ruina material y moral, el suicidio de la civilización europea, construida a lo largo de muchos siglos de historia humana. El Papa no dudaba, proclamó Pacelli, de que el emperador alemán deseaba ayudarle en la tarea de poner fin a la guerra.

El Kaiser escuchó al parecer con «respeto y profunda aten-

ción». Cuando respondió, sin embargo, su voz, sus gestos y la expresión de su rostro, según Pacelli, eran «exaltados y anormales» [*«esaltato e non del tutto normale»*].[8]

El Kaiser le dijo que Alemania no había provocado la guerra. «Nos vimos obligados a defendernos frente a las destructivas intenciones de Inglaterra, cuyo belicoso poder debía ser destruido.» Al decir esto, observó Pacelli, el Kaiser golpeaba el aire con el puño. Alemania había intentado ofrecer la paz el pasado diciembre, continuó el Kaiser, pero el Papa no había mencionado esta iniciativa. El resto de la réplica del monarca, según Pacelli, fue una arenga sobre los peligros del socialismo internacional y la necesidad de paz. Lo que el Papa debía hacer, aconsejó Guillermo II, era ordenar solemnemente a todo el clero y la feligresía católica que trabajaran y rezaran por la paz. El ejército prusiano y la jerarquía católica formarían entonces un frente unido contra la amenaza del socialismo.

Según Pacelli, el Kaiser se extendió luego sobre varios temas inconexos: la traición del rey de Italia, la importancia de que el Papa contara en su propio territorio con un corredor hasta el mar, la situación en Rusia y la sospecha de que Inglaterra seguía apoyando financieramente a ese país para que se mantuviera en guerra, el futuro de Bélgica... Luego intervino Pacelli para pedir vigorosamente «en nombre del Santo Padre, y de acuerdo con la promesa de su majestad, que cesen las deportaciones de ciudadanos belgas a Alemania». (Algunas versiones del encuentro, pero no la de Pacelli, señalan que el Kaiser adoptó entonces una postura más conciliatoria, prometiendo que pondría inmediatamente fin a esa práctica.)[9]

Cuando terminó el encuentro, Pacelli fue invitado a comer, y se le hicieron «toda clase de honores». Durante el almuerzo, al que asistieron varios príncipes, «estaba sentado —observó— a la derecha del Kaiser, y monseñor Schioppa a su izquierda».

El Kaiser se sintió lo bastante impresionado por su encuentro con Pacelli como para dejar detallada constancia de él en sus memorias, publicadas en una traducción al inglés en 1922, en el *New York Times.*[10] La versión del Kaiser, aparentemente escrita a partir de las notas tomadas poco después del encuentro, es fascinante por su apreciación de la aquiescencia de Pacelli y el cómico retrato de Schioppa, quien al parecer creyó que el nuncio se estaba saliendo de su cometido y probablemente luchando con el idioma.

El Kaiser juzgó a Pacelli «un hombre agradable, distinguido, de gran inteligencia y excelente educación». Pensó que el nuncio conocía el alemán «lo suficiente como para comprenderlo cuando lo oye, aunque no sea capaz de hablarlo con soltura». Así pues, hablaron en francés, aunque el nuncio «empleaba ocasionalmente expresiones alemanas». Monseñor Schioppa, a quien el Kaiser se refiere como «el capellán», sí hablaba alemán, e «intervenía, aunque no se le preguntara, cuando parecía temer que el nuncio se viera demasiado influido por cuanto yo decía».

El Kaiser aseguraba que cuando se refirió a la cuestión de la paz entre Austria e Italia, Pacelli afirmó que sería difícil para el Papa intervenir, ya que no existían relaciones entre el Vaticano y el gobierno italiano, e Italia no vería con buenos ojos ni siquiera la sugerencia de una conferencia si venía del Papa.

Aquí, de acuerdo con las memorias del Kaiser, monseñor Schioppa objetó que tal iniciativa quedaba fuera de lugar, ya que el gobierno italiano movilizaría a *«la piazza»*, lo que significaba la eventualidad de una reacción popular. Cuando el Kaiser expresó sus dudas al respecto, Schioppa, según el monarca, se excitó enormemente. «Dijo que yo no conocía a los romanos; que cuando se los incitaba eran simplemente terribles. [...] Existía incluso la posibilidad de que atacaran el Vaticano, lo que podría poner en peligro la propia vida del Papa.» Aunque el Kaiser intentó calmar sus temores, Schioppa «siguió exponiendo sin contenerse los terrores de la *piazza*».

Pacelli retomó la iniciativa diciendo que era difícil para el Papa hacer algo práctico por la paz sin despertar la oposición de la Italia laica, que podía ponerle en peligro. En una perorata que reproducía los viejos agravios de la Cuestión Romana y anticipaba su defensivo silencio como Papa, continuó diciendo que «debe tenerse en cuenta que [el Papa], desgraciadamente, no era libre; que si dispusiera de un país, o al menos de un distrito que pudiera gobernar autónomamente y hacer en él cuanto quisiera, la situación sería muy diferente; que en las circunstancias existentes, dependía demasiado de la Roma laica y no podía actuar de acuerdo con su libre voluntad».

Lejos de sugerir que el Papa podría recuperar sus propios territorios (como informó Pacelli), el Kaiser recuerda en sus notas que exhortó al nuncio a considerar la necesidad de que aquél actuara con valor: «Le hice notar que el propósito de traer la paz al mundo

era tan colosal que el Papa no debía amilanarse por consideraciones puramente mundanas, ni renunciar a acometer esa tarea, que parecía especialmente creada para él.»

> Esto pareció impresionar vivamente a Pacelli, según el monarca: «Aceptó que después de todo yo tenía razón.» La versión del Kaiser de sus propios comentarios acerca del socialismo y el catolicismo contrasta notablemente con lo que Pacelli contó a Gasparri: ¿qué puede pensar un soldado católico [...] cuando continuamente oye hablar sólo de los esfuerzos de los socialistas, y nunca de los del Papa, para liberarse de los horrores de la guerra? Si el Papa no hacía nada, continué, existía el peligro de que la paz llegara al mundo de la mano de los socialistas, lo que significaría el final del poder del Papa y de la Iglesia romana.

Según el Kaiser, sus argumentos dieron en el blanco; Pacelli respondió que informaría inmediatamente al Vaticano y le insistiría en que debía actuar. En ese momento, Schioppa intervino de nuevo para decir que el Papa se perjudicaría a sí mismo si lo hacía, dando oportunidad a *«la piazza»* para atacarle. Pero el Kaiser replicó que Nuestro Señor Jesucristo nunca había temido a *«la piazza»*.

«Lo que yo creo —dijo al parecer el Kaiser a monseñor Pacelli—, es que su virrey en la tierra teme convertirse en mártir, como su Señor, para traer la paz a este sangrante mundo; ¿sólo por temor a la enfurecida *piazza* romana? Yo, que soy protestante, tengo en demasiado alta estima al clero romano, y en particular al Papa, como para creer tal cosa.»

Luego, el monarca recuerda que Pacelli le tomó la mano y le dijo en francés, con los ojos brillantes: «¡Tiene toda la razón! Es el deber del Papa; debe actuar; sólo por su mediación alcanzará el mundo de nuevo la paz.»

Pacelli asumía así el papel místico del papado, la misión del Pontífice de influir sobre el destino del las naciones. ¿Había comprendido, sin embargo, como evidentemente lo había hecho monseñor Schioppa, el intento del Kaiser de explotar esa idea de la responsabilidad única del papado en beneficio de Alemania? En cualquier caso, aquí acabó la diplomacia cara a cara de Pacelli por cuenta del Papa Benedicto XV.

El destino del plan de paz del Papa era en gran medida previsible, considerando que ambos bandos estaban todavía convencidos

de que podían ganar la guerra y que los horrendos sacrificios que había costado podían justificarse ante sus electorados con la victoria. La respuesta del presidente Wilson a las propuestas papales fue que parecían más bien un *status quo ante pace*. Respondiendo en nombre de Estados Unidos el 27 de agosto, decía: «No podemos confiar lo suficiente en la palabra de los actuales gobernantes de Alemania como para creer en su disposición conciliatoria en una conferencia de paz», y que el problema real de la guerra era ahora «la liberación de los pueblos del mundo de la amenaza y el poder fáctico de un vasto complejo militar».

Los franceses y británicos dieron la callada por respuesta. Todavía estaban a la espera de una respuesta del Vaticano a sus preguntas acerca de las verdaderas intenciones de Alemania. Al mismo tiempo, Alemania intentaba descubrir a través de los canales españoles cuánto estaban dispuestos a conceder los aliados.

Las respuestas alemana y austríaca al plan de paz del Papa fueron publicadas finalmente por una agencia suiza de noticias el 20 de septiembre. Los austríacos anunciaban que recibían con agrado la propuesta e indicaban que estaban dispuestos a hablar de paz. La respuesta alemana simplemente se congratulaba ruidosamente del amor a la paz del Kaiser y expresaba la piadosa esperanza de que saliera algo de la propuesta. El sustituto de Bethmann-Hollweg, el canciller Georg Michaelis, dio una respuesta oficial el 24 de septiembre. El documento, nunca publicado, afirmaba que «la situación no estaba suficientemente clara». En otras palabras, los alemanes no estaban dispuestos a ser concretos por miedo a obtener menos de lo que podían conseguir prolongando la guerra.

En octubre de 1917, Pacelli viajó brevemente a Roma para enterrar definitivamente el plan de paz con Benedicto XV y Gasparri, antes de volver de nuevo a Munich para dedicarse al trabajo de asistencia a los prisioneros de guerra.

El nuncio pastoral

Pacelli viajó incansablemente por Alemania durante los últimos doce meses de guerra, llevando ropa y alimentos a los necesitados «de todas las religiones» por cuenta de la Santa Sede.[11] Nazareno Padellaro, biógrafo precoz y reverente de Pacelli, cita el caso de un

prisionero de guerra que había sido testigo de su llegada a un campo. «Se oye un disparo y su eco a través de las barracas. Todos los oficiales miran con atención cómo se aproxima la austera figura del nuncio. [...] Los hombres saludan con la mano, lloran, le arrojan besos. Él, correcto y digno, calmado y sereno, lanza su mirada amable, nublada con tristeza, sobre todos esos hombres cuyas fibras más recónditas ha conmovido.»[12]

A comienzos del otoño de 1917, sin embargo, Pacelli se mostró algo menos amable hacia «todas las religiones» cuando se negó a ayudar a los judíos alemanes en determinado momento. El episodio fue descrito por el propio Pacelli en una carta a Gasparri que se ha mantenido hasta ahora enterrada en los archivos del secretario de Estado.[13] El 4 de septiembre de 1917, Pacelli informó a Gasparri de que cierto doctor Werner, rabino de Munich, que decía representar a la Comunidad Israelita de Alemania, se había acercado a la nunciatura para pedirle un favor. Para celebrar la fiesta del Tabernáculo, que comenzaba el 1 de octubre, los judíos alemanes necesitaban palmas, que normalmente les llegaban de Italia. Desgraciadamente, el gobierno italiano había prohibido la exportación, vía Suiza, de un cargamento de palmas que los judíos habían comprado pero se mantenían embargadas en Como. «La comunidad israelita —seguía Pacelli— pretende la intervención del Papa con la esperanza de que actúe por cuenta de los miles de judíos alemanes. Confían en un feliz desenlace de su petición.»

Con una seguridad en sí mismo característica del futuro trato de Pacelli con sus superiores, advertía a Gasparri cómo debía tratarse retrospectivamente esa petición, porque estaba claro que él ya había actuado:

> Me pareció que intervenir en ese sentido habría significado conceder a los judíos una ayuda especial, no en función de sus derechos puramente civiles o naturales que comparten con todos los seres humanos, sino en el ejercicio de su culto judío. Entendiéndolo así, respondí cortésmente al mencionado rabino [...] que había enviado un informe urgente al Santo Padre sobre la cuestión, pero que preveía que, como consecuencia de los retrasos en las comunicaciones debidos a la guerra, era muy dudoso que pudiéramos tener una respuesta en el plazo debido, y que el Santo Padre tardaría en poder explicar el problema al gobierno italiano.

La carta recorrió el lento camino de la valija diplomática. Gasparri respondió el 18 de septiembre con un telegrama cifrado:

> He reflexionado detenidamente acerca de la cuestión y apruebo enteramente la forma en que ha tratado este delicado asunto. La Santa Sede no puede evidentemente acceder a la petición del doctor Werner. Sin embargo, en una nueva respuesta a ese caballero (respuesta que delego en su bien conocida habilidad [*destrezza*]), debería subrayar el hecho de que la Santa Sede no mantiene relaciones diplomáticas con el gobierno italiano.[14]

Así pues, Pacelli rechazó un patético ruego que podría haber aportado consuelo espiritual a muchos miles de personas. Sin avergonzarse por ello, escribió de nuevo el 28 de septiembre de 1917 informando a Gasparri de que había «comunicado verbalmente, con la mayor delicadeza» a Werner el estado de sus gestiones, «enfatizando, como su eminencia me aconsejó, el hecho de que la Santa Sede no mantiene relaciones diplomáticas con el gobierno italiano». Y añadía: «El profesor Werner quedó completamente convencido de las razones que le di y me agradeció profundamente todo lo que había hecho en su favor.»

Algunos canonistas católicos defenderían incluso ahora esa acción, argumentando que de hecho existía la obligación de *no ayudar* a gente no cristiana en la práctica de su religión. Pero este episodio desmiente las posteriores afirmaciones de que sentía gran amor por los judíos y de que sus acciones siempre estaban motivadas por el mejor interés de éstos. Que fuera capaz de implicar a la Santa Sede en un escamoteo diplomático para frustrar la posibilidad de ayudar a unos judíos alemanes incluso en una cuestión litúrgica tan nimia sugiere que su simpatía por la religión judía no era muy grande.

Pacelli dio sin embargo pruebas abundantes durante ese período de notables actos de caridad, registrados detalladamente para ser leídos por sus superiores y el propio Papa. Su principal objetivo era de nuevo demostrar la panóptica y clementísima beneficencia del Santo Padre de Roma.

El 17 de octubre escribió a Gasparri desde un campo de prisioneros de guerra en Puchheim, donde había visitado a unos seiscientos franceses y más de mil rusos, todos ellos «simples solda-

dos».[15] Pronunció para ellos (en francés) una homilía, reproducida in extenso para Gasparri, en la que aseguraba a los enlodados prisioneros, la mayoría de los cuales no eran católicos, que el Papa Benedicto XV se preocupaba por su suerte.

Después de bendecir a los internos, les distribuyó paquetes especialmente enviados desde el Vaticano a Alemania. «Cada paquete —recordaba— llevaba grabado el escudo de armas del Pontífice y la leyenda "El Santo Padre te ofrece su bendición", y contenía 200 gramos de chocolate, un paquete de galletas, seis paquetes de cigarrillos americanos, 125 gramos de jabón, un sobre de cacao, 100 gramos de té y 200 de azúcar.»

Hizo un recorrido por el campo, pasando por entre las filas de detenidos, antes de proceder a la inspección de las barracas y la cocina, «donde se prepara su ración diaria de sopa y pan negro». Finalmente meditó durante un rato en el pequeño cementerio, «donde reposan los pobres prisioneros que han fallecido durante su cautividad».

Cuando dejó a los prisioneros, según informó a Gasparri, estaba convencido de que «la compasiva e inagotable caridad del Santo Padre había derramado un bálsamo tranquilizador de fe y amor sobre su terrible sufrimiento».

Pacelli y los judíos bolcheviques

Mientras Pacelli ocupaba así sus primeros doce meses como nuncio papal en Munich, Alemania se deslizaba hacia el desastre. Habiendo rechazado toda posibilidad de llegar a una paz acordada con los aliados, los dirigentes militares alemanes incrementaron los ataques submarinos en el Atlántico norte, motivando la entrada en guerra de Estados Unidos. Finalmente se lanzaron a una ambiciosa pero fútil ofensiva en el frente occidental.

Hacia el final de la guerra, las pérdidas alemanas ascendían a dos millones de muertos. Era difícil para el país aceptar que ese sacrificio había sido vano. Alemania no estaba preparada para la enormidad de la derrota, pero si algo parecía claro en los últimos días de la guerra era que el presidente Woodrow Wilson y los aliados no estaban dispuestos a firmar la paz con el Kaiser y los representantes del viejo orden, sino sólo con los representantes del

pueblo. Cuando firmó el armisticio con los aliados el 11 de noviembre de 1918, el jefe de la delegación alemana para el armisticio era Matthias Erzberger, el diputado del Partido del Centro que había estado trabajando por la paz desde 1916. El Kaiser Guillermo II huyó a Holanda y abdicó; el príncipe Max de Baden, último canciller bajo el Segundo Reich fundado por Bismarck, entregó el poder al presidente interino, el socialdemócrata Friedrich Ebert.

No fue una transición suave a la democracia. Los aliados arrojaron a Alemania a un vacío político, propiciando un cambio revolucionario profundo y el caos económico y social, lo que a su vez provocó el hambre, levantamientos y huelgas. Por un momento pareció que el triunfo de los bolcheviques en Rusia se iba a repetir en Alemania: proliferaban los consejos obreros, un motín en la armada se extendió con espontáneas sublevaciones en todo el país... En Munich, donde vivía Pacelli, el socialdemócrata independiente Kurt Eisner, con el respaldo heterogéneo de consejos obreros, soldados desmovilizados y campesinos, derrocó la monarquía el 8 de noviembre y proclamó una república socialista. En Berlín, un consejo de «comisarios» se proclamó durante un corto período como nuevo gobierno alemán.

Pero esos grupos de extrema izquierda no contaban con un respaldo popular semejante al de los grupos socialistas moderados que surgieron como partidos de gobierno tras el colapso del Segundo Reich. El mayor era el Partido Socialdemócrata de Friedrich Ebert, del que se habían separado los Socialdemócratas Independientes en 1917 en un intento de parar la guerra, y que en la posguerra reclamaban un socialismo «genuino».

Pacelli se encontraba en el ojo del huracán. A primeros de noviembre envió tres mensajes cifrados a Gasparri, informando de la creciente tensión y del caos político que prevalecía en Munich, concluyendo con la noticia de que el gobierno provisional de Eisner no permitía que se enviasen más mensajes cifrados a Roma. ¿Era o no aconsejable, preguntaba, abandonar en aquellas circunstancias la ciudad?[16]

El 13 de noviembre, Gasparri informó a Pacelli de que Benedicto XV le permitía que abandonase la nunciatura, pero que debería pedir primero consejo al arzobispo de Munich.[17] Una semana más tarde, Pacelli respondió que el arzobispo le había aconsejado

abandonar Alemania y salir hacia Suiza. «Hoy mismo —informaba en aquella carta— salgo hacia Rorschach. [...] La situación parece insegura y grave.»[18] Hasta febrero de 1919,[19] Pacelli contempló los acontecimientos desde un tranquilo sanatorio suizo regentado por monjas. Entretanto, monseñor Schioppa, el temible *uditore*, había quedado a cargo de la nunciatura en Munich.

Aunque Eisner, el nuevo dirigente socialista de Munich, se consideraba a sí mismo un demócrata, su autoridad se basaba únicamente en un batiburrillo no elegido de consejos obreros. Soñador con poca experiencia política, su utópico estilo de gobierno era a un tiempo descabellado y condenado al fracaso. Un joven veterano de guerra, nacionalista y antisemita, conocido como conde Arco-Valley, le disparó un tiro en la cabeza el 21 de febrero, cuando se dirigía al Landtag, el Parlamento bávaro.

Tras una semana o dos de estrafalario desgobierno, los anarquistas fueron expulsados del poder y éste quedó en manos del trío de revolucionarios rojos Max Levien, Eugen Levine y Towia Axelrod. Para acelerar la construcción de la dictadura del proletariado, el nuevo régimen tomó como rehenes a personajes de la clase media, encarcelándolos en la prisión de Stadelheim. Cerraron las escuelas, impusieron la censura de prensa y requisaron casas y posesiones, llegando a negar el alimento a las familias consideradas «burguesas». El gobierno violó el régimen extraterritorial de varias embajadas y consulados, confiscando alimentos, muebles y automóviles.

Pacelli, que había regresado a Munich, tenía mucho que contar a la Secretaría de Estado.[20] La Guardia Roja de la República de los Consejos Obreros, informaba a Gasparri, había confiscado la limusina de la legación prusiana y arrestado por un breve lapso al cónsul general de Austria-Hungría. Tras esos «deplorables incidentes» se produjo una reunión del cuerpo diplomático para decidir cómo debían actuar, y se decidió, después de una larga discusión, hablar directamente con Levien, cabeza del soviet de Munich, para asegurarse de que el gobierno comunista reconocía la inmunidad de los representantes diplomáticos y la extraterritorialidad de sus residencias.

«Dado que habría sido para mí una humillación insoportable aparecer en presencia del mentado caballero —escribía Pacelli—, envié al *uditore* [Schioppa], quien fue recibido esta mañana junto al *chargé d'affaires* de Prusia, signore Conte von Zech.»

Schioppa volvió del cuartel general de Levien en el antiguo palacio real con la suficiente información de primera mano para que el nuncio pudiera recrear el ambiente en su relato a Gasparri. Éste aparece entreverado de impresiones, bien recogidas de Schioppa, bien de su propia cosecha. La carta, escrita a máquina, está firmada y con notas a mano del propio Pacelli:

> La escena que podía observarse en el palacio era indescriptible: confusión y caos, suciedad por todos los rincones, soldados y obreros armados yendo y viniendo... El edificio, que hasta hace poco era la residencia de un rey, resonaba con gritos, lenguaje soez y blasfemias. Parecía el mismísimo infierno. Un ejército de funcionarios iba de aquí para allá, dando órdenes, agitando trocitos de papel, y en medio de todo esto una banda de mujeres jóvenes, de dudoso aspecto, judías como todos los demás, dando vueltas sin hacer nada por todos los despachos con ademanes libidinosos y sonrisas sugerentes. La jefa de esa chusma femenina que lo supervisaba todo era la amante de Levien, judía y divorciada. Y era a ella a quien la nunciatura debía presentarse para solicitar la audiencia.
>
> Ese Levien es un joven de entre treinta y treinta y cinco años, ruso y judío. Pálido, sucio, con ojos de drogado, voz ronca, vulgar, repulsivo, con un rostro a un tiempo inteligente y taimado. Recibió al monseñor *uditore* en el pasillo, rodeado por su escolta armada, uno de cuyos miembros era un jorobado armado, su fiel guardaespaldas. Con el sombrero en la mano y fumando un cigarrillo, escuchaba cuanto monseñor Schioppa le decía, repitiendo una vez tras otra que tenía prisa y cosas más importantes que hacer.[21]

La constante mención de Pacelli de que todos aquellos «usurpadores» eran judíos es consistente con la creciente y extendida creencia entre los alemanes de que los judíos eran los instigadores de la revolución bolchevique, con la intención de destruir la civilización cristiana. Pero hay algo más en ese pasaje que suena desagradable y ominoso. Las repetidas referencias al origen judío de aquellos individuos, entre el catálogo de epítetos con los que describe su repulsividad física y moral, recuerdan los estereotipados prejuicios racistas.

Según Pacelli, monseñor Schioppa insistió en que la misión del nuncio merecía un trato especial, a lo que Levien respondió «con

un tono exageradamente irónico» que el principal objetivo del nuncio era defender al Partido del Centro. El buen monseñor replicó que «el nuncio estaba allí para defender a todos los católicos, no sólo en Baviera sino en toda Alemania».

Tras ese intercambio de opiniones, Schioppa fue conducido ante el «camarada Dietrich», responsable de asuntos extranjeros, quien dijo abiertamente al monseñor que si el nuncio hacía algo contra los intereses de la República de los Consejos, «le meterían en la cárcel»; y añadió que no se necesitaba una nunciatura en Munich, ya que ahora existía una separación completa entre Iglesia y Estado.

Un poco más calmado, el «camarada» insistió después, según Pacelli, en que se respetaría la extraterritorialidad de la nunciatura, y extendió un certificado al efecto.

El automóvil del nuncio

Una semana después, poco más o menos, Pacelli se vio obligado a enfrentarse con una banda de rojos que pretendían confiscar su limusina oficial. El incidente se ha citado a menudo para explicar su profundo odio al comunismo y para ilustrar tanto su valor frente al peligro como el poder hipnotizador de su virtuosa personalidad.[22] Su médico personal aseguraba que Pacelli tuvo sueños recurrentes acerca de ese episodio durante el resto de su vida.

La fuente principal del relato, tal como se contaba tras la muerte de Pacelli, era la de su ama de llaves, una monja de veintitrés años llamada Pasqualina Lehnert, que se había incorporado al personal de la nunciatura el año anterior. Sor Pasqualina (más tarde madre Pasqualina) se iba a convertir en una figura crucial en la vida doméstica de Pacelli, y en una fuente de mucho material anecdótico para los hagiógrafos. Originaria de Baviera, había sido relevada de sus deberes como maestra de primera enseñanza en «un pueblecito de Suabia», como ella misma decía, para asignarle un «trabajo de dos meses» en la nunciatura de Munich. Ese puesto de trabajo resultó definitivo. Actuó como ama de casa y madre sustituta de Pacelli durante el resto de su vida. En su biografía de Pío XII, aparecida en 1959, un año después de su muerte, aseguraba haber sido testigo y participante directa en el incidente de la limusina.

En su relato, dos miembros de la Brigada Roja entraron en la nunciatura, burlando al mayordomo. Pacelli, que había estado visitando un hospital, entraba en ese momento por la puerta principal. Al ver al nuncio, los dos hombres se quedaron «pasmados» y parecieron «perder la conciencia»; luego, «saliendo del trance», pusieron sus pistolas en el pecho del nuncio y gritaron que no se irían sin el automóvil de la nunciatura.[23] Siguiendo las órdenes del nuncio, cuenta, se abrió el garaje, y los revolucionarios partieron en la limusina.

Con la reciente apertura de los archivos de la Secretaría de Estado disponemos ahora por primera vez del relato del incidente en palabras del propio Pacelli, en una carta a Gasparri del 30 de abril de 1919. Pacelli le informaba de que el comandante de la Brigada Roja del Sur, un hombre llamado Seyler, junto con un «cómplice» de nombre Brongratz y otros soldados «armados con fusiles, revólveres y granadas de mano», llegaron a la nunciatura. El mayordomo abrió la puerta y ellos irrumpieron en la casa, declarando que querían confiscar el coche. «Un espléndido automóvil —comenta Pacelli— con el escudo de armas del Vaticano pintado en las puertas.»

«Como el monseñor *uditore* no estaba en casa —escribe Pacelli—, me presenté yo mismo e hice saber al jefe del grupo que la requisa del automóvil era una flagrante violación de los derechos internacionales admitidos por todos los pueblos civilizados, mostrándole el certificado de extraterritorialidad firmado por el comisario del Pueblo para Asuntos Extranjeros. Como respuesta —seguía Pacelli—, su cómplice apretó su fusil contra mi pecho y el jefe, aquel horrible delincuente, dando la orden a los demás de tener a punto sus granadas de mano, me dijo con insolencia que no había nada que hablar y que necesitaba el coche inmediatamente.»

Protestando vigorosamente, pidió al mayordomo que condujera al grupo al garaje, donde se produjo una nueva situación dramática. Al parecer, «anticipando tal acontecimiento», el chófer de la nunciatura había inmovilizado el vehículo. El jefe del grupo telefoneó entonces al Ministerio de Asuntos Militares y le dijeron que si no se ponía inmediatamente a su disposición el coche hicieran saltar por los aires la casa y detuvieran «a toda la banda de la nunciatura».

Entretanto se había avisado a monseñor Schioppa, quien intentó impedir la confiscación del coche apelando al cuartel general de la Brigada Roja, desde donde enviaron tres «agentes de seguridad» para que hicieran desistir de su intento al jefe del grupo. A las seis

de la tarde, Seyler y su brigada abandonaron el edificio con las manos vacías. «Todo volvió a la paz en la nunciatura —escribía Pacelli—, pero no por mucho tiempo.»

Al día siguiente, 30 de abril, el mismo grupo volvió a aparecer a las nueve de la mañana, ahora con un certificado de requisa firmado por el jefe supremo de la Brigada Roja, Egelhofer. Esta vez, Schioppa estaba en su puesto, y Pacelli, afortunadamente para él, había salido: «Me encontraba en la clínica del profesor Jochner —explicaba Pacelli a Gasparri—, ya que había sufrido recientemente un fuerte ataque de gripe y seguía doliéndome el estómago, por lo que necesitaba un tratamiento especial.»

Negociando con el Comité Ejecutivo Revolucionario y la misión militar italiana en Berlín, monseñor Schioppa consiguió que se revocara la orden de requisa. En consecuencia, según Pacelli, Seyler se vio obligado a dar contraorden en presencia de Schioppa, «pero no sin que la bilis escapara por las comisuras de su boca mientras de ella brotaban palabras amenazantes prometiendo que toda la banda de la nunciatura acabaría en la cárcel».

El incidente del automóvil, informó a Gasparri, sucedió bajo el ruido de los disparos que anunciaban el comienzo de «la batalla fratricida entre la Brigada Roja y la Brigada Blanca, que lucha por la liberación de la capital de Baviera, sometida a la tiranía revolucionaria judeorrusa». El relato del propio Pacelli no presenta rasgos de heroísmo ni de carisma hipnotizador, aunque sí aparece razonablemente intrépido, dadas las circunstancias. Pero si hubo algún héroe en aquel acontecimiento, fue más bien monseñor Schioppa.

Tras el espasmo final de la revolución en Munich, que todavía duró tres semanas, el presidente Ebert dio permiso al Freikorps y a las tropas de la Reichswehr, compuestas por veteranos de guerra, para aplastar la república soviética de Munich, lo que hicieron con la mayor brutalidad y causando grandes pérdidas de vidas humanas. Mientras las fuerzas mercenarias del gobierno libraban una batalla calle por calle para apoderarse de la ciudad, y antes de que todo acabara, se produjo un último insulto al palacio del nuncio en Munich.

Cinco días después del incidente del automóvil, a altas horas de la noche, un grupo de soldados abrió fuego contra la nunciatura con revólveres y fusiles. Pacelli volvía a estar fuera, pasando la

noche en la clínica del profesor Jochner. Monseñor Schioppa, pese a las sugerencias de que también debía dormir en algún otro sitio, se encontraba en el edificio y acababa de cenar. Pacelli escribió otro informe a Gasparri a partir de su testimonio.[24] Al parecer, Schioppa acababa de encender la luz de su habitación cuando se oyó un grito de un pelotón de la milicia que patrullaba por las calles. Creyendo que iban a abrir fuego sobre ellos, acribillaron las ventanas superiores del edificio antes de asaltar la puerta principal de la nunciatura exigiendo realizar una investigación.

Schioppa condujo a la partida de milicianos por todas las habitaciones de la casa, y al no encontrar nada, el pelotón abandonó el edificio, dejando dos milicianos de guardia durante el resto de la noche. Schioppa encontró los pisos superiores destrozados, y a la mañana siguiente contó más de cincuenta impactos en la fachada del edificio. «Fue un milagro —comentaba Pacelli— que ninguna de las balas alcanzara la conducción de gas, lo que habría provocado una gigantesca explosión.»

Pasado este ataque perturbador, la crisis de Munich había terminado, al menos por lo que se refería a Pacelli, y así pudo comenzar a concentrarse en el verdadero objetivo de su misión en Alemania.

5. Pacelli y Weimar

La economía alemana se encontraba próxima al colapso, sus alianzas hechas trizas, su poderío militar vencido y su sociedad se mostraba proclive a la revolución y la guerra civil. Humillada, presionada por los duros términos de la paz de Versalles, Alemania se hallaba en una necesidad desesperada de amigos y aliados con influencia moral. El nuncio de la Santa Sede, que acudía aparentemente en su ayuda, podía contar con una atención especial cuando argumentaba en favor de los legítimos intereses de la Iglesia católica. Los editorialistas de *L'Osservatore Romano* ya habían señalado, en febrero y de nuevo en abril de 1919, que los aliados deberían moderar sus exigencias en la conferencia de paz de Versalles. Y todavía había algo más que la Santa Sede podía hacer por Alemania, desde ejercer presión acerca de las fronteras y territorios disputados hasta alentar los lazos diplomáticos con antiguos enemigos y países neutrales. Por eso mismo, la Santa Sede sólo podía obtener beneficios de su ayuda a la recuperación económica y política de Alemania. Antes de la guerra, Alemania había donado más fondos a la Santa Sede que todos los demás países de mundo juntos.[1] Cuanto más tardara Alemania en rehacer su economía, más largas serían las penalidades fiscales del Vaticano.

Los dirigentes políticos católicos en Alemania también veían la nueva situación del país como una gran oportunidad, aunque desde un punto de vista diferente: los católicos alemanes, tras haber mostrado una incuestionable lealtad al Reich a lo largo de la guerra, confiaban en que sus días de inferioridad, de ser considerados *Reichsfeinde* (enemigos del Estado) habían por fin terminado. Constituían aproximadamente un tercio de la población en los años de posguerra (en el Gran Reich de Hitler, que incluía el Sarre, los Sudetes y Austria, llegarían a casi la mitad). Contaban además con

una poderosa red de asociaciones sociales y políticas (sindicatos, periódicos, editoriales, grupos juveniles y de mujeres, escuelas, colegios...), muchas de ellas desarrolladas y reforzadas como reacción a la persecución de la Iglesia católica por parte de Bismarck en los años setenta del siglo XIX, y que se habían mantenido y extendido desde entonces, durante cuatro décadas.

En el terreno de la política nacional, el Partido del Centro salió de la guerra como una fuerza de primer orden, con una red de oficinas que cubría el país y experimentados representantes parlamentarios. El partido había cedido su primacía a la socialdemocracia en 1912, pero había ganado influencia durante la guerra, alcanzando un éxito significativo el 19 de abril de 1917 con la abrogación de las leyes antijesuitas de 1872. Desde ese momento, la Compañía de Jesús tuvo libertad para entrar en Alemania y fundar comunidades, escuelas y colegios, lo que emprendió con gran energía.

En las elecciones de mediados de enero de 1919, el Partido del Centro obtuvo seis millones de votos y 91 escaños, a continuación de los socialdemócratas, con 11,5 millones de votos y 163 de los 421 escaños de la Asamblea. El Partido del Centro se convirtió así en un elemento clave en el primer gobierno de coalición de Weimar y en los siguientes, como bisagra entre los socialdemócratas y los partidos que reunían los restantes 73 escaños de la mayoría. Entre 1919 y 1933, cinco miembros del Partido del Centro ocuparon el puesto de canciller en diez gabinetes.

La determinación de los católicos de desempeñar un papel positivo en la creación de una Alemania posmonárquica, democrática y pluralista, no se debía, o apenas, a las enseñanzas sociales o al aliento del Papa. Por el contrario, el Partido del Centro se vio obligado repetidamente a hacer oídos sordos a las presiones de Pacelli y del Papa Pío XI, elegido en 1922, para que evitara las alianzas con los socialdemócratas, con los que sin embargo debía llegar a un acuerdo para formar gobierno si no quería verse postergado y aislado políticamente. De todas formas, los dirigentes católicos, excluyendo un sector reaccionario que añoraba con nostalgia los días de los príncipes, podían apoyarse en una declaración de León XIII, quien había admitido a regañadientes, citando el caso de Estados Unidos, que la democracia republicana podía representar un sistema político inobjetable, tan válido como otros.[2]

Se pueden vislumbrar las aspiraciones de los dirigentes políticos

católicos a partir de una consideración de las ideas políticas y religiosas de Max Scheler, el más preeminente filósofo y politólogo católico alemán de la época. Scheler, de la misma edad que Pacelli, hijo de padre protestante y madre judía, que acabaría abandonando la Iglesia católica tras divorciarse y volverse a casar, ejerció una influencia seminal en el pensamiento católico europeo del siglo XX. En los años cincuenta, cuando Karol Wojtyla, el futuro Juan Pablo II, escribió su tesis sobre la persona humana en el Seminario de Cracovia, siempre tenía sobre su mesa las obras de Scheler. Tras desprenderse hacia 1916 de su anterior apego al nacionalismo alemán, éste creía que la ética cristiana podía guiar a las sociedades, comunidades e individuos en las situaciones sociales y políticas concretas. En otras palabras, creía que el cristianismo es una religión social, situándose por tanto en las antípodas del pensamiento ahistórico y abstracto de Pacelli. Scheler se oponía a una concepción del individuo carente de solidaridad con los demás.[3] Por la misma razón, estaba contra el estilo comunista de colectivismo, que según él negaba la responsabilidad y dignidad del individuo.

La importancia de Scheler en esa coyuntura se debe a que define, por contraste, la creciente influencia de Eugenio Pacelli en los asuntos de los católicos alemanes. En los días más negros de la Gran Guerra, Scheler proclamó que los católicos alemanes no debían ofrecer a Alemania y a Europa ni la estricta ortodoxia católica romana, ni la apologética, ni el poder papal del Vaticano, sino una influencia benéfica y autodeterminada, que brotara de los pequeños grupos y comunidades. Caracterizaba esa influencia como «generosa y amable, en vez de severa», «concreta más que abstracta», «enraizada en el pueblo y en la tradición viva, más que en los principios ahistóricos», «más ligada a las élites orgánicas que a las artificiales». Esas comparaciones indican el abismo existente, en su apreciación, entre el catolicismo social y la ideología piramidal de la supremacía papal que consideraba al Papa como un autócrata doctrinal y eclesiástico. Scheler creía que el futuro del Partido del Centro y de los sindicatos católicos consistía en convertirse en lugares de encuentro para los demócratas cristianos de todas las tendencias; ni siquiera los judíos debían quedar excluidos.[4] La influencia católica, insistía, no debe alinearse simplemente junto a algo que podría llamarse alemanidad, «sino más bien entrelazarse con ella y hacerse evidente en las relaciones internacionales».[5]

Esa idea de un inminente «momento» católico, que combinaría la reconciliación interna con la influencia internacional, fue defendida también por Matthias Erzberger, el destacado parlamentario católico del Partido del Centro. Scheler y Erzberger habían colaborado desde 1916 como activistas por la paz. El primero de ellos había realizado frecuentes viajes a Suiza, Holanda y Austria preconizando un armisticio y el desarme. Y Erzberger, como hemos visto, fue quien representó a Alemania en la firma del Tratado de Versalles, lo que le valió el apodo del «criminal de noviembre» y condujo finalmente a su asesinato.

Ya en 1917, Erzberger trató de convencer al arzobispo Michael von Faulhaber de Baviera de que, se ganara o se perdiera la guerra, se iniciaría «un gran Renacimiento católico». En el año del cuarto centenario de las Tesis de Wittenberg de Lutero contra el papado, el catolicismo debía aparecer como foco de un resurgimiento cultural e intelectual cristiano, dijo al prelado. Su centro natural, sugería, debería ser Munich, el corazón de la católica Baviera, pero sus beneficios alcanzarían a toda Alemania.

Esas posiciones de Erzberger estaban muy extendidas entre los políticos que urgían un nuevo pragmatismo político por parte de los católicos en la Alemania de posguerra. Alemania ya no era sinónimo de protestantismo, y se precisaba un gran espíritu de conciliación y tolerancia por parte de los dos bandos de la escisión religiosa. Erzberger preconizaba que los católicos, que tradicionalmente escaseaban en la educación superior, las profesiones liberales y el funcionariado, asumieran ahora su legítimo puesto en la comunidad e hicieran notar su presencia.

En el mismo momento, no obstante, en que los católicos alemanes aspiraban a iniciar una nueva fase incorporándose a la trama y urdimbre de la cultura, la sociedad y la política alemanas, en el mismo instante en que incluso los políticos protestantes comenzaban a hablar de forjar nuevas relaciones con la Santa Sede, una histórica iniciativa del Vaticano estuvo a punto de dar al traste con todo el proceso. La verdadera misión de Pacelli como nuncio papal estribaba en conseguir un tratado Iglesia-Estado que recordaría el cuarto centenario de la Reforma luterana de una forma completamente opuesta a la deseada por Erzberger. Fue el 10 de diciembre de 1520 cuando Lutero y sus alumnos quemaron en la Lestertor de Wittenberg el corpus de la ley canónica, como representación de su

ruptura con Roma. Este acto simbolizó no sólo el desafío de Lutero a la autoridad papal, sino su convicción de que Roma «exaltaba sus propias ordenanzas por encima de los mandatos de Dios». Los volúmenes de Derecho Canónico, se quejaba Lutero, «no dicen nada de Cristo». Aquel histórico acto de apostasía, sagrado para el protestantismo alemán, otorgaba inmensa importancia al intento de Pacelli, al cabo de cuatro siglos, de lograr el reconocimiento oficial por parte del gobierno, y de hecho su aquiescencia, a la imposición a los católicos alemanes del Código de Derecho Canónico de 1917. Ese nuevo Código, como ya hemos señalado, pretendía concentrar la autoridad de la Iglesia en la persona del Papa. Y en ese acto de supremo ensalzamiento y centralización residía, en lo que a Pacelli se refiere, la futura fuente de la unidad, espíritu, cultura y autoridad del catolicismo, en flagrante contraste con el catolicismo pragmático, pluralista y comunitario preconizado por Scheler y Erzberger.

El concordato de Pacelli y Hitler

No puede entenderse bien el conformismo del pueblo alemán frente al nazismo sin tener en cuenta el largo recorrido, que comienza en 1920, del concordato con el Reich de 1933, así como el crucial papel de Pacelli en esa firma y las razones de Hitler para firmarlo. Las negociaciones fueron llevadas en su totalidad por Pacelli en representación del papado, sobre las cabezas de los fieles, el clero y los obispos alemanes (cuando Hitler se convirtió en el homólogo de Pacelli en las negociaciones, el concordato se convirtió en el acto supremo de dos autoritarios, mientras que los supuestos beneficiarios se hallaban por su parte debilitados, desmoralizados y neutralizados). La correspondencia diplomática de la época, hasta finales de 1929, muestra a Gasparri y Pacelli firmando la mayoría de los documentos, con el nuncio jugando a ser Moisés junto a su hermano Aarón.[6] Sólo que en este caso, como pronto se verá, la estrategia y el estilo eran diseñados y dirigidos por el propio Pacelli.

Durante siglos, los concordatos del Vaticano habían establecido una gran variedad de acuerdos entre la Santa Sede y los gobiernos terrenales, asegurando los derechos para definir doctrina, condiciones para administrar los sacramentos, derechos de culto y edu-

cación, leyes con respecto a la propiedad, seminarios, estipendios y salarios para los obispos y clérigos, leyes sobre matrimonio y anulación, etc. Los términos de los concordatos anteriores a la primera guerra mundial variaban de un país a otro, e incluso, como en Alemania, de una región a otra, adaptándose cada tratado a las circunstancias locales, costumbres y patronazgo secular.

A la luz del Código de 1917, sin embargo, la política del Vaticano había cambiado: de ahí en adelante, el concordato sería el instrumento de consenso por el que las vidas de los obispos, el clero, los religiosos y los fieles quedaban reguladas de arriba abajo, en cualquier lugar del mundo, sobre la misma base. Además, el concordante asumía el derecho del papado a obligar a los fieles, sin consultarlos, a cualesquiera condiciones que en el curso de las negociaciones locales considerara adecuadas para ellos.

Al final del proceso, después de trece años, sólo un hombre, Adolf Hitler, se interponía entre Pacelli y sus sueños de un superconcordato que impusiera por igual a todos los católicos de Alemania toda la fuerza del Derecho Canónico. Anticipándonos a esas negociaciones finales, la principal condición que Hitler impondría en 1933 era nada menos que la retirada voluntaria de los católicos alemanes de la acción social y política como tales católicos, lo que incluía la disolución voluntaria del Partido del Centro, para entonces el único partido democrático viable que sobrevivía en Alemania. Esa abdicación del catolicismo político fue organizada por el propio Pacelli, que para entonces había ascendido a la dignidad de secretario de Estado en el Vaticano, y que utilizó para ello los considerables poderes de convicción con que contaba.

La notable actitud de Pacelli se veía impulsada, como hemos visto, por una mesiánica convicción, mantenida durante tres generaciones, de que la Iglesia podría sobrevivir y mantenerse unida en el mundo moderno sólo si se reforzaba la autoridad papal mediante la aplicación de la ley. La política concordataria de Pacelli se centraba no tanto en los intereses de la Iglesia alemana, sino en el modelo piramidal de autoridad eclesiástica que se había estado practicando desde Pío Nono. A diferencia de Scheler y Erzberger, a Pacelli no le preocupaba el destino de otras creencias paralelas, ni el de las comunidades o instituciones religiosas, por no hablar de derechos humanos o ética social. Las quejas contra el régimen nazi por parte del episcopado alemán, cuando llegaban, se ocupaban

sobre todo de las transgresiones de los intereses católicos citados en los términos del concordato, y se tramitaban a través del Vaticano.

Nada podía estar más lejos de la idea de fuerza basada en un catolicismo autodeterminado, pluralista, que sirviera como punto de encuentro para una democracia cristiana interconfesional. Nada podía estar mejor diseñado para arrojar la poderosa institución de la Iglesia católica alemana en manos de Hitler. En la inmediata posguerra de los años veinte, sin embargo, las diferentes aspiraciones de Roma por un lado y de los dirigentes católicos alemanes por otro, y sus remotas consecuencias, tardarían todavía en ponerse de manifiesto.

La estrategia concordataria de Pacelli

Pacelli se vio enfrentado desde un comienzo a una serie de obstáculos provenientes de la larga y accidentada historia de las relaciones del papado con Alemania. Sin que Pacelli tuviera que hacer nada, algunas de esas dificultades comenzaron a desmoronarse tras la redacción de una nueva Constitución en Weimar, una pequeña y antigua ciudad de Turingia que dio su nombre a la serie de gobiernos que tuvo Alemania hasta el acceso de Hitler al poder.

En 1872, Bismarck había proscrito con grandilocuencia para siempre la idea de un concordato del Reich con el Vaticano, en un recordado discurso en el Reichstag: «No creo —decía refiriéndose al dogma de la infalibilidad y primacía papales— que tras los recientemente expresados y públicamente promulgados dogmas de la Iglesia católica pueda un poder secular llegar a ningún concordato sin perder en cierta manera su dignidad. Esto es lo que el Reich alemán no puede aceptar de ninguna manera.»[7]

Ese discurso se produjo con ocasión de la retirada de la legación del Reich en la Santa Sede, que dejó a Prusia y la Santa Sede sin representación mutua y sin acuerdos escritos para proteger los derechos de los católicos en Prusia, aparte de la bula papal de 1821, *De salute animarum*,[8] a la que el rey prusiano había dado de mala gana su «permiso y sanción». En 1882 llegó a su fin la persecución anticatólica de Bismarck y se restauró en Roma una legación prusiana ante la Santa Sede, pero en 1918 todavía no había legación del Reich. El problema era, entonces, cómo podía comenzar a negociar

Pacelli un concordato con el Reich sin una nunciatura en Berlín con la categoría de embajada y sin una embajada del Reich en la Santa Sede.

Poner estas cuestiones en orden fue una de las tareas prioritarias de Pacelli.

Con la ratificación de la Constitución de Weimar el 11 de agosto de 1919, le pareció que la decisión de la nueva república de separar Iglesia y Estado abría la vía para que Prusia aceptara el canon crucial que concedía al Papa y sólo a él el derecho a nombrar nuevos obispos. El artículo 137 de la nueva Constitución parecía una renuncia del Estado a sus prerrogativas sobre asuntos eclesiásticos, declarando que las asociaciones religiosas gobernarían sus propios asuntos «sin que el Estado o la comunidad civil se inmiscuyan», devolviendo el gobierno a las Iglesias, o tal como lo entendía Pacelli con respecto a los católicos, al Papa en persona. Había sin embargo una dificultad, y era que ese artículo constituía tan sólo una regulación genérica, que dejaba los detalles a los estados regionales. De ahí la urgencia, según pensaba Pacelli, de negociar un concordato tras otro con los *Länder*, al tiempo que preparaba el camino para un concordato con el Reich.

Pacelli constató en otra disposición de la Constitución de Weimar una útil ambigüedad, que le sería de ayuda en su estrategia global: el artículo 78 establecía que «el mantenimiento de relaciones con Estados extranjeros es competencia exclusiva del Reich»; pero como la Santa Sede era, estrictamente hablando, una soberanía extranjera, aunque no fuera exactamente un Estado extranjero, podía encontrarse ahí una vía para establecer lazos tanto con los estados regionales como con el Reich, explotando las potenciales contradicciones de uno con otros.

Otro artículo de suma importancia para los padres católicos alemanes y para Pacelli era el que reservaba al Reich extensos poderes sobre la educación religiosa, especialmente sobre la inspección escolar, la estructura de los planes de estudio, los estándares de calificación y la contratación y despido del personal educativo. Como el semillero del catolicismo eran las escuelas, Pacelli estaba decidido a que ese artículo de la Constitución quedara en suspenso, al menos para los católicos, aunque no tenía la menor intención de oponerse a la obligación constitucional del Estado de respaldar la financiación de las escuelas religiosas y de la educación religiosa en las escuelas estatales. Todo lo contrario. A partir del estado regio-

nal de Baviera, Pacelli pretendía introducir correcciones en la cuestión escolar en todos los estados regionales alemanes, con la intención última de realizar un arreglo final para todo el país en un futuro concordato global con el Reich.

El estado de Baviera, al sur de Alemania, con su gran población católica y sus lazos históricos con la Iglesia de Roma, era un punto de partida obvio para su primer concordato regional. Entretanto, el estado de Prusia, predominantemente protestante, que compartía su capital con la sede del gobierno del Reich, podía esperar un poco. La católica Baviera, con su apego a la independencia cultural con respecto al norte, estaba siempre dispuesta a comprobar hasta dónde llegaba su autonomía regional, y Pacelli veía ahí la oportunidad de sentar un precedente creando un concordato modelo con un *Land* favorable al papado.

La cuestión de los obispos

Pacelli tenía otra razón para tratar con circunspección el estado protestante de Prusia en una primera fase. El 11 de noviembre de 1919, la gran y antigua sede de Colonia, incorporada a Prusia, quedó vacante por la muerte del cardenal arzobispo Felix von Hartmann, lo que iba a poner a prueba el nuevo canon del Código de 1917 que reservaba al propio Papa el nombramiento de un nuevo arzobispo. Desde tiempo inmemorial, el nombramiento de Colonia había quedado en manos de los canónigos de la catedral mediante una elección libre, según la antigua tradición local, confirmada en la bula papal de 1821. La primera aplicación del nuevo Código despertó apasionadas discusiones acerca del absolutismo papal frente a la autonomía local.

El mismo día de la muerte de Von Hartmann, los nueve principales canónigos de la catedral de Colonia, dos de ellos obispos auxiliares, firmaron una carta dirigida al Santo Padre pidiendo su bendición, «ya que ahora nos toca a nosotros elegir un nuevo arzobispo».[9] Esto provocó un telegrama cifrado «urgente» de Gasparri a Pacelli el 17 de noviembre: debía informar a los canónigos de que «con respecto al nombre del arzobispo debían esperar instrucciones de la Santa Sede».[10] Así pues, justo una semana después de la desaparición de Von Hartmann, Pacelli escribió a los canónigos de

Colonia que no debían proceder a la elección sino «esperar instrucciones acerca del nombramiento de un nuevo arzobispo, que la Santa Sede no tardaría en enviar».[11] Los canónigos, sin embargo, no parecían dispuestos a abdicar de sus antiguos derechos, y el gobierno prusiano estaba decidido a no permanecer neutral en la cuestión.

El 2 de diciembre, Pacelli recibió una carta del *chargé d'affaires* prusiano en la que éste le expresaba la firme opinión de su gobierno de que la Constitución de Weimar no alteraba la disposición al respecto de la bula papal *De salute animarum*.[12] En otras palabras, la interpretación de Pacelli de la nueva separación entre Iglesia y Estado en favor del Vaticano era puesta enérgicamente en cuestión por Prusia, al menos en lo que se refería a la selección de nuevos obispos. Cualquier intento de interferir en la elección del arzobispo de Colonia, proseguía la carta, «tendrá gravísimas consecuencias para las relaciones entre la Santa Sede y los católicos alemanes». Y todavía estaba por llegar algo peor. En un cable cifrado fechado el 15 de diciembre, Pacelli advertía a Gasparri de que los canónigos de Colonia le habían respondido que tenían razones para creer que el gobierno prusiano retiraría el correspondiente salario episcopal y los gastos del arzobispado si la Santa Sede alteraba unilateralmente el procedimiento de elección. «¿Desea usted mantener sus instrucciones anteriores?», telegrafió Pacelli a Gasparri.[13]

Entretanto, en la primera semana de diciembre, el nuncio papal en Suiza, Luigi Maglione, había sabido del ministro prusiano ante la Santa Sede, Diego von Bergen, que el gobierno prusiano, los obispos alemanes y los canónigos de Colonia estaban de acuerdo en que el entonces obispo de Paderborn, monseñor Schulte, era el mejor candidato para el puesto vacante. La consiguiente sugerencia de Maglione a Gasparri ejemplifica las sutiles maquinaciones de la diplomacia vaticana de la época.

«Si fuera aceptable para el Santo Padre, como creo que es el caso —escribía Maglione—, se podría nombrar para esa importantísima vacante a alguien que satisfaría a todos en Alemania.»[14] Maglione indicaba, con la mayor delicadeza, que un emisario alemán le había hecho saber que el gobierno acogería con agrado el nombramiento de Schulte (ese «excelente» candidato «a ojos de todos los afectados») si hubiera alguna indicación de que pudiera ser nombrado cardenal en el próximo consistorio. Maglione se

aventuraba luego a señalar que no había ningún cardenal alemán previsto para ese próximo consistorio, mientras que Polonia, «ese Estado de reciente constitución», ya contaba con dos, uno de ellos «el arzobispo de Gnesen y Posen, región que se ha separado de la patria alemana».

Sin duda bajo la cortés tutela del nuncio suizo, el emisario alemán había querido borrar toda impresión de queja o de chantaje moral. Maglione pudo transmitir que ese emisario había añadido: «Sólo deseo informar a la Santa Sede de que nuestra población se ha vuelto muy sensible y susceptible como resultado de lo mucho que ha sufrido; tanto que hay quienes sospechan que no gozan de la augusta benevolencia de Su Santidad.» En otras palabras, que si el Santo Padre quería demostrar que no era antialemán, debía concederles un cardenal.

El 17 de diciembre, Gasparri envió otro cable cifrado a Pacelli, modificando sus instrucciones previas a la luz del acuerdo sobre el candidato: «Su excelencia debe acudir a Berlín, donde el gobierno no se opondrá al nombramiento [de Schulte], ya que ha sido consultado previamente. Luego irá a Colonia y dirá a los canónigos que en esta ocasión pueden contar con el obispo de Paderborn, ya que se cuenta con el consentimiento del gobierno.»[15]

Así pues, Pacelli se dirigió en tren a Colonia y dijo a los canónigos reunidos en asamblea que por esa vez, sin que ello supusiera precedente, podían elegir a un nuevo arzobispo de acuerdo con sus antiguos privilegios, pero que debían comprender que no se trataba de una disposición válida para el futuro.

La aquiescencia de Pacelli en 1919 fue más fácil porque tanto él mismo como la curia estaban de acuerdo con el candidato elegido;[16] pero había otras razones para que Pacelli se sintiera optimista con respecto a su estrategia y su convicción de que conseguiría el acuerdo final con el Reich, aunque pareciera estar fallando en Prusia.

Maquinaciones Berlín-Munich

El 27 de septiembre de 1919, el ministro de Asuntos Exteriores Hermann Müller anunció que la legación prusiana en Roma iba a convertirse en representación con categoría de embajada de toda Alemania ante la Santa Sede, y que Diego von Bergen, con el acuerdo

del Vaticano, sería el primer embajador que representaría a todo el Reich, así como al estado de Prusia. Matthias Erzberger, promovido a *Reichsminister*, ya no veía obstáculos para la firma de un concordato con el Reich, que significaría una completa reestructuración de las relaciones Iglesia-Estado entre el Vaticano y Alemania, «emprendida por todos los estados [regionales], bajo la dirección del Reich»,[17] y anunció su propósito en un banquete ofrecido en Berlín por el presidente y el canciller a Pacelli pocos días después de Navidad.

Había, no obstante, algunos problemas de fondo en el acuerdo que permitió el establecimiento de la embajada en el Vaticano, relacionados con las antiguas y complejas rivalidades entre Baviera y Prusia, Munich y Berlín, la Alemania católica y la Alemania protestante. Pero Pacelli estaba dispuesto a resolver esos problemas con la astucia de un jugador de póquer, para agrado y satisfacción del Papa y la curia en Roma. Para los ministros de Berlín, la decisión de establecer una embajada del Reich ante la Santa Sede suponía que la existente legación bávara sería cerrada. Pero no era eso lo que deseaba Pacelli. No estaba dispuesto a tratar únicamente con el Reich, de tradición protestante, si existía la posibilidad de desarrollar un juego de divide-y-vencerás negociando simultáneamente con la católica Baviera. Así pues, procedió a cosechar los frutos de las rencillas y rivalidades entre los gobiernos locales y nacional, añadiendo una pizca de chantaje diplomático.

Él prefería, según dijo a los gobiernos del estado prusiano y del Reich en Berlín, «una embajada del Reich en el Vaticano, junto con una nunciatura papal para asuntos alemanes (excluyendo Baviera) en Berlín y una legación bávara en Roma junto a una nunciatura papal en Munich». Pero si el gobierno del Reich no estaba dispuesto a aceptar ese arreglo, proseguía, la Santa Sede preferiría «mantener el *status quo ante*». En otras palabras, se abstendría de ratificar la representación diplomática mutua entre el Reich y la Santa Sede, con la consecuente pérdida para Alemania del Vaticano como elocuente aliado en la escena mundial. Fuera como fuera, decía el nuncio, la Santa Sede estaba decidida «a mantener su nunciatura en Munich».[18]

El Reich, desesperado, cedió, y Prusia aceptó que su propia representación en Roma se convirtiera en parte de la embajada del Reich en el Vaticano. Entretanto, Gasparri dijo al embajador ale-

mán en mayo de 1920 que el nuncio ante el Reich residiría en Berlín y que Pacelli ocuparía ese puesto. La Santa Sede anunció, no obstante, que por el momento el nuevo nuncio ante el Reich seguiría en Munich, representando a la Santa Sede en Baviera, y que se trasladaría de una ciudad a otra cuando lo considerara conveniente. Pacelli tenía ahora las riendas de la situación en sus manos, y su habilidad diplomática podía apreciarse en cada detalle de esos notables acuerdos. Se había recorrido un largo camino desde comienzos de 1917, cuando Matthias Erzberger advertía al predecesor de Pacelli en Munich, el arzobispo Aversa, que el Kaiser nunca aceptaría que un nuncio en Baviera fuera después nombrado ante Prusia o el Reich, ya que esto significaría una humillación.[19]

Pero por hábil que pareciera, el juego de manos diplomático de Pacelli retrasaba la negociación de un concordato con el Reich. Y ese retraso, en opinión del historiador de la Iglesia alemana Klaus Scholder, «creaba el punto de partida fatal a partir del cual Hitler iba a forzar en 1933 la capitulación del catolicismo alemán en unas pocas semanas».[20] En otras palabras, Pacelli podría haber conseguido un concordato con el Reich a comienzos de los años veinte sin comprometer la acción política y social de los católicos. Una década más tarde, Hitler vio astutamente el concordato como una oportunidad para asegurarse la retirada voluntaria de la escena del catolicismo político, evitando una confrontación con él que no deseaba.

Pacelli, decano del cuerpo diplomático

El 30 de junio de 1920, Pacelli presentó sus cartas credenciales al Reich, siendo el primer diplomático en hacerlo bajo la Constitución de Weimar. Se convirtió así en el diplomático más antiguo de la capital, honor que desempeñaría con sobresaliente gusto y distinción.[21] Tras recibir calurosamente al nuncio, el presidente Friedrich Ebert anunció solemnemente que su deber era poner orden, «con las autoridades correspondientes, en las relaciones entre Iglesia y Estado en Alemania, [de forma que] se adecuaran a la nueva situación y a las circunstancias actuales». Pacelli respondió: «Por mi parte, dedicaré todas mis fuerzas a cultivar y reforzar las relaciones entre la Santa Sede y Alemania.» (Trece años más tarde, Hitler uti-

lizó la misma frase, palabra por palabra, cuando prometió un inmediato reajuste de las relaciones entre Berlín y la Santa Sede a cambio de la aquiescencia del Partido del Centro a la Ley de Plenos Poderes que le convertía en dictador absoluto.)[22]

Después de pronunciar tan encendidas frases, Pacelli se dedicó casi exclusivamente a la negociación de un concordato con el gobierno bávaro, con el que ya había acordado un esbozo de tratado que sorprendía a los ministros por su audacia. En la cuestión de las escuelas, por ejemplo, insistía en que el estado quedaría obligado por todas y cada una de las propuestas del obispo local referidas a los profesores de religión, incluida la obligación de despedirlos si el obispo así lo requería. El estado debería cumplir además todas sus obligaciones financieras y al mismo tiempo garantizar la aplicación de la ley canónica a los fieles.[23]

La reacción en Munich a la lista de exigencias de Pacelli no fue tanto de consternación como de sorpresa, incluso entre los que eran abiertamente favorables al concordato. En septiembre de 1920, el funcionario a cargo de los asuntos vaticanos en el Ministerio de Asuntos Exteriores en Berlín, profesor Richard Delbrück, dejó constancia de la «mala acogida» que tuvieron en Munich las «demandas excesivas» de Pacelli. También señalaba que «lo más extraño de Pacelli es que parece tener poca conciencia de lo que es posible en Alemania y negocia como si estuviera tratando con italianos».[24]

Delbrück también descubrió hasta dónde estaba dispuesto a llegar Pacelli. El nuncio apoyó sus demandas con amenazas abiertas de represalias diplomáticas. A menos que se aceptaran sus condiciones, dijo al gobierno bávaro, no habría concordato; y si no había concordato, la Santa Sede no estaría en condiciones de echar una mano en caso de disputas territoriales con los vecinos de Alemania, «por ejemplo en la cuestión del Sarre, que podría agudizarse en cualquier momento. Lamentándolo mucho, tendríamos que ceder».

Pacelli se refería a la delicada cuestión de los territorios anteriormente alemanes que habían sido anexionados o desmilitarizados por los aliados tras la guerra. Muchos de esos territorios, tanto al este como al oeste, estaban habitados por católicos. ¿Deberían permanecer esos territorios dentro de las antiguas diócesis alemanas? Y si no, ¿les llegaría al menos el clero de los seminarios ale-

manes, permitiendo a Alemania seguir ejerciendo cierta influencia sobre sus habitantes?[25] Evidentemente, el gobierno alemán tenía mucho interés en mantener la influencia cultural y religiosa germana sobre esa gente, algo sobre lo que Pacelli podía influir sólo con escribir unas líneas. Pero con extraordinaria presencia de ánimo informó al gobierno bávaro, y luego al Reich, de que su cooperación tenía un precio, concretamente la rendición en el asunto de las escuelas.

La ansiedad del Reich acerca de la cuestión fronteriza era tal que en noviembre de 1920 se confirmaba la aprobación del proyecto de concordato bávaro, lo que significaba un notorio triunfo para Pacelli. Pero seguía en pie la pregunta: ¿cómo recibiría esto la Alemania protestante, y en particular Prusia? En diciembre, Pacelli concedió una entrevista a *Le Temps*, de París, explicando sus planes de conseguir un concordato parecido con el resto de Alemania o con Prusia. De nuevo dejaba abierta la cuestión de qué camino seguiría primero, Prusia o el Reich. Por el momento, negociaba con ambas partes, con el Reich y al mismo tiempo con el gobierno regional prusiano, que temía que el Reich fuera demasiado incauto con Pacelli y que por tanto deseaba sentar sus propios criterios en un concordato previo.

Un drama doméstico

Pacelli se vio envuelto por aquel entonces en una tormenta doméstica, provocada por una lucha oculta por el poder entre sor Pasqualina, su joven ama de llaves, y los empleados laicos de la nunciatura.[26] Al parecer, el equipo permanente, resentido por la llegada de la monja, estaba empezando a hacerle la vida imposible. Como dijeron los testigos del proceso de beatificación, podía ser una mujer de difícil trato, especialmente cuando sus compañeros de trabajo no poseían la misma agudeza. Tenía lo que un testigo llamó en italiano *«snelleza»*, vivacidad.

Con la anuencia de Pacelli, Pasqualina se hizo finalmente cargo de todo el servicio doméstico de la nunciatura, incluyendo la limpieza, cocina y lavandería, haciendo superfluos a sus antagonistas. De ahí en adelante quedó como ama y señora de sus dominios. Según la hermana de Pacelli, Elisabetta, sus enemigos en el servicio

contraatacaron extendiendo por Munich el rumor de que el nuncio tenía para ella algo más que atenciones pastorales.

Pacelli se sintió naturalmente ofendido por la acusación, como dijo su hermana Elisabetta al tribunal de beatificación cincuenta años más tarde, e insistió en que se realizara una investigación de aquella *«orribile calunnia»* desde los niveles más altos del Vaticano. Le escribió después, decía Elisabetta, expresando su satisfacción por el veredicto de la *inchiesta*, declarando que había «encontrado de nuevo su paz y tranquilidad de espíritu, que tanto precisaba para llevar adelante la pesada carga de su tarea».[27]

Aproximadamente en aquella época, Pacelli comenzó a contar con la ayuda de un colaborador ideal en la persona del jesuita Robert Leiber, un hombre pequeño y tranquilo, descrito en las actas de beatificación como «un tipo triste y melancólico, siempre suspirando, pero con gran capacidad de trabajo y que se sentía completamente de acuerdo con el nuncio acerca de los problemas de la Iglesia». Trabajaban juntos largas horas, codo con codo. Se dice que el padre Leiber afirmó en alguna ocasión de Pacelli en aquellos días: «Ha nacido para rey.» Leiber también tenía su propia opinión de sor Pasqualina: «El nuncio debería despedirla, pero no quiere hacerlo porque ella sabe llevar la casa como nadie.»[28]

La vergüenza negra

Un significativo ejemplo de los problemas nacionales e internacionales que tuvo que afrontar Pacelli en aquella época fue la disputa entre Alemania y Francia acerca del uso de tropas africanas en la ocupación de Renania. Ya en abril de 1920, respondiendo a las peticiones de los obispos alemanes y algunos feligreses, Pacelli había informado a Gasparri de que soldados negros franceses estaban violando mujeres y niños en Renania, y que debería emplearse la influencia de la Santa Sede ejerciendo presión sobre el gobierno francés para que retirara esos soldados. El 31 de diciembre de 1920, el cardenal Adolf Bertram, de Breslau (Wroclaw), escribió una carta (en latín) a Gasparri declarando que «Francia prefería emplear soldados africanos, quienes debido a su salvaje carencia de cultura y de moral han cometido indecibles asaltos a las mujeres de la región, llegándose a una situación conocida como "vergüenza

negra"».[29] Los franceses planeaban, según Bertram, enviar más tropas africanas a aquel territorio. Entretanto, una investigación del gobierno alemán había reunido abundantes pruebas de «los crímenes cometidos por esos soldados: todo un catálogo de abusos sádicos, violaciones y horrendos asaltos a mujeres, y muestras de crueldad con los niños, entre otras cosas».

En una contestación a Gasparri del 16 de enero,[30] el embajador francés ante la Santa Sede rechazaba vigorosamente las alegaciones de Pacelli y Bertram, describiéndolas como «odiosa propaganda» inspirada por Berlín. La realidad era, aseguraba, que sólo había un puñado de soldados norteafricanos en la región, la mayoría de los cuales «provenían de una antigua civilización, contándose entre ellos muchos cristianos». Entretanto se había desencadenado una campaña internacional contra los soldados negros y sus supuestas atrocidades. En Estados Unidos, bajo una andanada de peticiones abiertamente racistas, el Congreso encargó una investigación[31] que desmintió las acusaciones alemanas. El comité aconsejó que Estados Unidos no adoptara ninguna acción acerca de las quejas que llegaban del gobierno alemán y la Santa Sede.

Pero Pacelli, que estaba al tanto de la investigación, seguía sin convencerse. El 7 de marzo de 1921 escribió de nuevo a Gasparri acerca de la cuestión, urgiendo al Papa a intervenir en defensa de los niños y mujeres alemanes agredidos. Gasparri no hizo nuevos reproches al gobierno francés, pero las acusaciones sobre la «vergüenza negra» siguieron resonando hasta que esos territorios fueron finalmente «liberados» por Hitler. Para Pacelli, la cuestión de la «vergüenza negra» dejó huella en su actitud hacia las razas y la guerra. Veinticinco años más tarde, cuando los aliados estaban a punto de entrar en Roma, pidió al embajador británico ante la Santa Sede que rogara al Ministerio de Asuntos Exteriores británico que «no hubiera soldados de color aliados entre los pocos que quedarían acuartelados en Roma tras la ocupación».[32]

6. Un brillante diplomático

En el transcurso de 1921, Pacelli siguió maniobrando entre el Reich y Prusia, buscando la posición más ventajosa para negociar y así proseguir su política concordataria. En su ayuda y servicio apareció entonces un individuo poco corriente: Ludwig Kaas, experto en Derecho Canónico, representante del católico Partido del Centro en el Reichstag, y sacerdote de la Iglesia romana, lo que era algo infrecuente para un político profesional. Cinco años más joven que Pacelli, pulcro, con gafas, e invariable portador de un elegante bastón de paseo, Kaas, conocido como «el prelado», se convirtió en íntimo colaborador de Pacelli ante cada dificultad en las negociaciones concordatarias. Aunque oficialmente actuaba como «portavoz del Reich», Kaas se movía cada vez más al dictado de Pacelli.

Se trata de un personaje clave en la historia de la política concordataria de Pacelli y su final acuerdo con Hitler, sobresaliendo cada vez más su ambigua posición. Fue Kaas quien se alzó como dirigente máximo del Partido del Centro cuando el ex canciller Wilhelm Marx dimitió en octubre de 1928. Era el primer sacerdote en asumir la dirección del Partido del Centro en su larga historia, en un momento además en que se abría un abismo cada vez más profundo entre los intereses del Vaticano y los del catolicismo alemán. Alentado por Pacelli, surgió como un candidato de compromiso ante el enfrentamiento entre los candidatos de derecha e izquierda. Pero la pretensión de Kaas de representar al partido que mantuvo el equilibrio de poder en Alemania hasta el último momento fue en definitiva desmentida por los hechos: en 1931 era ya, a todos los efectos, el amigo, confidente y amado compañero de Pacelli, defendiendo los intereses de éste y del papado desde la cruz hasta la raya.

Al igual que Pacelli, Kaas estaba convencido de que el nuevo Código de Derecho Canónico era el eje central de cualquier futuro concordato. Kaas, además, persuadió a Pacelli de que era necesario un concordato con el Reich general y omnicomprensivo para evitar que los estados regionales pudieran invocar medidas particulares características de la *Kulturkampf*. Fue esa convicción la que en parte condujo a Pacelli a la trampa tendida por Hitler, quien le ofreció todas las seguridades al respecto en 1933.[1]

Durante el verano de 1921, el gobierno del Reich, ahora bajo la cancillería de Joseph Wirth, político católico de izquierda (dentro del Partido del Centro), comenzó a ejercer cierta presión sobre Pacelli para alcanzar pronto un concordato, con la esperanza de que eso ayudara a Alemania en su agria disputa territorial con Polonia, que reclamaba la Alta Silesia. Wirth estaba convencido de que unos lazos más estrechos con el Vaticano podían servir de ayuda. Pero Pacelli no parecía sentir prisa, posiblemente porque desaprobaba las tendencias izquierdistas de Wirth.

En el otoño, esperando convencer a Pacelli de que se iniciaran las conversaciones, Wirth pidió al nuncio que le diera al menos por escrito una lista de los puntos a los que la Santa Sede concedía mayor importancia. Lo que Pacelli le entregó fue más o menos un borrador del concordato de Baviera, con condiciones relativas a las escuelas que para Prusia constituían un insulto.[2] Una vez más, Pacelli sorprendía a los ministros agregando indisimuladas amenazas. En un encuentro en el Kultusministerium en diciembre de 1921, comunicó al ministro Otto Boelitz y al secretario de Estado Carl Heinrich Becker que ayudaría a Alemania con el rápido nombramiento de un obispo alemán para Trier, en la región del Sarre (un área bajo disputa territorial con Francia), sólo si el gobierno cooperaba en la cuestión escolar en el concordato. Añadió su acostumbrada cláusula, informándolos imperturbablemente de que la Santa Sede se sentiría mejor sin un concordato si no podía alcanzar su objetivo en las escuelas. Los ministros dedujeron al concluir la entrevista que los problemas de la política alemana parecían no importarle a Pacelli.[3] En cualquier caso, tras intensas negociaciones, Pacelli obtuvo de Prusia el 6 de enero de 1922, a cambio del rápido nombramiento de un obispo alemán para la diócesis de Trier, un acuerdo que al menos permitía renegociar la cuestión de las escuelas «a requerimiento del Reich».[4]

Habiendo conseguido una equivalencia entre la cuestión de las escuelas y la amenaza de una actitud poco favorable en los problemas territoriales, Pacelli se jactó de sus triunfos ante el cardenal Adolf Bertram, añadiendo que sus éxitos en la materia no se debían a ningún talento especial por su parte sino a Dios. Pero el cardenal Bertram y el arzobispo Schulte, los principales prelados católicos de Prusia, estaban espantados. En una carta a Bertram del 9 de enero, Schulte describía el acuerdo alcanzado como «un riesgo extraordinario», ya que tendía a animar a Francia a mayores actos de agresión territorial. Al cabo de un tiempo, reflexionaba Schulte, iría contra los intereses del Vaticano en Alemania. A raíz de esos intercambios de opinión, Bertram rogó a Pacelli que no se extralimitara, ya que la jurisdicción del estado prusiano sobre la educación era sacrosanta. Pacelli, sin embargo, se creía más perspicaz que la jerarquía alemana.

Así pues, siguió en las mismas, haciendo oídos sordos al consejo de sus hermanos obispos, tan obsesionado con alcanzar una victoria en la cuestión de las escuelas que pasaba por alto otras implicaciones serias, con su característica mezcla de perseverancia y temeridad, que le convertiría en un contrincante idóneo, en opinión de Hitler, una década más tarde.[5]

Un nuevo Papa

El 22 de enero de 1922 falleció Benedicto XV tras una corta enfermedad, y el 6 de febrero le sucedía Achille Ratti, con el nombre de Pío XI. Ratti, que contaba entonces sesenta y cuatro años, era hijo del director de una fábrica de seda cerca de Milán, erudito, archivero y experto paleógrafo. También era un montañero entusiasta. Tras ocuparse durante un tiempo de la biblioteca del Vaticano se le envió a Polonia en 1919 como nuncio, donde se distinguió como hábil y valeroso diplomático. En 1921 fue nombrado arzobispo de Milán y cardenal. Pequeño y delgado, con la contextura física de un escalador de los Alpes, tenía una amplia y alta frente y unos ojos penetrantes. Sonreía sin reparos cuando saludaba a los peregrinos o recibía visitas, pero podía ser muy exigente. Un prelado comentó que prepararse para una reunión con Ratti era como hacerlo para un examen. Sus preguntas sobre todo tipo de cuestiones eran temibles, y desgraciado del clérigo que no supiera responder a ellas.

Pronto se convertiría en uno de los pontífices más porfiados de la reciente historia del papado.

Por primera vez desde 1870, la bendición *urbi et orbi* se dio desde el balcón que da a la plaza de San Pedro, lo que indicaba que Pío XI estaba decidido a solventar la Cuestión Romana. El rector del colegio inglés, observando cómo miraba el nuevo Papa hacia San Pedro, recordaba que «parecía tan calmado y firme como si se encontrara en la cumbre del monte Rosa o hubiera pasado la noche sobre aquella plataforma rocosa bajo una tormenta alpina».[6]

Pacelli y Ratti se conocían bien, y coincidían en su odio y miedo al bolchevismo. Para tranquilidad de Pacelli, una de las primeras decisiones de Pío XI fue mantener a Gasparri como secretario de Estado, lo que significaba que no habría cambios en la política concordataria.

Mientras proseguía sus negociaciones con los estados regionales, Pacelli se tuvo que ocupar también durante 1923 y 1924 de las amargas crisis nacionales e internacionales provocadas por la ocupación francesa del Ruhr y el colapso del marco alemán.

El 11 de enero de 1923, pretextando que las entregas convenidas de carbón y madera no se habían completado, tropas francesas y belgas ocuparon la altamente industrializada región del Ruhr. Como represalia, Berlín dejó de pagar las reparaciones acordadas y llamó a la resistencia pasiva y a la huelga, comprometiéndose a pagar compensaciones a los obreros que la secundaran. Grupos terroristas atacaron ferrocarriles e instalaciones industriales, con la ayuda del ejército alemán. Se produjeron detenciones, ejecuciones, expulsiones y duras medidas contra los civiles. El marco inició una caída libre frente al dólar, primero hasta 18 000 marcos por dólar, y luego hasta 160 000 el 1 de julio. En noviembre, el cambio era de cuatro mil millones de marcos por un dólar, y a partir de ahí las cifras se multiplicaban por billones.

Los franceses se quejaban amargamente de que el Vaticano favorecía a Alemania. Gasparri hacía oídos sordos. Apoyado en los informes de Pacelli, el cardenal secretario de Estado advirtió en varias ocasiones del peligro de una sublevación comunista en la región si las medidas francesas llegaban a exasperar a los alemanes. Bajo la presión del embajador alemán ante la Santa Sede, y como consecuencia de los informes de Pacelli, quien veía peligrar sus perspectivas de concordato, Pío XI publicó en *L'Osservatore Roma-*

no del 28 de junio una carta abierta condenando las pesadas reparaciones impuestas y criticando a Francia por su ocupación de parte del oeste de Alemania. Los alemanes se sintieron dichosos por esa iniciativa papal y los franceses, furiosos. Debido en gran parte a la diplomacia de Pacelli, ambos bandos aproximaron sus posiciones, aunque los franceses seguían sospechando de las intenciones del Vaticano.[7] Gasparri, entretanto, actuando de acuerdo con Pacelli y utilizando la mediación de «misiones secretas no oficiales», advirtió a los prelados franceses de que Francia estaba jugando a un juego peligroso en el Ruhr: había recibido informes de que Rusia estaba a punto de aprovechar el caos incipiente en Europa occidental para lanzar una ofensiva. Así, mediante encuentros privados, mensajes codificados y sugerencias susurradas tanto en los oídos franceses como en los alemanes, el Vaticano puso en marcha sus buenos oficios para conciliar a ambas partes.

El concordato bávaro

Los esfuerzos de Pacelli por alcanzar un concordato con el gobierno bávaro dieron por fin fruto en marzo de 1924, cuando el documento quedó listo para la firma de ambas partes. Pío XI y Pacelli se sentaron juntos en el palacio Apostólico, a comienzos de enero de 1924, para repasar el texto alemán del tratado palabra por palabra. Pocos días más tarde, éste quedaría aprobado en el Parlamento bávaro por 73 votos frente a 52. Había sido una larga y ardua negociación a lo largo de cinco años. Gasparri estaba muy satisfecho, especialmente con su protegido Pacelli, hasta el punto de manifestar ante el legado bávaro en Roma que se trataba «de uno de los mejores nuncios, si no *el mejor*».[8]

El concordato firmado aseguraba el reconocimiento oficial del nuevo Código de Derecho Canónico por parte del estado bávaro como norma para el nombramiento de obispos, arzobispos, monseñores y canónigos. Daba a Pacelli todos los poderes que había exigido para las escuelas religiosas, así como para la enseñanza religiosa en el conjunto del sistema educativo. Conseguía, además, reconocimiento, protección y promoción permanente de la Iglesia católica y todas sus asociaciones e instituciones. Como contrapartida, la Iglesia concedía en el artículo 13 que puesto que el estado

bávaro estaba pagando los sueldos del clero, sólo emplearía a ciudadanos bávaros o de otro *Land* alemán.[9]

El éxito de Pacelli en el concordato bávaro creó no obstante ciertos problemas para la consecución de un concordato prusiano y otro con el Reich. Los ministros prusianos eran muy suspicaces, ya que Pacelli se vanagloriaba abiertamente de que planeaba utilizar el concordato con el Reich para imponerles su voluntad. El 27 de noviembre, el gobierno prusiano informaba al Reich de que puesto que Baviera había negociado su propio concordato, Prusia debía tener asimismo uno especial. Era inaceptable para el mayor *Land* alemán que su política Iglesia-Estado fuese dictada por Roma y no por Berlín, insistían los ministros, al tiempo que declaraban que no podría haber concordato con el Reich sin el consentimiento del gobierno prusiano.

Pacelli, un perfecto anfitrión

Pacelli se trasladó oficialmente a Berlín el 18 de agosto de 1925, instalándose en una espléndida residencia de la nunciatura rodeada por un jardín, en Rauchstrasse, 21, en el barrio del Tiergarten. Alto, elegante con su capa de seda púrpura, se convirtió en una figura familiar en la capital, que llegaba en su limusina al Reich y los ministerios prusianos, así como a las recepciones en las embajadas.

Comenzó a organizar fiestas para la élite diplomática y oficial de la capital, adquiriendo pronto una reputación de anfitrión sin tacha. El presidente Ebert era un huésped regular de la nunciatura, como lo eran el mariscal de campo Paul von Hindenburg, el ministro de Asuntos Exteriores Gustav Stresemann, y otros miembros del gabinete. Pacelli se hizo conocido como ameno invitado, famoso por su conversación ingeniosa y su capacidad para hablar de cualquier tema en casi cualquier idioma. Lord d'Abernon, embajador británico en Berlín de 1930 a 1936, pensaba que Pacelli «era el diplomático mejor informado de todo Berlín».[10] Según la periodista norteamericana Dorothy Thompson, Pacelli era de hecho «el diplomático mejor informado de toda Alemania».[11] Pacelli comenzó a relajarse y a divertirse un poco, abandonando su acostumbrado ascetismo para así lubricar mejor los engranajes de la diploma-

cia. Hay relatos que cuentan cómo montaba a caballo en las fincas de gente rica en las afueras de Berlín. Sor Pasqualina contaba que sus amigos de Berlín le compraron un caballo mecánico que funcionaba con electricidad, sobre el que cabalgaba con su chaqueta y su pantalón de montar.

Tras la muerte de Pío XII, sor Pasqualina recordaba que «se ganaba los corazones de todos con su compostura noble y refinada, [...] en todas partes se mostraba como el elevado y sin embargo cálido príncipe de la Iglesia». Insistía, con su característica expresión dulzona, en que pese a su importante puesto como nuncio en Berlín, «su mirada no dejó de apreciar la flor que adornaba su mesa, ni el detalle imaginado para hacer su sencilla comida más agradable, ni el gato al que se había ido acostumbrando y que se acurrucaba afectuosamente a sus pies». Le gustaban todos los animales, continuaba, con la excepción de las moscas, «contra las que sentía una particular aversión».[12] En la privacidad de la nunciatura, seguía, «se le veía igual de digno y sencillo vistiendo una simple sotana que con sus ropas de gran ceremonia». Al volver de un paseo matutino por el Tiergarten, contaba un día complacido a sor Pasqualina que un niño se le había aproximado y le había preguntado si era «Dios Todopoderoso».

¿Conoció el pulcro, autodisciplinado y austero prelado alguna vez el verdadero descanso? Una pequeña indicación de buen humor en su carácter aparece en una anécdota relatada por un aristocrático vecino de Berlín. Hans-Conrad Stahlberg describía la «curiosa ceremonia» cuando saludaba a Pacelli cada mañana mientras afilaban sus navajas de afeitar mirándose desde sus respectivas ventanas. «Un día —contaba Stahlberg a su hijo— me sorprendió bajando su navaja como en un saludo de esgrima.»[13]

El concordato prusiano

Durante ese período de vida social como decano del cuerpo diplomático en Berlín, Pacelli siguió concentrado en culminar las negociaciones del concordato con Prusia. Los ministros prusianos, influidos por generaciones de pluralismo protestante, creían instintivamente en la preservación de los derechos tradicionales de los

capítulos catedralicios locales, incluso para los católicos. Pacelli, por su parte, consideraba la resistencia protestante hacia el nombramiento de obispos como una prueba de sus prejuicios contra el papado. Con el paso de los meses, esas cuestiones llegaron a discutirse en público, desatándose las pasiones. Pacelli esgrimía la preocupación católica acerca de una amenaza inminente a sus escuelas. Los protestantes pensaban que estaban defendiendo un rasgo del liberalismo frente al dogmatismo de Roma. ¿No estaría ese nuncio italiano tratando de instigar una contrarreforma en el mismísimo corazón del protestantismo? Cuanto más intrigaba Pacelli, más ternes se mantenían los protestantes.

En el otoño de 1928, el problema central de la cuestión escolar seguía sin resolver. Era ya hora de zanjar la cuestión. El primer ministro prusiano, Otto Braun, dijo a Pacelli que «no se podría incluir en el concordato ninguna mención, de la naturaleza que fuera, acerca de las escuelas». Pacelli respondió que no podía «volver al Santo Padre en Roma con un proyecto de concordato que no mencionara las escuelas». Braun replicó: «Y yo no puedo dirigirme al Parlamento con un concordato que las mencione sin exponerme a una derrota segura».[14]

Fue Pacelli quien cedió al final, en la primavera de 1929. En la negociación definitiva, ambas partes pactaron la creación de una nueva diócesis en Berlín, de acuerdo con los deseos de Pacelli. Sobre la cuestión del nombramiento de los obispos se alcanzó un compromiso transitorio: los canónigos catedralicios podrían seleccionar una lista de nombres, eligiendo la Santa Sede a tres, entre los que los canónigos decidirían quién debía ser el nuevo obispo. Una cláusula aneja permitía al gobierno prusiano ejercer el derecho de veto si surgía alguna objeción grave. Todos los clérigos debían ser ciudadanos del Reich alemán y haber terminado el bachillerato.[15] Sobre la cuestión de las escuelas se cernía el silencio.

El concordato se firmó el 14 de junio de 1929. Un mes después fue aprobado en el Parlamento prusiano por 243 votos contra 171. El 5 de agosto, Pacelli envió una nota oficial a Braun informándole de que el aparente compromiso sobre las escuelas era el resultado de una presión. Se sentía obligado a declarar, escribía, que no había renunciado a «los principios fundamentales» que defendía sobre la cuestión de las escuelas, y que de hecho había conseguido reflejar en otros concordatos.[16]

Pacelli seguía al acecho de un concordato con el Reich, pero el momento no era el más oportuno, dado que éste se veía envuelto de nuevo en peligrosas crisis, internas y externas.

El final de octubre de 1929 fue testigo del hundimiento de la Bolsa de Nueva York y del comienzo de una crisis económica mundial. Tres semanas antes había muerto Gustav Stresemann, agotado tras años de esfuerzo por devolver a Alemania su antiguo poder. Stresemann había incorporado Alemania a la Sociedad de Naciones y había negociado los planes Dawes y Young, reduciendo las reparaciones de guerra a un nivel asumible. Fue también uno de los arquitectos del Pacto de Locarno, que trajo un soplo de paz a Europa. A su muerte, con los nubarrones de tormenta económica e industrial, los días de la República de Weimar estaban contados. Después del crac de Wall Street se evaporó el flujo de créditos de Estados Unidos, repatriándose además los antiguos. El comercio mundial se vino abajo. Alemania quedó incapacitada para exportar suficientes productos para pagar las importaciones de materias primas y alimentos. El desempleo crecía mientras que los negocios quebraban. Era inminente el colapso del sistema bancario.

Mientras tenían lugar estos acontecimientos, Roma requirió la presencia de Pacelli. La llamada llegó por telegrama en noviembre, cuando descansaba en su retiro predilecto, el sanatorio-convento de Rorschach, adonde acudía al menos dos veces al año desde 1917. El cardenal secretario de Estado, Pietro Gasparri, de casi ochenta años de edad, había sido por fin relevado, eligiéndose como sustituto a su protegido y favorito durante casi un cuarto de siglo. Pacelli salió a toda prisa hacia Berlín para recoger sus cosas y despedirse del gobierno y de sus colegas del cuerpo diplomático.

Entre las muchas celebraciones de despedida hubo una comida ofrecida por Von Hindenburg, quien ahora ejercía la presidencia de la República. Brindando por Pacelli, declaró: «Le agradezco todo lo que ha realizado durante estos largos años en defensa de la paz, inspirado como ha estado por un elevado sentido de la justicia y un profundo amor a la humanidad; y puedo asegurarle que no le olvidaremos, ni a usted, ni el trabajo que ha realizado aquí.»[17]

El 10 de diciembre, Pacelli abandonó Berlín. El gobierno le había proporcionado un carruaje abierto para desplazarse hasta la estación de Anhalter. La Rauchstrasse estaba a rebosar con decenas de miles de jóvenes de Acción Católica que enarbolaban antorchas

sobre sus cabezas. Se inclinaban banderas en honor de Pacelli, se cantaban himnos, y la gente gritaba cuando pasaba. En el andén, una banda tocó el himno papal. Las barreras que le separaban de la multitud casi se vinieron abajo. Pacelli bendijo repetidas veces a la multitud.[18]

En Navidad, Pacelli vestía ya el rojo capelo cardenalicio. Según sor Pasqualina, nunca había deseado ese puesto y le disgustaba tener que hacerse cargo de él. En realidad, «el deseo de su corazón era dedicarse a salvar almas».[19] Así y todo, el 7 de febrero de 1930 ocupaba su nuevo puesto de cardenal secretario de Estado, el de más poder en la Iglesia católica después del Papa. Todavía no había cumplido los cincuenta y cuatro años de edad.

7. Hitler y el catolicismo alemán

Adolf Hitler reconoció muy pronto la potencial resistencia que el catolicismo podía ofrecer frente al nacionalsocialismo. En *Mein Kampf* escribió que una confrontación con la Iglesia católica en Alemania podía ser desastrosa. Durante sus días de vagabundeo por Viena, recordaba, había reflexionado sobre las fútiles consecuencias de la *Kulturkampf* austríaca y había visto la importancia de establecer una distinción categórica entre el catolicismo religioso y el político. «Los partidos políticos —escribió— no tienen nada que ver con los problemas religiosos, en tanto que éstos no enajenen a la nación, socavando la moral y la ética de la raza; del mismo modo que la religión no puede confundirse con las intrigas de los partidos políticos.»[1] Tras salir de prisión por su participación en el *Putsch* del *Bierkeller* [cervecería] de Munich, reiteró esta opinión el 26 de febrero de 1925 en el periódico del partido, *Völkischer Beobachter*, declarando que el movimiento nacionalsocialista no debía «inmiscuirse en disputas religiosas». Dos años más tarde, en una circular del partido, declaraba que todas las disputas sobre religión quedaban prohibidas por razones tácticas.[2] Prometió que no habría una nueva *Kulturkampf* en su batalla contra el Partido del Centro, sino que combatiría a ese partido «únicamente sobre la base de los conceptos políticos».

Hitler, de hecho, tenía dos opiniones sobre la religión, una pública y otra privada. En febrero de 1933 declaró en el Reich que las Iglesias formaban parte integral de la vida nacional alemana. Pero al mes siguiente, en privado, juró «erradicar» completamente el cristianismo de Alemania: «O eres cristiano o eres alemán —dijo—, no puedes ser ambas cosas a un tiempo.»[3] Mientras, manipulaba cuidadosamente el poder de las Iglesias en su propio beneficio.

Durante el año 1927, Hitler mantuvo una significativa correspondencia privada con un simpatizante católico del nazismo llamado Magnus Gött, un joven y problemático clérigo desterrado por sus superiores a un lugar apartado en el campo llamado Lehenbuhl. Gött había escrito varias cartas a Hitler, polémicas pero halagadoras, para las que obtuvo dos respuestas.[4] En la primera, Hitler caracterizaba a la Iglesia católica como «un aparato técnico inmenso» que «empequeñece» al Partido Nacionalsocialista. No es tarea del partido, proseguía, apelar a los cristianos leales, «sino ganar para la nación a todos sus elementos y su cultura moral y espiritual, que se han perdido». En una segunda carta, enviada desde Munich en marzo, Hitler declaraba: «Siempre y en todas circunstancias resulta una desgracia cuando la religión, en una forma u otra, se entremezcla con los partidos políticos.» La politización de la religión, proseguía, es «perniciosa»; y acusaba al Partido del Centro de fomentar un agrio conflicto contra la idea nacional desde finales de la Gran Guerra. Concluía con la generalización de que la cristiandad política «no había ganado nuevos miembros para la Iglesia, pero le había hecho perder a millones». Esa opinión coincidía extrañamente con la expresada por Pío X con respecto a Francia, y con las de Pío XI referidas a Italia y al católico Partido Popular (Partito Popolare). Con el tiempo, la misma opinión sería compartida por Pío XII en el caso de Alemania y el Partido del Centro.

Durante el período de posguerra se había producido en la política alemana un crecimiento sin precedentes de la vida y la actividad católica alemana, tanto religiosa y cultural como política, estimulado por la fuerza del Partido del Centro. Proliferaban las asociaciones y sindicatos católicos, las vocaciones y publicaciones religiosas, y se constataba un patente incremento del fervor público. El número de clérigos diocesanos creció de 19 000 a 21 000 en el transcurso de los años veinte. Las fundaciones monásticas para hombres casi se duplicaron, de 336 a 640, creciendo el número de miembros de órdenes religiosas de 7 000 a 14 000, mientras que el de monjas se elevaba de 60 000 a 77 000. La población católica de Alemania era de unos 23 millones en 1930, aproximadamente un 35 % del total, habiendo crecido en casi dos millones y medio desde la guerra, a pesar de la considerable pérdida de territorios poblados en gran medida por católicos.[5]

Corroborando la visión de Scheler y Erzberger, los escritores,

poetas, artistas y periodistas católicos contribuyeron grandemente a moldear la actividad cultural de la época de Weimar. Bajo la influencia de pensadores como Romano Guardini y Pieter Lippert, el pensamiento católico adquirió una gran reputación de energía y originalidad. En Frankfurt, Breslau (Wroclaw) y Berlín se crearon cátedras sobre las ideas católicas. Florecían los clubs académicos y profesionales católicos y había frecuentes conferencias y seminarios sobre temas católicos en toda Alemania. Aunque el catolicismo era un credo minoritario si se comparaba con el protestante, estaba mejor organizado. Mientras que los grupos juveniles protestantes reunían a unos 700 000 individuos, la Juventud Católica alcanzaba el millón y medio. Incluso tras el rápido éxito de las organizaciones nazis, hasta 1933 el catolicismo era todavía la institución social más amplia del país.

Las publicaciones católicas dieron un gran impulso a las asociaciones del mismo signo. A finales de los años veinte había unos cuatrocientos diarios católicos, lo que representaba aproximadamente el 15 % del total. Había además 420 publicaciones periódicas católicas, treinta de las cuales contaban con una tirada superior a los 100 000 ejemplares, dos agencias de noticias nacionales y una revista de cine, *Film-Rundschau*, que influía notablemente sobre la floreciente industria cinematográfica alemana.

En prácticamente todos los rincones del país se celebraban con frecuencia concentraciones de trabajadores católicos, *boy scouts* y otros grupos juveniles, así como ceremonias religiosas al aire libre. En 1927, ochenta mil feligreses acudieron a una misa al aire libre en Dortmund.[6] Las procesiones católicas, permitidas de nuevo por la Constitución de Weimar, se hicieron más populares que nunca. En la fiesta del Corpus Christi, la Eucaristía era transportada en una custodia ricamente engalanada a lo largo de Unter den Linden en Berlín, y en la procesión participaban muchos políticos, invariablemente liderados por un canciller católico.

Cuando el partido de Hitler consiguió, propulsado por la altísima tasa de desempleo (3,2 millones de parados en 1930), su espectacular salto adelante en las elecciones al Reichstag del 14 de septiembre de 1930, la Iglesia católica era todavía en Alemania una fuerza formidable. ¿En qué medida había conseguido Hitler durante los años veinte atenuar los temores de los católicos hacia el nacionalsocialismo? ¿En qué medida era el éxito inicial de Hitler un

resultado, incluso, de un deslizamiento de los católicos hacia el nacionalsocialismo?

El triunfo de Hitler en las urnas en septiembre de 1930 llevó a su partido de un 2,6 % a un 18,3 %, y aumentó el número de sus escaños en el Reichstag de 12 a 107. Los nazis se convirtieron así en el segundo partido de Alemania, por detrás de los socialdemócratas. El desplazamiento parecía deberse en gran medida al atractivo de un partido ideológicamente de derechas para los protestantes que buscaban soluciones radicales para la calamitosa situación económica. Pero también hay pruebas, en la región de la Selva Negra, por ejemplo, de asociaciones obreras católicas que derivaron hacia el nacionalsocialismo como consecuencia del anticlericalismo local y la desilusión con respecto a la República de Weimar.[7] Aun cuando los liberales habían quedado diezmados y los socialdemócratas habían descendido un 5 %, el Partido del Centro, conservando su voto tradicional en las áreas católicas, mantenía su porcentaje en el 14,8, aumentando incluso el número de escaños de 62 a 66.

En esa época, la crítica de los católicos hacia el nacionalsocialismo seguía siendo vehemente, y se mantenía tanto desde la prensa como desde los púlpitos. El periodista católico Walter Dirks describía en el número de agosto de la revista *Die Arbeit* la reacción católica frente al nazismo como «una guerra abierta». La ideología nacionalsocialista, aseguraba, «está en contradicción abierta con la Iglesia [católica]».

Entre los informes de los activistas nazis recogidos por Theodor Abel en 1934 hay testimonios expresivos de la combativa resistencia católica frente al nacionalsocialismo en los primeros años treinta. «La Iglesia [católica] nos hacía la vida difícil. Se negaba el consuelo de la religión y la inhumación en tierra sagrada a los nacionalsocialistas asesinados», decía un testigo.[8] Otro, escribiendo acerca de la «persecución» del centro contra los nazis, se quejaba de que «en cierta localidad se nos apartó de los sacramentos porque nos negábamos a dejar el partido. Una carta dirigida al obispo sirvió de bien poco».

¿Cómo pudo ser, entonces, que el antagonismo entre católicos y nazis no se materializara en una confrontación abierta, como temía Hitler?

Un punto de partida instructivo puede ser la correspondencia, tras las elecciones al Reichstag de 1930, entre el *Gauleitung* (mando

del área) nacionalsocialista en Hesse y la oficina del obispo en Mainz. El oficial de prensa del *Gauleitung* quería saber si el obispo compartía la opinión de cierto cura del pueblo de Kirschhausen, quien había ofrecido a sus feligreses las siguientes orientaciones:

1. Ningún católico podía pertenecer como miembro al partido de Hitler.

2. Ningún miembro del partido de Hitler podía participar [en reuniones parroquiales], ya fuera en funerales o en otros acontecimientos.

3. Mientras un católico sea miembro del partido de Hitler, no podrá ser admitido a los sacramentos.[9]

La consulta del *Gauleitung* obtuvo pronta confirmación del vicario general de Mainz: el cura de Kirschhausen había hablado de acuerdo con el pensamiento diocesano. El prelado llamaba la atención, además, hacia la política de «odio racial» del «partido de Hitler», que según el vicario general era «anticristiana y anticatólica». Luego señalaba que aunque Hitler hubiera mostrado cierta admiración por las instituciones católicas en *Mein Kampf*, eso no podía disfrazar el hecho de que «la política religiosa y educativa del nacionalsocialismo es incompatible con el cristianismo católico».

El conflicto de Mainz, muy discutido en su momento, intranquilizó a los obispos católicos alemanes ¿Había o no hablado Mainz de forma imprudente? ¿Deberían los obispos hacer pública una declaración conjunta? Algunos murmuraban en privado que a la política de Mainz le faltaba prudencia táctica; después de todo, ¿no había enarbolado el nacionalsocialismo la «cristiandad positiva» contra el marxismo ateo? En cualquier caso, los obispos católicos no llegaron a ponerse de acuerdo sobre un documento conjunto en la conferencia que mantuvieron en Fulda a finales del otoño. En su lugar, el cardenal Bertram de Breslau (Wroclaw), presidente de la conferencia, hizo pública una circular con motivo del Año Nuevo en la que advertía a la Iglesia católica alemana contra el extremismo político y la insania y perversidad del racismo.

En febrero de 1931, sin embargo, los obispos bávaros elaboraron unas directrices más específicas para el clero de su región. Evitando la franqueza de la posición de Mainz, adoptaron un enfoque más pluralista y pegado al terreno, argumentando que los sacerdotes debían juzgar cada situación concretamente, por sus propios méritos: «Como guardianes de la verdadera enseñanza de la fe y la

moral, los obispos deben advertir contra el nacionalsocialismo, en la medida en que proclama opiniones culturales y políticas incompatibles con las enseñanzas de la fe católica.»[10] Al mes siguiente, los arzobispos católicos de otras tres regiones (Colonia, Paderborn y Alto Rin) afirmaban en los términos más claros que el nacionalsocialismo y el catolicismo eran incompatibles, y repetían el dictamen clave de la carta de los obispos bávaros.

Así pues, en los críticos años anteriores a 1933, cuando Hitler se aproximaba a su momento cumbre y el movimiento nazi proliferaba y se extendía, esas iniciativas episcopales apuntaban a una respuesta unida y rotunda de la Iglesia católica. Las excepciones no eran muchas: el abate benedictino Alban Schachleitner, que apoyaba a los nazis por lo que consideraba razones tácticas contra los luteranos; el desequilibrado padre Wilhelm Maria Senn, que creía que Hitler había sido enviado al mundo por la divina Providencia; el corresponsal católico de Hitler, padre Gött...

¿Podía subsistir alguna última duda en la mente del católico medio acerca de la ideología nacionalsocialista y sus probables consecuencias? En su estudio acerca de la actitud católica ante los nazis, Klaus Scholder, el historiador de la Iglesia alemana de aquel período, cita dos folletos clave y una enérgica campaña de prensa.

En la primavera de 1931, un diputado católico en el Reichstag, Karl Trossmann, publicó un libro, que fue un éxito editorial, titulado *Hitler y Roma*; en él describía a los nacionalsocialistas como «un partido brutal que suprimirá los derechos del pueblo». Hitler, declaraba, estaba conduciendo a Alemania a una nueva guerra, «una guerra que sólo podía terminar con un desastre aún mayor que la pasada». Poco después, el autor católico Alfons Wild publicó un ensayo, ampliamente difundido, titulado «Hitler y el catolicismo», en el que proclamaba que «la concepción que Hitler tiene del mundo no es cristiana, sino racista; su mensaje no es la paz y la justicia sino la violencia y el odio».

Por aquella misma época, dos periodistas católicos, Fritz Gerlich e Ingbert Naab, desvelaban la amenaza del nacionalsocialismo en las páginas del periódico muniqués *Der Gerade Weg,* «El camino recto», caracterizándolo como «una plaga». En el número fechado el 21 de julio de 1932 declaraban que «el nacionalsocialismo significa enemistad con los países vecinos, despotismo en los asuntos internos, guerra civil y guerra internacional. El nacionalsocialismo

significa mentiras, odio, fratricidio y miseria sin límites. Adolf Hitler predica la ley del engaño. ¡Vosotros, los que habéis caído víctimas de la seducción de quien sólo persigue su propio poder, despertad!».[11]

Este frente unido y vehemente de la Iglesia católica alemana, sin embargo, no era acorde con las opiniones que regían en el Vaticano, opiniones moldeadas y promovidas cada vez más por Eugenio Pacelli.

Pacelli en su terreno

Instalado en el Vaticano como cardenal secretario de Estado, Pacelli era responsable de la política exterior y las relaciones con los Estados de todo el planeta, mientras que Pío XI se veía castigado por la enfermedad y confiaba cada vez más las tareas de gobierno a su cardenal favorito.

Pacelli se encontraba de nuevo en territorio propio en más de un sentido, ya que había servido en el Secretariado durante dieciséis años, desde la meritoría de un humilde clérigo hasta ocupar el puesto de subsecretario. Pero mientras se sumergía en la tarea de supervisar las vastas y complejas relaciones de la Iglesia en todos los continentes, se veía envuelto en otro drama doméstico relacionado con su ama de llaves, sor Pasqualina.[12]

Cuando se despidió de la gente de Berlín en diciembre de 1929, también lo hizo de sor Pasqualina y sus dos asistentas, monjas como ella, que integraban su servicio doméstico. No planeaba llevarlas con él a Roma. Según la hermana de Pacelli, Elisabetta, se había formado una pobre opinión de la monja, que Elisabetta describía como «mandona» y «extremadamente astuta» *(«scaltrissima»)*. Al llegar a Roma se alojó transitoriamente en Via Boezio con su hermano Francesco, antes de establecerse en las habitaciones a disposición del cardenal secretario de Estado, sobre los balcones del palacio Apostólico. Justo antes del traslado, pidió a Elisabetta que se hiciera cargo de su nuevo hogar en el Vaticano. Ésta le recordó que era esposa y madre y que tenía por tanto ciertas obligaciones, pero Pacelli no parecía renunciar a su propósito y le aseguró que esas tareas no afectarían a sus deberes familiares.

Un día o dos después de esa conversación, según contó Elisa-

betta al tribunal de beatificación, sor Pasqualina apareció en Roma, sin advertir a nadie y sin permiso de su congregación ni de Pacelli. Primero alquiló una habitación en un convento en Via Nicolo V y luego, alegando su pobreza y falta de dominio del italiano, suplicó a Elisabetta que la tomara a su servicio, haciéndose pronto con el control de las tareas hogareñas y asumiendo en todo su habitual papel de mando. Elisabetta contó que mantuvo a la monja fuera de la vista de su hermano, pero añadió que no podía entender por qué él no la despedía. Finalmente, se las ingenió para despedir a Pasqualina de la casa y, según ella creía, de Roma, con una medida drástica: «Estaba tan harta de ella que finalmente le dije que íbamos a cerrar el piso para hacer una visita a Lourdes.» Elisabetta cumplió su amenaza, pero tan pronto como abandonó la ciudad, sor Pasqualina se presentó en las habitaciones de Pacelli en el Vaticano con el pretexto de amueblarlas y decorarlas de nuevo. Una vez que se hubo asentado en sus nuevos cuarteles, llamó a las dos antiguas asistentas monjas que la ayudaban en Alemania. Pacelli estaba de nuevo en manos de Pasqualina y el monjerío, y así se mantendría hasta el día de su muerte, casi treinta años más tarde.

El Triángulo Rojo

Desde el momento en que se hizo cargo de la Secretaría de Estado, Pacelli se vio de nuevo absorbido por los problemas alemanes, siendo una de sus principales preocupaciones el ascenso del partido nazi de Hitler. Pero por mucho que le disgustara el explícito racismo de los nacionalsocialistas, temía mucho más al comunismo y a lo que en el Vaticano comenzó a denominarse «el Triángulo Rojo»: la Rusia soviética, México y España. El veredicto de la Santa Sede sobre Hitler era, como poco, ambiguo: al fin y al cabo, los nazis no habían jurado destruir la cristiandad, y de hecho habían realizado ciertos gestos conciliadores hacia la Iglesia católica. Desde el punto de vista de la Secretaría de Estado vaticana, la amenaza del comunismo era por el contrario mucho más real y grave.

Lenin y, tras él, Stalin no habían escondido nunca sus intenciones. Habían declarado la guerra a la propia religión, y la Iglesia ortodoxa rusa había sufrido serias y contundentes persecuciones por parte de los comunistas desde 1917. Se encarcelaba y ejecuta-

ba a obispos y sacerdotes; se saqueaban las iglesias, destruyéndolas o convirtiéndolas en museos ateos; las escuelas y los medios de comunicación se utilizaban como instrumentos para vilipendiar la religión. Se convirtió en un crimen el hecho de hablar de Dios a niños menores de dieciséis años. Aunque los católicos romanos no alcanzaban en Rusia la cifra de millón y medio, y no significaban por tanto una amenaza para el régimen, la Iglesia católica también fue víctima de la persecución bolchevique. En 1923, el administrador de la archidiócesis clave de Mohilev y su vicario general fueron detenidos junto a otros trece clérigos, acusados de «fomentar la contrarrevolución». Al vicario general le cortaron una oreja y lo torturaron hasta hacerle perder el conocimiento. Fue ejecutado el Viernes Santo de ese mismo año. Poco después, el exarca de la Iglesia católica bizantina en Rusia fue condenado a prisión perpetua. Al mismo tiempo, cientos de obispos, clérigos y laicos fueron detenidos y trasladados a un campo en Solowki, junto al mar Negro. En 1930 sólo quedaban trescientos sacerdotes católicos en toda la Rusia soviética (cuando en 1921 eran 963), de los que un centenar estaban en prisión.[13]

El 19 de marzo de 1930, un mes después de que Pacelli se hiciera cargo formalmente de su nuevo puesto, Pío XI celebró una ceremonia de expiación en un San Pedro lleno a rebosar, durante la que se invocó a los santos de la sagrada Rusia y se cantó un *De profundis* por las almas de los recientes mártires.

Los católicos mexicanos también habían sufrido persecución, desde finales del siglo XIX, en sucesivas oleadas de revoluciones indígenas de tipo comunista, aunque poco o nada debían, incluso después de 1917, al marxismo o a la Komintern. En 1924, sin embargo, coincidiendo con la presidencia de Plutarco Elías Calles y el inicio de otra persecución despiadada, México se convirtió en el segundo país de Occidente que reconocía a la Unión Soviética. Según las fuentes católicas, unos 3 500 sacerdotes, religiosos y laicos fueron asesinados durante los cuatro años de presidencia de Calles y los siete siguientes, en los que perduró su influencia. La propia presencia de un sacerdote en México era en la época de Calles un delito gravísimo, y la Iglesia se vio forzada a pasar a la clandestinidad, viajando disfrazados por todo el país sus sacerdotes, como describiría más tarde Graham Greene en *El poder y la gloria*, para decir misa en graneros y establos.

Pío XI había denunciado en 1926 el régimen de Calles en su encíclica *Iniques afflictusque*, proclamando que «en México se proscribe y pisotea la propia idea de Dios y cualquier cosa que se parezca a su culto público». En una iniciativa destinada a fomentar la resistencia de los católicos alentó a la jerarquía mexicana a pronunciar un *interdicto*, esto es, una suspensión completa de las ceremonias religiosas y los sacramentos en todo el país. La persecución siguió sin relajarse, pero igual sucedió con la resistencia a todos los niveles, incluyendo la actividad terrorista de los llamados «cristeros». En opinión del historiador de la Iglesia H. Daniel-Rops, esa resistencia logró la derrota final de los elementos antirreligiosos en la élite gobernante de México.[14]

El Tratado Lateranense y sus secuelas

Pío XI y Pacelli estaban convencidos de que no era posible llegar a un acuerdo con los comunistas de ningún país del mundo. En el caso de los movimientos totalitarios y regímenes de derecha, por el contrario, algo podía hacerse. En Italia, la Santa Sede había firmado un pacto con Mussolini en febrero de 1929, que prefiguraba el que firmaría Pacelli en 1933 con Hitler. Negociado y redactado por el hermano de Pacelli, Francesco, y su predecesor en la Secretaría de Estado, Pietro Gasparri, el acuerdo ponía fin siquiera transitoriamente al antagonismo existente entre el Estado italiano y la Santa Sede desde 1870.

De acuerdo con los términos del Tratado Lateranense, el catolicismo romano se convertía en la única religión reconocida como tal en todo el país. El acuerdo reconocía igualmente el derecho de la Santa Sede a imponer en Italia el nuevo Código de Derecho Canónico, cuya expresión más significativa, en opinión de Pío XI, era el artículo 34, en el que el Estado reconocía la validez de los matrimonios celebrados en la iglesia. Se reconocía al papado soberanía sobre el minúsculo territorio (44 hectáreas) de la Ciudad del Vaticano y derechos territoriales sobre varios edificios e iglesias de Roma, así como el palacio de verano de Castel Gandolfo a orillas del lago Albano. En compensación por sus pérdidas en tierras y propiedades, se concedía al Vaticano el equivalente a ochenta y cinco millones de dólares actuales. El poderoso Partito Popolare,

semejante en muchos aspectos al Partido del Centro alemán, se había disuelto, y su líder, don Luigi Sturzo, se había exiliado. El propio Vaticano había aconsejado a los católicos el abandono de la actividad política como tales católicos, dejando tras de sí un vacío político en el que medraban los fascistas. En las elecciones de marzo que siguieron a la firma del Tratado de Letrán, el Vaticano animó a los sacerdotes de toda Italia a apoyar a los fascistas, y el Papa habló de Mussolini como de «un hombre enviado a nosotros por la Providencia».

En el lugar del catolicismo político, el artículo 43 concedía a la Santa Sede la facultad de promover el movimiento conocido como Acción Católica, una forma anémica de organización laica dominada por los clérigos, descrita sobriamente por Pío XI como «la participación organizada de los laicos en el apostolado jerárquico de la Iglesia, trascendiendo los partidos políticos».[15] El artículo 43 estipulaba no obstante que la Acción Católica sólo quedaba reconocida en la medida en que «desarrollara su actividad fuera de cualquier partido político y en directa dependencia de la jerarquía de la Iglesia para la difusión y puesta en práctica de los principios católicos». En un segundo párrafo, el artículo declaraba que a todos los clérigos y miembros de las órdenes religiosas italianos se les prohibía inscribirse y participar en las actividades de cualquier partido político.

En la Alemania de finales de los años veinte, con mucha antelación por tanto al Concordato con el Reich, Pacelli también había promovido la Acción Católica, anunciando su establecimiento en una celebración eucarística en Magdeburgo en 1928. Como hemos visto, la aversión de Pacelli por el catolicismo político —que databa de la época de Pío X y las turbulentas relaciones Iglesia-Estado en Francia— era profunda, si bien muda hasta el momento. Su interés por el Partido del Centro y cualesquiera católicos que participaran en el gobierno de Alemania, como se fue viendo cada vez más claramente, se centraba en cómo podía explotarlos como contrapartida para conseguir un concordato con el Reich favorable a los intereses de la Santa Sede. El Tratado Lateranense, redactado y negociado por su hermano mayor, Francesco, con todas sus medidas para paralizar el catolicismo político y social, contenía ya todo lo que Pacelli anhelaba de un concordato con el Reich.

Irónica y ominosamente, una figura clave en la política alemana

que se había sentido igualmente cómoda y complacida con la firma del Tratado Lateranense, y que mantenía esperanzas de alcanzar un acuerdo similar para su futuro régimen, era Adolf Hitler. Pocos días después de la firma de ese tratado escribió un artículo para el *Völkischer Beobachter*, publicado el 22 de febrero de 1929, «saludando calurosamente» el acuerdo. «El hecho de que la curia pueda firmar la paz con el fascismo —decía— muestra que el Vaticano confía en las nuevas realidades políticas mucho más que en la antigua democracia liberal, con la que no pudo llegar a un acuerdo.» Volviendo a la situación alemana, reprochaba al Partido del Centro su recalcitrante apego a la política democrática. «Al predicar que la democracia todavía conviene a los católicos alemanes, el Partido del Centro [...] se está situando en flagrante contradicción con el espíritu del tratado que hoy ha firmado la Santa Sede.»

La conclusión de su desvarío contenía una grave distorsión, así como una notable intuición de las futuras oportunidades: «El hecho de que la Iglesia católica haya llegado a un acuerdo con la Italia fascista —decía— [...] prueba más allá de toda duda que el mundo fascista está más próximo al cristianismo que el liberalismo judío o el marxismo ateo, al que el supuestamente católico Partido del Centro está tan ligado, en detrimento de la cristiandad y de nuestro pueblo alemán.»

Pese a las confiadas afirmaciones de Hitler, el Vaticano no era en absoluto proclive al partido nazi; la Santa Sede no compartía el racismo implícito ni explícito del nacionalsocialismo y advertía acerca de su potencialidad para establecer un credo idólatra basado en fantasías paganas y en una historia popular espuria. El hecho era, no obstante, que desde los días de Pío Nono, el Vaticano alentaba la desconfianza hacia la socialdemocracia como precursora del socialismo y por tanto del comunismo. Así pues, la valoración que el Vaticano hacía pragmáticamente de cada partido político estaba matizada por su actitud con respecto a la amenaza comunista. En este sentido, aunque parezca absurdo, incluso la asociación nominal de los nazis con el socialismo era suficiente para despertar dudas acerca del partido entre algunos cándidos monseñores del Vaticano. El editorialista de *L'Osservatore Romano* declaraba el 11 de octubre de 1930 que la pertenencia al partido nazi era «incompatible con la conciencia católica», añadiendo: «como lo es la pertenencia a cualquier tipo de partido socialista».

En definitiva, Pío XI y Pacelli juzgaban los movimientos políticos sobre la base de sus credenciales antiizquierdistas, lo que condujo a la Santa Sede a prohibir al Partito Popolare aproximarse a los socialistas en 1924, neutralizando así sus intentos de frenar a Mussolini. Después de 1930, cuando el Partido del Centro alemán necesitaba más que nunca de cierta estabilidad colaborando con los socialdemócratas, Pacelli presionó sobre sus dirigentes para que se alejaran de los socialistas y cortejaran a los nacionalsocialistas. En la medida en que éstos habían declarado la guerra abierta al socialismo y al comunismo, sin hacer distingos entre ellos, Pío XI y Pacelli se inclinaban a considerar las ventajas de una alianza transitoria y táctica con Hitler, circunstancia que éste explotó a su antojo cuando le llegó el momento. En qué medida esa potencial alianza con el diablo del nazismo era consecuencia de los temores por el futuro de la Iglesia en Alemania, y en qué medida se trataba de una táctica para llevar adelante los propósitos del poder papal, pronto quedará elucidado.

La doble vida de Kaas

La continua y estrecha implicación de Pacelli en los asuntos alemanes tras su regreso a Roma se vio facilitada por la doble vida política de Ludwig Kaas, su discípulo y confidente más cercano y líder del Partido del Centro desde 1928. No bien se había establecido Pacelli en el Vaticano, Kaas comenzó a descuidar sus responsabilidades políticas en Alemania y a viajar continuamente a Roma al servicio del cardenal secretario de Estado, pasando semanas enteras en los apartamentos de Pacelli. Si el destino político de Alemania dependía en alguna medida de las opiniones y acciones del Partido del Centro, la posición de Kaas como líder del partido e íntimo de Pacelli era significativa.

¿Qué llevó al líder del Partido del Centro a Roma para mantener conferencias privadas con Pacelli durante semanas? En cuanto Pacelli ocupó su nuevo puesto a comienzos de febrero de 1930 reanudó su trabajo con Kaas sobre el concordato con el Reich, al tiempo que proseguía las negociaciones sobre el concordato de Baden.[16] También informó a su sucesor en la nunciatura en Berlín, el arzobispo Cesare Orsenigo, de que esas cuestiones de alta diplomacia seguiría llevándolas él personalmente, junto a Kaas.

Como era su costumbre en cualquier negociación, Pacelli había encontrado un instrumento útil para emplearlo como palanca diplomática. En 1930 fue la cuestión de los capellanes castrenses, algo esencial en aquella época. ¿Debían depender los capellanes católicos de un obispo castrense especialmente nombrado o de la jurisdicción del obispo del lugar donde residían? El ejército había optado por la primera opción, con el fin de eliminar un eventual conflicto de intereses y de ejercer mayor control. Los obispos diocesanos católicos alemanes tendían por el contrario a la segunda; y Pacelli consideró que se trataba de una importante baza en las negociaciones del concordato.[17]

Así pues, el 9 de marzo, el representante diplomático bávaro ante la Santa Sede, barón Von Ritter, informó a Munich que Kaas estaba en el Vaticano y que Pacelli había pedido una entrevista sobre la cuestión del obispo castrense, que quizá podría extenderse a una discusión sobre «una relación concordataria con el Reich con el fin de asegurar el cumplimiento de los modestos deseos de la Santa Sede a cambio de ciertas ventajas que aquél pretende».[18] Cuando el representante del Reich ante la Santa Sede, Diego von Bergen, se dio plena cuenta del *quid pro quo* que proponía Pacelli, su respuesta fue brusca: «Cardenal secretario de Estado menciona posibilidad de resolver cuestión capellanes castrenses en marco concordato con el Reich. Tal transacción está fuera de lugar.»[19]

En Berlín, entretanto, el gobierno del Reich tenía otras cosas en que pensar, más allá del acuerdo con Pacelli y *quid pro quos* que sólo podían acrecentar sus dificultades. Mientras Kaas y Pacelli cavilaban en Roma sobre la ampliación de los concordatos, en Alemania la democracia parlamentaria se encontraba bajo una grave amenaza debido a la crisis económica que empeoraba desde el crack de Wall Street de 1929, lo que iba a conducir finalmente a las elecciones del 14 de septiembre de 1930, en las que el partido de Hitler alcanzaría un gran éxito.

Había además un círculo de poderosas figuras militares que promovía el desmantelamiento de la democracia alemana, en particular el general Kurt von Schleicher, un veterano de guerra que pretendía ejercer su influencia sobre el presidente Von Hindenburg. Protegido de otro conspirador, el general Wilhelm Groener, Schleicher (cuyo nombre significa en alemán «furtivo» o «merodeador») ayudó a organizar el Freikorps tras la primera guerra

mundial y se convirtió en una estrella ascendente en la nueva Reichswehr, el renacido ejército alemán. En 1928 tenía el control de los servicios de inteligencia y era el jefe de enlace entre la Reichswehr y el gobierno. En 1930 se le consideraba el hombre más poderoso de Alemania, con una red de espías, autoridad para intervenir teléfonos y gran influencia sobre la prensa.

El ascenso de Brüning

El 27 de marzo de 1930, la gran coalición encabezada por Heiner Müller se rompió como consecuencia de las desavenencias surgidas en el gabinete y en el Reichstag acerca de los pagos de subsidios a los desempleados. El Partido del Centro se convirtió de nuevo en el eje del poder cuando uno de sus diputados más populares, Heinrich Brüning, católico devoto que había ascendido desde el ala sindical del partido, fue nombrado canciller por Von Hindenburg. Soltero, de cuarenta y cinco años y suave dicción, Brüning se había sentido muy afectado por su experiencia en las trincheras de la Gran Guerra, en la que había conseguido varias condecoraciones. Estaba decidido a reforzar la unidad del país, aliviar la pesada carga de los pagos de reparación a los aliados y convertir a Alemania en un país de nuevo dominante en Europa. Desgraciadamente, su coraje personal se veía estorbado por una aguda miopía en el arte de lo posible. Conocido como «el canciller del hambre», propuso una serie de medidas de austeridad destinadas a reequilibrar el presupuesto nacional. Cuando el Reichstag rehusó votar favorablemente su propuesta en julio de 1930, introdujo esas medidas invocando el artículo 48 de la Constitución de Weimar, que le permitía gobernar mediante decretos presidenciales. El mismo artículo, no obstante, facultaba al Reichstag para declarar inválidos esos decretos presidenciales, y eso es lo que sucedió en este caso, por 236 contra 222 votos, lo que obligó a celebrar unas nuevas elecciones en un ambiente de desastre económico, lo que resultó un grave error de cálculo. El 14 de septiembre de 1930, el voto nazi se multiplicó por ocho, de ochocientos mil a casi seis millones y medio de votos, lo que convirtió al partido nacionalsocialista en el segundo de la cámara y lo situó en condiciones de compartir el poder, en el contexto de la cada vez peor crisis económica.

Brüning se vio obligado a encabezar un precario gobierno en minoría y a gobernar por decreto durante casi dos años, obviando las grandes minorías de los socialdemócratas y nacionalsocialistas en el Reichstag y a administrar un tratamiento aún más estricto a la debilitada economía alemana. Cuando llegó a la Cancillería en enero de 1930, el paro registrado se situaba en unos tres millones. En diciembre del mismo año, la cifra era de 4 480 000; a finales de 1931, de 5 615 000.[20] Con Hitler esperando entre bastidores, el debilitamiento de la democracia parlamentaria preparó el camino a la aceptación de la dictadura por la opinión pública en 1933. Sin embargo, Brüning era, tanto en carácter como en intención, la antítesis misma de un demagogo. Su formación política debía mucho a las ideas de solidaridad exploradas por Scheler y Erzberger, que ponían el acento en la delegación de los poderes reguladores a sindicatos y asociaciones voluntarias de gestión, aun concediendo el control político último a un Parlamento basado en el sufragio universal. Al defender ese programa se situaba en abierta oposición al empresario industrial y devoto católico Fritz Thyssen, quien abominaba de los sindicatos obreros y preconizaba un modelo político corporativista. Citando la encíclica *Quadragessimo anno* de Pío XI (1931), escrita para celebrar el cuadragésimo aniversario de la *Rerum Novarum* de León XIII, Brüning criticaba su apoyo a Thyssen, considerando que el papado no hacía lo suficiente contra el corporativismo de estilo fascista italiano.[21] Años más tarde aseguraba que su estrategia secreta consistía en llevar a Alemania hacia una Constitución como la británica, una democracia parlamentaria con un monarca constitucional. Las discusiones acerca de la exactitud de su balance de aquellos años, publicado en sus *Memorias* en 1970, siguen hasta hoy, así como los debates sobre eventuales alternativas a su severa política deflacionista.[22]

El contexto en que se desarrolló la labor de Brüning como canciller —la crisis económica y las premoniciones de una inminente catástrofe política— hace resaltar aún más su negociación con Pacelli. En cuanto a éste, las agonizantes responsabilidades de Brüning como canciller de un gran país en crisis eran menos significativas que su carácter maleable y su condición de católico al que podía presionar en su intento de alcanzar un concordato con el Reich favorable a la Santa Sede.

En marzo de 1931, mientras Alemania bullía en un creciente caos económico y político, Pacelli acosaba a Berlín con sus deman-

das concordatarias, insistiendo en que el Reich debía ceder en la cuestión de las escuelas —la misma condición que no había conseguido arrancar del gobierno de Prusia—. Como contrapartida, indicaba que estaba dispuesto a aceptar la propuesta del Reich acerca de los capellanes castrenses y su sometimiento al obispo castrense.

No es de extrañar, pues, que en Berlín escasearan las ganas de lograr un acuerdo con Pacelli, incluso entre los dirigentes más leales del Partido del Centro, si se excluye, naturalmente, a Ludwig Kaas. El asunto llegó a su punto más álgido en Pascua, cuando varios miembros del partido, liderados por el entonces ministro del Interior, Joseph Wirth, visitaron Roma. Wirth informó a Pacelli de que, dado el volátil estado de la política alemana, las demandas de la Santa Sede estaban fuera de cuestión. En otra reunión en el Vaticano, Wirth se enfrentó al propio Pío XI cuando el Pontífice intentó persuadirle de que el Partido del Centro renunciara a su coalición con los socialistas mayoritarios en el Landtag de Prusia. La discusión alcanzó tal grado de acaloramiento que Wirth salió bramando de la audiencia.[23] Sin desanimarse por ello, Pacelli decidió aguardar hasta que pudiera encontrarse cara a cara con el canciller Brüning. La oportunidad para ese encuentro surgió en agosto, cuando éste acudió a Roma para entrevistarse con Mussolini.

Brüning llegó a la Ciudad Eterna en el momento en que se producía una grave crisis del sistema bancario alemán por la quiebra de los bancos Nacional y de Darmstadt el 13 de julio, lo que desencadenó un torrente de retiradas de los depósitos de ahorro en todo el país y la suspensión de las actividades bancarias. Cuando los negocios volvieron a reanudarse el 5 de agosto, los intereses bancarios ascendían al 15 % y la tasa de depósito superaba el 20 %. Con cuatro millones y medio de desempleados y el desplome de la producción industrial y las exportaciones, Brüning pensaba que podría persuadir a Mussolini de que ayudara a Alemania a hacer frente a los pagos de las reparaciones de guerra.

Los choques de Pacelli con el canciller del Reich

Cuando Brüning visitó a Pacelli, antes de la prevista audiencia con el Papa en la mañana del 8 de agosto de 1931, reflexionaba con irritación sobre el tedioso protocolo que le obligaba a arrastrar los pies

a paso de tortuga a través de incontables salas con guardias de honor que entrechocaban los talones a su paso. No era «lo más apropiado para un político que viaja rápido, y para el que cada minuto cuenta». El canciller pasó finalmente cuarenta y cinco minutos a solas con Pacelli en su despacho.

La conversación se inició «muy amigablemente», según Brüning, hasta que Pacelli comenzó a recomendarle iniciativas que sólo podían agravar la situación política que atravesaba Alemania. Al parecer, Pacelli valoraba en poco los apuros y el estado de ánimo de su visitante.[24] Cuando Pacelli volvió a plantearle su *quid pro quo,* esto es, la idea de intercambiar las capellanías castrenses por las duras condiciones del Vaticano para un concordato con el Reich, Brüning no aguantó más. Ya había comprometido al Reich en una política que obligaba a los capellanes castrenses a informar al obispo militar, y pensaba que Pacelli iba a apoyarle incondicionalmente en esa cuestión. De poco había servido la labor preparatoria que Ludwig Kaas había realizado entre bastidores para aquella reunión. En cualquier caso, Brüning se mantuvo inflexible en la cuestión de las escuelas. «Dada la crisis que atravesaba Alemania, era imposible que un canciller católico pudiera aceptar aquellas condiciones draconianas. Le dije que no se podía siquiera plantear el tema. La mayoría de los grandes *Länder* alemanes ya contaban con un concordato propio, y se estaban desarrollando negociaciones prometedoras con los restantes. Si intentaba en aquel momento plantear la cuestión de un concordato con el Reich, sólo conseguiría soliviantar a los protestantes por un lado y un desconcierto total por parte de los socialistas.»[25]

Ignorando las realidades políticas que Brüning trataba de explicarle, Pacelli insistía. Aconsejó a Brüning cómo debía dirigir en el futuro su gobierno, «estableciendo una administración de derechas precisamente para alcanzar el concordato, y que éste debía firmarse inmediatamente».[26] No era difícil deducir que si el precio para ese acuerdo era introducir a los nazis y a Hitler en el gobierno, debía ponerse a la tarea sin demora.[27]

El canciller le dijo de nuevo a Pacelli, con brusquedad, que «minusvaloraba la situación política de Alemania y, sobre todo, la verdadera naturaleza de los nazis». Sin duda, Brüning recordaba su encuentro con Hitler el 5 de octubre, en el que intentó sondear al líder nazi acerca de una eventual cooperación. Hitler había despo-

tricado frente al canciller durante una hora mientras que los camisas pardas se paseaban arriba y abajo ante el supuestamente secreto lugar de reunión. Le impresionó la cantidad de veces que Hitler había utilizado la palabra *vernichten* (aniquilar), y concluyó que el lema de éste sería siempre «primero el poder y luego la política».[28]

Entre Pacelli y Brüning saltaron chispas cuando surgió la cuestión de una serie de tratados Iglesia-Estado con los protestantes. Los sucesivos gobiernos de Weimar habían recibido complacidos los convenios con otras confesiones, siguiendo el modelo de los concordatos de Pacelli, una política que Brüning estaba decidido a mantener. Pacelli le dijo abiertamente que le parecía increíble que un canciller católico pudiera firmar un concordato protestante.[29]

«Le dije enojado —recuerda Brüning— que de acuerdo con el espíritu de la Constitución que yo había jurado defender, estaba obligado a estudiar los intereses de la Iglesia protestante con la misma ecuanimidad que los de las demás religiones.»[30]

Al parecer, Pacelli perdió entonces los nervios y se lanzó a condenar «toda la política» del canciller recurriendo a una amenaza que a esta distancia parece ridícula, como sin duda se lo pareció a Brüning en aquel instante. Dando vueltas en torno al canciller alemán, Pacelli le dijo que, dada su falta de cooperación, la posición de Ludwig Kaas se vería muy debilitada, y que tendría que pedirle que renunciara a la presidencia del Partido del Centro y aceptara un puesto eclesiástico de segundo orden en el Vaticano.[31]

Brüning, asombrado, respondió que, siendo Kaas sacerdote además de un eminente político alemán, «difícilmente podría oponerme yo a sus decisiones». Prosiguió diciendo que, sin embargo, «debería oponerse a cualquier intento por parte del Vaticano de influir en sus decisiones políticas o de interferir en la posición del Partido del Centro».[32]

Según Brüning, se produjo entonces un curioso intercambio de opiniones, en el que el canciller hizo alusión a la ominosa infracción por parte de Mussolini de algunos artículos del Tratado Lateranense, que indicaba la intrínseca debilidad de tales concordatos con regímenes totalitarios.

Pocas semanas antes, en efecto, justo dos años después de la firma de ese tratado, Mussolini había criticado el inocuo y apolítico movimiento de Acción Católica, acusando a la Iglesia de hacer política bajo el disfraz de sus asociaciones religiosas, especialmente

en los movimientos juveniles. La estrategia de Mussolini apuntaba a quebrar la única organización de masas de la Iglesia que contaba con la posibilidad, al menos teórica, de desarrollar una actividad política, y de ahí su temor de que pudiera en algún momento volcarse hacia la agitación y la protesta. En mayo de 1931 se habían quemado públicamente ejemplares de *L'Osservatore Romano* en los que aparecían críticas contra el régimen, y los jóvenes matones fascistas habían golpeado a los vendedores del periódico. Tres semanas antes de la llegada de Brüning a Roma, Pío XI había publicado su encíclica *Non abbiamo bisogno (No tenemos necesidad)*, una enérgica denuncia del gobierno fascista por su tratamiento injusto de la Acción Católica. Sin embargo, planteó como base de sus argumentos la inaceptable pretensión del fascismo italiano de controlar la totalidad de la vida de sus ciudadanos, sin censurar la grotesca realidad política del fascismo. Al cabo de dos o tres años, la misma limitada protesta católica contra el régimen nazi en Alemania sería igual de selectiva.

Reflexionando sobre la crisis entre el Vaticano y el gobierno de Mussolini, Brüning dijo a Pacelli que «era obvio para todos que los dirigentes fascistas se burlaban de la debilidad de las denuncias del Vaticano frente a las constantes infracciones del Tratado Lateranense», y que «veía grandes peligros a largo plazo para la Iglesia si se producía una identificación demasiado estrecha entre el Vaticano y el fascismo italiano».

Según Brüning, Pacelli insistió no obstante en que el Partido del Centro debía llegar a algún tipo de acuerdo con los nazis. «Le expliqué que, hasta entonces, todos los intentos honorables de llegar a un acuerdo con la extrema derecha en beneficio de la democracia habían fracasado. [Pacelli] no comprendía la naturaleza del nacionalsocialismo. Por otra parte, aunque los socialdemócratas alemanes no eran religiosos, sí eran al menos tolerantes. Pero los nazis no eran religiosos ni tolerantes.»[33] Dicho esto, y como se le hacía tarde para su entrevista con el Papa, Brüning tuvo que despedirse de Pacelli.

Durante la audiencia papal, en la que no estuvo presente Pacelli, Brüning escuchó cómo Pío XI «hablaba casi sin pausas, con una admirable memoria, de sus experiencias personales y de las relaciones que le ataban a Alemania». Después de lo cual dijo algo que le sonó como una bomba: «Tras mi conversación con Pacelli no podía

creer a mis oídos cuando el Papa se congratuló repentinamente de la clara y valerosa actitud de los obispos alemanes contra los erróneos principios del nacionalsocialismo.»

Brüning relata que entonces comenzó a hablar contra la conveniencia de los concordatos con regímenes totalitarios, y que el Papa no le contradijo: «La experiencia muestra —dijo al Santo Padre— que los concordatos siempre comportan el riesgo de que, poco a poco, la Iglesia se vea obligada a ceder más y más terreno en áreas en que el concordato era ambiguo. Sólo se llegaría a un choque real cuando cada católico comprendiera instintivamente que debía ponerse de parte del Vaticano. Los desacuerdos sobre cuestiones menos claras serían difíciles.» Brüning creyó que sus observaciones «producían una profunda impresión en el Pontífice».

En un segundo encuentro con Pacelli en la recepción que se ofreció aquella noche, y que pondría fin a cualquier trato entre ambas personalidades, Brüning contó al secretario de Estado su conversación con el Papa. Le informó «claramente» de que había reflexionado sobre su encuentro de aquella mañana y como consecuencia había decidido retirar tanto la cuestión de los capellanes castrenses como la del concordato con el Reich, dejando el asunto para su sucesor como canciller.

El punto y final de Brüning fue la irónica observación —retrospectivamente aterradora— de que creía que el Vaticano «se encontraría mejor en manos de Hitler [...] que con él mismo, un devoto católico».[34] Pero Brüning, o su editor, dejó sin publicar su más devastadora caracterización de Pacelli. La reflexión de su manuscrito, no incluida en las *Memorias* publicadas, dice así:

> [Pacelli creía] que sólo se podían obtener éxitos mediante la diplomacia papal. El sistema de concordatos le condujo, a él y al Vaticano, a alejarse de la democracia y del sistema parlamentario. [...] Se suponía que los gobiernos rígidos, la rígida centralización y los tratados rígidos abrirían una era de orden estable, de paz y tranquilidad.[35]

Esa misma noche, Brüning tomó el tren para Alemania. «Exhausto y nervioso, no conseguí dormir aquella noche —escribió—. En el Brennerpass [puerto del Brenero] llovía a cántaros y hacía un frío horroroso. Kaas subió al tren en Innsbruck, y me pre-

guntó con desconfianza acerca de mis conversaciones con Pacelli. Debido a mi fatiga, quizá no supe explicarle toda la improcedencia de las exigencias de Pacelli. Llegué a Berlín cansado y lleno de ansiedad.»[36]

Pese al enfrentamiento de Brüning con Pacelli, y de sus advertencias a Pío XI sobre las calamitosas consecuencias que ello podía acarrear, el Papa y Pacelli siguieron animando al Partido del Centro a explorar la eventualidad de un acuerdo de cooperación con los nazis. El catalizador fue Ludwig Kaas, cada vez más apegado a Pacelli y convertido en su portavoz. A lo largo del año se habían planteado interrogantes acerca de la lealtad de Kaas, hasta el punto de llegar a ofrecer su renuncia como líder del partido. Ese gesto, interpretado como signo de acatamiento a su política, pareció disipar las dudas y se rechazó su dimisión. Pero en noviembre de 1931 declaró abiertamente su opinión, ya expuesta por Pacelli y claramente impugnada por Brüning, de que los grupos de derecha e izquierda que «nunca habían colaborado» deberían hacerlo ahora «con un propósito concreto y por un tiempo limitado».[37] A finales de diciembre, el Papa repetía su sugerencia al barón Von Ritter, el enviado bávaro a la Santa Sede, de que una cooperación entre la Iglesia alemana y los nacionalsocialistas «quizá sólo temporal y con un propósito específico», podría «evitar un mal mayor».[38] Ritter dejó claro en su comunicación al gobierno que la recomendación del Santo Padre era puramente pragmática. Después de todo, ¿cómo debía reaccionar el Partido del Centro si los nazis seguían creciendo y llegaban a formar gobierno? Como probarían los acontecimientos, la idea de tal cooperación, originada en los despachos del cardenal secretario de Estado, quedaba muy lejos de las intenciones de los obispos católicos alemanes, el clero y los propios fieles.

Entretanto, frenado en sus intentos de presionar a Brüning para que firmara el concordato del Reich con la Santa Sede en agosto, a Pacelli se le presentó otra oportunidad de llevar adelante su política concordataria con los *Länder*. Esta vez fue Baden, donde el asunto todavía estaba sin resolver, y donde el arzobispo Carl Fritz, de Friburgo, siempre frío hacia las ambiciones concordatarias de Pacelli, moría el 7 de diciembre de 1931. Pacelli vio inmediatamente la oportunidad de aprovechar el proceso de selección episcopal. El gobierno de Baden en aquel momento era el producto de

un incómodo pacto entre una coalición liderada por el Partido del Centro y los socialdemócratas. Convencido de que la presión para firmar el concordato rompería el frágil *statu quo* alcanzado, el presidente del Partido del Centro en Baden, Peter Fohr, rogó a Pacelli que fuera discreto. De hecho, viajó a Roma para explicarle en persona que la mejor forma de preservar la coalición y con ella la posición dominante del Partido del Centro era posponer indefinidamente la firma del concordato. Pidió pues a Pacelli que confirmara los viejos tratados alcanzados entre Baden y la Santa Sede en el siglo anterior, que permitían la intervención secular y local en la selección de un nuevo obispo.

Pacelli no tenía la menor intención de tomar en consideración el consejo que se le daba, y en una arrogante carta a Fohr, en la que reprendía al gobierno de Baden por su «actitud e intenciones», declaraba que unas relaciones satisfactorias entre la Iglesia y el Estado sólo se podrían alcanzar con un nuevo concordato. En una carta más rotunda aún al *Kultusminister* [ministro de Cultos Públicos y Educación] de Baden, Pacelli recurría de nuevo al chantaje moral: «Si el gobierno no se decide a cumplir su propósito de firmar un concordato tan pronto como sea posible, la Santa Sede no tendrá otra opción que proceder al nombramiento de un nuevo obispo de la diócesis de Friburgo de acuerdo con el canon 329, párrafo 2, del nuevo código de Derecho Canónico.»[39]

Las negociaciones transcurrían tediosamente en la primavera de 1932, cuando Pacelli cumplió su amenaza, decidiendo el nombramiento de un nuevo obispo desde el Vaticano sin atender a los derechos o deseos de la diócesis. De hecho, sin embargo, el nombramiento, anunciado por Kaas a Fohr en el edificio del Reichstag a mediados de abril, recayó sobre Konrad Gröber, obispo de Meissen, que era muy apreciado en Baden. Pero lo que a largo plazo resultó más importante fue que Gröber, a quien se conoció más tarde como «el obispo pardo» por sus simpatías hacia los nazis, era un seguidor entusiasta de Pacelli y de su política concordataria. En cuanto fue nombrado se apresuró a presionar al gobierno de Baden para que firmara pronto el concordato.

La presión y las negociaciones continuaron durante el otoño, cuando Pacelli consiguió por fin su objetivo. Pero pronto se demostró que Fohr tenía razón en cuanto a las consecuencias políticas. Poco después de que el nuevo tratado quedara confirmado en el

despacho de Pacelli en agosto de 1932, una serie de feroces enfrentamientos políticos condujeron a la ruptura entre los socialdemócratas y la coalición de Baden que había mantenido la estabilidad del *Land* desde 1918. Una nueva coalición entre el Partido del Centro, el Partido del Pueblo Alemán y el Partido Económico consiguió la ratificación parlamentaria del concordato, haciendo uso del voto de calidad del presidente del Landtag. Desde entonces, el futuro del centro católico quedaba en precario.

La caída de Brüning

Mientras Pacelli proseguía las negociaciones con el gobierno de Baden como preludio al concordato con el Reich, las bases de la democracia se estaban desintegrando en Alemania, con sus cinco millones de parados y un sinnúmero de infortunios económicos gravísimos. Gracias en gran medida al complot de Schleicher, y en parte a la decepción de Von Hindenburg, Brüning, el «canciller del hambre», se vio obligado a dimitir el 30 de mayo de 1932. Schleicher y sus compinches de la Reichswehr convencieron a Von Hindenburg de que nombrara a Franz von Papen en su lugar.

Von Papen, diputado del ala derecha del Partido del Centro, aristocrático y seductor, pertenecía a la alta sociedad y se movía a sus anchas en aquel medio formado por altos oficiales militares, empresarios industriales y terratenientes. Bajo la tutela de Schleicher, formó un gabinete dominado por aristócratas poco representativos y plutócratas, con el propio Schleicher como ministro de Defensa. Al mismo tiempo, al no aparecer por el Reichstag, Von Papen se enajenó inmediatamente la voluntad de su propio partido. Ludwig Kaas, todavía presidente del Partido del Centro, le había dicho que no sucedería a Brüning como canciller, y Von Papen le había prometido que no presidiría un gabinete. Kaas, en el momento en que su partido más lo necesitaba, se quitó malhumoradamente de en medio retirándose al Alto Adigio para escribir un ensayo sobre el Tratado Lateranense. Mientras, la primera decisión de Von Papen consistió en disolver el Reichstag, convocando nuevas elecciones para el 31 de julio. Su segunda decisión fue levantar la prohibición impuesta a las SA, los camisas pardas de Hitler.

Comenzaba así un violento verano a la espera de las nuevas elecciones. En junio se produjeron cientos de enfrentamientos en todo el país, y gran número de muertos en peleas entre nazis y comunistas. Acusando a estos últimos de provocar la violencia en Prusia, Von Papen utilizó como cabeza de turco al gobierno del *Land* e hizo que Von Hindenburg destituyera al primer ministro prusiano, Otto Braun. Von Papen asumió poderes ejecutivos como *Reichskomissar*. Dos semanas después, los nazis conseguían una resonante victoria en las elecciones al Reichstag, alcanzando el 37,4 % de los votos frente a un 21,6 % de los socialistas mayoritarios y un 16,2 % del Partido del Centro. Los comunistas recibieron el 14,5 % de los votos. Alemania se había hecho teóricamente ingobernable, ya que dos partidos opuestos a la Constitución de Weimar, el nazi y el comunista, sumaban juntos la mayoría del Reichstag. La dura realidad, además, era que los nazis constituían ahora la mayor fuerza política de Alemania, con 230 escaños, 13 700 000 electores y un ejército privado de 400 000 camisas pardas y camisas negras.

Tras las elecciones de julio, la jerarquía alemana repitió sus denuncias y su condena contra los nazis en las actas publicadas de la conferencia episcopal mantenida en Fulda en agosto. «Todas las autoridades diocesanas han prohibido la pertenencia a ese partido», declaraba el documento. El programa oficial de los nazis, decían los obispos, contiene «doctrinas falsas», y las declaraciones de muchos de sus dirigentes son «hostiles a la fe». Finalmente, decían, el juicio colectivo del clero católico era que si los nazis conseguían el monopolio del poder que tanto deseaban, «los intereses de los católicos resultarán extremadamente dañados».[40]

Para el derechista Von Papen, por el contrario, una coalición con Hitler parecía la mejor opción para mantenerse como canciller. Una coalición con los nacionalsocialistas también resultaba atractiva para Pacelli en Roma, aunque las razones fueran diferentes. Intentaba de nuevo vender la idea de una coalición para bloquear a los socialistas y evitar la bolchevización de Alemania. Preguntó al barón Von Ritter si el Partido del Centro iba a «asumir sus responsabilidades desde la derecha y alcanzar una coalición que corresponda a sus principios».[41] De hecho, más para mantener el gobierno constitucional que para abrazar la política nazi, el Partido del Centro comenzó por fin a considerar la posibilidad de entablar

negociaciones para establecer una coalición con Hitler, negociaciones que se mantuvieron durante agosto y septiembre. La revista católica *Der Gerade Weg* caracterizó el proceso como «un cuento de lobos y corderos». Hitler, sin embargo, apostaba más alto, exigiendo todo el control. Quería la cancillería y los puestos claves del gabinete para su propio partido. Von Hindenburg, por su parte, pretendía apartarse del precipicio, reconviniendo a Hitler por su desprecio a la Constitución.

Mientras las estructuras democráticas de Alemania se aproximaban al colapso bajo la cancillería de Von Papen, Ludwig Kaas completaba su ensayo sobre la significación política del Tratado Lateranense. Creía que sus reflexiones sobre la cuestión serían trascendentales para las relaciones Iglesia-Estado, no sólo en Italia, sino en su propio país.[42] Considerando las estrechas relaciones entre Pacelli y Kaas, ese ensayo aclara el pensamiento de Pacelli en aquellos momentos.

Kaas argumentaba que el tratado con Mussolini representaba un acuerdo ideal entre el moderno Estado totalitario y la Iglesia moderna, un tratado en el que la cuestión central era la aceptación por el Estado del Código de Derecho Canónico para los ciudadanos católicos. «La Iglesia autoritaria —razonaba— debería comprender al Estado "autoritario" mejor que otras.» Mussolini había ordenado las cosas sobre la base de una concentración jerárquica de poder bajo la ilimitada voluntad del Duce, pero como Kaas explicaba, no tendría sentido para éste interferir en los detalles del Derecho Canónico. «Nadie podría comprender mejor la reclamación de una ley general, como la demandada por la Iglesia, que el dictador que en su propia esfera ha establecido un edificio fascista radicalmente jerárquico, incuestionado e incuestionable.»

Nunca se había caracterizado más claramente la ideología de la primacía papal, legislada justo quince años antes en el Código de Derecho Canónico de 1917, ni se habían planteado más abiertamente sus paralelismos políticos con el *führer-prinzip* (principio del liderazgo) fascista, ni se había urgido con mayor franqueza la necesidad de que los católicos se apartaran de la actividad social y política. Es inconcebible que ese ensayo se escribiera sin una previa consulta a Pacelli o incluso su propia supervisión y aprobación, ya que, según el propio Código, Kaas precisaba el permiso de su superior inmediato para publicar sus opiniones. El espíritu del propio

Pacelli respira, de hecho, en cada línea del manifiesto sobre las relaciones entre la Santa Sede y el Estado fascista, publicado, como lo fue, en el mismo momento en que Pacelli, desde el Vaticano, estaba tomando decisiones trascendentales para el destino de la Iglesia católica en Alemania.

8. Hitler y Pacelli

Sólo un dictador podía garantizar a Pacelli el tipo de concordato que éste pretendía. Sólo un dictador con la astucia de Hitler podía considerar el concordato como un instrumento para debilitar a la Iglesia católica en Alemania. Una vez firmado —cuando Pacelli y Hitler llegaron a su fatal acuerdo en julio de 1933—, ambos expresaron su opinión acerca del significado del tratado. El abismo entre sus puntos de vista era notable.

En un escrito dirigido al partido nazi del 22 de julio, Hitler declaraba: «El hecho de que el Vaticano firme un tratado con la nueva Alemania significa el reconocimiento del Estado nacionalsocialista por la Iglesia católica. Este tratado muestra al mundo clara e inequívocamente la falsedad de la afirmación de que el nacionalsocialismo es hostil a la religión.»[1] El 14 de julio, durante una reunión del gobierno tras la firma del concordato, declaró a sus ministros que lo consideraba una aprobación moral de sus planes: «El concordato entre el Reich y la Santa Sede concede a Alemania una oportunidad —recogen las actas de aquella reunión—, creando un ámbito de confianza que será especialmente significativo en la urgente lucha contra la judería internacional.»[2]

En cuanto tuvo noticia de la carta de Hitler del 22 de julio, Pacelli respondió con vehemencia en un artículo dividido en dos partes que se publicaron el 26 y el 27 de julio en *L'Osservatore Romano.* En primer lugar negaba categóricamente la afirmación de Hitler de que el concordato implicara una aprobación moral del nacionalsocialismo. Luego proseguía declarando cuál había sido el verdadero propósito de su política concordataria. Aquí estaba el objetivo que rondaba tras la diplomacia de Pacelli desde las negociaciones del concordato con Serbia en 1913 hasta la firma del concordato con el Reich en 1933. Había que subrayar, escribía, «que el

Código de Derecho Canónico es el fundamento y el esencial supuesto legal del concordato», lo que significaba «no sólo el reconocimiento oficial [por parte del Reich] de la legislación eclesiástica, sino también la adopción de muchas disposiciones de esa legislación y la protección de toda la legislación de la Iglesia». La victoria histórica en ese acuerdo, decía, correspondía enteramente al Vaticano, porque el tratado no sólo no significaba la aprobación del Estado nazi por parte de la Santa Sede, sino por el contrario el total reconocimiento y aceptación de la ley eclesiástica por el Estado alemán.

Los dramáticamente divergentes propósitos de Pacelli y Hitler eran el trágico contexto de las negociaciones concordatarias, llevadas con el mayor secreto sobre las cabezas del episcopado y de los dirigentes católicos laicos durante seis meses, desde la llegada de Hitler al poder.

El ascenso de Hitler

El camino de Hitler hacia el poder recorrió la formación de varios gabinetes sucesivos, que se fueron alejando cada vez más del Parlamento y por tanto de las formas democráticas de gobierno. En la primera reunión del Reichstag el 12 de septiembre de 1932, Franz von Papen, el mundano aristócrata y admirador de Hitler, tuvo que enfrentarse a un voto de censura y convocar nuevas elecciones para el 6 de noviembre. Mientras tanto seguía como canciller, atacado tanto por los nazis como por los comunistas, a los que unía su desprecio a la política democrática.

Las nuevas elecciones, las quintas que tenían lugar ese año, vieron cómo los nazis aparecían como primer partido de la cámara, pese a haber perdido dos millones de votos y gran número de afiliados, lo que indicaba que el partido de Hitler quizá estaba perdiendo impulso. A finales de 1932, una mayoría absoluta nazi parecía tan elusiva como hasta entonces, y mientras Hitler seguía renuente a formar una mayoría parlamentaria coaligándose con otros partidos, Von Hindenburg parecía igualmente reacio a entregarle la Cancillería. Al mismo tiempo, ni la Reichswehr ni los industriales estaban dispuestos a aceptar otro gobierno dominado por los socialistas. El Partido del Centro se vio así desamparado, inca-

paz de hallar un socio de gobierno; dudando sobre cuál debía ser su siguiente movimiento, pero decidido a preservar la constitucionalidad del gobierno.

El 2 de diciembre, el presidente Von Hindenburg aceptó la renuncia de Von Papen y el archiconspirador Schleicher se convirtió en canciller por un breve plazo, con la declarada ambición de escindir a los nazis en el Reichstag y crear una nueva coalición que incluyera a una parte de los nacionalsocialistas, sin Hitler. Pese a todas sus maquinaciones, Schleicher se demostró tan incapaz como Von Papen de formar un gobierno viable.

Con el nuevo año, tras entablar conversaciones con Hitler, Von Papen propuso a Von Hindenburg una fórmula que concedía a Hitler la Cancillería mientras que él mismo pretendía actuar como el verdadero poder en la sombra desde la Vicecancillería. Von Hindenburg se mostraba escéptico, pero el esquema de Von Papen, al parecer, le protegía de la amenaza de un escándalo que incluía la apropiación indebida de ayudas concedidas a los propietarios de tierras y evasión de impuestos. Sobre esas corrompidas bases se aposentó Hitler en el poder.

Hitler juró su puesto de canciller el 30 de enero de 1933, junto con Hermann Göring, quien al mismo tiempo que el Ministerio del Aire desempeñaba el puesto de ministro del Interior en el gobierno prusiano, lo que le daba el control sobre la policía en Prusia y un amplio margen de maniobra para ejercer la coerción, que aprovecharía en las inmediatas semanas purgando de opositores el partido. El nuevo ministro de Defensa, con una influencia clave en el ejército, era el general Werner von Blomberg, simpatizante nazi al que había cautivado el carisma de Hitler. Alfred Hugenberg, líder del ultraconservador Partido Popular Nacional Alemán (DNVP), asumió las carteras de Economía y Agricultura. Hitler no quería sin embargo verse estorbado por ningún tipo de reparto del poder y convocó de inmediato nuevas elecciones para el 5 de marzo, utilizando todos los resortes que le concedía la Cancillería para controlar los medios de comunicación, para cerrar la boca a los partidos de la oposición democrática y para iniciar la persecución de judíos e «izquierdistas».

El 27 de febrero se produjo el célebre incendio del Reichstag, del que Hitler inmediatamente acusó a un comunista holandés. En la consiguiente histeria anticomunista, Von Hindenburg concedió a

Hitler autoridad para suspender los derechos civiles garantizados por la Constitución de Weimar, que éste aprovechó para reforzar su campaña electoral con el fin de obtener una mayoría absoluta que le proporcionara el respaldo suficiente para establecer su propia dictadura.

En las elecciones del 5 de marzo, sin embargo, los nacionalsocialistas siguieron sin alcanzar la mayoría absoluta, pero la alianza con los nacionalistas de extrema derecha de Hugenberg les proporcionó una mayoría conjunta del 52 %, con 340 de los 647 escaños del Reichstag. Con una participación del 88,7 %, los nacionalsocialistas obtuvieron más de diecisiete millones de votos. Los socialistas descendieron al 18,3 %, mientras que el centro católico, que había desarrollado una valiente campaña frente a la intimidación generalizada de los nazis, mantenía firmemente el 13,9 % de los votos, ganando incluso tres escaños.

Hasta marzo de 1933, por tanto, el catolicismo alemán, con sus veintitrés millones de fieles, representaba todavía una fuerza democrática independiente y vigorosa, que junto a la jerarquía católica seguía condenando sin ambages el nacionalsocialismo. Aunque el Partido del Centro no contaba con aliados viables para formar una coalición, y por tanto no podía competir por el poder, Hitler temía una reacción desde el bastión del catolicismo político como un todo, conjunto que iba mucho más allá de los votantes del Partido del Centro, con incontables lazos y asociaciones a muchos niveles en todo el país. Consecuente con su decisión, tomada hacía mucho, de no desencadenar una nueva *Kulturkampf*, evitando así el riesgo de una oposición o resistencia pasiva por parte de los católicos, Hitler no quería enfrentarse frontalmente a los obispos. Pero algo tenía que hacer para neutralizarlos, y ahí vino en su ayuda la ambición de Pacelli de conseguir un concordato con el Reich.

Desde el punto de vista de Hitler, la solución ideal para vencer la amenaza católica consistía precisamente en llegar a un acuerdo en la cumbre con el Vaticano similar en todos los aspectos al Tratado Lateranense, que había acabado con la actividad política católica en Italia e integrado de hecho a la Iglesia en el Estado fascista. Tal como lo veía Hitler, un acuerdo de esa naturaleza garantizaría las libertades de la Iglesia católica restringidas a la práctica religiosa y a la educación, a cambio de la retirada de los católicos de la escena política y social, exhortada por la Santa Sede y en los términos que el régimen nazi se encargaría de definir.

No podía haber un concordato con el Reich, empero, sin que los obispos retiraran su denuncia del nacionalsocialismo, ni sin que el Partido del Centro, antes de desaparecer, ofreciera su aquiescencia a la Ley de Plenos Poderes que iba a conceder a Hitler los poderes de un dictador. Durante el período de la República de Weimar, ningún gobierno se había aproximado siquiera a la aceptación de los términos que Pacelli exigía para un concordato. Sólo mediante su poder dictatorial podía el Führer, negociando directamente con el secretario de Estado Pacelli como representante del Papa, convertir en realidad ese tratado.

En su primera reunión de gobierno tras las elecciones, el 7 de marzo, Hitler mostró su preocupación por el poder del catolicismo cuando dijo a sus ministros que el Partido del Centro sólo podía ser derrotado convenciendo al Vaticano de que se deshiciera de él.[3] Cuando Hitler planteó la cuestión de la Ley de Plenos Poderes, Von Papen habló de una conversación que había mantenido el día anterior con Ludwig Kaas. Según Von Papen, Kaas (que no tomaba iniciativas sin el consenso de Pacelli) le había ofrecido «una clara ruptura con el pasado», y «la cooperación de su partido». Los acontecimientos mostrarían hasta qué punto Kaas, o con más precisión Pacelli, establecía una equivalencia entre el voto favorable a la Ley de Plenos Poderes y el comienzo de las negociaciones para un concordato con el Reich. También revelarían hasta qué punto las cuerdas estaban siendo pulsadas desde la Secretaría de Estado vaticana.

Una indicación de que Pacelli estaba extendiendo sus tentáculos hacia Hitler llegó el 13 de marzo, una semana después de la primera reunión del nuevo gobierno. En una nota al enviado alemán ante el Vaticano, Pacelli llamaba la atención del Führer hacia unas recientes palabras de elogio pronunciadas por el Papa acerca de la cruzada antibolchevique del canciller del Reich. El representante diplomático transmitía: «En la Secretaría de Estado me han sugerido que esos comentarios podrían tomarse como un respaldo indirecto a la política del canciller del Reich y su gobierno contra el comunismo.»[4]

Pese a esas señales aduladoras desde el despacho de Pacelli, los obispos alemanes estaban en lo fundamental tan enfrentados a Hitler como siempre hasta entonces. El cardenal Michael von Faulhaber, de Munich, que había estado presente en el Vaticano cuan-

do el Papa planteó sus consideraciones ante el consistorio de cardenales, recordaba que todos los presentes se habían sentido sorprendidos: «El Santo Padre interpreta todo esto desde muy lejos. No comprende sus verdaderas implicaciones y sólo le importa el objetivo final.»[5] Tan preocupado se hallaba el cardenal Faulhaber acerca de las perspectivas que aguardaban a los católicos bajo la dictadura de Hitler, que el 10 de marzo escribió al presidente Von Hindenburg, contándole «el miedo que asedia a amplios círculos de la población católica».[6] El 18 de marzo, además, cuando Von Papen visitó al cardenal Bertram para preguntarle si los obispos habían cambiado de opinión, el portavoz de la jerarquía le respondió que nada absolutamente había cambiado; de hecho, añadió el prelado, si algo debía cambiar no era sino la actitud del «Führer de los nacionalsocialistas».[7] Lo que sólo sirvió para confirmar la intranquilidad de Hitler. Pero la vía propicia para Hitler no estaba ni en sus tratos con los obispos ni en la dirección colectiva del Partido del Centro, sino en el presidente de ese partido, Ludwig Kaas, representante oficioso de Pacelli en Alemania.

En los días que siguieron a las elecciones de marzo, aunque era el líder de un gran partido parlamentario (que se encaminaba a su disolución), Kaas se mantuvo curiosamente inactivo y poco receptivo. En un mitin del partido en Colonia, una semana después de las elecciones, Heinrich Brüning, el anterior canciller, pidió al partido que no colaborara con algo tan anticonstitucional como la Ley de Plenos Poderes. Según un testigo que tomó notas del debate, Kaas, que había declinado la posibilidad de expresar su opinión sobre el tema, golpeó la mesa y gritó: «¿Soy yo el presidente del partido? ¿Y si no, quién lo es?» El testigo en cuestión plantea entonces la siguiente pregunta: «¿Había hecho quizá Kaas, en sus negociaciones con Hitler, promesas que debía mantener?»[8]

Como ha comentado el historiador Owen Chadwick, «el papel de Kaas haciendo que su partido votara la Ley de Plenos Poderes en marzo de 1933 es todavía uno de los asuntos más controvertidos de la historia alemana».[9]

Kaas había llegado de hecho bastante lejos en sus negociaciones con Hitler, al tiempo que se mantenía en estrecha comunicación con Pacelli en Roma, y las conversaciones parecían ir prosperando en opinión de ambas partes. Hasta tal punto, que en la reunión del gabinete del 15 de marzo, Hitler anunció que ya no veía dificultad

en alcanzar una mayoría de dos tercios en la votación de la Ley de Plenos Poderes. Cinco días más tarde, Goebbels anotaba en su diario que «el Partido del Centro va a aceptar [la Ley de Plenos Poderes]». (En 1937, Goebbels aseguraba en su periódico *Der Angriff* que Kaas había aceptado la Ley de Plenos Poderes a cambio de la propuesta del gobierno de negociar un concordato del Reich con la Santa Sede.)[10]

Cuando Kaas se reunió finalmente con los miembros del grupo parlamentario del Partido del Centro en Berlín el 22-23 de marzo, antes de la crítica votación de la Ley de Plenos Poderes en el Reichstag, les pidió que votaran afirmativamente a fin de ejercer una presión moral sobre el Führer y forzarle a cumplir sus promesas a la Iglesia católica, promesas que esperaba que Hitler estableciera por escrito (aunque incluso las promesas escritas quedaron como tales, sin llegar a materializarse).. Brüning declaró que nunca podría votar a favor, ya que esa ley era «la resolución más monstruosa que nunca se haya pedido a un parlamento». En su discurso ante el Reichstag, Hitler se había salido de su acostumbrado guión, anunciando su decisión de buscar un acuerdo con el Vaticano, y de «cultivar y reforzar relaciones amistosas con la Santa Sede». Según Brüning, Kaas consideró esta declaración como «el mayor éxito que se ha conseguido en los últimos diez años en [las relaciones internacionales con] cualquier país».[11] De hecho, esa frase de Hitler reproducía con precisión y como un *ritornello*, como si estuviera escrita en el discurso, la pronunciada catorce años antes por Pacelli cuando presentó sus credenciales al presidente Ebert: «Dedicaré toda mi energía a cultivar y reforzar las relaciones entre la Santa Sede y Alemania.» La declaración de Hitler constituía una clara indicación de un reajuste pactado de las relaciones con el catolicismo, que iban a ser negociadas desde la cumbre por los correspondientes dirigentes autoritarios de Berlín y Roma.

Tras el discurso, una minoría encabezada por Brüning se opuso vigorosamente a conceder a Hitler los medios legales de establecer su propia dictadura. Pero en una votación formularia, sólo catorce de los setenta y cuatro diputados se manifestaron contra la Ley de Plenos Poderes. Kaas pidió entonces a la minoría que reflexionara, apelando a la probable amenaza a su seguridad personal, a lo que Brüning respondió ofreciendo su renuncia al acta de diputado, y Wirth, bañado en lágrimas, se ofreció a seguirle. Finalmente, tras

escuchar la opinión de varios sindicalistas católicos en el parcialmente destruido Reichstag, Brüning se convenció de que una escisión del Partido del Centro arruinaría cualquier perspectiva de una eventual resistencia católica frente a la persecución religiosa.[12] Para conseguir una posición unida y disciplinada como partido, la minoría se plegó a la mayoría, uniéndose a sus colegas y marchando juntos a través de las vociferantes tropas de asalto hacia la Ópera Kroll, donde iba a tener lugar la votación.

La aquiescencia del Partido del Centro a la Ley de Plenos Poderes manifestaba el reconocimiento de que Kaas, que se había mantenido en estrecho contacto con Hitler todo el tiempo, estaba en mejores condiciones para juzgar el alcance de la cuestión.

La Ley de Plenos Poderes, aprobada aquel día por 441 votos contra 94 (sólo se opusieron los diputados socialdemócratas), concedió a Hitler la posibilidad de decretar leyes sin el consentimiento del Reichstag, y de establecer tratados con países extranjeros (el primero de los cuales sería precisamente el concordato con la Santa Sede). La Ley de Plenos Poderes declaraba que los del presidente seguirían siendo inviolables, pero los términos precisos del documento vaciaban de significado esa cláusula.

Al día siguiente, sin informar a nadie de su partido acerca de su destino o propósito, Kaas tomó el tren que iba a Roma para discutir secretamente con Pacelli. Dos años más tarde, Kaas confirmó en una carta al embajador alemán ante el Vaticano la relación exacta entre su aceptación de la Ley de Plenos Poderes y el futuro concordato con el Reich: «Inmediatamente después de la aprobación de la Ley de Plenos Poderes, en la que yo mismo había desempeñado un papel positivo sobre la base de ciertas garantías que me fueron dadas por el canciller del Reich (garantías tanto políticas como de naturaleza cultural), el 24 de marzo viajé a Roma. [...] Con el fin de desarrollar las opiniones que había manifestado en el Reichstag el 23 de marzo, quería explicar la situación creada por la declaración del canciller e investigar la posibilidad de un acuerdo general entre la Iglesia y el Estado.»[13]

Mientras, la ingeniosa declaración de Hitler al Reichstag, con su promesa de mantener estrechos lazos con la Santa Sede, y de hecho con la obvia insinuación de los lazos ya anudados, ponía en un aprieto a los obispos católicos alemanes, que ya se habían visto sumidos en un dilema semanas antes por una serie de halagos y

favores del gobierno. Dirigiéndose al país por radio, Hitler había apelado a Dios y había asegurado a la población que el cristianismo sería la base de la reconstrucción de la nación alemana. El 21 de marzo había publicado una nota declarando su «gran contrariedad» por no poder asistir a una ceremonia religiosa de reconciliación el Día de Potsdam al haber prohibido los obispos católicos a los dirigentes nazis el acceso a los sacramentos. Los obispos se vieron así coaccionados a dar algún tipo de respuesta al nuevo canciller; pero aunque algunos creían oportuno revocar la condena lanzada contra el partido nazi, muchos de los principales prelados, incluyendo al arzobispo Schulte de Colonia y los obispos de Aquisgrán, Limburgo, Trier, Münster y Paderborn, defendieron que esa denuncia debía renovarse y reforzarse. Sin embargo, la afirmación de Hitler en el Reichstag el 23 de marzo, y la aquiescencia del Partido del Centro, junto con ciertas extravagancias del gobierno, a las que se sumaban las señales que llegaban del despacho de Pacelli en Roma, acabaron por minar la firmeza de los obispos.

El cardenal Faulhaber envió el 24 de marzo una carta a los obispos de su conferencia del sur de Alemania: «Después de haber mantenido conversaciones con las más altas instancias de Roma (cuyo contenido no puedo revelaros por ahora), tengo que recomendar, pese a todo, más tolerancia hacia el nuevo gobierno, que no sólo mantiene una posición de poder —que no podrían corregir los principios que hemos formulado— sino que ha conseguido ese poder de forma legal.»[14] La referencia a la legalidad constitucional del gobierno de Hitler había sido ya señalada, en primer lugar, por *L'Osservatore Romano.* Así pues, la legalidad que Hitler se había procurado, y que Kaas, apremiado por Pacelli, le había garantizado, se convertía ahora en el estímulo capaz de persuadir a los obispos católicos de que aceptaran el régimen nacionalsocialista.

Ese mismo día, el cardenal Bertram, portavoz de la jerarquía eclesiástica, distribuyó entre los obispos el borrador de una declaración conciliatoria para que éstos la estudiaran. La rapidez vertiginosa con que se les pedía que respondieran sigue siendo hasta hoy desconcertante. Ludwig Volk, historiador jesuita de ese período, sugería en su primera exploración de los acontecimientos que la presión «venía de otras fuentes», apuntando al Vaticano. Von Papen, argumentaba, se había esforzado durante todo un fin de semana en convencer a Bertram de que una declaración pública de

conciliación por parte de los obispos podía servir de ayuda en el proceso de negociación del concordato, y que su ausencia sólo sería un estorbo. Con el mismo propósito, Von Papen había concertado una entrevista en Roma con Pacelli, quien trabajaba entretanto con Kaas en la perspectiva de un acuerdo con Hitler.

El 26 de marzo, las iglesias protestantes de toda Alemania reconocieron formalmente su aceptación de Hitler y su régimen. Los protestantes, al ver cómo el Vaticano negociaba un concordato con Hitler, comenzaron a explorar la posibilidad de alcanzar uno similar para sí mismos, siguiendo el modelo católico.

El 28 de marzo se hacía pública en todo el país la declaración conciliatoria consensuada entre los obispos católicos. Aunque expresaba ciertas reservas, manifestaba una sumisa aquiescencia del episcopado católico:

> Sin que ello signifique revocar el juicio que hemos expuesto en anteriores declaraciones con respecto a ciertos errores religiosos y éticos, los obispos confiamos en que nuestras prohibiciones y admoniciones no vuelvan a ser necesarias. Los cristianos católicos, que consideran sagrada la voz de la Iglesia, no precisan en el momento actual ninguna recomendación especial de lealtad hacia un gobierno legítimo, debiendo cumplir concienzudamente sus deberes como ciudadanos, rechazando por principio cualquier tipo de comportamiento ilegal o subversivo.[15]

La prensa nazi acogió esta declaración como un respaldo a la política de Hitler, pese a la ambigüedad pretendida por los obispos. Los políticos del Centro se sentían horrorizados, ya que parecía que aquéllos decían que los nazis eran preferibles a su partido. La reacción de los fieles católicos fue de profunda perplejidad y decepción. Una respuesta típica fue la del padre Franziscus Stratman, capellán católico de la Universidad de Berlín, quien escribió al cardenal Faulhaber el 10 de abril: «Las almas de la gente de buena intención se hallan trastornadas por la tiranía nacionalsocialista, y no hago sino relatar un hecho al decir que la autoridad de los obispos se ha visto alterada ante muchos católicos y no católicos por la casi-aprobación del movimiento nacionalsocialista.»[16]

Tras regresar de sus consultas con Pacelli a comienzos de abril, Kaas publicó un editorial saludando el discurso de Hitler en el Reichstag como un lógico desarrollo de la «idea de unión»

entre Iglesia y Estado. Declaraba que el país se encontraba en un proceso evolutivo en el que las «innegablemente excesivas libertades formales» de la República de Weimar darían paso a «una austera, y sin duda transitoria, disciplina estatal» sobre todos los aspectos de la vida. El Partido del Centro, proseguía, se había visto obligado a colaborar con ese proceso como «sembradores de futuro».[17]

Como si pretendiera exculpar la extraordinaria facilidad y rapidez con que la jerarquía eclesiástica había aceptado el nuevo régimen, y subrayar el papel desempeñado por Pacelli en el proceso, Faulhaber escribió el 20 de abril que los obispos se habían visto en esa trágica situación «debido a la actitud de Roma».[18] Roma, sin embargo, en la persona de Eugenio Pacelli, no había completado aún su obra de sumisión frente a la determinación de Hitler de destruir el catolicismo político en Alemania.

El boicot a los judíos

Tras la declaración de los obispos, Hitler convocó una reunión de trabajo sobre las relaciones Iglesia-Estado para el 31 de marzo, urgiendo a Kaas su regreso de Roma para que defendiera en ella el tema de la educación católica.

La rapidez con que se convocó aquel comité era significativa, ya que el 1 de abril los nazis comenzaron su boicot a los judíos en todo el país. No fue la única indicación de las persecuciones que se avecinaban: una semana antes, treinta camisas pardas habían irrumpido en hogares judíos en una pequeña ciudad del suroeste de Alemania, arrastraron a sus ocupantes al ayuntamiento y allí los golpearon repetidamente. Ese ataque se repitió en una ciudad próxima, causando la muerte de dos hombres. Pero el boicot era algo diferente. Como ha comentado Saul Friedländer, se trataba «del mayor sondeo a escala nacional de la actitud de las Iglesias cristianas hacia la situación de los judíos bajo el nuevo gobierno».[19] Aun así, durante las deliberaciones de Hitler con representantes cristianos acerca de las futuras relaciones de su régimen con las Iglesias, ni en Alemania ni en Roma se alzó una sola palabra de protesta contra esa primera persecución sistemática y generalizada de los judíos.

El cardenal Faulhaber, de Munich, escribió una larga carta a Pacelli refiriéndose a esos ataques nazis, en la que afirmaba que una protesta sólo podría tener como consecuencia que esas agresiones se extendieran a la población católica. «Los judíos —decía— tendrán que arreglárselas por su cuenta.» De todas formas, proseguía, era «especialmente injusto y doloroso que incluso aquellos que han sido bautizados hace diez o veinte años y que son buenos católicos [...] sigan siendo considerados legalmente como judíos, y los profesores o abogados van a perder sus puestos de trabajo». No existe constancia de una respuesta por parte de Pacelli, ni ninguna indicación en su actuación posterior de que estuviera en desacuerdo con el cardenal Faulhaber. En respuesta a una petición de intervención en defensa de los judíos, aquella misma semana, el cardenal Bertram señalaba que había «cuestiones inmediatas de mucha mayor trascendencia: escuelas, el mantenimiento de las asociaciones católicas, esterilización...». Como conclusión repetía la misma reflexión: «Los judíos pueden arreglárselas por sí mismos.»[20]

Entre los muchos miles de personas afectadas por el boicot estaba Edith Stein, filósofa judía influida por Max Scheler en la Universidad de Friburgo, donde alcanzó el doctorado con una tesis «Sobre el problema de la empatía». Atea desde muy joven, Stein se vio inicialmente atraída hacia el cristianismo en el plano emocional, pero comenzó a sentir una afinidad diferente tras leer la autobiografía de santa Teresa de Ávila, la mística carmelita del siglo XVI. Escribió que su «regreso a Dios me hizo sentir judía de nuevo», y pensaba que su conversión al cristianismo se había dado «no sólo en un sentido espiritual, sino en mi misma sangre». Fue bautizada en 1922, y en 1933, cuando se inició el boicot antijudío, había sido aceptada para desempeñar un puesto en el Instituto Alemán de Pedagogía Científica de Münster. El decreto de abril contra los judíos la privó de ese nombramiento.

En octubre de 1933 entró en el convento de las carmelitas en Colonia, tomando el nombre de Teresa Benedicta de la Cruz. Desde el claustro escribió una apasionada carta a Pío XI pidiéndole que «reprobara el odio, persecución y muestras de antisemitismo dirigidas contra los judíos en cualquier época y desde cualquier instancia». Esa carta no obtuvo respuesta. Tendrían que pasar todavía cuatro años hasta que apareciera la tardía encíclica antirracista *Mit brennender Sorge (Con candente preocupación).*

Mientras, la discusión en el comité de trabajo convocado por Hitler sobre las relaciones Iglesia-Estado había progresado lo suficiente como para que el 2 de abril el nuncio papal en Berlín informara a Pacelli de que el vicecanciller Von Papen deseaba viajar a Roma para verle y hablar con él antes de Pascua. Como hemos dicho, Pacelli había sido informado por Faulhaber de la persecución desencadenada contra los judíos en el mismo instante en que estaba a punto de entrar en negociaciones decisivas sobre el concordato precisamente con sus impulsores. El concordato con el Reich, además, iba a arrebatar las cuestiones «de mayor importancia» de las manos de los católicos alemanes para ponerlas en las de Pío XI, o con mayor precisión en las de su secretario de Estado. No es de extrañar, por tanto, que los obispos católicos se sintieran tan poco responsables del destino de los judíos cuando la Santa Sede les confiaba tan escasa responsabilidad en cuanto al destino de su propia Iglesia.

En la tarde del 7 de abril, Von Papen salió hacia la Ciudad Eterna, tras confiar al jefe de Asuntos Vaticanos en el Ministerio de Asuntos Exteriores que «pretendía pedir como una de las concesiones principales la aceptación de una disposición que ya contenía el concordato italiano [el Tratado Lateranense], según la cual se prohibía al clero formar parte de cualquier partido político». Tal cláusula sólo podía conllevar el fin del Partido del Centro, con su tradicional pero minoritaria participación de clérigos y su dependencia a varios niveles de las redes parroquiales, así como el de la acción política y social por parte de las diversas asociaciones católicas de Alemania.

A la mañana siguiente, en el vagón-restaurante del expreso Munich-Roma, Von Papen se encontró «por casualidad» con Ludwig Kaas, quien también se dirigía a la Ciudad Eterna. La idea de que ambos acudieran a entrevistarse con Pacelli sin que ninguno de ellos conociera las intenciones del otro, como aseguraba Kaas por aquella época, parece poco plausible. Fuera como fuese, Kaas dejó constancia de que estuvieron de acuerdo en que la probabilidad de alcanzar un concordato entre el Reich y la Santa Sede era ahora mucho mayor. Von Papen dijo a Kaas, en grandes líneas, que el requerimiento básico del tratado desde el punto de vista del Reich

era «la salvaguardia de los derechos religiosos para los católicos, a cambio de la despolitización del clero y la disolución del Partido del Centro».

Según Kaas, mientras ambos discutían durante el almuerzo las relaciones ideales entre los veintitrés millones de católicos alemanes y el régimen de Hitler, explicó a Von Papen que «debía ofrecerse alguna prueba de la creación de adecuadas garantías político-culturales. En tal caso, yo no sería cicatero».[21] Como consecuencia de aquella conversación, Kaas, que no desempeñaba ningún papel oficial en las negociaciones, se convirtió en una figura clave de éstas. Conforme pasaba ante ellos la campiña italiana, ofreció sus «buenos oficios» a Von Papen en las conversaciones que iban a tener lugar, y éste aceptó agradecido. Kaas asumió así el papel de mediador, aunque de hecho permanecía leal en cuerpo y alma a Pacelli.

Hasta qué punto de intimidad había llegado Kaas con Pacelli queda bien a las claras por una serie de observaciones en la autobiografía de sor Pasqualina tras la muerte de ambos. Nos cuenta que Kaas, quien «acompañaba a Pacelli regularmente en sus vacaciones en Rorschach», estaba ligado a él con «adoración, honesto amor y lealtad incondicional». Prosigue describiendo las tensiones surgidas entre Kaas y el padre Leiber como consecuencia de «sus mutuos celos cuando Pacelli favorecía a uno o al otro, y que a pesar de su genio diplomático no podía controlar fácilmente». Escribió también acerca del profundo disgusto de Pacelli por la repentina partida de Kaas hacia Alemania.[22]

Pacelli y Von Papen se encontraron en el despacho del primero el lunes de la Semana Santa, 10 de abril, y establecieron un calendario de trabajo según el cual Von Papen y Kaas elaborarían un primer borrador que se estudiaría en una nueva reunión el Sábado Santo. Durante la semana más trascendental del calendario litúrgico de la Iglesia trabajaron a una velocidad frenética, redactando artículos que en otras circunstancias habrían llevado años de reflexión. Pacelli y Kaas se ocuparon el domingo y el lunes de Pascua de repasar el borrador artículo por artículo.

La jerarquía alemana y el clero no participaron en su elaboración, como tampoco lo hicieron el Partido del Centro ni los laicos, individualmente ni como colectivo. A los obispos se les privó incluso de información acerca del *hecho* de la negociación, pero no por eso dejaron de llegarles rumores. Cuando el cardenal Bertram, pre-

sidente de la Conferencia Episcopal, planteó a Pacelli su preocupación acerca de esos rumores el 18 de abril, Pacelli tardó en responderle dos semanas, confirmándole al fin que «se habían iniciado las negociaciones». Tres semanas más tarde, cuando se estaban discutiendo los últimos detalles, mintió descaradamente al informar al cardenal Faulhaber de Munich de que había habido solamente conversaciones acerca del concordato, sin llegar a nada concreto.[23]

Mientras, el Partido del Centro quedó absolutamente impotente en virtud de la ausencia de su presidente, Ludwig Kaas, alojado permanentemente en las habitaciones de Pacelli en el Vaticano. Se había sugerido que Kaas debía dimitir, pero se negó a ello argumentando que «trastornaría las cosas en Roma», clara indicación de que uno de los últimos grandes partidos democráticos de Alemania estaba siendo puesto a disposición de Pacelli. En una carta al vicario general de Passau en aquel tiempo, Franz Eggersdorfer, de la Universidad de Munich, observó ásperamente: «El futuro del catolicismo alemán parece que se decidirá en Roma. Un fruto más del progresivo centralismo.»[24]

¿Qué era lo que llevaba a Pacelli a preparar ese borrador con tan inusual prisa y secreto? El Partido del Centro, en opinión de Pacelli, tenía que desaparecer. Pero antes de su disolución, el hecho de que todavía siguiera existiendo le ofrecía algo que dar a cambio en sus negociaciones con Hitler, de acuerdo con su táctica de regateo y trueque durante las dos décadas anteriores. El tiempo era algo decisivo. Por su parte, Hitler alimentaba dos ambiciones principales en aquella atropellada carrera hacia un acuerdo. En primer lugar, como hemos dicho, estaba decidido a separar el catolicismo religioso del político, mediante medidas legales y sin demora. En segundo lugar estaba la perspectiva de un osado golpe de propaganda internacional. Como había comentado cuando se firmó el Tratado Lateranense en 1929: «Si el Papa llega ahora a tal acuerdo con el fascismo, es que opina al menos que el fascismo —y por tanto el nacionalismo— es justificable para los fieles y compatible con la fe católica.»[25] Aunque la Santa Sede había firmado durante siglos tratados con monarcas y gobiernos hostiles a sus creencias y valores, los términos del Tratado Lateranense habían establecido de hecho la apariencia de una integración sin precedentes entre el catolicismo y el Estado corporativo. Hitler veía con claridad que el concordato podía presentarse como un respaldo papal hacia el régi-

men nazi y su política. Percibiendo la impaciencia de Pacelli y la intrínseca debilidad de los propósitos del cardenal secretario de Estado, podía imponer el ritmo que le conviniera a las negociaciones y manipularlas a su antojo.

Los obispos alemanes capitulan

Von Papen regresó a Berlín el jueves de la semana de Pascua. Tras una discusión «general» con Hitler, pudo informar a Pacelli de que el Führer estaba dispuesto a «ofrecer garantías de gran alcance en la cuestión de las escuelas», pero que el texto del artículo sobre despolitización [de la Iglesia] le parecía «muy inadecuado».[26] En un gesto de soberbia diplomática, pese a su preferencia personal por la despolitización, Pacelli había intentado encasquetar a Hitler un artículo ampliado del Código de Derecho Canónico que exigía el permiso episcopal para que un sacerdote pudiera desempeñar un puesto oficial en una organización política.

¿Qué había empujado a Pacelli a remover el agua cuando llegó a la cláusula de la despolitización? ¿Se había visto asaltado en el último minuto por escrúpulos, intuyendo que estaba socavando el terreno sobre el que se movía la Iglesia alemana? No parece que se le ocurrieran tales ideas. Se trataba más bien de un truco de hábil negociador. ¡Qué bien parecían entenderse aquellos dos hombres! Las negociaciones siguieron en mayo, centrándose exclusivamente en la cuestión de la despolitización, hasta que en la tercera semana de ese mes Hitler subió la apuesta estableciendo en su borrador que *toda* actividad política del clero católico debía quedar categóricamente prohibida.

Mientras, durante los críticos meses de abril y mayo, el Partido del Centro, sin líder, menospreciado igualmente por Roma y la jerarquía, se estaba desmenuzando; sus fieles seguidores de antaño lo abandonaban por cientos de miles. Al mismo tiempo, los nazis aparecían cada vez más ruidosos y confiados, convencidos de su destino victorioso como partido único del Estado, el partido que iba a traer el pleno empleo y la prosperidad a un país asolado por las crisis económicas y la humillación extranjera. La deserción de los católicos hacia el nacionalsocialismo, que al principio sólo era un goteo, se convirtió ahora en un torrente en el abis-

mo creado por el voluntario colapso del en otro tiempo gran Partido del Centro.

En un final y desesperado espasmo, la dirección del partido exigió la dimisión de Kaas, y éste aceptó de mala gana por teléfono desde el Vaticano. En su lugar fue elegido el 6 de mayo Heinrich Brüning. Pero la locomotora de Hitler era ya imparable, como lo eran las fuerzas que pugnaban por la disolución del Partido del Centro. Así y todo, Brüning pidió a los miembros del partido que se mantuvieran unidos e independientes.

Y ahora, cuando las negociaciones estaban ya muy avanzadas, Pacelli decidió incluir a los obispos alemanes en el trato. La ocasión fue la visita oficial *ad limina* del obispo Wilhelm Berning, de Osnabrück, y del arzobispo Gröber, de Friburgo, el 18 de mayo. La elección de emisarios de Pacelli no dejaba ningún cabo suelto. Ambos simpatizaban con los nazis. Pacelli dijo a los dos prelados que había llegado el momento de que todos los obispos alemanes alcanzaran un punto de vista común sobre el concordato.

De hecho, para finales de mayo se había convocado una reunión de los obispos alemanes para revisar la opinión del episcopado hacia el Tercer Reich. Cuando se reunieron, no obstante, fue la cuestión del concordato, hábilmente presentada por los dos obispos que hacían de embajadores de Pacelli, la que ocupó las deliberaciones. Berning y Gröber aseguraron a los obispos reunidos que el concordato estaba prácticamente concluido y que sólo quedaba por abordar la cláusula de la despolitización.[27] El cardenal secretario de Estado les pedía su apoyo, según les dijo Berning, y era esencial la rapidez en la respuesta.

Las fragmentarias notas de Ludwig Sebastian, obispo de Spyer, indican que hubo graves desacuerdos en esa crítica asamblea. El cardenal Schulte, de Colonia, objetó que bajo el gobierno nazi no existían «la ley y el orden», y que «no se podía firmar ningún concordato con tal gobierno». El obispo Konrad von Preysing distribuyó a la Conferencia un memorándum recordando a los obispos que la visión que del mundo tenía el Partido Nacional Socialista estaba completamente al margen de la mantenida por la Iglesia católica: «Tenemos el deber de abrir los ojos del pueblo católico a los peligros que supone para la fe y la moral la ideología nacionalsocialista.» Pidió que se elaborara una carta pastoral exponiendo los errores del nazismo, que se haría llegar a todos los rincones de

Alemania. Era esencial, decía, disponer de esa carta como punto de referencia «para el conflicto que probablemente se avecina».[28] Demasiado poco, y demasiado tarde.

Tan sólo una minoría planteaba objeciones. El hecho de que el propio Pacelli estuviera implicado en las negociaciones directas con Hitler inspiraba a los obispos cierta confianza. Fuera como fuese, se apercibieron evidentemente de los peligros de la cláusula de despolitización (el artículo 31), ya que esa disposición podía hacer desaparecer cualquier tipo de acción social ejercida bajo los auspicios y en nombre de la Iglesia católica. Acosada por los emisarios de Pacelli, la jerarquía no condicionó su aceptación a la prevista revisión doctrinal. Siguiendo la persuasiva sugerencia del arzobispo Gröber, los obispos alemanes respaldaron el concordato, descargando su responsabilidad sobre Pacelli.

Como consecuencia de la decisión del episcopado, el 3 de junio se hizo público un mensaje pastoral elaborado por Gröber que anunciaba el final de la oposición de la jerarquía eclesiástica al régimen nazi, con tal que el Estado respetara los derechos y libertades de la Iglesia, en particular con respecto a las escuelas y asociaciones católicas. Asegurándole el apoyo de los obispos, Gröber escribió a Kaas: «Gracias a Dios, conseguí la aprobación de la pastoral adjunta. [...] Se expresaron una serie de deseos, pero pude rechazarlos fácilmente, ya que pedían cosas imposibles.»[29]

El cardenal Faulhaber llevó el asunto a su conclusión informando a Von Papen de que estaba dispuesto a ceder en la cuestión del artículo 31, ya que «el concordato en su conjunto es tan importante, por ejemplo [en materia de] las escuelas confesionales, que me parece que no debería fracasar por esa discrepancia».[30] Desde el punto de vista de Pacelli, la decisión de los obispos era una victoria, ya que no la entendía como una rendición ante Hitler sino como una capitulación frente a la voluntad de la Santa Sede, que le dejaba libre, con su aparente respaldo, para llevar las negociaciones del concordato a una conclusión satisfactoria según sus propios criterios.

La satisfacción que Pacelli pudo experimentar el 3 de junio, sin embargo, duró poco. Durante la semana en la que recibió la descontenta y renuente aquiescencia de los obispos llegaron a Roma noticias que le hacían imposible ignorar las salvajes realidades del dominio nazi y la verdadera naturaleza de su socio en Berlín. Suce-

dió con ocasión de una concentración de aprendices católicos en Munich programada para los días 8 al 11 de junio, al que acudieron 25 000 jóvenes de toda Alemania. En un principio fue prohibida por Heinrich Himmler y Reinhard Heydrich, el jefe de las SS y su lugarteniente, pero se autorizó finalmente con la condición de que llegaran con las pancartas enrolladas. Tras sufrir esporádicos ataques por parte de algunos camisas pardas los dos primeros días, los gamberros uniformados nazis organizaron una serie de violentos ataques en grupos mayores en la tarde del sábado. Cientos de jóvenes católicos fueron golpeados y perseguidos por las calles, arrancándoles a tiras sus camisas de color anaranjado. La misa al aire libre planeada para el domingo por la mañana tuvo que ser cancelada. Si Pacelli había mantenido hasta entonces alguna última ilusión acerca de lo que los nazis entendían por «catolicismo político», tuvo ahora que rendirse a la evidencia. Quedaba claro que la prohibición de cualquier actividad política para el clero católico, y de las asociaciones que no fueran puramente religiosas, como aparecía en el artículo 31 del proyectado concordato, alcanzaba igualmente a todas y cada una de las actividades públicas de los católicos que los nazis decidieran considerar como políticas.

La reacción de la jerarquía eclesiástica fue todo lo tímida que esperaban los instigadores de las SA. Faulhaber escribió a los obispos católicos aconsejándoles que no promovieran más concentraciones de asociaciones juveniles católicas, «ya que no queremos arriesgar las vidas de nuestros jóvenes ni posibilitar una prohibición gubernamental de las organizaciones juveniles». Insistía además en que debían adoptarse duras medidas «contra los clérigos que hablan de forma imprudente». Así fue, desde un comienzo, la política «equilibrada» de Pacelli para con el catolicismo germano a comienzos del verano de 1933: la parálisis mediante autocontrol. Ni siquiera se había firmado todavía el concordato y ya se ponía de manifiesto el Estado policial nazi.

Una poderosa Iglesia, con esforzados pastores y un cúmulo de organizaciones sociales y políticas laicas, se mantenía en un estado de inercia autoimpuesta, mirando hacia el Vaticano antes de decidirse a realizar ningún movimiento, a exponer ninguna idea, a lanzar ninguna orientación. Mientras, Hitler sacaba partido de esa inacción para proscribir y destruir cualquier vestigio de la capacidad y entidad política y social de los católicos. Durante el mes de

junio, los diputados y miembros del Partido del Centro se vieron sometidos a una oleada de terror: registros de sus casas, detenciones, intimidaciones... En Munich, Fritz Gerlich, el animoso y franco editor católico de *Der Gerade Weg* («El camino recto»), fue golpeado casi hasta la muerte en los despachos de la revista y encerrado después en un campo de concentración (lo asesinaron un año más tarde). En Baviera, donde el correlato local del Partido del Centro, el Partido del Pueblo Bávaro, contaba con una enorme fuerza, unos dos mil de sus miembros y dirigentes fueron encarcelados. Las justificaciones de la prensa nazi clamaban que se había demostrado que «el catolicismo pretende sabotear las órdenes del gobierno y conspirar contra él».[31]

El 22 de junio, Von Papen se entrevistó con Hitler para discutir sobre el estado de las negociaciones del concordato, como prólogo al encuentro que el vicecanciller debía mantener en el Vaticano con Pacelli para darle los últimos toques. La posición final y definitiva de Hitler acerca del artículo 31 era ahora: «En consideración a las garantías aportadas por las condiciones de este tratado, y de la legislación que protege los derechos y la libertad de la Iglesia católica en el Reich y sus estados regionales, la Santa Sede prohibirá a todo el clero y miembros de las congregaciones religiosas la actividad en partidos políticos.»[32] Esta cláusula reconocía a la Santa Sede poder para controlar y obligar al clero católico en Alemania mediante las sanciones previstas en el Código de Derecho Canónico. Con ella se cerraba el acuerdo definitivo entre los dirigentes autoritarios de la Iglesia y el Estado.

Las negociaciones finales

Von Papen llegó a Roma el 28 de junio y puso sobre la mesa la redacción definitiva del artículo 31 para que Pacelli, la curia y el Papa la sometieran a consideración, al tiempo que llegaban al secretario de Estado noticias de los recientes actos de persecución y opresión de la Iglesia en Alemania. Pacelli pudo recordar la reunión final de junio de 1914, cuando los cardenales no encontraron otra solución que firmar el Concordato Serbio, que él mismo había impulsado con tanta perseverancia, si querían evitar un mayor sufrimiento a los católicos de la región.

El texto del concordato quedó concluido el domingo 1 de julio por la mañana, y Pacelli lo repasó con Pío XI durante ese día. El obstinado Pontífice, plenamente consciente de los actos de violencia contra los católicos que habían tenido lugar en Alemania durante las semanas anteriores, quería proponer una nueva y final estipulación. Pacelli anotó al final de su entrevista que el Papa había insistido en que ahora, a la vista de los hechos, debían exigirse «garantías de reparación por los actos de violencia». El Santo Padre estaba cansado de «alternar menosprecio y negociación». Como una novia maltratada por su novio que insiste a voz en grito en incluir una indemnización en su contrato de bodas, Pío XI pedía a Hitler que «hiciera una declaración» sobre las reparaciones o «no habría firma».[33] El 2 de julio, Pacelli y Kaas pusieron los últimos retoques al tratado. Pero había una cuestión crucial no resuelta que todavía amenazaba con echar abajo todo lo que se había conseguido.

En Alemania, Brüning, el nuevo líder del castigado Partido del Centro, intentaba salvar lo que podía de una organización política desmoralizada, preparándose para las persecuciones que sabía que la acechaban. Von Papen había dicho a Pacelli y Kaas que era la negativa de Brüning a disolver el partido lo que impedía completar el concordato y dejaba a la Iglesia expuesta a nuevos ataques. Los obispos alemanes advirtieron a Pacelli que no debía creer en la versión de Von Papen de los acontecimientos. Pero la suerte estaba echada; Pacelli y Kaas comprendían ahora que el Partido del Centro *tenía que desaparecer* para facilitar la inclusión del artículo sobre las asociaciones de la Iglesia. Con el visto bueno de Pacelli, Kaas llamó el 2 de julio al dirigente del ala izquierda del partido, Joseph Joos, y le gritó indignado por teléfono: «¿Qué? ¿Todavía no os habéis disuelto?» Joos recordaría durante el resto de su vida la orden que le llegó del Vaticano insistiendo en el sacrificio del Partido del Centro para asegurar el éxito de la diplomacia de Pacelli.[34]

Como Von Papen contaba con la autorización de Hitler para aceptar o no nuevas modificaciones, y como la definición y plazo de las reparaciones sería sin duda un proceso inacabable, no vio problemas en la demanda final del Papa; el 3 de julio envió el texto a Hitler mediante un correo especial, junto con una autocomplaciente carta.

Al día siguiente, 4 de julio, después de que muchos políticos del centro amenazaran con pasarse a los nacionalsocialistas, Brüning aceptó con amargura la disolución del partido, que ya era el único democrático que quedaba en Alemania. El hecho de que se tratara de una liquidación voluntaria y no forzosa iba a tener consecuencias inmediatas y de largo alcance. La complicidad del partido en su propia disolución, junto con la aparente aprobación episcopal del Estado de partido único, fueron circunstancias que elevaron la moral de los nazis y condujeron a cada vez mayor número de católicos al seno del nacionalsocialismo.

Monseñor Ludwig Kaas, que permanecería en el Vaticano por el resto de su vida, fue en gran medida responsable de la patética implosión de su partido. Su oportunismo, sus lealtades divididas, sus ausencias durante meses para terminar al servicio de Pacelli, eran incompatibles con las responsabilidades del presidente de un gran partido democrático. Pero la responsabilidad principal corresponde sin duda a Pacelli, su mentor, superior eclesiástico y amigo íntimo, quien nunca superó la animosidad que sentía hacia los partidos políticos católicos independientes del control de la Santa Sede.

Casi treinta años más tarde, Robert Leiber aseguraba que Pacelli había dicho a propósito de la disolución: «Es una pena que haya sucedido ahora.»[35] Los apologistas de Pacelli han explotado la frase intentando exculparle de cualquier responsabilidad en el vergonzoso fin del partido. En otro lugar, no obstante, Leiber admite que no era una punzada de remordimiento sino una expresión de irritación por perder un elemento de regateo justo antes de concluir las negociaciones: «[Pacelli] deseaba —escribía Leiber en 1958— que [el partido] pospusiera su disolución hasta que estuviera firmado el concordato. El simple hecho de su existencia, decía, podía haber sido de utilidad en la mesa de negociaciones.»[36] En 1934, Pacelli negó que la voluntaria desbandada del partido hubiera constituido un *quid pro quo* para el concordato; pero como comenta Klaus Scholder, historiador alemán de la cuestión: «Dado todo lo que conocemos, no responde a la verdad.»

El ex canciller Heinrich Brüning, quien fue testigo de todo el proceso, no tenía dudas acerca de la conexión entre ambos hechos. En 1935 decía:

> Tras el acuerdo con Hitler estaba, no el Papa, sino la burocracia vaticana y su líder, Pacelli. Su perspectiva era la de un Estado autoritario y una Iglesia autoritaria dirigida por la burocracia vaticana, estableciéndose una alianza eterna entre ellos. Por esa razón, los partidos parlamentarios católicos, como el del Centro en Alemania, eran un obstáculo para él y sus hombres, y fueron disueltos sin pesar en varios países. El Papa [Pío XI] no compartía sus ideas.[37]

Hitler tenía ahora todos los triunfos en su mano, y los jugó con implacable habilidad. Justo cuando Pacelli pensaba que la conclusión de las negociaciones era cuestión de horas, Hitler pidió un nuevo receso. Convocó a Rudolf Buttmann, experto abogado del Ministerio del Interior, e insistió ahora en que ese funcionario examinara el documento con lupa. Como prueba de la importancia que Hitler acordaba al tratado (según Scholder, empleó más tiempo y esfuerzo en el concordato con Pacelli que en cualquier otro tratado en toda la historia del Tercer Reich), el 5 de julio pidió a Buttmann que realizara una crítica del documento en presencia del ministro del Interior, el de Asuntos Exteriores y el de Finanzas. Ese mismo día, Buttmann voló de Berlín a Munich y de Munich a Roma, donde se reunió con Von Papen y luego con Pacelli para explicarles las últimas dudas y exigencias de Hitler. Los puntos en disputa se referían a la distinción de naturaleza entre asociaciones católicas políticas y religiosas. Hitler también quería mayor precisión en la cuestión de las reparaciones por los ataques nazis.

El 7 de julio, día de dilatadas deliberaciones, Pacelli se mostró irritable y habló abiertamente de un «espíritu receloso» por parte germana. Dada la actitud de los negociadores del Reich, declaró, parecía poco probable que se pudiera llegar a una conclusión satisfactoria para ambas partes.[38] En Buttmann, sin embargo, el cardenal secretario de Estado había encontrado la horma de su zapato. El funcionario respondió cortésmente que era mucho más razonable precisar todo en aquel momento que encontrarse luego con dificultades después de que el documento hubiera sido firmado. También afirmó, con gran enojo de Pacelli, que comparar el concordato con el Reich con el Tratado Lateranense no era adecuado, ya que en Alemania existían otras confesiones, incluyendo la «aplastante mayoría protestante».

El punto de fricción seguía siendo el de las asociaciones católicas. Buttmann argumentaba que sólo podían protegerse las que pudieran caracterizarse como «puramente religiosas, culturales o de caridad». Todas las demás debían disolverse o fundirse con las asociaciones civiles o nazis existentes. ¿Pero cómo se establecería la distinción entre ambas categorías —religiosa y civil— y quién la decidiría? Como Pacelli no parecía dispuesto a aceptar la fórmula de Buttmann sin una definición formal de la distinción entre religioso y civil, ambas partes llegaron al acuerdo de incluir una cláusula que permitiría buscar una definición común en fecha posterior. Esto resultó, como probaron al poco los acontecimientos, una decisión notablemente irresponsable por parte de Pacelli. La redacción concreta de la cláusula de reparación exigida por Pío XI también ofrecía dificultades, finalmente resueltas por el propio Hitler en una larguísima conversación telefónica con Buttmann en la tarde del 7 de julio.

Al día siguiente, sábado 8 de julio, al sonar las seis en el campanario de San Pedro, ambas partes llegaron juntas al gran vestíbulo de la Secretaría de Estado para la ceremonia de la firma. Pacelli y Von Papen se sentaron codo con codo. A Pacelli le atendían como ayudantes monseñor Giuseppe Pizzardo, de la Secretaría de Estado, y Ludwig Kaas, mientras que Von Papen tenía a Buttmann como asesor. Pacelli se sentía evidentemente sobre el filo de la navaja, ya que había recibido noticias ese mismo día de un cura párroco al que habían sacado descalzo de su casa en Königsbach y apaleado.[39]

Conforme procedía la ceremonia de la firma, Pacelli, tan meticuloso habitualmente en cuestiones de protocolo, escribió equivocadamente su firma completa en una de las páginas. Kaas se dio cuenta y sugirió que esa copia se reservara para el Secretariado. Cuando hubieron concluido, Pacelli planteó la cuestión del cura apaleado. Fue el diplomático Buttmann quien respondió, sugiriendo que probablemente se trataba de un clérigo demasiado metido en política. En cualquier caso, añadió, la gente de esa región perdía fácilmente los estribos.[40]

Hitler aplaude el concordato

El lunes, la prensa de toda Alemania ofrecía noticias del concordato en sus titulares, y Hitler firmaba una declaración acordada con

Pacelli el viernes anterior. Contenía las dos concesiones cruciales sobre las que había insistido el Vaticano, pero la declaración publicada venía precedida por un párrafo que no había sido acordado y que hacía de las concesiones un triunfo para el nacionalsocialismo:

> Creo que la firma del concordato [escribía Hitler] ofrece suficientes garantías de que los miembros del Reich de confesión católica se pondrán desde ahora mismo sin reservas al servicio del nuevo Estado nacionalsocialista.
>
> Por ello ordeno lo que sigue:
>
> 1. La disolución de las organizaciones reconocidas en el presente tratado, que se produjo sin la orden del gobierno del Reich, queda inmediatamente sin efecto.
> 2. Todas las medidas coercitivas contra el clero y otros dirigentes de esas organizaciones católicas quedan revocadas. No se tolerará la repetición en el futuro de tales acciones, que serán castigadas sobre la base de las leyes existentes.[41]

El tratado fue firmado formalmente en la Secretaría de Estado el 20 de julio por Von Papen y Pacelli. Una fotografía de la ceremonia muestra a los participantes tensos y serios. Tras la ceremonia hubo un intercambio de regalos. Pacelli recibió una Madonna de Meissen, y Von Papen una medalla papal; a Buttmann le tocó una fotografía del Papa enmarcada en plata. La embajada alemana en Berlín donó a la Santa Sede 25 000 liras para obras de caridad.[42]

En lo que se refiere al Reich, el notable asunto del concordato concluyó en una reunión del gabinete el 14 de julio, cuando Hitler se negó a debatir la cuestión con sus ministros, insistiendo en que «sólo los grandes éxitos merecen anotarse». Enumerando las ventajas del tratado, subrayó el reconocimiento por parte del Vaticano del «Estado nacionalista alemán» y la retirada de la Iglesia de las organizaciones políticas. La disolución del Partido del Centro, señaló, «puede considerarse definitiva».[43]

En esa reunión, Hitler expresó la terrible opinión de que el concordato había creado una atmósfera de confianza que sería «de especial trascendencia en la urgente lucha contra la judería internacional». No existen testimonios ni pruebas de explicaciones más detalladas, pero esa afirmación puede entenderse fácilmente desde dos ángulos: en primer lugar, el propio hecho de que el Vaticano hubiera firmado ese tratado indicaba, tanto en el país como en el

extranjero, pese al desmentido de Pacelli del 26 de julio, la aprobación moral católica hacia la política de Hitler; en segundo lugar, el tratado obligaba a la Santa Sede, la jerarquía eclesiástica alemana y los fieles al silencio sobre cualquier cuestión que el régimen nazi considerara política. En particular, dado que la persecución y eliminación de los judíos en Alemania era ahora una política decidida por el gobierno, el tratado amordazaba a la Iglesia católica alemana y le impedía cualquier manifestación acerca de la violencia contra los judíos.

La reunión del gabinete del 14 de julio también aprobó la Ley para la Prevención de Nacimientos de Individuos Genéticamente Enfermos, que ordenaba la esterilización de aquellos que sufrieran enfermedades mentales o cognitivas hereditarias, incluyendo la ceguera y la sordera. Durante los cuatro años siguientes, entre 320 000 y 350 000 personas fueron esterilizadas en Alemania, la mayoría de ellas sin el consentimiento de ellas mismas o sus familias.[44] Esa política de esterilización, como forma de «limpieza racial», que complementaba en espíritu la idea de la Solución Final, iba contra las recientes declaraciones de Pío XI sobre la santidad de la vida en su encíclica *Casti connubii* (30 de diciembre de 1930). El concordato, como pronto se comprobaba, ataba de pies y manos a la Iglesia católica frente a esa política y su práctica, ya que tratándose de una cuestión política quedaba proscrita incluso para el debate, y mucho más para la denuncia.

Los católicos alemanes, por otra parte, se veían enfrentados a un dilema moral por las disposiciones del concordato acerca de la educación católica, el área más ventajosa para la Iglesia en el tratado.[45] Según los términos del artículo 21 del concordato, Hitler debía amparar y hacerse cargo de los costes de la educación de los estudiantes católicos en todos los niveles, desde la enseñanza primaria hasta el fin de la secundaria. Se garantizaba a las autoridades diocesanas el derecho a examinar sobre instrucción religiosa en las escuelas y a contratar y despedir profesores. Y lo que era más importante todavía, según el artículo 23, los padres católicos podían exigir que se crearan plazas de educación católica donde no existieran, dependiendo de las condiciones locales. Así pues, Hitler había prometido a la educación católica una carta blanca para la expansión de instalaciones y plazas para estudiantes. En el mismo momento, sin embargo, en que Hitler y Pacelli iniciaban la nego-

ciación de esas ventajas educativas para los católicos, el gobierno nazi, el 25 de abril de 1933, aprobaba con gran fanfarria su Ley contra la Masificación de las Escuelas y Universidades Alemanas, con el propósito de reducir el número de estudiantes judíos en esas instituciones. La ley establecía una cuota precisa (el 1,5 % de los matriculados en escuelas y colegios), que se consideraba adecuada a la proporción de la población no aria o judía. Así pues, el mismísimo gobierno con el que Pacelli había negociado derechos educativos favorables para los católicos restringía simultáneamente los de la minoría judía. El papado, la Santa Sede y los católicos alemanes se veían así ineludiblemente arrastrados a la complicidad con un gobierno racista y antisemita.

Otro ejemplo de la complicidad católica con el régimen comenzó el mismo 25 de abril cuando miles de sacerdotes en toda Alemania se vieron implicados en una investigación burocrática antisemita, debiendo aportar detalles de pureza de sangre mediante los registros de bautizos y matrimonios. Esta tarea acompañaba al sistema de cuotas para judíos en escuelas y universidades, así como en diversas profesiones, en particular el derecho y la medicina, y con esos atestados se daría cuerpo finalmente a las Leyes de Nuremberg, el sistema del régimen nazi para distinguir a los judíos de los no judíos. La complicidad del clero católico en el proceso seguiría durante todo el período del régimen nazi, y acabaría conectando a la Iglesia católica, como a las protestantes, con los campos de exterminio.[46] En el caso de la Santa Sede, además, la responsabilidad era mayor, debido a que el alcance y la coerción implícitas en la aplicación centralizada del Derecho Canónico, en cuyo aumento y refuerzo empleó Pacelli tantos años, no se utilizó para hacer frente al proceso. De hecho, casi se puede decir lo contrario. Como escribe Guenter Lewy: «La colaboración de la Iglesia en esta materia continuó durante los años de guerra, cuando el precio a pagar por ser judío ya no era la pérdida de un empleo gubernamental o de los medios de vida, sino la deportación y la inequívoca destrucción física.»[47] Muchos sacerdotes animosos aprovecharon su control de los registros de bautismo para obstaculizar la labor de los nazis, pero se trató de casos aislados.

Ésta era la realidad del abismo moral en que Pacelli, el futuro Pontífice, había precipitado a la grande y orgullosa Iglesia católica alemana de antaño. Y ya no podía hacerse ilusiones acerca de la

naturaleza violenta del régimen nazi. A principios de agosto de 1933, Ivone Kirkpatrick, que representaba al gobierno británico ante el Vaticano, mantuvo una «larga conversación» con Pacelli en la Secretaría de Estado en la que el cardenal «no hizo esfuerzos por esconder su disgusto ante los procedimientos del gobierno de Herr Hitler».[48] En una carta a Robert Vansittart, del Foreign Office británico, Kirkpatrick describía cómo Pacelli deploraba la «persecución de los judíos, sus procedimientos contra la oposición política, el reinado de terror al que estaba sometido todo el país». Pacelli se sentía obligado ahora «a explicar disculpándose [a Kirkpatrick] cómo había llegado a firmar un concordato con esa gente». No se mencionó su reciente afirmación, aparecida en *L'Osservatore Romano*, de que el concordato había sido un triunfo para el Derecho Canónico, una victoria para la Santa Sede, ni tampoco que se había esforzado durante años por alcanzar ese concordato. «Me han apuntado a la cabeza con una pistola —dijo—, y no tenía otra alternativa.» Luego se produjo una extraordinaria confesión: «El gobierno alemán —cuenta Kirkpatrick que le manifestó Pacelli— me había ofrecido concesiones, debo admitir que más amplias que las que ningún otro gobierno alemán habría hecho, y tuve que elegir entre un acuerdo bajo sus condiciones o la virtual eliminación de la Iglesia católica en el Reich.» Pacelli se había olvidado al parecer de la advertencia de Brüning acerca de la intrínseca debilidad de los concordatos con regímenes totalitarios.

Pacelli dijo a Kirkpatrick, quien a su vez lo transmitió a Londres, que «la Iglesia [...] carecía de armas en ese terreno. Estaba fuera de la arena política». Le hizo entonces este comentario de despedida: «Si el gobierno alemán violara el concordato, y estamos convencidos de que lo hará, el Vaticano tendría una base sobre la que protestar.» Pacelli respondió entonces, al parecer con una sonrisa: «Los alemanes no violarán probablemente todos los artículos del concordato al mismo tiempo.»[49]

Brüning huye

¿Qué pasaba entretanto con Heinrich Brüning, el antiguo canciller conservador al que Pacelli había hecho aparecer como un liberal radical? Sin base política, dedicó cierto tiempo a convencer a los

obispos de que frenaran la ratificación del concordato, lo que tuvo lugar el 10 de septiembre. Recorrió toda Alemania, leyendo informes sobre las torturas físicas infligidas a judíos y socialdemócratas, advirtiendo que el objetivo último de Hitler era la destrucción de la Iglesia. Según el jesuita organizador de la resistencia, padre Friedrich Muckermann, fue Brüning quien le sacó de la inercia moral en que había caído al creer que el Vaticano aprobaba la política nazi, a raíz del concordato; y esto es algo que Pacelli parecía olvidar. Brüning predicaba la necesidad de resistir allí donde podía.

En octubre de 1933, agotado por la constante vigilancia policial, acabó enfermando. El hospital en el que recibió tratamiento por una dolencia cardíaca fue amenazado. Comenzó a cambiar de alojamiento cada dos o tres días. El padre Muckermann recuerda en sus memorias de la resistencia, *Im Kampf*, que en la primavera de 1934, Brüning parecía un animal acosado, exhausto, a la espera del «balazo final». Finalmente permitió al hermano de Muckermann que le ayudara a atravesar la frontera holandesa el 21 de mayo de 1934, para comenzar una nueva vida en el exilio con lo poco que pudo meter en una maleta.

Brüning vivió lo suficiente para poder influir en la formación del Partido Demócrata Cristiano alemán en la posguerra, «un partido interconfesional y socialmente progresivo, conservador en el *tempo*». También apoyó la consolidación del liderazgo de Konrad Adenauer como líder de la Democracia Cristiana, el más viable candidato a canciller de la República Federal.

9. El concordato en la práctica

La firma del concordato con el Reich marcó el comienzo formal de la aceptación por parte del catolicismo germano de sus obligaciones con respecto al Reich, en los términos del tratado, que imponía a los católicos el deber moral de obedecer a sus gobernantes nazis. Así se acalló la crítica de los católicos, y una gran Iglesia, que podría haber constituido la base para oponerse al nazismo, se confinó al ámbito de las sacristías. Hubo notables excepciones, como por ejemplo la de los sermones de adviento del cardenal Faulhaber en defensa del Viejo Testamento, en otoño de ese año; pero fueron actos de desafío individuales (y como veremos más adelante, matizados). No había nada que se pareciera ni remotamente a una actividad concertada de protesta, ni siquiera sobre cuestiones relacionadas con las infracciones de los términos del propio tratado.

La firma del concordato no significó el fin de los ataques contra asociaciones y organizaciones católicas que según el criterio de la Iglesia no eran políticas. Los dirigentes nazis locales no se sentían vinculados por el espíritu del tratado, sobre todo teniendo en cuenta que, debido a las prisas de Pacelli, todavía estaba incompleto en cuanto a la definición de lo que debía entenderse por asociaciones «políticas». La persecución esporádica de los católicos se mantuvo, pues, e incluso se incrementó. En Baviera, patria tradicional del catolicismo alemán, donde Himmler y Heydrich estaban más activos, eran frecuentes las prohibiciones y la intimidación contra grupos católicos, en particular contra la prensa. El 19 de septiembre, una circular distribuida por la policía política de Baviera prohibía a los católicos todas las reuniones, con excepción de las mantenidas por los coros y las reuniones de caridad de San Vicente de Paúl.[1] Pero el proceso centralizado de «protección» halló a la Iglesia en un estado de pasividad autoimpuesta. Reacia a quejarse

de ninguna forma directa o pública por el miedo a violar los términos del concordato y de ofender a Roma, la jerarquía eclesiástica buscaba en Pacelli el ejemplo de cómo actuar frente a las infracciones del tratado. Pero Pacelli poco podía hacer sin una definición o una lista de las organizaciones que merecían protección. Y mientras no existiera esa lista, los protagonistas del terror nazi podían declarar que actuaban contra organizaciones «políticas»; la demora iba así en beneficio de los nazis, y las asociaciones amenazadas se iban disolviendo una tras otra bajo la presión y la violencia.

El comienzo de agosto encontró a Pacelli exhausto y vacilante acerca de su última arma, la decisión de ratificar o no el concordato. Dudando en aceptar toda la responsabilidad de ese acto final e irreversible, pidió a la jerarquía alemana que convocara una conferencia de todos los obispos para determinar una posición conjunta. Pero aunque la reunión de Fulda en la última semana de agosto de 1933 expresó sus temores acerca de la supervivencia de los periódicos católicos, entre otras cosas, el momento para echarse atrás en el concordato había pasado. Se votó una resolución que pedía a Pacelli una ratificación lo más rápida posible, con la tenue esperanza de que ésta mejorara la situación; pero también le pidieron que transmitiera al régimen una lista de agravios, entre ellos una patética súplica por la suerte de los judíos convertidos al catolicismo. El hecho de que ahora consideraran necesaria esa intervención específica indicaba la abyecta debilidad de la política de Pacelli, que implicaba largas demoras entre las persecuciones y la reacción de Roma.

La petición de los obispos a Pacelli decía como sigue: «¿Sería posible que la Santa Sede pronunciara un sincero ruego por los cristianos que se han convertido desde el judaísmo, que junto a sus hijos y nietos están sufriendo grandes dificultades debido a su origen no ario?»[2] Pacelli no se sintió inclinado, sin embargo, a expresar una compasiva solicitud por esos convertidos. Más tarde elaboraría una nota aparte sobre la cuestión.

La ratificación del concordato debía completarse en una ceremonia en el palacio Apostólico del Vaticano el 10 de septiembre, estando encargados de concertar los últimos detalles el propio Pacelli y el consejero de la embajada alemana, Eugen Klee. Pacelli no había conseguido aún clarificar la distinción entre asociaciones religiosas y políticas, lo que cabía hacer mediante la presentación

de una lista de organizaciones. Tras un contacto directo con el gobierno del Reich, en el que le manifestaron que los ataques contra católicos en toda Alemania sólo cesarían si se producía una rápida ratificación del concordato, Pacelli respondió velozmente con la vana esperanza de que eso produjera resultados.

En las reuniones preparatorias de la ratificación, Klee trató a Pacelli con una arrogancia que bordeaba el insulto. Cuando el cardenal secretario de Estado le entregó un memorándum de quejas que mencionaba el trato dado a los judíos convertidos al catolicismo, Klee se negó a aceptarlo. De forma que Pacelli volvió a escribir el documento, mencionando a los judíos convertidos al catolicismo en una *pro memoria.* Pero Klee lo rechazó de nuevo, declarando que el secretario de Estado debía encabezar el documento con un párrafo en el que se manifestara que «la Santa Sede no tenía intención de interferir en los asuntos internos de Alemania». Klee insistió en que sólo aceptaría quejas referidas a los artículos del concordato, y que la frase acerca de los católicos de origen judío debía ser eliminada.[3]

Al final, Pacelli retiró la *pro memoria*, haciéndola llegar más tarde bajo la forma de una nota a la embajada en la que afirmaba, como se le había exigido, que «la Santa Sede no tenía intención de interferir en los asuntos internos de Alemania». Proseguía con una súplica «por cuenta de los católicos alemanes que han llegado a la religión cristiana desde el judaísmo, o descendientes de éstos en primera generación o más remotos, y que por razones que el gobierno del Reich conoce están sufriendo dificultades sociales y económicas».[4] El propio hecho de plantear tales distinciones traicionaba, evidentemente, la colusión diplomática de Pacelli con la política antisemita genérica del Reich.

El acto final de la ratificación dejó a Pacelli en un estado de colapso nervioso. El 9 de septiembre, víspera de la ceremonia oficial de intercambio de documentos, partió hacia su retiro habitual en el sanatorio de Rorschach, en Suiza. Cuando Buttmann preguntó si podía seguirle allí para discutir los principales puntos de fricción, se le denegó. La parte alemana argumentaba más tarde que si Buttmann hubiera podido entrevistarse con Pacelli en Suiza, las principales diferencias se podrían haber resuelto con mayor rapidez y facilidad.[5]

La siguiente semana se celebró en Alemania la ratificación del

concordato con un servicio de acción de gracias en la catedral de Santa Eduvigis en Berlín, bajo la presidencia del nuncio papal Orsenigo. Las banderas nazis se mezclaban con las tradicionales del Vaticano; en la culminación de la animada ceremonia se cantó el *Horst Wessel* dentro de la iglesia, retransmitido mediante altavoces a los miles de ciudadanos que se encontraban fuera. ¿Quién podía dudar ahora de que el régimen nazi contaba con la bendición de la Santa Sede? De hecho, el arzobispo Gröber se saltó el protocolo para felicitar al Tercer Reich por la nueva era de reconciliación. Y sin embargo era evidente desde el mismo día de la ratificación que en diversos lugares de Alemania, en particular en Baviera, se aprovechaba la dificultad para distinguir entre asociaciones religiosas y políticas para perseguir a los católicos.

PROTESTANDO A TRAVÉS DE ROMA

La jerarquía eclesiástica alemana comenzó ahora el rutinario e inconsistente procedimiento de llevar sus quejas, no a sus autores e instigadores sino al Papa, o más específicamente a Pacelli. En una visita *ad limina* (al umbral del Papa) de los obispos alemanes, el 4 de octubre de 1933, el cardenal Bertram presentó un catálogo de protestas que caracterizaban adecuadamente la extensión de la creciente persecución nazi hacia las Iglesias cristianas de Alemania, en particular la católica. Sus quejas incluían «las aspiraciones totalitarias del Estado», con sus consecuencias en la vida familiar y pública; la supresión de las asociaciones de la Iglesia, incluyendo los «círculos de costura y labores para el invierno»; restricciones impuestas a la prensa católica que el cardenal consideraba peores que las impuestas durante la *Kulturkampf* de Bismarck; el despido de funcionarios católicos y la discriminación generalizada contra los judíos convertidos al catolicismo. Finalmente, anticipaba un serio conflicto en torno a la ley de esterilización.

Pese a los intentos de Gröber y Von Papen de acallar las protestas de Bertram, los infelices obispos alemanes presionaban a Pacelli. ¿Qué es lo que le decían realmente? Está claro por la subsiguiente iniciativa de Pacelli que al menos algunos de ellos le sugerían que el Papa debía elevar una enérgica protesta e incluso renunciar al concordato, un paso encaminado a retomar la iniciativa y a

situarse en la oposición, cuando menos potencial, que podría haber tenido consecuencias impredecibles para Hitler, incluso en un momento tan tardío. El 12 de octubre, el embajador alemán ante la Santa Sede, Diego von Bergen, advirtió al Ministerio de Asuntos Exteriores en Berlín de que Pacelli le había anunciado la intención del Papa de protestar «contra las crecientes infracciones del concordato y las presiones contra los católicos, a pesar de las promesas oficiales alemanas». Pacelli añadió al parecer que el Papa planeaba hacer pública su posición en una declaración «contra lo que estaba sucediendo en Alemania».[6]

Comenzó entonces un juego diplomático de tira-y-afloja, en el que Pacelli empleaba como principal arma la «amenaza» de una denuncia papal; los negociadores del Reich, por su parte, intentaban evitar las protestas oficiales del Papa aparentando mantener una actitud negociadora. El planteamiento de Pacelli partía de la afirmación de que la Santa Sede estaba dispuesta a reconocer al Reich de Hitler, fueran cuales fueran sus ofensas contra los derechos humanos y contra otras confesiones y credos, siempre que se dejara en paz a la Iglesia católica alemana.

Hitler preparaba en ese momento las elecciones al Reichstag, así como la retirada de la Sociedad de Naciones mediante un referéndum sobre la cuestión. Envió a Buttmann, el jefe de la delegación que había negociado los últimos detalles del concordato, al Vaticano, donde Pacelli le esperaba con una *pro memoria* que recogía las quejas de los obispos. Ambos mantuvieron largas conversaciones durante los días 23, 25 y 27 de octubre, tratando nuevamente de precisar qué debía entenderse por organización «política» católica. Las argumentaciones se sucedían por una parte y otra, como ya había sucedido en julio. En cierto momento, cuando Buttmann sugirió que todas las organizaciones juveniles, deportivas y ocupacionales católicas debían incorporarse a los correspondientes grupos nacionalsocialistas, Pacelli le respondió enojado que «eso constituiría una violación de la ley internacional, que está por encima de la ley del Reich».[7]

La decisión de Buttmann de acudir a Roma, sin embargo, retrasó indefinidamente la proyectada denuncia del Papa, y pudo volver a Berlín para ocuparse de otras cuestiones que afectaban a las relaciones Iglesia-Estado, en particular de una conferencia sobre la ley de esterilización. Pero incluso en esa cuestión, pese a una invitación

a los obispos para que manifestaran su opinión, ésta no desempeñó ningún papel en la redacción final de la ley. Buttmann, entretanto, no sentía prisa por volver a Roma para resolver los principales desacuerdos, y cuando ofreció como cebo la promesa de una resolución, Pacelli contuvo al Papa evitando que realizara una protesta pública.

Mientras, desde el púlpito de la iglesia de San Miguel de Munich, la mayor de la ciudad, el cardenal Faulhaber alzó una matizada protesta en nombre de todos los cristianos alemanes, lo que indicaba, de forma aislada y por tanto trágica, la posibilidad no intentada de ejercer algún tipo de oposición. Entre el primer domingo de adviento y el Año Nuevo pronunció una serie de cinco sermones contra la denuncia nazi del Antiguo Testamento, que fueron oídos por mucha gente (se colocaron altavoces en las iglesias vecinas) y distribuidos por todo el país (en 1934 se publicaron en inglés en Nueva York, bajo el título *Judaism, Christianity and Germany*).[8]

Hablando en nombre de los católicos pero también de los protestantes («extendemos nuestra mano a nuestros hermanos separados, para defender junto a ellos los libros sagrados del Antiguo Testamento»), Faulhaber reiteraba para cuantos supieran leer entre líneas lo que ya había dicho tres años antes: que el nacionalsocialismo era una herejía. En su cuarto sermón, el cardenal declaró que se estaba tramando una temible maquinación; los nazis amenazaban abandonar el Antiguo Testamento porque sus libros eran judíos. Faulhaber proclamó que Cristo rechazaba los «lazos de sangre» reemplazándolos por «lazos de fe». En el último sermón declaró: «No debemos olvidar nunca que no es la sangre alemana lo que nos salvará, sino la preciosa sangre de Nuestro Señor crucificado.»

Los sermones de Faulhaber eran explícitos, pero en ellos poco había que confortara a los judíos alemanes, y ciertamente nada en defensa del Talmud, pero sí mucho, como ha comentado Saul Friedländer, de los «acostumbrados clichés del tradicional antisemitismo religioso». Faulhaber estaba de hecho defendiendo a los pocos judíos que se habían convertido al cristianismo, pero no a todos los judíos. Los sermones estaban dirigidos principalmente contra el antisemitismo teológico,[9] y el propio Faulhaber admitía que no era su intención comentar los aspectos contemporáneos de la cuestión judía: «Yo defendía el Viejo Testamento —diría—, sin adoptar ninguna posición acerca de la cuestión judía actual.»[10]

Así y todo, un informe secreto del servicio de seguridad de Himmler afirmaba que a Faulhaber «se le considera, sobre todo por parte de la prensa extranjera, como líder espiritual de la resistencia católica frente al Estado nacionalsocialista. [...] Sus ocasionales admoniciones al clero para que "cooperen con el Estado" no contrapesan el efecto disgregador de sus sermones de adviento sobre el judaísmo, en especial el de Año Nuevo sobre la nación alemana».[11]

¿Cabe pensar que el cardenal Faulhaber, en el preciso instante en que el catolicismo parecía haberse rendido, estuviera midiendo el alcance de una última y desesperada resistencia? En cualquier caso, dejó pasar el momento, desaconsejando la protesta. En sus propias palabras, no deseaba «de ninguna forma caer en una postura de oposición radical».

La Santa Sede poseía ahora, para lo bueno y para lo malo, el control de la política de relaciones Iglesia-Estado, que trataba de asegurar un equilibrio de intereses mediante la conciliación.

Pacelli continúa apaciguando los ánimos

A finales de noviembre, Pacelli comenzó a impacientarse por la ausencia de respuesta de Buttmann. El cardenal secretario de Estado se alarmó aún más al saber que el vicecanciller Von Papen planeaba integrar a los grupos juveniles católicos en las juventudes hitlerianas. Pacelli no podía sentirse más disgustado con esa noticia que los propios obispos alemanes, pero insistía en que el problema sólo podría resolverse entre él mismo y Berlín, y pidió a los obispos que se mantuvieran firmes tras él, permaneciendo en silencio y apoyando su posición negociadora. Así, una vez más, privaba a los obispos de la capacidad de afrontar el reto en sus respectivas diócesis. Justificando la exigencia de Pacelli de dirigir él mismo el proceso desde la cumbre, Kaas comentó al arzobispo Gröber: «En el Estado rige el principio de liderazgo; lo mismo sucede en el Vaticano. Si en el episcopado sigue prevaleciendo el parlamentarismo, será la propia Iglesia la que sufra.»[12]

Presintiendo que la presión sobre Pacelli podía tener resultados impredecibles, Buttmann aceptó la sugerencia del nuncio vaticano de realizar otro viaje a Roma. Pasó casi todo el día 18 de diciembre

con Pacelli, quien le dijo de nuevo que el Papa se sentía molesto y a punto de perder la paciencia: «[Pío XI] tendrá que hablar de Alemania en su alocución de Navidad.» Y añadió, exponiendo con ello la trágica debilidad de su táctica: «Si yo pudiera presentar algún resultado a Su Santidad, creo que su disposición mejoraría.»[13] La protesta se había convertido así en un mero instrumento de los gambitos de Pacelli, que podía adelantar o retirar según el estado del juego diplomático.

En consecuencia, Buttmann telefoneó a Hitler y al día siguiente Pacelli tenía en sus manos una nota telegrafiada desde el gobierno del Reich. Su contenido, sin embargo, difícilmente serviría para apaciguar las quejas de los católicos alemanes. No era sino una promesa de «negociaciones verbales en el próximo futuro», a la que acompañaba la decisión de permitir que la Santa Sede llevara a cabo a su antojo la selección de los obispos, y la exención del servicio militar para los seminaristas. Pero no había ni una palabra acerca de la persecución de los judíos convertidos al catolicismo, ni un solo avance en la cuestión de las asociaciones. En cualquier caso, fue lo suficiente para que Pacelli disuadiera al Papa de criticar a Hitler en su sermón navideño.

Pero tan pronto como el gobierno del Reich se sintió a salvo de un reproche papal, volvió de nuevo a la ofensiva. El embajador germano ante la Santa Sede aconsejó al Ministerio de Asuntos Exteriores en Berlín que, puesto que a Pacelli le gustaba trabajar con documentos, debería enviarse al Vaticano una respuesta punto por punto a las protestas de la Santa Sede. Al mismo tiempo, el ministro de Asuntos Exteriores, Konstantin von Neurath, intentó protestar por la supuesta injerencia política por parte de algunos sacerdotes católicos, particularmente del clero austríaco. ¿No podía remitir la Iglesia en sus injustos ataques a un gobierno elegido?

Así, ya en abril de 1934, Pacelli se veía absorbido por la redacción de una *pro memoria* tras otra preparándose para los sucesivos encuentros con Buttmann, ninguno de los cuales condujo a nada. El punto principal de fricción era el de las organizaciones juveniles. Buttmann argumentaba que, con tal de que se les permitiera a los jóvenes cumplir con sus obligaciones religiosas, no podía haber ninguna objeción a su integración en las juventudes hitlerianas. Por orden expresa de Hitler del 29 de marzo, Buttmann debía exigir ese compromiso en la siguiente ronda de conversaciones a celebrar en

la segunda semana de abril. Pacelli, sin embargo, se negó a limitar las organizaciones juveniles católicas a meras «asociaciones de oración», por miedo a que los jóvenes católicos se vieran absorbidos por la neopagana cultura nazi. En febrero, de hecho, citando su racismo anticristiano, la Santa Sede había puesto en el Índice de libros prohibidos *El mito del siglo* XX de Alfred Rosenberg, el nuevo dirigente de la educación ideológica nazi.

Conforme pasaban los meses sin salir del punto muerto en la cuestión de las asociaciones católicas, Pacelli se sentía cada vez más frustrado por el hecho de que el aparente estorbo era la obligación establecida por el Reich de consultar con los gobiernos regionales. El 14 de mayo escribió una extraordinaria nota a Buttmann que al parecer causó mucha extrañeza, y sin duda cierta diversión, en la Wilhelmstrasse. Pacelli reprochaba al Reich que no utilizara los poderes dictatoriales de que disponía para ordenar a los estados regionales recalcitrantes la aceptación de las disposiciones concordatarias. En un resumen de la nota de Pacelli enviado a Hitler se señalaba que «la idea clave que se repite en la *pro memoria* es que las causas que han dado lugar a las quejas de la Iglesia no deberían permitirse, en particular en un Estado dirigido autoritariamente [*Führesstaat*]. El gobierno del Reich cuenta con métodos para ejercer su influencia y un poder físico como no se había conocido hasta ahora».[14]

¿Es posible que Pacelli estuviera regañando a Hitler por no ser suficientemente dictatorial? ¿O se trataba de un gesto de dudosa ironía, que indicaba que era consciente de que las demoras que alegaban la reticencia local no eran más que una excusa? Quizá ambas cosas sean verdad en alguna medida. En cualquier caso, ahora le tocaba a Pacelli mostrarse recalcitrante.

El 27 de junio, tres obispos alemanes (Gröber, Berning y Nikolaus Bares) se entrevistaron con Hitler, encargados por Pacelli de mediar entre la jerarquía eclesiástica y el gobierno del Reich en las relaciones Iglesia-Estado. Hitler les aseguró que en cuanto se completaran las negociaciones en curso sobre el problema de las asociaciones, él mismo haría una declaración acerca de la libertad de la Iglesia católica para emprender actividades «en su propia esfera». El 29 de junio, sin consultar a Roma, esos tres obispos completaron, junto a los negociadores del Reich, un documento que constituía una base formidable para limar las notables diferencias. Se recono-

cían como religiosas muchas organizaciones de la Iglesia, incluidas las asociaciones juveniles que se limitaban a la educación moral y religiosa. Las organizaciones deportivas y laborales debían integrarse en la Acción Católica, aun reconociendo que el entrenamiento físico sería prerrogativa del Estado. Los obispos prometían que la juventud católica no vestiría uniformes ni organizaría acampadas.

Aparte del hecho de que cualquier acuerdo con el gobierno del Reich carecía de valor en las circunstancias del momento, parecía preferible ese pacto a no contar con ninguno, dado el peligroso aprieto en el que la Iglesia católica se veía atrapada. Pero la conclusión del acuerdo quedó frustrada por un acto característico de centralismo que revelaba una vez más que la Santa Sede no iba a permitir que los obispos alemanes decidieran por sí mismos. Antes de que el documento fuera enviado al Ministerio del Interior en Berlín, el cardenal Bertram lo sometió a Pacelli solicitando su opinión, y éste lo rechazó, alegando en nombre del Papa la purga sangrienta del 30 de junio de 1934.

Hasta hoy día no se sabe con certeza cuántas personas perdieron la vida por órdenes de Hitler en la llamada «Noche de los Cuchillos Largos». Entre las ochenta y cinco víctimas estimadas se encontraban figuras que habían sido cruciales en el ascenso de Hitler, como Ernst Röhm, Kurt von Schleicher, Karl Ernst y Gregor Strasser. En el transcurso de la noche, sin embargo, también fueron asesinados varios católicos que se habían opuesto al ascenso de Hitler, como Erich Klausner, dirigente de la Acción Católica; el doctor Edgar Jung, miembro preeminente de la misma; Adalbert Probst, dirigente de las organizaciones deportivas católicas, y Fritz Gerlich, editor del semanario católico *Der Gerade Weg*. En todos los casos, los asesinos presentaron coartadas amañadas.[15]

La naturaleza criminal del régimen gangsteril de Hitler quedaba así en evidencia. No sólo se trataba de una dictadura violenta y totalitaria, sino que estaba dispuesta a cometer asesinatos en masa para alcanzar sus objetivos. Para vergüenza de la jerarquía eclesiástica alemana, y más aún de Pacelli, que seguía obligándolos al silencio, los obispos católicos no pronunciaron ni una palabra de protesta frente a esta matanza de valerosos dirigentes católicos laicos. El Papa y su secretario de Estado, sin embargo, se vieron obligados a llevar a cabo la mínima protesta de negarse a concluir las nego-

ciaciones para incorporar la resolución de los obispos en el incompleto artículo 31 del concordato. Al cabo de tres semanas, Pío XI y Pacelli sentían aún menos deseos de aceptar esa resolución tras el asesinato del canciller Engelbert Dollfuss de Austria el 25 de julio, quien el mes anterior había firmado un concordato con el Vaticano favorable a la Iglesia católica. Entretanto, dado que Roma no había respaldado la solución propuesta para el artículo 31, Hitler declinó hacer pública la prometida declaración que supuestamente garantizaría a la Iglesia católica la inmunidad frente a los ataques de que venía siendo objeto en Alemania.

El 2 de septiembre, Pacelli informó a los obispos alemanes de que las concesiones realizadas por el gobierno alemán estaban «por debajo del grado de libertad religiosa garantizado por el texto del concordato».[16] Ambas partes —los negociadores del Reich y los obispos alemanes— no debían cerrar las negociaciones, pero se posponía indefinidamente su avance mientras Pacelli, figura clave en el destino de los católicos alemanes, partía para realizar una larga visita al otro extremo del mundo. Era el primero de los muchos viajes que le llevarían fuera de su despacho mientras la oscuridad se extendía sobre Europa.

SUDAMÉRICA

Durante los cuatro años que había servido como secretario de Estado en el Vaticano, Pacelli había causado una profunda impresión al autocrático Pío XI. Aunque temperamentalmente eran muy diferentes, una de las principales razones de la admiración que el Papa sentía por Pacelli era la convicción que ambos compartían de que la Iglesia era «una sociedad perfecta, suprema en su propio orden». Esta idea, desarrollada por León XIII y transformada, como hemos visto, en modelo de una burocracia centralista controlada mediante el Derecho Canónico y los concordatos, fue llevada hasta sus últimas consecuencias en la encíclica de Pío XI *Quas primas* (1925), en la que declaraba que la Iglesia «no sólo simboliza el reinado definitivo de Dios sobre el universo sino que realiza, gradualmente, la soberanía de Cristo sobre el mundo, incluyendo a individuos y pueblos en su ley de justicia y paz». Ese mismo año, Pío XI estableció la fiesta de Cristo Rey, quien según el Papa ejercía su poder no sólo

sobre los católicos sino sobre los demás hombres, y no sólo sobre los individuos sino también sobre las sociedades. Comparados con la primacía universal de Cristo, proyectos laicos como la Sociedad de Naciones, en opinión de Pío XI, carecían de trascendencia. Cuando los nubarrones de la guerra comenzaban a acumularse en el horizonte, la única esperanza para las sociedades humanas consistía en someterse a la Iglesia y al Vicario de Cristo Rey en la tierra.

Pío XI tenía sin duda en mente en 1934 tal monarquía universal, espiritual y moral cuando pidió a Pacelli que viajara en su nombre presentándose como enviado del Vicario de Cristo en la tierra. Pero tenía además otra motivación: en sus propias palabras, el Pontífice quería mostrar a su protegido a los obispos del mundo entero. En 1936 dijo al entonces monseñor Domenico Tardini: «Le hago viajar con el fin de que conozca el mundo y se haga conocer por él.» Y tras una pausa añadió: «Será un espléndido Papa.»[17] Vistas ésta y otras observaciones, queda claro que ya en 1934 Pío XI trataba de influir sobre el resultado del próximo cónclave, cargando los dados en favor de Pacelli.

Pese a sus urgentes responsabilidades durante este período de creciente peligro en Europa, Pío XI le envió en otoño de 1934 como legado papal al Congreso Eucarístico de Buenos Aires. En rápida sucesión se produjeron otros viajes. La misión que le llevó a Argentina tenía un contenido no sólo religioso sino también político. Teniendo en cuenta el régimen comunista anticlerical de México y las frecuentes sublevaciones en el continente, Pío XI confiaba en el catolicismo tradicionalista de Argentina con su benigno régimen militar y su apariencia de democracia republicana. El año anterior se habían celebrado elecciones. ¿No era acaso Argentina el verdadero ejemplo de armonía en las relaciones Iglesia-Estado en aquella agitada región? La visita del legado papal sería una señal de que el mundo no había apostatado en su totalidad, un testimonio vivo de la presencia de Cristo en la Eucaristía en manos del legado del Vicario de Cristo en la tierra. La triunfal llegada de Pacelli a Latinoamérica, algo sin precedentes en la historia de la Iglesia católica, anticipaba los viajes de dos papas posteriores, Pablo VI y Juan Pablo II.

La orquestación del viaje de Pacelli fue extraordinaria, preparando cada uno de sus aspectos de forma espectacular para conseguir el máximo impacto público. Partió de Génova el 24 de sep-

tiembre en el buque italiano *Conte Grande*, con la enseña papal ondeando en su palo mayor, mientras sonaban todas las campanas de la ciudad y bandas de música, entre los gritos de la multitud que se agolpaba en el muelle para recibir la bendición de Pacelli como si fuera la del propio Papa. Su alojamiento en la popa del barco incluía una capilla privada, un despacho, una sala de estar y otras dos habitaciones. El despacho estaba amueblado con una pesada mesa y parte de su biblioteca privada. Se le había instalado un radioteléfono con el fin de que pudiera mantenerse en contacto con la Secretaría de Estado. Alojados en otros camarotes viajaban con él todo un séquito de secretarios, cuatro obispos, varios diplomáticos latinoamericanos y representantes de las órdenes religiosas. Entre ellos se encontraba monseñor Kaas, quien se había convertido en el factótum del amplio ámbito del secretario de Estado, y que llevaba consigo a una sobrina. La prensa describía el navío como «una catedral flotante».

Según los informes del viaje,[18] Pacelli no se mostró nunca ante los pasajeros, exceptuando el día en que el barco atravesó el ecuador. En lugar del acostumbrado jolgorio carnavalesco, Pacelli exigió que se celebrara una ceremonia religiosa. Saliendo de su camarote vestido con una túnica dorada, paseó a lo largo del buque con todos sus prelados y acólitos, parándose para bendecir los cuatro puntos cardinales.

Cuando el barco se aproximaba a Buenos Aires tras un viaje de dos semanas, el presidente argentino, general Agustín Pedro Justo, subió a bordo desde el buque de guerra *25 de Mayo* para saludar así a Pacelli: «Su Eminencia, saludo en la persona del legado papal al más importante soberano del mundo, ante cuya autoridad espiritual todos los demás soberanos se postran con veneración.»

Conducido en una carroza de ceremonia y con flores adornando todos los balcones, Pacelli entró en la ciudad como un emperador. En los cinco días siguientes impresionó a los ciudadanos de la capital argentina con su rostro como pintado por el Greco y su aspecto de concentrada piedad. Mantuvo conversaciones acerca de la situación política de la región con varios altos funcionarios del gobierno y diplomáticos, se celebraron largas procesiones y ceremonias religiosas en el Parco Palermo, donde pantallas transparentes a prueba de balas protegían el altar y el trono de Pacelli. Un artilugio con ruedas arrastrado por cientos de sacerdotes con sotanas

blancas llevó a través de las calles de Buenos Aires a un Pacelli arrodillado ante la expuesta Eucaristía.

Una tarde ocurrió un incidente revelador, cuando Pacelli fue invitado a asistir a una representación de la *Cecilia* de Refice en el teatro Colón. En el último momento decidió realizar en su lugar un vuelo en aeroplano sobre la ciudad. Tal como atestiguan las fotografías que se tomaron durante el vuelo, se mantuvo sentado, tieso como un palo, leyendo su breviario. La tarde siguiente repitió la experiencia, esta vez en un aparato militar, que prefería por su velocidad.

En este ostentoso viaje ya era evidente el piadoso porte que marcarían sus apariciones en años posteriores, siendo Papa: como señalaba Carlo Falconi, su aspecto general estaba «compuesto de ascetismo e inspiración religiosa»; allá donde aparecía entre un grupo de autoridades locales, civiles o eclesiásticas, su invariable pose lo mostraba «con las manos juntas como si estuviera participando en una ceremonia litúrgica».[19]

El día del regreso hizo un alto en Montevideo para bendecir a las multitudes de fieles en el muelle, y luego siguió hacia Río de Janeiro, donde fue recibido con honores de jefe de Estado por el presidente y el gobierno en pleno. Escoltado hasta la cumbre de la colina que domina Río, donde se alza la estatua del Redentor con los brazos en cruz, postura que Pacelli iba a emular en años venideros, bendijo la tierra de Brasil en nombre del Santo Padre. Su partida hacia Europa fue saludada por disparos de salva de las baterías costeras, aviones en formación, y una escuadra de buques como escolta, haciendo sonar sus sirenas.

En lugar de regresar inmediatamente a Génova, el *Conte Grande* atracó el 1 de noviembre en Barcelona, donde Pacelli se entrevistó con el general Domingo Batet, gobernador militar de Cataluña. La ciudad había vivido una gran agitación durante el mes de octubre después de que el dirigente separatista Lluís Companys proclamara un Estat Català independiente.

El general gobernador militar organizó una recepción para que Pacelli pudiera encontrarse con prelados y dignatarios civiles y militares de todos los rincones de España. Brindando su hospitalidad con un aplomo imperial, Pacelli ofreció una cena de gala en el barco a miembros del gobierno de Madrid y el arzobispo de Tarragona. ¿Cómo podían Pacelli o el general Batet prever la explosión

de violencia y la carnicería que pronto estallaría en España, o los miles de clérigos y religiosos que perderían la vida en la guerra civil? El propio general Batet sería ejecutado dos años después al ser incapaz de infligir la violencia que Franco consideraba esencial para llevar adelante la guerra.[20]

Pacelli llegó a Génova el 2 de noviembre, y al día siguiente fue recibido, junto a su comitiva, por el Papa, quien derramó elogios y gratitud sobre su cardenal preferido. Pacelli, por su parte, pudo informar: «Nunca antes había visto toda una nación, gobernantes y gobernados unidos, inclinando la cabeza y doblando la rodilla tan devotamente ante Aquel que dijo: "Soy un rey... pero mi reino no es de este mundo."»[21] El palacio apostólico no había sido testigo de tales escenas ni oído tales expresiones desde los lejanos tiempos del papado barroco.

La tarde siguiente, según uno de sus hagiógrafos,[22] un secretario se acercó a las habitaciones de Pacelli con un telegrama urgente. La habitación estaba a oscuras, pero a la débil luz que entraba por las ventanas, el sorprendido subalterno vio cómo una alta figura se alzaba del suelo de mármol donde había estado orando, tumbado boca abajo y con los brazos en cruz. Al encenderse la luz, Pacelli tomó el telegrama y viendo la agitación del clérigo le dijo: «No se preocupe. Después de tanta gloria y esplendor, es necesario acercarse al suelo para recordar que no somos nada.»

Pacelli había vuelto a una Europa al borde del conflicto. Cuando llegó a Buenos Aires el 9 de octubre, el rey Alejandro de Yugoslavia y el ministro francés de Asuntos Exteriores habían sido asesinados por un nacionalista croata en Marsella. El origen del «complot» parecía hallarse en Hungría, y en Yugoslavia se pedían represalias. En las complejas alianzas tejidas en Europa, Italia y Francia corrían peligro de verse arrastradas a un conflicto militar.

Mientras, en las últimas semanas de 1934, Hitler concentró sus esfuerzos en preparar el plebiscito por la disputada región del Sarre. La votación se celebró en enero de 1935, resultando una aplastante mayoría, en la que pesaron mucho los votos católicos en favor de la retrocesión al Reich. Poco después, Hitler anunció la introducción del servicio militar obligatorio. El Libro Blanco del gobierno británico sobre el fracaso de la Conferencia de Desarme y el anuncio de Göring de la constitución de la Luftwaffe incrementaron el estado de tensión que vivía Europa.

Al mismo tiempo, Mussolini había expresado abiertamente su ambición de crear un imperio por la fuerza de las armas. El 1 de febrero de 1934, el Duce anunció que pretendía conquistar Etiopía como primer paso de ese sueño y en cumplimiento de la cultura fascista de dominio y poder. Mussolini estaba convencido de que Gran Bretaña no intervendría, pero no las tenía todas consigo con respecto a Francia, que había invertido grandes sumas en la construcción de un ferrocarril de Addis Abeba, la capital de Etiopía, hasta el puerto de Yibuti, en territorio francés.

Pacelli y Francia

Pierre Laval, el nuevo ministro francés de Asuntos Exteriores, llegó a Roma el 5 de enero de 1935 a fin de mantener conversaciones con Mussolini con la esperanza de aliviar las tensiones franco-italianas. La visita fue un éxito, disolviendo los miedos de Mussolini acerca de la situación yugoslava y la posibilidad de una intervención francesa en Etiopía. Laval informó al Duce de las negociaciones para un pacto entre Francia y la Unión Soviética, y abrió la vía a una comprensión especial entre Francia e Italia.

El Vaticano no quedó marginado en esa visita. En la tarde del 7 de enero, Laval se entrevistó con Pacelli en su despacho de la Secretaría de Estado. Hablaron del creciente peligro alemán y de la probabilidad del *Anschluss* de Austria. Se volvieron a encontrar más tarde en una cena ofrecida a Pacelli en la residencia del embajador francés en el Palazzo Taverna. Pacelli recibió esa noche la gran cruz de la Legión de Honor. Bajo la suave influencia diplomática del cardenal secretario de Estado, la visita de Laval creó nuevas oportunidades para atraer a Francia y a los católicos franceses más cerca de la Santa Sede.

Desde el comienzo del pontificado de Pío XI, la Iglesia francesa se había visto dividida por el movimiento de extrema derecha y el periódico conocidos como *L'Action Française*, bajo la dirección de Charles Maurras. Ese movimiento —que contaba con muchos simpatizantes y seguidores católicos, más por su antirrepublicanismo que por sus prejuicios particulares— predicaba la primacía de la Iglesia sobre el «Cristo hebreo», la sujeción del hombre a la sociedad, la exaltación nacionalista y el retorno de la monarquía.

L'Action Française, antisemita y dedicada al extraño objetivo de descristianizar el catolicismo, era para Pío XI un peligroso cuclillo en el nido católico. Resuelto a acabar con ella, el Papa condenó tanto el periódico como el movimiento. Los obispos estaban también en el punto de mira. Se castigó a muchos miembros laicos y religiosos del movimiento. En 1926, *L'Action Française* había capitulado y Pío XI trataba ahora de atraer a su seno a Francia, la «hija mayor» de la Iglesia, y de cicatrizar las heridas abiertas en el catolicismo francés.

Pacelli fue nombrado para representar al Pontífice en Francia en una peregrinación al santuario de la Virgen en Lourdes. Pío XI, entusiasta impulsor del culto a María, seguía la tendencia de establecer una equivalencia entre la infalibilidad papal y el dogma de la Inmaculada Concepción, proclamado por Pío Nono en 1854. «Todos los verdaderos seguidores de Cristo —escribía Pío XI en 1928— creerán en el dogma de la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios con la misma fe con que creen en el misterio de la augusta Trinidad, la infalibilidad del Romano Pontífice y la Encarnación.»[23] La obediencia a María simbolizaba la sumisión individual y colectiva a la Santa Sede, al estar basado su estatus en el dogma papal.

Antes de partir hacia Francia, Pacelli tuvo que acudir al lecho de muerte de su hermano Francesco, el distinguido letrado vaticano que había negociado el Tratado Lateranense. Pacelli se sentía tan deprimido por la enfermedad de su hermano que estuvo a punto de renunciar al viaje. «Pero eso —afirmaba un temprano biógrafo, Nazareno Padellaro, con evidente aprobación y sin más explicaciones— habría sido una decisión demasiado humana.»

Pacelli partió pues hacia Francia el 25 de abril, y fue recibido en la estación de Lourdes al día siguiente con mensajes del presidente de la República y los honores debidos a un jefe de Estado. Rodeado por un cuarto de millón de peregrinos, rezó y participó en procesiones por la gruta durante tres días. En un sermón típico, habló de los enemigos de la Iglesia. «Con la ilusión de ensalzar una nueva sabiduría —dijo—, sólo hay lamentables plagiarios que cubren viejos errores con nueva trompetería. Poco importa que enarbolen la bandera de la revolución social. Se inspiran en una falsa concepción del mundo y de la vida.» Denunciando las supersticiones de la raza y la sangre, así como falsas concepciones del mundo social y eco-

nómico, declaró que la Iglesia «no consiente en formar parte de un todo con ellos a cualquier precio». Precisamente lo que había estado haciendo con Hitler durante 1933.

El último día, domingo, habló de la Mujer del Apocalipsis, vestida con el sol, del rescate de la raza humana y del Gólgota, «el centro de la historia de la humanidad». Luego habló de nuevo de la «superstición de la raza y la sangre» en Alemania y de cómo la Iglesia elegiría la sangre del Calvario antes que traicionar a su Esposo, en llamativo contraste con las realidades de conciliación y rendición que él mismo había impulsado en los últimos años en Alemania.[24]

Durante su estancia en Lourdes, Pacelli dedicó gran parte de las noches a rezar, negándose a dormir en una verdadera cama y tumbándose únicamente en una hamaca. Una noche, según Falconi, Pacelli se permitió una pequeña ruptura del ceremonial para ir a visitar el valle de Labigorre, cerca de Saint-Savin. Un sacerdote se sentó junto a él en un carruaje tirado por un caballo para servirle de guía. Pero una vez que habían salido a campo abierto, Pacelli abrió su breviario y comenzó a leer, sin echar una sola mirada al paisaje. Después de una hora o así, dijo: «Ahora, monseñor, regresemos.» En el viaje de vuelta Pacelli se mantuvo con los ojos cerrados, como en un trance místico. Cuando llegaron a su alojamiento, dijo únicamente a su compañero: «¡Perdóneme!», y se apresuró a entrar en la casa.

Pero el viaje a Francia había sido un éxito, y antes de partir se habló de una nueva visita. Según la prensa francesa, si ésta se producía debía ponerse el palacio de Versalles a disposición del legado.

Pacelli volvió en efecto a Francia el 9 de julio de 1937, llegando a París entre bandas militares y una ceremonia de bienvenida oficial. Dijo misa en la basílica del Sacré-Cœur antes de tomar el tren para Lisieux, en Normandía. La muchedumbre se alineaba en los andenes de cada estación del camino. La ciudad de Lisieux le acogió con honores militares, más bandas, banderas y una escolta a caballo. Más de tres mil peregrinos, se dijo, se alineaban en el camino hasta el palacio Episcopal. Un corresponsal comparó en un periódico a Pacelli con una figura del Pórtico Real de Chartres.

La principal tarea de Pacelli en Lisieux fue la consagración de la nueva basílica, construida sobre la tumba de santa Teresita, la monja carmelita que entró al convento con quince años en 1888 y

murió de tuberculosis en 1897, a los veinticuatro. Ese acto significó un respaldo significativo a una espiritualidad que enfatizaba la interioridad sobre la comunidad, la sumisión por encima de la acción social, el silencio sobre las palabras. Santa Teresita era famosa por su reflexión: «Quiero emplear mi cielo haciendo el bien en la tierra.» Su legado fue una autobiografía espiritual póstuma, *Historia de un alma*, que mostraba una santidad basada en las humildes rutinas de un convento de clausura.

En 1925, cuando Pío XI la canonizó como santa de la Iglesia, su culto se había convertido en un importante foco de piedad popular católica en todo el mundo. Pío XI la hizo patrona de las misiones, y era particularmente popular entre los sacerdotes diocesanos. Daniel-Rops, historiador católico francés, argumentaba que su «pequeño camino» contenía la respuesta del siglo XX a las grandes apostasías de la época, que habían llevado al comunismo y al nazismo. «A las afirmaciones de Nietzsche y Karl Marx, la santa opone sólo su irrefutable respuesta. [...] "Dios ha muerto", dijo el profeta de Sils-Maria. [Pero] Teresa [...] cuando todo podría haberla convencido de su aniquilación, seguía sabiendo que nada podría destruirlo, porque Él es la única realidad.»[25]

La devoción personal de Pío XI hacia la santa no conocía límites. Pidió a Pacelli que le trajera tres rosas de Lisieux, «tres gracias especiales que imploramos de la amada santita». Las rosas fueron cuidadosamente cortadas por los guardianes del santuario, pero Pacelli, según Padellaro, evitando todo sentimentalismo, «las estudió con la escrupulosidad de un botánico».[26]

Antes de dejar Francia, Pacelli volvió a París para pronunciar un sermón en francés en Notre-Dame a un conjunto de dignatarios eclesiásticos y civiles. Se dijo que parecía un poco nervioso al subir al púlpito. Pero pronto se animó al llegar a su tema predilecto, exclamando: *«Vigilate, fratres!»* («¡Vigilad, hermanos!»). Recordó a Francia su vocación de observar la «ley del amor», y que ésta exigía «una solución cristiana y justa a la cuestión central del proletariado». El esquema de su argumentación, desarrollada mediante una serie de generalizaciones, consistía en un rechazo a los «falsos profetas» que habían retrotraído al mundo a una nueva edad de las tinieblas comparable a la oscuridad de la era precristiana. En su perorata declaró que «cuanto antes nos demos cuenta de que existe una estrecha correlación entre la misión de la Iglesia de Cristo y

el progreso y grandeza de las naciones, antes llegaría la armonía querida por Dios».[27] Al final se produjo algo desacostumbrado en una homilía católica, al ponerse en pie el público para aplaudir con entusiasmo.

La semana siguiente, Diego von Bergen, el embajador del Reich ante la Santa Sede, informó a Berlín de que Pacelli insistía con vehemencia en la «naturaleza puramente religiosa» de su sermón. El viaje a Francia «no tenía objetivos políticos; el Vaticano nunca había ni siquiera pensado en una demostración indirecta contra Alemania».[28]

Pacelli en Estados Unidos

La victoria socialista en las elecciones españolas de 1936 desembocó en el verano de ese mismo año en el estallido de la guerra civil. La Iglesia católica, identificada con el bando reaccionario de la contienda, se vio sometida a gran número de atrocidades, cometidas en su mayoría por los anarquistas. Según las fuentes católicas,[29] durante los treinta y tres meses de guerra fueron asesinados más de siete mil sacerdotes y religiosos. Pacelli estaba seguramente al tanto de las atrocidades cometidas por el bando franquista, pero el Caudillo había declarado que «España será un imperio encaminado hacia Dios». En septiembre, en la recepción a un grupo de peregrinos españoles, Pío XI denunció la «satánica empresa» del marxismo, que había desencadenado la guerra, y bendijo a los que defendían «los derechos y el honor de Dios frente a una salvaje explosión de fuerzas tan brutal y cruel que parece increíble».[30]

Aunque Pacelli pronunció muchos discursos a lo largo del año sobre el tema de la justicia y la paz, el ataque de Mussolini a Etiopía del 3 de octubre de 1936 no suscitó ninguna condena por parte de la Santa Sede. Tampoco se esforzó Pío XI por restringir el entusiasmo guerrero de la jerarquía eclesiástica italiana. «Oh, Duce —exclamaba el obispo de Terracina—, la Italia de hoy es fascista, y los corazones de todos los italianos laten junto al tuyo. La nación está dispuesta a cualquier sacrificio para asegurar el triunfo de la paz y de las civilizaciones romana y cristiana. [...] ¡Dios te bendiga, oh Duce!»[31] Tales sentimientos parecían saludar una alianza entre la visión que la Santa Sede tenía de la Iglesia como

«sociedad universal» y la fantasía de Mussolini de un imperio temporal en vías de formación. Aunque Pío XI había dicho a un amigo en septiembre que la guerra con Etiopía sería «deplorable»,[32] sus declaraciones sobre la cuestión tras producirse la invasión fueron tan enrevesadas y vagas que no cabía deducir de ellas ningún juicio claro.

En este contexto, Pacelli, acompañado por Enrico Galeazzi y sor Pasqualina, partió de Nápoles hacia Norteamérica en el transatlántico de lujo *Conti di Savoia* el 8 de octubre de 1936. Era la primera vez que un secretario de Estado vaticano visitaba Estados Unidos. Uno de los primeros visitantes a bordo cuando el barco atracó en el puerto de Nueva York fue el obispo Francis Joseph Spellman, amigo de Pacelli, que contaba entonces treinta y siete años y estaba destinado a ser cardenal arzobispo de Nueva York. Spellman llevó a Pacelli una chaqueta y pantalones *clergyman*, pero Pacelli rechazó inmediatamente la posibilidad de vestir como un seglar.

Spellman, antes burócrata vaticano de enorme energía, eficacia y ambición, era obispo auxiliar de Boston. Pese a los intentos de ponerle freno de su superior, el cardenal arzobispo William O'Connell, Spellman había organizado la mayor parte del viaje de Pacelli. Durante los treinta días de estancia en aquel país, en los que recorrió más de diez mil kilómetros, la mayoría en avión, Pacelli mantuvo su dignidad clerical, deslizándose con su sotana y su capa de seda en innumerables colegios católicos, conventos, monasterios e iglesias parroquiales.

Un *quid pro quo* no explícito de la visita fue el intercambio de favores entre Pacelli y el presidente Roosevelt, quien deseaba su ayuda para acallar al padre Charles Coughlin, que predicaba subversivamente por radio cada semana para una audiencia de quince millones de norteamericanos. Coughlin, párroco de una iglesia dedicada a santa Teresita en Royal Oak, un suburbio de Detroit, estaba contra el *New Deal* y atribuía los males de Norteamérica a Roosevelt, los judíos, los comunistas y los «capitalistas sin-dios». Roosevelt quería amordazar a Coughlin. En cuanto a Pacelli, le preocupaba que Estados Unidos hubiera reconocido tres años antes a la Unión Soviética, y esperaba una compensación por parte de Roosevelt bajo la forma de relaciones diplomáticas formales EE.UU.-Vaticano.

Pacelli no se encontró con Roosevelt en persona hasta el final de su viaje, el 6 de noviembre, después de que las elecciones lo hubieran vuelto a confirmar como presidente. Tras su visita a la propiedad de Roosevelt en Hyde Park, quedó claro que Pacelli había sentado las bases para forjar los lazos EE.UU.-Vaticano que pretendía. Estados Unidos había mantenido un diplomático en la Santa Sede hasta que el Senado retiró su estipendio en 1867, cuando Pío IX, como consecuencia de su antidemocrático *Syllabus de errores*, se hizo extremadamente impopular entre los demócratas y liberales. En 1870, el Papa perdió su poder temporal y con él la base constitucional para el mantenimiento de lazos diplomáticos. En 1929, el Tratado Lateranense había restablecido cierto rango de estatalidad para la Santa Sede, pero el Senado seguía reticente a establecer una representación. Tal decisión sólo podía molestar a la mayoría protestante, y parece que Roosevelt había asegurado a Pacelli que podría superar el obstáculo enviando al Vaticano un representante personal que no requeriría un pago oficial. El nombramiento no se hizo de todas formas hasta 1940, cuando Myron Taylor se acreditó ante la Santa Sede.

Mientras, aunque Pacelli no pronunció ni una palabra acerca de lo que se había dicho o de cómo se había hecho, el padre Coughlin anunció el 8 de noviembre que estaba realizando su última emisión radiofónica, y así fue en efecto. Aunque la visita fue ampliamente cubierta por los medios, la prensa norteamericana no consiguió entrevistar a Pacelli sobre esa u otras cuestiones delicadas durante su estancia, en gran medida gracias a la experta protección ejercida por Spellman.

Por lo demás, Pacelli mantuvo una impresionante serie de almuerzos, cenas, discursos y conferencias en casi todas las ciudades importantes de Estados Unidos, excluidos los del sur. Estuvo, entre otros lugares, en Boston, Filadelfia, Baltimore, Washington, South Bend, Cleveland, St. Paul, Cincinnati, Detroit, Chicago, San Francisco, Los Ángeles y St. Louis. Subió a lo alto del Empire State Building y contempló la presa de Boulder y el Gran Cañon, así como la filmación de una película en Hollywood, y recibió distinciones honoríficas de varias universidades. En todas partes a donde llegaba se encontraba con multitudes entusiastas en las calles, que recordaban las que se reunirían más tarde, en el último cuarto de siglo, para saludar a los papas viajeros. Según todas las crónicas,

Pacelli apreciaba aquellos recibimientos a bombo y platillo, incluida la velocidad de los automóviles y el ulular de las sirenas de los escoltas motorizados. Denominado el «cardenal volante» por la prensa, lo cierto es que le gustaban los viajes en avión, y al parecer le conmovía el paisaje aéreo de las montañas, llanuras, desiertos y bosques del país. En el viaje de regreso a Nueva York visitó las cataratas del Niágara. Se mantuvo durante un tiempo en silencio al borde del precipicio, mirando la impresionante escena; hizo ademán de retirarse, pero volvió a acercarse de nuevo, y con un gesto característico en él, bendijo las cataratas.[33]

En Nueva York, antes de su regreso a Europa, Pacelli se alojó en «Inisfada», la finca que tenía en Long Island mistress Nicholas Brady, rica propietaria católica a la que la Santa Sede había concedido el título de duquesa por su generosidad. La duquesa Brady ofreció una gran recepción a Pacelli en su mansión de estilo georgiano. Fuegos de bengala iluminaban el camino hasta el porche; Pacelli y la duquesa recibían a sus distinguidos huéspedes mientras sonaba un órgano eléctrico instalado para la ocasión en un vestíbulo lleno de rosas y en las chimeneas ardían troncos enteros.

Antes de dejar Estados Unidos, Pacelli confió al siempre solícito Spellman la cantidad de 113 000 dólares, regalo de pudientes norteamericanos a lo largo del viaje, para que los invirtiera en su nombre. Mistress Brady murió poco después, dejando al cardenal secretario de Estado una herencia de cien mil dólares.[34]

10. Pío XI rompe su silencio

Después del veto de Pacelli al compromiso propuesto por los obispos alemanes sobre el artículo 31 del concordato, las relaciones entre los católicos alemanes y el régimen nazi habían seguido deteriorándose durante el verano de 1935. El 28 de agosto, los obispos católicos hicieron pública una carta pastoral conjunta que debía leerse desde los púlpitos de todas las iglesias católicas. Fue algo que puede calificarse de trágico en su fracaso para convertir las ideas en acción, irónico en su contraste entre palabras y actos. Repudiando el principio de que «la religión no tiene nada que ver con la política», los obispos recordaban a los fieles, citando el Evangelio de san Mateo, que «los mensajeros del cristianismo debían ser "la sal de la tierra" y "la luz del mundo", y "su luz debe alumbrar al pueblo". La Iglesia debe ser como "una ciudad sobre una colina", visible desde lejos en la vida del pueblo». Exhortaciones huecas era cuanto contenía aquella protesta episcopal. Mientras, los obispos seguían mirando a Pacelli, quien controlaba tanto sus torrentes de quejas como los del Papa.

Como respuesta a la carta pastoral de los obispos, Hitler declaró al congreso nazi de Nuremberg el 11 de septiembre que no estaba en contra del cristianismo en sí mismo, «pero lucharemos para mantener nuestra vida pública libre de esos sacerdotes que han equivocado su vocación y que deberían ser políticos y no clérigos».[1]

Cuatro días más tarde, Hitler hizo aprobar las Leyes de Nuremberg, que definían la ciudadanía alemana, preparando la vía para la caracterización del estatus de judío en términos de parentesco y matrimonio. Una vez más, no hubo ni una palabra de protesta por parte de Pacelli.

Con el fin de mantener viva la perspectiva de una reconciliación, y de controlar la potencial indignación de las Iglesias, Hitler

había creado el 16 de julio un Ministerio de Asuntos Eclesiásticos, a cuyo frente puso a Hans Kerrl. Éste se entrevistó con el cardenal Bertram en septiembre e invitó de nuevo a la jerarquía católica a confeccionar una lista de organizaciones católicas a las que se otorgaría protección oficial. La lista fue entregada al ministerio de Kerrl el 2 de octubre, pero las subsiguientes negociaciones no llevaron a nada. Los obispos católicos querían mantener la estructura de las asociaciones católicas, y el Reich de Hitler estaba decidido a desbaratar y destruir las organizaciones que pudieran servir de plataforma para cualquier actividad política de los católicos. Entretanto, las negociaciones y la perspectiva de una futura reconciliación frenaban la decisión de una protesta vaticana.

Sin embargo, a lo largo de 1935-1936 se llevó a cabo, siguiendo la típica táctica nazi del bastón y la zanahoria, la primera oleada de juicios «sobre moralidad», acusando a religiosos católicos de abusos sexuales sobre menores y desviación de fondos. Las primeras alegaciones iban dirigidas particularmente contra clérigos y monjas encargados de cuidar a niños en orfanatos y escuelas. Las últimas implicaban a congregaciones religiosas financieramente responsables de misiones y comunidades en el extranjero. La depresión de los años treinta había conducido a la elaboración de leyes complejas referidas a los intercambios con el extranjero, que creaban muchas dificultades a los religiosos con obligaciones financieras fuera del país.

La Iglesia católica alemana, obligada a mantenerse a la defensiva en el interior y constreñida por el control centralista del Vaticano, seguía en el año 1936 en un estado de recelosa inercia, consolándose con el dudoso argumento de que las cosas podrían ir aún peor. En el verano de 1936, las noticias de atrocidades contra curas y monjas en la guerra civil española indicaban —como el propio Papa se encargaba de señalar— cuán peor era la situación bajo el «bolchevismo». Ése fue el tema de la conversación privada durante tres horas entre el cardenal Faulhaber de Munich y Adolf Hitler en el retiro montañés de Obersalzburg en noviembre. Hitler insistía sin parar sobre los peligros del comunismo, rogando al cardenal que perseverara en sus esfuerzos por alcanzar una conciliación con el Reich. En un memorándum de aquella reunión, Faulhaber señalaba:

> El Führer domina las formas diplomáticas y sociales mejor que un soberano de sangre real. [...] Sin duda, el canciller vive en la fe en Dios. Reconoce al cristianismo como el fundamento de la cultura occidental. [...] No es tan clara, sin embargo, su concepción de la Iglesia católica en cuanto institución establecida por Dios mismo.[2]

Como consecuencia de ese encuentro, Faulhaber escribió una carta pastoral para que fuera leída en las iglesias bávaras en enero de 1937. Alentaba la cooperación entre Iglesia y Estado para combatir al comunismo, pero al mismo tiempo exigía el respeto a los derechos de la Iglesia tal como habían quedado expresados en el concordato.

El año 1937 vio sin embargo cómo se incrementaban las tensiones entre los nazis y la Iglesia católica. En la segunda semana de enero, los obispos alemanes se reunieron en Fulda y confeccionaron una lista de diecisiete violaciones del concordato. Enarbolando sus acostumbrados agravios, tres cardenales al menos (Bertram, Faulhaber y Schulte) y dos influyentes obispos (Clemens August von Galen y Konrad von Preysing) decidieron acudir al Vaticano para ver allí a Pacelli, quien se reunió con ellos en la tarde del 16 de enero. Con esa poderosa representación insistiendo en que el Papa debía hacer algo, Pacelli no tuvo más remedio que implicar al Santo Padre. Pío XI estaba enfermo de diabetes, cardiopatías y úlceras en las piernas, pero recibió a Pacelli y a la delegación alemana en su dormitorio. Se hallaba en la cama, «casi irreconocible, pálido, demacrado, con el rostro arrugado y los ojos hinchados y semicerrados».[3] Los escuchó durante largo tiempo y les habló extensamente. Había aprendido mucho durante su enfermedad, les dijo, del misterio de la crucifixión de Cristo y de la salvación mediante el sufrimiento. Decidió que haría pública una encíclica sobre la adversa situación de la Iglesia en Alemania.

Faulhaber escribió un primer borrador con gran rapidez y lo entregó a Pacelli en la mañana del 21 de enero. Pacelli lo reescribió añadiendo detalles acerca de la historia del concordato.[4] Es significativo, porque la encíclica publicada, *Mit brennender Sorge (Con candente preocupación)*, una contundente condena del tratamiento del Reich hacia la Iglesia, sigue siendo para muchos católicos y no católicos un símbolo de la valiente franqueza papal, y se cita como

contraste con el silencio de Pacelli durante la guerra. Aunque Pacelli fue en gran medida responsable del documento final y de los complejos planes para su publicación en Alemania, la encíclica, en todo caso, llegaba tarde y no condenaba por su nombre al nacionalsocialismo ni a Hitler.

La logística empleada para su publicación revela sin embargo la capacidad de las redes parroquiales en toda la Alemania católica y el alcance de su potencial no explotado para la protesta y la resistencia. El documento fue introducido de contrabando en el país, donde se imprimió secretamente en doce imprentas distintas. Durante el fin de semana de Pasión, el 14 de marzo de 1937, se distribuyó mediante correos, en su mayoría muchachos a pie o en bicicleta, muchos de los cuales tuvieron que viajar hasta su destino atravesando campos y bosques para evitar las carreteras. El documento no se confió en ningún momento al servicio oficial de Correos. En algunos casos se entregó al cura de la parroquia en el confesionario. Muchos sacerdotes mantuvieron el documento oculto en el sagrario, junto a la Eucaristía, hasta el momento de leerlo.[5] Estaba escrito en alemán y dirigido no sólo a los obispos alemanes sino al episcopado católico de todo el mundo.[6]

La encíclica comenzaba así: «Con profunda ansiedad y creciente desaliento, hemos callado durante algún tiempo los sufrimientos de la Iglesia en Alemania.» El Papa resumía luego la historia de la negociación del concordato y sus dudas acerca de que se concluyera a tiempo. La experiencia de los pasados años, seguía, había revelado que la otra parte firmante había «sembrado las taras de la sospecha, discordia, odio y calumnia, de una hostilidad básica, oculta y abierta, hacia Cristo y su Iglesia, haciendo uso de mil fuentes diferentes y de todos los medios a su alcance». En lugar de la verdadera fe en Dios, declaraba, se deificaba la raza, el pueblo y el Estado. Advertía a los obispos para que se mantuviesen en guardia frente a las perniciosas prácticas que se seguirían de esas premisas, y pedía un reconocimiento de la ley natural: «El creyente tiene el derecho inalienable a profesar su fe y a practicarla de la forma que mejor le acomode. Las leyes que suprimen o dificultan la profesión y la práctica de la fe son contrarias a la ley natural.»[7]

Pedía a la juventud católica que librara a su país de la hostilidad hacia el cristianismo, y a los sacerdotes y religiosos que rezaran por un crecimiento de la caridad. Rogaba a los laicos, y especialmente

a los padres, que redoblaran sus esfuerzos para educar a sus hijos como católicos: «Cuando se intenta arrancar el sagrario del alma de un niño —decía— [...] está a punto de llegar el momento de la profanación espiritual del templo, y es deber de cada cristiano fiel separar con nitidez su responsabilidad de la de la otra parte, y mantener su conciencia claramente al margen de cualquier cooperación culpable en tan terribles obras y corrupción.»

Hay en la encíclica palabras, en especial con respecto a la ley natural, que podían aplicarse igualmente a los judíos, pero no una condena explícita del antisemitismo, ni siquiera en relación con los judíos convertidos al catolicismo. Y lo que es peor aún, las alusiones al nazismo quedaron oscurecidas por la publicación cinco días después de una condena aún más vehemente del comunismo en la encíclica *Divini Redemptoris*. Pero a pesar de todos los circunloquios papales, *Mit brennender Sorge* contenía palabras duras. Los nazis consideraron la encíclica como un acto subversivo. Las empresas que habían colaborado en la impresión del documento fueron cerradas y muchos de sus empleados encarcelados; cuando el cardenal Bertram y el arzobispo Orsenigo protestaron recibieron una agria respuesta del Ministerio de Asuntos Exteriores y del de Asuntos Religiosos de Kerrl.

Heydrich ordenó la confiscación de todas las copias del documento. Kerrl envió una carta a los obispos alemanes proclamando que la encíclica estaba «en abierta contradicción con el espíritu del concordato [... y contenía] serios ataques contra el bienestar y el interés de la nación alemana».[8] Hitler estaba tan enojado con la encíclica como para mencionarla en su discurso del Primero de Mayo. Exigiendo obediencia a cada alemán, advirtió que «de una forma u otra», el Estado no toleraría ningún desafío a su autoridad, y que eso concernía igualmente a las Iglesias: «Si intentan por cualesquiera otros medios —escritos, encíclicas, etc.— asumir derechos que corresponden únicamente al Estado, los empujaremos de nuevo a su específica actividad espiritual.»[9]

Que la Iglesia estaba en condiciones de inquietar al régimen era algo evidente a partir de la reacción oficial a una charla del cardenal George Mundelein de Chicago a quinientos de sus sacerdotes diocesanos el 18 de mayo de 1937. En el lenguaje abierto de la Iglesia norteamericana, desprovisto de las cautelas papales, Mundelein decía: «Quizá alguno se pregunte cómo es posible que una nación

de sesenta millones de personas inteligentes pueda someterse con miedo y servidumbre a un extranjero, un cuelga-carteles austríaco, y unos pocos asociados como Goebbels y Göring, que dictan cada paso de la vida de la gente.» El cardenal proseguía sugiriendo que los cerebros de sesenta millones de alemanes habían sido extirpados sin que se dieran cuenta siquiera.[10]

Göring respondió con una arenga de dos horas al cabo de una semana, anunciando la reanudación de los juicios de moralidad que se habían suspendido a mediados de 1936. Pero el régimen tenía poco que temer del catolicismo alemán mientras Pacelli moviera los hilos, llegando a neutralizar la vehemente expresión de los sentimientos del Papa. Al saludar a un grupo de peregrinos que llegaban de Chicago, el 17 de julio de 1937, Pío XI alabó a la ciudad y a su cardenal, «tan solícito y celoso en la defensa de los derechos de Dios y de la Iglesia, y en la salvación de las almas».[11]

Sin embargo, el día anterior, el embajador del Reich, Von Bergen, había llamado a Pacelli, y el 23 de julio enviaba el siguiente informe a sus jefes en Berlín:

> En flagrante contradicción con el comportamiento del Papa, no obstante, están las afirmaciones del cardenal secretario de Estado durante la conversación telefónica que mantuve con él el día 16, la víspera del discurso papal. [...] La conversación fue de naturaleza privada. Pacelli me recibió amablemente y me aseguró con insistencia durante la conversación que las relaciones normales y amistosas con nosotros se restaurarían en cuanto fuera posible; lo que le concernía especialmente, ya que había pasado trece años en Alemania y siempre había sentido la mayor simpatía por el pueblo alemán. También me dijo que siempre estaría dispuesto para una discusión con personajes importantes como el ministro de Asuntos Exteriores o el ministro de la Presidencia, Göring.[12]

Esta nota revela el gran contraste entre los sentimientos del Papa y la política conciliatoria de Pacelli, que encontraba eco en Alemania en la figura del presidente de la Conferencia Episcopal, cardenal Bertram. El hecho era que el estilo indirecto de la encíclica permitía dos interpretaciones distintas: se podía considerar como un último intento por parte de la Iglesia de insistir en sus derechos en el marco del concordato, o como un llamamiento a la

resistencia pasiva y a la protesta de las masas católicas. El cardenal Bertram y el obispo Von Preysing representaban respectivamente esos dos puntos de vista contrapuestos. Como señala Scholder, «dice mucho de la habilidad de Pacelli el que ambas partes creyeran que estaba de su lado».[13] No cabe duda, sin embargo, que la política de Pacelli, considerada en su conjunto, se inclinaba del lado de los conciliadores. La crisis entre la Iglesia y el régimen del Reich se fue ahondando durante los siguientes doce meses, y Pacelli se ofreció en marzo de 1938 a «ir a Berlín a negociar directamente si ello se considera deseable», a fin de salvar el concordato.[14]

Pacelli en la Europa del Este

En mayo de 1938, Pacelli demostró, más dramática y públicamente que nunca, su voluntad de apaciguar los ánimos de los descontentos. Viajó de nuevo, esta vez a Budapest, para inaugurar el trigésimo cuarto Congreso Eucarístico Mundial el 25 de mayo. Días antes de su llegada fue nombrado primer ministro Béla Imrédy, un violento antisemita que insistía en que cualquiera que no pudiera probar que sus antepasados habían nacido en Hungría debía ser considerado judío. Al mismo tiempo que se celebraba el Congreso Eucarístico, el Parlamento húngaro discutía las proposiciones de ley antijudías. El regente húngaro era entonces el almirante Miklós Horthy, quien pretendía convertir a Hungría en un satélite de Alemania.

El congreso tenía lugar poco después del *Anschluss*, la anexión de Austria por Alemania que se produjo en los días 12 y 13 de marzo de 1938. Himmler había prohibido a los alemanes viajar a Hungría y asistir al congreso, así como cualquier información al respecto en la prensa católica. Esas prohibiciones manifestaban quizá el enojo nazi contra la partida del Papa hacia Castel Gandolfo unos días antes, cuando Hitler llegó de visita a la Ciudad Eterna.

Pacelli no sólo no hizo la menor referencia al creciente antisemitismo de la sociedad húngara, sino que tampoco pronunció ni una palabra de crítica, en aquel foro que iba a ser el más sonado del año en cuanto a presencia pública católica, contra el régimen existente al otro lado de la frontera húngara. De hecho, en un importante párrafo de su homilía ante decenas de miles de fieles, pidió un

apaciguamiento al que poco después, aquel mismo año, exhortarían también, en términos más políticos, Francia y Gran Bretaña.

> En la concreta realización de su destino y sus potencialidades, cada pueblo sigue, dentro del marco de la Creación y la Redención, su propio camino, promoviendo sus leyes no escritas y haciendo frente a las contingencias según lo que sus propias fuerzas, sus inclinaciones, sus características y su situación general aconsejan y muchas veces imponen.[15]

En otro párrafo sobre el «mensaje del amor en acción» criticó implícitamente a los judíos: «Oponiéndonos a los enemigos de Jesús, que gritaban ante él "¡Crucifícale!", nosotros le cantamos himnos que exponen nuestra lealtad y nuestro amor. Actuamos de ese modo sin amargura, sin una brizna de superioridad ni arrogancia, hacia aquellos cuyos labios le insultaron y cuyos corazones siguen rechazándole aún hoy.» Moshe Y. Herczl, quien subraya ese párrafo en su *Christianity and the Holocaust of Hungarian Jewry* (1993), señala que Pacelli confiaba en que su audiencia sabría identificar a los enemigos de Jesús que gritaban: «¡Crucifícale!» «Pacelli —escribe Herczl— estaba seguro de que su audiencia sabría interpretarle.»[16] Pacelli, representante del Papa en el Congreso Eucarístico, dejaba bien claro que el «amor universal» que predicaba en aquel sermón no incluía a los judíos.

Desmoralización en las filas católicas

Al tiempo que Hitler iba conduciendo al pueblo alemán hacia el abismo a finales de los años treinta, seguía manteniendo a la Iglesia católica en un estado de asustada sumisión, enfrentando a la jerarquía local con el Vaticano, infringiendo cotidianamente los artículos del concordato y procurando sin embargo el mantenimiento del tratado, en la medida en que apartaba a los católicos de la actividad política. La opresión se ejercía más desde las bases que siguiendo órdenes de arriba. La impresión general, sin embargo, era la de oleadas de persecución interrumpidas esporádicamente por breves períodos de pacificación impuestos desde la cumbre. Las penalidades de la Iglesia no llegaron a ser comparables a las sufridas bajo la

Kulturkampf lanzada por Bismarck. Se trataba más bien de un desgaste generalizado mediante innumerables restricciones locales, pero varias instituciones nacionales participaban también en el proceso. Aunque Kerrl era oficialmente responsable en el gabinete de las relaciones con las Iglesias, el catolicismo sufría la presión de múltiples autoridades del Reich: Baldur von Schirach, dirigente de las juventudes hitlerianas, corroía las organizaciones juveniles católicas; el Ministerio de Trabajo trataba de atraer a los obreros católicos al partido nazi; el Ministerio de Finanzas investigaba a las congregaciones misioneras por infracciones de la ley de control de la exportación de moneda; los militares coaccionaban a los soldados católicos. En toda Alemania se producían intentos de debilitar la influencia católica en las escuelas, desde la prohibición de los crucifijos y pinturas religiosas en las paredes hasta la proscripción de la doble militancia en organizaciones laborales nazis y católicas y el despido de los profesores católicos y los religiosos.

A mediados de julio de 1937 se establecieron directrices para la recogida de información sobre las actividades de las Iglesias, sus organizaciones y dirigentes, expandiéndose rápidamente la red de confidentes e infiltrados de las SS y la Gestapo. Esas directrices incluían instrucciones para informar acerca del contenido de los sermones y la reacción de los feligreses.

En cualquier caso, los nazis cuidaban de no llevar sus restricciones hasta el límite. No cerraban las iglesias parroquiales ni hubo intentos de impedir la asistencia regular a misa o a los sacramentos. Por eso, la impresión general de los católicos, alentada desde el Vaticano, era que las cosas podrían haber sido mucho peor, siendo la sumisión el precio de la supervivencia. Los católicos no se sometían todos en el mismo grado. Los laicos se negaban en ocasiones a aceptar la confiscación de objetos religiosos de las escuelas, y seguían reuniéndose para realizar procesiones pese a los obstáculos impuestos por la policía. Hubo además muchos ejemplos aislados de iniciativas audaces, especialmente por parte de los jesuitas, que organizaban frecuentes retiros en las parroquias y a veces hablaban sin tapujos. Pero eran excepciones aisladas que confirmaban la regla de la inercia general.

Un disidente notable fue monseñor Bernhard Lichtenberg, cura párroco en la diócesis de Berlín. Lichtenberg protestó abierta y vigorosamente desde 1933 contra el antisemitismo y las violaciones

de los derechos humanos. Acabó muriendo en Dachau en 1943. Otro ejemplo sobresaliente fue el del padre Rupert Mayer, de Munich, un jesuita activo en las organizaciones de trabajadores, al que encarcelaron durante seis meses en 1937 por predicar contra el antisemitismo nazi. Mayer había participado en la primera guerra mundial y perdió en ella una pierna, y fue el primer capellán católico al que se concedió la Cruz de Hierro. El cardenal Faulhaber le defendió al principio, lo que indicaba el potencial de insumisión que todavía mantenía la Iglesia. Pero pocos meses después, como ejemplo de la conciliación alentada año tras año por Pacelli desde Roma, Faulhaber felicitó a los nazis en el sermón de la víspera de Año Nuevo por su campaña contra el tabaco y el alcohol: «Una ventaja de nuestra época: en los niveles más elevados de la Administración tenemos el ejemplo de un estilo de vida libre de alcohol y nicotina.»

Como resultado de ese sermón, el padre Mayer declaró que no volvería a protestar más: «Desde este momento, algo me golpeó en el corazón —explicaba— y me impidió volver a hacer declaraciones de protesta.»[17] De todas formas, se le envió por un tiempo al campo de concentración de Sachsenhausen y pasó la guerra bajo arresto domiciliario en un monasterio benedictino en Baviera.

La chocante incongruencia de la felicitación de Faulhaber se reveló bien pronto a lo largo de 1938.

El 7 de noviembre, un secretario de la embajada alemana en París, Ernst von Rath, fue asesinado por un estudiante polaco que pretendía protestar así contra el antisemitismo nazi. El 9 de noviembre, aniversario del *Putsch* de Munich o del Bierkeller, Hitler decidió que se realizaran manifestaciones contra los judíos en todo el país. Se permitió a las SA atacar y destruir las sinagogas, tiendas y otros negocios de los judíos. Unos ochocientos de éstos fueron asesinados y 26 000 detenidos y enviados a campos de concentración. Al poco tiempo se prohibió a los judíos la asistencia a teatros, cines, salas de conciertos y otros espectáculos. A los niños judíos se les prohibió acudir a las escuelas públicas.

Como comenta Saul Friedländer, «el odio abismal parecía el único objetivo inmediato, herir a los judíos todo lo que las circunstancias permitían, por todos los medios posibles; herirlos y humillarlos. El pogrom y las iniciativas que le siguieron podían llamarse con justicia "una degradación ritual"».[18]

La violencia era ostentosa, prolongada y repetida, tanto en las grandes ciudades como en las más pequeñas. Friedländer cita el testimonio ocular del cónsul estadounidense en Leipzig: «Los insaciables y sádicos agresores arrojaron a muchos de los temblorosos residentes a un pequeño riachuelo que atraviesa el parque zoológico, incitando a los horrorizados espectadores a escupirles y a arrojarles pellas de barro. [...] La menor muestra de simpatía hacia los agredidos desencadenaba la furia de los atacantes.»

Ni del Vaticano ni de la jerarquía eclesiástica alemana se elevó una voz contra la *Kristallnacht*, pese a que Pacelli había reclamado para sí mismo y la Santa Sede una posición de alto valor moral unos meses antes cuando dijo a las multitudes de fieles en el Congreso Eucarístico de Budapest y a todo el mundo: «Nos gusta nuestra época, pese a su peligro y angustia, o precisamente debido a ese peligro, y a las difíciles tareas que nos impone; estamos dispuestos a dedicarnos completa e incondicionalmente a resolverlas, sin atender a nuestra propia comodidad; de otro modo, nada grande y decisivo podría resultar.»[19]

La política de Pacelli, como hemos visto, había sido no obstante de silencio e indiferencia hacia la cuestión judía. Como ha revelado repetidamente la correspondencia entre la jerarquía alemana y la Secretaría de Estado vaticana, su actitud común era: los judíos deben cuidar de sí mismos. Pero hay ciertos indicios de que Pío XI comenzaba a tener una opinión más matizada acerca de la suerte que esperaba a los judíos a medida que se desarrollaban estos acontecimientos.

La encíclica «perdida»

Conforme se extendía el antisemitismo, especialmente en Europa oriental, en la segunda mitad de los años treinta, Pío XI comenzó a sentirse cada vez más preocupado. Finalmente, a comienzos del verano de 1938, decidió encargar la redacción de una encíclica acerca del racismo nazi y el antisemitismo. Pero esa encíclica nunca llegó a hacerse pública, y hasta hace muy poco no se conocía siquiera el borrador en francés que han descubierto unos investigadores belgas.

Los borradores de las encíclicas no tienen por qué expresar los verdaderos sentimientos de un Papa, o los de su cardenal secretario

de Estado, pero el texto descubierto confirma hasta cierto punto lo que ya se sabía acerca de la política del Vaticano hacia los judíos. No existe clara evidencia de la contribución de Pacelli al documento, pero dado que era el consejero más próximo a Pío XI en cuestiones alemanas, es altamente probable que participara en su elaboración, y que el documento en cuestión refleje, al menos en parte, sus opiniones. La impronta de los jesuitas, a los que Pacelli recurrió durante toda su vida en busca de apoyo intelectual, completa la impresión de esa identificación de Pacelli con el documento.

El proyecto fue confiado al general de la Compañía de Jesús, el jesuita polaco Wladimir Ledochowski, quien recurrió a la ayuda de otros tres eruditos jesuitas, Gustav Gundlach (alemán), Gustave Desbuquois (francés) y John LaFarge (norteamericano), para confeccionar el primer borrador (disponible desde hace poco en francés, pero no en el original alemán).[20]

LaFarge había combatido vigorosamente el racismo en Norteamérica y había escrito un libro sobre el tema, *Inter-racial Justice*, que Pío XI había leído. En él argumentaba que la Iglesia católica debía perseguir el logro de la igualdad racial como un objetivo decisivo del siglo XX. Gundlach, por otra parte, había escrito un artículo sobre el antisemitismo en la edición de 1930 del *Lexikon für Theologie und Kirche*, en el que condenaba el antisemitismo étnico y racista como anticristiano, aunque aceptaba el «antijudaísmo» estatal como un medio moral y legal para combatir las «peligrosas influencias de la etnia judía en el ámbito de la economía, la política, la prensa, el teatro, el cine, la ciencia y las artes». El historiador y periodista Roland Hill, quien conoció a Gundlach en los años cincuenta, comentaba que «no era antisemita, pero compartía la antipatía de su generación hacia los desarraigados inmigrantes judíos, procedentes del Este, de los que se pensaba que habían venido a quitar los puestos de trabajo a los alemanes durante la depresión de comienzos de los treinta».[21] Sea como fuere, lo que importa es en qué medida compartían Pío XI y Pacelli esos sentimientos. Pío XI habló con LaFarge en su residencia veraniega de Castel Gandolfo el 22 de junio de 1938, y le dijo: «¡Simplemente escriba lo que usted diría si fuera Papa!» Pero se puede obtener una apreciación más precisa de la opinión de Pío XI a partir de una observación realizada por el Pontífice el 6 de septiembre de ese mismo año.

Un grupo de peregrinos belgas le había regalado un antiguo misal. Buscó la segunda oración tras la elevación de la hostia en la misa, y leyó el pasaje en el que se pide a Dios que acepte la ofrenda con la misma condescendencia con que recibió un día el sacrificio de Abraham. «Siempre que leo las palabras "El sacrificio de nuestro padre Abraham" —dijo Pío XI— no puedo evitar una profunda emoción. Observad que llamamos a Abraham nuestro patriarca y antepasado. El antisemitismo es incompatible con ese elevado pensamiento, con la noble realidad que expresa esa plegaria.»[22] Con lágrimas en los ojos, se explayó sobre la situación de los judíos en Europa: «Es imposible para los cristianos —dijo— participar en actividades antisemitas.» «Reconocemos que todos tienen derecho a la defensa propia y que pueden adoptar los medios necesarios para proteger sus intereses legítimos. Pero el antisemitismo es inadmisible. Espiritualmente, todos [los cristianos] somos semitas.»

La reflexión acerca de la «defensa propia» y los «intereses legítimos» que precede al crucial «pero» suena intranquilizadora en nuestros oídos, traicionando el sentimiento antijudío del catolicismo de comienzos del siglo XX compartido por Gundlach, expresado por otra parte claramente por Pacelli en su correspondencia con Gasparri desde Munich en 1917. Sea como fuere, parece como si se hubiera abierto una grieta entre Pío XI y Pacelli a propósito de la cuestión judía. Las palabras del Pontífice no se publicaron en *L'Osservatore Romano*, controlado por Pacelli, ni en *Civiltà Cattolica*, notoria en otro tiempo por sus comentarios antisemitas, y sobre la que Pacelli ejercía una influencia considerable. El comentario papal nos ha llegado sólo gracias al político católico exiliado don Luigi Sturzo, dirigente del prohibido Partito Popolare, quien lo publicó en el periódico belga *Cité Nouvelle* una semana después.[23]

No sabemos si Pío XI llegó a ver el texto del primer borrador de la encíclica perdida sobre el antisemitismo, titulado *Humani generis unitas (La unidad de la raza humana),* porque para entonces estaba ya muy enfermo y sólo le quedaban unas semanas de vida. No poseemos ningún testimonio de su juicio sobre el texto, ni hay pruebas de que diera instrucciones para su publicación o enmienda, aunque sí de que entre la muerte de Pío XI y el cónclave, Pacelli lo ocultó. En 1950, este último utilizaría el mismo título, acortado a *Humani generis*, para una encíclica muy diferente.

La sección de la encíclica no publicada que trata del racismo es irreprochable, pero las reflexiones que contiene sobre judaísmo y antisemitismo, pese a sus buenas intenciones, están impregnadas del antijudaísmo tradicional entre los católicos. Los judíos, explica el texto, fueron responsables de su destino. Dios los había elegido como vía para la redención de Cristo, pero lo rechazaron y lo mataron. Y ahora, «cegados por sus sueños de ganancias terrenales y éxito material», se merecían la «ruina espiritual y terrenal» que había caído sobre sus espaldas.

En otro apartado, el texto concede crédito a los «peligros espirituales» que conlleva «la frecuentación de judíos, en tanto continúe su descreimiento y su animosidad hacia el cristianismo». Así pues, la Iglesia católica, según el texto, está obligada «a advertir y ayudar a los amenazados por los movimientos revolucionarios que esos desdichados y equivocados judíos han impulsado para destruir el orden social».

Tanto un párrafo como el otro guardan conexiones con el pasado personal de Pacelli. En primer lugar, está la «obstinación», la «dureza de corazón» de los judíos, ese prejuicio tan presente en la época de Pío Nono.[24] En segundo lugar, la identificación de los judíos con el «complot bolchevique» para destruir la Europa cristiana, del que Pacelli creía haber sido testigo presencial en Munich.

El borrador de la encíclica prosigue defendiendo a la Iglesia católica frente a las acusaciones de antisemitismo, como el propio Pacelli haría tras la guerra. Pero en una reflexión crucial que anticipa la posición de Pacelli durante aquélla, el documento apunta los riesgos de que la Iglesia «se comprometa en la defensa de los principios cristianos y humanitarios viéndose arrastrada a la política puramente humana». El retorcido pensamiento que se expresa aquí se amplía en el párrafo final del texto: «la Iglesia sólo está interesada en defender su legado de Verdad. [...] Los problemas puramente terrenales, en los que el pueblo judío se puede ver envuelto, no le interesan». Lo que equivale a decir que los judíos se habían merecido los problemas que les acontecían, no a causa de su religión o su raza, sino debido a sus intereses políticos y comerciales, puramente humanos y seculares, por los que estaban pagando ahora el precio. Así pues, defender a los judíos, como exigirían «los principios cristianos y humanitarios», podría implicar la asunción de compromisos inaceptables con la política seglar, por no hablar

de una asociación con y aliento al bolchevismo, poniendo trabas a las naciones que deseaban combatirlo.

La encíclica fue entregada en otoño de 1938 a Ledochowski, quien la retuvo durante un tiempo. Finalmente la pasó al editor en jefe de *Civiltà Cattolica*, y éste a Pacelli. ¿Por qué no se completó a tiempo para entregarla al Pontífice? No lo sabemos. Debido a todos los inconvenientes que presentaba como una condena general del antisemitismo, parece probable que los jesuitas y quizá Pacelli, cuya influencia era al parecer capital durante la enfermedad de Pío XI, se mostraban reticentes a despertar la furia nazi con su publicación. El documento llegó a Pío XI unos días antes de su muerte el 9 de febrero de 1939. Pese a todos sus prejuicios, la encíclica podría haber hecho saber al mundo que el Papa condenaba el antisemitismo. Pacelli, quien pronto se convertiría en Papa, enterró sin embargo el documento en los archivos secretos del Vaticano.

11. Tinieblas sobre Europa

Desde mediados de los años veinte hasta finales de los treinta, Hitler se había mostrado preocupado por la capacidad de la Iglesia católica de obstaculizar sus planes mediante la protesta y la resistencia pasiva o activa. Su intranquilidad respondía al precedente histórico de la reacción católica frente a la *Kulturkampf* de Bismarck durante los años setenta del siglo XIX, y a su temor al catolicismo político. ¿Pero estaba justificado ese temor a una reacción católica frente a su régimen? ¿Era real la posibilidad de una resistencia católica antes de que estallara la guerra?

Los orígenes de la *Kulturkampf*, o lucha entre culturas, fueron muchos y complejos.[1] Tras la publicación del *Syllabus de errores* de Pío IX y la definición de la infalibilidad papal en el Concilio Vaticano I, los católicos eran considerados como un «enemigo interno», una fuente potencial de división en el nuevo Reich de Bismarck. Éste sospechaba, además, de los polacos católicos que habitaban en el Reich, y lamentaba la formación del partido católico del Centro. Otro elemento del enfrentamiento, en opinión del historiador David Blackbourn, era el cálculo de Bismarck de que «podría así desviar las aspiraciones políticas de las mayorías liberales en los parlamentos alemán y prusiano empujándolas a luchar contra la Iglesia católica».

La *Kulturkampf* comenzó con una serie de leyes parlamentarias anticatólicas que combatían el «abuso» del púlpito para fines políticos, suprimían la presencia de la Compañía de Jesús, controlaban la educación religiosa y el nombramiento de párrocos para las iglesias. Esas medidas incluían la confiscación de las propiedades de la Iglesia, la destitución de párrocos y la retirada de los subsidios estatales a los sacerdotes que se negaran a cooperar con la *Kulturkampf*. Se cerraron muchas iglesias y seminarios. Cientos de sacerdotes

fueron encarcelados, y muchos más tuvieron que ocultarse o huir al extranjero. Se estima que al final de la crisis, unos 1 800 sacerdotes habían sido enviados a prisión o expulsados del país. Se espiaba, infiltraba y acosaba a las asociaciones católicas, especialmente donde se suponía que las organizaciones obreras estaban en connivencia con la Iglesia; se acosaba y estrangulaba la prensa y demás publicaciones de la Iglesia.

En general, la persecución de la Iglesia católica durante la *Kulturkampf* prefiguró la que los nazis llevaron a cabo entre 1933 y 1938. Pero en la década de los años setenta del siglo XIX los católicos utilizaron sus clubs, sociedades, congregaciones y sindicatos para planear acciones comunes junto con sus pastores y obispos. La reacción católica en los municipios, lugares de trabajo y parroquias asombró al gobierno y a los administradores locales de toda Alemania. Cuando el obispo Eberhard fue detenido por no colaborar con las leyes de marzo de 1874, los católicos se echaron en masa a la calle y «se arrojaban al suelo, cortaban sus cabellos y [lanzaban] lamentaciones que atravesaban el alma». El obispo bendijo por última vez a la multitud antes de entrar en prisión, y «la agitación de las masas en ese último momento era tan grande, sus gemidos y sollozos tan desgarradores, y la emoción que atenazaba hasta a hombres hechos y derechos tan poderosa, tan abrumadora, que el conjunto de la escena resultaba indescriptible».[2]

En su época se reconoció, incluso por parte de los obispos, que esa solidaridad venía directamente del pueblo, más que del liderazgo del Papa. El obispo Wilhelm von Keteler, de Mainz, destacado dirigente del catolicismo político, señalaba: «Desapruebo [...] cierta jactancia acerca del poder del Papa, como si estuviese en condiciones de derribar a sus enemigos y congregar al mundo entero contra ellos con una sola palabra.»[3]

La disposición de los católicos, en las bases, a responder a la violencia con violencia en muchos lugares de Alemania fue uno de los aspectos más notables de todo aquel período. Cuando llegaban funcionarios a cerrar las iglesias corrían el riesgo de encontrarse con multitudes airadas y amenazas de represalias físicas. Un alcalde que ordenó la disolución de una manifestación católica en Renania, en 1875, fue golpeado y apuñalado. Cuando en 1876 detuvieron a dos católicos en Emsdetten se congregó ante la cárcel una muchedumbre de enfurecidos ciudadanos que comenza-

ron a arrojar piedras; al final destruyeron el edificio y liberaron a los detenidos. En Namborn, en 1874, un millar de católicos asaltaron la estación del ferrocarril para liberar a un sacerdote detenido.

Por razones tácticas, apenas se produjeron intentos de enfrentarse a los militares cuando éstos entraban en acción. Como escribe David Blackbourn, comentando el tipo de resistencia que se produjo en Prusia, «los católicos se negaban a cooperar con las autoridades, haciéndose los sordos cuando se les preguntaba y hallando mil formas no violentas de expresar su desprecio por los gendarmes y otros policías: riéndose de ellos, por ejemplo. Se obstaculizaban los intentos de los funcionarios del Estado de hacerse con los registros parroquiales, se escondían los bienes eclesiásticos en peligro de confiscación, las propiedades de la Iglesia expropiadas no encontraban quien las quisiera...».[4]

Por lo demás, hubo una resistencia pasiva generalizada: los católicos ayudaban a escapar a los sacerdotes o los ocultaban, y acompañaban a los detenidos durante todo el camino hasta la cárcel; celebraban la liberación de los presos con guirnaldas y salvas. Los que espiaban o colaboraban con las autoridades se veían marginados. Allá donde se cerraban iglesias, los fieles se reunían en los claros del bosque o en sótanos para celebrar la misa. El fenómeno de la *Resistenz*, que significaba algo menos dramático que la resistencia física heroica, la solidaridad de una comunidad en su negativa a cooperar, se evidenció en todas partes.

En los años treinta del siglo XX hubo también actos aislados de resistencia católica comparables a las experiencias de la *Kulturkampf*, por ejemplo, las protestas contra la retirada de objetos sagrados de las escuelas en 1936, o la decisión de los católicos de mantener las procesiones del Corpus Christi y de seguir acudiendo a los lugares tradicionales de peregrinación como el santuario de la Virgen en Marpingen. Pero la principal diferencia entre ambos períodos fue la abrumadora influencia en los años treinta de la política vaticana de conciliación, desde el vértice hasta la base, vía los obispos y el clero hasta llegar al laicado. Sesenta años antes, por el contrario, el papado no intentó controlar los acontecimientos desde el centro, excepto por lo que hace a la encíclica de Pío IX *Quod nunquam* (febrero de 1875), en la que declaró nulas las leyes de la *Kulturkampf* en cuanto a la conciencia de los católicos.

Hubo evidentemente diferencias cruciales en las circunstancias que acompañaron a ambos períodos. Las comunicaciones y viajes permitían a los nazis controlar los acontecimientos con mucha más rapidez que en los años setenta del XIX, y la influencia parlamentaria y de la prensa libre —que siguió existiendo durante el mandato de Bismarck— desapareció en Alemania en 1933. Hitler, además, consciente de la experiencia de la *Kulturkampf*, tuvo cuidado en cada coyuntura de evitar el enfrentamiento directo con las expresiones de fervor popular. Las iglesias permanecían abiertas y no se prohibía a los fieles el ejercicio de las prácticas religiosas cotidianas.

El contraste entre las acciones desde la base en los años setenta del XIX y su ausencia en los treinta sigue exigiendo no obstante cierta explicación. ¿Qué podría haber sucedido de no darse el control centralista de la situación por parte de Pacelli? ¿Podría haber prosperado una resistencia comparable a la reacción católica contra la *Kulturkampf* de Bismarck si el catolicismo político no se hubiese visto traicionado y abandonado?

El argumento más serio para creer en el eventual éxito de una resistencia católica temprana, generalizada y organizada fueron los casos esporádicos en los que las SS y la Gestapo tuvieron que hacer frente a una protesta popular. Un ejemplo sobresaliente es el de la Rosenstrasse en Berlín, en febrero de 1943, episodio explorado por Nathan Stoltzfus en su libro *Resistance of the heart.*[5] Lo que hace especialmente significativo ese incidente es que ocurrió tras la derrota de Stalingrado, cuando las fuerzas de seguridad nazis se habían radicalizado y encarnizado en su violencia. Durante ese mes de febrero la Gestapo concentró a los diez millares de judíos que seguían aún viviendo y trabajando en Berlín, la mayoría de los cuales habían sobrevivido por trabajar en puestos «esenciales». Dos mil de ellos fueron encarcelados en un edificio de la Rosenstrasse, en el centro de la ciudad. Todos ellos (la inmensa mayoría varones) estaban casados con personas alemanas no judías. En cuanto se extendió la noticia de la redada, cientos de mujeres se congregaron en el exterior de la cárcel y comenzaron a gritar: «¡Devolvednos a nuestros maridos!» Así se mantuvieron durante una semana, día y noche. La policía y las SS echaron de allí repetidamente a las manifestantes, amenazando con disparar sobre ellas. Pero volvían a reunirse y avanzaban en grupo compacto, enfrentándose a los SS. La Gestapo acabó cediendo y liberó a los dos mil judíos. Fue la única





Los padres de Eugenio Pacelli: Virginia, «hija piadosa de la Iglesia», y Filippo, abogado al servicio del papado. *(Camera Press, Londres.)*



Pacelli, tras ser ordenado a la edad de veintitrés años, en 1899. *(Camera Press, Londres.)*



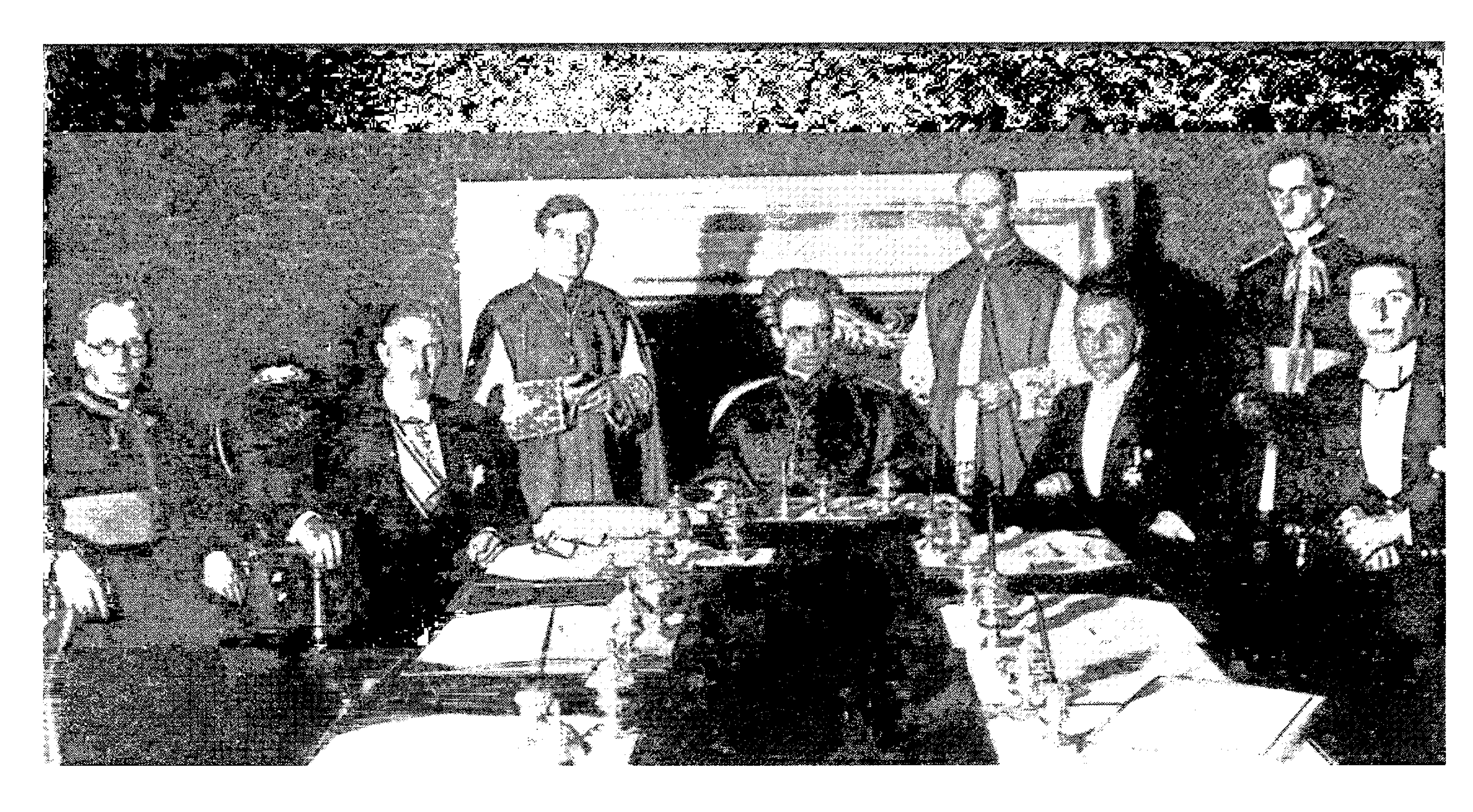
El arzobispo Pacelli como nuncio papal en Alemania, donde permaneció desde 1917 hasta 1929. *(Camera Press, Londres.)*

Durante la primera guerra mundial, Pacelli —fotografiado aquí con prisioneros de guerra italianos— adquirió fama en Alemania por su labor asistencial. *(Topham Picturepoint.)*



Sor Pasqualina Lehnert, la *scaltrissima* («extremadamente astuta») ama de llaves de Pacelli durante cuarenta años, fotografiada con sus dos ayudantes. *(Popperfoto.)*

Salida de Pacelli de Berlín en 1929 para hacerse cargo del puesto de cardenal secretario de Estado. *(Ullstein.)*



Pacelli preside la firma del concordato con el Reich en el Vaticano el 20 de julio de 1933. Franz von Papen y Ludwig Kaas, sentados a su derecha. *(Ullstèin.)*

Hitler con el arzobispo Cesare Orsenigo, nuncio papal en Berlín durante la época nazi. *(AKG, Londres.)*

El vicecanciller Von Papen *(a la izquierda)* preside la procesión del Corpus Christi en Berlín, en junio de 1933. *(AKG, Londres.)*



Pacelli el día de su coronación como Papa, 12 de marzo de 1939, en vísperas de la segunda guerra mundial. *(AKG, Londres.)*



Pacelli bendice a la multitud tras la coronación papal más triunfalista de los últimos dos siglos. *(Hulton Getty.)*

Hitler en julio de 1933. Ese mismo mes declaró que sus negociaciones con Pacelli habían creado «un ámbito de confianza... especialmente significativo en la urgente lucha contra la judería internacional». *(AKG, Londres.)*

Pacelli emite por radio para el mundo entero. A su lado, Giovanni Montini, futuro Pablo VI. Su mensaje de Nochebuena en 1942 trivializó y negó la Solución Final nazi. *(AKG, Londres.)*

Pacelli consuela al pueblo italiano tras el bombardeo de Roma, el 13 de agosto de 1943. *(Camera Press, Londres.)*

Pacelli bendice a la multitud en la Pascua de 1956. Durante la guerra fría amenazó con excomulgar a los católicos que apoyaran a los comunistas. *(Hulton Getty.)*



En sus últimos años, Pacelli adquirió una notable reputación de amabilidad y piedad, mientras seguía ejerciendo su absoluto control sobre una iglesia monolítica. *(Camera Press, Londres.)*

manifestación pública de ese tipo, de gentiles alemanes para liberar a judíos, y tuvo completo éxito.

En su análisis de la protesta de Rosenstrasse, Nathan Stoltzfus compara esa manifestación con otras protestas organizadas por los católicos, con el fin de probar que una resistencia concertada desde la base por parte de la Iglesia católica podría haber desencadenado un desafío generalizado al régimen nazi durante 1933 y 1934. El convincente argumento de Stoltzfus se basa en la necesidad del régimen de mantener cierto respaldo popular. «Las protestas contra los programas secretos no sólo mostraban la disidencia —escribe—, sino que también amenazaban con desvelar lo que el régimen necesitaba ocultar.» Las protestas públicas constituían la forma más poderosa de resistencia, ya que podía sacar a la luz las diferencias entre los dirigentes. El régimen nazi proyectaba la impresión de que el pueblo alemán era invariablemente pronazi. En consecuencia, la disidencia individual conducía al desaliento, nadando contra una corriente inexorable.

Lo que convirtió en algo extremadamente difícil la protesta pública a escala local fue, como hemos demostrado repetidamente, la política centralista de la primacía papal, que debilitó el catolicismo político durante dos décadas. Durante el crítico período de los años veinte y treinta, cuando los partidos católicos —el Partito Popolare en Italia y el Zentrumspartei en Alemania— constituían para el electorado la única opción demócrata cristiana genuinamente de centro, el Vaticano decidió prescindir de ellos, ya que no podía controlarlos. Sin la floreciente base política apoyada por la Iglesia (como ocurrió con el sindicato Solidarnosk en Polonia durante los años setenta y ochenta), no podía haber una resistencia viable y efectiva.

La inmensa tragedia de la abdicación del catolicismo político puede apreciarse considerando dos ejemplos de protesta católica, uno antes y otro durante la guerra: las reacciones a la retirada de los crucifijos en 1936 y contra el «programa de eutanasia» en 1941. Si esas protestas se hubieran repetido y extendido desde 1933 en adelante en una multiplicidad de casos locales a lo largo y ancho de Alemania, la historia del régimen nazi podría haber seguido un curso distinto. Si los católicos hubieran protestado, específicamente, contra la *Kristallnacht* y el ascenso del antisemitismo, el destino de los judíos en la Alemania nazi y en toda Europa podría haber

sido muy diferente. Ésa es la conclusión que extraen al menos tres distinguidos historiadores de ese período: Nathan Stoltzfus, J. P. Stern y Guenter Lewy.[6] «Parece fuera de toda duda —escribe Stern— que si las Iglesias [cristianas] se hubieran opuesto al asesinato y persecución de los judíos, como se opusieron al de los congénitamente enfermos y disminuidos, no se habría llegado a la Solución Final.»

En los dos casos de protestas católicas citados más arriba, un solo obispo decidido y valeroso, Clemens von Galen, mostró lo que podía lograrse ignorando la primacía del Vaticano y alentando al pueblo a la protesta colectiva y la resistencia. Von Galen apoyó la protesta contra la orden de retirar los crucifijos de las escuelas en Oldenburg, al norte de Alemania, en noviembre de 1936. Tras el anuncio del decreto por un funcionario nazi se produjo una marejada de indignación católica en la ciudad de Cloppenburg. Hay pruebas de que el desasosiego se extendió hasta entre los miembros del partido nazi, incluidas las juventudes hitlerianas, que se pusieron al servicio de los contestatarios. El 25 de noviembre de 1936 se derogó la orden, lo que fue valorado por los católicos como la primera victoria de la Iglesia sobre el Estado nazi.

Un segundo caso de prohibición de crucifijos y plegarias e himnos cristianos fue el ocurrido en abril de 1941 en Baviera, por orden del ministro bávaro de Educación, Adolf Wagner. En las consiguientes protestas y agitación fueron las mujeres, en gran número, las que llevaron la iniciativa. En lo que ha sido descrito como «rebelión de las madres», delegaciones de éstas acudieron a las escuelas amenazando con llevarse a sus hijos.[7] Al final, Wagner capituló, emitiendo un decreto por el que se revocaba la retirada de crucifijos.

En aquella misma época, la gente católica corriente, con el apoyo del obispo Von Galen, protestó con éxito e hizo retirar el «programa de eutanasia» de Hitler. Unos setenta mil alemanes, considerados mentalmente enfermos, fueron eliminados en los diecinueve meses transcurridos entre enero de 1940 y agosto de 1941, muchos de ellos en las cámaras de gas que se utilizarían más tarde para matar judíos en masa. Toda la población del pueblo de Asberg, en Baviera, incluidos los miembros del partido nazi, salió a la calle en febrero de 1941 para protestar contra la deportación de víctimas del «programa de eutanasia» que iban a ser «suprimidos».

Al extenderse la agitación, los informes del SD (Sonderndienst) indicaban el efecto desmoralizador sobre la policía secreta local de los rumores, sarcasmos y chistes sobre el régimen. A los espías del SD se les ordenó, con solemnidad teutónica, investigar a fondo el ambiente. «A cualquiera que se haga eco de un rumor debe preguntársele por su origen. Siempre que sea posible debe obtenerse el nombre del creador de un chiste o rumor.»[8] El SD informó de que «se están extendiendo numerosos chistes y rumores de un carácter particularmente corrosivo y lleno de odio al Estado, por ejemplo, chistes rencorosos sobre el Führer y otras personalidades, el partido, el ejército, etc.».[9] Aquel verano, Von Galen predicó tres sermones contra el «programa de eutanasia» y la Gestapo, argumentando que la «muerte benevolente» podría llegar a aplicarse algún día a los soldados heridos, los tullidos y los ancianos e inválidos. Esos sermones fueron impresos y distribuidos, y miles de fieles se reunieron en la catedral de Münster para llevar a cabo un acto de solidaridad silenciosa con el obispo.

El ayudante personal de Hitler, Martin Bormann, y otros dirigentes nazis exigieron que se ejecutara a Von Galen. Pero la decisión final correspondía únicamente al Führer. Goebbels, que identificó correctamente el caso como una importante cuestión de moral pública y propaganda, razonaba que toda la población de la región de Westfalia retiraría su apoyo al régimen si se perseguía a Von Galen. Aunque el «programa de eutanasia» no se interrumpió del todo, y existen razones para suponer que la intervención de Von Galen no fue decisiva para la reducción en el número de muertes,[10] el programa quedó enterrado y se restringió su alcance, eligiendo las víctimas entre quienes no tenían quien los defendiera. Von Galen sobrevivió indemne.

He aquí pues un ejemplo en el que la opinión pública pudo influir sobre el régimen nazi incluso en el momento en que el poder de Hitler se encontraba en su cenit. Si la opinión pública alemana se hubiera movilizado contra otros crímenes y con respecto a otras cuestiones, el curso de la historia podría haber sido distinto. Católicos reunidos en gran número en un lugar determinado, con el apoyo de sus clérigos y obispos, habían resistido con éxito cuando sus parientes y amigos eran conducidos a las cámaras de gas. Sin el freno del control ejercido desde el Vaticano, la resistencia se podría haber multiplicado por todo el país desde el comienzo. Y si la jerarquía

católica, desde un comienzo, no hubiera cerrado los ojos frente a la extensión de la propaganda y persecución antisemita, el terrible desastre que cayó sobre los judíos podría no haber ocurrido nunca.

En *The Catholic Church and Nazi Germany*, Guenter Lewy concluye: «La opinión pública alemana y la Iglesia constituían una fuerza estimable, y podían haber desempeñado un papel en el desastre judío; ésta es la lección que puede deducirse del desenlace del programa de eutanasia de Hitler.»[11]

Pacelli, a la espera

Cuando la década se aproximaba a su fin, Pacelli parecía considerarse a sí mismo como ya destinado al puesto supremo; el año 1938 le encontró cada vez más retirado y elevado, como si contemplara las cosas de este mundo *sub specie æternitatis*. El periodista Nazareno Padellaro pudo verle de cerca y ha dejado una vívida impresión de aquel encuentro.[12] Fue con ocasión de una cena ofrecida por la congregación de los salesianos en Roma, en la que estuvieron presentes varios cardenales y prelados. Pacelli, atendido por un secretario «mudo», llegó una hora tarde. Pidió perdón, «enunciando con claridad cada sílaba». Su rostro «reflejaba una gran concentración [...] la de un hombre profundamente sumergido en el estudio y la oración». Mientras todos los presentes comían y bebían animadamente, entablando una afable conversación, Pacelli, «conforme depositaban ante él la comida [...] se comportaba como alguien que abre el correo. [...] Cada plato era como una carta, una nota, una comunicación que contemplaba con el mismo desapego y el mismo cuidado para juzgar qué ventajas o desventajas podía aportar su contenido». Padellaro dice que Pacelli bebió muy poco y mezclaba agua con su vino, y que mientras los demás invitados reían, Pacelli, «aunque de buen humor, no reía; las historias divertidas parecían alcanzarle siempre de forma abstracta».

Alguien preguntó por la salud del Papa, y todos callaron cuando Pacelli, por fin, habló: «Todos prestaron atención, en aquella festiva atmósfera —repentinamente seria— para oír una palabra que parecía derramarse de los labios del cardenal Pacelli: la palabra "paz". El Papa estaba trabajando por la paz. ¡Cuántas veces tendríamos que oír esa misma frase durante la guerra!»

Cuando Pacelli se alzó, temprano, para marcharse, mientras su secretario «se apresuraba con su capa», Padellaro recuerda que se fijó en su rostro: «¡Qué lejos parecía el espectro del hambre que tan pronto veríamos en toda Europa en millones de niños demacrados, mujeres y ancianos hambrientos! Allí, sólo una cara demacrada nos recordaba que lo que el mundo más necesitaba era la penitencia.»

En aquella época, el hogar de Pacelli, una especie de reino diminuto, estaba bien establecido. Se ocupaban de él sor Pasqualina, a la que ayudaban las otras dos monjas; su médico, Ricardo Galeazzi-Lisi, oculista al que Pacelli confiaba la tarea de elegir especialistas apropiados para otras dolencias; también estaba el hermanastro del médico, el «ingeniero» conde Enrico Galeazzi, quien le aconsejaba sobre proyectos inmobiliarios en el Vaticano, y el sobrino de Pacelli, Carlo, hijo de Francesco, que había sucedido a su padre como gestor civil de la Ciudad del Vaticano. Los dos jesuitas, el padre Leiber y el padre Guglielmo Hentrich, y el viejo amigo de Pacelli, monseñor Kaas, se mantenían cerca como secretarios privados permanentes.

La hermana menor de Pacelli, Elisabetta, explicó al tribunal de beatificación que la influencia de sor Pasqualina sobre su hermano se había convertido en «una verdadera cruz, una cruz que él había recibido de manos de Dios como un instrumento de santificación». Sor Pasqualina controlaba ahora todas las vías de acceso a Pacelli, incluso las visitas de la familia, y esa situación se mantendría durante el resto de su vida. Y aunque la capacidad médica del profesor Galeazzi-Lisi era más bien dudosa, la monja insistía en que nadie conocía mejor que él las necesidades médicas de Pacelli.

Elisabetta también relató al tribunal una extraña historia con respecto a Pasqualina, sin fijar la fecha (aunque probablemente ocurrió a mediados de la década de los treinta). El incidente revela las tensiones, celos e intrigas que encizañaban aquella corte en miniatura. La duquesa Brady (la que preparó la recepción para Pacelli en Long Island) había confiado al ingeniero conde Galeazzi la administración de su villa en los alrededores de Roma, que deseaba poner a disposición de Pacelli. «Sor Pasqualina —declaró Elisabetta— se instaló allí e invitó a varias personas. En una ocasión mi sobrino Carlo consiguió tomar, sin que se dieran cuenta, una fotografía en la que aparecía sor Pasqualina en una actitud demasiado íntima con el conde Galeazzi [*un attegiamento troppo confi-*

denziale verso il Conte Galeazzi]. Carlo le entregó la fotografía a su padre, quien a su vez se la pasó a don Eugenio.»[13] Elisabetta informó que nadie sabía qué había sucedido entre Pacelli y la monja como consecuencia de aquel episodio, pero en cualquier caso, Pacelli quedó más aislado de su familia. Puede deducirse que se vio envuelto en un conflicto de lealtades; dada la fuerte personalidad de la monja, es probable que le concediera el beneficio de la duda.

El fallecimiento de Pío XI

El que iba a ser el último año de la vida de Pío XI contempló un espectacular incremento de la población católica del Reich. La anexión de la región de los Sudetes y el *Anschluss* de Austria convirtieron a los católicos en mayoría virtual de la nación germana. El cardenal Bertram hizo pública una carta pastoral dando la bienvenida a los nuevos ciudadanos alemanes, pero el catolicismo alemán, lejos de avanzar hacia la insumisión y la protesta, siguió contribuyendo con su apaciguamiento moral durante 1938 al mantenimiento del orden establecido.

Paradójicamente, el primado austríaco, cardenal Theodor Innitzer, arzobispo de Viena, fue mucho más allá de los límites establecidos por Pacelli. Sin tener en cuenta al cardenal secretario de Estado, a ese príncipe de la Iglesia no se le ocurrió otra cosa que recibir calurosamente a Hitler en Viena tras su marcha triunfal por la capital. Expresó públicamente su satisfacción por el régimen de Hitler, más allá del plebiscito. Pacelli se sintió ultrajado por ese comportamiento autónomo y ordenó al cardenal que se presentara en el Vaticano sin demora. Innitzer se hizo el remolón, sin apresurarse a escuchar la música que con certeza le esperaba; por lo que Pacelli publicó un artículo en *L'Osservatore Romano* el 1 de abril declarando que la bienvenida expresada a Hitler por la jerarquía austríaca no contaba con el respaldo de la Santa Sede. Esto hizo a Innitzer viajar inmediatamente a Roma, donde pidió audiencia al Papa. Pío XI se negó en un principio a recibirle, y Pacelli le llamó a su helada presencia el 6 de abril. La entrevista y sus secuelas fueron una obra maestra del quehacer diplomático. El cardenal secretario de Estado había preparado un documento para que Innitzer lo firmara, en el que se afirmaba que la jerarquía austríaca seguía

subordinada a la Santa Sede y que los fieles austríacos no debían sentirse obligados en conciencia por la bienvenida de la jerarquía a Hitler.[14]

Aunque Pacelli, en este caso, estaba del lado bueno, se trataba también de un formidable ejercicio de poder centralista. Innitzer firmó, y entonces se le permitió ver al Papa. La audiencia privada, se nos dice, fue una de las «más tormentosas» de todo el pontificado.[15] Innitzer volvió a toda prisa a Viena como un prelado corregido y por tanto obediente.

Mientras, el cardenal Bertram se sentía lo bastante complacido con Hitler, el «hombre de paz», como para enviarle un efusivo telegrama, publicado el 2 de octubre en el periódico nazi *Völkischer Beobachter*: «El gran compromiso de salvaguardar la paz entre las naciones impulsa al episcopado alemán, en nombre de los católicos de todas las diócesis alemanas, a enviarle respetuosamente felicitaciones y agradecimiento y a ordenar que las campanas suenen festivamente el próximo domingo.»

A finales de año, rebosante de confianza en sí mismo, Hitler pronunció una arenga al Reichstag acerca de las relaciones Iglesia-Estado, refutando la acusación de haber perseguido a los cristianos alemanes. Dando la vuelta a las estadísticas, declaró que las Iglesias habían recibido más dinero de los nazis que de cualquier otra Administración anterior, más ventajas fiscales y más libertad. Reconoció que había habido problemas, pero afirmó que éstos se debían a la tendencia de una minoría de clérigos a realizar agitación política. En cuanto a los juicios de moralidad contra católicos, los pedófilos y perversos sexuales debían ser castigados en Alemania, fuera cual fuera su estatus. Por lo demás, dijo, no le importaba si los clérigos violaban o no sus votos de castidad de otra forma; el gobierno del nuevo Reich no estaba formado por puritanos. Y para quienes seguían quejándose: que contemplaran cuál había sido el destino de los miles de sacerdotes y monjas asesinados en Rusia y España. Que tuvieran en cuenta a los soldados voluntarios de la patria que habían dado sus vidas por evitar la extensión del bolchevismo sediento de sangre. Tras una perorata sobre los maravillosos logros del nuevo Reich, concluyó con una piadosa rúbrica, que recordaba curiosamente las palabras de Pacelli en Budapest a mediados de año: «Agradezcamos a Dios Todopoderoso las bendiciones que ha derramado sobre nuestra generación y sobre no-

sotros, ofreciéndonos la posibilidad de formar parte de esta época y de este momento.»[16]

Pío XI, que se estaba muriendo de una enfermedad del corazón complicada con su diabetes, pareció al final entender más claramente que Pacelli el curso de los acontecimientos. En sus últimos días siguió concediendo audiencias desde su lecho de enfermo, pero también pasó largas horas de soledad meditando sobre las tinieblas que se cernían sobre Europa. Siguió meditando sobre el fenómeno del antisemitismo, que se reproducía en Italia con la adopción por Mussolini de leyes racistas y antisemitas al estilo nazi, aprobadas en septiembre de 1938, y que concedían a los judíos seis meses para abandonar el país. Habló de la guerra en ciernes, profetizando que Italia la perdería.

En enero de 1939, cuando el primer ministro británico Neville Chamberlain y el secretario de Asuntos Exteriores, lord Halifax, llegaron a Roma para apaciguar a Mussolini, Pío XI los recibió en el Vaticano. Según *The Times*, el Papa habló a los dos políticos sin tratar de conocer su opinión. Al parecer, empleó todo el tiempo de la audiencia en tratar de convencerlos de que se mantuvieran firmes frente a Hitler. Cuando se hubieron ido, comentó que aquellos ingleses eran como un par de «babosas» y que no sabrían afrontar los conflictos que se preparaban.[17]

Conforme se iba aproximando su muerte, Pío XI parecía lamentar la política concordataria de la Santa Sede dirigida por Pacelli desde 1913. Cuando pidió a la jerarquía italiana que acudiera a una audiencia colectiva en la segunda semana de febrero, se rumoreó que el agonizante Pontífice estaba preparando un anuncio apocalíptico contra el antisemitismo (si esto fuera cierto, es poco probable que hubiera excedido los términos del borrador de *Humani generis unitas*).

El encuentro con los obispos se fijó para el 11 de febrero de 1939, décimo aniversario del Tratado Lateranense y decimoséptimo de su coronación. Doce días antes, Pío XI había comenzado a redactar dos comunicados. En el transcurso de esa semana sufrió dos ataques al corazón. Un día antes de la fecha fijada, el 10 de febrero de 1939, Pío XI murió, y sus textos permanecieron ignotos. Sus palabras finales, no obstante, mostraban un retraimiento hacia esa sublimidad egoísta especial, la conciencia papal: «En lugar de hablar de paz y bien a hombres que no están dispuestos a

escuchar —dijo a un amigo de Daniel-Rops—, prefiero ahora hablarles sólo de Dios.»

Pacelli, nombrado cardenal camarlengo de la Santa Iglesia Romana cuatro años antes, se encargó de los preparativos para el entierro y funeral, así como para el próximo cónclave. Estuvo junto al lecho mortuorio de Pío XI y, siguiendo la vieja tradición, lo declaró muerto. Como señala un hagiógrafo: «Quienes vieron al cardenal Pacelli inclinarse hacia el cuerpo del Papa muerto, besar su frente y sus manos, comprendieron cuánto lo había amado. Por una vez le traicionó su emoción.»

Veinte años después, Juan XXIII dio a conocer un fragmento de uno de los dos discursos preparados para pronunciar ante la jerarquía italiana. Desde entonces habían corrido rumores sin fundamento: que los discursos habían sido robados por los fascistas; que el médico del Papa, el doctor Francesco Petacci (padre de la amante de Mussolini, la actriz Clara Petacci), había inyectado veneno al Papa para evitar que los pronunciara...[18]

Al oír la noticia de la muerte del Papa, Mussolini comentó: «¡Al fin se ha muerto ese viejo testarudo!» Según su ministro de Asuntos Exteriores, conde Galeazzo Ciano, la noticia dejó al Duce «completamente indiferente». Aun así, el 12 de febrero Ciano confió a su diario que «en algunos círculos norteamericanos se comenta que Pacelli dispone de un documento escrito por el Papa. El Duce desea que Pignatti lo busque y que si existe le consiga una copia».[19] Se refería al conde Pignatti, embajador italiano ante la Santa Sede, quien efectivamente acudió a hablar con Pacelli. Éste consiguió tranquilizarle: «Será letra muerta —le dijo—; lo guardaremos en los archivos secretos.»[20] Antes de que Pignatti se fuera, Pacelli le felicitó por la forma en que el gobierno italiano había participado en las exequias del fallecido Pontífice.

No sabemos si Mussolini consiguió leer o no los discursos de Pío XI; lo que sí es cierto es que el Duce estaba muy lejos de sentirse indiferente acerca de la capacidad de aquél de frustrar sus planes, incluso después de muerto.

12. Gloria

El cónclave del 1-2 de marzo de 1939, tras la muerte de Pío XI, fue uno de los acontecimientos de más relieve internacional en un momento de inminente conflicto entre las grandes potencias. Pío XI se había distanciado finalmente del régimen nazi con su encíclica *Mit brennender Sorge* de 1937, y sus relaciones con la Italia fascista estaban muy deterioradas en el momento de su muerte. Pero seguían en vigor el Tratado Lateranense y el concordato con el Reich. Un nuevo Papa, bienquisto con Hitler y Mussolini, podía contribuir a cimentar el Eje Berlín-Roma y proporcionarles un espaldarazo de aprobación moral a los ojos del mundo. Podía también permanecer neutral si se elegía a un «hombre de oración», un Papa pastoral que rehusara acomodarse con un bando o con otro; o podía ponerse de parte de las democracias y animar a la opinión pública norteamericana a que apoyara a Francia y Gran Bretaña en el conflicto que se avecinaba.

La política del nuevo Papa podía resultar crítica para los objetivos de unas u otras grandes potencias. En las tres semanas que transcurrieron desde la muerte de Pío XI y el comienzo del cónclave, en el que los cardenales debían confinarse en el palacio Apostólico y la capilla Sixtina, los círculos diplomáticos romanos bullían de chismorreos e intrigas. Los diplomáticos franceses y los del Foreign Office británico, conscientes del peso en la votación de los nueve cardenales francófonos (en contraste con los tres de Estados Unidos y los cuatro alemanes), acusaron a los italianos de intentar influir sobre el resultado, acusación que parece infundada.[1] Pero los franceses sí que intentaban influir sobre el cónclave.

El embajador francés ante la Santa Sede, François Charles-Roux, se entrevistó con todos los príncipes de la Iglesia francófonos consultándoles acerca de su intención de voto, lo que llevó al

cardenal Henri Baudrillart a frenar los pies al vivaz diplomático con esta sarcástica respuesta: «¡Así que mi gobierno va a enseñarme cómo debo votar!»[2] Mientras, el único cardenal británico, Arthur Hinsley, se seguía preguntando si debería haber invitado al embajador de su majestad ante la Santa Sede a almorzar en el refectorio del English College, el seminario romano para tonsurados ingleses.

El colegio electoral estaba formado en 1939 por sesenta y dos cardenales, requiriéndose una mayoría de dos tercios (42). Había treinta y cinco cardenales italianos, de forma que el nuevo Papa debía ser aceptado por la mayoría de ellos; por otra parte, ningún candidato podía ser elegido sin un apoyo significativo de los no italianos. Los diplomáticos franceses y británicos discutieron la idea de intentar influir sobre el cónclave en favor de Pacelli, quien, se suponía, seguiría la vía de Pío XI favorable a las democracias. Pacelli, quien según sor Pasqualina hizo preparar sus maletas para dejar el Vaticano, no era sin embargo una opción segura, del mismo modo que tampoco estaba claro que se decantara por las democracias. Algunos diplomáticos romanos insistían en que el colegio electoral solía tradicionalmente rechazar como candidato a los antiguos secretarios de Estado, argumentando que los cardenales desearían compensar lo que le había faltado al Papa fallecido. Otros se preguntaban si Pacelli no sería demasiado débil, después de haber servido a un Papa tan enérgico como Pío XI.[3] Los diplomáticos alemanes en Roma también apostaban por Pacelli, considerando que se trataba de una persona conciliadora, aunque la opinión que de él tenían los nazis en Berlín era contradictoria, tendiendo a fría. Los cuatro cardenales alemanes estaban ciertamente a favor de Pacelli, aunque el cardenal Innitzer de Viena, recordando sin duda su entrevista con Pío XI, parecía «muy desorientado y asustado», según el consejero de la embajada alemana.[4]

Parece que Pacelli tenía a la mayoría del colegio electoral de su parte desde el principio, aunque no a todo el cónclave. Charles-Roux, el embajador francés, encontró al cardenal de la curia Eugène Tisserant inconmoviblemente opuesto a Pacelli, ya que aquel famoso y barbado cardenal creía que el secretario de Estado de Pío XI era por naturaleza indeciso. Charles-Roux se entrevistó con Tisserant una vez más, temiendo que pudiera ejercer una influencia decisiva. Los franceses creían que los cardenales italianos podían escindirse entre un Papa pastoral, como el ascético y *«uomo santo»* Elia

dalla Costa, de Florencia, y un político, lo que obviamente apuntaba a Pacelli como favorito. Entre los italianos que deseaban un político también podía haber cierta inclinación por el cardenal Luigi Maglione, antiguo nuncio en París. Charles-Roux pensó que Tisserant podía explotar esa escisión potencial para alejar a un grupo considerable de cardenales extranjeros de Pacelli. Escribió a sus jefes en París que a pesar de sus intentos de persuadirle en otra dirección, Tisserant se mantenía «irreductible en su oposición a la elección del cardenal Pacelli». El cardenal francés había dicho al diplomático que Pacelli era «indeciso, vacilante, un hombre más adecuado para obedecer órdenes que para darlas».[5]

Los cardenales, todos ellos elegibles, se reunieron para entrar en el cónclave a las seis de la mañana del 1 de marzo de 1939. Tres cardenales del otro lado del océano —O'Connell, de Boston, Leme, de Río de Janeiro, y Copello, de Buenos Aires— llegaron en el último minuto, después de desembarcar en Nápoles del buque *Neptunia* aquella misma madrugada. Los cardenales, siguiendo la tradición, se alojaban en sencillos cubículos con un secretario que los atendía en sus necesidades. Pacelli, quien ya residía en el palacio Apostólico, siguió viviendo en su apartamento, al cuidado de la madre Pasqualina.

El procedimiento electoral en un cónclave está sujeto a un estricto secreto bajo pena de excomunión. Pero a veces hay filtraciones, y el cónclave de 1939 no fue una excepción. Según Giancarlo Zizola, que las registró en su libro *Quale Papa?*,[6] se produjeron las siguientes votaciones: en la primera, Pacelli ganó con veintiocho votos, seguido por Dalla Costa y Maglione. En la segunda, Dalla Costa obtuvo la mayoría, con treinta y cinco votos.

En la tarde del 2 de marzo, cuando Pacelli acudía a la capilla Sixtina para proceder a la tercera votación, se cayó por la escalera al darse la vuelta para hablar con el cardenal O'Connell. El cardenal Vedier, de París, dijo al parecer: «¡El Vicario de Cristo en el suelo!» Pacelli se alzó inmediatamente y siguió su camino, agarrándose el brazo izquierdo con evidente dolor.[7] Entró en la capilla, y a las 5.25 resultó elegido en la tercera votación, con cuarenta y ocho votos. Fue el cónclave más rápido en trescientos años. Según Charles-Roux, Tisserant votó contra Pacelli hasta el final, creyendo que se trataba de una opción equivocada.[8]

Pacelli recibió la carga del papado con piadosa modestia, como

es costumbre. Un cardenal cercano recordaba que, una vez que se hubo pronunciado el último voto, «el santo cardenal, pálido y profundamente emocionado, cerró sus ojos y se perdió, como con miedo, en una plegaria. Pasaron algunos minutos en aquel solemne silencio».[9] Eligió el nombre de Pío XII como deferencia a la tradición que llevaba desde Pío Nono, pasando por su héroe Pío X, hasta su inmediato predecesor.

El sucesor de Charles-Roux como embajador francés de Francia ante la Santa Sede, el conde Wladimir d'Ormesson, se vio sorprendido por el contraste entre Pío XI y el nuevo Pío: «Se trataba de hombres muy diferentes. A un robusto montañero milanés le sucedía un burgués romano, de temperamento más pasivo. Un diplomático ocupaba el lugar que había dejado libre un estudioso.»[10]

Pío XII apoya a Hitler

Cuatro días después de su elección, Pacelli mantuvo una conferencia de trabajo con los cuatro cardenales de habla alemana: Bertram, Schulte, Faulhaber e Innitzer. Les dejó claro que seguiría haciéndose cargo personalmente de los asuntos alemanes. Quería mostrarles el borrador de una carta que planeaba enviar a Adolf Hitler con ocasión de su ascenso al papado. Mientras que su predecesor, aunque tardíamente, se disponía a lanzar duras palabras contra el nazismo y el antisemitismo, y se proponía llamar a consultas al nuncio papal en Berlín, Pacelli propuso la siguiente ratificación del Führer:

> Al ilustre Herr Adolf Hitler, Führer y canciller del Reich alemán: Al comienzo de Nuestro Pontificado deseamos asegurarle que seguimos comprometidos con el bienestar espiritual del pueblo alemán confiado a su liderazgo. [...] Durante los muchos años que vivimos en Alemania, hicimos cuanto estaba en Nuestra mano por establecer relaciones armoniosas entre la Iglesia y el Estado. Ahora que las responsabilidades de Nuestra función pastoral han aumentado Nuestras oportunidades, rezamos mucho más ardientemente por el logro de ese objetivo. ¡Que la prosperidad del pueblo alemán y su progreso en todos los terrenos llegue, con la ayuda de Dios, a colmarse![11]

Con una notable falta de rigor histórico, Pacelli intentaba ahora persuadir a los dirigentes de la Iglesia alemana de que la lisonjera misiva de León XIII a Bismarck en 1878, tras la muerte del fiero Pío IX, había posibilitado el fin de la *Kulturkampf*.[12] ¿No debería él mismo enviar ese pacífico saludo con la esperanza de alcanzar un resultado semejante? Los cardenales recibieron esa desacostumbrada versión de su propia historia sin comentarios, y el resto de la discusión se dedicó a minucias, tales como si debía dirigirse a Hitler como «ilustre» o como «muy ilustre».

Tras ponerse de acuerdo en el documento tal como se reproduce más arriba, Pacelli señaló que su predecesor había dicho en una ocasión que el mantenimiento del nuncio papal en Berlín «entraba en conflicto con nuestro honor». Pío XI había dicho que «el mundo no comprende que sigamos manteniendo relaciones diplomáticas con un régimen que trata a la Iglesia de ese modo». Pacelli prosiguió informando a los cardenales de que él, como cardenal secretario de Estado, le había replicado: «Santidad, ¿qué de bueno nos reportaría esa iniciativa? Si retiramos al nuncio, ¿cómo podremos mantener el contacto con los obispos alemanes?» Pío XI, entonces, comprendió y «calmó su urgencia».

A esto respondió obedientemente el cardenal Bertram: «Sí, no debe parecer que la Santa Sede rompe [las relaciones con Alemania].»

Pacelli concluyó con esta reflexión sobre la necesidad de mantener los lazos diplomáticos con el Tercer Reich: «Algunos cardenales se Nos han acercado para preguntarnos por qué seguimos ofreciendo audiencias al embajador alemán. ¿Cómo, dicen, tiene la cara dura de solicitar audiencia? Nuestra respuesta es: ¿Qué otra cosa podemos hacer? Debemos tratarlo de forma amistosa. No hay otra vía. Romper las negociaciones es fácil. Pero reconstruirlas de nuevo... ¡Sólo Dios sabe qué nuevas concesiones tendríamos que hacer! Pero podéis estar seguros de que el régimen [nazi] no las reanudaría sin concesiones de nuestra parte.»

Desde el comienzo de su pontificado, pues, el trato de Pío XII hacia Hitler excedió la cortesía diplomática, y sus obispos alemanes tomaron buena nota de ello. Su inusualmente amistosa carta al «ilustre Adolf Hitler» se cruzó con la llegada de «la más cálida felicitación del Führer y el gobierno».[13] Al mes siguiente, el 20 de abril, por expreso deseo de Pío XII, el arzobispo Orsenigo, nuncio en Berlín, ofreció una recepción con ocasión del quincuagésimo cum-

pleaños de Hitler. La felicitación de cumpleaños iniciada así por Pacelli se convirtió inmediatamente en una tradición; cada 20 de abril, durante los fatídicos años que le quedaban a Hitler y a su Reich, el cardenal Bertram de Berlín envió «las más cálidas felicitaciones al Führer en nombre de los obispos y diócesis de Alemania», a las que añadía «fervientes plegarias que los católicos alemanes envían al cielo desde sus altares».[14]

Hablando a los cardenales del Secretariado de Estado para Asuntos Extraordinarios el 20 de junio de ese mismo año, Pío XII les dijo que una eventual ruptura de las negociaciones permitiría a Hitler liberarse de los últimos vestigios del concordato con el Reich.[15]

Coronación

Pacelli fue coronado Papa el 12 de marzo de 1939. Los primeros de los cuarenta mil invitados se arremolinaban en las escalinatas de la basílica de San Pedro a las tres de la madrugada. A las seis, cuando las pálidas luces del amanecer comenzaban a iluminar la cúpula de Miguel Ángel, se abrieron las pesadas puertas de bronce y los invitados fueron entrando en el edificio. A las ocho seguían llegando y buscando un lugar en el vasto anfiteatro de mármol.

Fuera, los ciudadanos de Roma y los peregrinos llegados de todos los rincones del globo se agolpaban en la *piazza.* Llenaban toda la Via della Conciliazione, la ruta ceremonial desde el Tíber hasta la plaza de San Pedro que conmemoraba el Tratado Lateranense, y seguían llegando por el puente desde el Corso Vittorio Emanuele. Los testigos hablan de la creciente emoción de la multitud (se estimó más de un millón de asistentes), hacinada durante horas bajo la fría luz del sol.

Para Hilaire Belloc, escritor inglés apasionadamente católico nacido en Francia, enviado por el grupo norteamericano de prensa Hearst para cubrir la noticia, la efervescencia de la multitud se debía en gran medida a la suspensión por ese día del cotidiano conformismo fascista.

> Era una visión extraordinariamente grandiosa, la más grandiosa que haya visto en mi vida. [...] La inmensa mayoría eran romanos. Pienso que la razón para esa excitación tan especial era la

oportunidad que se les brindaba de expresar una emoción genuina. Bajo los despotismos modernos, tales oportunidades son escasas, y hay que aprovecharlas.[16]

Para otros, aquel estado de ánimo era sintomático de la psicosis de guerra atizada por los informes de la radio y los periódicos acerca del último acto de osadía de Hitler. Justo cuando la multitud se reunía ante la basílica de San Pedro, se movilizaban cuarenta divisiones alemanas y llegaban noticias de movimientos de las tropas de la Wehrmacht en la frontera con Checoslovaquia, preparándose para entrar en Praga.

Había una sensación generalizada, entre el cónclave y el día de la coronación, evidente en los editoriales de los periódicos católicos, de que la elección de Pacelli debía señalar el fin del largo período de exaltación del culto papal. ¿Acaso no era el nuevo Papa un admirador de Marconi, quien había diseñado el potente transmisor de radio situado en los jardines del Vaticano? ¿No había mostrado su entusiasmo por los modernos medios de comunicación y en particular por la radio? Se insistía en que había visitado Inglaterra y París, en que había desempeñado el puesto de nuncio papal en Munich y en Berlín, y en que como secretario de Estado había cruzado dos veces el Atlántico, viajando a Sudamérica y Estados Unidos; también conocía de cerca la Europa oriental. Ningún otro secretario de Estado en la historia de la Iglesia, ningún *papabile*, había viajado tanto ni tan lejos.

Apreciando el sentir de la Iglesia, y creyendo que conocía bien a Pacelli, Douglas Woodruff, editor del semanario internacional católico *The Tablet*, declaró en su crónica de la coronación: «El Papa, que se había visto encerrado en su catedral durante el auge de la progresiva secularización, vuelve a hallarse entre los hombres.»[17] Eugenio Pacelli, declaraba Woodruff, combatiría los males de la secularización no mediante el aislamiento triunfalista, sino yendo al mundo para lanzar el mensaje cristiano, para y en nombre de toda la gente de buena voluntad, a través de las ondas y en las pantallas de todos los cines del mundo. Eugenio Pacelli, Pío XII, decía a los influyentes lectores de *The Tablet*, era el Pontífice que echaría abajo el muro que separaba a la Iglesia del mundo. Aquí estaba el Papa que desacralizaría, descentralizaría y desmitificaría el

papado, exponiendo el mensaje cristiano a los pueblos de la tierra para combatir el nuevo paganismo.

La perspectiva de tal resultado, sin embargo, no parecía tan segura aquella brillante y helada mañana. Evidentemente era una coronación sin precedentes en cuanto a su notoriedad en aquella o en cualquier otra época. ¿Pero señalaba la espléndida ceremonia que se preparaba el amanecer de un nuevo populismo papal? ¿O era más bien la apoteosis del triunfalismo?

Pacelli había ordenado que no se escatimara ningún gasto. En 1878, León XIII había sido coronado en la privacidad de la capilla Sixtina, como lo fue Benedicto XV, austeramente, en los oscuros primeros días de la primera guerra mundial. En 1922, Pío XI fue coronado en un estrado ante el sepulcro de San Pedro. Aquel día, por el contrario, se trataba de una coronación sin precedentes: la primera coronación papal transmitida por radio a todo el planeta, la primera en ser filmada en su totalidad, la primera que se celebraba a cielo abierto, ante la multitud congregada en la plaza de San Pedro, desde la ascensión al trono papal de Pío IX en 1846. Su propósito, no obstante, parecía no tanto llevar al Papa al pueblo como distanciarlo y elevarlo, para asombrar al mundo.

A las 8.30, con puntualidad, Pacelli llegó entre una salva de aplausos al atrio, el gran vestíbulo de la basílica, bendiciendo a los dignatarios y miembros de la realeza presentes. De dos en dos, los príncipes, embajadores y distinguidos representantes de las naciones descendieron hacia la nave sur, luciendo rutilantes emblemas hasta ocupar sus posiciones a la izquierda del elevado altar. Entre ellos se encontraban los príncipes del Piamonte, el conde de Flandes, el duque de Norfolk, que representaba al Reino Unido; dos ex monarcas, Fernando de Bulgaria y Alfonso de España; Joseph Kennedy, embajador norteamericano en Londres y preeminente católico de Boston, representando a Estados Unidos; Paul Claudel, poeta y dramaturgo, representando a Francia; y, «por extraño que parezca», como señaló Woodruff, Eamon de Valera, el primer ministro de Irlanda, caminando junto al conde Galeazzo Ciano, yerno de Mussolini y ministro de Asuntos Exteriores de Italia, quien más tarde causaría cierto revuelo al verse situado por detrás del duque de Norfolk en el cortejo. «Había un considerable desorden —anotó Ciano irónicamente en su *Diario* ese día— en la organización del protocolo pontificio.» Sólo la Alemania nazi, entre las

grandes potencias, envió a un representante de segunda fila, contentándose con la presencia del embajador en el Vaticano, Diego von Bergen.

Luego llegó a la gran nave central el cortejo principal, formada por los prelados con blancas casullas y mitras, tenuemente resplandecientes; primero los cardenales de la curia, detrás los príncipes metropolitanos de la Iglesia, seguidos por los arzobispos, obispos y abades de los grandes monasterios benedictinos. Finalmente se dejó ver Pacelli, vistiendo una mitra dorada y una rígida capa consistorial con filigrana de oro. «*Tu es Petrus* —cantó el coro de la capilla Sixtina—, *et super hanc petram ædificabo ecclesiam meam*» («Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia»).

Pacelli, con su ascético rostro pálido como el pergamino, sus grandes y profundos ojos mirando lúgubremente a los fieles, atendiendo a todos como un demagogo, abanicado por las plumas ceremoniales conocidas como *flabelli* y transportado por un enjambre de la Nobleza Negra con guantes blancos en su *sedia gestatoria*, el tradicional trono portátil de los papas. Inclinado hacia adelante, con el cuello sin embargo rígido y como extático, Pacelli distribuía con destreza bendiciones a un lado y otro, haciendo profundos y elegantes gestos con sus largos y afilados dedos, conforme el gentío se arrodillaba a su paso. Por delante de él iba el maestro de ceremonias, interrumpiendo de vez en cuando el curso del cortejo. Volviéndose hacia el nuevo Papa por tres veces, prendió fuego a un retazo de lino en un quemador de plata. La llama brilló por un momento, quedando luego reducida a cenizas. «*Sancte Pater, sic transit gloria mundi*» («Recuerda, Santo Padre, que así pasa la gloria del mundo»), entonó el clérigo.

Mientras, la gloria en su expresión más exacta era lo que tenía ante sí Pío XII. Pese a los oscuros nubarrones de guerra, los corresponsales de todos los periódicos del mundo quedaron hipnotizados aquella mañana por el espléndido espectáculo: los vistosos ornamentos, las columnas de humo que ascendían de los incensarios, los bosques de cirios, las letanías, los cantos litúrgicos en latín y griego, la sosegada coreografía de los príncipes de la Iglesia con sus mantos dorados sobre las sotanas de tafetán o las sobrepellices de encaje. Para los que habían sido testigos o visto filmaciones de las grandes ceremonias nazis y fascistas, esas liturgias, realzadas por la solemnidad del canto gregoriano y las explosiones de polifonía

barroca, representaban un desafío a las toscas celebraciones neopaganas de los dictadores.

El ejercitado ojo del periodista londinense Tom Driberg, siempre alerta a los grandes acontecimientos, estaba encantado. Fue, aseguraba, «una de las ceremonias más espléndidas que nunca haya visto».[18] Driberg, que había llegado a San Pedro resplandeciente con su traje de etiqueta, corbata blanca y guantes, observó fascinado que «los cardenales besaban el pie y la mano del Papa; los arzobispos y obispos, su pie y su rodilla; y los abades mitrados únicamente el pie».

Muchos testigos, tanto católicos como no católicos, mencionaron el absorto recogimiento de Pacelli, su llamativa devoción. No se trataba de un «Papa popular» ni de un hombre entre otros hombres, sino de alguien que parecía ya transfigurado en presencia de la divinidad.

Pacelli había comenzado la misa a las 9.30, y ya era la una cuando se aproximaba el momento de la coronación. Pero parecía entretenerse en los procedimientos previos, como si fuera demorando la consumación. «No mostraba la menor señal de fatiga —escribió Douglas Woodruff— cuando bendecía a derecha e izquierda, y su voz [...] seguía clara y fuerte como una trompeta de plata.» Un observador manifestó entusiasmado que «con su aspecto ascético, su elevada estatura, y las primeras canas en las sienes, sus ojos oscuros y gafas doradas sobre la nariz aquilina, parecía etéreo, flotando entre el cielo y la tierra; un verdadero Pontífice, suspendido como un puente entre lo divino y lo humano».[19] Otro aseguraba que «verlo pontificando en San Pedro fue una inolvidable y edificante experiencia», y que «parecía vivir en un plano sobrenatural».[20] Ciano anotó en su *Diario* que el nuevo Papa «parecía verdaderamente tocado por el espíritu divino».

Según las falsas profecías de Malaquías, éste, el 262 Papa desde San Pedro, sería conocido como «Pastor Angelicus». Pacelli, según cuentan, había respaldado personalmente ese sobrenombre; el día de su coronación, la denominación «Pastor Angelicus» estaba en labios de todos.

La coronación culminó en el gran balcón que da a la plaza, ante la multitud. El coro cantaba *Una corona de oro sobre su cabeza* cuando el cardenal decano, su eminencia Caccia-Dominioni, depositó sobre su cabeza la pesada triple tiara, de finales del primer

milenio de la cristiandad. «Recibe esta tiara —entonó—, adornada con tres coronas, que Tu majestad sepa que Tú eres el padre de los príncipes y de los reyes, el gobernante del mundo, el Vicario en la tierra de Nuestro Salvador Jesucristo, a Quien son debidos honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.»

Finalmente había llegado el momento para la bendición papal *urbi et orbi*, a la ciudad de Roma y al mundo. El editor de *The Tablet*, todavía optimista acerca de la posibilidad de un nuevo populismo papal, comentaba más tarde:

> Fue un signo adecuado a la nueva época que fuera retransmitido por radio. [...] ¿Podíamos esperar algo mejor para la religión de los grandes inventos de nuestra era? Aquella mañana de la coronación supimos cuánto se debe valorar que las palabras y gestos del Sumo Pontífice sean oídos y vistos en todo el mundo. Su ciudad había hecho la paz con él, y media Roma se había reunido allí para recibir su bendición.[21]

Mientras, abajo en la *piazza*, el papado no estaba exactamente haciendo la paz con la ciudad de Roma. La escena fue relatada por el escritor inglés Hugh Walpole, quien se vio metido de lleno en ella.

La policía había estado empujando a la gente que pretendía llegar hasta la escalinata de San Pedro, en lo alto de la cual había barreras que contenían a los invitados que habían salido de la basílica para presenciar el momento de la coronación en el balcón. La embravecida masa de gente «se movía rítmicamente, como siguiendo alguna música». El buen sentido abandonó entonces a la multitud, y la gente comenzó a pelear y a darse puñetazos y patadas. Walpole se vio alzado en el aire y tuvo la sensación de que iban a aplastarlo. Creyó ver a Hilaire Belloc, que contaba entonces setenta años, agitando un sándwich, y a Tom Driberg en su traje de etiqueta y con guantes blancos, «todavía sonriente y cortés, aunque parecía caerse hacia un lado». Luego Walpole sintió como si le hubiera golpeado en la espalda una enorme ola. «Corrí como si tuviese que alcanzar a un amigo.» Estaba sin aliento, con el chaleco torcido y los zapatos pisoteados y destrozados. «Miré hacia el balcón, pero la ceremonia ya había terminado, así que no pude ver cómo coronaban al nuevo Papa.»[22]

Eugenio Pacelli, Pío XII, era entretanto transportado de nuevo al sagrado recinto del palacio Apostólico para comenzar su largo y accidentado pontificado.

¿Quién es Pacelli?

¿Estaban los diplomáticos y la prensa realmente bien informados acerca del hombre que había heredado el *palium* del obispado de Roma y la tiara de Sumo Pontífice, en el mismo instante en que el mundo se acercaba al abismo de la guerra? ¿Qué influencia, qué liderazgo esperaban que ejerciera sobre la Iglesia católica y los hombres de Estado?

Contemplando las poderosas fuerzas que se preparaban para la guerra, Pacelli podía apelar a la lealtad y devoción de quinientos millones de almas; de hecho, la mitad de la población de la Gran Alemania de Hitler era católica, incluida una cuarta parte de los SS, y eso en un momento en que obispos, clero, religiosos y fieles estaban ligados por una unidad y disciplina sin precedentes en la historia. Pacelli no contaba con ejércitos, pero medio siglo de floreciente autoridad centralista papal le concedía un extraordinario ascendiente sobre los corazones y mentes de los fieles católicos. El Papa se consideraba a sí mismo como árbitro supremo de valores morales en la tierra, y en consecuencia sus responsabilidades eran tanto más notables. ¿Cómo afrontaría la institución del papado y el propio Pacelli, que la encarnaba, los retos que le esperaban, los más extraordinarios de la larga historia de la Iglesia?

El día de su elección, Pacelli había celebrado su sexagésimo tercer cumpleaños. A una edad en la que actualmente la mayoría de la gente comprometida en la vida pública ve acercarse su jubilación, contaba con treinta años de experiencia como prelado, y se conocían bien los éxitos de su carrera.

Sus largos años como diplomático y alto ejecutivo en el Vaticano le habían concedido la oportunidad de conocer a la mayoría de los eclesiásticos con responsabilidades de todo el mundo. Sin embargo, su modo de vida y personalidad, sus talentos y preocupaciones personales eran, salvo en lo que hace a algunos hechos y generalizaciones bien conocidos, un profundo misterio. Se decía que era extremadamente inteligente, que poseía un raro don para

las lenguas, que tenía una prodigiosa memoria y era evidentemente piadoso. ¿Pero quién podía realmente decir cómo era, o de qué era capaz?

Pacelli, al parecer, no contaba con un círculo íntimo de amigos que se trataran como iguales. Desde que murió su hermano mayor, Francesco, en 1935, no había frecuentado a sus otras hermanas. Durante veinte años, sus necesidades físicas habían sido atendidas por tres monjas alemanas; su ayudante administrativo privado era un discreto y evasivo jesuita alemán, más enigmático aún que el propio Pacelli. Tras abandonar los cuidados de su madre cuando fue ordenado obispo y enviado a Alemania en 1917, Pacelli comía siempre solo, excepto en las ceremonias oficiales.

Había viajado por medio mundo, entrevistándose con hombres de Estado, pero en los últimos años sus viajes habían sido las salidas y regresos de un jefe de Estado, con toda la parafernalia de bandas de música y alfombras rojas. Sus alojamientos en el extranjero habían sido palacios, suites presidenciales, camarotes de primera clase que reproducían sus aristocráticas habitaciones y despachos en el Vaticano; los vehículos que había utilizado eran limusinas de lujo, vagones de ferrocarril privados, aviones especialmente fletados para él y sus acompañantes... Desde sus cuarenta años, cuando realizó un viaje a un pueblo minero en Baviera, nunca se le había visto en público sin su sotana magenta y su capa de seda. Se sabía que cuando desempeñaba la nunciatura papal en Berlín montaba a caballo, en gran secreto, en la propiedad de una rica familia. Pero a diferencia de su predecesor, no era aficionado a las saludables caminatas montañeras. Durante más de veinte años había pasado sus vacaciones en el escondido refugio de un sanatorio suizo a cargo de monjas de clausura. Si entraba en contacto con mortales ordinarios, se trataba de chóferes y guardias de honor. No era dado a confraternizar con la gente que se ocupaba de tareas menores.

El día de su coronación, esto, e incluso menos que esto, era lo que sabían de Pacelli los profesionales de la información y los consejeros de los gobiernos. Los acostumbrados y superficiales elogios de los editorialistas, diplomáticos y funcionarios eran sintomáticos no tanto de un juicio frívolo sino de la pura escasez de información acerca de su carácter, psicología y verdadera historia.

La prensa italiana estaba toda ella encantada: «Parecía especialmente destinado al servicio de la Santa Sede —declaraba *Avvenire*

d'Italia—, no sólo por sus inclinaciones y estudios, sino porque es romano, y siente, como tal, en su más alto grado, la misión universal de la Roma apostólica.» El conde Ciano saludó públicamente la elección de Pacelli como «un gran éxito para Italia», si bien es cierto que había dudas en los círculos diplomáticos acerca de la perspicacia de Ciano.

La opinión pública británica era en general favorable y uniformemente insulsa. «Su experiencia única en la dirección de los asuntos de la Iglesia como nuncio, y en la ejecución de la política vaticana —escribía el editorialista de *The Times*— es su principal título para convertirse en cabeza de la Iglesia.» *The Sunday Times* comentaba su «comprobado carácter», el *Manchester Guardian* su «brillante diplomacia» y *The Observer* su amor por la «paz, su caridad» y sus «ideales cristianos». Mientras, D'Arcy Osborne, embajador británico ante la Santa Sede, informaba al Foreign Office del «virtuoso carácter» de Pacelli y de su «gran encanto personal». Pacelli, decía entusiasmado Osborne, respondía «al tipo de modelo que debe ser el Pastor Angelicus». Sólo mostraba un escrúpulo: no estaba «del todo seguro de que poseyera un carácter fuerte, trabajando como lo ha hecho para un autócrata como Pío XI».[23]

También los franceses expresaron su entusiasmo con frases rotundas: «El sucesor de Pío XI —afirmaba *Le Temps*— posee las cualidades necesarias para asumir su puesto en la historia.» Su elección, opinaba *L'Oeuvre*, «puede abrir una era de paz entre las naciones». El embajador francés en el Vaticano, Charles-Roux, había informado el 2 de marzo al ministro de Asuntos Exteriores por telegrama: «Ésta es la elección que mejor puede mantener al papado en el alto nivel moral al que Pío XI lo ha elevado.»[24]

La prensa portuguesa estaba en general descontenta con Pacelli, habiendo confiado en las probabilidades de elección de su propio arzobispo Cerejeira, patriarca de Lisboa y que era el cardenal más joven del cónclave. Los franquistas españoles también se mostraban abatidos, ya que reprochaban a Pacelli la neutralidad de Pío XI durante la guerra civil, lo que no constituía un juicio muy preciso acerca de la verdadera actitud de Pacelli, quien era, y demostró serlo, un defensor incondicional del Caudillo. Pero esas notas aisladas de acritud quedaban más que compensadas por los elogios que llegaban desde Estados Unidos y América del Centro y del Sur, y hasta de los dominios protestantes de Escandinavia.

Que aquella elección y coronación suscitara sentimientos encontrados en Alemania era lógico. El 3 de marzo, el *Berliner Morgenpost* escribía: «La elección de Pacelli no ha sido recibida favorablemente en Alemania, ya que siempre se ha mostrado hostil al nacionalsocialismo.» El *Frankfurter Zeitung* del mismo día afirmaba: «Muchos de sus discursos han dejado claro que comprende del todo los motivos políticos e ideológicos que han impulsado el camino victorioso emprendido por Alemania.» El *Danziger Vorposten*, vocero nazi, se dolía de que «Pío XII no es un Pastor Angelicus. [...] Pacelli nunca ha sido un pastor de almas, un sacerdote de púlpito. Durante cerca de cuarenta años ha sido un político, un diplomático que regía la política terrenal del Vaticano». En Austria, el periódico nazi *Graz* declaraba que el nuevo Papa era «un servil perpetuador de la fracasada política de Pío XI... pero para el pueblo alemán es indiferente que quien se siente en el solio pontificio se llame Pío XI o Pío XII».

Entre el torrente de despachos periodísticos y telegramas de los diplomáticos acreditados en el Vaticano a sus ministerios y gobiernos, ninguno sin embargo se hizo eco de la peculiar nota de escepticismo expresada por Heinrich Brüning, el antiguo canciller del Reich y dirigente del antes influyente Partido del Centro, quien, tras haber discutido agriamente con Pacelli, conocía mejor que muchos su política.

Tras la elección de Pacelli el 2 de marzo, sir Robert Vansittart, del Foreign Office británico, invitó a almorzar a Brüning, entonces exiliado en Londres. Sir Robert le preguntó qué pensaba de Pacelli como Papa, y aquél le respondió que podía decir a lord Halifax, ministro de Exteriores, que él no compartía el optimismo general con respecto al nuevo Papa, y que «Pacelli puede tener todavía en mente la posibilidad de mantener los acuerdos con los regímenes existentes en Alemania e Italia».[25]

De hecho, Brüning venía durante años contándole a quien quería escucharle que Pacelli había forzado la desbandada del Partido del Centro alemán a cambio del concordato, obstaculizando la potencial protesta y resistencia de los católicos. La opinión de Brüning acerca de Pacelli no era simplemente que el nuevo Papa podía intentar congraciarse con Italia y Alemania para asegurar la paz, sino que ya había silenciado y rendido a los católicos alemanes al poder y los designios de Adolf Hitler.

13. Pacelli, Papa de la paz

El escritor inglés Bernard Wall ofreció una desacostumbrada y vívida impresión del proceder de Pacelli en los primeros años de su pontificado, del despacho donde se celebraban las audiencias privadas y del rutinario protocolo.[1]

Primero se atravesaba una antecámara, pequeña y «llena a rebosar de cornisas y frescos, con una espesa alfombra, dorada y fea», con «atroces» retratos de los Papas más recientes en las paredes. El visitante estaba obligado a esperar allí hasta que una «figura vestida de púrpura» se le aproximaba pisando tan silenciosamente sobre la alfombra «que uno hubiera imaginado que caminaba descalzo». Ese prelado en funciones de secretario indicó al visitante que debía imitar sus actos, y luego, realizando una genuflexión sobre la alfombra justo a la puerta del despacho del Papa, que Wall reprodujo, hizo una profunda reverencia hacia la blanca figura del Pontífice, sentado tras una mesa, «con sus manos cruzadas ante sí, quieto». El Papa alzó entonces la mano para que le besara el anillo, e indicó a Wall que se sentara en una silla junto a la mesa de despacho. Mirando en torno, Wall contempló las «pesadas cortinas y el mármol, una impresión que sólo puedo describir como la de un entorno imperial». Otros han descrito ese despacho como «rojo y dorado». La mesa estaba cubierta de documentos y periódicos apilados. «Parecía como si se hubiese destacado en ellos algunos párrafos. [...] No vi ningún libro, sólo montones y montones de documentos impresos.»

Pacelli insistió en hablar en inglés. Tenía, cuenta Wall, una voz «aguda y como aflautada», que casi silbaba el pequeño discurso de bienvenida aprendido de memoria: «Me gusta mucho Inglaterra. He estado allí. Vi la Flota en Spit'ead.» Se refería a la ceremonia de revista de los principales buques de la Royal Navy por el monarca,

de la que Pacelli había sido testigo en Portsmouth en 1907, anécdota de la que se servía para iniciar la conversación con los visitantes ingleses desde que era Papa. Wall se dio cuenta de que Pacelli, pese a su reputación de políglota, no entendía demasiado bien el inglés. Pero como muchos otros, se vio sorprendido por el encanto del Pontífice:

> Las expresiones de su cambiante y muy civilizado rostro variaban desde una gentil sonrisa hasta una mirada de profundo interés conforme iba desarrollando su discurso. Sus gestos eran pausados, como los de un actor. [...] Una frente estrecha, un rostro alargado, sutil, inteligente, no demasiado profundo, pensé. [...] Irradiaba una amistosa preocupación por mí de una forma que casi me hizo sentir pena; parecía tan conmovedor y patético que no me preocupé más de su preocupación.

Pío XII se levantaba a las 6.30 y rezaba una corta oración frente a una ventana abierta que daba a la plaza de San Pedro. Tras una ducha fría, celebraba una misa en la capilla privada que había junto a su dormitorio. Su mayordomo, Giovanni Stefanori, o su ayuda de cámara y chófer, Mario Stoppa, le ayudaban en misa, a la que acudían siempre la madre Pasqualina y las otras dos monjas alemanas que la ayudaban. Después desayunaba, sólo leche caliente y algo de pan, a solas, al igual que sus otras frugales comidas. La madre Pasqualina, además de ocuparse de las tareas hogareñas, mantenía con la colaboración e interés del Papa un pequeño almacén dentro del Vaticano, desde el que repartía sábanas, ropa y alimentos a los necesitados de Roma. Para esos menesteres se ponía a su disposición el automóvil papal.

La primera mitad de la mañana la pasaba trabajando en su despacho privado, donde recibía a los funcionarios del Vaticano, y que, según el padre Leiber, estaba pintado de un «gris cotidiano». Luego se sucedían las audiencias formales en salas más lujosas bajo sus habitaciones, donde recibía a los diplomáticos y gente importante que visitaba Roma. Después de mediodía ofrecía las audiencias generales a grupos grandes y pequeños, en un auditorio conocido como «Sala de Bendiciones».

Cada tarde, tras almorzar y dormir una breve siesta, Mario Stoppa lo llevaba a los jardines del Vaticano, en un Cadillac enorme y pasado de moda, con picaportes de oro y un trono en la parte

de atrás. Allí paseaba arriba y abajo durante una hora, leyendo algunos documentos. Stoppa seguía sus pasos con un maletín por si el Pontífice deseaba revisar alguna información. Ocupaba sus tardes trabajando y rezando, incluyendo el rosario con las monjas en su capilla privada. Después de cenar seguía trabajando, a menudo hasta medianoche, y nunca se retiraba a su pequeña cama de hierro hasta que había leído todos los documentos que se amontonaban sobre su mesa.

Una de sus primeras disposiciones como Papa fue el nombramiento del cardenal Luigi Maglione para el puesto clave de secretario de Estado. Maglione, un año más joven que Pacelli, había sido considerado *papabile*, como hemos dicho, por una minoría de cardenales. Había nacido y se había criado en un pueblecito cerca de Nápoles, educándose con los jesuitas. Tras un período como cura párroco en Roma, fue nombrado nuncio en Suiza en 1909, y luego nuncio en París en 1926. Era un hombre decidido, muy inteligente, entrenado en la diplomacia y en los métodos mundanos; su experiencia en París complementaba la de Pacelli en Alemania. Estaba fascinado por la historia militar y tenía mapas de las campañas de Napoleón en las paredes de su despacho. A lo largo de la segunda guerra mundial marcaba las batallas con pequeñas banderitas en un mapamundi. Era capaz de mantener un secreto, y tenía la desconcertante costumbre de permanecer en silencio en presencia de otros. Así y todo, cuando le daba el capricho sabía mostrarse locuaz. Hay pruebas de que Maglione consideró desde un comienzo su relación con el nuevo Sumo Pontífice como una colaboración entre virtuales iguales. Pacelli no solía actuar de forma intemperante como Pío XI, pero no era menos autócrata que éste y no tenía la menor intención de considerar a su cardenal secretario de Estado como un «colega». Pese a las obstinaciones personales de Maglione, era él quien decidía.

Monseñor Domenico Tardini era el encargado de los Asuntos Extraordinarios, es decir, de las relaciones exteriores. Regordete, con una boca grande y de fácil sonrisa, provenía del barrio obrero del Trastevere romano. Daba todo el dinero que caía en sus manos a un orfanato. No le gustaban los fascistas ni los nazis, y calificaba a Hitler de «Atila motorizado». Tardini hablaba sin tapujos e iba a aparecer como una figura popular y refrescante entre los intrigantes diplomáticos del Vaticano de los tiempos de guerra.

El responsable de Asuntos Ordinarios —lo que significaba poco más o menos todo lo que no eran Asuntos Extraordinarios— era Giovanni Montini, el futuro Pablo VI. Hijo de un político y empresario periodístico, desempeñaba el cargo de capellán de los estudiantes de la Universidad de Roma cuando no estaba ocupado con los asuntos del Vaticano y la diplomacia. Había trabajado en Varsovia y durante muchos años en la Secretaría de Estado con Pacelli. Montini era un hombre dulce y complaciente, lleno de escrúpulos, que contemplaba cada problema desde todos los puntos de vista, vencido por la carga de la historia, lo que afectaría un cuarto de siglo después a su decisión sobre el control de la natalidad. Era delgado, con profundos ojos bajo las espesas y oscuras cejas, y según el embajador británico ante la Santa Sede, sus chirriantes zapatos podían oírse desde lejos. Pacelli se sentía satisfecho de él, y le concedió sus favores hasta que, en los años de la posguerra, hizo intentos de aproximarse al socialismo.

Planes de paz

Tras alentar sistemáticamente desórdenes en Checoslovaquia y humillar personalmente a su anciano presidente, Emil Hácha, Hitler ordenó el 15 de marzo de 1939 la irrupción de la Wehrmacht en Praga y se dispuso a desmembrar el país. Después de las concesiones logradas en Munich en 1938, Hitler deseaba nuevos triunfos y parecía creer que sus ambiciones contaban con la aquiescencia de las potencias occidentales. Así iba estrechándose el lazo entre su creciente campaña contra los judíos en Alemania y sus afanes expansionistas en el este. Protestó contra el gobierno checo, amenazando con graves consecuencias si «los judíos de Checoslovaquia seguían envenenando a la nación».[2]

A los pocos días de la marcha sobre Praga, el Führer exigía un corredor hasta Danzig (Gdansk), el puerto en el Báltico que reclamaba como territorio del Reich. En una maniobra calculada para desanimar a Hitler, el primer ministro británico, Neville Chamberlain, garantizó el 31 de marzo a Polonia su independencia y le prometió ayuda si se veía atacada. Conforme se agravaba la crisis en Europa, Pacelli imaginaba iniciativas que pudieran conducir a una conferencia de paz en la que el papado asumiera un papel dirigen-

te. Mucho era lo que dependía del equipo diplomático que había reunido en torno.

Su objetivo estaba claro desde un principio. No habría más intentos de llamar al orden a los nazis y fascistas. La política de conciliación, caracterizada por una frase cuyo eco resonaría a lo largo de los años de guerra —«el Papa está trabajando por la paz»—, iba a dominar el aspecto público de las iniciativas del Vaticano. Para marcar el tono de su pontificado eligió como emblema una paloma con una rama de olivo en el pico.[3] En su primera homilía oficial como Papa, el domingo de Pascua, 9 de abril, en una misa solemne en San Pedro, habló del texto «gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad». Citando a los profetas del Antiguo Testamento, los Evangelios y a san Agustín, habló elocuentemente en latín sobre la teología de la paz. Habló de la ley como base necesaria para la paz, y llamó a los obispos y al clero de todos los lugares a recordar al pueblo su deber de preservar la justicia. «¿No es acaso cierto —dijo— que cuando las armas violentas sustituyen al cetro de la justicia, la luminosa perspectiva de la paz se ve sustituida por los horribles y crueles fuegos de la guerra?»[4]

El sermón, refinado y pontifical, no se aventuró más allá de las abstracciones y lugares comunes. Dos días antes, el Viernes Santo, Mussolini había invadido Albania en una maniobra destinada a reforzar el poder italiano y como prólogo a las amenazas alemanas contra los Balcanes. Pacelli no pronunció ni una palabra de protesta ni de apoyo. ¿Era una muestra de estricta neutralidad?

Justo una semana después, en una emisión de la radio vaticana a los fieles españoles, Pacelli reveló lo poco neutral que podía ser, elogiando a Franco. Dirigiéndose a los obispos españoles, los llamó a colaborar en «una política de paz» acorde con «los principios que guían a la Iglesia y que con tanta nobleza ha proclamado el Generalísimo: justicia para los criminales y generosa benevolencia para con los arrepentidos». Les dijo, hablando «como Padre», que sentía lástima por «los que se han dejado llevar por la mentira y la perversa propaganda».[5] Quince días antes había enviado un telegrama de felicitación a Franco por la «victoria católica» en España. Esa victoria había costado medio millón de vidas y todavía iba a costar muchas más.

La ambición de Pacelli de convertirse en juez de jueces, en mediador mundial, *en* el mundo pero no *del* mundo, se apoyaba no

tanto en la neutralidad como en su estimación del supremo estatus del Vicario de Cristo Rey en la tierra. Ese objetivo se remitía a la «perfecta soberanía» de León XIII y a los sueños de una influencia que colmara los huecos dejados por la pérdida del poder temporal. ¿Cómo iba a ejercer Pacelli esa influencia en el caso de Polonia, un país católico que aparecía como la última prueba para la paz o la guerra?

Pese a la garantía británica ofrecida por Gran Bretaña a Polonia, se produjo un consenso entre los políticos y diplomáticos franceses y británicos para dar a Hitler otra oportunidad. Si un corredor por ferrocarril o carretera hasta la ciudad de Danzig era el precio que había que pagar para evitar una conflagración mundial, quizá era mejor que los polacos cedieran. Favoreciendo a Alemania en nombre de las «injusticias» del Tratado de Versalles, Pacelli sugirió que Polonia podía aceptar el acuerdo bajo la presión de una conferencia de paz patrocinada por el Vaticano.

Pacelli sondeó a Mussolini, a quien le pareció una magnífica idea. Luego pidió a los nuncios en París, Varsovia, Berlín y Londres que preguntaran a los gobiernos de sus respectivas capitales acerca de las posibilidades de celebrar tal conferencia. El Foreign Office británico respondió con irritación. Lord Halifax preguntó al delegado apostólico británico, el arzobispo William Godfrey, por qué no se invitaba a Rusia (como el bolchevismo estaba fuera de la ley para Pacelli, la respuesta habría sido obvia). ¿Y quién, preguntó también lord Halifax, presidiría esa conferencia? ¿Lo haría el propio Pío XII en Roma? Godfrey replicó que Su Santidad no se propondría para ese papel, «pero que sin duda lo consideraría si lo sugerían las partes convocadas a la conferencia».[6]

La tendencia de Pacelli a mantener una discreción extrema le había impedido comunicar a sus nuncios que él mismo había sondeado ya a Mussolini. Así, cuando el asunto se discutió en el Comité de Política Exterior británico, el 5 de mayo de 1939, Chamberlain y lord Halifax se opusieron porque no sabían nada de esa consulta previa. Otros altos funcionarios, sin embargo, eran igualmente reticentes precisamente *porque* pensaban que se trataba de un plan propuesto por Mussolini. Finalmente, Chamberlain preguntó si no sería mejor que Pacelli se entrevistara individualmente con cada uno de los cinco dirigentes de los países en cuestión, es decir, Francia, el Reino Unido, Alemania, Italia y Polonia.[7]

Resultó que el arzobispo Cesare Orsenigo, nuncio papal en Berlín, había ya solicitado entrevistarse con Hitler. El encuentro, sabiendo como sabemos que el Führer había ya ordenado a sus generales que se prepararan para la guerra con Polonia, revela la profundidad de su cinismo y la futilidad de la iniciativa de Pío XII. El nuncio en Alemania fue llevado en avión a Salzburgo y desde allí a un almuerzo en el Gran Hotel de Berchtesgaden, antes de ser conducido a presencia de Hitler. Hablaron durante una hora, y luego tomaron el té en presencia de Von Ribbentrop y su ayudante, V. Hewel, quien dejó escrita su propia versión del encuentro.[8] En una carta al Vaticano que coincide por lo demás con el relato de Hewel,[9] Orsenigo describía cómo Hitler escuchaba «con deferencia» el plan de conferencia de paz del Papa. Hitler le dijo al representante de Pío XII que no veía peligro de guerra —ni entre Francia e Italia ni entre Alemania y Francia, contra la que tenía «fortificaciones inexpugnables»—. Tampoco tenía reclamaciones que hacer a Gran Bretaña, excepto en lo que se refería a las colonias, pero eso difícilmente podía llevar a la guerra.

Luego, Hitler se refirió a la cuestión polaca: «En lo que atañe a Danzig —dijo—, se trata de una ciudad libre bajo control de la Sociedad de Naciones; podemos discutir y negociar acerca del Estado de Danzig, pero no es inevitable que lleguemos a un estado de guerra. Con respecto a mis restantes reclamaciones, llegarán a su madurez más adelante, en 1942, 1943, o quizá 1945; puedo esperar. No veo ninguna razón para una guerra, a menos que el pueblo polaco pierda la cabeza y exagere sus reclamaciones, como la de que la frontera polaca debe llegar hasta el Elba. Todo depende de la calma y serenidad de juicio de Polonia.»

Refiriéndose al hermoso entorno de montañas y al efecto saludable de su quietud, recomendó al arzobispo que los participantes en la propuesta conferencia de paz se prepararan espiritualmente. Pero tras un corto lapso, volvió a criticar a Gran Bretaña por empujar a las naciones a la guerra, mencionando los casos de Italia, España, China y Checoslovaquia. Incluso ahora, se irritó, el Reino Unido estaba tratando de animar a Polonia para que se lanzase a una guerra.

En ese momento, Orsenigo planteó la cuestión clave de Pacelli: el corredor hasta Danzig. ¿No reduciría la tensión un acuerdo con los polacos acerca de esa cuestión? Pero Hitler pasó a otro registro:

no temía a Polonia, dijo, y tampoco deseaba atacarla, «a menos que nos veamos forzados por provocaciones polacas mal aconsejadas»; además se sentía muy bien protegido, y seguía aumentando constantemente el potencial defensivo de Alemania.

Hitler se puso entonces una pizca sentimental, hablando de Roma y de las bellezas artísticas de Italia. De ahí pasó a sus relaciones con Mussolini y afirmó que se mantendría junto a él pasara lo que pasara. «Hablando de Roma —informó el arzobispo—, expresó su satisfacción al haber oído decir que el Santo Padre habla alemán, y expresó su pena por no haber podido acudir, durante su estancia en Roma el año anterior, a la basílica de San Pedro.» Hitler se refería así oblicuamente a la partida de Pío XI hacia Castel Gandolfo durante la visita de Hitler; el Pontífice no había querido permanecer en Roma mientras se exhibían en sus calles las esvásticas de Hitler.

Más tarde, Orsenigo mantuvo una discusión privada con Von Ribbentrop en la que la política conciliadora de Pacelli y la capacidad de Hitler para combinar la adulación con la amenaza se revelaron en todo su alcance de manipulación mutua. Von Ribbentrop leyó al nuncio un informe fechado el 25 de abril escrito por el embajador alemán en el Vaticano «en el que se relataban algunas elogiosas palabras —y como señaló, "nuevas"— del Santo Padre hacia Alemania y su renacimiento». Continuó diciendo cuánto apreciaban las oraciones que se pronunciaban en las iglesias católicas de Alemania el día del cumpleaños de Hitler, y que «todas esas manifestaciones de respeto hacia el jefe del Estado no pasaban inadvertidas y ciertamente causaban muy buena impresión en el propio Führer». En una nota cifrada enviada por separado al cardenal Maglione, Orsenigo escribía que Von Ribbentrop había pedido que «no [se] mencionara en la prensa, incluido el diario vaticano, la conversación que había mantenido con el canciller».[10]

El siguiente consejo de Orsenigo, como diplomático en ejercicio, coincidía exactamente con la política conciliadora de Pacelli: «Creo —escribía el nuncio— que si Polonia se calma y permanece callada, sin dar motivos, al menos por el momento, para una guerra, ésta podrá evitarse; ganando tiempo de esa forma sería posible entablar unas negociaciones sosegadas, especialmente en lo referido a un corredor extraterritorial que permita una comunicación directa entre los dos territorios alemanes.»

Tres días más tarde, Orsenigo habló con un miembro de la embajada británica en Berlín. El nuncio rehusó hablar sobre lo que había discutido con Hitler, pero siguió expresando su esperanza de que «el gobierno de su majestad tenga en cuenta que el actual Papa no ha pronunciado desde su coronación ni una sola palabra de crítica hacia la política alemana con respecto a la Iglesia. Su Santidad ha intervenido además especialmente para que *L'Osservatore Romano* siguiera la misma línea de conducta».[11]

La información del Vaticano

Conforme crecía la probabilidad de la guerra, el Vaticano aparecía cada vez más como fuente de información internacional y como foco de manipulación con propósitos propagandísticos. *L'Osservatore Romano*, que contenía mucha información rutinaria acerca de los nombramientos en la curia, actos en la Santa Sede y discursos y escritos del Papa, comentaba también los acontecimientos y relaciones internacionales, y a veces se citaban con mayor o menor fidelidad sus artículos en beneficio de los intereses diplomáticos de unas u otras potencias europeas.

La emisora de radio vaticana, a cargo de los jesuitas, también era utilizada como fuente de información por las agencias, que distorsionaban sus noticias y comentarios con fines propagandísticos. La emisora contaba con su propio transmisor (de fabricación alemana) de veinticinco kilowatios y antenas omnidireccionales, y emitía en cuatro frecuencias de onda corta desde el punto más alto de los jardines del Vaticano. Transmitía noticias y análisis junto a las homilías y comentarios religiosos en varias lenguas.

Sus emisiones eran seguidas por el Sonderdienst Seehaus (Servicio Especial de la Casa del Lago) situado a orillas del Wansee; la embajada alemana en Roma también las seguía. El Vaticano atraía sobre sí un flujo continuo de protestas que alegaban que la Santa Sede rompía ininterrumpidamente los términos del concordato con el Reich, lo que finalmente llevó a Pío XII a recomendar a los jesuitas una reducción en el número de emisiones en alemán y que evitaran los comentarios políticos críticos hacia los nazis.[12] Pero esa autocensura se iba a prolongar más adelante.

Como administradora de una Iglesia universal fuertemente con-

trolada desde el centro, la curia (altos funcionarios del Vaticano) se comunicaba con las diócesis de todo el mundo acerca de cuestiones rutinarias de gestión y disciplina clerical, liturgia y educación. Dado que los asuntos eclesiásticos se solapaban constantemente con los intereses de Estado, las comunicaciones diplomáticas de la Santa Sede resultaban de considerable interés político; el seguimiento de sus mensajes se convirtió en una prioridad para muchos servicios de inteligencia.

La Secretaría de Estado vaticana mantenía comunicaciones con sus nunciaturas y legaciones de todo el mundo por cable y valijas diplomáticas. Antes de la guerra, la Secretaría solía compartir la valija diplomática italiana, pero esa práctica se interrumpió cuando se hizo evidente que sus documentos eran sistemáticamente violados. Más tarde, el Vaticano utilizó correos suizos, españoles, británicos y norteamericanos, acumulándose gran parte del tráfico en Suiza antes de pasar a Madrid o Lisboa.

Las comunicaciones más secretas eran normalmente cifradas y enviadas a través de las ondas desde la emisora vaticana. A finales de la primera guerra mundial, la Secretaría de Estado había empleado un código en dos partes de varios miles de grupos numéricos de cuatro cifras, sobrecodificada para mayor seguridad mediante cortas tablas de cifrado que sustituían cada par de números de la versión codificada del mensaje por un par tomado de la tabla.[13] Italia y Alemania consiguieron descifrar ese código en 1918. Luego, hasta 1939, la Secretaría empleó un código conocido como ROJO: unos doce mil grupos a partir de los cuales se imprimían veinticinco líneas en una página del libro con la clave. Para mayor seguridad, los grupos se convertían de números en letras reemplazando el número de la página mediante un dígrafo formado por un par de tablas que se utilizaban alternativamente los días pares e impares. Los mensajes más secretos del Vaticano durante la guerra utilizaban dos sistemas nuevos llamados AMARILLO y VERDE. El AMARILLO era un código de unos trece mil grupos cifrados mediante tablas digráficas para los números de las páginas y alfabetos mixtos aleatorios para los de las líneas. Las tablas y alfabetos se cambiaban para diferentes circuitos cada día. El código VERDE sigue siendo hasta hoy un secreto bien guardado, pero hay indicios de que se trataba de un código numérico de grupos de cinco cifras que se codificaban mediante cortas tablas aditivas, cada una de las cuales contenía un

centenar de grupos aditivos de cinco cifras.[14] Ni el AMARILLO ni el VERDE eran códigos mecánicos. Avanzada la guerra, parece ser que la información a los aliados se enviaba mediante correos especiales, cifrada en códigos también específicos.

Los servicios de inteligencia italianos espiaban las comunicaciones del Vaticano desde un puesto de escucha en Fort Bocca, próximo a la Ciudad del Vaticano, y registraron unos ocho mil mensajes a lo largo de la guerra. De unos seis mil radiogramas, se estima que el Servizio Informazione Militare (SIM) descodificó con éxito unos tres mil. Los descodificadores eran eficazmente ayudados por otra división de inteligencia, conocida como Sezione Prelevamento (Sección de Recogida Especial), especializada en forzar y entrar en embajadas extranjeras y en sobornar a sus conserjes. Al principio de la guerra, agentes secretos italianos se infiltraron en la gendarmería papal e incluso en la sección de cifrado de la Secretaría de Estado. Más adelante, esas filtraciones pondrían en cuestión las sospechas de que el Vaticano mantenía oculta parte de la información contenida en los documentos de la época de guerra que se publicaron por orden de Pablo VI.

PÍO XII PRESIONA A LOS POLACOS

El Reino Unido y Francia evaluaron la sugerencia de Pacelli de reunir una conferencia de paz, sus ventajas e inconvenientes, etc., en la primera semana de mayo de 1939, pero a pesar del secreto del proyecto comenzaron a filtrarse detalles en la prensa parisina, londinense, e incluso en la de Nueva Zelanda. Entonces, de forma abrupta, Pío XII retiró su plan el 10 de mayo y todo quedó en agua de borrajas. La Secretaría de Estado explicó a los nuncios la retirada del plan argumentando que ya no existía peligro de guerra. Según el historiador Owen Chadwick, fue Mussolini quien frustró la idea de la conferencia de paz porque no le apetecía tener que discutir con Francia —con la que el Duce se había enfrentado en disputas territoriales sobre el norte de África— en presencia de Gran Bretaña, Alemania y Polonia.[15] Descartando la necesidad de la conferencia, Mussolini se unió a Von Ribbentrop en la declaración de que las tensiones internacionales se habían relajado. El 7 de mayo, Mussolini y Von Ribbentrop habían discutido los preliminares del

«Pacto de Acero» que obligaba a Italia y Alemania a una beligerancia conjunta, y que se firmó en Berlín el 22 de mayo.

Pero Pacelli no había acabado con su política conciliatoria. Trastornado por el pacto entre Mussolini y Hitler, el 4 de junio informó a Osborne, embajador británico en el Vaticano, de que se disponía a actuar por su cuenta como mediador entre Alemania y Polonia, para solventar sus diferencias.

Los diplomáticos occidentales estaban asombrados. ¿Era posible que Pacelli estuviera actuando clandestinamente por cuenta de Mussolini? Ésta era la pregunta inverosímil que se planteaba en el Foreign Office británico. Al mismo tiempo, Pacelli aseguraba que Gran Bretaña estaba haciendo más difícil su mediación con su ofrecimiento de defender a Polonia.[16] La impaciencia de Pacelli para persuadir a Polonia de que hiciera algún sacrificio para apaciguar a Alemania condujo al Foreign Office a pensar que el papado había abdicado de su autoridad moral. Sir Andrew Noble, por ejemplo, deseaba «que el Papa encontrara la forma de dejar clara ante el mundo la incompatibilidad entre el culto a Dios y el culto al Estado». Noble creía que Pacelli intentaba «exorcizar al diablo con palabras amables».[17]

Sir Orme Sargent, también del Foreign Office, escribió un memorándum en el que acusaba a Pacelli de impotencia moral. El Papa intentaba, según Sargent, mantener cierto equilibrio entre las democracias y las dictaduras fascista y nazi, motivado por el deseo de asegurarse un papel como mediador en el momento adecuado. En otras palabras, en la neutralidad de Pacelli veía un elemento de soberbia egoísta. «Personalmente —escribía Sargent— creo que [Pío XII] podría influir sobre los acontecimientos mucho más eficazmente como defensor de ciertos principios morales en el mundo de hoy que si se postula como posible pero improbable candidato al puesto de mediador entre el Eje y las democracias.»

Pacelli no aparecía como una esperanza con sus iniciativas, especialmente en Polonia. El embajador norteamericano en Varsovia, A. J. Drexel Biddle, escribió a Roosevelt que los polacos pensaban que Pacelli estaba actuando como un italiano; que estaba de parte de Alemania y que no comprendía a Polonia ni a los polacos.[18] Aquel verano, los rumores de que Pío XII trataba de presionar a los polacos para que hicieran concesiones a Alemania se hicieron tan habituales en los círculos diplomáticos europeos que Maglione se

sintió obligado a hacer público un desmentido. El 15 de julio escribió a lord Halifax vía Osborne, asegurando que el Papa nunca había intentado tomar «la iniciativa proponiendo a ambos gobiernos una solución concreta del problema», sino que simplemente los había urgido a tratarlo «con calma y moderación».[19] Maglione añadía que contaba con garantías de que Alemania no iba a atacar a Polonia; pero su única base eran las declaraciones de Hitler y del ministro de Asuntos Exteriores de Mussolini, el conde Ciano.[20]

El 22 de agosto se hizo público que Alemania iba a firmar un pacto con Rusia; la guerra parecía pues inevitable. ¿Podía el Papa, en el último minuto, emplear su influencia para evitarla? Sin duda con la idea del valor de la propaganda en mente, Halifax insistía al Papa, vía Osborne, en que hiciera un llamamiento por radio condenando la violencia y recomendando la paz. De forma que Osborne se vio con Domenico Tardini en la víspera del pacto Hitler-Stalin, para pulir frases que desenmascararan a un tiempo a ambos eventuales agresores, nazis y comunistas. Más tarde, Tardini y Montini presentaron a Pío XII cuatro diferentes borradores de condena. Pacelli eligió el menos vehemente. De todas formas, su llamamiento fue memorable, y Halifax citó una frase en su propia alocución radiada a la nación británica aquella misma noche: «Nada se pierde con la paz, y todo con la guerra. [...] Que los hombres [de Estado] vuelvan a negociar. [...] Tengo conmigo el alma de esta Europa histórica, hija de la Fe y el Genio cristianos. Toda la Humanidad desea pan, libertad y justicia, no armas. Cristo hizo del amor el corazón de su religión.»[21]

El gobierno británico, que se había mostrado tan resuelto a finales de marzo, cuando una alianza con Polonia y Rusia parecía bastar para detener el rumbo de Hitler, se sentía ahora mucho menos seguro de sí mismo. En el Foreign Office se planteó la siguiente cuestión. ¿No podría el Papa conseguir, después de todo, las concesiones sobre Danzig y satisfacer así a Alemania? Quizá, al aparecer «situado por encima de todas las pasiones y disputas públicas», como había dicho Pacelli de sí mismo el 22 de agosto, podría desempeñar un papel de primer orden para evitar la guerra. El 29 de agosto, Maglione envió al padre Pietro Tacchi Venturi, un jesuita con legendaria habilidad diplomática, a hablar con Mussolini. Le pidió que rogara a éste fervorosamente que hiciera esfuerzos por la paz, y que le presionara para que se pusiera de acuerdo con Hitler para evitar la guerra.

Mussolini, que no sentía más deseos de iniciar una guerra que los franceses y británicos (a Tacchi Venturi le dijo que una nueva guerra podía significar «el fin de la civilización»), redactó una nota para que Pacelli la enviara a los dirigentes polacos. «Polonia no se opone a la devolución de Danzig a Alemania», comenzaba, añadiendo que los polacos debían iniciar negociaciones con Alemania acerca de los derechos de sus recíprocas minorías. Mussolini recomendaba a continuación que Pacelli, «después de dirigirse a los jefes de Estado en su discurso radiofónico, hablando del peligro cada vez mayor de una guerra, e impulsado por su gran amor hacia Polonia», debía dirigirse personalmente al presidente de la república polaca siguiendo las líneas sugeridas en aquella nota.[22]

El mensaje aconsejando a Polonia que cediera sobre la cuestión de Danzig, aprobado por Pacelli y firmado por Maglione, fue enviado a monseñor Filippo Cortesi, nuncio papal en Polonia, el 30 de agosto de 1939, utilizando las palabras exactas de Mussolini. Cortesi envió un cable de respuesta cuestionando la cordura de una capitulación tan tardía, pero Maglione replicó inmediatamente ordenándole actuar (una copia del mensaje al presidente polaco fue enviada a Londres). Al día siguiente, Pacelli lanzó un «último mensaje en favor de la paz», pidiendo que «los gobiernos de Alemania y Polonia hagan lo posible por evitar cualquier incidente y se abstengan de dar cualquier paso que pueda empeorar la presente tensión».

Alemania invade Polonia

El 1 de septiembre de 1939, Hitler invadió Polonia con una aplastante superioridad en carros de combate de reciente diseño, aviones y armamento en general, poniendo en práctica la nueva doctrina militar de la Wehrmacht (la *blitzkrieg*). El 3 de septiembre, Francia y el Reino Unido declaraban la guerra al Reich alemán.

La campaña polaca duró hasta el 5 de octubre, y se vio acelerada por la invasión del este de Polonia por el Ejército Rojo desde el 17 de septiembre. Las pérdidas polacas durante esa campaña se han estimado en 70 000 oficiales y soldados muertos y unos 130 000 heridos, mientras que las pérdidas alemanas ascenderían a 8 082 muertos y 27 278 heridos.[23]

El 1 de septiembre, Hitler telegrafió a Pacelli a través de su embajada ante la Santa Sede, agradeciendo al Papa su mensaje y declarando que «había esperado dos días la llegada de un emisario polaco para llegar a un arreglo pacífico del contencioso germano-polaco. [...] Como respuesta a sus esfuerzos, Polonia había ordenado la movilización general. Además, los polacos habían cometido el día anterior varias violaciones de la frontera, que esta vez implicaban a tropas regulares entrando en territorio alemán».[24]

La agonía de Polonia no había hecho sino comenzar. A finales de la guerra, además del desarraigo de poblaciones enteras, el hambre y la represión, unos seis millones de personas habían sufrido la muerte o graves heridas. A lo largo del mes de septiembre, mientras Pacelli evaluaba las horribles noticias que llegaban de Polonia, con su población de 35 millones de personas en su inmensa mayoría católicas, permaneció en silencio. ¿Estaba manteniendo una actitud neutral con la esperanza de ejercer en el futuro su influencia como supernegociador? ¿Estaba asustado por las represalias que una protesta podía provocar contra las poblaciones católicas de Alemania y Polonia? En lo que se refiere a los polacos, Hitler no podía causarles más daño. En opinión de franceses y británicos, la ausencia de una resonante denuncia desconcertó a todo el mundo. El embajador polaco en el Vaticano se sentía tan frustrado, y tan decidido a que Polonia utilizara los servicios de la Santa Sede para contar al mundo lo que estaba sucediendo en su país, que convenció al gobierno polaco para que enviara a Roma al cardenal primado, August Hlond. Éste llegó el 21 de septiembre y fue calurosamente recibido por Pacelli. Pero el Pontífice se negó a hablar en defensa de Polonia.

Se concedió sin embargo al cardenal acceso a la emisora de radio vaticana, que dirigía el general de los jesuitas, padre Wladimir Ledochowski, y aprovechó esa oportunidad para lanzar al mundo, el 28 de septiembre, el siguiente mensaje: «Martirizada Polonia, has caído por la violencia cuando luchabas por la sagrada causa de la libertad. [...] Tu tragedia despierta la conciencia del mundo. [...] A través de estas ondas radiofónicas, que recorren el planeta, llevando a todos los lugares la verdad desde la colina del Vaticano, yo te grito, Polonia, que no estás derrotada. ¡Por la voluntad de Dios volverás a alzarte con gloria, mi amada y martirizada Polonia!»[25] Dos días después, Pacelli se dirigió a un grupo de peregrinos polacos encabezados por el cardenal Hlond. Les habló

con emoción, diciéndoles que preveía la resurrección de su país, que se alzaría como Lázaro de entre los muertos.

Pero eso no era suficiente. El grupo de peregrinos polacos esperaba una enérgica condena de Alemania y Rusia. Se sentían amargados, y su frustración se dejó oír en Roma. Hlond visitó a todos los cardenales de la curia, intentando encontrar apoyo; sus eminencias le escucharon con simpatía, pero no podían hacer nada. Édouard Daladier, el primer ministro francés, sumó su voz al descontento. Telegrafió a su embajador ante la Santa Sede diciéndole que se sentía sorprendido por la ausencia de una condena del Papa. Subrayaba que el Papa debía abrir los ojos del pueblo italiano; permanecer en silencio, declaraba, equivalía a una aprobación implícita. Describiendo el enojo de los polacos en Roma, Osborne informó que se decía que «los pronunciamientos papales desde el estallido de la guerra habían esquivado de forma pusilánime las cuestiones morales que ésta implicaba».[26]

«TINIEBLAS SOBRE LA TIERRA»

Cuando Pacelli se decidió finalmente a hablar, lo hizo bajo la forma de una encíclica titulada *Summi pontificatus (Del sumo pontificado),* conocida en inglés como *Darkness over the Earth.*[27] Fue la iniciativa más importante de sus primeros meses de pontificado, aunque llegaba tarde. Iniciada su redacción en julio, quedó concluida el 20 de octubre, y fue publicada por *L'Osservatore Romano* el 28 de ese mismo mes.

Pacelli comenzaba caracterizándose a sí mismo como Vicario de Cristo que habla desde una dimensión separada del mundo. Refiriéndose a la encíclica de León XIII *Annum sacrum* como un mensaje «desde otro mundo», recordaba el año en que aquel Papa había consagrado la raza humana «al divino corazón de Jesús». Entrando en materia, condenaba el creciente secularismo y lo que llamaba «laicismo», y reclamaba un nuevo orden mundial en el que todas las naciones reconocieran el reino de Cristo, «Rey de reyes y Señor de señores», pidiendo a sus lectores que consideraran los recientes acontecimientos «externos» a la «luz de la eternidad». Había una intrínseca y desesperanzada ironía en aquella imagen del mundo que trataba de ahondar la división entre lo sagrado y lo pro-

fano; porque era poco realista, cuando el mundo se precipitaba hacia la guerra, llamar a las naciones a abandonar sus preocupaciones terrenales y a considerar las cuestiones espirituales. Al mismo tiempo, a fin de denunciar la adoración del Estado, Pacelli situaba la nación-Estado en oposición al individuo y a la familia, como si no hubiera lugar para redes sociales complejas entre una y otros.

La encíclica estaba plagada de retórica papal que de hecho suavizaba las duras afirmaciones que se veía obligado a pronunciar: «Nuestro corazón enferma, como el de un padre dolorido, ante la perspectiva de la cosecha que crecerá de las oscuras semillas de violencia y animosidad, para las que la guerra está ya trazando surcos de sangre.» Había sin embargo enérgicas palabras sobre el tema de la «unidad de la raza humana» y su Creador común; una adecuada cita de san Pablo: «griegos o judíos, circuncisos o no circuncisos, bárbaros, escitas, sometidos o libres; porque Cristo está en todos y lo es todo». Tampoco dejó de mencionar a Polonia por su nombre: «La sangre de tantos que han sido cruelmente asesinados, pese a no llevar uniforme, clama al cielo, especialmente desde el muy amado país de Polonia. [...] Pone su esperanza en la Virgen Madre de Dios que es la ayuda de los cristianos, y espera el día en que se le permitirá al final surgir, indemne, de las olas que la han sumergido.»

En su estilo personal, sus cortes y matices y cambios de opinión puede apreciarse, sin embargo, su falta de decisión para denunciar claramente a la Alemania nazi: «Una autoridad —escribió en un borrador— que no reconoce límites a su poder, y se abandona aparentemente [añadió el adverbio "aparentemente" casi como una enmienda] a un expansionismo irrestricto, tendería a concebir las relaciones entre pueblos como una lucha, en la que debe prevalecer; y la ley de la fuerza ocupará el lugar del noble reinado de la ley.» A pesar del «aparentemente», decidió cortar todo el párrafo antes de su publicación, considerando que era demasiado fuerte.[28]

Pese a todas las ambigüedades de la encíclica, el cardenal Hlond la agradeció, el Foreign Office británico la aprobó, y el presidente francés la alabó. La Italia de Mussolini consintió en que se publicara. La Fuerza Aérea francesa distribuyó decenas de miles de copias sobre Alemania. En Polonia, los jefes militares la reimprimieron, sustituyendo «Alemania» por «Polonia»,[29] y en Berlín le dijeron a Von Bergen, el embajador alemán ante la Santa Sede, que Pío XII había dejado de ser neutral.

Entonces sucedió algo extraordinario, que se mantuvo en el más estricto secreto, y que revelaba que fuera lo que fuera lo que impulsaba a Pacelli a su equívoco enfoque del ataque alemán contra Polonia, no se trataba de cobardía ni de simpatía por Hitler. En noviembre de 1939, Pacelli se vio peligrosamente envuelto en lo que fue probablemente el más viable complot para deponer a Hitler durante la guerra.[30] La conspiración tenía como figura central a Hans Oster, hombre de grandes principios y astucia, que trabajaba en el departamento de Inteligencia Militar en Berlín. Oster estaba en contacto con un círculo de oficiales y soldados de la Abwehr, el servicio de inteligencia del ejército, cuya figura dirigente era el general Ludwig Beck, antiguo jefe de Estado Mayor del ejército, quien planeaba un golpe militar para deponer a Hitler. Los conspiradores deseaban el retorno de Alemania a la democracia, y preconizaban una federación que incluyera a Austria pero no a Polonia ni la Checoslovaquia no germana, que volvería a ser independiente. Sabían que el golpe podía desembocar en un período de guerra civil. Antes de llevarlo a cabo quisieron asegurarse de que el gobierno británico y las democracias occidentales no se iban a aprovechar de la vulnerabilidad de Alemania. Querían obtener seguridades de que se respetaría el Pacto de Munich. Un aspecto clave de su plan requería la ayuda de Pío XII, a quien Oster, que había conocido a Pacelli cuando era nuncio en Alemania, juzgaba el intermediario ideal.

Oster eligió como contacto con el Vaticano a un abogado católico bávaro, Josef Müller, quien había entrado en la Abwehr con ocasión de la invasión de Polonia. En el otoño de 1939, Oster envió a Müller a Roma, aparentemente con la misión de informar acerca del derrotismo italiano, pero en realidad con el fin de establecer lazos con el Vaticano y en definitiva con el propio Papa. Uno de los hombres de confianza de Pacelli en el palacio Apostólico era el antiguo dirigente del Partido del Centro, el prelado alemán Ludwig Kaas, ahora en el exilio y que trabajaba como administrador de la basílica de San Pedro. Kaas puso a Müller en contacto con el jesuita Robert Leiber, quien veía a Pacelli dos o tres veces al día.[31]

El plan consistía en que Pacelli consultara a Neville Chamber-

lain (a través del embajador británico en el vaticano, Osborne, quien se comunicaba con lord Halifax en Londres), para pedirle garantías de una paz honorable entre las democracias y Alemania tras el golpe. La respuesta le llegaría a Oster a través de Leiber y Müller.

Difícilmente puede exagerarse el riesgo de tal conspiración para el Papa, la curia y todos los relacionados con el Vaticano. El historiador Harold Deutsch lo ha juzgado «uno de los más asombrosos acontecimientos de la historia moderna del papado». Al final de su vida, Leiber no se había repuesto aún del shock que todo aquel asunto le produjo, y seguía manteniendo que Pacelli «había ido demasiado lejos». Los riesgos eran excesivos. Si Hitler llegaba a tener conocimiento del complot, es probable que hubiera descargado su venganza sobre la Iglesia católica alemana. Al mismo tiempo, Mussolini podía considerarlo una ruptura de la neutralidad y del Tratado Lateranense, adoptando medidas radicales, incluso violentas, contra el Vaticano. Éste, después de todo, dependía del suministro en agua y electricidad de la Italia fascista, y podía ser asaltado en cualquier momento por tropas italianas.

Pacelli era suficientemente consciente del peligro y de los complejos principios éticos que entrañaba y pidió un tiempo para reflexionar. Kaas y Leiber han dejado por escrito su desasosiego acerca del plan. Aunque pueda parecer extraño, Pacelli no dijo nada al cardenal Maglione, su secretario de Estado, quien quedó completamente al margen de principio a fin. Pacelli reflexionó durante un día entero, antes de dar a conocer a Leiber su decisión. El 6 de noviembre, éste dijo a Müller que el Papa estaba dispuesto a hacer «todo lo que pudiera». La forma en que Pacelli llegó a tomar aquella decisión crucial revela la debilidad y vulnerabilidad de la moderna autocracia papal. Creyendo que como Papa tenía el poder de actuar sin consultar a nadie, ni siquiera a quienes debían ser sus consejeros como Maglione, estaba literalmente solo ante una decisión de tanta trascendencia moral.

El primer encuentro de Osborne con los conjurados se produjo el 1 de diciembre de 1939, cuando almorzó con Kaas, quien le puso en antecedentes acerca de lo que se preparaba, de forma genérica, y recibió alientos igualmente vagos del embajador británico. Se volvieron a encontrar el 8 de enero de 1940, y Kaas informó a Osborne de que la conspiración seguía adelante; el pre-

lado alemán parecía bastante nervioso y todavía no había mencionado a Müller.

Cuatro días más tarde, Pacelli llamó a Osborne a una audiencia privada. Le dijo, en la más estricta confidencialidad, que le había visitado un emisario de ciertos jefes del ejército alemán y que tenía informes fiables de que se planeaba una violenta ofensiva en el oeste para febrero. Pero esa ofensiva podía no tener lugar si esos jefes militares deponían a Hitler, lo que sólo estaban en condiciones de hacer si Gran Bretaña les garantizaba una paz honrosa con Alemania. Osborne, informando a lord Halifax en un memorándum secreto, transmitía su impresión de un estado de ánimo extrañamente vacilante por parte de Pacelli:

> Sólo quería ponerme en antecedentes, para que estuviera al corriente. No pretendía de ningún modo respaldar o recomendar el plan. Después de oír mis comentarios acerca de los informes que había recibido y me había transmitido, dijo que quizá, después de todo, no valía la pena intentarlo y por tanto me pedía que hiciera como si no me hubiera dicho nada. Yo le respondí inmediatamente que declinaba la responsabilidad de asumir sobre mis espaldas la carga que soportaba la conciencia de Su Santidad.[32]

Osborne expresó su escepticismo ante aquel plan y le dijo al Pontífice que tendrían que informar en secreto a los franceses. Pacelli replicó que «habiendo salvado así su conciencia, no esperaba siquiera ninguna respuesta».

Osborne escribió a Halifax por valija diplomática desde la embajada en Roma que para él todo aquel asunto era «desesperanzadoramente vago» y que le recordaba el «asunto Venloo», una falsa conspiración en la que los agentes alemanes habían enredado a agentes británicos en Holanda. Terminaba comentando que la «oferta espontánea [de Pacelli], tras mi expresión de escepticismo, de dar por no producida su comunicación, muestra que no le agrada la idea de ser utilizado como canal y que tiene pocas esperanzas de que se produzca un resultado favorable. Pero ciertamente no se le puede reprochar actuar como lo hace».[33]

Lord Halifax leyó a su gabinete la carta secreta de Osborne el 17 de enero de 1940; todos sus miembros estuvieron de acuerdo en que «el secretario de Estado de Asuntos Exteriores adoptara las

medidas oportunas para informar al gobierno francés de la comunicación realizada por Su Santidad el Papa a Mr. Osborne».[34]

El 6 de febrero, Pacelli volvió a convocar a Osborne a una audiencia, enviando a su *maestro di camera* de madrugada para informarle de que el encuentro tendría lugar al mediodía siguiente, y que no debía ir de etiqueta ni decir a nadie que iba a ver al Papa. En su carta a Halifax del 7 de febrero,[35] Osborne informaba que Pacelli había recibido noticias de los conspiradores, pero que el Pontífice no le había mencionado nombres concretos, diciendo únicamente que estaba implicado un conocido general alemán. El comienzo de la planeada ofensiva en el frente occidental en febrero había sido pospuesto debido a la inclemencia del tiempo; mientras, los organizadores del golpe querían confirmación de que Alemania no se vería desmembrada en el caso de una eventual invasión franco-británica y armisticio. Osborne proseguía informando a Halifax: «Lo más significativo parece ser que esta vez nos ofrecen una Alemania "democrática, conservadora, moderada", y lo que es más importante aún, descentralizada y federal dentro de las fronteras de Munich.»[36]

Halifax le contestó el 17 de febrero con una carta de tres páginas, cuyo contenido sustancial era el de poner a Pacelli de una vez entre la espada y la pared. Los británicos debían discutir todavía el asunto con los franceses, pero no podían hacerlo «sobre la base de ideas que emanan de fuentes incognoscibles. [...] Si se hace algún progreso, se debe presentar inmediatamente un plan, confirmado fehacientemente».[37]

Esa carta de Halifax se cruzó con otra de Osborne, quien el día anterior había llevado a la mujer y al hijo de Halifax a ver al Papa. «[Pacelli] me condujo a su lado al final de la audiencia y me dijo que los círculos militares alemanes mencionados en mis cartas anteriores han confirmado su intención, o su deseo, de efectuar un cambio de gobierno.» La reacción de Osborne a lo dicho por Pacelli fue brusca: «Le hice la observación —informaba a Halifax— de que si querían un cambio de gobierno, por qué no lo llevaban adelante. Añadí que incluso si cambiaba el gobierno, no veía cómo podríamos hacer la paz mientras se mantuviera intacta la máquina militar alemana.»[38]

Los participantes en esta curiosa conspiración callaron a partir de ahí. En Londres corrían rumores de que Kaas no era de fiar y de

que era un espía nazi. Halifax se enteró de que el rey Jorge VI ya estaba al corriente de un complot «para quitar de en medio a Hitler». Müller iba y venía de Roma a Berlín. Los conspiradores seguían esperando una garantía británica, y los británicos seguían esperando conocer la identidad de los conspiradores.

El 11 de marzo, visitando a Mussolini con la esperanza de arrastrarlo a la guerra, el ministro de Asuntos Exteriores, Von Ribbentrop, pidió audiencia a Pacelli, quien se la concedió sin vacilación. Von Ribbentrop consideraba la visita como una ocasión inmejorable para la propaganda (después de todo, el Papa precedente se había ausentado de Roma con ocasión de la visita de Hitler), pero su principal objetivo consistía en disuadir a Pacelli de criticar al régimen nazi.[39] Durante la entrevista, Von Ribbentrop descartó toda discusión sobre iniciativas de paz con su categórica insistencia en que Alemania iba a ganar la guerra. Cuando Pacelli le planteó la cuestión de los ataques a católicos y a propiedades de la Iglesia, Von Ribbentrop replicó que el pueblo alemán marchaba sólidamente unido tras su Führer, y que se trataba de una situación «revolucionaria». «Hasta hoy el clero no ha entendido que no le corresponde meterse en política —prosiguió—. Lo que se necesita es tiempo y paciencia para llegar a una perfecta comprensión mutua y a un acuerdo religioso satisfactorio, como desea Hitler.»[40]

Cuando Pacelli pidió a Von Ribbentrop que concediera permiso a la estancia de un emisario del Vaticano en Polonia, éste esquivó la solicitud. En cierto momento, Pacelli preguntó al ministro si creía en Dios. Éste respondió: *«Ich glaube an Gott, aber Ich bin unkirchlich»* («Creo en Dios, pero no pertenezco a ninguna Iglesia»). Pacelli repitió sarcásticamente dos o tres veces la frase en alemán y le dijo a Von Ribbentrop que no podía evitar preguntarse por su veracidad.[41]

Dino Alfieri, embajador italiano ante la Santa Sede, informó a Mussolini tras la conversación: «Quedó claro (y el Papa está convencido de ello) que Von Ribbentrop quería ser recibido en el Vaticano únicamente con fines de política doméstica, sobre todo para impresionar a las masas católicas alemanas y explotar de manera favorable a Alemania las repercusiones que tendrá esa entrevista en todo el mundo.»[42]

El 30 de marzo, Pacelli habló de nuevo a Osborne del plan para deponer a Hitler. Había descubierto que Londres había recibido

sondeos de paz por otras vías. Estaba muy disgustado. Osborne no se extendía sobre el enojo papal, pero el Pontífice se sentía probablemente molesto por la filtración de la conspiración e indignado por haber puesto a la Santa Sede en peligro sin resultado.

De algún modo, por falta de confianza y previsión por parte de los británicos, y de los propios conjurados alemanes, la conspiración se había ido al garete. En cuanto a Pacelli, a juicio del historiador Owen Chadwick, «arriesgó la suerte de la Iglesia en Alemania, Austria y Polonia, y quizá arriesgó más. Probablemente estaba en juego la destrucción de la Compañía de Jesús en Alemania. [...] Asumió ese grave riesgo solamente porque su experiencia política le decía que, por muy desdichado que pudiera ser el resultado de ese plan, era probablemente la única posibilidad de impedir la inminente invasión de Holanda, Bélgica y Francia, de evitar un incalculable derramamiento de sangre y de traer de nuevo la paz a Europa».[43]

El Foreign Office, entretanto, se había formado la opinión de que Pacelli era «más abierto a las influencias que su predecesor». Osborne respondió con un matiz: probablemente era así, escribió a los funcionarios de Londres a finales de febrero de 1940, «en cualquier caso, en el mejor de los sentidos; es decir, que está más dispuesto a escuchar y a ponderar las opiniones ajenas, y es menos rígido e intransigente en sus propias opiniones y acciones. Pero no se sigue de eso en absoluto que sea inestable o fácilmente persuadido».

Conforme iba Pacelli afrontando las extremas opciones morales y crisis de la incipiente conflagración, dos cosas parecen claras a la luz de su papel protagonista en la conspiración para deponer a Hitler en los primeros día de la guerra: fueran cuales fueran sus decisiones, buenas o malas, eran suyas; y no le preocupaba su seguridad personal. Su animadversión a Hitler era suficiente para asumir graves riesgos para su propia vida y, como indicaba Robert Leiber, para las vidas de muchos otros. Cuando el riesgo parecía valer la pena, era capaz de actuar con rapidez. Su personalidad exterior parecía delicada, supersensitiva, incluso débil para algunos. Pero pusilanimidad o indecisión —que suelen alegarse para justificar su subsiguiente silencio e inacción en otras cuestiones— no se hallaban en su naturaleza.

14. Amigo de Croacia

En la primavera de 1940, cuando la amenaza de ofensiva alemana hacia el oeste parecía inminente, se hacía igualmente inevitable la unión de Italia a Alemania en la guerra. Pacelli se convirtió en una importante palanca para intentar inducir a Mussolini, y a todos los italianos, a una reflexión más pausada.

Sin embargo, la capacidad del papado para recoger y transmitir información se puso en peligro incluso antes de que comenzaran las hostilidades. Pacelli no tenía necesidad de avisos para criticar el belicismo italiano, y su medio principal para hacerlo era *L'Osservatore Romano*, que en abril de 1940 había elevado su tirada hasta 150 000 ejemplares, desde los 80 000 que acostumbraba tirar en los años treinta. No era mucho para un diario nacional, pero como lo leía gran cantidad de sacerdotes, su mensaje se veía amplificado desde el púlpito. Aunque *L'Osservatore* mantenía su compromiso de no interferir en la política italiana, como había quedado establecido en el Tratado Lateranense, reproducía los llamamientos de paz de Pacelli, basados en los principios cristianos. Respondiendo a las directrices del Vaticano, los curas de todo el país invitaban a los fieles a rezar por la paz. Conforme se incrementaba la presión alemana para que se uniera a la guerra, Pacelli trataba de frenar al Duce felicitándole en cada oportunidad, tanto en público como en privado, por sus «iniciativas de paz». No es de extrañar que Mussolini se sintiera irritado. En la última semana de abril de 1940 expresó en un burlón diagnóstico que el Vaticano era «una apendicitis crónica para Italia», al tiempo que proliferaban los ataques contra el diario papal. Para algunos dirigentes fascistas, como Roberto Farinacci, el mero hecho de que en Italia hubiera un medio de comunicación independiente era una continua provocación. Farinacci, que editaba un periódico llamado *Regime Fascista*, acusaba a *L'Os-*

servatore de colaborar con Francia y Gran Bretaña. Declaró que la mayoría de sus lectores eran judíos y masones. En la primera semana de mayo se volvió a golpear a los vendedores en las calles, a retirar ejemplares y a quemarlos públicamente.

Durante esa misma semana, y por diferentes razones, Pacelli se convirtió en blanco de la furia fascista. El 3 de mayo había recibido informaciones de Josef Müller (el agente alemán que había servido como correo de Oster en la conspiración para deponer a Hitler) de que Alemania se disponía a invadir Holanda y Bélgica. La Secretaría de Estado avisó inmediatamente a los nuncios en La Haya y Bruselas mediante telegramas cifrados, y la información llegó también a París y Londres a través de Charles-Roux y Osborne. En una audiencia privada concedida a Humberto, el príncipe heredero de Italia, Pacelli le informó acerca del plan de Hitler. Los agentes que operaban en Fort Bocca habían interceptado y descifrado los mensajes a los nuncios holandés y belga. Humberto fue directamente a ver a Mussolini y le refirió lo que Pacelli le había dicho.

La posición privilegiada del Vaticano como receptor de información, y su capacidad de influir diplomáticamente sobre los acontecimientos, pusieron así en peligro a Pacelli en vísperas de la ofensiva de Hitler hacia el oeste. En Berlín, la información revelada a los nuncios se consideró como un acto de espionaje; en Roma, Mussolini se encontraba ante un auténtico dilema, acechando el momento para llegar a un acuerdo con Pacelli y quedar al margen de la guerra. Esas circunstancias, y su resultado, llevan a Owen Chadwick a afirmar que la «imprudencia» de Pacelli ayudó a convertir en «inevitable la incorporación de Mussolini a la ofensiva». Tras la interceptación de esos mensajes, «Mussolini no podía hacer otra cosa —escribe Chadwick— que demostrar a los alemanes que rechazaba absolutamente las iniciativas del Papa».[1] En cualquier caso, el papel de Pacelli como pacificador neutral, y sobre todo su influencia sobre Mussolini, había acabado.

Cuando Hitler invadió Holanda, Bélgica y Luxemburgo, el 10 de mayo de 1940, París y Londres presionaron inmediatamente a Pacelli para que condenara públicamente aquella ruptura violenta de las leyes internacionales y utilizara todos los medios a su alcance para impedir la entrada de Italia en la guerra. Tardini redactó una declaración papal deplorando la invasión de «tres pequeños

pueblos laboriosos [...] sin que haya mediado ninguna provocación o razón. [...] Debemos alzar nuestra voz para lamentar de nuevo la crueldad y la injusticia». Pero Pacelli consideró que ese discurso podía enfurecer a los alemanes y lo descartó.[2] En su lugar envió telegramas a los soberanos de Bélgica, Holanda y Luxemburgo, expresándoles su simpatía y afecto. Esos telegramas fueron acogidos con agradecimiento por sus recipiendarios, pero disgustaron a las potencias de ambos bandos. Londres y París deploraron la ausencia de una condena directa de la agresión; Roma y Berlín acusaron al Vaticano de interferir políticamente en un momento de grave crisis.

Cuando los textos de los telegramas se publicaron en *L'Osservatore Romano*, el 12 de mayo, los fascistas trataron de impedir su distribución. Los vendedores del periódico fueron golpeados. Atacaban a cuantos llevaran en sus manos un ejemplar. Dos personas que lo habían comprado cerca de la Fontana di Trevi fueron arrojadas al agua. Ese mismo día, el embajador italiano ante la Santa Sede, Dino Alfieri, destinado a representar a Italia en Berlín, se quejó de los telegramas a Pacelli en una audiencia, y le dijo que las bandas fascistas estaban furiosas y que en cualquier momento podía suceder una desgracia.

Pacelli replicó que no le asustaba que lo enviaran a un campo de concentración. Dijo que había estado leyendo las cartas de santa Catalina de Siena, quien había recordado al Papa en su día que Dios le juzgaría con rigor si no cumplía con su deber.[3]

Aproximadamente por aquellas fechas (no sabemos exactamente qué día), Pacelli fue atacado en Roma cuando acudía a decir misa en una de las basílicas. Bandas de fascistas apedrearon su automóvil en un cruce mientras aullaban: «¡Muerte al Papa! ¡Abajo el Papa!»[4] Cerró entonces el palacio de verano en Castel Gandolfo durante toda la guerra y no volvió a aventurarse por las calles hasta la caída de Mussolini. Impedido de visitar su propia diócesis por el miedo a la violencia, se recluyó como prisionero voluntario en el Vaticano. Lo más importante para él era mantener la publicación de *L'Osservatore*, su más importante medio de comunicación con los fieles italianos, y la emisora de radio vaticana, que también estaba bajo amenaza.

El 15 de mayo de 1940, mientras la Wehrmacht atravesaba las defensas francesas cerca de Sedan y avanzaba apresuradamente

hacia los puertos del canal, Mussolini declaraba su intención de tomar las armas junto a Hitler, aunque no ofreció una fecha concreta. No fue hasta el 2 de junio, después de que los británicos hubieran evacuado sus ejércitos de Dunkerque, cuando Mussolini anunció finalmente que declararía la guerra a Francia el 10 de junio.

A finales de mayo, el Foreign Office británico todavía presionaba a Osborne para que obtuviera de Pacelli una condena enérgica de la ofensiva alemana —incluso cuando el 20 de mayo *L'Osservatore* estuvo a punto de ser prohibido más allá de los límites del Vaticano—. El 28 de mayo, para evitar que se prohibiera su venta en Italia, el Vaticano acordó con el gobierno italiano que sólo publicaría los comunicados oficiales de guerra de los beligerantes, sin comentarios.[5]

La Santa Sede se veía asediada, rodeada por un país en guerra con la hija mayor de la Iglesia, Francia, y con Gran Bretaña, un país por el que Pacelli sentía gran respeto aunque lo conociera poco, salvo sus ceremonias de coronación y revistas navales. Pacelli tenía un campo de acción muy limitado. Sus telegramas y mensajes a los nuncios de todo el mundo podían ser interceptados. Su periódico podía quedar circunscrito al ámbito del Vaticano. Su emisora de radio podía ser bloqueada. Una encíclica destinada a Alemania podía ser destruida, o alterada antes de su publicación. La primera prioridad de Pacelli consistía en mantener su limitada independencia. Esas limitaciones eran de todas formas menos significativas dos años más tarde, cuando podía haber utilizado los medios de comunicación de los aliados para hacer declaraciones públicas y que éstas llegaran a todo el mundo.

En las primeras semanas de la guerra se mantuvieron discusiones en el Vaticano sobre lo que podía sucederle a la diminuta ciudad-Estado si Italia entraba en el conflicto. En los círculos diplomáticos se hacían especulaciones acerca de la suerte del Papa, sugiriendo que podría trasladarse a Estados Unidos, Portugal o Sudamérica, pero esos rumores desaparecían a los pocos días. Pacelli estaba decidido a permanecer en el Vaticano pasara lo que pasara.

De acuerdo con el tratado Lateranense, el Vaticano era un Estado soberano. ¿Se respetaría su soberanía y su personal y aparato diplomático? Se había consultado a Mussolini en el verano de 1939 acerca de la suerte de los embajadores y legados ante la Santa Sede, que vivían en la ciudad de Roma, fuera de los límites del Vaticano.

En otoño hizo saber que los diplomáticos de países enemigos tendrían que trasladarse al Vaticano o abandonar Italia. El 30 de mayo de 1940, después de que Wladimir d'Ormesson (quien había sustituido a Charles-Roux como embajador de Francia ante la Santa Sede) optara por trasladarse a la Ciudad del Vaticano, Osborne hizo lo propio, junto a un puñado de representantes de países ocupados por Alemania o considerados enemigos, como Bélgica o Polonia.

¿Y qué pasaba con los bienes del Vaticano? Tras el acuerdo financiero del Tratado Lateranense, el Vaticano había sufrido pérdidas, como todos, en el crac de Wall Street, pese a una prudente política de diversificación de sus inversiones. En 1935, las cosas habían empezado a mejorar de nuevo, y el Vaticano había preferido orientarse hacia una política de inversiones rentables en Estados Unidos, que en la posguerra crearían las bases de su actual prosperidad.[6] En el período de guerra, sin embargo, necesitaba reservas líquidas. En la última semana de mayo realizó una transacción que se mantuvo en secreto hasta después de la guerra: transfirió a Estados Unidos una cantidad de lingotes de oro equivalente a 7 665 000 dólares, parte de los cuales se vendieron inmediatamente para disponer de dólares en efectivo.[7]

Defendiendo Roma

Los historiadores del teatro de operaciones italiano durante la segunda guerra mundial han convertido en un lugar común la observación de que durante todo el período de hostilidades que afectó a Roma, Pío XII se mantuvo obsesionado con una cuestión por encima de todas, preservar la Ciudad Eterna de los bombardeos aéreos. En opinión de sus críticos, dicho con otras palabras, parecía situar a Roma por encima de todas las demás ciudades europeas que hacían frente a los horrores de la *blitzkrieg*, deportaciones, torturas y la propia Solución Final. La cuestión del bombardeo de Roma ha otorgado así credibilidad a las alegaciones sobre el culpable silencio e inercia de Pacelli ante otras cuestiones durante la guerra.

Al mismo tiempo se negó a condenar el bombardeo de ciudades como Coventry, o a pedir que se preservaran otros lugares de importancia religiosa o artística. Los críticos de su política infieren

que utilizaba un doble rasero, que sus prioridades estaban escandalosamente desequilibradas, y que quizá sentía miedo de ser bombardeado en el Vaticano. La realidad del caso era sin embargo bastante más compleja.

El 10 de junio de 1940, es decir, el mismo día en que Italia declaró la guerra a Francia y a Gran Bretaña, el cardenal secretario de Estado, Maglione, pidió a Osborne que tratara de conseguir de Londres que la RAF no bombardeara Roma. Maglione citaba al parecer un artículo del *Daily Telegraph* que predecía el bombardeo aéreo de varias ciudades italianas, incluida la capital. Osborne juzgó que se trataba de una estupidez. Pero justo tres días después, aviones aliados sobrevolaron Roma arrojando panfletos de propaganda, algunos de los cuales cayeron en territorio vaticano. Para los italianos se trataba de una señal ominosa. Para Pacelli era la prueba de que la RAF tenía la posibilidad y la probable intención de arrasar Roma y el Vaticano. Difícilmente podía elevar una protesta formal en nombre de Italia, pero pidió a Maglione que se quejara a Londres por la violación territorial y siguió presionando a Osborne para que convenciera a sus jefes en Londres de que no bombardearan Roma.[8] El intercambio de notas se fue haciendo más y más voluminoso con el correr de los meses.

Londres estaba de acuerdo en hacer cuanto estuviera en su mano para evitar el bombardeo del Vaticano; San Pedro y el palacio Apostólico, después de todo, no formaban parte del territorio enemigo. Pero no entendían por qué razón Roma, la capital de una potencia en guerra con Gran Bretaña, y de la que se rumoreaba que estaba enviando aviones italianos para bombardear Inglaterra junto a la Luftwaffe, debía ser objeto de una protección especial. De hecho, había poderosas razones —aparte de cuáles fueran las intenciones británicas— para no declarar a Roma ciudad abierta, desmilitarizada y por tanto inmune a los ataques según la ley internacional. Seguramente era mejor mantener en la incertidumbre a Mussolini y a los ciudadanos romanos, quizá eso los haría meditar acerca del bombardeo de Londres, Birmingham o Liverpool. Pero por encima de todo, Londres consideraba inadecuado que el Papa, jefe de un Estado neutral, como el Vaticano pretendía ser, actuara por cuenta de Roma, que formaba parte de Italia. ¿No indicaba eso que estaba siendo utilizado como instrumento de propaganda por los fascistas?

Por su parte, Pacelli se veía movido por su gran amor hacia Roma como Ciudad Eterna, el centro sagrado de la cristiandad, donde estaban la tumba de san Pedro y las catacumbas, lugar de peregrinación lleno de antiguas basílicas, iglesias y oratorios y de todo el legado artístico cristiano a lo largo de los siglos. Como obispo de Roma, no podía dejar de preocuparse por el estado de la Ciudad Eterna, y no era en absoluto extraño que intentara utilizar toda su influencia y su poder para mantenerla a salvo. Aunque Roma era ciertamente la capital del nuevo Estado-nación italiano desde 1870, en cada una de sus calles y plazas había recordatorios de su pasado como corazón de la Iglesia católica universal. Y lo que era igual de importante, la defensa que Pío XII hacía de Roma era una razón, a ojos del gobierno fascista, para mantener el estatus soberano del Vaticano.[9] Desde que Italia entró en guerra, el Vaticano, transformado en madriguera de diplomáticos extranjeros de los países ocupados y beligerantes, se convirtió en un centro privilegiado del espionaje internacional. Algunos dirigentes fascistas llamaban a ocupar la ciudad-Estado y echar a todos aquellos «espías» extranjeros. Pero al emplear su influencia para evitar el bombardeo de la Ciudad Eterna, la Santa Sede estaba rindiendo un servicio inestimable al gobierno fascista, lo que daba pie a Mussolini para mantener la inmunidad del Vaticano, lejos de cualquier interferencia o incursión. Más adelante, el gobierno italiano le expresaría su gratitud.[10] Los esfuerzos de Pacelli por declarar a Roma ciudad abierta evidenciaban cuál era su imperiosa prioridad: la propia supervivencia del Vaticano y el papado. Pero difícilmente podían ser ésos los argumentos que Osborne esgrimiera frente a Londres. De todas formas, lo que más enojaba a los británicos de la actitud de Pacelli era su negativa a condenar el bombardeo de civiles en Inglaterra, política que al parecer adoptó pretendiendo preservar su estricta neutralidad.

Este asunto cobró mayor importancia a mediados de noviembre de 1940, cuando la ciudad de Coventry y su catedral resultaron seriamente dañadas por las bombas. Osborne pidió a Pacelli que hiciera pública una declaración de condena, pero el resultado de su porfía sólo fue una visita del embajador portugués en Londres al Foreign Office para pedir que los británicos no bombardearan Roma como represalia. La desvergonzada naturaleza de la petición irritó a los altos funcionarios británicos y les dio la oportunidad

para volver a demandar una denuncia papal de los bombardeos de la Luftwaffe. «Le sugiero —escribía Vansittart a Osborne desde el Foreign Office— que lo plantee como una réplica, y que no ofrezca ninguna oportunidad al Papa de decir: "Muy bien, voy a condenar el bombardeo de las iglesias inglesas, y a cambio ustedes borrarán a Roma de entre sus objetivos." Sería el peor intercambio imaginable.»[11] Vansittart no debería haberse preocupado, porque no iba a llegarle ningún *quid pro quo.* Todo lo que Pacelli estaba dispuesto a hacer, tras los bombardeos sobre Coventry, era una críptica referencia en una oración por «las ciudades destruidas y los civiles muertos».

Con cierta malicia, pero en última instancia por integridad diplomática, Londres solicitó entonces a Osborne que sugiriera al Papa que el Vaticano se mantuviera bien iluminado por la noche para evitar los bombardeos de los aviones de la RAF procedentes de Malta (podía inferirse que las luces de San Pedro guiarían entonces a los bombarderos para alcanzar Roma). El arzobispo Tardini respondió que se trataba de una sugerencia «pueril», a lo que Osborne replicó: «Impracticable, sí; pueril, no.» Entonces Tardini le recordó algo que Osborne y Londres parecían haber olvidado: que el suministro de electricidad del Vaticano llegaba de Italia. Añadió que Mussolini y Hitler verían con agrado que la RAF bombardeara Roma, porque eso significaría un golpe propagandístico para el Eje. Al parecer, Osborne quedó impresionado por esa reflexión, porque se la transmitió a Londres insistentemente, sobre todo cuando la RAF recibió órdenes de planificar vuelos sobre las ciudades italianas como represalia por el esperado bombardeo de Atenas en la campaña militar de Mussolini en Grecia.

Conforme se prolongaba la guerra, las peticiones de Pacelli para que se preservara la santidad de Roma, así como sus intentos por lograr que la ciudad se declarara oficialmente abierta, se hicieron más insistentes. Esa iniciativa habría obligado a Mussolini a desplazar a su gobierno de la capital, junto con todos los objetivos militares. En 1942 se habló mucho de ese plan e incluso recibió el apoyo del rey de Italia, pero no se concretó hasta pocas semanas antes del la liberación de Roma por los aliados. Los incesantes esfuerzos de Pacelli por persuadir a los aliados de la naturaleza sagrada de Roma tuvieron indudablemente cierto efecto, aunque la ciudad no salió del todo indemne de la guerra.

Pero esos esfuerzos le iban a costar muy caro en el juicio de la Historia.

EL ATROZ RÉGIMEN CATÓLICO DE CROACIA

Pacelli y los funcionarios de la Secretaría de Estado estaban convencidos, al igual que los gobiernos de toda Europa, de que la guerra entre Alemania y la Unión Soviética era sólo cuestión de tiempo. Dadas las posibilidades de que Europa cayera bajo la bota de Stalin, y las abundantes pruebas de la intención soviética de suprimir las iglesias cristianas, la campaña de Mussolini en los Balcanes en octubre de 1940 se consideró entre algunos miembros de la curia con cierto optimismo, ya que en ese contexto, Yugoslavia aparecía como un último baluarte para Italia y el Mediterráneo. El fracaso de Mussolini en derrotar a los griegos obligó no obstante a Hitler a acudir en su ayuda. Para conseguir el acceso a Grecia había que convencer a Yugoslavia de que se uniera al Eje. El pacto entre Alemania, Italia y Yugoslavia se firmó en Viena el 25 de marzo de 1941. Dos días después, un grupo de nacionalistas serbios tomaban el poder en Belgrado, abolían la regencia y anunciaban que Yugoslavia se unía a las democracias occidentales. Churchill declaró desde Londres que los yugoslavos habían recuperado su «alma».

Como represalia, Hitler invadió Yugoslavia el 6 de abril como parte de su ofensiva contra Grecia, bombardeando la ciudad abierta de Belgrado y matando a cinco mil civiles. Cuando la Wehrmacht entró en Zagreb el 10 de abril permitió que los fascistas croatas declararan la independencia de Croacia. Al día siguiente, Italia y Hungría (otro Estado fascista) unían sus fuerzas a las de Hitler para repartirse el pastel yugoslavo. El 12 de abril Hitler expuso su plan de división del país, garantizando un estatus «ario» a la Croacia independiente dirigida por Ante Pavelic, quien se había mantenido a la espera en Italia bajo la protección de Mussolini. El grupo de Pavelic, los ustachis (del verbo *ustati*, «alzarse»), se había opuesto a la formación del reino eslavo del sur tras la primera guerra mundial, proyectando su subversión y sabotaje desde el refugio seguro de Italia; el propio Pavelic planeó el asesinato del rey Alejandro en 1934. Mussolini le había concedido el uso de campos de entrena-

miento en una isla remota de Eolia y el acceso a Radio Bari para emitir hacia el otro lado del Adriático.

Éste era el contexto de la campaña de terror y exterminio llevada a cabo por los ustachis en Croacia contra dos millones de serbios ortodoxos y un número menor de judíos, gitanos y comunistas entre 1941 y 1945. Fue una auténtica campaña de «limpieza étnica» antes de que esa espantosa expresión se pusiera de moda, un intento de crear una Croacia católica «pura» mediante conversiones forzadas, deportaciones y exterminios masivos. Tan terribles fueron los actos de tortura y asesinato que hasta las encallecidas tropas alemanas expresaron su horror. Incluso en comparación con la reciente sangría en Yugoslavia cuando escribimos estas páginas, la acometida de Pavelic contra los serbios ortodoxos sigue siendo una de las masacres civiles más horribles registradas por la historia.

La relevancia de esos acontecimientos para este relato está en relación con tres consideraciones: el conocimiento que el Vaticano tenía o pudiera tener de esas atrocidades; la abstención de Pacelli, quien no hizo uso de sus buenos oficios para frenar el exterminio, y la complicidad que representó en la Solución Final planeada desde el norte de Europa.

El legado histórico en que se apoyaba la formación de la NDH (Nezavisna Drzava Hrvatska), o Estado Independiente de Croacia, consistía en una combinación de antiguas lealtades al papado que se remontaban a trece siglos atrás, y un resentimiento ardiente contra los serbios por sus injusticias presentes y pasadas. Los nacionalistas croatas alimentaban un gran rencor contra la hegemonía serbia, que les había privado del acceso a ciertas profesiones e impedido iguales oportunidades educativas. Los serbios eran culpables, tal como lo percibían los croatas, de favorecer la fe ortodoxa, de alentar el cisma entre los católicos y de colonizar sistemáticamente áreas católicas con serbios ortodoxos. Tanto serbios como croatas establecían una equivalencia entre la identidad étnica y la religiosa: serbios ortodoxos frente a croatas católicos. Al mismo tiempo, los judíos de la región se veían discriminados sobre la base de prejuicios raciales, así como por sus lazos con la masonería y el comunismo y su supuesta permisividad frente al aborto.

Pacelli había apoyado calurosamente el nacionalismo croata y había confirmado la idea que los ustachis se hacían de la historia en noviembre de 1939, cuando una peregrinación nacional llegó a

Roma para promover la causa de la canonización de un mártir franciscano croata, Nicola Tavelic. El primado croata, arzobispo Alojzije Stepinac, encabezaba a los peregrinos y pronunció un discurso en presencia del Papa. En su respuesta, Pacelli utilizó un calificativo con el que el Papa León X había caracterizado a los croatas: «las avanzadillas de la cristiandad», como si los serbios, ortodoxos escindidos de Roma, no tuvieran derecho a considerarse cristianos. «La esperanza de un futuro mejor parece sonreíros —les dijo Pacelli en un discurso que retrospectivamente parece terrible—, un futuro en el que las relaciones Iglesia-Estado en vuestro país se regularán armoniosamente en ventaja de ambos.»[12]

Las fronteras del nuevo Estado abarcaban Croacia, Eslovenia, Bosnia, Herzegovina y gran parte de Dalmacia. De una población de unos 6 700 000 habitantes, 3 300 000 eran croatas (es decir, católicos), 2 200 000 serbios ortodoxos, 750 000 musulmanes, 70 000 protestantes y unos 45 000 judíos. La existencia de una minoría protestante alemana no representaba un problema para la administración ustachi, ni tampoco, por extraño que pudiera parecer, el gran enclave de musulmanes. Pero los serbios ortodoxos se enfrentaban a «soluciones radicales», al igual que los judíos, que fueron inmediatamente marcados para su eliminación.

El 25 de abril de 1941, Pavelic decretó que cualquier publicación, privada o pública, en alfabeto cirílico (utilizado por los serbios ortodoxos) quedaba prohibida. En mayo se aprobaron leyes antisemitas, definiendo a los judíos en términos racistas, prohibiéndoles el matrimonio con «arios», y poniendo en marcha la «arianización» de la burocracia, las profesiones liberales y el capital judío. El mismo mes fueron deportados los primeros judíos de Zagreb a un campo de concentración en Danica.[13] En junio se cerraron las escuelas primarias y los jardines de infancia serbios.

En esta peligrosa y nueva situación para los serbios se planteó el siguiente dilema: si la vida se hace insoportable sólo por mantener la fe ortodoxa, ¿por qué no convertirse al catolicismo? A las pocas semanas de la fundación del Estado Independiente de Croacia, los sacerdotes católicos comenzaban a recibir a serbios ortodoxos en la Iglesia católica. El 14 de julio de 1941, sin embargo, anticipando su política selectiva de conversiones y el objetivo final del genocidio, el ministro croata de Justicia instruía a los obispos de la nación afirmando que «el gobierno croata no piensa aceptar en

la Iglesia católica sacerdotes, maestros de escuela ni, en pocas palabras, a nadie de la *intelligentsia* —incluidos los ricos comerciantes y artesanos ortodoxos—, por lo que pronto se promulgarán ordenanzas específicas para ellos, de forma que no puedan dañar el prestigio del catolicismo».[14] El destino no explicitado de esos ortodoxos serbios, rechazados de antemano en el inminente plan de conversiones forzadas, era la deportación y el exterminio. Pero en las enloquecidas matanzas que se anunciaban, ni siquiera el bautismo católico aseguraba la inmunidad.

Desde un comienzo, los actos públicos y las declaraciones acerca de la limpieza étnica, así como los programas antisemitas, eran conocidos por el episcopado católico y la Acción Católica, asociación laica tan vigorosamente promovida por Pacelli cuando era nuncio papal en Alemania y como cardenal secretario de Estado. Esas medidas racistas y antisemitas eran por tanto conocidas también por la Santa Sede y por Pacelli cuando felicitó a Pavelic en el Vaticano. Cabe señalar además los lazos diplomáticos clandestinos que se establecieron entre Croacia y la Santa Sede. Una característica destacada de aquella guerra religiosa fue la apropiación por los católicos de las iglesias ortodoxas abandonadas o requisadas; este asunto fue discutido por la curia y se establecieron ciertas reglas de conducta.

Pero desde el primer momento se produjeron otras atrocidades cuyas noticias se extendieron rápidamente de boca en boca.[15] Pavelic, como pronto se hizo notorio, no era exactamente una réplica de Himmler o Heydrich, con los que no compartía su aptitud y sangre fría para la planificación burocrática del asesinato sistemático en masa; bajo su dirección, los ustachis se lanzaron a la masacre con una barbarie tan cruel e indiscriminada que es difícil encontrar paralelos en la historia.

El escritor italiano Carlo Falconi fue encargado a principios de los años sesenta de recopilar la historia de la masacre cometida por los croatas sobre serbios, judíos y otras minorías. Sus investigaciones[16] en los archivos yugoslavos y en lo que se podía consultar entonces de los archivos vaticanos fueron extremadamente concienzudas, descubriendo los siguientes ejemplos de atrocidades cometidas en Croacia a partir de la primavera de 1941:

El 28 de abril, una banda de ustachis atacó seis aldeas del distrito de Bjelovar y detuvo a 250 hombres, incluidos un maestro de

escuela y un sacerdote ortodoxo. Las víctimas fueron obligadas a cavar una zanja y después fueron atadas con alambres y enterradas vivas. Pocos días más tarde, en un lugar llamado Otocac, los ustachis hicieron prisioneros a 331 serbios, entre los que se encontraban el sacerdote ortodoxo del pueblo y su hijo. Las víctimas fueron de nuevo obligadas a cavar sus propias fosas antes de ser despedazadas con hachas. Los asaltantes dejaron al sacerdote y a su hijo para el final. Aquél fue obligado a rezar las oraciones por los moribundos mientras cortaban en trozos a su hijo. Luego torturaron al sacerdote, arrancándole el pelo y la barba y reventándole los ojos. Finalmente lo despellejaron vivo.

El 14 de mayo, en un lugar llamado Glina, cientos de serbios fueron conducidos a una iglesia para presenciar una ceremonia de acción de gracias por la constitución de la NDH. Una vez dentro de la iglesia, entró en ella una banda de ustachis con hachas y cuchillos. Pidieron a todos los presentes que mostraran sus certificados de conversión al catolicismo. Sólo dos de ellos tenían allí esos documentos y les permitieron salir; entonces cerraron las puertas y asesinaron al resto.

Cuatro días después de la masacre de Glina, Pavelic, al que llamaban Poglavnik (el equivalente croata del término Führer), llegó a Roma para firmar (bajo la presión de Hitler) un tratado con Mussolini que garantizaba a Italia enclaves en los distritos y ciudades croatas en la costa dálmata. En esa misma visita, Pavelic mantuvo una «devota» audiencia con Pío XII en el Vaticano, y el Estado Independiente de Croacia recibió así el reconocimiento de facto de la Santa Sede. Ramiro Marcone, abad del monasterio benedictino de Montevergine, fue nombrado inmediatamente delegado apostólico en Zagreb. No hay pruebas de que Pacelli o el secretario de Estado estuvieran por entonces al tanto de las atrocidades que ya habían comenzado en Croacia, y parece evidente que su rápido reconocimiento de facto (el Vaticano evitaba nuevos reconocimientos de Estados en tiempo de guerra) se debía más a la posición de Croacia como bastión contra el comunismo que a su política asesina. Sea como sea, se sabía desde el principio que Pavelic era un dictador totalitario, un títere de Hitler y Mussolini, que había hecho aprobar una serie de leyes racistas y antisemitas, y que promovía la conversión forzosa de los ortodoxos al catolicismo. Sobre todo, Pacelli era consciente de que el nuevo Estado era, como ha escrito

Jonathan Steinberg, «no el resultado de un heroico alzamiento del pueblo de Dios, sino de la intervención extranjera». El Estado Independiente de Croacia, como todo el mundo sabía, era el resultado de la violenta e ilegítima invasión y anexión del reino de Yugoslavia (que mantenía relaciones diplomáticas con el Vaticano) por Hitler y Mussolini; y aquí estaba Pacelli dando la mano a Pavelic y concediéndole su bendición papal.

A la Santa Sede le llevó tiempo darse por enterada de las atrocidades. Pero detalles de la masacre de los serbios y de la virtual eliminación de los judíos y gitanos estuvieron desde un comienzo a disposición del clero católico croata y de su episcopado. De hecho, los clérigos católicos asumieron a veces un papel dirigente en esas atrocidades.[17]

Las cifras son casi increíbles. Según los más recientes y fiables recuentos, 487 000 serbios ortodoxos y 27 000 gitanos fueron asesinados entre 1941 y 1945 en el Estado Independiente de Croacia. Además de ellos, murieron unos 30 000 de los 45 000 judíos: de 20 000 a 25 000 en los campos de la muerte ustachis, y otros 7 000 deportados a las cámaras de gas.[18] ¿Cómo es que, a pesar de la relación de poder estrictamente autoritaria entre el papado y la Iglesia local —una relación de poder que el propio Pacelli se había esforzado tanto en establecer—, no se hizo ningún intento desde el centro vaticano para frenar los asesinatos, las conversiones forzadas, la requisa de las propiedades ortodoxas? ¿Cómo es posible que cuando las atrocidades se hicieron de dominio público en el Vaticano, como mostraremos más adelante, Pacelli no se distanciara y disociara a la Santa Sede inmediatamente y sin dilación de las acciones ustachis y condenara a quienes las cometían?

Croacia y la conciencia del Vaticano

El arzobispo de Zagreb, Alojzije Stepinac (beatificado por Juan Pablo II en Croacia el 3 de octubre de 1998), estuvo desde un comienzo completamente de acuerdo con los objetivos generales del nuevo Estado croata, y se esforzó porque fuera reconocido por el Papa. Llamó personalmente a Pavelic el 16 de abril de 1941 y le escuchó decir que no «mostraría tolerancia hacia la Iglesia ortodoxa serbia, porque en su opinión no se trataba de una Iglesia sino de

una organización política», como el propio Stepinac anotó en su diario, señalando que le dio la impresión de que «el Poglavnik era un católico sincero».[19] Aquella misma noche, Stepinac ofreció una cena a Pavelic y a los demás dirigentes ustachis para celebrar su regreso del exilio. El 28 de abril, el mismo día en que 250 serbios eran masacrados en Bjelovar, se leyó desde los púlpitos católicos una carta pastoral de Stepinac llamando al clero y a los fieles a colaborar con los esfuerzos del líder máximo.

¿Por qué exagerada candidez no llegaba a comprender Stepinac lo que podía significar «colaborar»? A principios de junio de 1941, el general alemán plenipotenciario en Croacia, Edmund Glaise von Horstenau, declaraba que, según informes fiables de los observadores militares y civiles alemanes, «los ustachis se han vuelto locos de furia».[20] El mes siguiente, Glaise informaba del apuro de los alemanes, que «con seis batallones de soldados de infantería» contemplaban impotentes «la ciega y sangrienta saña de los ustachis».

Sacerdotes, siempre franciscanos, participaron activamente en las masacres.[21] Muchos de ellos se paseaban armados y llevaban a cabo con extraordinario celo sus acciones asesinas. Un cierto padre Bozidar Bralow, conocido por la metralleta que le acompañaba permanentemente, fue acusado de bailar en torno a los cuerpos de 180 serbios masacrados en Alipasin-Most. Otros franciscanos mataron, prendieron fuego a casas, saquearon pueblos y arrasaron los campos bosnios a la cabeza de bandas ustachis. En septiembre de 1941, un periodista italiano escribía que había visto al sur de Banja Luka a un franciscano arengando a una banda de ustachis con su crucifijo.

En el archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores italiano se guarda registro fotográfico de algunas de esas atrocidades: mujeres con los pechos cortados, ojos reventados, genitales mutilados... así como de los instrumentos de la carnicería: cuchillos, hachas, ganchos de colgar carne...[22]

¿Y cuál era la actitud y la reacción de las fuerzas italianas presentes en la región? Semejante en algunos aspectos a la de las tropas de las Naciones Unidas en Yugoslavia en la historia más reciente (aunque con obvias diferencias), de consternación y desaliento. Obligado por su alianza con la Alemania nazi y las circunstancias de la guerra mundial, el ejército italiano contaba con un escaso margen de maniobra para actuar. Aun así, se estima que hasta el

1 de julio de 1943 los italianos habían ofrecido protección a 33 464 civiles en su esfera de influencia yugoslava, de los que 2 118 eran judíos.[23] Falconi ha especulado con la idea de que el comportamiento humanitario de los italianos a este respecto podría haberse debido a presiones del Vaticano, aunque reconoce que las pruebas son «incompletas y vagas».[24] La extensa investigación y evaluación de Jonathan Steinberg de la reticencia italiana a implicarse en la deportación y exterminio descartaría esa idea. En un resumen conmovedor del complejo fenómeno del humanitarismo italiano en Yugoslavia entre 1941 y 1943, Steinberg asegura: «Un largo proceso, iniciado con la reacción espontánea de algunos oficiales jóvenes en la primavera de 1941, que no se resignaban a contemplar de brazos cruzados cómo los carniceros croatas despedazaban a hombres, mujeres y niños serbios y judíos, culminó en julio de 1943 con una especie de conspiración nacional para frustrar la mucho mayor y más sistemática brutalidad del Estado nazi. [...] Se apoyaba en ciertas ideas acerca de lo que significaba ser italiano.»[25]

Mucho se ha hablado en los años de posguerra acerca de la santidad personal del arzobispo Stepinac, el primado católico romano de Croacia, y de sus protestas finales contra la persecución y las matanzas. Pero incluso si se le considera inocente de estimular el odio racista asesino, está claro que él mismo y el episcopado respaldaron un desprecio por la libertad religiosa equivalente a la complicidad con la violencia. Stepinac escribió una larga carta a Pavelic acerca de la cuestión de las conversiones y las masacres, que el escritor Hubert Butler tradujo en Zagreb en 1946. Cita las opiniones de sus hermanos obispos, todas ellas favorables, incluida una carta del obispo católico de Mostar, doctor Miscic, que expresaba los históricos anhelos que el episcopado croata mantenía con respecto a las conversiones en masa al catolicismo.

El obispo comienza declarando que «nunca hubo una ocasión tan espléndida como ahora para que ayudemos a Croacia a salvar incontables almas». Comenta entusiásticamente las conversiones en masa. Pero después dice que deplora las «estrechas opiniones» de las autoridades que atacan incluso a los convertidos y «los cazan como si fueran esclavos». Señala algunas matanzas conocidas de madres, chicas y niños de menos de ocho años, que llevan a las montañas «y arrojan vivos [...] a profundas simas». Luego hace esta sorprendente manifestación: «En la parroquia de Klepca, setecien-

tos cismáticos de las aldeas cercanas fueron asesinados. El subprefecto de Mostar, señor Bajic, musulmán, declaró públicamente (como empleado del Estado debería refrenar su lengua) que sólo en Ljubina, setecientos cismáticos habían sido arrojados a un foso.»[26]

La carta revela la fractura moral implícita en el comportamiento de los obispos, que aprovechaban la derrota de Yugoslavia frente a los nazis para incrementar el poder y alcance del catolicismo en los Balcanes. Un obispo tras otro respaldan la promoción de las conversiones, aun concediendo que no tiene sentido arrojar vagones de cismáticos a los pozos de minas abandonadas. La incapacidad de los obispos para distanciarse del régimen, denunciarlo, excomulgar a Pavelic y a sus cómplices, se debía a su deseo de aprovechar las oportunidades ofrecidas por aquella «buena ocasión» para construir una potente base católica en los Balcanes. La misma renuencia a desperdiciar la oportunidad para conseguir una influencia católica en el Este predominaba en el Vaticano, y en definitiva en el mismo Pacelli. De hecho, era la misma reticencia a perder una oportunidad de «evangelización» única que condujo a Pacelli en 1913-1914 a presionar en favor de la firma del Concordato Serbio, con la esperanza de crear un enclave del rito latino en la cristiandad oriental, fueran cuales fueran las repercusiones y eventuales peligros.

Pacelli estaba mejor informado de la situación en Croacia que en cualquier otra región de Europa, aparte de Italia, durante la segunda guerra mundial. Su delegado apostólico, Marcone, iba y venía de Zagreb a Roma cuando quería, y se pusieron a su disposición aviones militares para viajar a la nueva Croacia. Los obispos, algunos de los cuales se sentaban en el Parlamento croata, se comunicaban mientras libremente con el Vaticano, y podían hacer regularmente sus visitas *ad limina* a Roma.[27] Durante esas visitas, el Pontífice y los miembros de la curia podían preguntar acerca de las condiciones de vida en Croacia, y con seguridad lo hicieron.

Pacelli contaba además con medios personales de información, entre ellos las emisiones cotidianas de la BBC, que eran fielmente seguidas y traducidas para él durante toda la guerra por Osborne. Hubo frecuentes emisiones de la BBC sobre la situación en Croacia, de las que entresacamos como ejemplo la del 16 de febrero de 1942: «Se están cometiendo las peores atrocidades en los alrededores del arzobispado de Zagreb [Stepinac]. Por las calles corren ríos

de sangre. Los ortodoxos están siendo convertidos por la fuerza al catolicismo, y no oímos la voz del arzobispo oponiéndose. Se informa que por el contrario participa en los desfiles nazis y fascistas.»[28]

El flujo de directrices enviadas a los obispos croatas desde la Congregación para las Iglesias Orientales de la Santa Sede, que tenía a su cargo a los católicos de rito oriental de la región, indica que el Vaticano estaba al tanto de las conversiones forzadas desde julio de 1941. Los documentos insisten en que debía rechazarse a los potenciales conversos al catolicismo cuyas razones fueran patentemente equivocadas. Esas razones equivocadas eran (los documentos no lo decían, pero no era difícil adivinarlo) el terror y el deseo de evitar la muerte.

El 14 de agosto, el presidente de la Unión para la Comunidad Israelita de Alatri escribió al secretario de Estado Maglione, pidiéndole ayuda en nombre de muchos miles de judíos croatas «residentes en Zagreb y otras ciudades de Croacia, que han sido detenidos sin ninguna razón, privados de sus posesiones y deportados». Proseguía describiendo cómo seis mil judíos habían sido abandonados en una isla yerma, sin medios para protegerse de las inclemencias del tiempo, comida ni agua. Todos los intentos de acudir en su ayuda habían sido «prohibidos por las autoridades croatas».[29] La carta imploraba una intervención de la Santa Sede ante los gobiernos italiano y croata. No existen datos acerca de una eventual respuesta o iniciativa por parte de la Santa Sede.

El 30 de agosto de 1941, el nuncio papal en Italia, monseñor Francesco Borgongini Duca, escribió a Maglione acerca de una curiosa conversación que había mantenido con el agregado cultural croata ante el Quirinal y dos franciscanos de la misma nacionalidad. Hablaban de los cien mil ortodoxos convertidos al catolicismo, y el nuncio les preguntó por las protestas que había oído contra las «persecuciones infligidas a los ortodoxos por los católicos». El agregado cultural intentó desmentir tales historias, «mientras los clérigos asentían repetidamente», insistiendo en que «el Papa continúa aconsejando al clero y a los fieles que sigan las enseñanzas de Nuestro Señor y propaguen la verdadera fe utilizando medios de persuasión y no la violencia».[30]

Al mes siguiente, el embajador especial de Pavelic, padre Cherubino Seguic, llegó a Roma para desmentir lo que se decía de su régimen y los «rumores» desfavorables. En sus memorias se queja

de las «calumnias» que se oían en Roma acerca de Croacia, y declara que «todo está distorsionado o inventado. Nos presentan como una banda de bárbaros o caníbales». Habló con Giovanni Montini (el futuro Pablo VI), quien le «pidió informaciones concretas acerca de los acontecimientos en Croacia. No fui parco en palabras. Escuchó con gran interés y atención. Las calumnias han llegado al Vaticano y deben ser convincentemente desmentidas».[31] Así pues, las atrocidades, o «calumnias», eran de dominio público en Roma en el verano de 1941, y la Santa Sede poseía canales a través de los cuales Pacelli podía contrastar los acontecimientos e influir sobre ellos.

El delegado apostólico Ramiro Marcone, elegido por Pacelli para actuar como representante personal suyo en Croacia, era un aficionado que parece haber atravesado sonámbulo toda aquella época sedienta de sangre. Monje benedictino de sesenta años de edad, no tenía ninguna experiencia en tareas diplomáticas y pasó gran parte de su vida adulta enseñando filosofía en el Colegio de San Anselmo en Roma. Su ámbito propio eran el claustro y el aula. Su estancia en Croacia se repartió entre ceremonias, cenas, desfiles y fotografías junto a Pavelic. Había sido claramente seleccionado para sosegar y dar ánimos.

Los representantes de la parte croata en el Vaticano eran Nicola Rusinovic, médico que trabajaba en un hospital de Roma, y quien debía sustituirle, un chambelán papal en el Vaticano, llamado príncipe Erwin Lobkowicz (de origen bohemio). Esos acuerdos eran semisecretos, ya que la Santa Sede seguía manteniendo oficialmente lazos diplomáticos con el gobierno yugoslavo en el exilio. En marzo de 1942, pese a las abundantes pruebas de asesinatos en masa, la Santa Sede pretendió convertir a los representantes croatas en embajadores oficiales. Montini le dijo a Rusinovic: «Recomiende tranquilidad a su gobierno y a los círculos gubernamentales, y nuestras relaciones se consolidarán. En tanto se comporten correctamente, esas relaciones se mantendrán al más alto nivel.»[32] El 22 de octubre de 1942, Pacelli recibió en audiencia al príncipe Lobkowicz. Según éste, Pacelli, «con sus acostumbradas frases benevolentes, me dijo que esperaba recibirme pronto en calidad de embajador».[33]

Mientras, el Congreso Mundial Judío y la comunidad israelita suiza habían hecho llegar a la Santa Sede una petición de ayuda

para los judíos perseguidos en Croacia a través de monseñor Filippe Bernadini, nuncio apostólico en Berna. En unas notas fechadas el 17 de marzo de 1942, menos de dos meses después de la Conferencia del Wansee en la que se diseñó la Solución Final, los representantes de esas organizaciones exponían documentadamente las persecuciones que sufrían los judíos en Alemania, Francia, Rumania, Eslovaquia, Hungría y Croacia. Pretendían que el Papa utilizara su influencia en los tres últimos países, ligados por fuertes lazos diplomáticos y eclesiásticos a la Santa Sede (en Eslovaquia, por ejemplo, en aquel momento era presidente un sacerdote católico). El apartado sobre Croacia decía lo siguiente: «Varios miles de familias han sido deportadas a islas desiertas de la costa dálmata o encarceladas en campos de concentración [...] todos los *varones* judíos han sido enviados a campos de trabajo donde se les ha destinado a labores de drenaje y limpieza, y donde han perecido en gran número. [...] Al mismo tiempo, sus mujeres e hijos fueron enviados a otro campo donde también están sufriendo horrendas privaciones.»[34]

Ese documento, cuyo manuscrito se guarda en los Archivos Sionistas en Jerusalén, ha sido publicado por Saul Friedländer en su obra sobre Pacelli y el Tercer Reich. En octubre de 1998, Gerhard Riegner, firmante superviviente del memorándum, revelaba en sus memorias, publicadas con el título *Ne jamais désespérer*,[35] que el Vaticano lo había excluido de los once volúmenes de documentos de la época de guerra hechos públicos recientemente, lo que indica que, más de medio siglo después de concluida la guerra, el Vaticano sigue sin reconocer francamente todo lo que sabía acerca de las atrocidades en Croacia y de las primeras medidas de la Solución Final, y de cuándo lo supo.

Las tres cabezas de la Secretaría de Estado vaticana —Maglione, Montini y Tardini— confesaron en más de una ocasión que conocían esas protestas y peticiones de ayuda, pero pese a todo, como Falconi ha probado con abundante documentación, prosiguieron sus entrevistas con Rusinovic y Lobkowicz, siguiendo el invariable modelo de «ataque simulado, escucha paciente y generosa rendición». Así pues, los representantes diplomáticos secretos de Croacia ante la Santa Sede se sentían más que satisfechos de la forma en que se desarrollaban esos exámenes: «Lo arreglé todo —escribía Rusinovic tras una entrevista con Montini— exponiendo

la propaganda enemiga bajo su verdadera luz, y en cuanto a los campos de concentración, le dije que sería mejor que obtuviera esa información de la Delegación Apostólica en Zagreb. [...] Se invitó a periodistas extranjeros a visitar los campos de concentración y [...] cuando los abandonaron declararon que eran del todo adecuados para vivir en ellos y que satisfacían las exigencias higiénicas.» Al final de la entrevista, cuando Rusinovic comentó que ahora había cinco millones de católicos en el país, Montini dijo: «El Santo Padre los ayudará, esté seguro de ello.»[36]

El conocimiento que el Vaticano tenía del verdadero estado de los asuntos croatas a principios de 1942 puede deducirse además de una conversación de Rusinovic con el cardenal francés Eugène Tisserant, experto eslavófilo y ahora hombre de confianza confidente de Pacelli, pese a sus reservas iniciales en el cónclave. «Yo sé —dijo Tisserant al representante croata el 6 de marzo de 1942— que los propios franciscanos, por ejemplo el padre Simic de Knin, han participado en los ataques contra la población ortodoxa, llegando a destruir sus iglesias, como sucedió con la de Banja Luka. Sé que los franciscanos de Bosnia y Herzegovina han actuado de forma abominable, y eso me duele. Tales actos no deben ser cometidos por gente instruida, culta y civilizada, y mucho menos por sacerdotes.»[37] Durante una entrevista posterior, el 27 de mayo del mismo año, Tisserant dijo a Rusinovic que, según las evaluaciones alemanas, «350 000 serbios han desaparecido» y que «en un solo campo de concentración hay 20 000 serbios».[38]

Pacelli, por su parte, no dejó nunca de mostrarse benevolente con los líderes y representantes del régimen de Pavelic. Es significativo un listado de sus audiencias, aparte de las ya mencionadas. En julio de 1941 recibió a un centenar de miembros de la policía croata encabezados por el jefe de policía de Zagreb. El 6 de febrero de 1942 concedió audiencia a un grupo de las juventudes ustachis que se encontraba de visita en Roma. Saludó asimismo a otra representación de las juventudes ustachis en diciembre del mismo año.

Así seguían las cosas en 1943, cuando Pacelli, hablando con Lobkowicz, «expresó su complacencia con la carta personal que había recibido de nuestro Poglavnik [Pavelic]». En otro momento de la conversación, Pacelli confesó que se sentía «disgustado porque a pesar de todo, nadie quiere reconocer al único, real y verda-

dero enemigo de Europa; no se ha iniciado una auténtica cruzada militar común contra el bolchevismo».[39]

¿Pero no había lanzado Hitler esa cruzada en el verano de 1941? En el raciocinio tortuoso de Pacelli sobre el tema del comunismo, el nazismo, Croacia y la evangelización católica del este, comenzamos a comprender —aunque no a perdonar— sus reticencias a condenar las masacres croatas.

La cristiandad oriental y la amenaza comunista, 1941-1945

Cuando Hitler desencadenó el 22 de junio de 1941 la «Operación Barbarossa», nombre en clave de la invasión de la URSS, Pacelli se vio confrontado a un complejo conjunto de esperanzas y temores. Porque aunque su «único, real y verdadero enemigo de Europa» parecía destinado a una inminente derrota en el verano de aquel año, no había manera de saber hasta dónde podía conducir la extensión de la guerra. La posibilidad de que la Unión Soviética se convirtiera en aliada de Gran Bretaña, y con el tiempo de Estados Unidos, enfrentaba al Pontífice a la perspectiva de conceder un apoyo tácito al comunismo en armas. ¿Y qué sucedería si Hitler tropezaba y fracasaba? El Ejército Rojo avanzaría hacia el oeste, anunciándose con ello una nueva era de tinieblas, persecución y destrucción para la cristiandad.

¿Pero y si Hitler salía vencedor y se convertía en el amo de Europa? ¿Estaba Pacelli completamente convencido de que los nazis representaban el menos malo de los dos totalitarismos? Algunos miembros de la curia, como Tisserant, habían creído siempre que el nazismo era la mayor amenaza, y se dice que Pacelli coincidía con esa opinión ya en 1942. «Sí —señalaba a un visitante jesuita—, el peligro comunista existe, pero por el momento el peligro nazi es más serio. Quieren destruir la Iglesia y aplastarla como a un sapo.»[40]

Había otras alternativas, no obstante, en aquella compleja mezcla de posibilidades, incluyendo una oportunidad para la evangelización católica siguiendo la estela de la Wehrmacht en su camino hacia Moscú, e incluso la perspectiva de colmar la antigua grieta entre el catolicismo romano y la ortodoxia oriental. ¿Qué poder espiritual podía surgir de esa nueva y unificada cristiandad, mientras los gigantes totalitarios se agotaban en la guerra?

Para empezar, parecía como si la Wehrmacht estuviera ayudando al proceso de evangelización. Cuando se «liberó» Ucrania en junio de 1941, los documentales y la propaganda impresa concentraron su atención en la restauración de la libertad religiosa en el este. Iglesias utilizadas como museos ateos, almacenes o lugares de reunión, fueron devueltas a su misión religiosa y se evidenciaba un renacimiento religioso generalizado en vísperas de la derrota soviética.

Franz von Papen, el ex vicecanciller católico, había evaluado las oportunidades que se abrían al catolicismo en los nuevos territorios conquistados por Hitler. Envió al Führer un memorándum sobre el tema poco después de la invasión. La respuesta de Hitler, a mediados de julio, no dejaba dudas sobre la inadmisibilidad de tal enfoque. «La idea del "Viejo Jinete" [acerca de] la actividad misionera está absolutamente fuera de lugar —se dice que comentó Hitler—. ¡Al parecer, tendríamos que permitir que todas las confesiones cristianas entraran en Rusia para que allí pudieran entrematarse con sus crucifijos!»[41]

Hitler tenía otros planes. Fue aproximadamente en esa época, a mediados de julio de 1941, cuando declaró: «El cristianismo es la peor calamidad que ha caído sobre la Humanidad. El bolchevismo no es sino el hijo bastardo del cristianismo; ambos son monstruos engendrados por los judíos.»[42] Estaba ya planeando la destrucción de todas las Iglesias. «La guerra llegará a su fin —decía en diciembre— y entonces afrontaré mi última tarea, solventando el problema de la Iglesia. Sólo entonces estará la nación alemana completamente a salvo. [...] En mi juventud tuve una visión: ¡dinamita! Ahora veo que uno no puede enderezarla, hay que cortarla como un miembro gangrenado.»[43]

Así pues, la idea de los invasores alemanes favorables a la religión se evaporó pronto, y el proselitismo católico hacia el este fue enfáticamente rechazado por el propio Hitler. En noviembre de 1941, el Führer dio a conocer a través de Martin Bormann un mandato de que «hasta nueva orden no se publique nada sobre la situación religiosa en la Unión Soviética».[44]

Von Papen viviría lo suficiente para negar que su entusiasmo original por la reevangelización de la Unión Soviética le hubiera sido inspirado por el Vaticano. Sin embargo, en el Vaticano había un departamento para la labor misionera en el este, la Congrega-

ción para las Iglesias Orientales, dirigida por el cardenal Eugène Tisserant. Éste procedía de Lorena y resultaba algo chocante en la curia por su independencia y franqueza. Carlo Falconi lo describe como «un príncipe de la Iglesia, pero con opiniones profanas y preocupaciones terrenales, para quien la política lo era todo y el mundo se dividía en amigos y enemigos. El sacerdote raramente sale a flote, pero cuando lo hace sus palabras queman como acero al rojo vivo».[45] Fue Tisserant quien, en una carta privada al cardenal Emmanuel Suhard fechada en mayo de 1940, declaraba: «Temo que la historia reproche a la Santa Sede haber practicado una política de provecho egoísta y poco más.»[46]

Las actividades de Tisserant en el campo de la evangelización en el este comenzaron a aparecer en las discusiones entre los gerifaltes nazis en julio de 1940. Alfred Rosenberg, dirigente anticatólico del nuevo Ostministerium, prohibió inmediatamente la entrada de misioneros en las áreas «liberadas» del este. Pero fue Reinhard Heydrich, jefe de la Reichssicherheitshauptamt (RSHA; Oficina Principal de Seguridad del Reich), quien dedicó una atención especial a frustrar las intenciones del Vaticano. En un memorándum titulado «Nuevas tácticas en la labor del Vaticano en Rusia», fechado el 2 de julio de 1941, Heydrich explicaba al Ministerio de Asuntos Exteriores que el Vaticano había concebido un nuevo plan, al que llamaba «Plan Tisserant». Con Alemania en guerra contra la Unión Soviética, proseguía, la Santa Sede había decidido concentrar toda su política oriental en Eslovaquia y Croacia. La idea, según Heydrich, consistía en reclutar capellanes supernumerarios, ayudados por sacerdotes españoles e italianos, para acompañar a las unidades que luchaban en el frente oriental. Esos clérigos clandestinos se dedicarían a recopilar información, buscando oportunidades para establecer el catolicismo amparados por el avance alemán. Heydrich concluía: «Es necesario impedir que el catolicismo se convierta en el principal beneficiario de la guerra en la nueva situación que se está creando en el área rusa conquistada con sangre alemana.»[47]

Hitler estaba lo bastante preocupado por la extensión del catolicismo político-religioso en el nuevo *Lebensraum* (espacio vital) del Reich como para emitir dos órdenes, una el 6 de agosto y otra el 6 de octubre, prohibiendo toda actividad de la Iglesia en interés de la población autóctona. Una orden del 6 de septiembre instruía a los comandantes para que informaran al alto mando del ejército acer-

ca de cualesquiera «signos de la activación de la labor del Vaticano en Rusia».[48]

La información de Heydrich era correcta hasta cierto punto, pero la política oriental de Pacelli era más compleja de lo que creían entender los nazis del «Plan Tisserant». De hecho, había existido un plan a largo plazo para introducir el catolicismo en la Unión Soviética, no del cardenal Tisserant, sino de Pío XI, con contribuciones esenciales de Pacelli. La lección de los primeros años veinte, a raíz de un juicio contra dirigentes católicos en Moscú en 1923, era la imposibilidad de pactar con el bolchevismo. Pacelli intentó establecer negociaciones con diplomáticos soviéticos cuando era nuncio en Berlín, pero no consiguió nada. Como hemos relatado anteriormente, se había formado una idea profundamente antagónica del comunismo soviético, o bolchevismo, cuando fue testigo y se vio confrontado al «Terror Rojo» en la nunciatura de Munich en 1919. Su actitud se fue haciendo más amarga e intransigente en los años posteriores, al contemplar la persecución que sufrían los católicos en el «Triángulo Rojo» formado por Rusia, México y España.

En 1925, la mayoría de los obispos del rito latino en la Rusia soviética habían sido expulsados, encarcelados o ejecutados. Ese año, Pío XI envió al jesuita francés Michel D'Herbigny en misión secreta a Rusia, para consagrar como obispos a media docena de curas clandestinos. En su camino hacia Moscú, D'Herbigny se encontró en Berlín con Pacelli, quien le dio algunos consejos y lo consagró como obispo. La misión de d'Herbigny obtuvo un éxito efímero, dado que consiguió consagrar a sus seis obispos rusos clandestinos, pero todos ellos fueron descubiertos y ejecutados.

En 1929, el año en que Pacelli fue nombrado cardenal secretario de Estado, Pío XI fundó una «Comisión para Rusia». Ese mismo año abrió en el territorio vaticano el Colegio Pontifical Ruso, más conocido como «el Russicum», y el Colegio Pontifical Ruteno, en los que se entrenaba a estudiantes para el servicio en la Unión Soviética. También se emplearon secretamente otras instituciones para educar a gente destinada a la misión rusa, entre ellas las abadías de Grotta Ferrata, Chevetogne (Bélgica) y Velehrad (Moravia). Algunas de las órdenes más poderosas de la Iglesia (redentoristas, asuncionistas, jesuitas y clérigos polacos de varias procedencias) desarrollaron sus propios programas dentro de ese esquema de evangelización clandestina de Rusia. Un ejemplo típico del celo

de algunos párrocos ordinarios que se presentaron voluntarios para la misión en Rusia fue el de John Carmel Heenan, entonces a cargo de la parroquia de un distrito londinense y que más tarde se convertiría en cardenal arzobispo de Westminster. Heenan se despidió de su obispo y, sin que éste lo supiera (aunque con la bendición del entonces primado de Westminster, el cardenal Hinsley), partió para Rusia en 1932, disfrazado de comerciante, llevando en sus maletas un crucifijo plegable en el interior de una pluma falsa. Entre muchas otras aventuras, se enamoró de su intérprete y fue finalmente arrestado; más adelante consiguió salir del atolladero y se apresuró a huir en busca de la seguridad de su parroquia en Inglaterra.[49]

Tras la invasión de la Unión Soviética en 1941, sacerdotes del Russicum y del Colegio Ruteno del Vaticano, así como otros voluntarios de Polonia, Hungría, Checoslovaquia y Croacia, se dirigieron al Este. Viajaban como capellanes militares; algunos se disfrazaban de civiles enrolados en el ejército alemán; otros conseguían un puesto de mozo de cuadras, cuidando de los caballos en el Mando de Transporte alemán. Una vez que se encontraban en un área apta para la labor pastoral o misionera, entre el Báltico y el mar Negro, seguían por su cuenta. Los que llegaban a antiguas áreas católicas (ya fueran del rito latino o del oriental) se encontraban con una inmediata y peligrosa demanda, atrayendo a cientos de personas que se habían visto privadas de los sacramentos durante años. La mayoría fueron finalmente detenidos y muertos como desertores o espías, o enviados a campos de concentración. Los apresados por los rusos acabaron en el Gulag. Hasta hoy no existe un recuento detallado de los desaparecidos, encarcelados o ejecutados.[50]

La idea que Heydrich se había hecho del «Plan Tisserant» no alcanzaba pues a apreciar las complejidades de la política de Pacelli con respecto a la evangelización del Este. Un rasgo esencial de esa política era la distinción entre católicos de rito latino y de rito oriental, conocido a veces como bizantino. Estos últimos tenían mucho en común con los cristianos ortodoxos «cismáticos», y en ciertas áreas como Ucrania se permitía a los sacerdotes del rito oriental casarse, como es práctica ordinaria en la Iglesia ortodoxa. La Congregación para las Iglesias Orientales del cardenal Tisserant se ocupaba principalmente de los católicos que seguían esas liturgias pero se sentían en comunión con el Papa. En algunas regiones, los ritos latino y oriental coexistían sin mezclarse, como en Ucrania y en la

nueva Croacia. El «Plan Tisserant» incluía el estímulo al rito oriental católico, proporcionando a esas regiones sacerdotes y libros litúrgicos y catequísticos.

Para Pacelli, no obstante, la nueva situación del rito católico oriental en el Estado Independiente de Croacia significaba un nuevo impulso al ambicioso sueño que los había fascinado, a él y a la curia, en 1913, cuando negociaban el Concordato Serbio: la perspectiva de evangelización bajo los auspicios de ambos ritos, latino y oriental, ambos leales al Pontífice, hacia el este, a través de Rumania hasta Ucrania, y más tarde Rusia, y hacia el sur hasta Grecia. La posibilidad de suscitar conversiones en masa de los ortodoxos «cismáticos», aprovechando su proximidad al rito católico oriental, explica la política indulgente de Pacelli hacia Pavelic y su régimen asesino. Si hubiera combatido con denuncias y excomuniones las conversiones forzosas y las deportaciones y matanzas de Pavelic, la existencia de la cabeza de puente croata hacia el este podría haberse visto en peligro. Paciencia, conciliación y connivencia fueron las opciones que Pacelli obviamente eligió.

Para Pacelli, el ecumenismo tenía un único significado: que los hermanos separados cristianos comprendieran el error de su cisma y regresaran a una unión completa con el Papa y Roma. En 1940, el arzobispo Stepinac había dicho al príncipe regente Pablo de Yugoslavia: «Lo ideal sería que los serbios retornaran a la fe de sus padres, esto es, que inclinaran la cabeza ante el representante de Cristo, el Santo Padre. Así podríamos al fin respirar en los Balcanes, porque el bizantinismo ha desempeñado un papel pavoroso en la historia de esa parte de Europa.»[51] Expresando precisamente ese objetivo en su encíclica *Roma y las Iglesias Orientales* (*Orientalis Ecclesiae decus*, 23 de abril de 1944), Pacelli pedía la desaparición de «los seculares obstáculos» existentes entre las Iglesias romana y oriental, y que «amanezca por fin el día en que haya un solo rebaño en un solo redil, todos obedientes con un solo pensamiento a Jesucristo y a Su Vicario en la tierra». Esa unidad, argumentaba, era tanto más urgente ahora que «los fieles a Cristo deben trabajar juntos en la única Iglesia de Jesucristo, de forma que puedan presentar un frente común, apretado, unido e inconmovible a los crecientes ataques de los enemigos de la religión».[52]

La ambición de Pacelli de evangelizar el este europeo no explica sin embargo su silencio frente al exterminio de la población ju-

día en Croacia, un silencio paralelo a su negativa a hablar de los judíos del resto de Europa. Pero antes de ocuparnos de la actitud de Pacelli con respecto al Holocausto es necesaria una reflexión final sobre los lazos entre el destino del tesoro acaparado por los ustachis durante la guerra y las acciones del Vaticano, cuyas repercusiones nos alcanzan aún hoy.

El oro croata y ODESSA

Las investigaciones llevadas a cabo por los aliados tras la guerra revelan que el tesoro saqueado por los ustachis huidos sumaba unos ochenta millones de dólares, y estaba formado en gran parte por monedas de oro.[53] Las pruebas de colusión del Vaticano con el régimen ustachi incluyen la hospitalidad de una institución religiosa pontifical, y la puesta a su disposición de facilidades de almacenamiento y servicios de depósito seguros para el tesoro ustachi, parte del cual fue robado a las víctimas del exterminio, serbios y judíos.

Durante la guerra, el Colegio de San Girolamo degli Illirici en Roma se convirtió en hogar de los sacerdotes croatas que recibían educación teológica bajo el patrocinio del Vaticano. Luego se convirtió en cuartel general de los ustachis clandestinos de la posguerra, proporcionando a los criminales de guerra croatas pasaportes e identidades falsas para que pudieran eludir la detención por los aliados.[54] La figura dirigente en San Girolamo era el padre Krunoslav Dragonovic, ex profesor de un seminario croata, descrito por los oficiales de inteligencia norteamericanos como el «alter ego» de Pavelic. Dragonovic llegó a Roma en 1943 con el pretexto de trabajar para la Cruz Roja, pero según las fuentes de la inteligencia norteamericana, su verdadero objetivo consistía en coordinar determinadas actividades con los fascistas italianos. Tras la guerra se convirtió en una figura central en la preparación de vías de escape para los antiguos ustachis hacia Sudamérica, principalmente Argentina. Las fuentes de la CIA aseguran que se le permitió almacenar los archivos de la legación ustachi dentro del Vaticano, así como los bienes que los ustachis huidos habían sacado de Croacia.[55] El padre Dragonovic trabajó también con el Cuerpo de Contraespionaje (CIC) del ejército norteamericano para organizar la huida del confidente anticomunista y criminal de guerra nazi Klaus Bar-

bie a Sudamérica.[56] Barbie, como jefe de la Gestapo en Lyon de 1942 a 1944, había torturado y asesinado judíos y miembros de la *résistance* francesa. Durante la guerra fría, el CIC protegió a Barbie y le ayudó a llegar a Bolivia, después de que hubiera vivido bajo la protección de Dragonovic en San Girolamo desde principios de 1946 hasta finales de 1947. Hasta que pasaron unos días de la muerte de Pacelli, a mediados de octubre de 1958, no se expulsó a Dragonovic del Colegio de San Girolamo por órdenes de la Secretaría de Estado vaticana, lo que sugiere que ese sacerdote contó con la protección personal de Pío XII hasta su muerte.[57]

Si se cree a Pacelli en sus afirmaciones de que utilizó la extraterritorialidad de los edificios religiosos como hogares seguros para algunos judíos durante la ocupación alemana de Roma, igualmente se le debe acusar del uso de los mismos edificios como hogares seguros para criminales nazis y ustachis.

No hay pruebas, sin embargo, de que Pacelli y el Vaticano estuvieran implicados en una organización generalmente conocida como ODESSA, de la que se dice que planeó y financió la huida a Sudamérica de varios notorios criminales de guerra nazis. Sí es cierto que figuras como Franz Strangl, comandante del campo de Treblinka, recibieron ayuda (papeles falsos y lugares de ocultamiento en Roma) del obispo Alois Hudal, simpatizante de los nazis. Pero los esfuerzos de notables periodistas por establecer conexiones entre el Vaticano y la reserva de oro nazi no han obtenido fruto.

Gitta Sereny declara en su libro *Into That Darkness* que la existencia de ODESSA «nunca se ha demostrado».[58] Pero insiste en que es importante examinar las motivaciones de ciertos individuos, como monseñor Hudal, quienes se revelaron tan eficaces como una auténtica organización. Tres periodistas británicos (Magnus Linklater, Isabel Hilton y Neal Ascherson) investigaron también la supuesta trama ODESSA en su libro sobre Klaus Barbie, y no lograron reunir suficientes pruebas para demostrar su existencia: «Las investigaciones norteamericanas y británicas condujeron una vez y otra a callejones sin salida.» Algo como ODESSA pudo muy bien haber existido, concluyen los autores, pero «no se ha encontrado ninguna prueba de que fuera una red única y coherente».[59]

15. La santidad de Pío XII

Cuando Pío XII comenzó a recibir información fiable acerca de la Solución Final en la primavera de 1942 reaccionó situándose a la espera de una ocasión que le fuera propicia, pese a las repetidas peticiones de los aliados y de las organizaciones judías de que rompiera su silencio. Dudó hasta el 24 de diciembre, cuando se refirió, al final de una larga alocución radiofónica con motivo de la Navidad, a los «cientos de miles, que sin haber cometido ninguna falta, a veces sólo a causa de su nacionalidad o raza, se ven marcados para la muerte o la extinción gradual».[1] Ésa fue la más larga expresión con que protestó contra la Solución Final, en un momento en que una denuncia clara habría podido cambiar el curso de los acontecimientos.

Los observadores de entonces ofrecieron una serie de razones o motivos que se han repetido a lo largo de los años. Pusilanimidad; indecisión; inclinación pronazi; antisemitismo; prudencia justificable por temor a las consecuencias; deseo de mantenerse imparcial para poder actuar más tarde como pacificador; incertidumbre acerca de la veracidad de las informaciones; miedo a la extensión del comunismo frente al peligro menor del nacionalsocialismo... Pero ¿cómo podemos penetrar a tanta distancia en la conciencia de un Papa tan introvertido? Una opción, para empezar, consiste en examinar —sin sentimentalismos, prejuicios o mal entendida veneración— qué tipo de Papa resultó ser para la Iglesia de su tiempo. Porque su personalidad estaba completamente sumergida en la conciencia de lo que para él significaba ser el Vicario de Cristo en la tierra. Si tenía un programa papal, un plan, ¿cómo evaluó la crisis de la guerra mundial y el régimen de Hitler? ¿Cómo evaluó la Solución Final? Ésas son las preguntas que en definitiva importan para llegar a un veredicto sobre su reacción frente al Holocausto.

Impregnado desde su infancia de la cultura y la historia del papado, consciente de su papabilidad durante los años treinta, Pacelli no se contentó con ser un Papa pasivo que sólo respondía a las presiones de la guerra mundial. Sabemos que en 1942 se afanaba por ser un gran Papa siguiendo un programa. Muchos años después, el cardenal Giuseppe Siri, quien conoció a Pacelli cuando todavía era cardenal secretario de Estado, declaró que Pío XII tenía un gran plan que había meditado mucho antes de convertirse en Papa.[2]

En primer lugar, Pío XII alimentaba una ambición espiritual: aspiraba a la santidad. En segundo lugar, quería profundizar y ampliar el alcance y poder de su puesto en relación con la Iglesia y con el mundo. En tercer lugar, intentaba llevar a cabo una contribución histórica al estudio de las Escrituras y a la reforma litúrgica, los ritos comunes formales de los católicos en todo el mundo. Y en cuarto lugar, estaba decidido, como todos los grandes papas lo habían hecho en el pasado, a dejar su marca física en el lugar; su ambición era excavar la cripta de San Pedro con la esperanza de hallar los huesos del primer obispo de Roma, tarea que puso en manos de su amigo Ludwig Kaas. Tenía un propósito final, además, y era hacer algo especial, espectacular, por la Virgen María.

La primera y la última ambición concernían a su idea personal de lo que debía ser la espiritualidad de un Papa; la segunda y la tercera le llevaron a considerar profundas cuestiones teológicas con importantes consecuencias para la autoridad papal. Así, durante los días más tenebrosos de 1941-1943, las energías y la concentración de Pacelli se dividían entre esas aspiraciones principalmente espirituales y teológicas y sus responsabilidades cotidianas en relación con los acontecimientos bélicos.

La espiritualidad de Pacelli se basaba en toda una vida de piedad individual proclamada en constante oposición a lo profano, a lo terrenal. Pacelli se educó, como hemos dicho, en la *Imitación de Cristo* de Tomás de Kempis. Recogimiento, humildad, interioridad, aquiescencia, pureza, simplicidad, negación de sí mismo, desapego... Ésas eran las cualidades que el propio Pacelli había cultivado desde su infancia. Se veían realzadas por su aspecto ascético: delgado, pálido, parecía en todo momento como si estuviera participando en una ceremonia religiosa. La pose que adoptaba al rezar recordaba la de los santos reproducidos en las vidrieras.

Destacando frente al fondo barroco del Vaticano, su timidez natural y simplicidad lo hacían parecer aún más humilde, mientras que el entusiasmo e interés que ponía en cuanto le decían sus visitantes le revestían de santidad. Según las actas de su beatificación, no durmió mas de cuatro horas ninguna noche en todo su pontificado.[3] Se negaba a sí mismo comodidades o caprichos como el café o la calefacción en lo más crudo del invierno, empleaba muchas horas al día, y durante la noche, en rezar y comunicarse con el Señor, como si se encontrara en la cumbre de una montaña o quizá en la profundidad de una catacumba. Giovanni Montini, el futuro Pablo VI, recordaba cómo Pacelli solía rezar a altas horas de la noche junto a las tumbas de los papas, en la cripta de San Pedro. Y señalaba, maravillado: «Nunca había alcanzado, me parecía, una expresión más conmovedora la comunión de los santos y la genealogía espiritual de los sucesores de Cristo. [...] La Iglesia, esa realidad viva, espiritual y visible, estaba en él más presente que nunca.»[4] *Sucesores de Cristo*, en lugar de *sucesores de San Pedro*; parece un desliz revelador.

Y mientras que otros papas, anteriores y posteriores, han encontrado angustiosa la soledad del papado, a Pacelli parecía agradarle. En él no había ni el menor atisbo de deseo o necesidad de discusiones en grupo con sus pares, de consultas o críticas en cuestiones de relaciones internacionales, y menos en las de la política cotidiana de la Iglesia. Desde su elevada cumbre todo lo veía *sub specie æternitatis*. Los dominios espirituales en los que proclamaba tener su ser eran la verdadera realidad, mientras que «el valle de lágrimas» del mundo le parecía sombrío y efímero, como frecuentemente recordaba a los fieles, mirando a los bandos en lucha como desde gran altura y estableciendo cierta equivalencia entre los beligerantes, aliados y Eje, democracias y Estados totalitarios.

La soledad del papado moderno se consideraba, en aquella época, como un rasgo místico del papel del Papa, nunca como una desventaja o una debilidad. El cardenal Agostino Bea, confesor de Pacelli durante diez años, hablaba de su soledad en términos entusiásticos. Era, decía Bea (quien como Leiber era un jesuita alemán), «fundamentalmente un hombre solitario en su grandeza y su agudo sentido de la responsabilidad, y de esa forma, también, estaba solo en su austeridad y en su vida personal».[5]

La idea que el propio Pacelli se hacía de esa soledad quedó expresada de forma emblemática en una película que encargó sobre

sí mismo en el verano de 1942. En el momento en que comenzaban a llegar al Vaticano las noticias acerca de la Solución Final, él colaboraba con Luigi Gedda, presidente en Italia de la Acción Católica, para hacer una película de una hora que debía distribuirse en todo el mundo, con el título *Pastor Angelicus*, y que describía «la vida cotidiana del Papa y cómo ejemplifica la profecía del monje irlandés Malaquías de que el 262 sucesor de san Pedro sería conocido con el nombre de Pastor Angélico».[6]

La película comienza y concluye enfocando una estatua del buen pastor —Pacelli y/o Cristo— con un cordero sobre sus hombros, y avanza relatando la edificante vida del Pontífice, desde su nacimiento hasta su coronación, seguida por una descripción de su vida cotidiana.[7] Dos breves secuencias de fusiles disparando y un barco que se hunde es todo lo que se ve de la guerra. Hay planos de los funcionarios del Vaticano que administraban la oficina de personas desaparecidas, y hermanitas de la caridad que cuidan heridos. Pero la película se prolonga por los jardines y galerías del Vaticano, los vestíbulos marmóreos, la magnificencia de la basílica de San Pedro. Con el sonido de grandes coros como fondo, todo respira tranquilidad; los monseñores y cardenales, resplandecientes en sus túnicas, doblan la rodilla y se inclinan ante el Sumo Pontífice. En una secuencia, éste se desliza bajo un bosquecillo de viejos olivos, como un espectro blanco y puro, solo, leyendo un documento; sin alzar los ojos entra en la limusina, que en lugar de asiento trasero tiene un trono, mientras el chófer cae de rodillas y hace la señal de la cruz. Saluda a la familia real italiana, y el rey y las princesas expresan su obediencia a quien está por encima de los reyes de este mundo. En otra secuencia saluda a las niñas que hacen la primera comunión llevando lilas en sus manos. La brillante sotana blanca entre los trajes de comunión blancos proclama su mensaje: el Pontífice es la fuente de la pureza. Extiende sus brazos en lo que Tardini llamaba «un gesto de inmolación»; bendice a la multitud que le adora. De madrugada, la luz de su despacho sigue encendida: mientras el Papa en vela se afana permanentemente por servir a la humanidad, todo el mundo duerme.

Era ese sentimiento de abnegación e intemporalidad en un cielo terrestre separado de la corriente de la vida el que seducía a tanta gente. Para unos pocos, por el contrario, menos románticos o quizá menos impresionables, ese imponente carisma no era sino autosu-

gestión del visitante. El escritor John Guest, quien se entrevistó con Pacelli durante la guerra, se sintió desconcertado por «una fragancia que lo llenaba todo» y que emanaba del Pontífice. «No era una fragancia en el sentido terrenal —prosigue Guest—; ni dulce, ni excitante en ningún sentido, sino un aroma fresco, muy limpio. [...] Una especie de delicioso olor del rocío del amanecer, que casi podía describirse como la repentina ausencia de otros olores. [...] Puede que no sea más que imaginación; o quizá una afección nerviosa del olfato causada por el fuerte estímulo de otros sentidos; posiblemente, en fin, sea el genuino y original "olor de santidad".»[8] De hecho, la madre Pasqualina empapaba todos los días las manos y el pañuelo de Pacelli con una loción antiséptica para prevenir el riesgo de contagio de gérmenes que eventualmente pudieran provenir de algún contacto humano.

Ésos eran los signos externos de la piedad del Papa. Lo más extraño es que tan pocos en aquella época percibieran las lentas poses ante el ojo de la lente, o los sospechosos orígenes del sobrenombre de Pastor Angelicus con el que Pacelli gustaba adornarse.[9] Los visitantes casuales en el Vaticano, por otra parte, no sabían nada de la insistencia de Pacelli en que ninguna presencia humana alterara su paseo diario por los jardines (los jardineros debían ocultarse entre los arbustos).

¿Pero cuál era el contenido moral y espiritual que latía bajo esa superficie?

Para la espiritualidad personal y cotidiana de Pacelli era decisiva su devoción a la Virgen María. Al estallar la guerra dedicó una atención especial al culto de Nuestra Señora de Fátima, una supuesta serie de apariciones de María a tres niños en Portugal durante la primera guerra mundial, a las que se asociaron ciertos mensajes y secretos marianos. Una característica central de esos mensajes consistía en que los fieles rezaran a María para evitar el conflicto mundial, la expansión del comunismo y en definitiva la destrucción del mundo en un holocausto por castigo divino. Pío XI había respaldado personalmente las visiones de Fátima, y los dictadores Salazar en Portugal y Franco en España habían impulsado ese culto como enseña de solidaridad fascista capaz de congregar multitudes. Pacelli no sólo le dio crédito (como haría igualmente Juan Pablo II), sino que consideraba que existía un lazo personal y místico en la circunstancia de que hubiera sido elevado al episcopado precisamente el 13 de

mayo de 1917, el día de la primera aparición, que se convirtió en festividad conmemorativa del milagro. En 1940, la única vidente superviviente, que ahora era monja y había tomado el nombre de sor Lucía, escribió a Pacelli pidiéndole, como había ordenado la Virgen, que consagrara Rusia al Inmaculado Corazón de María.

Pacelli esperó hasta el 31 de octubre de 1942 para aludir a ese país y a la Virgen cuando (evitando nombrar a Rusia por su nombre) predicó así en un mensaje radiofónico para Portugal: «A aquellos [...] entre los que no había ni un solo hogar en el que no estuviera presente Tu venerable icono [...] dales la paz y tráelos de nuevo al único redil.»[10]

Finalmente, el 8 de diciembre de 1942 respondió a la petición de sor Lucía, aunque no estrictamente a su carta. Reuniendo a su alrededor cuarenta cardenales en San Pedro, consagró, no a Rusia sino el mundo entero, al Inmaculado Corazón de María (el hecho de que no hubiera seguido al pie de la letra las instrucciones de la carta se consideró más tarde como causa del ampliado poder de la Unión Soviética durante la guerra fría). Más tarde, en 1944, sor Lucía confió a Pacelli el famoso tercer secreto de Fátima, que según se rumorea contiene la fecha de la tercera guerra mundial, y que debía ser abierto por el Papa que reinara en 1960. Pacelli guardó el secreto sellado en un cajón de su mesa de despacho, donde permaneció hasta su muerte. Cuando Juan XXIII recuperó el mensaje en 1960, lo leyó y lo enterró sin comentarios en los archivos del Vaticano, sin hacerlo público.

La importancia del culto de Fátima en el pensamiento de Pacelli es su evocación gnóstica, la idea de una dualidad entre oscuridad y luz más allá del mero «velo de las apariencias», donde reside la divina naturaleza de Dios, la Virgen María, san Miguel y todos los ángeles y santos, a los que se oponen los poderes del Príncipe de las Tinieblas y sus ángeles caídos, «que vagan por el mundo buscando la perdición de las almas», como había establecido León XIII que se rezara al final de cada misa. Lo que ocurra en este mundo nuestro, según ese planteamiento, depende de la intercesión de María ante Su Hijo para doblegar el poder de Satán y que la guerra y la discordia resulten vencidas. Las condiciones de ese apaciguamiento operan sobre la base de las revelaciones marianas sancionadas como auténticas por el Papa, cuyo poder es así paralelo al de María. Desde que Pío IX definiera en 1854, sin requerir la aprobación

episcopal, el dogma de la Inmaculada Concepción de la Bendita Virgen María, en el pensamiento de los papas más recientes ha existido un estrecho lazo entre María y la autoridad papal. En pocas palabras, el despliegue de la historia humana depende, no de la responsabilidad y la acción comunitaria y social, sino de intervenciones milagrosas de María respaldadas por el papado.

Tal visión del mundo coincidía, en algunos aspectos, con otro culto católico reafirmado por los papas de la primera mitad del siglo: el Reinado de Cristo, devoción particularmente popular en tiempos de Pío XI, promovida asimismo en la primera encíclica de Pacelli, *Tinieblas sobre la Tierra*. La segunda guerra mundial, según algunos intérpretes de ese culto, significó el desafío al Reinado de Cristo lanzado por los poderes de Satanás, con lo que se vio temporalmente suspendida la victoriosa supremacía de Cristo.[11] Acorde con ese planteamiento, el Papa tenía la costumbre durante la guerra, según dijo uno de sus sobrinos en los testimonios para la beatificación, de realizar una especie de exorcismo para mantener alejado al diablo que suponía alojado en el alma de Hitler, llevándolo a cabo a altas horas de la noche en su capilla privada, junto a las habitaciones papales.

PACELLI, EL CUERPO MÍSTICO Y EL HOLOCAUSTO

Mientras alimentaba su espiritualidad personal y su apego al culto de María, Pacelli, como sus recientes predecesores, se consideraba a sí mismo protector único del *magisterium*, la enseñanza oficial de la Iglesia transmitida a lo largo de los siglos. Entendido como era en todos los aspectos de la naturaleza e historia de la Iglesia, había dedicado sus años de estudio no a la teología, sino al Derecho Canónico. Entre 1941 y 1943, sin embargo, cuando la guerra arrasaba todos los continentes, comenzó a cavilar larga y profundamente, con la ayuda del teólogo y jesuita belga Sebastian Tromp, de la Universidad Gregoriana, sobre una serie de cuestiones cruciales interrelacionadas: ¿Cómo es más fiel a sí misma la Iglesia? ¿Y cómo sigue siendo Cristo una realidad viva en su interior? ¿Quiénes están en comunión con la Iglesia? ¿Y cómo?

Tales temas se habían planteado ya desde los mismos orígenes de la cristiandad, invocándose para solventarlos potentes metáfo-

ras, como «el Cuerpo Místico de Cristo» y «el Cuerpo Real de Cristo», auténticos símbolos vivientes, que culminaban en el «realismo» del sacrificio de la misa y la «presencia real» de Cristo en el sacramento de la Eucaristía, la ofrenda del pan y el vino, su consagración como cuerpo y sangre de Cristo, y su recepción como Santa Comunión. La decisión de Pacelli de sumergirse en la historia, las Escrituras, y la enorme cantidad de comentarios sobre esas doctrinas en lo peor del conflicto bélico puede parecer una extravagante evasión. Pero como se trataba de ideas de sacrificio —el derramamiento de sangre en beneficio del género humano—, quizá era una respuesta subconsciente a la destrucción del «cuerpo» entero de un pueblo de Dios que tenía lugar en aquellos mismos momentos en Europa. ¿No era el momento de ofrecer solidaridad desde una religión cercana como era la cristiana? De hecho, se constataron fuertes tendencias hacia esa solidaridad dentro del catolicismo.

Cuando el mundo se precipitaba hacia la guerra en los últimos años treinta, un grupo de estudiosos católicos franceses, y en particular el jesuita Henri de Lubac (1896-1991), habían comenzado una importante labor de renovación teológica.[12] Se esforzaron por poner fin a un largo período de prejuicios antimodernistas y antiprotestantes en Francia, al tiempo que combatían el neopaganismo nazi y el antisemitismo. Para ello se remitían a las raíces de la fe cristiana. De Lubac creía que el catolicismo había abandonado la convicción de que la Iglesia se reconoce verdaderamente a sí misma en la celebración de la Eucaristía, la ofrenda y reparto del pan y el vino de la comunión. Creía además que el catolicismo estaba en peligro de perder el sentido de la comunión del género humano, su solidaridad mediante la encarnación de Dios en Jesucristo.

De Lubac intentó en sus escritos anteriores a la guerra convencer a los católicos de que el cristianismo era una religión social. El catolicismo[13] significaba salvación no sólo para los individuos sino para los pueblos. El individuo no podía ser sacrificado en interés de la comunidad, como insistían las ideologías totalitarias, ya que cada persona ha sido creada a imagen de Dios. Pero eso tampoco significaba que uno debiera buscar la presencia de Dios, o que Dios concediera su presencia sólo a través de la adoración privada e individual, o exclusivamente inmerso en el medio de la religión «oficial» institucionalizada.

En su segundo libro, *Corpus Mysticum (El Cuerpo Místico)*,[14] completado en 1938 y con amplia repercusión en los primeros años de la guerra (aunque no se publicó oficialmente hasta 1944), De Lubac dio mayor profundidad a esas ideas en un comentario sobre la Eucaristía y el Cuerpo Místico de la Iglesia. Argumentaba que en el siglo XI se había debilitado el sentimiento de la «presencia real» de Cristo en la comunidad. El pan consagrado se convertía en «presencia real» en virtud de un milagro, y la presencia de Cristo en las comunidades de la Iglesia se había hecho así simbólico y por tanto menos real. El resultado, según De Lubac, había sido un debilitamiento del catolicismo social y un aumento del poder y el control en el rito, como se hacía evidente, por ejemplo, en las procesiones del Corpus Christi.[15]

Esas ideas desafiaban la estructura de poder de la Iglesia Católica del siglo XX, con su énfasis en lo «milagroso», en la piedad popular individual y privatizada, y especialmente en el poder privilegiado del sacerdocio, con el Papa como sumo sacerdote. Sobre todo desafiaba la idea de la Iglesia como estructura de poder organizativo y jurídico. De Lubac, además, alentaba en sus obras la unidad cristiana entre católicos y cristianos no católicos, así como entre el cristianismo y otras religiones, incluyendo el judaísmo.[16] Tales ideas pueden parecer, a esta distancia, abstrusas y apenas relevantes en el contexto de una guerra mundial, pero constituyen de hecho un fondo crucial para la actitud de Pacelli frente a los judíos y el Holocausto.

El 20 de julio de 1943 Pacelli hizo pública su encíclica *Mystici corporis (Acerca del Cuerpo Místico)*, haciéndose eco del título de las tesis de De Lubac.[17] Aunque parecía conceder crédito a algunas de las ideas puestas en circulación por De Lubac y su grupo, el documento constituye, de hecho, una exagerada proclamación del poder papal y de la justificación moral del Papa, junto a una definición de la unidad cristiana que excluye a cuantos no estén en comunión con él. ¿No era acaso la Iglesia más verdadera —decía Pacelli— en razón de su fidelidad al Papa, que no era otro que el Vicario de Cristo en la tierra, y por tanto la cabeza física y viviente del Cuerpo Místico?

La guerra, argumentaba, con sus «odios, animosidades y semillas de discordia», haría volver a los corazones humanos de «las transitorias cosas de este mundo hacia las celestes y eternas». Así,

en todo el mundo, los hijos de Cristo «mirarán al Vicario de Jesucristo como el Padre amante de todos, que con completa imparcialidad y juicio recto, sin dejarse arrastrar por los tempestuosos vientos de las pasiones humanas, dedica su energía a promover y defender la causa de la verdad, la justicia y la caridad».

Aunque parecía respaldar la idea de la humanidad común «llamada a ser salvada», insistía en que sólo puede haber una fe: la que está en comunión con Roma. «El cisma, la herejía, la apostasía —proclamaba—, por su propia naturaleza separan al hombre del Cuerpo de la Iglesia.»[18] Sin embargo, proseguía, en otra reflexión asombrosa para aquella época, «no todo pecado, ni siquiera el más grave, es de esa clase, ni se ven privados de toda vida aquellos que, aunque por sus pecados han perdido la caridad y la divina gracia, y ya no son merecedores por tanto de una recompensa sobrenatural, mantienen sin embargo la fe y la esperanza cristianas». En otras palabras, los católicos, no importa cuán graves sean sus pecados, pueden permanecer tranquilos, convencidos de que siguen formando parte del pueblo de Dios, mientras que quienes se nieguen a prestar fidelidad al Papa, por buenos y decentes que sean, quedarán excluidos. «Es por tanto un peligroso error —concluía— mantener que se puede ser fiel a Cristo como cabeza de la Iglesia sin ser lealmente fiel a su Vicario en la tierra.»

¿Cómo se relacionaban esas ideas teológicas con la más devastadora guerra de la historia de la humanidad? ¿Cómo ligaba Pacelli el potente simbolismo del Cuerpo Místico con el mal del nazismo y sus víctimas? Consciente de la «pesada responsabilidad que descansa sobre Nos», concluye, se veía obligado a hacer un «grave pronunciamiento». «Vemos con profunda aflicción que se inflige a veces la muerte a los deformados, los enfermos mentales, y los que sufren enfermedades hereditarias, con el argumento de que constituyen una carga insoportable para la sociedad; además, esa forma de actuar es saludada por algunos como un descubrimiento realizado por el progreso humano y como conducente al bien común.» La sangre de esas «infelices criaturas, especialmente cercanas a nuestro Redentor porque despiertan lástima, clama al cielo desde la tierra».[19]

No había nada particularmente notable ni valiente en ese «grave» pronunciamiento, que, por otra parte, no mencionaba a los autores nazis de esos crímenes, ya que el obispo alemán Clemens von Galen ya había pronunciado el 5 de agosto de 1941 una denun-

cia mucho más enérgica del «programa de eutanasia» nazi, de la que la RAF había descargado miles de copias por toda Alemania. La peculiar ironía de la situación es, como señala Michael Burleigh en su *Death and Deliverance* («Muerte y liberación») (1994), que si ese programa se había frenado no era debido al sermón de Von Galen, sino porque los recursos mortales disponibles se habían redirigido hacia la Solución Final. Aparte de ese hecho, la preocupación de Pacelli expone elocuentemente, amplifica y atrae la atención hacia su total silencio en ese documento acerca de la vasta atrocidad del Shoah.

La piedad de Pacelli estaba marcada, pues, por una intensa interioridad privada que conjugaba su devoción de tipo gnóstico hacia María y su rechazo a la responsabilidad social en el logro de la redención cristiana. En sus especulaciones doctrinales se distanciaba asimismo de los intentos realizados en su época por sentar unas bases teológicas para el cristianismo social y para la solidaridad de la raza humana. De hecho, su versión de la doctrina del Cuerpo Místico profundizó sus convicciones acerca de la ideología del poder papal y confirmó sus prejuicios de que los no católicos eran ajenos al pueblo de Dios.

En lo más crudo de la guerra, el programa papal de Pacelli, es decir, sus aspiraciones a la santidad y sus intentos de identificar al pueblo de Dios con la fidelidad al Papa, era sobre todo incompatible con un mínimo sentido de la responsabilidad frente a los judíos de Europa, y en identidad común con ellos.

16. Pacelli y el Holocausto

El planteamiento de la Solución Final fue evolucionando durante los tres primeros años de guerra, coincidentes con los tres primeros años del pontificado de Pacelli. Se planeó y comenzó a ejecutarse en secreto, porque el régimen nazi se sentía preocupado, e incluso asustado, por la eventual reacción de la opinión pública. Pero algo tan enorme como un plan para exterminar a un pueblo entero no podía ocultarse mucho tiempo, y Adolf Hitler dejó claras sus intenciones con respecto a los judíos el 3 de enero de 1939: «Si la judería internacional consiguiera —declaró—, en Europa o en cualquier otro lugar, precipitar a las naciones a una guerra mundial, el resultado no sería la bolchevización de Europa y una victoria del judaísmo, sino el exterminio de la raza judía.»[1] A finales de 1941, un mes después del ataque a Rusia del 22 de junio, Reinhard Heydrich recibió la orden de concluir todos los preparativos necesarios para «una solución completa» de la cuestión judía en la esfera de influencia alemana en Europa. En otoño de 1941 todo quedaba dispuesto para algo sin precedentes en la historia: la esclavización sistemática, deportación y exterminio de todo un pueblo.

En septiembre de 1941, Hitler había decretado que todos los judíos alemanes debían llevar la estrella amarilla que ya era obligatoria en Polonia. Ésta tenía un efecto devastador, estigmatizador y desmoralizador sobre los forzados a llevarla, lo que incluía a los judíos convertidos al cristianismo. Los obispos católicos alemanes pidieron a los dirigentes nazis que se excluyera a esos judíos conversos de la medida, pero la Gestapo rechazó la petición. En octubre se produjeron las primeras deportaciones en masa de judíos alemanes hacia el este, lo que llevó de nuevo a los obispos a debatir si no debían exigir un trato distinto para los judíos convertidos al catolicismo; finalmente decidieron no irritar al régimen, ni si-

quiera en defensa de sus propios fieles.[2] Ese mismo mes, funcionarios del Ministerio de los Territorios del Este decidieron el uso de gas venenoso para el exterminio. En noviembre, Goebbels declaró que «no habrá compasión ni lástima por el destino de los judíos. [...] Cada judío es un enemigo».[3]

El 20 de enero de 1942 se celebró una reunión en una villa a orillas del Wansee, un lago en las afueras de Berlín. Estaban presentes quince oficiales de alto rango, presididos por Reinhard Heydrich, quien pidió a todos que cooperaran en la puesta en marcha de «la solución». Tras leer un texto preparado por Eichmann, ordenó que «en el transcurso de la Solución Final, los judíos sean llevados bajo la dirección apropiada y de la manera que convenga al este, para ser utilizados como fuerza de trabajo. Separados por sexos, aquellos que puedan trabajar serán conducidos a esas áreas para construir carreteras, con lo que sin duda su número se reducirá en gran medida debido a la selección natural».[4]

De acuerdo con las estadísticas preparadas por Eichmann para la conferencia, debían «desaparecer» once millones de judíos, incluyendo los que vivían en países aún no conquistados. Con respecto a Croacia, el Estado católico que gozaba de tan alta estimación de Pacelli, se dijo que en él ya no había problema, y que «las cuestiones esenciales ya se han resuelto». Eichmann debía dirigir las operaciones de la Solución Final desde su cuartel general en Berlín, y sus representantes viajarían a todas las capitales ocupadas, informando acerca de cada deportación conforme fuera planificada y ejecutada.

Las deportaciones comenzaron en marzo de 1942 y prosiguieron hasta 1944. Se diseñaron y dotaron de personal campos de la muerte en áreas apartadas de la antigua Polonia: Auschwitz-Birkenau, Treblinka, Belzac, Sobibor, Chelmno y Majdanek. El transporte se convirtió en una prioridad con una compleja burocracia de horarios, vagones de ferrocarril, cambios de vía y asignación de guardias. Se enviaron representantes de Eichmann, con ese propósito, a Francia, Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Noruega, Rumania, Grecia, Bulgaria, Hungría, Polonia y Checoslovaquia.

Al terminar la guerra habían perecido unos seis millones de judíos.

La Solución Final constituyó una prueba sin precedentes para la fe cristiana, religión basada en la idea de *ágape*, el amor que concede a cada individuo, sin diferencias, igual respeto por ser todos hijos de Dios; el amor que, como había declarado Pacelli en su pri-

mera encíclica de 1941, citando el pronunciamiento de san Pablo sobre la universalidad cristiana, no discrimina entre «griegos o judíos, circuncisos o no circuncisos, bárbaros, escitas, sometidos o libres; porque Cristo está en todos y lo es todo». Los cristianos se vieron así confrontados a un reto moral histórico ¿No era acaso un claro deber cristiano protestar y oponerse al exterminio de los judíos, fueran cuales fueran las consecuencias?

El cristianismo, y en particular el catolicismo, contaba con una larga historia de antijudaísmo sobre bases religiosas, que no se había mitigado en absoluto en el siglo XX. Pero no formaba parte de la cultura católica perseguir a judíos sobre la base de la ideología racista hitleriana, y menos aún consentir el exterminio de la raza judía en su totalidad. Sin embargo, el catolicismo aparecía ligado al nacionalismo de derechas, corporativismo y fascismo que practicaba el antisemitismo o era cómplice del antisemitismo por motivos raciales. Prácticamente, todos los dictadores de derechas de la época habían nacido y se habían educado como católicos, en particular Hitler, Horthy, Franco, Pétain, Mussolini, Pavelic y Tiso (que era sacerdote católico). Había aislados pero significativos ejemplos de obispos católicos que expresaban opiniones antisemitas incluso cuando la persecución contra los judíos iba cobrando fuerza en Alemania a mediados de los años treinta. En 1936, por ejemplo, el cardenal Hlond, primado de Polonia, opinaba: «Habrá problema judío mientra siga habiendo judíos.»[5] Pío XI había repudiado tardíamente el racismo en su famosa encíclica *Mit brennender Sorge* de 1937, pero aun en ese mismo texto, como hemos visto, quedaba un antijudaísmo residual. Pese a las claras directrices del Pontífice, los obispos eslovacos, por poner un ejemplo, hicieron pública una carta pastoral que repetía las tradicionales acusaciones al «deicida pueblo judío».[6] Había rastros de antijudaísmo, e incluso de antisemitismo, en el propio corazón del Vaticano. El teólogo neotomista Garrigou-Lagrange, de la Orden de Predicadores, consejero teológico de Pacelli y al mismo tiempo entusiasta partidario de Pétain, y amigo íntimo del embajador de Vichy ante la Santa Sede, en un infame mensaje dijo a su gobierno que la Santa Sede no objetaba la legislación antijudía de Vichy e incluso proporcionó al respecto citas de santo Tomás recopiladas por los neotomistas romanos.[7]

¿Pero cómo se situaba Pacelli, ahora aclamado y autoproclamado como Vicario de Cristo en la tierra, frente a la cuestión de la persecución, deportación y destrucción de los judíos?

A lo largo de 1942, Pacelli recibió un flujo continuo de informaciones fiables acerca de los detalles de la Solución Final. No llegaron todas a la vez, sino poco a poco. Al mismo tiempo se veía obligado a escuchar las crecientes peticiones desde todo el mundo para que pronunciara una clara denuncia de la situación.

El 9 de febrero de 1942, justo veinte días después de la Conferencia del Wannsee, Hitler vomitó un histérico discurso por radio, declarando: «¡Los judíos serán liquidados para al menos mil años!» Ese discurso, editado por el diario romano *Il Messagero*, atrajo la atención de Osborne, el embajador británico ante la Santa Sede, y del cardenal secretario de Estado, Maglione, quien comentó a Osborne el nuevo arrebato de Hitler contra los judíos.[8] La historia de los intentos de Osborne en el Vaticano para conseguir que Pacelli hablara proporciona una perspectiva ideal para seguir el curso del conocimiento que éste tenía de los acontecimientos, y el de sus reacciones.

El 18 de marzo de 1942, el Vaticano recibió el memorándum de Richard Lichteim y Gerhard Riegner, enviado por medio del nuncio en Berna, que ofrecía una visión general de las violentas medidas antisemitas que se estaban adoptando en Eslovaquia, Croacia, Hungría y la Francia no ocupada. El alegato centraba su atención en los países católicos, en los que el Papa tenía mayor influencia. Aparte de una intervención en el caso de Eslovaquia, donde el presidente era monseñor Josef Tirso, no hubo otras reacciones, por lo que puede deducirse de los propios documentos del Vaticano, salvo moderadas iniciativas locales del nuncio en Francia.[9]

Durante ese mismo mes llegaron al Vaticano informes desde varias fuentes de la Europa del Este, describiendo la suerte de unos noventa mil judíos, entre los que había un gran número de «bautizados», que habían sido enviados a los campos de concentración de Polonia.[10] El nuncio en Bratislava comentaba que esa deportación equivalía a la muerte para la mayoría.

Durante la primavera de 1942, el mundo fue cobrando conciencia de la política nazi de asesinar a los rehenes capturados en los territorios ocupados como represalia por los ataques de los partisanos. Se trataba de algo bien conocido en el Vaticano, ya que los nazis se encargaban de proclamarlo para disuadir de nuevos ata-

ques. Osborne mantenía un registro de esos hechos, que iba notificando al Papa, y el 21 de abril escribió a su amiga mistress Bridget McEwan: «Como ayer era el cumpleaños de Hitler, me puse una corbata negra en recuerdo de los millones de personas que ha matado y torturado.» Ese mismo día mencionó al cardenal Maglione la teoría de que «Hitler y sus diabólicas obras pueden representar el proceso de arrojar al diablo del subconsciente de la raza alemana», y que «puede que cuando ese doloroso proceso concluya, se conviertan en miembros decentes de la sociedad de las naciones». Maglione, sin embargo, «pareció descartarlo indulgentemente como un desatino infantil».[11]

Las atrocidades cometidas con los rehenes llegaron a un punto álgido cuando Reinhard Heydrich, el estratega de la Solución Final, fue asesinado en Praga por dos miembros de la resistencia checa llegados desde Gran Bretaña. Diez mil personas fueron detenidas y mil trescientas de ellas asesinadas. Los días 9 y 10 de junio, el pueblo de Lidice, al que se consideró responsable por dar refugio a los ejecutores de Heydrich, fue destruido, matando a todos sus hombres y muchachos.

Al día siguiente, Osborne escribió a mistress McEwan: «Me han hecho saber que S. S. [Su Santidad] tiene bastante mala fama en el F. O. [el Foreign Office] y, me atrevo a decir, entre el pueblo británico. En gran medida es culpa suya, pero tampoco del todo, porque es como es. Me da pena, pero creo que hay mucho que decir en su favor.»[12]

Esta observación refleja adecuadamente el deterioro de la reputación de Pacelli en Gran Bretaña como consecuencia de su silencio, y al mismo tiempo la ambivalencia con que lo juzgaban quienes vivían junto a él en el Vaticano. Dos días más tarde, Osborne se sentía menos ambivalente cuando vio bajo las habitaciones del Papa a una multitud de niños de primera comunión que le esperaban. Era una «visión encantadora», concedía Osborne en su diario, «pero desgraciadamente el liderazgo moral del mundo no estriba en conceder audiencias a masas de comulgantes italianos». Adolf Hitler, reflexionaba Osborne, «precisa algo más que la benevolencia del Pastor Angelicus, y el liderazgo moral no se ejerce escuchando a esos niños recitar descuidadamente los Mandamientos».[13]

Cuando Estados Unidos entró en guerra en diciembre de 1941, después del bombardeo japonés de Pearl Harbor, Washington pi-

dió a su consejero en la embajada en Roma, Harold Tittmann, que se alojara en el Vaticano como lo hacía Osborne. El Vaticano ofreció al principio cierta resistencia, pero tras una prolongada controversia diplomática, Tittmann obtuvo la oportuna acreditación el 2 de mayo de 1942, y ahí comenzó una relación diplomática sin precedentes entre la Santa Sede y Washington.

Desde ese momento, Osborne y Tittmann mantuvieron muchas conversaciones, de las que aparecen referencias en su correspondencia oficial, acerca de la actitud de Pacelli. Osbòrne, según Tittmann, declaraba que el Papa era bastante impopular en Gran Bretaña y que su gobierno estaba convencido de que el Pontífice estaba protegiendo su futuro ante la eventualidad de una victoria del Eje. El 16 de junio de 1942, Tittmann envió un informe a Washington en el que expresaba su opinión de que Pacelli estaba ocultando la cabeza como un avestruz en las preocupaciones puramente religiosas, y que la autoridad moral que Pío XI había ganado para el papado se estaba erosionando. Le había pedido al cardenal Maglione que se denunciaran las represalias adoptadas por la muerte de Heydrich, pero el secretario de Estado movió la cabeza, señalando que eso sólo empeoraría las cosas.[14] Tittmann acabó repitiéndose una vez más su teoría acerca de la inercia y silencio de Pacelli: que éste prefería enojar a sus amigos antes que a sus enemigos, ya que los amigos estarían mejor dispuestos a perdonarle sus pecados de omisión. La impresión que cabe deducir es que el cuerpo diplomático acreditado en el Vaticano estaba desconcertado por el comportamiento de Pacelli, buscando en vano una explicación.

La última semana de ese mes, junio de 1942, la situación de los judíos en la Europa nazi (de los cuales habían muerto ya un millón en ese momento) se convirtió en tema estrella de la prensa y la radio en todo el mundo. El primer periódico en informar que los judíos no sólo estaban siendo perseguidos sino exterminados fue el londinense *Daily Telegraph*, que incluyó en sus páginas una serie destacada de artículos. El primero, del 25 de junio, afirmaba: «Más de 700 000 judíos polacos han sido asesinados por los alemanes en las mayores matanzas de la historia del mundo.» Basándose en un informe enviado secretamente a Samuel Zygilebojm, representante judío en el Consejo Nacional polaco, aseguraba que los asesinatos se estaban llevando a cabo utilizando gas venenoso. Zygilebojm se suicidó más tarde, a raíz de lo que consideraba indiferencia de Oc-

cidente. Un segundo artículo, que apareció el 30 de junio, llevaba el siguiente titular: «MÁS DE 100 000 JUDÍOS ASESINADOS EN EUROPA», y aseguraba que los nazis tenían la intención de «borrar la raza [judía] del continente europeo.» Ambos artículos fueron leídos en la BBC, y así llegaron hasta el Papa vía Osborne. El *New York Times* los reprodujo el 30 de junio y el 2 de julio, lo que condujo a una manifestación de protesta en el Madison Square Garden de Nueva York el 21 de julio. En ese momento, aproximadamente, tres judíos huidos traían a Occidente detallada información sobre los campos de la muerte polacos; su relato también apareció en los periódicos norteamericanos.

Durante la última semana de julio, Osborne, Tittmann y el embajador brasileño Pinto Accioly se pusieron de acuerdo en un plan para inducir a Pacelli a hablar. Dos días después, Osborne anotaba en su diario: «Estoy convencido de que, si fuera posible, derrocharía su simpatía sobre otros pueblos. ¿Por qué, entonces, no denuncia las atrocidades alemanas contra la población de los países ocupados?»

El historiador Owen Chadwick duda que, pese a ese flujo de información, Pacelli se hiciera una composición de lugar precisa acerca de la suerte de los judíos, y sugiere que el propio Osborne manifestaba sus dudas acerca de los informes recibidos.[15] Las cartas recientemente descubiertas de Osborne, escritas desde el interior del Vaticano, nos dicen algo muy diferente. El 31 de julio de 1942 escribía lo siguiente a mistress McEwan:

> ¿Recuerda usted su última carta, al menos la última que yo he recibido, con su diatriba contra el silencio del Vaticano frente a las atrocidades alemanas en los países ocupados? Eso es exactamente lo que yo siento, y vengo diciendo, y lo que otros vienen diciendo, y está tan admirablemente expresado [en su carta] que voy a enviar una copia de ella al Papa. Espero que no lo considere un abuso de confianza. Le diré que procede de una amiga mía católica y que la creo representativa de la opinión pública británica, *tanto* protestante *como* católica. Personalmente estoy de acuerdo con cada una de sus palabras, y he dicho lo mismo en el Vaticano. Es muy triste. El hecho es que la autoridad moral de la Santa Sede, que Pío XI y sus predecesores habían convertido en una potencia mundial, se ve ahora tristemente reducida. Sospecho que S. S. [Su Santidad] espera desempeñar un gran papel

como pacificador y que es en parte por esa razón por lo que trata de mantener una posición de neutralidad entre ambos bandos beligerantes. Pero, como usted dice, los crímenes alemanes no tienen nada que ver con la neutralidad [...] y el hecho es que el silencio del Papa va contra su propósito, porque está destruyendo sus posibilidades de contribuir a la paz. Mientras, descarga su frustración apareciendo como Pastor Angelicus, agotándose y minando su propia moral. Es una verdadera pena que ese monje irlandés, Malaquías, ¿no?, llamara «Pastor Angelicus» al 262 Papa. Si lo hubiera llamado «Leo Furibundus» [León Furioso], las cosas podrían haber sido muy diferentes. Están filmando una película aquí, para su distribución en todo el mundo, que se llamará *Pastor Angelicus*. No puedo decirle cuánto lo siento. Es como publicidad de Hollywood.[16]

El historiador Chadwick conocía la existencia de la carta de mistress McEwan, puesto que el diario de Osborne la menciona. Pero en sus sistemáticos intentos de exonerar a Pacelli, duda que el Papa llegara a verla. «No hay pruebas —nos dice— de que [Osborne] mostrara la carta al Papa.» El 25 de agosto, sin embargo, Osborne volvió a escribir a mistress McEwan, diciéndole que había mostrado su carta al Papa, o más exactamente lo que él llamaba un «extracto con ciertos cortes de ella», añadiendo que se sentía ligeramente culpable de ello, «pero usted expresaba tan admirablemente lo que muchos de nosotros sentimos y lo que es tan deseable que oiga desde tantas voces como sea posible...»[17] En la misma carta, Osborne escribía que el Papa, en su audiencia pública, había «ofrecido tres largas y elocuentes, pero para mí muy tediosas, lecciones acerca de las relaciones entre amo y sirvientes. Se podía pensar que las relaciones entre los ocupantes alemanes y las poblaciones de los países ocupados ofrecían un tema más adecuado y de más apremiante discusión y consejo».

Al mes siguiente, Osborne confirmó de nuevo que había mostrado la carta al Papa, pero sin recibir respuesta. «Tuve una audiencia la semana pasada. [...] Observé que el Papa parecía más viejo y delgado, y más cansado, que la última vez que lo había visto. [...] Estuvo tan sencillo y amistoso como siempre, y pasamos levemente sobre las cuestiones delicadas, sin hacer mención del extracto de su carta. Espero que le hayamos quitado de la cabeza la idea de una conferencia de paz para otoño.»[18] De hecho, Pacelli tardaría toda-

vía un año en admitir que había leído el extracto de la carta de mistress McEwan: «Se refirió a su carta, la que yo le había enviado, y en la que usted pedía que hablara más claramente.»[19]

Mientras, las deportaciones habían comenzado también en Francia y Holanda. Los días 16 y 17 de julio de 1942, el Vélodrome d'Hiver, en París, se convirtió en centro intermitente de internamiento para las familias judías detenidas. De allí se las conducía a Drancy, suburbio al nordeste de París, utilizado como antecámara de Auschwitz. El objetivo último consistía en reunir a los 28 000 judíos de la gran área parisina, tarea que debían realizar nueve mil policías franceses. En aquella redada sólo se consiguió alcanzar la mitad del objetivo, 12 884 judíos, lo que significaba un fracaso desde el punto de vista alemán. Las víctimas, al parecer, permanecían aturdidas e incrédulas hasta el último momento. Pero según algunas fuentes, hubo más de un centenar de suicidios durante la redada y en los días subsiguientes.[20]

A lo largo del verano de 1942, unos cinco mil judíos holandeses fueron deportados a los campos de concentración. Ciertos informes del exterminio llegaron a Holanda a pesar del embargo nazi de los medios de comunicación. Sin embargo, al igual que en Francia, persistía un trágico optimismo en cuanto al destino final de los deportados, lo que exigía una iniciativa importante por parte de alguna voz moralmente autorizada, con alcance considerable. El silencio de Pacelli, en lugar de lanzar una llamada de advertencia a los judíos de Europa, una vez que se conocía la enormidad de la carnicería, no debe subestimarse. La cuestión ha sido resumida así por Guenter Lewy:

> Una denuncia pública de los asesinatos en masa por Pío XII, emitida desde la radio vaticana y leída desde los púlpitos por los obispos, habría revelado a los judíos e igualmente a los cristianos lo que significaba la deportación al este. Habrían creído al Papa, mientras que a las emisiones radiofónicas de los aliados se les quitaba importancia, considerándolas como propaganda de guerra.[21]

En Holanda, los obispos católicos se pusieron de acuerdo con las Iglesias protestantes para enviar un telegrama de protesta contra las deportaciones de judíos. Lo enviaron al *Reichskommissar* alemán, amenazando con una protesta generalizada de los cristia-

nos. Como respuesta, los nazis ofrecieron exceptuar de las deportaciones a los judíos cristianos (pero sólo a los que se habían convertido antes de 1941), con tal que las Iglesias permanecieran calladas. La Iglesia Reformada Holandesa aceptó, pero el arzobispo católico de Utrecht rechazó el trato e hizo pública una carta pastoral con una denuncia clara, para que se leyera en todas las iglesias. Como represalia, los alemanes reunieron y deportaron a todos los judíos católicos que pudieron encontrar, incluida Edith Stein, la filósofa carmelita judía que había pedido a Pío XI que hiciera un pronunciamiento urgente contra el antisemitismo en la primavera de 1933. Stein murió, como sabemos, en Auschwitz.

En los testimonios para la beatificación de Pío XII se exculpa su comportamiento, arguyendo que lo sucedido en Holanda empujó a Pacelli a adoptar la irrevocable decisión de no hablar contra las deportaciones nazis. La madre Pasqualina dijo al tribunal de beatificación que el Papa había escrito un documento «condenando el obrar de Hitler» cuando le llegaron noticias de los «cuarenta mil» judíos holandeses muertos por órdenes de Hitler tras la carta pastoral del arzobispo. «Recuerdo —dijo— que el Santo Padre entró a la cocina un día a la hora del almuerzo, llevando consigo dos hojas de papel llenas de su menuda letra. "Contienen —dijo— mi protesta contra la cruel persecución de los judíos, e iba a publicarla en *L'Osservatore* esta noche. Pero ahora sé que si la carta del obispo le ha costado la vida a 40 000 personas, la mía, cuyo tono es aún más enérgico, puede costarle la vida a 200 000 judíos. No puedo asumir una responsabilidad tan grave. Es mejor permanecer en silencio ante el público y hacer en privado lo que sea posible."»[22] La madre Pasqualina aseguraba que Montini había dicho que, puesto que en cualquier momento se podía producir una invasión del Vaticano, lo mejor era no dejar documentos rondando por ahí. «Recuerdo —dijo— que no salió de la cocina hasta haber destruido completamente el documento.»

No hay pruebas, sin embargo, de que cuarenta mil católicos judíos fueran detenidos como consecuencia de la protesta del arzobispo holandés. La investigación más reciente y cuidadosa sobre la cuestión, realizada en Holanda por un equipo que trabajaba para el productor de la BBC Jonathan Lewis, concluye que el número de detenidos y deportados no superó en total los noventa y dos judíos convertidos al catolicismo.[23] De hecho, hasta el 14 de septiembre de 1942, el número total de judíos deportados desde Holanda era

de 20 588, según las cifras publicadas por Martin Gilbert.[24] Lo más importante acerca del ligeramente ridículo episodio de la cocina, y el discurso que supuestamente le lanzó Pacelli a su ama de llaves, es que se ha convertido en coartada incluso para sus defensores en la actitud del silencio. Si se concede crédito a la historia, es interesante señalar que exageró ante la madre Pasqualina el número de víctimas para defender su silencio, mientras que en otras ocasiones lo subestimaba con el mismo fin, como sucedió en Navidad.

Al mes siguiente comenzó una redada importante en la zona no ocupada de Francia; una vez detenidos, los prisioneros eran llevados a Drancy, como sucedía con los del norte. Los pasajeros que pudieron ser testigos de los vagones de deportados que pasaban por las estaciones contaban horrorizados el hedor que salía de ellos, viéndose agravadas por el calor del verano las condiciones antihigiénicas del transporte. A finales de año habían sido enviados desde Francia hasta Auschwitz unos 42 000 judíos. Como demuestran los documentos hechos públicos por el Vaticano, el nuncio en Francia transmitió al Vaticano informes de cada etapa de la deportación; también intentó conmover a Pétain con la angustia de la Iglesia católica ante aquellas medidas, pero éste le hizo oídos sordos. Y lo que es más importante, Pacelli seguía sin decir nada, ni en público ni en privado. Con motivo del Año Nuevo de 1943, el cardenal Emmanuel Suhard, de París, visitó a Pacelli para discutir con él importantes cuestiones que afectaban a Francia y al Vaticano. Un testigo de esas conversaciones informó que Pacelli «alabó calurosamente la obra del mariscal [Pétain] y mostró gran interés por las acciones gubernamentales que indicaban la afortunada renovación de la vida religiosa en Francia».[25]

Mientras, los diplomáticos que representaban a Francia, Polonia, Brasil, Estados Unidos y Gran Bretaña en el Vaticano decidieron a mediados de septiembre actuar tanto conjunta como separadamente para pedir al Papa que denunciara las atrocidades nazis, mencionando los británicos específicamente el asesinato en masa de judíos. En el párrafo que le correspondía, Osborne escribió: «Una política de silencio con respecto a esos crímenes contra la conciencia del mundo significaría una renuncia al liderazgo moral y la consiguiente atrofia de la influencia y autoridad del Vaticano; y precisamente del mantenimiento y afirmación de tal autoridad depende cualquier perspectiva de una contribución papal al restablecimiento de la paz mundial.»[26]

EL ENVIADO NORTEAMERICANO

Mientras se desarrollaba la iniciativa de los embajadores, el presidente Roosevelt envió un representante personal suyo para pedir a Pacelli que dijera algo claro sobre el exterminio de los judíos. Fue una peligrosa misión, en la que el enviado debía viajar por territorio extranjero. Myron Taylor llegó al Vaticano el 17 de septiembre de 1942, siendo conducido desde el aeropuerto Littario en un automóvil cuyas ventanillas se habían cubierto con papel marrón. Es curioso que Mussolini permitiera entrar en Roma al representante del dirigente máximo de un país con el que estaba en guerra, y los alemanes hicieron saber su descontento. Osborne estaba admirado: «Myron Taylor llegó aquí ayer por la noche, habiendo viajado en clipper desde Nueva York y en avión desde Lisboa hasta Roma. Se trata de un hombre asombroso, y parece haber realizado un viaje como éste sin gran esfuerzo, pese a contar más de sesenta años. Será muy bueno para el Papa.»[27]

Taylor mantuvo su primera entrevista con Pacelli el sábado 19 de septiembre, y trató de hacer ver al Pontífice que los americanos no podían perder la guerra y que se trataba de una cruzada moral contra un régimen gangsteril; traía informaciones recientes acerca de los crímenes de guerra cometidos por los alemanes en la Europa ocupada, especialmente en Francia. Uno de sus objetivos consistía en anticiparse a cualesquiera iniciativas que Pacelli pudiera estar adoptando para llegar a un compromiso de paz: «Hay razones para creer —le dijo al Papa— que nuestros enemigos del Eje podrían pedir en un próximo futuro a la Santa Sede, por canales tortuosos, que respaldara proposiciones de paz sin vencedores ni vencidos.»[28] Pero su misión principal era la de pedir al Papa que saliera de su silencio, y con ese fin le aseguraba que Norteamérica estaba del lado de la razón: «Puesto que sabemos que tenemos razón, y como tenemos confianza plena en nuestra fuerza, estamos decididos a seguir adelante hasta que alcancemos una victoria completa.»[29]

En posteriores encuentros con Tardini y Maglione, Taylor siguió martilleando con la necesidad de un pronunciamiento papal. Las notas de Tardini registran que «mister Taylor habló de la oportunidad y necesidad de una declaración del Papa contra las enormes atrocidades cometidas por los alemanes. Dijo que la gente está esperando en todas partes esa declaración. Yo asentí con un suspi-

ro, como quien sabe demasiado bien lo acertado de lo que le están diciendo. Le dije que el Papa ya había hablado varias veces para condenar los crímenes, quienquiera que fuera su autor. [...] Taylor dijo entonces: "No estaría de más que lo repitiera"».[30] Es significativo que en esa fase de la guerra, ni Pacelli ni Maglione consideraran un problema la comunicación con el mundo exterior. Evidentemente, los aliados se habrían encargado de que un importante mensaje papal llegara a todas partes.

Durante su última entrevista con Maglione, Taylor volvió a plantear la importancia de que Pío XII se pronunciara con claridad. El monseñor norteamericano que tomaba notas del encuentro escribió: «Mister Taylor dijo que existía, tanto en América como en Europa, la impresión general —y dijo que no podía equivocarse al informar sobre esa impresión— de que era necesario que el Papa denunciara ahora de nuevo el trato inhumano a los refugiados, rehenes y sobre todo a los judíos en los países ocupados. No sólo los católicos querían que el Papa hablara, sino también los protestantes. El cardenal Maglione replicó que la Santa Sede trabaja sin descanso tratando de ayudar a los que sufren.»[31] La última palabra de Maglione al respecto fue que en la primera oportunidad que se le presentara, el Papa «no dejaría de expresar de nuevo su pensamiento con claridad».

Al final de la visita de Taylor, sin embargo, Pacelli ofreció una respuesta formularia que ilustra la profundidad de su intransigencia. En primer lugar, estaba decidido a mantener que *ya* había hablado claramente y con gran fuerza moral, y merecía reconocimiento por haberlo hecho. Segundo, no estaba dispuesto a establecer distinciones entre los supuestos méritos morales de los distintos beligerantes: «La Santa Sede siempre ha estado muy preocupada, y sigue estándolo, con un corazón lleno de permanente solicitud, por el destino de las poblaciones civiles indefensas contra las agresiones de la guerra. Desde que estalló el presente conflicto no ha pasado un año sin que Nos dirigiéramos en Nuestros pronunciamientos públicos a todos los beligerantes (hombres que también tienen corazones humanos moldeados por el amor de una madre) pidiéndoles que mostraran piedad y caridad por los sufrimientos de los civiles, las mujeres y niños desamparados, por los enfermos y los ancianos, sobre los que cae, desde el inocente cielo, una lluvia de terror, fuego, destrucción y desolación. Nuestro llamamiento ha en-

contrado poca atención.»[32] Ni una palabra acerca de los judíos, ni tampoco de la Alemania nazi.

Mientras Myron Taylor estaba todavía en el Vaticano llegaban noticias de la destrucción del gueto de Varsovia y el exterminio de sus habitantes. La información llegó a través de dos testigos oculares a la agencia judía en Palestina, de allí a Ginebra, y desde Ginebra a Washington, que la remitió a Taylor, y éste a su vez la dio a conocer al Papa. A partir de ahí, silencio.

Entretanto, los aliados conseguían éxitos militares en varios de los más importantes teatros de la guerra: la humillación alemana ante Stalingrado, las noticias de El Alamein, los desembarcos norteamericanos en África del norte... pero Pacelli seguía evasivo. «El Papa sigue reflexionando —escribía Osborne al secretario británico del Foreign Office, Anthony Eden, en la primera semana de noviembre—. Dudo que vaya a decir algo.»[33]

Las postrimerías de 1942 hallaron a Pacelli trabajando duramente para impedir el bombardeo de Roma, tanto que Osborne confió esto a su diario el 13 de diciembre: «Cuanto más pienso en ello, más me indigna, por un lado, la matanza nazi de la raza judía, y por otro, la al parecer exclusiva preocupación del Vaticano por [...] la posibilidad del bombardeo de Roma.» Concluía que «todo el equipo se ha vuelto italiano».[34] Pocos días después, escribió al cardenal secretario de Estado que el Vaticano, «en lugar de pensar exclusivamente en el bombardeo de Roma, debería considerar sus deberes con respecto al crimen sin precedentes contra la Humanidad que representa la campaña hitleriana de exterminio de los judíos».[35] A lo largo de octubre habían ido llegando peticiones de las comunidades y organizaciones judías del mundo entero. Entre ellas estaban los detallados informes del testigo ocular Jan Karski, que había vivido en el gueto de Varsovia y en el campo de la muerte de Belzac.[36] Pacelli había dicho a Montini que respondiera a esas peticiones diciendo que la Santa Sede estaba haciendo cuanto podía.

El 18 de diciembre, Osborne hizo llegar a Tardini un dossier repleto de información acerca de las deportaciones y exterminio en masa de judíos con la esperanza de influir a Pacelli y que éste hiciera una clara denuncia en su sermón de Navidad radiado a todo el mundo. Cuando Tardini recogió el dossier de manos de Osborne, comentó que «el Papa no podía ponerse del lado de uno de los contendientes». La rabia de Osborne encontró reflejo en las páginas de

su diario: «Su Santidad se aferra con todas sus fuerzas a lo que considera una política de neutralidad, incluso frente a los peores ultrajes contra Dios y el hombre, porque espera poder desempeñar un papel en la restauración de la paz. No ve que ese silencio está dañando gravemente a la Santa Sede y destruye cualquier posibilidad de que se le escuche más tarde.»[37]

Osborne no se rendía. En Londres, Washington y Moscú, los aliados publicaron una declaración conjunta acerca de la persecución de los judíos, y Osborne la trasladó al Papa, pidiéndole que simplemente la respaldara. La respuesta, transmitida a través de Maglione, fue una rotunda negativa. El Papa no podía condenar atrocidades «particulares», ni podía verificar los informes de los aliados acerca del número de judíos asesinados.[38]

El sermón radiofónico de Nochebuena

El 24 de diciembre de 1942, después de confeccionar borrador tras borrador,[39] Pío XII emitió por radio su homilía de Navidad al mundo.[40] Trataba de los Derechos Humanos y de los problemas del individuo en relación con el Estado. Comenzó afirmando que se había llegado a un desequilibrio entre ambos a causa de las «políticas económicas dañinas» de las últimas décadas en las que todo se había «subordinado al beneficio». Esto había conducido a la aminoración del individuo «puesto al servicio del Estado, con exclusión de toda consideración ética y religiosa». En el sermón no había ninguna discriminación, ningún discernimiento ni contraste entre totalitarismo y democracia, socialdemocracia y comunismo, capitalismo del bienestar o de otro tipo. Desde su perspectiva papal, declaraba, lo que le faltaba al mundo era la pacífica ordenación de la sociedad ofrecida por la fidelidad a la Santa Madre Iglesia. La idea que Pacelli se hacía de una sociedad ideal, sin embargo, más allá de las apelaciones al individuo y a la piedad familiar, era un híbrido de panaceas corporativistas y llamamientos a un espíritu «cristiano responsable».[41] Sosteniéndolo todo se situaba como premisa la primacía papal.

Prosiguiendo su largo y seco sermón sobre la doctrina social de la Iglesia, llegó por fin a las atrocidades de la guerra, el momento que el mundo, más allá de la Europa nazi, estaba esperando. La

guerra, dijo, era el resultado de un orden social que «ocultaba una fatal debilidad» y un «desenfrenado apetito de beneficios y poder» (tal vaciedad podía aplicarse, evidentemente, a ambos bandos, Eje y aliados). La iniciativa que el Santo Padre podía ofrecer al mundo en esa coyuntura era rogar por que los hombres de buena voluntad se comprometieran a retrotraer a la sociedad a su inamovible centro de gravedad, la ley divina, y por que todos los hombres se dedicaran al servicio de la persona humana y de una sociedad humana divinamente ennoblecida.

«La humanidad debe ese compromiso —dijo— a los innumerables exiliados a los que el huracán de la guerra ha arrancado de su suelo natal y dispersado en tierras extranjeras, que podrían hacer suyo el lamento del profeta: "Nuestra herencia ha ido a parar a otros, nuestras casas a extranjeros."»

Luego pronunció la famosa afirmación que debía entenderse, según explicó pasada la guerra, como una clara denuncia del exterminio de los judíos por parte de los nazis: *«La humanidad debe ese compromiso a los cientos de miles que, sin haber cometido ninguna falta, a veces sólo a causa de su nacionalidad o raza, se ven marcados para la muerte o la extinción gradual.»*

Ésta fue la más larga expresión con que protestó y denunció, tras un año de ruegos, alientos, argumentaciones y prueba tras prueba, lo que venía sucediendo en Polonia y en toda Europa. Y eso sería todo lo que tenía que decir, protestar y denunciar, hasta que terminó la guerra.

No se trata únicamente de una afirmación misérrima. El abismo entre la enormidad de la liquidación del pueblo judío y esas evasivas palabras es ciertamente chocante. Se podía estar refiriendo a muchas categorías de víctimas de los varios beligerantes en el conflicto. Evidentemente, esa exhibición de ambigüedad estaba destinada a aplacar a quienes le exigían una protesta, sin ofender al régimen nazi. Pero esas consideraciones se ven ensombrecidas por el desmentido implícito y la trivialización. Había reducido los millones de condenados a «cientos de miles» y excluido la palabra judío, con la restricción «a veces sólo a causa...». En ningún momento mencionó el término *nazi* o a la *Alemania nazi.* El propio Hitler no podía desear una reacción más tortuosa e inocua del Vicario de Cristo frente al mayor crimen de toda la historia de la Humanidad.

Quizá el más ajustado comentario sobre la homilía fue el despectivo rechazo con que la acogió Mussolini. El conde Ciano llegó cuando el Duce estaba escuchando la emisión de Nochebuena. «El Vicario de Dios, que representa en la tierra a quien gobierna el universo —se mofó Mussolini—, no debería hablar nunca; debería permanecer sobre las nubes. Es un discurso de lugares comunes que parece preparado por el párroco de Predappio.» Predappio era el pueblo natal de Mussolini.[42]

Harold Tittmann explicó a Washington el 28 de diciembre que «el mensaje no satisface a los círculos que esperaban que esta vez el Papa llamara al pan, pan, y al vino, vino, y se apartara de su práctica habitual de aseverar solemnes generalidades». El Papa aparentó sorpresa cuando Tittmann le expresó personalmente su decepción. El embajador francés preguntó al Papa por qué no había mencionado la palabra *nazi* en su condena, y el Papa le respondió que entonces habría tenido que mencionar también a los comunistas.[43] Podría haber sido más adecuado preguntar por qué no había mencionado la palabra *judíos*. Osborne dijo a Londres que los diplomáticos del Vaticano estaban decepcionados, pero que Pacelli estaba convencido de haber sido «claro y totalizador». A Osborne le dijo personalmente que en ese sermón había condenado la persecución contra los judíos,[44] con lo que entendió que Pacelli no iba nunca a pasar de esas palabras. Kasimir Papée, embajador polaco ante la Santa Sede, concedía que podía apreciarse en el sermón cierta denuncia de las doctrinas totalitarias en general, una vez que se le despojaba de palabrería y retórica; ¿pero donde estaba la palabra *nazi*?[45]

Indiferencia

A Pacelli, como a muchas otras figuras religiosas, le resultaba difícil comprender y responder a la muerte masiva de judíos. La diferencia entre él y otros líderes religiosos era, desde luego, que cientos de millones de personas creían que él era el Vicario de Cristo en la tierra; sobre sus hombros soportaba obligaciones únicas. Pero la magnitud absoluta del horror ponía sus valores y creencias, su idea del mundo, frente a un examen que ningún papa había tenido que pasar en la larga historia de esa institución. Por eso nos vemos obli-

gados a escrutar no sólo a Pacelli el hombre, sino también el papado moderno, esto es, la institución que representaba y que él mismo hizo tanto por moldear y reformar en la primera mitad del siglo. Estamos obligados, de hecho, a preguntarnos no sólo si la institución del papado era inadecuada para el reto que suponía la Solución Final, sino también si de algún modo espantoso se acomodaba a los planes de Hitler desde al menos 1933. ¿Había algo en la moderna ideología del poder papal que empujara a la Santa Sede a aceptar el mal que representaba Hitler en lugar de oponerse a él?

Como hemos visto, Pacelli alentó, como lo habían hecho todos los papas desde Pío IX, una espiritualidad que destacaba el alma sobre el cuerpo, y la suprema importancia de la vida eterna a la que ese alma estaba destinada. Sus sermones y discursos traicionaban un escaso sentido de la historia y del cristianismo social, una desatención a la presencia de Dios en la comunidad, un rechazo a la apertura y respeto a otros credos y culturas. Y todo eso indicaba una estrecha concepción del significado de la vida y la muerte mismas. Si la muerte de un individuo es sólo el paso del alma a través del velo de las apariencias hacia la eternidad, ¿cuál es el precio de la muerte de seis millones de individuos «ajenos», que no forman parte del Cuerpo Místico? La concepción tradicionalista de la Iglesia católica romana, asumida por Pacelli, como por su padre Filippo —tan devoto del librito *Massime eterne* y de las visitas al cementerio—, aparece absolutamente desconcertada frente a lo que le sucedía al pueblo judío. Desconcertante era también su incapacidad para encontrar en el aislamiento de los judíos un paralelo con el Cristo abandonado en Getsemaní, con Cristo solo en el Gólgota. «Solo. Ésa es la palabra clave, la idea obsesiva —escribe Elie Wiesel—. Solo, sin aliados, sin amigos, completa y desesperadamente solo. [...] El mundo sabía y permanecía en silencio. [...] La Humanidad los hacía sufrir, agonizar y perecer solos. Y sin embargo no morían solos, porque algo en todos nosotros moría con ellos.»[46]

La inmensidad del Holocausto dejó estupefactos a muchos devotos cristianos e incluso a algunos dirigentes judíos una vez acabada la guerra. El investigador judío Arthur A. Cohen ha dejado escrito que no pudo hablar de Auschwitz durante muchos años «porque no tenía palabras que expresaran la inmensidad de la herida».[47] La incapacidad de Pacelli para responder a la inmensidad del Holocausto era algo más que una incapacidad personal, era un

fracaso de la propia institución papal y de la cultura predominante en el catolicismo. Ese fracaso estaba implícito en las distancias que el catolicismo había creado y mantenido: entre lo sagrado y lo profano, lo espiritual y lo terrenal, el cuerpo y el alma, el clero y el laicado, la verdad exclusiva del catolicismo frente a todas las demás confesiones y credos. Era una característica esencial de la ideología de Pacelli del poder papal, además, que los católicos abdicaran, como tales, de su responsabilidad social y política por lo que sucedía en el mundo, y dirigieran su atención al Santo Padre, y más allá de él a la eternidad.

Y todavía hay una cuestión más oscura: la que planteaba Guenter Lewy en su ensayo *Commentary* (febrero de 1964); tras un repaso de los documentos y argumentos, escribe: «Finalmente, uno se inclina a concluir que el Papa y sus consejeros, influidos por la larga tradición antisemita tan aceptada en los círculos vaticanos, no contemplaban la suerte adversa de los judíos con una sensación de urgencia e indignación moral.» Y añade, prudentemente: «Para esta afirmación no hay documentación disponible, pero es una conclusión difícil de eludir.»

Pacelli y el antisemitismo

Hasta ahora no había sido posible contar toda la historia de la carrera de Pacelli como diplomático y como cardenal secretario de Estado. El nuevo material con que contamos para este libro revela sin embargo el antijudaísmo contumaz de Pacelli.

Esto es lo que sabemos con certeza acerca de las actitudes políticas y decisiones de Pacelli en relación con los judíos durante más de un cuarto de siglo:

Sentía una secreta antipatía hacia los judíos, evidente desde su estancia en Munich, cuando contaba cuarenta y tres años, y esa antipatía era tanto religiosa como racista, circunstancia que contradice posteriores afirmaciones de que respetaba a los judíos y de que sus acciones y omisiones durante la guerra estaban dictadas por la mejor de las intenciones.

Desde 1917 en adelante, hasta la «encíclica perdida» de 1939, *Humani generis unitas*, Pacelli y el puesto que desempeñaba mostraron una actitud hostil hacia los judíos, basada en la convicción

de que existía un lazo entre el judaísmo y la conjura bolchevique para destruir el cristianismo.

La política concordataria de Pacelli, por lo que sabemos, impedía las potenciales protestas católicas en defensa de los judíos, se hubieran convertido al cristianismo o no, como una cuestión de interferencia «exterior». La potencial admisión a partir del concordato con el Reich de la destrucción del pueblo judío fue reconocida por el propio Hitler en su reunión de gobierno del 14 de julio de 1933.

Aunque públicamente repudió las teorías racistas en la segunda mitad de la década de los treinta, Pacelli se negó a apoyar las protestas del episcopado católico alemán contra el antisemitismo. Tampoco hizo ningún intento de obstaculizar el proceso de colaboración del clero católico en la certificación racial para identificar a los judíos, lo que proporcionó a los nazis informaciones esenciales para su persecución.

Tras la encíclica de Pío XI *Mit brennender Sorge*, Pacelli intentó secretamente mitigar su fuerza ofreciendo privadamente garantías diplomáticas a los alemanes.

A partir de varias pruebas, queda claro que Pacelli creía que los judíos habían provocado la desgracia que caía sobre sus cabezas; la intervención en su defensa podía arrastrar a la Iglesia católica a alianzas con fuerzas (en especial la Unión Soviética) cuya intención última era la destrucción de la Iglesia institucional. Por esta razón, cuando comenzó la guerra, estaba decidido a distanciarse de cualquier llamamiento en defensa de los judíos al nivel de la política internacional. Eso no le impidió dictar instrucciones para aliviar su suerte al nivel de la caridad elemental.

Dado ese fondo, nos vemos obligados a concluir que su silencio tenía más que ver con el habitual miedo y desconfianza hacia los judíos que a cualquier estrategia, diplomacia o pretensión de imparcialidad. Fue perfectamente capaz de apartarse de esa neutralidad cuando Holanda, Luxemburgo y Bélgica fueron invadidas en mayo de 1940. Y cuando los católicos alemanes se quejaron, escribió a sus obispos indicando que neutralidad no era lo mismo que «indiferencia y apatía cuando consideraciones morales y humanas exigen una palabra sincera».[48] En tal caso, ¿es que no merecían las consideraciones morales y humanas involucradas en el asesinato de millones de personas una «palabra sincera»?

La incapacidad de pronunciar una palabra sincera acerca de la Solución Final que se estaba desarrollando proclamaba ante el mundo que el Vicario de Cristo no se dejaba llevar por la compasión ni la ira. Desde ese punto de vista era el Papa ideal para el indecible plan de Hitler. Era el peón de Hitler. Era el Papa de Hitler.

Como hemos visto, la única ruptura de Pacelli del silencio que se había impuesto sobre la liquidación del pueblo judío fue la ambigua frase de la homilía de Navidad de 1942, en la que no pronunció las palabras *judío*, *no-ario*, *alemán* o *nazi.*

La ambigüedad deliberada —el lenguaje diplomático— es comprensible en casos en que la conciencia de un individuo se ve sometida a presiones inconciliables y especialmente en tiempo de guerra, cuando existe una necesidad constante de elegir entre dos males el menor. Incluso si se defiende la homilía de Navidad de Pacelli siguiendo esa línea, dejar a un lado en determinado momento una supuesta obligación no le autoriza a uno a abandonar esa obligación para siempre. El deber original de denunciar la Solución Final siguió existiendo hasta el momento en que la conciencia de Pacelli se vio «liberada» de esas presiones. De hecho, no sólo dejó de explicar y de pedir perdón por sus reticencias, sino que defendió retrospectivamente su superioridad moral por haber hablado francamente.

Dirigiéndose a los delegados del Consejo Supremo del Pueblo Árabe de Palestina, el 3 de agosto de 1943, dijo: «Resulta superfluo que os diga que reprobamos cualquier recurso a la fuerza y a la violencia, venga de donde venga, del mismo modo que condenamos en varias ocasiones en el pasado las persecuciones que un antisemitismo fanático infligía al pueblo hebreo.»[49] Su complicidad en la Solución Final al no pronunciar una condena congrua se agrava por el intento retrospectivo de presentarse a sí mismo como un sincero defensor del pueblo judío. Su grandilocuente autoexculpación de 1946 revelaba que no sólo había sido el Papa ideal para la Solución Final de Hitler, sino que era un hipócrita.

Pero el papado de Pacelli tuvo que pasar por una prueba mucho más inmediata, antes de la liberación de Roma, cuando el Papa era la única autoridad italiana en la ciudad. El 16 de octubre de 1943, tropas alemanas entraron en el gueto de Roma, reunieron a todos los judíos que pudieron encontrar y los llevaron presos al Collegio Militare de la Via della Lungara, al lado mismo del Vaticano. ¿Cómo se comportó entonces Pacelli?

17. Los judíos de Roma

En julio de 1943, los aliados invadieron Sicilia. Pese a los incesantes esfuerzos diplomáticos de Pacelli por hacer de Roma una ciudad abierta, quinientos bombarderos norteamericanos atacaron la capital el 19 de julio, figurando entre sus objetivos los talleres y almacenes del ferrocarril próximos a la Stazione Termini. Cierto número de bombas se desviaron, y quinientos ciudadanos romanos murieron, resultando heridos muchos otros. La iglesia de San Lorenzo, la gran basílica donde Pío Nono había sido enterrado, quedó dañada. Pacelli, acompañado por Montini, se dirigió rápidamente allí, y estuvo durante dos horas con la gente, distribuyendo dinero y consuelo. Arrodillándose entre los escombros, rezó un *De profundis*. Al salir, su larga sotana blanca, según se dijo, estaba cubierta de sangre. Mussolini brilló por su ausencia. El Papa, según parecía, volvía a ser patriarca de Roma.

Tras el bombardeo de Roma, la suerte del Duce estaba echada. Una semana después, el 24 de julio de 1943, el Gran Consejo Fascista, reunido por primera vez desde que comenzó la guerra, destituyó a Mussolini por 19 votos contra 8. El Consejo decidió la restauración de la monarquía constitucional y de un Parlamento democrático, y que las fuerzas armadas quedaran bajo el mando del rey Víctor Manuel III. El partido fascista quedó oficialmente disuelto y el mariscal Pietro Badoglio, que había sido gobernador general de Libia y virrey de Etiopía, y que siempre se había mantenido alejado de Mussolini, formó un gobierno provisional de generales y funcionarios.

El ya ex Duce apareció a la mañana siguiente en su despacho como si nada hubiera pasado, pero por la tarde fue detenido por mandato real en la escalinata de Villa Savoia, tras una audiencia con el rey. Cansado y con el aspecto de un anciano, aunque sólo conta-

ba sesenta años de edad, fue conducido a la cárcel en una ambulancia, y de allí a la isla de Ponza y luego a un islote cercano a Cerdeña, desde donde le trasladaron a un hotel aislado en los Abruzos; pero el 12 de septiembre lo rescató un comando alemán y Hitler lo puso a la cabeza de la república títere de Saló, en el norte de Italia, ocupado por los alemanes.

Badoglio ordenó la prolongación de la guerra, mientras negociaba una paz por separado con los aliados; la demora en llegar a un acuerdo costó sin embargo a Italia un pesado tributo en vidas y sufrimientos. El 13 de octubre de 1943, Italia se unió por fin a los aliados como «co-beligerante», y declaró la guerra a Alemania. Mientras, los ejércitos alemanes se habían introducido en Italia, y el 11 de septiembre ocuparon Roma. El mariscal de campo Albert Kesselring hizo pública una declaración que debía exhibirse en todas las vallas publicitarias de la ciudad, proclamando la ley marcial. Los huelguistas, saboteadores o francotiradores serían ejecutados sin juicio. Se prohibía la correspondencia privada, y se sometían a control y escucha las llamadas telefónicas. Pacelli se encontró soportando la responsabilidad, no sólo de la Iglesia universal, sino de los ciudadanos de Roma, de una forma mucho más directa e inmediata. Y en Roma había una comunidad judía.

Esa comunidad era la más antigua de Europa occidental, remontándose a la diáspora, esto es, 2 082 años atrás. Antes de que hubiera cristianos en Roma, muchas familias judías se habían instalado allí, y allí vivían cuando asesinaron a Julio César. Habían contemplado la decadencia del Imperio romano, los saqueos de los visigodos, los pogromos de la Iglesia tridentina... Se habían visto perseguidos de generación en generación, pero también había habido Papas grandes y santos que los habían protegido y amado como miembros algo especiales de una gran familia.[1] En el siglo VII, Gregorio el Grande se opuso a los intentos de prohibir la liturgia judía. En el XII, Inocencio III puso freno a las conversiones forzadas y a la violación de las tumbas judías. En el XVIII, Benedicto XIV denunció el «libelo sangriento». Pero esas esporádicas gentilezas hacia la antigua comunidad judía no consiguieron erradicar los estigmas impresos en las conciencias cristianas durante siglos, incluida la legislación de los concilios lateranenses medievales, que confiscó el Talmud y obligó a los judíos a llevar distintivos amarillos siglos antes de que los nazis les impusieran la Estrella. Alejandro VI ofre-

ció hospitalidad en la ciudad a los judíos expulsados de España, pero Pablo IV estableció en el siglo XVI el gueto romano. Desde entonces, y durante más de dos siglos, se vieron ritualmente humillados y degradados en el carnaval anual, hasta que pudieron escapar a esa ignominia pagando la totalidad de los gastos de esas festividades. También fue en el siglo XVI cuando Gregorio XIII instituyó la obligatoriedad de los sermones que insultaban al judaísmo. Esa práctica fue abolida, como hemos visto, por Pío Nono, junto con el gueto, pero volvió a restablecerlo tras el colapso de la República romana en 1849, después de hacer que los judíos asumieran el coste financiero de su regreso a Roma. A través de todas esas vicisitudes, y durante dos milenios, los judíos de Roma habían conservado su fe y nunca habían interrumpido la práctica de sus liturgias y escrituras.

El número de judíos en el centro de Roma en la época de la ocupación alemana (1943) era de unos siete mil. El antiguo gueto, a orillas del Tíber, era un lugar bastante apacible a finales de los años treinta; sus viviendas más deterioradas habían sido demolidas o reconstruidas, pero quienes vivían en ese distrito eran principalmente los miembros más pobres de la comunidad.

En las semanas comprendidas entre la ocupación alemana y la redada del 16 de octubre se produjo un choque de política y sentimientos entre el presidente de la comunidad judía, Ugo Foa, y el principal rabino, Israel Zolli. El flemático presidente, responsable de las decisiones sociales y políticas de los judíos romanos, aconsejaba mantener la actividad habitual como si no pasara nada. Zolli estaba convencido de que se iba a producir un baño de sangre, y pretendía que la comunidad emigrara o se dispersara y ocultara. Foa se negó.

Un hombre que compartía la misma preocupación que Zolli, sin que tuviera nada que ver con él, era el barón Ernst von Weizsäcker, antiguo número dos de Von Ribbentrop en el Ministerio de Asuntos Exteriores en Berlín, recientemente nombrado embajador ante la Santa Sede (lo que indicaba la importancia que Hitler concedía a la diplomacia papal). La tarea de Von Weizsäcker, al iniciarse esa fase crítica de la guerra en Italia, era animar a Pacelli a conservar la estricta imparcialidad de la Santa Sede, que el Pontífice había mantenido admirablemente, pese a las muchas atrocidades cometidas por el régimen nazi. Pacelli había negado ya en las páginas de *L'Os-*

servatore Romano que el Vaticano tuviera nada que ver con el politiqueo que rodeaba al armisticio italiano.[2]

¿Podía persuadirse al Vaticano de que siguiera sumiso? Von Weizsäcker informó al Pontífice de que su gobierno respetaría la extraterritorialidad del Vaticano y sus 150 propiedades en la ciudad.[3] A cambio, se sobreentendía, la Santa Sede debía cooperar con el poder ocupante. El compromiso implicaba claramente que Pacelli debía guardar silencio sobre los crímenes nazis en los territorios ocupados, de los que ahora también formaba parte Roma.

Von Weizsäcker estaba no obstante convencido de que las SS podían infligir un duro golpe en Roma, al amparo de la ocupación. Como las demás autoridades ocupantes nazis, temía la deportación de los judíos de Roma, ya que estaba convencido de que la imparcialidad de Pacelli se vería sometida con ella a una tensión insoportable, y que cualquier movimiento ulterior de las SS podía provocar un levantamiento popular.

El Vaticano también temía por los judíos, y había incrementado sus actividades caritativas, especialmente ayudándolos a ocultarse. Uno de los judíos más notorios que aprovechó esa ayuda ofrecida por la Iglesia fue Israel Zolli, junto con su mujer e hija. Encontraron refugio en el hogar de una familia católica antes de trasladarse al interior del Vaticano, con gran disgusto de los dirigentes de la comunidad, que los acusaron de abandonar a su pueblo.

EL RESCATE EN ORO

La orden de proceder a la deportación de los judíos de Roma llegó al comandante de las SS Herbert Kappler desde el despacho berlinés de Himmler en la segunda semana de la ocupación.[4] Kappler, sin embargo, la demoró, porque no creía que «en Italia existiera un problema judío». Esa opinión era compartida por el mariscal de campo Kesselring, jefe supremo de las fuerzas ocupantes, que se mostraba reticente a emplear sus tropas en esa tarea. Kappler, mientras tanto, había formulado su propia política, la de mantenerlos bajo control y utilizarlos con fines de espionaje, por ejemplo, la penetración en «la conspiración financiera internacional de los judíos»; y amenazar con la deportación para obtener un rescate de la comunidad. «Lo que queremos es su oro —dijo a Foa—, con el

que compraremos nuevas armas para nuestro país. En las próximas treinta y seis horas tendrán que entregarnos cincuenta kilos.»[5]

La recogida del oro comenzó el 27 de septiembre, a las once de la mañana en la sinagoga a orillas del Tíber. La supervisaban un contable y tres joyeros judíos. Al aproximarse la puesta de sol eran muy pocos los donantes que habían acudido, aunque las noticias de la amenaza se habían extendido por Roma con extraordinaria rapidez.

Surgió entonces la idea de acudir al Papa y pedirle ayuda. Se envió a un emisario para que hablara con el superior del convento del Sagrado Corazón, que mantenía estrechas relaciones con la curia. Mientras, con el fin de acelerar la colecta, los dirigentes judíos decidieron aceptar contribuciones en papel moneda y valores para comprar el oro que les ofrecía entusiásticamente la comunidad cristiana. Poco a poco se fueron acercando todo tipo de romanos, tanto cristianos como judíos, trayendo sus anillos, joyas, medallas... y no para venderlos o prestarlos, sino gratuitamente.[6]

A las cuatro de la tarde llegó la respuesta del Vaticano. El Papa había autorizado un préstamo. El rector del Sagrado Corazón dejó claro que la contribución del Vaticano era un préstamo y no un regalo: «Es obvio —dijo— que queremos que se nos devuelva.» No se puso límite temporal para la devolución, ni tampoco se fijaron intereses. ¿Preferían los judíos lingotes o monedas? Los dirigentes judíos respondieron que esperaban poder reunir los cincuenta kilos sin la ayuda del Vaticano.[7] A pesar de todo, se extendió el rumor, que persiste hasta hoy día, de que Pío XII había demostrado su generosidad, ofreciendo fundir rápidamente los cálices que hicieran falta para completar el rescate. Al final, el Vaticano no donó ni prestó ni una onza de oro.[8]

El rescate en oro fue pagado en su totalidad y a tiempo. Tuvieron que pesarlo dos veces, ya que los alemanes acusaron a los judíos de hacer trampa. No les dieron ningún recibo por esa prodigiosa fortuna. Kappler envió un mensaje que decía: «No se le dan recibos al enemigo al que se está privando de sus armas.»[9] El oro se envió inmediatamente a Berlín, donde permaneció intacto en sus cajas de cartón en una oficina del ministerio, hasta que terminó la guerra.

El responsable último de la deportación de los judíos de Roma, pese al pago del rescate en oro, fue Adolf Eichmann, jefe de la sección IVB4 de la Gestapo. En la conferencia del Wannsee, en enero de 1942, había propuesto el objetivo de 58 000 judíos italianos incluidos en los once millones de judíos que debían ser «eliminados». Pero hasta septiembre de 1943, ni un solo judío había sido deportado desde la esfera italiana de influencia en Yugoslavia, sureste de Francia y Grecia. Como ha mostrado Jonathan Steinberg en su estudio sobre el Holocausto en la Italia fascista, *All or Nothing*, los italianos no se mostraban proclives a colaborar en la liquidación de los judíos; de hecho, la mayoría de las pruebas recogidas muestran que hicieron cuanto estaba en su mano por obstaculizar e impedir el proceso.[10]

En la última semana de septiembre, Kappler informó a Eichmann de que no había suficientes SS en Roma para realizar una redada, y que podía producirse una violenta reacción por parte de la población no judía. Eichmann, con todo, estaba decidido a seguir adelante ahora que Roma había quedado bajo la ocupación alemana. Se necesitaba un jefe, que se encarnó en la persona del *Hauptsturmführer* de las SS Theodor Dannecker, un «resuelve-problemas» en materia de asesinar judíos.

Provisto de un documento que le otorgaba la autoridad necesaria, y acompañado por un grupo de catorce oficiales y suboficiales y treinta soldados de las Totenkopfverbände (batallones de la Calavera) de las Waffen SS, Dannecker tomó un tren hacia Roma a comienzos de octubre. La semana siguiente, las SS prepararon la redada de los judíos romanos, pese a las continuas iniciativas de las autoridades alemanas en Roma para impedir que el plan se llevara a cabo (se sugirió por ejemplo que la comunidad judía se utilizara para realizar trabajos forzados).

A las 5.30 de la madrugada del 16 de octubre, Dannecker y 365 Allgemeine-SS y Waffen-SS armados con metralletas entraron en el viejo gueto de Roma en camiones abiertos del ejército. Todavía no había amanecido y llovía abundantemente. El plan consistía en detener a un primer millar y transportarlos al Collegio Militare, situado entre el Tíber y la colina del Janículo, a menos de ochocientos metros de la plaza de San Pedro. La idea, como en París, era

reunir a los judíos en un lugar desde el que fuera fácil la tarea de introducirlos en trenes una vez realizadas las detenciones y comprobaciones. Provistos de nombres y direcciones, que habían reunido durante la semana anterior, los oficiales y suboficiales entregaron a cada cabeza de familia un documento con una lista de lo que podían llevar consigo, incluyendo «comida para ocho días [...] dinero y joyas [...] ropa, sábanas, etc.». Donde lo había, la tropa de Dannecker arrancaba los cables del teléfono.

Pacelli fue uno de los primeros en enterarse de la redada. Una joven aristócrata bien conocida por el Pontífice, la principessa Enza Pignatelli-Aragona, recibió la llamada telefónica de un amigo que había visto los camiones aparcados a lo largo del Lungotevere. La princesa corrió hasta el Vaticano, donde la recibió el *maestro di camera*. Cuenta que fue conducida inmediatamente a la capilla privada del Papa, donde lo encontró rezando. Cuando le informó de la redada, Pacelli llamó por teléfono al cardenal Maglione para que se pusiera en contacto con el embajador Von Weizsäcker.[11]

Entretanto, los camiones llenos de hombres, mujeres y niños se abrían camino a través del espeso aguacero hasta los sombríos barracones del Collegio Militare. Algunos camiones pasaron por delante de la plaza de San Pedro, adoptando deliberadamente esa ruta, se dice, a fin de que los soldados SS trasladados a Roma para la redada pudieran echar una mirada a la famosa basílica. Los judíos, se dice también, gritaron al Papa que los ayudara cuando pasaban por el perímetro de la plaza. Los testimonios de los testigos son patéticos. Un periodista italiano informaba: «Los ojos de los niños estaban dilatados y con la mirada perdida. Parecía como si pidiesen una explicación por ese terror y sufrimiento.»[12] En una calle, tres camiones con gran número de niños se habían detenido. La marquesa Fulvia Ripa di Meana pasaba por esa calle en aquel momento: «Vi en sus ojos aterrados, en las caras pálidas y como doloridas, y en sus pequeñas manos temblorosas que se aferraban a los bordes del camión, el miedo enloquecido que se había apoderado de ellos.»[13]

Las escenas de aquella mañana se habían repetido en innumerables ocasiones y lugares en toda Europa en los dos años anteriores. La diferencia era que en esa ciudad había un hombre con una voz potente, que contaba con la fidelidad de quinientos millones de seres humanos y cuya capacidad de protesta podía dar todavía a Hitler un serio dolor de cabeza.

Según Von Weizsäcker, aquella mañana «se ejercía presión desde todas partes, pidiendo una censura [papal] de la deportación de los judíos de Roma».[14] Parte de esa presión llegaba desde las autoridades alemanas, en particular desde el cónsul alemán en Roma, Albrecht von Kessel, quien pidió al Papa aquella mañana que «presentara una protesta oficial».[15] El temor de los dirigentes alemanes era que la deportación provocara una violenta reacción del pueblo romano. En opinión de Von Kessel, si Pacelli protestaba inmediatamente y conseguía un resultado favorable, se aplacaría la indignación de la gente.

Según una nota escrita por Maglione el 16 de octubre, hecha pública entre los documentos vaticanos del período de guerra, Von Weizsäcker se presentó ante el secretario de Estado, presumiblemente aquella misma mañana, aunque no se precisa la hora. Maglione asegura que pidió al embajador que interviniera en defensa de aquella desdichada gente en nombre de «la humanidad y la caridad cristiana».[16]

El informe de Maglione es extrañamente ambiguo, defensivo, como el de alguien renuente a presentar una protesta formal, al tiempo que omite los detalles de la conversación con Von Weizsäcker. Como veremos más adelante, éste utilizó evidentemente ese encuentro para intentar persuadir al cardenal secretario de Estado de que pidiera a Pacelli que protestara enérgicamente contra las deportaciones. Maglione no se refiere explícitamente a esa petición. Von Weizsäcker, por razones obvias, no dejó ningún registro escrito de esa entrevista, y se esforzó por hacer comprender a Maglione que se trataba de una conversación confidencial, lo que Maglione reconoce por tres veces en su nota.

Maglione cita una frase del embajador, tras una larga pausa: «¿Qué hará la Santa Sede si siguen pasando estas cosas?» Evidentemente, se refería a la redada.

La respuesta de Maglione fue equívoca: «Le respondí: La Santa Sede no desea verse puesta en una situación en la que se haga preciso pronunciar una palabra de desaprobación.»[17]

Según el cardenal, Von Weizsäcker se embarcó entonces en una serie de observaciones vagamente halagadoras, alabando a la Santa Sede por no haber causado problemas durante los cuatro años de guerra transcurridos. Concluyó diciendo, aunque la cita de Maglione no es literal, que la Santa Sede debía considerar si valía la pena

«poner todo en peligro justo cuando el barco está llegando a puerto». Luego pidió de nuevo al cardenal que tratara cuanto le había dicho con la mayor confidencialidad.

Tras tranquilizar al embajador, Maglione pronunció una segunda afirmación de importancia histórica: «Quería recordarle que la Santa Sede había mostrado, como él mismo reconocía, gran prudencia, sin dar al pueblo alemán la impresión de haber hecho, o desear hacer, la menor cosa contra los intereses de Alemania durante esta terrible guerra.»[18]

Maglione repitió al diplomático que «no deseaba verse en una situación en la que fuera preciso protestar»,[19] pero que si la Santa Sede se veía obligada a hacerlo, confiaba las consecuencias a la Divina Providencia. Y aseguró una vez más al embajador que no mencionaría aquella conversación, de acuerdo con su expreso deseo.

Maglione deja así para la posteridad la afirmación de que había protestado verbalmente contra la redada de los judíos de Roma; pero aunque no menciona la petición de Von Weizsäcker de una protesta oficial, las repetidas promesas de confidencialidad y sus ambiguas referencias al deseo de no verse obligado a protestar otorgan crédito a la versión alemana de los acontecimientos.

De hecho, ni Pacelli ni su cardenal secretario de Estado adoptaron ninguna iniciativa de protesta, ni en nombre propio ni de la Santa Sede, ni ese día ni al siguiente. Su negativa a hablar o actuar sorprendió a los dirigentes alemanes de la ciudad. Finalmente, por consejo de la autoridad alemana de mayor graduación, el general Rainer Stahel, Pacelli recurrió a los buenos oficios del padre Pankratius Pfeiffer, un sacerdote alemán conocido por sus obras de caridad en Roma y uno de los enlaces personales de Pacelli con los alemanes. El Papa dio permiso a Pfeiffer para hablar en su nombre, pero como su rango en el clero era bajo, los dirigentes alemanes consideraron que sería preferible una carta firmada por un prelado alemán importante, algún obispo o similar. Así fue cómo intervino el obispo Alois Hudal, rector de la iglesia católica alemana en Roma, Santa Maria dell'Anima. Hudal conseguiría cierta fama más adelante como figura clave en la ayuda a los criminales de guerra nazi en su huida de la justicia a través de las casas religiosas de Roma.[20]

Von Kessel y el secretario de la legación alemana, Gerhard Gumpert, dictaron de común acuerdo una carta dirigida al general Stahel y a Von Weizsäcker, aparentando que el obispo Hudal habla-

ba en nombre de Pío XII. Aquí está la primera de las dos históricas cartas de protesta en la mañana de la redada de los judíos de Roma:

> Debo hablarle de una cuestión muy urgente. Un importante dignatario del Vaticano, cercano al Santo Padre, acaba de decirme que esta mañana se ha iniciado una serie de arrestos de judíos de nacionalidad italiana. En interés de las buenas relaciones que han existido hasta ahora entre el Vaticano y el alto mando de las Fuerzas Armadas Alemanas, y sobre todo gracias a la sabiduría política y magnanimidad de su excelencia, que algún día será mencionado en la historia de Roma, le ruego que ordene la inmediata suspensión de esos arrestos en Roma y sus alrededores. De otro modo temo que el Papa se pronuncie públicamente contra esa acción *[Ich fürchte dass der Papst sonst öffentlich dagegen Stellung nehmen wird]*, lo que sería indudablemente utilizado por los propagandistas antialemanes como arma contra nosotros.[21]

Tras muchos retrasos burocráticos, el texto de la carta fue enviado a Berlín, donde se recibió en el Ministerio de Asuntos Exteriores a las 11.30 de la noche del sábado. Vino luego una segunda carta, del embajador Von Weizsäcker:

> Con respecto a la carta del obispo Hudal (cf. el informe telegrafiado del 16 de octubre desde la oficina de Rahn), puedo confirmar que representa la reacción del Vaticano frente a la deportación de los judíos de Roma. La curia está considerablemente disgustada por el hecho de que la acción tuviera lugar, por así decirlo, bajo las propias ventanas del Papa. La previsible reacción podría evitarse si esos judíos se emplearan en el trabajo obligatorio aquí en Italia.
>
> Los círculos hostiles de Roma están utilizando este acontecimiento como medio de presión sobre el Vaticano para que abandone su actitud de reserva. Se dice que cuando tuvieron lugar incidentes análogos en ciudades francesas, los obispos de allí adoptaron una actitud de clara oposición. El Papa, como supremo dirigente de la Iglesia y obispo de Roma, no puede dejar de hacer lo mismo. Se compara también al Papa con su predecesor, Pío XI, hombre de temperamento más espontáneo. La propaganda enemiga en el extranjero observará ciertamente este acontecimiento del mismo modo, tratando de perjudicar las amistosas relaciones existentes entre la curia y nosotros.[22]

El memorándum no se envió hasta una hora bastante tardía del domingo, como correo nocturno. Entretanto, el tiempo corría para las familias encerradas en el Collegio Militare.

La intransigencia de Pacelli

Cuando caía la noche del sábado comenzó a llegar gente a las puertas de los barracones de la Via della Lungara para dejar comida, ropa, cartas o simplemente para vigilar lo que pasaba. Entre los visitantes había familiares y amigos, la mayoría de los cuales decían ser amigos o sirvientes cristianos. No pudieron entrar, y finalmente los echaron de allí. Las condiciones de vida en los barracones eran espantosas, sin comida, agua ni servicios sanitarios adecuados. Una mujer embarazada comenzó a sentir contracciones y la sacaron al patio para que diera a luz. El bebé, como su madre, quedó bajo arresto y tuvo que compartir su destino. Cuando cayó la noche, un pelotón de SS volvió a los domicilios de los judíos provistos con las llaves que les habían quitado a los prisioneros. Con el pretexto de recoger ropa y comida para éstos, saquearon sus hogares y se llevaron cuanto en ellos había de valor.

A petición de los prisioneros, Dannecker estudió los documentos de los que aseguraban no ser judíos o estar casados con personas no judías. El capitán los interrogó individualmente. 252 personas consiguieron así ser liberadas, lo que dio lugar a nuevas historias acerca de los buenos oficios del Vaticano. Se decía que un cardenal había llegado al Collegio Militare y rogado a Dannecker en nombre del Papa, consiguiendo el indulto de esas 252 personas. Aunque el Vaticano nunca lo desmintió, la investigación de Robert Katz ha desacreditado conclusivamente ese infundio. En los barracones quedaron más de 1 060 personas, a la espera de ser trasladadas a Auschwitz.

El domingo 17 de octubre aparecieron noticias de la redada en varios periódicos del mundo, junto con invenciones que se han perpetuado hasta hoy. *The New York Times*, por ejemplo, publicó un despacho de la UPI fechado en Londres, informando que el Papa había pagado el rescate que los alemanes habían pedido por liberar a un centenar de rehenes: «Los alemanes, tras recibir el oro, se negaron a pesar de todo a liberar a los rehenes, y comenzaron

por el contrario una redada general de judíos, mientras que los italianos ayudaban a las familias perseguidas a ocultarse y a escapar.»

Antes del amanecer del lunes 18 de octubre de 1943 se ordenó a los judíos prisioneros que se prepararan para partir. Los camiones los acercaron en grupos a las vías del ferrocarril, cerca de la estación Tiburtina, donde los esperaba un tren de transporte de ganado. Se introdujo a sesenta de ellos en cada vagón. En su interior todo estaba oscuro. Los que llegaron primero tuvieron que esperar ocho horas hasta el momento de la partida.

El tren de los deportados salió a las dos menos cinco, cruzando el Tíber y dirigiéndose hacia el norte. No lejos de la capital, fue atacado por la aviación aliada. A la caída de la tarde, cuando el tren subía los Apeninos, la temperatura no alcanzaba los 0 °C. Frío, hambre, sed y la ausencia de servicios sanitarios se combinaban con el cruel sufrimiento de los deportados, con su miedo y humillación. Los vagones de ganado pasaron por Padua, y el obispo diocesano de allí transmitió al Vaticano que la situación de los judíos era lamentable, pidiendo al Papa que emprendiera una acción urgente. Más tarde, cuando el tren alcanzó Viena, se informó al Vaticano que los prisioneros suplicaban agua.[23] En cada etapa del camino, el Vaticano recibía informes del avance del tren y la situación de los deportados.

Conforme el tren seguía su camino hacia el norte, el 19 de octubre, los pensamientos de Pacelli, sin embargo, no se centraban en la suerte de los deportados, sino en el impacto que la redada de los judíos podía tener en los *partigiani* comunistas (el mismo temor, evidentemente, era compartido por los ocupantes alemanes de Roma, como habían comunicado a sus colegas en Berlín). El miedo de Pacelli a los «comunistas» (así es como llamaba habitualmente a los *partigiani*) excedía de lejos su eventual simpatía hacia los judíos. Pacelli estaba ansioso de que los ocupantes nazis incrementaran su presencia policial en la capital para evitar la posibilidad de un levantamiento «comunista». Sabemos esto porque el 18 de octubre, el mismísimo día en que los judíos de Roma salían hacia los campos de la muerte, Pacelli compartió esa preocupación con Harold Tittmann, el representante norteamericano. Tittmann telegrafió entonces a Washington, informando al Departamento de Estado de que al Papa le preocupaba que «en ausencia de suficiente protección policial, elementos irresponsables (dijo que sabía que pequeñas

bandas comunistas se aproximaban a Roma en aquellos momentos) pudieran cometer violencias en la ciudad». Según Tittmann, Pacelli prosiguió diciendo que «los alemanes habían respetado la Ciudad del Vaticano y las propiedades de la Santa Sede en Roma, y que el general al mando de las fuerzas de ocupación alemanas (Stahel) parecía bien dispuesto hacia el Vaticano». También informó a Washington que Pacelli había añadido que «se sentía coartado por la "situación anormal" de aquellos momentos».[24] La «situación anormal» era la deportación de los judíos de Roma.

Osborne también vio aquel día a Pacelli, quien le dijo que el Vaticano no tenía quejas contra el mando del ejército alemán en la ciudad ni contra la policía, que había respetado su neutralidad. En una carta a Londres, Osborne informó que «cierto número de personas [opinaban que Pacelli] subestimaba su propia autoridad moral y [que] el respeto que seguía manteniendo por los nazis se debía a la preocupación por la población católica de Alemania». Proseguía diciendo que había pedido a Pacelli que tuviera en cuenta esa autoridad moral, en caso de que «en el transcurso de los próximos acontecimientos surja la ocasión para adoptar una línea de conducta más enérgica».[25]

Osborne escribió de nuevo a Londres acerca del episodio de la deportación a finales de octubre. Se había enterado, informaba al Foreign Office, de que al conocer las detenciones, el cardenal secretario de Estado Maglione había llamado al embajador alemán para formular una protesta. Von Weizsäcker, por lo que aquél dijo a Osborne, emprendió una acción inmediata, «que dio como resultado la liberación de gran parte de los detenidos». Osborne añadía que «la intervención del Vaticano parece pues haber sido efectiva, salvando a gran número de esos desdichados». Había preguntado al secretario de Estado si podía informar de ese acto de valor y generosidad por parte del Vaticano, pero Maglione le respondió que era mejor que no lo mencionara: «Me dijo que podía hacérselo saber a Londres, pero sólo para mantenerlos informados, sin que se diera a conocer públicamente porque ello conduciría probablemente a más persecuciones.»[26]

Era cierto que Maglione había convocado a Von Weizsäcker y protestado verbalmente, redactando posteriormente, como vimos, una nota acerca de aquella conversación.[27] Pero no podía creérsele en cuanto a la liberación de los judíos como resultado de tan débil

protesta. Su afirmación de que aquella iniciativa había llevado a la liberación de muchos judíos no respondía a la verdad.

Cinco días después de que el tren hubiera partido de la estación Tiburtina, los aproximadamente 1 060 deportados fueron gaseados en Auschwitz y Birkenau; 149 hombres y 47 mujeres fueron destinados al trabajo forzado. Sólo quince de ellos sobrevivieron, todos ellos hombres, excepto una mujer, Settimia Spizzichino, que sirvió como conejillo de Indias para los experimentos del doctor Mengele. Cuando Bergen-Belsen, el campo al que había sido transferida, fue liberado, la encontraron entre un montón de cadáveres, donde había dormido durante dos días.

Las iniciativas de Von Weizsäcker y otros por cuenta de Pacelli parecían haber detenido la persecución de los judíos de Roma, pero sólo se había interrumpido temporalmente. Los fascistas que seguían en Roma, trabajando bajo los auspicios de los alemanes, detuvieron a otros 1 084 judíos después del 16 de octubre. Las últimas víctimas fueron enviadas a campos de concentración italianos, y desde allí a Auschwitz, donde muy pocos sobrevivieron. A ese número deben sumarse los setenta judíos sacados de las prisiones romanas el 24 de marzo de 1944, ejecutados por la Gestapo junto a 265 no judíos en la matanza de las Fosas Ardeatinas, como represalia por la bomba que los *partigiani* pusieron a las tropas alemanas en la Via Rasella de Roma.

Un número no especificado de los judíos que quedaban en Roma escaparon a la detención o deportación ocultándose en las instituciones religiosas «extraterritoriales», incluida la propia Ciudad del Vaticano. Esa protección, en la que participaron tanto religiosos como laicos, respondía a la tradicional hospitalidad y protección italiana hacia los judíos en las zonas que habían ocupado militarmente en los dos años anteriores. ¿Pero qué decir de los 1 060 judíos deportados a la vista del Vaticano?

Cuando su suerte ya estaba echada, y se encontraban fuera del alcance de cualquier ayuda o rescate, apareció un artículo en *L'Osservatore Romano*, el 25-26 de octubre de 1943. Resulta difícil imaginar cómo pudo su autor redactar esta descarada autoalabanza:

> El Augusto Pontífice, como es bien sabido [...], no desistió ni por un momento y utilizó todos los medios a su alcance para aliviar su sufrimiento, que en cualquier caso no es sino la consecuencia de esta cruel conflagración.

> Con el aumento del mal, la caridad universal y paternal del Pontífice se ha vuelto, si cabe, aún más activa; no conoce límites de nacionalidad, religión ni raza.
>
> Esa variada e incesante actividad de Pío XII se ha intensificado aún más en los últimos tiempos, teniendo en cuenta el creciente sufrimiento de tanta gente desgraciada.

Weizsäcker lo leyó y envió a Berlín el artículo, acompañándolo de una carta:

> El Papa, aunque le llegan presiones de todos lados, no ha permitido que se le empujara a una censura pública de la deportación de los judíos de Roma. Si bien debe saber que nuestros adversarios utilizarán contra él esa actitud, y que los círculos protestantes de los países anglosajones harán uso de ella para hacer propaganda anticatólica, ha hecho sin embargo todo lo posible, incluso en este delicado asunto, para no tensar las relaciones con el gobierno alemán y las autoridades alemanas en Roma. Como al parecer no habrá más acciones de ese tipo contra los judíos aquí, puede decirse que este asunto, tan espinoso en lo que concierne a las relaciones vaticano-alemanas, queda liquidado.
>
> En cualquier caso, se aprecia una clara señal desde el Vaticano. *L'Osservatore Romano* del 25-26 de octubre concede gran relieve a un comunicado semioficial sobre la preocupación paternal del Papa, escrito con los típicos circunloquios y estilo confuso del diario vaticano, declarando que el Papa otorga su cuidado paternal a todo el mundo, sin tener en cuenta su nacionalidad, religión o raza. Las variadas y crecientes actividades de Pío XII se han multiplicado aún más en los últimos tiempos debido a los grandes sufrimientos de tanta gente desdichada.
>
> No se pueden plantear objeciones a esta afirmación, en tanto que el texto, del que se adjunta una traducción, será entendido por muy pocos como una alusión indirecta a las cuestiones judías.[28]

La carta revela el sutil doble juego al que se había entregado Von Weizsäcker durante el episodio de la deportación: él mismo había contribuido a frenar las detenciones de judíos enarbolando la amenaza de una protesta papal que Pacelli no tenía la menor intención de presentar. Ahora que no se esperaban nuevas detenciones, podía hablar complacido de la disposición del Papa a permanecer en silencio. ¿Pero qué pasaba con el millar de judíos romanos ga-

seados? La decisión de Pacelli de no realizar una «censura pública» en su defensa el mismo 16 de octubre los había condenado, y esta decisión tenía menos que ver con el miedo a mayores represalias que con los «excesos comunistas».

En Berlín, un funcionario anónimo subrayó estas frases:

> *Papa [...] no [...] empujara a una censura pública de la deportación de los judíos de Roma. [...] hecho sin embargo todo lo posible, incluso en este delicado asunto [...] puede decirse que este asunto, tan espinoso en lo que concierne a las relaciones vaticano-alemanas, queda liquidado.*[29]

¿Pero era real el riesgo de una represalia de las SS como repuesta a una «censura pública» del Papa de las deportaciones del 16 de octubre? ¿Podrían haber entrado las SS en el Vaticano para detener al Papa?

El plan de Hitler de secuestrar a Pacelli

Las autoridades de ocupación en Roma no fueron las únicas que consideraron las consecuencias que podía tener una represalia violenta contra el Vaticano en el otoño de 1943. El propio Hitler se vio obligado a considerar la cuestión como consecuencia de su plan de capturar a Pacelli para llevarlo a Alemania.

El 26 de julio de 1943, Hitler afirmó (en un arrebato de ira en su cuartel general): «Habría que ir directamente al Vaticano. ¿Pensáis que el Vaticano me asusta? No me importa lo más mínimo. [...] Nos podemos deshacer de esa banda de cerdos. [...] Luego pediríamos perdón. [...] No me importa lo más mínimo.» Hay pruebas convincentes del plan de secuestrar a Pacelli en manos de los jesuitas responsables en el proceso de beatificación, por ejemplo una declaración jurada de un oficial alemán asignado al plan, el general Karl Wolff, quien hizo llegar su testimonio al padre Paul Molinari, de la Compañía de Jesús, junto con la documentación al respecto, y una carta fechada el 24 de marzo de 1972, no publicada hasta ahora.[30]

En 1943, Karl Friedrich Otto Wolff, de cuarenta y tres años, era el comandante supremo de las SS y la policía alemana en Italia. Pocos días después de la ocupación iniciada el 9 de septiembre, Wolff fue conducido en avión a «la guarida del lobo», el cuartel

general de Hitler en Prusia oriental, para discutir con el Führer «la ocupación del Vaticano y el traslado del Papa Pío XII a Liechtenstein».[31] Wolff recordaba que el Führer montó en cólera refiriéndose a lo que llamaba «la traición de Badoglio» y que pronunció «oscuras amenazas» contra Italia y el Vaticano. Registró por escrito la conversación que entonces mantuvo con Hitler:[32]

> HITLER: Bien, Wolff, tengo una misión especial para usted, con gran significado para el mundo entero, y será una cuestión personal entre usted y yo. Nunca hablará de ello con nadie sin mi permiso, a excepción del comandante general de las SS [Himmler], que está al tanto de todo. ¿Comprende?
>
> WOLFF: ¡Comprendido, Führer!
>
> HITLER: Quiero que usted y sus tropas, mientras todavía se mantiene la indignación en Alemania por la traición de Badoglio, ocupen tan pronto como sea posible el Vaticano y la Ciudad del Vaticano, ponga a salvo los archivos y los tesoros artísticos, de valor incalculable, y traslade al Papa, junto con la curia, para protegerlos y que no puedan caer en manos de los aliados y sufrir su influencia. Según evolucione la situación política y militar se decidirá si traerlos a Alemania o mantenerlos en el principado neutral de Liechtenstein ¿Para cuando puede tener preparada la operación?[33]

Wolff respondió que no podía responderle de inmediato, porque «las unidades de las SS y la policía ya estaban utilizadas al máximo de su capacidad». Hitler, según Wolff, puso cara de decepción. Dijo al general que se armaría de paciencia, ya que necesitaba a todos los soldados del frente meridional, y que en cualquier caso quería que fueran las SS las encargadas de la tarea. Y preguntó de nuevo a Wolff: «¿Cuánto puede tardar en preparar el plan?» Wolff respondió que, siendo preciso evaluar y poner a buen recaudo los tesoros del Vaticano, no creía que pudiera preparar un plan en un plazo inferior a cuatro o seis semanas. A lo que Hitler replicó: «Eso es demasiado. Es crucial que me haga saber cada dos semanas cómo van los preparativos. Preferiría ocupar el Vaticano inmediatamente.»

Wolff anotó que envió a Hitler entre seis y ocho informes en las siguientes semanas, y que empleó el tiempo en una detallada investigación del estado de la seguridad en Italia. A comienzos de diciembre de 1943, Hitler le presionó de nuevo para llevar a cabo el

plan. Aproximadamente en ese momento, según informó al tribunal de beatificación, pidió a Von Weizsäcker que le pusiera en contacto con alguien del Vaticano. La persona elegida fue el rector del Colegio Alemán, el jesuita Ivo Zeiger. «El objetivo de mis conversaciones era impedir la deportación del Papa y asegurarme de que no saldría perjudicado de ningún modo.»[34]

A principios de diciembre, ansioso por conocer el estado de los preparativos, Hitler convocó de nuevo a Wolff.

Éste, al parecer, había dicho al Führer: «He completado los preparativos para la ejecución de su plan secreto contra el Vaticano. ¿Puedo hacerle una observación acerca de la situación en Italia antes de que dé la orden definitiva?»

Hitler le autorizó a hacerlo. Wolff le presentó entonces un panorama general del estado de ánimo de la población italiana: el colapso del apoyo fascista, el cansancio de la guerra, el odio al Duce, la hostilidad hacia los alemanes, la destrucción de las estructuras del país, la creciente irritación por la prolongación de la guerra... Luego llegó a su argumento más convincente:

«La única autoridad incontestada que queda en Italia es la de la Iglesia católica, que sigue firmemente asentada [*"saldamente strutturata"*, en el texto italiano del manuscrito jesuita], y a la que las mujeres italianas son tan devotas, ejerciendo, aunque sea de una forma indirecta, una gran influencia que no debe subestimarse pese al hecho de que muchos de sus maridos, hermanos e hijos no parezcan particularmente bien dispuestos hacia el clero.»

Prosiguió diciendo al Führer que el pueblo italiano defendería a su Iglesia costara lo que costara: «En los tres meses que llevo en Italia hemos cuidado de no tratar con dureza a los italianos, y así hemos conseguido un apoyo discreto [*appogio discreto*] del clero. Sin ese apoyo de la Iglesia, que ha mantenido tranquilas a las masas, no podría haber realizado con tal éxito mi tarea.» La tranquilidad del pueblo, dijo, había ayudado a mantener el frente meridional y evitado la necesidad de retirar tropas del frente.

Hitler le agradeció el consejo, y le preguntó cuál era su opinión sincera acerca de la situación.

«Abandone el proyecto de tomar el Vaticano, provocado por la comprensible irritación causada por la traición de Badoglio. En mi opinión, una ocupación del Vaticano y la deportación del Papa podrían provocar una reacción extremadamente negativa en Italia, así

como por parte de los católicos alemanes, tanto en la patria como en el frente, y en los católicos del resto del mundo y en los Estados neutrales, reacciones que sobrepasarían las ventajas coyunturales ofrecidas por la neutralización política del Vaticano o por la disponibilidad de sus tesoros.»[35]

Adolf Hitler asintió, y así se dejó a un lado el proyecto de secuestro.

Todos los hechos indican, por tanto, que un intento de invadir el Vaticano y hacerse con sus propiedades, o de detener al Papa como respuesta a una protesta de éste, habrían provocado una reacción violenta en toda Italia que podía dar al traste con el esfuerzo de guerra nazi. Y así Hitler tuvo que reconocer lo que el propio Pacelli parecía ignorar: que la fuerza política y social más asentada en Italia en el otoño de 1943 era la Iglesia católica, y que su capacidad de insumisión y protesta era inmensa.

El silencio litúrgico de Pacelli

En resumen, los ocupantes alemanes habían mantenido el estatus extraterritorial del Vaticano y sus instituciones religiosas en Roma, siendo el precio por esas ventajas la sumisión y la «no-interferencia», es decir, el silencio sobre las atrocidades nazis no sólo en Italia sino en cualquier otro lugar de la Europa ocupada. Cuando comenzó la redada el 16 de octubre, las autoridades de ocupación alemanas estaban convencidas de que Pacelli iba a protestar más pronto o más tarde. Creían que una censura papal inmediata los favorecería, al impedir la deportación en curso y una espiral de protestas papales post hoc y represalias, que podía culminar en una invasión del territorio vaticano por las SS y un levantamiento civil.

Pero Pacelli no tuvo en ningún momento la intención de protestar oficialmente contra la redada y deportación de los judíos de Roma. Estaba preocupado, como confesó a Harold Tittmann, de que eso pudiera provocar un conflicto con las SS que beneficiaría únicamente a los comunistas. El silencio de Pacelli, en otras palabras, no era consecuencia de la pusilanimidad o temor hacia los alemanes. Quería mantener el statu quo de la ocupación nazi hasta el momento en que la ciudad pudiera ser liberada por los aliados. Obsesionado por sus fantasmas personales de las atrocidades bol-

cheviques desde su estancia en Munich, quizá, o por el espantoso catálogo de violencias perpetradas contra la Iglesia en el «Triángulo Rojo» formado por Rusia, México y España, estaba dispuesto a tolerar la muerte de un millar de judíos romanos para evitar las consecuencias de la toma de Roma por los comunistas.

Había, no obstante, una carencia más profunda en todo aquello, que revela una notable fractura moral y espiritual en su papado. Las reticencias de Pacelli no constituían únicamente un silencio diplomático como respuesta a las presiones políticas del momento; era también un pasmoso silencio religioso y litúrgico. Tras la liberación de Roma, se dice que se apresuró a acudir al cementerio judío de Roma para rezar allí en privado.[36] Pero no existe constancia de una sola oración pública, ni una vela encendida, ni un salmo, ni una lamentación, ni un *De profundis* (como el que entonó en las ruinas de San Lorenzo), ni una misa en solidaridad con los judíos de Roma, ya fuera durante su terrible experiencia ni tras su muerte. Tampoco ha habido una explicación convincente, petición de perdón ni acto de reparación hasta hoy (pese a las iniciativas de Juan Pablo II en 1986 y 1998, que analizaremos en el capítulo final de este libro). Ese silencio moral y espiritual frente a aquella atrocidad cometida en el corazón de la cristiandad, a la sombra del sepulcro del primer apóstol, permanece hasta hoy día y concierne a todos los católicos. Ese silencio litúrgico proclama que Pacelli no experimentaba ningún sentimiento genuino de solidaridad espiritual por los judíos de Roma, sus vecinos desde la infancia. Creyendo, como creen los católicos, que todos ellos son miembros del Cuerpo Místico de Cristo, que la Eucaristía vertebra a la Iglesia, tienen que saber que lo que se hizo o no se hizo en su nombre, especialmente por los sucesores de los apóstoles, los afecta a todos.

¿Cómo sobrellevan los católicos el hecho de que el obispo de Roma no realizara ni un solo acto litúrgico por los judíos deportados de la Ciudad Eterna? Cuando se tuvo noticia de la muerte de Adolf Hitler, el entonces cardenal arzobispo de Berlín, Adolf Bertram, ordenó con un escrito de su propia mano a todos los párrocos de su archidiócesis que «celebraran un solemne Réquiem en memoria del Führer y de los miembros de la Wehrmacht que han caído en esta lucha por nuestra patria alemana, junto con sinceras oraciones por el pueblo y la patria y por el futuro de la Iglesia católica en Alemania».[37]

Hubo sin embargo judíos que concedieron a Pacelli el beneficio de la duda, y que siguen haciéndolo. El jueves 29 de noviembre de 1945, Pacelli recibió a unos ochenta representantes de los refugiados judíos sobrevivientes de varios campos de concentración alemanes, que expresaron «el gran honor que representaba poder agradecer personalmente al Santo Padre su generosidad hacia los perseguidos durante el período nazi-fascista». Se debe respetar la gratitud de gente que había sufrido persecuciones y sobrevivido. Y no se pueden menospreciar los esfuerzos de Pacelli al nivel de las ayudas caritativas, o su aliento a la labor de incontables religiosos y laicos católicos que aportaron confort y seguridad a cientos de miles de personas.

Pero por la misma razón debemos escuchar y respetar la voz de Settimia Spizzichino, la única mujer judía romana que sobrevivió a la deportación, a la que hallaron cuando yacía entre un montón de cadáveres en un campo de la muerte, y que de allí volvió a Roma, en 1945, cuando contaba veinticuatro años. En una entrevista concedida a la BBC en 1995, decía: «Volví de Auschwitz por mis propios medios. Había perdido a mi madre, dos hermanas, una sobrina y un hermano. Pío XII podía habernos prevenido acerca de lo que se avecinaba. Podríamos haber huido de Roma y habernos unido a los partisanos. Fue un instrumento en manos de los alemanes. Todo aquello ocurrió ante las mismísimas narices del Papa. Pero se trataba de un Papa antisemita, un Papa pro alemán. No asumió ni un solo riesgo. Y cuando dicen que el Papa es como Jesucristo, no dicen la verdad. No salvó ni a un solo niño. Nada.»[38]

Estamos obligados a aceptar que esas opiniones contrarias acerca de Pacelli no son necesariamente excluyentes.

Resulta duro para un católico acusar al Papa, el pastor universal, de haber aceptado, por las razones que fuera y en el estado de conciencia que fuera, los planes de Hitler. Pero una de las grandes paradojas del papado de Pacelli se centra específicamente en su propia imagen pastoral. Al comienzo y al final de su película promocional *Pastor Angelicus*, la cámara enfoca la estatua del buen pastor que hay en los jardines del Vaticano, un pastor que lleva una oveja perdida sobre sus hombros. La parábola evangélica del buen pastor nos habla del pastor que ama tanto a sus ovejas que lo arries-

ga todo, y es capaz de sufrir cualquier daño, para salvar a un solo miembro de su rebaño que se pierde o está en peligro. Para su vergüenza eterna, y para vergüenza de la Iglesia católica, Pacelli se negó a reconocer a los judíos de Roma como miembros de su rebaño romano.

18. Salvador de Roma

Mientras proseguían su lento avance contra los alemanes en el sur de Italia, los aliados desembarcaron también en Anzio, al sur de Roma, el 22 de enero de 1944, con la esperanza de abrir un segundo frente. Había abundantes rumores de que los alemanes se iban a retirar de Roma para luchar contra los invasores en las colinas situadas al norte. Pacelli comenzó de nuevo a inquietarse por la proximidad de los partisanos comunistas, particularmente numerosos en las cercanías de Roma, temiendo que pudieran dar un golpe una vez que los alemanes abandonaran la ciudad. Los aliados, insistía, debían entrar en Roma en cuanto aquéllos se fueran. Pero tenía además otra preocupación, que Francis d'Arcy Osborne transmitió sin comentarios a Londres el 26 de enero.

> El cardenal secretario de Estado me convocó hoy para decirme que el Papa esperaba que no hubiera soldados de color aliados entre los pocos que podrían acuartelarse en Roma tras la ocupación. Se apresuró a añadir que la Santa Sede no pretendía señalar los límites de color, pero se esperaba que fuera posible satisfacer esa petición.[1]

Ni en los documentos vaticanos ni en los archivos de los gobiernos británico y norteamericano se encuentra ninguna otra mención a «soldados de color». El *relator*, o biógrafo, en el proceso de beatificación de Pacelli, padre Peter Gumpel, relacionaba la petición de Pacelli con el caso de la «Vergüenza Negra» en Alemania tras la primera guerra mundial, cuando las autoridades alemanas acusaron a soldados negros de las tropas de ocupación francesas de cometer violaciones y saqueos. Según Gumpel, Pacelli estaba convencido de que los soldados negros eran más proclives a cometer violaciones

que los blancos; el Pontífice creía, además, que había pruebas de ese comportamiento atroz por parte de los soldados norteamericanos negros conforme los aliados avanzaban hacia el norte atravesando Italia.[2]

Pero el desembarco en Anzio se estancó; los alemanes permanecían en la Ciudad Eterna mientras los aliados proseguían su lento avance desde el sur. La demora en la liberación originó privaciones y un sentimiento de desesperanza en Roma aquel invierno. Comenzaron a escasear el gas, la electricidad, el combustible para calefacción y hasta el agua potable, pero sobre todo los alimentos. En una carta a mistress McEwan, Osborne describía las condiciones de vida en Roma como «una especie de sueño que bordea a veces peligrosamente la pesadilla».[3] Los precios de los alimentos se disparaban en el mercado negro. Pacelli permitió que se utilizaran los recursos del Vaticano para aliviar la situación de los más necesitados. Osborne comunicó a Londres que la Santa Sede suministraba cien mil comidas diarias a una lira por cabeza. Además de la escasez, los romanos tenían que ocuparse de los muertos y heridos causados por los bombardeos aliados. Entonces sobrevino un desastre que todos habían temido, no sólo Pacelli.

El 23 de marzo, los partisanos comunistas lanzaron una bomba contra una compañía de soldados alemanes cuando marchaban por la Via Rasella en Roma (muchos de los soldados eran hombres de mediana edad del Alto Adigio). Hubo treinta y tres muertos. La noche siguiente, por orden de Hitler, la Gestapo sacó a 335 italianos, unos setenta de los cuales eran judíos, de las prisiones romanas y los ejecutó como represalia en las Fosas Ardeatinas, al sur de la ciudad. Las entradas a las fosas fueron selladas con dinamita.

Se ha criticado a Pacelli por su negativa a intervenir para impedir la matanza; los partisanos lo denunciaron en su momento, además, por no condenar la represalia con suficiente energía. Sus defensores han respondido, hasta hoy, que no tenía forma de conocer la orden de Hitler. A las 10.15 de la mañana del atentado, sin embargo, un oficial del gobierno municipal de Roma visitó al cardenal Maglione, quien tomó notas de aquella conversación, registrando lo siguiente: «Hasta el momento no tenemos noticias de represalias, pero suponemos que por cada alemán muerto se ejecutará a diez italianos.»[4] Aquel día, *L'Osservatore Romano*, con su habitual estilo enrevesado, condenó los actos de terrorismo, refiriéndose al aten-

tado de Via Rasella. Por la tarde, un cardenal que visitó la prisión de Regina Coeli fue informado de que se había sacado a los presos para ejecutarlos. Se apresuró a informar al Papa, quien al parecer se cubrió el rostro con las manos y gimió: «No es posible. No puedo creerlo.»[5]

Parece ser que Von Weizsäcker llamó a Kesselring, el comandante en jefe del ejército alemán en Italia, para impedir o limitar las esperadas represalias. Los defensores de Pacelli aseguran que el intermediario papal con los alemanes, el padre Pankratius Pfeiffer, también intentó interceder ante las autoridades alemanas.[6] El 26 de marzo, *L'Osservatore Romano* publicó un artículo lamentando la muerte de los soldados alemanes, y expresando su pesar por «las 320 [*sic*] personas sacrificadas en lugar de los culpables del atentado, que habían conseguido huir». Los alemanes se quejaron por ese artículo, indicando que las víctimas estaban en cualquier caso condenadas a muerte (lo que no era cierto en todos los casos); pero los partisanos también lo criticaron, ya que el artículo en cuestión expresaba la simpatía del Vaticano hacia los ocupantes nazis condenando a quienes luchaban por la libertad de Italia.

Dada la feroz reacción de Hitler al atentado de Via Rasella, y la rapidez con que exigió una represalia, es improbable que ninguna iniciativa de Pacelli hubiera tenido efecto. Pero el Pontífice envió a los partisanos, a quienes por otra parte no podía sorprenderlos, el mensaje de que no simpatizaba en absoluto con sus métodos.

La liberación

La liberación de Roma tuvo lugar el 4 de junio de 1944, y el Papa Pío XII, la basílica de San Pedro y su plaza se convirtieron en motivo de alegría para los romanos y las tropas aliadas victoriosas. En las últimas semanas antes de que los alemanes abandonaran la ciudad, Pacelli consiguió por fin para Roma el estatus de ciudad abierta, por lo que los romanos le atribuyeron el hecho de que no se la bombardeara más duramente y que no se produjera una destructiva lucha calle por calle (como Mussolini había pedido por radio desde la República títere de Saló). Pacelli fue saludado como *defensor civitatis* (salvador de la ciudad). Se le aclamó, como ha señalado Carlo Falconi: «Como el profeta moral de la victoria más inspira-

do». Pero los comunistas también habían salido a la luz, con mucho prestigio y la confianza de gran cantidad de gente en toda Italia.

La liberación tuvo también sus miserias. Hubo represalias por colaborar con los alemanes; el director de la prisión de Regina Coeli fue golpeado hasta la muerte con remos en el Tíber; el rabino Israel Zolli, que se había refugiado en el Vaticano y se iba a convertir en el más ardiente defensor judío de Pacelli en años posteriores, fue duramente criticado por quienes le acusaban de abandonar su puesto junto a la comunidad judía. El corresponsal de guerra norteamericano Michael Stern contempló una discusión en la calle entre Zolli y sus antagonistas judíos:

> El dirigente laico de la comunidad llegó hasta mí, diciendo: «Este hombre abandonó a su pueblo cuando más lo necesitaba. Ya no es nuestro rabino.» El rabino Zolli me miró suplicante. «Él sabe que mi nombre era el primero en la lista de judíos que la Gestapo quería liquidar. Muerto, ¿de qué habría servido a mi pueblo?» Se nombró a un nuevo rabino para la sinagoga de Roma, pero Zolli se negaba a abandonar el puesto. La querella no terminó hasta que Zolli, en uno de los mayores escándalos del judaísmo, se convirtió al catolicismo.[7]

El plantel de diplomáticos acogidos a la protección del Vaticano se invirtió: primero se trasladó al Vaticano el embajador eslovaco, y después los de Alemania y Japón, Von Weizsäcker y Harada, ocupando el lugar que habían dejado libre británicos, norteamericanos, polacos, etc. Cierto número de soldados británicos, principalmente prisioneros de guerra huidos que se habían ocultado en el Vaticano, fueron sustituidos por soldados alemanes fugados de los campos del sur de Italia.

Pacelli ofrecía diariamente varias audiencias a los soldados y se dejaba ver desde el balcón de San Pedro. Aparte de los partisanos comunistas, nadie le criticaba en aquellos días. Sólo le llegaban felicitaciones y agradecimientos. De nuevo acudían innumerables extranjeros, que salían de la audiencia con la fuerte impresión de su notable carisma. El novelista británico Evelyn Waugh, capitán del ejército en Roma después de la liberación, escribió más adelante:

> Todos sentían que habían estado en contacto con un hombre de extraordinaria importancia, uno de ellos que no lo era del todo.

> [...] Nunca oí a nadie que hubiera estado en su presencia hablar mal de Pío XII. Era la combinación del genio humano con la Gracia Divina.[8]

Durante unas semanas se habló en los círculos aliados de devolver toda Roma al papado; de ofrecer al Papa su propio aeropuerto o al menos de ampliar el territorio vaticano. Las organizaciones humanitarias y religiosas traían alimentos a Roma desde distintos puntos del país, enarbolando en los mástiles de sus lanchas las armas del Vaticano; se rumoreaba que podía constituirse de nuevo una «flota papal».[9] Pero todas aquellas historias acerca de un retorno del poder temporal del Papa resultaron fallidas.

Aunque la guerra se acercaba a su fin, nadie consultaba al Papa acerca de los repartos de posguerra. Aun así, las grandes figuras del mundo occidental hacían cola para entrevistarse con él, incluidos Winston Churchill y Charles de Gaulle. Harold Macmillan, futuro premier británico, y en aquel entonces principal dirigente político de los aliados en Italia, ha dejado un relato memorable de su audiencia. Pacelli, escribe, parecía abatido, «con pensamientos que volaban como pájaros de un punto a otro». Macmillan «[le] susurró algunas frases cortas de aliento, como quien habla a un niño», y el Papa le pareció «un hombre virtuoso, bastante preocupado, obviamente bastante desprendido y santo, y al mismo tiempo una figura patética y formidable».[10]

Por muy patético que le pareciera a un visitante británico, Pacelli estaba en aquel mismo momento asumiendo una autocracia sin precedentes en la exaltación de la cúspide. Poco después de la liberación había muerto el cardenal secretario de Estado Maglione, y Pacelli le dijo a Tardini: «¡No quiero colaboradores, sino gente que obedezca!»[11] «Pío XII —escribía Tardini— era el Gran Solitario. [...] Solo en su trabajo, solo en su lucha.»[12]

Ésta era la rutina de posguerra: Pacelli entraba en su estudio a las 8.50; a las nueve menos un minuto apretaba el botón que había en el suelo con su babucha carmesí, convocando a Tardini. A las 9.14 llamaba a Montini, quien se retiraba catorce minutos más tarde. A las 9.23 en punto comenzaban las audiencias del día. En los años de posguerra, Pacelli no quería perder ni un minuto. Todo se hacía según lo previsto en la agenda y de acuerdo con su rígido horario.

A las 18.30, los dos secretarios acudían a presencia de Pacelli con la correspondencia y los documentos que requerían la firma papal. En los diálogos que tenían entonces lugar no había ni asomo de consejo por parte de los subordinados; tampoco podían hacer preguntas.[13] Tardini testificó que si a Pacelli no le gustaba la forma en que se había redactado un documento lo rechazaba sin explicaciones. Se negaba a firmar un documento si observaba en él el más mínimo error, lo que incluía un espaciado incorrecto al comienzo de un párrafo. La administración papal mostraba una notable ausencia de colegialidad y consulta, aunque al Pontífice nunca le faltaba encanto y una conmovedora humildad. «Un día en que no era capaz de hallar un libro que necesitaba —atestiguó un funcionario del Vaticano al tribunal de beatificación— preguntó por su secretario personal, el padre Hentrich, insinuando que éste lo había puesto donde no debía. Le gritó: "Lo he buscado por todas partes, perdiendo un tiempo precioso."» Pacelli, según el informante, se dio cuenta de que el padre Hentrich se sentía mortificado por aquellas palabras; entonces salió, pidiéndole que le acompañara a su despacho. Allí se arrodilló ante el sacerdote y le pidió perdón por haberle ofendido: el padre Hentrich se sintió tan conmovido que rompió a llorar.[14] Ese incidente no significa que relajara ni un ápice su estricto horario ni que le disgustara el abyecto servilismo hacia su persona de los burócratas vaticanos. A partir de aquella época, los funcionarios del Vaticano debían arrodillarse al recibir llamadas telefónicas de Pacelli.

Pacelli y los judíos húngaros

Sumándose a los problemas inmediatos en Italia, una multitud de tareas relacionadas con la guerra absorbían el tiempo de Pacelli. Tras la ocupación nazi de Hungría en marzo de 1944, Eichmann se había hecho cargo personalmente del plan «Solución Final» para los 750 000 judíos del país, con ayuda de tres mil policías húngaros. Entre el 23 de marzo, fecha en que se formó el nuevo gobierno, y el 15 de mayo, que fue cuando comenzaron las deportaciones en masa de judíos de las provincias, el nuncio papal en Hungría, Angelo Rotta, hizo frecuentes visitas a los ministros, preocupándose por la suerte de los judíos detenidos. El 15 de mayo, Rotta envió una

nota al gobierno condenando el trato que se les daba: «La Oficina del Nuncio Apostólico [...] pide una vez más al gobierno húngaro que no prosiga su guerra contra los judíos más allá de los límites prescritos por las leyes de la naturaleza y los Mandamientos divinos, y que evite cualquier acción contra la que la Santa Sede y la conciencia de todo el mundo cristiano se verían obligados a protestar.» Según un investigador del genocidio de los judíos húngaros, Randolph L. Braham, esa nota es de gran importancia en los anales del Vaticano, porque constituyó la primera protesta oficial contra la deportación de judíos presentada por un delegado del Papa.[15] Su carácter era diplomático, insistiendo, como ha señalado otra estudiosa del Holocausto, Helen Fein, en que «ningún representante del Vaticano dijo públicamente a los católicos que no debían colaborar, porque Alemania estaba matando judíos sistemáticamente, ni que matar judíos era un pecado».[16]

El propio Pacelli sufrió presiones para que denunciara la deportación de judíos húngaros desde la ocupación nazi de ese país. El 24 de marzo, el U. S. War Refugee Board (Oficina USA para los Refugiados de Guerra) se dirigió a Pacelli a través del delegado apostólico en Washington; Harold Tittmann, el representante norteamericano en el Vaticano, rogó a Pacelli el 26 de mayo que recordara a las autoridades húngaras las implicaciones morales de los «asesinatos en masa de hombres, mujeres y niños desamparados»; también llegaron peticiones de los dirigentes judíos en Palestina, a través del delegado apostólico en El Cairo, para que el Pontífice hiciera uso de «su gran influencia [...] con el fin de evitar el diabólico plan de exterminar a los judíos de Hungría».[17] En ese mismo mes de mayo de 1944, dos judíos eslovacos escapados de Auschwitz informaron que se estaba acondicionando aquel campo de la muerte para recibir a la judería húngara. Ese informe llegó a manos de Angelo Roncalli, el futuro Juan XXIII, entonces nuncio papal en Estambul, quien a su vez lo envió al Vaticano y al presidente Roosevelt en Washington.

A finales de junio, la prensa suiza comenzó a informar sobre los horrores de la deportación de judíos húngaros. El 25 de junio Pacelli telegrafió por fin al presidente Horthy, pidiéndole que «hiciera uso de toda su posible influencia a fin de interrumpir el sufrimiento y tortura que mucha gente está padeciendo simplemente a causa de su nacionalidad o raza».[18] Al día siguiente el presidente Roosevelt

envió un mensaje al gobierno húngaro, vía Suiza, advirtiéndole que de no interrumpir inmediatamente las deportaciones de judíos sufriría las consecuencias. Ese mismo día, Horthy informó al Consejo que «las crueldades de las deportaciones» iban a cesar inmediatamente.[19] El 1 de julio telegrafió a Pacelli confirmándole que haría cuanto estuviese en su mano «para que prevalecieran las exigencias de los principios humanitarios cristianos». Las deportaciones continuaron sin embargo hasta el 9 de julio. Para esa fecha, la mayoría de las regiones de Hungría habían sido declaradas *judenrein*, esto es, libres de judíos.[20] La persecución de los judíos y las deportaciones siguieron bajo la dirección de Eichmann, pero muchos miles de judíos que aún permanecían en Budapest se salvaron con cartas especiales de acreditación suministradas por la Santa Sede y gracias al amparo que se les ofreció en hogares católicos e instituciones religiosas. Según un testimonio, «durante el otoño y el invierno de 1944 no había prácticamente ni una institución de la Iglesia católica en Budapest que no sirviera de refugio para judíos perseguidos».[21] De todas formas, Randolph L. Braham mantiene que «el éxito en frenar la acción de Horthy es otra prueba que demuestra que la exigencia alemana de proceder a la Solución Final podía haberse evitado o saboteado desde el mismo momento de la ocupación. Si Horthy y las autoridades húngaras se hubiesen preocupado realmente por todos sus ciudadanos de religión judía podían haberse negado a cooperar».[22] Según un estudio del Holocausto realizado por David Cesarani, entre el 15 de mayo y el 7 de julio, 473 000 judíos fueron detenidos y enviados al campo de concentración y exterminio de Auschwitz-Birkenau, en la Alta Silesia. De la porción seleccionada para el trabajo forzado, sólo unos miles sobrevivieron.[23]

Las iniciativas de Pacelli en Hungría y en otros lugares contribuyeron sin duda a los esfuerzos solidarios de los católicos. Pero su protesta llegó demasiado tarde para evitar que se deportara a cerca de medio millón de judíos de las provincias. Hasta el final, además, se negó a llamar por su nombre a los nazis o a los judíos. Finalmente hay que decir que junto al valeroso nuncio Rotta había religiosos corrientes, clérigos y laicos, actuando individualmente o en grupos, sin el respaldo de Pacelli, a los que se debió en gran medida la salvación de muchos judíos durante el verano de 1944. En cualquier caso, una protesta más temprana y desde una autoridad más alta podría haber cambiado el curso de los acontecimientos.

En 1945, la situación política en Italia superaba cualquier otra preocupación de Pacelli. Con el colapso del movimiento fascista, Italia se halló en busca de una nueva identidad social y política. Ante el pueblo italiano se presentaban dos modelos principales, en gran medida míticos: por un lado, el del Partido Comunista italiano, que consideraba a Stalin un héroe, el verdadero defensor de la justicia social y el auténtico vencedor del fascismo. Por otro, la fascinación de una democracia de libre empresa al estilo americano, con su exaltación del individualismo, el consumismo y el *american way of life*. Con los soldados americanos habían llegado al país ropa, películas, música, cerveza, cigarrillos, chewing-gum y Coca-Cola. El gobierno estadounidense financiaba la distribución del *Reader's Digest* a medio millón de familias italianas.

Pacelli, desdeñando públicamente esos modelos «extranjeros» (sobre todo el comunista), proponía una tercera opción, la de una renovación católica acorde con la visión que el Pontífice se hacía de la Iglesia. Para Pacelli, el mejor de todos los mundos posibles era el español, un Estado uniforme, corporativista y católico (cuya dirección se alcanzaba por selección, no por elección), el reparto de soberanías entre lo temporal y lo espiritual, siendo ambas dimensiones católicas y leales al Pontífice. Pacelli honró al Caudillo con la más preciada condecoración vaticana, la Suprema Orden de Cristo.[24] Los peregrinos patrocinados por Franco gritaban en la plaza de San Pedro: «¡España por el Papa!», y Pacelli les respondía: «¡Y el Papa por España!»

Pero la compleja situación italiana tras la derrota del fascismo ensombrecía esos sueños, pese a la pervivencia del Tratado Lateranense, que garantizaba a la Iglesia católica una posición privilegiada en la Constitución italiana. Aun así, Pacelli trataba de manipular a la recientemente formada Democrazia Cristiana, que bajo la dirección de Alcide de Gasperi se convirtió en un bastión contra el comunismo. No se trataba de un partido católico confesional como el viejo Partito Popolare de don Luigi Sturzo (disuelto por las presiones de Pacelli en 1933), pero en cualquier caso iba a prosperar bajo los auspicios del Vaticano, con el apoyo de la Acción Católica, las energías del clero secular y los religiosos, y la formidable aportación de votos impulsados por el miedo al comunismo.

En su sermón de Navidad de 1944, Pacelli dio de mala gana y con cautelas su bendición a la democracia.[25] En primer lugar citó a su predecesor León XIII, concediendo que la Iglesia católica no condena «ninguna de las varias formas de gobierno, con tal que se consagren a asegurar el bienestar de los ciudadanos».[26] Luego señaló como un peligro de la democracia el negligente dominio de las «masas», declarando que en todo caso sería inviable sin los auspicios de la Iglesia católica: «[La Iglesia] comunica esa sobrenatural fuerza de la gracia, necesaria para poner en pie el orden absoluto establecido por Dios, orden que constituye el más profundo fundamento y norma que debe guiar una auténtica democracia.» No indicó que hubiera argumentos cristianos en favor del pluralismo cultural, religioso y político. Tampoco pretendió explorar el cristianismo social ni la necesidad de redes complejas de comunidades que enriquecieran el espacio comprendido entre el Estado y el individuo. Concluyó su mensaje con unas palabras de especial gratitud a Estados Unidos «por la vasta labor de asistencia realizada, pese a las extraordinarias dificultades de transporte».

La tibia concesión de Pacelli a la democracia no llegó en un momento demasiado prematuro, porque ya había otros, como De Gasperi —Robert Schuman en Francia y Konrad Adenauer en Alemania—, que intentaban representar los ideales y aspiraciones de la democracia cristiana en la nueva Europa.

Para Pacelli, la democracia conducía bien a los dudosos valores de Estados Unidos, que en muchos aspectos deploraba pese a su riqueza, o al socialismo, que consideraba precursor del comunismo. Estados Unidos, según creía, se balanceaba en un peligroso relativismo que aceptaba todo tipo de credos, denominaciones y afiliaciones, incluyendo el protestantismo y la francmasonería. El desenfadado materialismo americano, en opinión de Pacelli, no era sino el reverso del materialismo ateo de la Unión Soviética. En la práctica, sin embargo, la opción entre los dos grandes bloques de posguerra significaba tener que ponerse de parte del comunismo o contra él. Separada de Yugoslavia por la corta distancia del mar Adriático, Italia se encontraba en la línea del frente de la gran división entre el Este y el Oeste; el enemigo se encontraba a las puertas y Pacelli temía una inminente victoria comunista en Italia, seguida por el martirio de la Iglesia católica. Se puso ostentosamente entonces de parte de Occidente, como el menor de dos males, hecho que

le otorgaría el irónico título de «capellán de la Alianza del Atlántico Norte». No estaba dispuesto a hacer la menor concesión a los comunistas italianos, a pesar de que Palmiro Togliatti, líder del Partido Comunista italiano, había renunciado a la violencia, al menos públicamente. La opinión predominante en el Vaticano, donde los acontecimientos de la Europa oriental eran seguidos de cerca y con ansiedad, era que los comunistas decían una cosa cuando todavía aspiraban al poder, para hacer la contraria cuando lo alcanzaban. Lo mismo valía para los socialistas. Así, tras la formación de una Asamblea Constituyente en la Italia de posguerra, a la espera de unas elecciones generales (la monarquía había quedado abolida por referéndum, con la calurosa aprobación de Pacelli), se produjo una alianza pragmática entre Estados Unidos, los cristianodemócratas italianos y el Papa Pío XII, «para evitar que los cosacos y Stalin lleguen a acampar en la plaza de San Pedro», como rezaba el eslogan.

Convencido de que el atractivo de los comunistas provenía de sus organizaciones de base, Pacelli requirió la ayuda de Luigi Gedda, quien controlaba el movimiento de masas de la Acción Católica, para poner en pie asociaciones electorales llamadas *comitati civici* (comités cívicos), como réplica a las células comunistas. Gedda había producido la película de propaganda de los tiempos de guerra *Pastor Angelicus* y era por tanto un personaje adecuado para trabajar en estrecha colaboración con el Pontífice y llevar a la Acción Católica a actividades de contrapropaganda. Los veinte mil *comitati civici* se convirtieron en agencias de reclutamiento para la Democracia Cristiana, y desempeñó un papel crucial en la campaña electoral de 1948, después de que los comunistas hubieran sido expulsados de la coalición de gobierno.

Las elecciones de 1948, en las que contendieron la coalición de demócratas cristianos y el frente popular constituido por socialistas y comunistas, fueron presentadas por Pacelli como «una batalla por la civilización cristiana». Pacelli ofreció cien millones de liras de su banco personal, el Istituto per le Opere di Religione (fundado en 1942), dinero que al parecer salió de la venta de material de guerra norteamericano excedente, concedido al Vaticano para que lo gastara en actividades anticomunistas.[27] En los doce meses que precedieron a las elecciones del 18 de abril, Estados Unidos volcaron 350 millones de dólares en Italia como ayuda a los necesitados y para

actividades políticas. En el llamamiento de Pacelli se decía a los católicos que su «deber cívico» era votar. El cardenal Tisserant declaró que los comunistas y socialistas no podían acceder a los sacramentos; de hecho, dijo, ni siquiera eran merecedores de un entierro cristiano.[28]

En vísperas de las elecciones se temía un estallido de violencia, e incluso el estallido de una guerra civil. Joseph Walshe, embajador irlandés ante la Santa Sede, mantuvo una audiencia con Pacelli el 26 de febrero de 1948, siete semanas y media antes de las elecciones, y encontró al Pontífice «con un aspecto muy cansado y, por primera vez, profundamente pesimista». Pacelli estaba «encorvado, casi físicamente vencido por el peso de su carga [...] y el inminente peligro para la Iglesia en Italia y en toda la Europa occidental».[29] Preguntó al diplomático: «Si consiguen la mayoría, ¿qué podré hacer para gobernar la Iglesia como Cristo quiere que la gobierne?»[30] Walshe sugirió que si las cosas iban mal, el Pontífice siempre encontraría una acogida calurosa en Irlanda, a lo que Pacelli replicó: «Mi sitio está en Roma, y si ésa es la voluntad del Divino Maestro, estoy dispuesto a sufrir martirio por Él en Roma.»

La votación del 18 de abril motivó una gran movilización de los obispos, clero, religiosos y seminaristas en toda Italia. El lema cristianodemócrata, que recordaba los Ejercicios Espirituales de san Ignacio, era «O por Cristo o contra Cristo». Ildefonso Schuster, el austero cardenal arzobispo de Milán, dijo a los fieles que «la lucha entre Satanás y Cristo con su Iglesia ha entrado en una fase de crisis aguda».[31] La víspera de las elecciones, el arzobispo de Génova, Giuseppe Siri, dijo a su diócesis que no votar era «pecado mortal», que «votar a los comunistas no era compatible con la pertenencia a la Iglesia católica», y que los confesores «no podrían dar la absolución a quienes no siguieran sus instrucciones».[32] Las tropas norteamericanas efectuaron una demostración de fuerza desembarcando en Nápoles un contingente de carros de combate destinados a Grecia. Frank Sinatra, Bing Crosby y Gary Cooper hicieron un programa especial para Italia, recordando a los aficionados a sus películas que el resultado de las elecciones marcaría «la diferencia entre la libertad y la esclavitud».

Los temores de Pacelli, como sabemos, resultaron infundados; las elecciones dieron la victoria a la Democracia Cristiana, con el 48,5 % de los votos, de una participación del 90 %. Ese partido iba

a dominar la política italiana durante los siguientes treinta y cinco años. El frente popular de socialistas y comunistas alcanzó el 31 % de los sufragios. Pero la amenaza de la violencia seguía en el aire. Tras un fallido intento de asesinato del dirigente comunista Togliatti en Sicilia el 14 de julio, los comunistas convocaron una huelga general, lo que impulsó a la embajada estadounidense a inyectar fondos, a través de Gedda, en las organizaciones sindicales católicas.[33]

Pacelli había ganado, pero los bolsillos del Vaticano estaban exhaustos. Hay pruebas de que en agosto de 1948 el cardenal Francis Joseph Spellman acudió con el cepillo de las limosnas al general George Marshall, el iniciador del plan que llevaba su nombre para impulsar la economía de los países destrozados por la guerra y consolidar las fuerzas antisoviéticas de la Europa occidental, con una inversión de 12 000 millones de dólares.[34] Pacelli concedió su apoyo al Plan Marshall con un elogioso artículo aparecido en *L'Osservatore Romano*. En el *Quotidiano* apareció otro artículo aprobatorio, escrito por Montini, el subsecretario de Estado.[35] Según el biógrafo de Spellman, John Cooney, el cardenal norteamericano informó a Pacelli en un memorándum secreto de que a raíz de su encuentro con Marshall, el gobierno USA había «proporcionado grandes sumas de "dinero negro" a la Iglesia católica italiana».[36]

Agosto de 1948 fue un período de creciente tensión entre Occidente y el bloque soviético. Se estableció un puente aéreo con Berlín, para contrarrestar el bloqueo de las rutas terrestres hacia los sectores occidentales de la capital, y parecía inminente una tercera guerra mundial, contando con el creciente potencial nuclear norteamericano. Al cabo de un año, la Unión Soviética poseería también la bomba atómica, realizando con éxito su primer ensayo en septiembre de 1949. Pacelli había advertido cinco años antes contra la utilización destructiva de la energía nuclear en una alocución a la Academia Pontificia de Ciencias (un grupo selecto de científicos internacionales promovido y financiado por la Santa Sede), dos años antes de que se lanzara la primera bomba atómica sobre Hiroshima. El 3 de agosto de 1948, el Comité de Actividades Antiamericanas convocó a Whittaker Chambers, editor de la revista *Time*, para testificar contra funcionarios americanos de los que se sabía que eran comunistas; nombró, entre otros, a Alger Hiss, antiguo funcionario del Departamento de Estado. Aquél fue el punto de partida de la caza de brujas dirigida por el senador Joe McCarthy.

Los Caballeros de Colón, una asociación de varones católicos que colaboraba con el «obispo de la radio» Fulton J. Sheen y el cardenal Spellman, llamaron a apoyar la cruzada anticomunista de McCarthy. Los Caballeros colectaron «dólares de la verdad» para Radio Europa Libre y, junto con el obispo Sheen, también para el Vaticano. A lo largo de los años cincuenta se recaudó en Estados Unidos un promedio de 12,5 millones de dólares para la Santa Sede.[37]

En aquel entonces, una figura prometedora de la curia, Alfredo Ottaviani, respaldado por *Civiltà Cattolica*, sugirió que el Partido Comunista fuera declarado fuera de la ley en Italia. El instinto de Pacelli le hizo oponerse a esa medida: «Eso incitaría a una revolución —se dice que comentó—, y sería inconcebible a la luz de los procedimientos democráticos.»[38] Pero estaba sin embargo dispuesto a algo muy parecido, decretando el 2 de julio de 1949 que los católicos no podían pertenecer al Partido Comunista, ni escribir o publicar artículos defendiendo el comunismo; y que los sacerdotes no podrían administrar los sacramentos a quien cometiera esos pecados.[39] El decreto, expuesto en todos los confesionarios de Italia, dejó claro que no se podía ser católico y comunista al mismo tiempo, y esa advertencia estaba dirigida no sólo a los italianos, sino a los católicos de la Europa del Este.

El decreto no provocó el colapso del Partido Comunista italiano, ni siquiera afectó al porcentaje de voto comunista en los años posteriores, pero constituía indudablemente un elemento de disuasión moral suficiente para mantener las posiciones.

El catolicismo en la Europa oriental

El insoportable peso de la responsabilidad de Pacelli a finales de los años cuarenta, tal como lo describe Joseph Walshe, se debía en parte al temor del Pontífice de que Italia pudiera sufrir la devastación de una guerra civil semejante a la española. Al mismo tiempo, era consciente del destino que esperaba a la Iglesia católica en la Europa del Este bajo la bota de Stalin. La previsión del palacio Apostólico para esos países con mucha población católica —Polonia, Eslovaquia, Lituania, Hungría— era terriblemente sombría, ejemplificando lo que podía llegar a ser el futuro del resto de Europa si no se ponía un freno al comunismo. Con su decreto de excomunión, Pacelli decla-

ró la guerra al comunismo allí donde apareciera. Aquella decisión —que se mantendría más tarde bajo Pablo VI y su secretario de Estado, Casaroli— anticipaba y se conectaba estrechamente con la parecida intransigencia, treinta años más tarde, del arzobispo de Cracovia, Karol Wojtyla, el futuro Juan Pablo II.

Pacelli no contemplaba ningún posible acomodo con una ideología que apoyaba y predicaba sistemáticamente el ateísmo, la dictadura del proletariado, la lucha de clases, la abolición de la propiedad privada (que para los últimos papas sostiene los valores familiares), en resumen, una ideología que negaba «la existencia de una alma espiritual e inmortal». La actitud de los comunistas hacia el catolicismo no era menos hostil. A los ojos de los gobiernos marxistas de Europa oriental, el catolicismo dividía a la sociedad; alentaba la holgazanería, las actitudes burguesas y la injusticia. Se acusaba a los católicos de haberse puesto de parte de los nazis durante la guerra. La vehemencia con que se atacaba al catolicismo variaba de un país a otro, yendo desde la represión de baja intensidad hasta los juicios, encarcelamientos, tortura y asesinato. La política general, sin embargo, era la de quitar de delante de la vista la práctica de la religión, prohibir la educación religiosa, así como sus publicaciones y emisoras, y obstaculizar el reclutamiento de nuevos sacerdotes. Al mismo tiempo, en las escuelas se exponía positivamente el materialismo científico, se ridiculizaban las creencias religiosas y se preconizaba sistemáticamente el ateísmo.

La Iglesia se enfrentaba a un angustioso dilema. ¿Era mejor llegar a un compromiso con esos regímenes a fin de mantener una estructura que sobreviviera, a la espera de tiempos mejores? ¿O había que resistir, denunciar, enfrentarse y arriesgarse con ello a la aniquilación? En la Alemania de los años treinta, Pacelli había optado por la primera alternativa cuando el partido de Hitler todavía aspiraba al poder y podía frenársele. Pacelli había obligado a la Iglesia católica alemana a la conciliación, desde el primer momento, ayudando a Hitler a amparar con el manto de la legalidad su dictadura. En la Europa del Este, a finales de los años cuarenta, los regímenes marxistas eran realidades de hecho, con el respaldo del inmenso poderío militar y totalitario de la Unión Soviética. La esperanza de un futuro mejor parecía un sueño imposible. Esta vez, sin embargo, Pacelli optó por una inflexible actitud de oposición frente al comunismo soviético. No se podía hacer tratos con él.

La historia de József Mindszenty en Hungría ilustra las difíciles decisiones que tuvo que tomar Pacelli frente al comunismo reinante en los países de la Europa oriental. Revela, con el beneficio de la mirada retrospectiva, el persistente poder moral y el apoyo con que contaban quienes optaron por enfrentarse al comunismo a causa de su hostilidad hacia el cristianismo. A finales de 1945, los húngaros acudieron a las urnas en unas elecciones libres. Un partido conservador democrático consiguió la mayoría parlamentaria y formó gobierno. Con motivo de la creciente inflación, sin embargo, los comunistas dieron un golpe y establecieron un régimen de terror respaldado por el Ejército Rojo ocupante. József Mindszenty había sido consagrado obispo en marzo de 1944, después de que los nazis invadieran Hungría. Condenó sin paliativos a los nazis que lo habían encarcelado, y luego a los invasores rusos por sus ataques a las iglesias. Pacelli aprobó la franqueza adoptada por su obispo, y en octubre de 1945 lo nombró primado de Hungría y lo llamó a Roma. En noviembre, Mindszenty viajó con dificultades hasta Bari, y desde allí, en autobús, hasta el Vaticano. Pacelli, según se dice, interrumpió sus ejercicios espirituales de adviento para recibirlo.

Mindszenty escribió en sus memorias que «siempre había estimado al Papa como una descollante personalidad»; ahora podía ver en persona «qué amable Santo Padre nos había dado Dios». Dijo al Pontífice lo contento que estaba de que Roma hubiera podido escapar a las peores consecuencias de la guerra. Y éste le respondió: «Usted que tanto ha sufrido, ¿tiene todavía la fuerza suficiente para alegrarse por eso?» Al final de la audiencia, Pacelli dijo a Mindszenty que lo iba a nombrar cardenal.

El primado húngaro, de cincuenta y cinco años, viajó de nuevo a Roma en febrero de 1946 para la ceremonia. Cuando Pacelli colocó el capelo rojo sobre la cabeza de Mindszenty, le dijo: «Entre los treinta y dos [nuevos cardenales], usted será el primero en sufrir el martirio simbolizado por este color rojo.»[40] En contraste con la política conciliadora que había desarrollado hacia los nazis en la Alemania de los años treinta, Pacelli alentaba ahora la resistencia activa y hasta la muerte. Con la bendición de Pacelli, Mindszenty se convirtió en un foco de oposición al régimen, sin hacer distinciones entre el catolicismo religioso y político. Mindszenty condenó al gobierno comunista como el peor que había sufrido Hungría.

Tras una campaña de propaganda contra él en los medios de comunicación controlados por el gobierno, Mindszenty fue detenido en la Navidad de 1948 bajo la acusación de haber colaborado con los nazis, espionaje, traición y fraude monetario. Ninguna de esas acusaciones era cierta. Fue torturado psicológica y físicamente, golpeado diariamente con tubos de caucho, hasta que firmó algo así como una confesión. El 3 de febrero de 1949 comenzó el juicio-farsa, condenado por las Naciones Unidas y por Pacelli. Las pruebas inventadas, de las que se informó abundantemente en Occidente, sobrecogieron y horrorizaron a los católicos del mundo entero. Mindszenty, evidentemente drogado (al parecer con «actedron», que disminuye la «resistencia psíquica»), admitió todos los cargos y fue condenado a prisión perpetua tras una dura prueba judicial de tres días.

La semana siguiente, Pacelli dirigió un discurso a los cardenales en el Vaticano:

> Consideramos que es Nuestro deber rechazar como completamente falsa la afirmación realizada en el transcurso del juicio de que toda la cuestión se resumía en que esta Sede Apostólica, promoviendo un plan para el dominio político de las naciones, diera instrucciones para oponerse a la República de Hungría y a sus gobernantes; así, toda la responsabilidad recaería sobre la Sede Apostólica. Todo el mundo sabe que la Iglesia católica no actúa por motivos terrenales, y que acepta cualquier forma de gobierno que no sea inconsistente con los derechos humanos y divinos. Pero cuando [un gobierno] contraviene esos derechos, los obispos y los fieles están obligados por su propia conciencia a oponerse a las leyes injustas.[41]

Eran palabras de lucha, muy diferentes a las que había dirigido a los obispos católicos y los fieles alemanes en los años treinta. Pero no tuvieron efecto sobre el episcopado húngaro. Los hermanos en el episcopado de Mindszenty se rindieron el 22 de julio de 1951, jurando lealtad al régimen con un alarde de grandes titulares publicitarios en los medios de comunicación. Los húngaros que profesaban el catolicismo públicamente se enfrentaban al despido; las órdenes religiosas quedaron disueltas y sus miembros tuvieron que abandonar los monasterios y conventos. Se concedió a la Iglesia católica un subsidio proveniente de sus antiguos bienes y propieda-

des. Sacerdotes y laicos conocidos como «católicos progresistas» colaboraban con los comunistas. Ni Mindszenty desde su prisión ni Pacelli desde Roma dejaron de repudiar esa colaboración. «En todo instante —escribió Mindszenty tras su puesta en libertad— [Pacelli] denunció las maquinaciones de los comunistas, así como las de los denominados "católicos progresistas".»[42]

Mindszenty languideció en prisión hasta octubre de 1956, cuando fue liberado con ocasión del levantamiento anticomunista. Viajó a Budapest, donde fue recibido como un héroe, pero se vio obligado a refugiarse en la embajada estadounidense cuando los tanques rusos ocuparon las calles y rodearon el edificio del Parlamento. Pacelli condenó públicamente el aplastamiento del alzamiento húngaro.

Mindszenty permaneció en la embajada estadounidense en Budapest los siguientes quince años; el gobierno húngaro lo quería fuera del país y le ofreció en varias ocasiones la salida, pero él rechazó un ofrecimiento tras otro. Al final se convirtió en un obstáculo para la Santa Sede en los años en que la nueva administración vaticana intentaba una conciliación con los comunistas conocida como *Ostpolitik*. Finalmente, en 1971, Pablo VI ordenó a Mindszenty que abandonara Budapest, a raíz de un acuerdo con el gobierno húngaro. Fijó entonces su domicilio en un seminario húngaro en Viena, donde escribió sus memorias. El Papa Pablo VI le aconsejó que no las publicara, temiendo que dañaran el delicado equilibrio de relaciones que se desarrollaba entonces entre el Vaticano y los países del bloque del Este. Mindszenty no hizo caso y las dio a conocer. Agostino Casaroli, el cardenal secretario de Estado de Pablo VI, dijo en una ocasión que Mindszenty era «como granito, y puede ser tan desagradable como el propio granito».[43]

19. La Iglesia triunfante

La hostilidad de Pacelli hacia el comunismo no significaba en absoluto mayor tolerancia hacia la diversidad y descentralización en la política interna de la Iglesia. Por el contrario, los últimos años cuarenta y los primeros cincuenta contemplaron un endurecimiento de sus actitudes eclesiales. Tenía una concepción triunfante de la Iglesia y de la autoridad papal; y las universales alabanzas que había conseguido al final de la guerra parecían confirmarle su sensación de certidumbre infalible. Su visión del papado, a pesar de su humildad personal y su modestia, era la de un poder irrestricto, místicamente otorgado por Dios, en lo que él consideraba que eran los intereses de la supervivencia y unidad de la Iglesia católica.

Robert Leiber, su ayudante durante cuarenta años, intentó describir la peculiar combinación de instintos de Pacelli: «Como era realista, Pío XII tenía un sentido claro del poder. Prestaba poca atención a los planes, por idealistas que fueran, que carecieran del respaldo del poder. [...] Ese realismo, sin embargo, no significaba que careciera de sentimientos. Pío XII era, por el contrario, extremadamente sensible y comprensivo.»[1]

El triunfalismo de Pacelli alcanzó una notoria expresión física e histórica en 1950, cuando, siguiendo una tradición que se remontaba a 1300, declaró un Año Santo, esto es, un año en el que se alentaba a millones de peregrinos a viajar hasta la Ciudad Eterna desde todos los rincones del globo. El concepto de «año santo» provenía de la tradición judía, celebrándose tales jubileos cada cincuenta años; en la Iglesia católica se aumentó su frecuencia, estableciendo un ciclo de veinticinco años. Eran tantos los peregrinos, que se veían obligados a acampar en las colinas cercanas a la capital. Se concedió una *indulgencia plenaria*, lo que significaba una amnistía completa del tiempo que había que pasar en el purgatorio, a quie-

nes visitaran determinadas basílicas de la Ciudad Eterna; para hacer más fáciles esos recorridos se establecieron líneas especiales de tranvías. En las tiendas se vendían objetos sagrados, lo que incluía una estatuilla de yeso de Pacelli, cuyo brazo se elevaba automáticamente para impartir una bendición. La plaza de San Pedro se convirtió en un anfiteatro para misas y exhibiciones de la pompa y circunstancia papal. La afición de Pacelli a la gimnasia y los deportes rememoraba las manifestaciones de la plaza Roja en Moscú. Las enormes asambleas en la plaza de San Pedro de los grupos de Acción Católica, por otra parte, tenían menos que ver con el catolicismo comunitario que con una exhibición leal del culto al papado.

La confirmación externa del catolicismo monolítico y autocrático se veía acompañada de una profunda reacción ideológica en la vida intelectual de la Iglesia. En 1943, en lo más agudo de la guerra, Pacelli había publicado su encíclica *Divino afflante spiritu (Por inspiración del Espíritu Santo)*, sobre el estudio de las Sagradas Escrituras, para alentar los métodos modernos en los estudios bíblicos, urgiendo a los teólogos a un retorno a las fuentes. Supuestamente escrita por su confesor, el jesuita Agostino Bea, parecía indicar el rechazo largamente esperado de la campaña antimodernista, un deshielo de las actitudes de la curia frente a los planteamientos modernos en el comentario de las Escrituras. En 1947, por otra parte, Pacelli hizo pública su encíclica *Mediator Dei (Mediador entre Dios y el hombre),* anunciando reformas en la liturgia católica romana, que la harían más apropiada y accesible a los fieles. Esas dos encíclicas parecían indicar un aliento muy necesario a la creatividad y apertura en la Iglesia, pero quedaron en nada. A la luz del subsiguiente endurecimiento de las actitudes de Pacelli, la autoría de *Divino afflante* parece un tanto misteriosa. En 1950, cuando se celebraba el Año Santo, Pacelli dio a conocer una encíclica que congeló todos los esfuerzos creativos y provocó una caza de brujas intelectual comparable a la campaña antimodernista de la primera década del siglo. Pretendiendo combatir las nuevas ideas teológicas procedentes sobre todo de Francia, generalmente conocidas como Nueva Teología, la encíclica de Pacelli *Humani generis (Sobre la raza humana)* recordaba la rígida ortodoxia de preguerra.

Publicada el 2 de septiembre de 1950,[2] esa encíclica es quejumbrosa y estrecha. «Fuera del redil de Cristo —comenzaba— sólo cabe esperar error y discordia», porque allí se encuentra la opinión

propagada por los comunistas de que «el mundo está en continua evolución». Pero había además, según la encíclica, un cúmulo de viejos errores filosóficos enmascarados bajo nuevos disfraces, incluido el «existencialismo», que «se preocupa sólo por la existencia de las cosas individuales y olvida toda consideración de sus inmutables esencias». Por añadidura, había «un cierto historicismo» (una burla a la insistencia en la historia del movimiento de la Nueva Teología en Francia), que Pacelli situaba junto al racionalismo y el pragmatismo como enfermedades intelectuales de la época; tales actitudes intelectuales modernas socavaban los dogmas inmutables y absolutos del *magisterium* de Roma.

Esos errores, insistía Pacelli, no podrían «tratarse adecuadamente a menos que fueran correctamente diagnosticados». Incluso los estudiosos católicos, proseguía, con un «temerario celo por las almas», se estaban equivocando. Había un «reprensible deseo de novedad [...] y otros más audaces estaban provocando el escándalo de muchos, especialmente entre el clero joven y en detrimento de la autoridad eclesiástica». Había escritores que cuestionaban la verdad literal de las Sagradas Escrituras, promoviendo «una nueva exégesis que gustan de llamar simbólica o espiritual»; otros arrojan dudas sobre el pecado original de Adán, sugiriendo que hubo «muchos Adanes» (herejía conocida con el nombre de «poligenismo». Y lo peor de todo, esos estudiosos católicos, sedientos de novedad, se adaptaban al «relativismo dogmático», lo que significaba que los dogmas podían ser buenos para una época determinada, pero que constantemente se veían sustituidos por otros.

El remedio de Pacelli para todas esas enfermedades era la aplicación del Código de Derecho Canónico, el manual de decretos eclesiales del que él mismo había sido responsable casi medio siglo antes. «Es obligado —declaraba, citando el canon 1 324, que asimila error y herejía— huir también de los errores que se aproximan más o menos a la herejía, y según eso, "mantener también las constituciones y decretos por los que tales opiniones erróneas han sido proscritas y condenadas por la Santa Sede"»,[3] lo que incluía documentos tales como las encíclicas papales. Luego se confirmaba el bombazo dogmático. Las encíclicas del Papa, consideradas hasta entonces como «enseñanzas ordinarias» y por tanto no infalibles, debían a partir de entonces aceptarse sin discusión, incluso por los teólogos más competentes, si el Papa las entendía como definitivas.

El canon 1 323 del Código de 1917 había preparado el camino para esa definición, aunque el Concilio Vaticano I había dejado bastante claro que «sólo las definiciones solemnes», dogmas pronunciados ex cáthedra para toda la Iglesia, eran «irrebatibles». Pero todos los subterfugios que los teólogos habían considerado hasta entonces a su disposición quedaban ahora proscritos:

> Si el Sumo Pontífice, en sus documentos oficiales, expresa intencionadamente un juicio sobre un tema hasta entonces bajo discusión, es obvio que esa cuestión, de acuerdo con el pensamiento y voluntad del Pontífice, dejará de estar abierta al debate entre los teólogos.[4]

Pacelli no estaba diciendo por las buenas que cualquier encíclica, carta apostólica o documento papal fuera de por sí irrebatible, sino que eso dependía del lenguaje utilizado en la encíclica. Así pues, cuando el Papa intervenía deliberadamente en una discusión, dejando claro que estaba zanjando la cuestión, no debía proseguir la discusión, ni siquiera entre los especialistas competentes que se consideraran cualificados para intervenir. En otras palabras, Pacelli había introducido cierto tipo de infalibilidad por la puerta trasera, la «infalibilidad gradual», como se la llamaría más tarde.

El objetivo de esta extraordinaria expansión de la infalibilidad papal era la respuesta tiránica de Pacelli al nuevo pensamiento, creando con ella un nuevo clima de sospecha que recordaba la campaña antimodernista de cincuenta años antes. Del mismo modo que teólogos como Louis Duchesne y Alfred Loisy habían desafiado la concepción que Roma tenía de la ortodoxia católica en la primera década del siglo, los intelectuales franceses de la posguerra pedían nuevas directrices en cuestiones litúrgicas, de historia de la Iglesia y teológicas, llenando de espanto a Pacelli y a la curia.

La obligación de muchos miles de clérigos católicos franceses de servir en el ejército durante la primera guerra mundial y de trabajar en los campos nazis en la segunda, había suscitado un deseo generalizado de adaptación de la Iglesia al mundo moderno. Por aquella época, un grupo de sacerdotes franceses había iniciado el movimiento de los curas-obreros, un apostolado que penetraba en la realidad industrial de la Francia de posguerra. Temiendo que Roma perdiera el control intelectual de la Nueva Teología, y

que ésta comenzara a flirtear con el socialismo y el comunismo, Pacelli sancionó a los curas-obreros y silenció a los intelectuales, ejerciendo sobre los obispos y superiores de las órdenes religiosas la presión del Santo Oficio (la antigua Inquisición), dirigido por el cardenal Giuseppe Pizzardo.

Entre las víctimas más destacadas de la opresión intelectual del Pacelli de los años cincuenta estaba Pierre Teilhard de Chardin, el jesuita y paleontólogo francés que había intentado conciliar la evolución biológica y cosmológica con la teología del Cuerpo Místico. Le ofrecieron la alternativa de quedar confinado bajo estricta vigilancia en una casa de retiro en el campo o exiliarse a Estados Unidos. Eligió trasladarse a Nueva York. Todos los influidos por él fueron privados de sus puestos de enseñanza y destinados a puestos alejados entre sí y de sus estudiantes.[5] Los jesuitas de tendencia liberal, incluido Henri de Lubac, cuya labor tendía al catolicismo social, fueron destituidos para quebrar las supuestas conspiraciones, y se les prohibió enseñar o publicar. Sus libros quedaron prohibidos. El jesuita norteamericano Daniel Berrigan informó a un periodista que investigaba estos acontecimientos: «He visto de cerca cómo se aplastaba a destacados intelectuales con el pretexto de la ortodoxia, como en una gran purga estalinista. A mí me ha golpeado directamente, me ha hecho sufrir mucho, y me ha movido a adoptar la decisión de continuar la obra de los hombres a los que se ha silenciado.»[6]

La otra gran orden intelectual de la Iglesia, la de los dominicos, fue parecidamente golpeada.[7] El padre Emmanuel Suárez, general de los dominicos, recibió un sinnúmero de quejas del cardenal Pizzardo, entre ellas ésta: «Bien sabe que las nuevas ideas y tendencias, no sólo exageradas sino erróneas, se están desarrollando en los campos de la teología, el Derecho Canónico y la sociedad, y que encuentran mucho eco en algunas órdenes religiosas. [...] Este deplorable estado de cosas no puede sino preocupar profundamente a la Santa Sede, considerando que esas órdenes religiosas son fuerzas de las que la Iglesia depende y seguirá dependiendo de forma tan especial en la lucha contra los enemigos de la verdad.»[8]

Al final, la propia supervivencia de la Orden de Predicadores en Francia estaba en cuestión. Dos de sus famosos «nuevos teólogos» eran los padres M.-D. Chenu e Yves Congar, de considerable influencia en la orden y particularmente entre los jóvenes religiosos.

Se les dijo que debían «ofrecer a la Santa Sede alguna satisfacción, signos de obediencia y disciplina». Chenu había quedado marcado por su apoyo al movimiento de los curas-obreros, animando a los sacerdotes a buscar trabajo en las fábricas, a afiliarse a los sindicatos y a realizar activismo político. Congar defendía el ecumenismo y la reforma de la Iglesia. Roma prohibió nuevas ediciones de sus obras; a Congar se le ordenó que dejara de publicar y se le envió a Inglaterra.

El daño causado por Pacelli a esa generación de intelectuales, muchos de los cuales actuaron como consejeros en el Concilio Vaticano II de 1960, no fue sólo su pérdida de influencia mediante la enseñanza y las publicaciones, sino la frustración de su crecimiento y desarrollo mediante la interacción y la discusión entre colegas.

Igualmente trágica fue la represión y final abolición de los curas-obreros. El proyecto se había desarrollado a partir del reclutamiento de clérigos para trabajar en la industria alemana durante la guerra, y un posterior informe, conocido como *France, pays de mission*, escrito por dos jóvenes sacerdotes sobre las condiciones de vida de la clase obrera en Francia. Uno de los impulsores más resueltos de ese movimiento fue el cardenal arzobispo de París, Emmanuel Suhard, quien en 1946 escribió que «cuando salgo a los barrios obreros, mi corazón se siente oprimido por la congoja. [...] Un muro separa a la Iglesia de las masas».[9] A raíz de todo ello se estableció la Misión de París, un programa misionero para la clase obrera de la capital, que luego se extendió a otras diócesis francesas. Los seminaristas estudiaban para convertirse en misioneros en las fábricas y talleres; jóvenes sacerdotes trabajaban a jornada completa, viviendo en los distritos industriales y compartiendo las condiciones de vida y trabajo de sus vecinos. Chenu escribió artículos de apoyo para ellos. Reveló cómo las órdenes mendicantes de la Edad Media habían mostrado el camino a los curas-obreros: «La evangelización real desarrolla, no una institución o a algunos miembros de una institución, sino, como corresponde a la verdadera naturaleza de la Iglesia, una enseñanza, es decir, una nueva forma de pensar, de fundamentar la teología, de explicar la religión.»[10]

Los curas-obreros recibieron las primeras muestras del disgusto de Pacelli ya en 1949, pero en aquel momento todavía gozaban de la protección de muchos obispos franceses, que saludaban el entusiasmo misionero del movimiento y su identificación con las

necesidades y aspiraciones intelectuales de las masas obreras. La presión se incrementó después de 1950, hasta que en 1953 se ordenó a un grupo de curas-obreros que trabajaran en París que no aceptaran nuevas incorporaciones. Aquel mismo año, el cardenal Pizzardo dijo a la jerarquía francesa que los seminaristas no debían trabajar en minas ni fábricas. Más adelante, tres cardenales franceses (Lienart, Gerlier y Feltin) acudieron humildemente a Roma en busca de un compromiso. El resultado fue la rendición. Aceptaron que los curas-obreros no siguieran viviendo en los distritos en los que trabajaban sino en casas especiales para sacerdotes o en comunidades religiosas; que sólo trabajaran media jornada; y que abandonaran la acción sindical. Los dominicos no se rindieron tan fácilmente, y su continuo desafío a Roma provocó la dimisión de tres provinciales (dirigentes locales de la orden) en París, Toulouse y Lyon. En enero de 1954, el movimiento de los curas-obreros quedó disuelto. Los obispos franceses enviaron una carta a todos los grupos existentes, ordenándoles bajo pena de excomunión que abandonaran el trabajo a jornada completa. Debían dejar también los sindicatos, unirse a alguna comunidad religiosa y desistir de formar grupos.[11] Daniel Berrigan comentó: «Nuestro helado Papa, Pío XII, ha disuelto el movimiento con un solo golpe, ordenando a cada uno de los curas-obreros franceses que se pusiera a disposición de su obispo.»[12]

Lo que se perdió en esa catástrofe fue el anhelo de una Iglesia social, más pluralista, que extendiera su mano a los hermanos separados, que rompiera las barreras entre lo sagrado y lo profano, entre el clero y el laicado, que reconociera la importancia del apostolado entre los trabajadores. La actuación de Pacelli contra esa agitación en el interior de la Iglesia significó la asfixia del amor en beneficio del conformismo y el poder. El difunto Charles Davis, distinguido teólogo católico inglés de esa época, lo describía así: «La permanente frustración de los movimientos dinámicos hacia la verdad impide la expansión personal y bloquea la fuente de la libertad individual. Y todo amor genuino se basa en la verdad. El amor cristiano no es una excepción.»[13]

La represión de esos pioneros tuvo evidentemente un coste: muchos, como Davis, abandonaron el sacerdocio y la Iglesia católica. Para los que permanecieron, la influencia de la represión de Pacelli seguía manifestándose en las sesiones del Concilio Vaticano II.

El 3 de junio de 1951, Pacelli fue transportado en su silla gestatoria desde las puertas de bronce hasta la escalinata de San Pedro, donde leyó una homilía preparatoria de la beatificación de Pío X, el Papa de la campaña antimodernista que había perseguido y silenciado a cientos de intelectuales católicos en la primera década del siglo. «Si hoy en día la Iglesia de Dios —declaró Pacelli—, lejos de amilanarse ante las fuerzas que pretenden destruir sus valores espirituales, sufre, lucha y avanza hacia la verdad, se debe en gran medida a la acción previsora y a la santidad de Pío X.»

La mariología de Pacelli

Pese a su supresión de la teología auténticamente creativa, Pacelli era consciente de la urgente necesidad de una renovación espiritual y litúrgica. Alentó, por ejemplo, alteraciones prácticas en la liturgia de la Semana Santa y en las reglas del ayuno previo a la comunión. Su restauración de la ceremonia de la vigilia de pascua sigue siendo uno de sus legados más positivos y perdurables. Al permitir las misas vespertinas hizo más fácil a los fieles el cumplimiento del precepto, lo que probablemente evitó mayores defecciones de la Iglesia en los años cincuenta. Pero sus intentos de revitalizar la espiritualidad católica se centraron en un híbrido de piedad popular y la autocracia del oficio papal. Su devoción a la Virgen María, iniciada en su infancia y mantenida en la edad adulta con el rezo diario del rosario y del ángelus, encontraron ahora una amplificación grandilocuente por medio del dogma papal.

El 1 de noviembre del Año Santo de 1950, Pacelli apareció en el balcón de la plaza de San Pedro y anunció, con el estruendoso aplauso de un millón de fieles, que «la Inmaculada madre de Dios, María siempre Virgen, una vez que hubo concluido el ciclo de su vida, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial». Tres días más tarde se publicaba la definición formal del dogma de la Asunción, titulada *Munificentissimus Deus (Dios Generosísimo).*[14] Era el primer (y hasta hoy día el único) decreto solemne e irrebatible hecho por un Papa de acuerdo con la definición de infalibilidad del Concilio Vaticano I, en 1870.

El dogma proclamaba que, conforme correspondía a quien había nacido sin la mancha del pecado original, el cuerpo de María no

murió ni se corrompió a la espera de la Resurrección, sino que fue llevado, o *asunto*, en estado de gloria hasta el cielo, donde fue entronizada como reina de los ángeles y santos. Esta solemne declaración provenía de una controvertida tradición cristiana para la que no hay base en las Escrituras, pero que sin duda fue compartida por obispos, teólogos y fieles de la Iglesia católica universal y que Pacelli asentó mediante las reglas establecidas en el Concilio Vaticano I.

El dogma en cuestión estaba cargado de significado. En su mismísimo núcleo se situaba el triunfo de quien había combinado obediencia y castidad para vencer al tiempo, a la corrupción y a la muerte. Así pues, la metáfora central consagraba un dualismo extremo: la corruptibilidad del tiempo y la gratificación sexual, por un lado, y la incorruptibilidad del dominio del espíritu y la castidad, por otro. En el texto de la bula papal, Pacelli citaba a uno de los primeros Padres de la Iglesia, san Juan Damasceno, del siglo VIII: «Era preciso que el cuerpo de quien al dar a luz había preservado su virginidad se mantuviera intacto tras la muerte.» Como sucedió con Pío IX al definir el dogma de la Inmaculada Concepción en 1854, el dogma de la Asunción llevaba aneja la exaltación del Sumo Pontífice que lo había proclamado. Indicaba, además, la decisión de Pacelli de invocar su infalibilidad más como una celebración del poder que como respuesta a una cuestión controvertida de importancia vital para la Iglesia. Después de todo, el culto de la Asunción existía desde los primeros siglos de la historia de la Iglesia cristiana, y desde tiempo inmemorial se había fijado como día de la festividad de María el 15 de agosto. Pero había un matiz de militancia y desafío en aquella formulación dogmática. Desde 1940, el Generalísimo Franco había utilizado el culto de la Asunción, asociado en España con el Reinado de María sobre los cielos, como bandera de lucha contra el comunismo. La Asunción era una cuestión central entre los privilegios marianos ensalzados por las varias Legiones de María existentes en España, y los voluntarios franquistas que formaron la División Azul para ir a luchar contra el Ejército Rojo en el frente del Este llevaban consigo escapularios y medallas que ilustraban el misterio de la Asunción.

El dogma hacía algo espectacular por María; tenía el poder de inspirar y revitalizar la lealtad de las masas a su culto. Al mismo tiempo, inspiraba lealtad al Papa y a su poder único de atar y desatar en el cielo y en la tierra. Desgraciadamente, significaba también

un obstáculo para los penosos esfuerzos hacia la unidad cristiana entre católicos, protestantes y ortodoxos. Los protestantes no podían aceptar que el dogma de la Asunción tuviera el mismo nivel que, por ejemplo, el de la Santísima Trinidad; y los ortodoxos se sentían descontentos de una iniciativa que parecía deificar a María y separarla de la raza humana. Según un teólogo protestante, «la creación del dogma de la Asunción se interpreta hoy día, en medio de los esfuerzos por construir unas relaciones más estrechas entre las Iglesias, como un veto fundamental por parte de la Iglesia romana».[15]

El fervor mariano de Pacelli se vio intensificado en la época de la proclamación del dogma por una experiencia «mística» personal: mientras paseaba por los jardines del Vaticano fue testigo, según afirmaba, del fenómeno del «sol girante» asociado al «milagro público» de las visiones de Nuestra Señora de Fátima en 1917. Ese acontecimiento, extraño como era en un Papa que rehuía lo emocional y sentimental, fue revelado por el legado papal cardenal Federico Tedeschini (protector de la asociación religiosa española Opus Dei) a una audiencia de un millón de peregrinos en Fátima al año siguiente.[16]

El dogma de la Asunción y la visión papal anticiparon la declaración de 1954 como Año Mariano, suscitando «cruzadas» generalizadas de plegarias, concentraciones, coronaciones de sus estatuas, misas especiales y consagración de santuarios, junto con incontables apariciones de María. Un jesuita español informó acremente de que «ráfagas de apariciones se extienden por los pueblos del este y el oeste de Europa, y la milagrería ha llegado hasta América y Asia, donde ha producido un florecimiento de prodigios no menos espléndidos».[17] En Estados Unidos, la campaña del padre Patrick Peyton en favor del rezo del rosario en familia se acompañaba de los eslóganes «La familia que reza unida permanece unida» y «Un mundo que reza es un mundo en paz».

El vacío creado por la supresión de la teología dinámica y creativa del período de posguerra se vio así llenado con marianismo, cuyo atractivo consistía en una combinación popular de devoción privada y exhibiciones de lealtad y fervor de masas. Sus características eclesiales centrales eran la exaltación del Papa y el triunfalismo. Las virtudes personales que alentaba eran: disciplina, obediencia, humildad y escrupulosa castidad. Políticamente, la devoción a María se consideraba un arma crucial de la guerra fría. En una

«proclamación del rosario» en Cádiz, en 1954, un predicador jesuita declaró que «la pacificación de la guerra fría» sólo se podría alcanzar mediante «entrevistas de diplomacia celestial» celebradas en Lourdes y Fátima.[18] El culto de Fátima, con su temido Tercer Secreto, seguía insistiendo en la amenaza de una tercera guerra mundial que «aniquilaría a las naciones» si los fieles rechazaban el llamamiento a rezar a la Madre de Dios. En 1953 se ensayaba con éxito la primera bomba H soviética, lo que hacía más urgente que nunca el recurso a la Virgen María. En 1954, Franco habló a los españoles acerca de la amenaza de las armas nucleares soviéticas: «Con la esperanza de que esa hora no llegue, nos entregamos con completa fe y devoción a la protección, que no puede fallarnos, de nuestro santo patrón, y a la intercesión del Inmaculado Corazón de María.»[19]

Santa María Goretti, símbolo de la castidad

La elevación por Pacelli de la castidad al punto más alto de la virtud encontró una notable expresión durante el Año Santo con la canonización de María Goretti el 24 de junio, ante la mayor multitud reunida nunca en la plaza de San Pedro para un acontecimiento semejante. La ceremonia se realizó en la escalinata que hay a las puertas de la basílica y transmitida por altavoces situados a lo largo de la Via della Conciliazione hasta el Castel Sant'Angelo. «¿Seguiréis su ejemplo?», preguntaba Pacelli. «¡Sí, sí!», gritaba la multitud.

María Goretti era la hija de un campesino de la Campagna romana. A la edad de once años, en 1902, fue objeto de un ataque sexual por parte de Alessandro Serenelli, quien se alojaba en su hogar. La amenazó de muerte si revelaba el asunto a su madre. Justamente cinco semanas después de que hiciera la primera comunión, la asaltó por tercera vez. Según cuenta la historia, su rechazo a someterse a las exigencias sexuales del chico la llevó a la muerte, ya que él la apuñaló catorce veces lleno de rabia. Vivió lo justo para perdonarle y recibir la sagrada comunión en sus últimos instantes. En su homilía, Pacelli dijo que se había ganado la canonización al verter su sangre antes que mancillar su pureza,[20] de lo que podía deducirse que someterse bajo amenaza suponía una imperfección, si no un pecado. Decía así a las jóvenes del mundo que debían

afrontar el martirio antes que intentar salvar la vida sometiéndose en caso de sufrir un ataque sexual. Ese principio fue ampliado por varios comentaristas piadosos, entre los que podemos destacar el del *Conciso diccionario biográfico de los santos*, publicado en 1958: «La gente como María Goretti [...] tienen siempre presente que rendir con ligereza la integridad del propio cuerpo, incluso por las presiones más apremiantes, trastorna todo el ritmo del universo.» En los años cincuenta, las aulas de los colegios católicos de todo el mundo dedicaban un lugar de honor a un retrato o una estatuilla de santa María Goretti.

En extremo contraste con la indulgencia de Pacelli hacia los culpables de participar en los asesinatos en masa de judíos durante la guerra, no vaciló en aconsejar el martirio a aquellos cuya moral sexual se encontrara en peligro.

20. Poder absoluto

A mediados de los años cincuenta, Pío XII gobernaba una Iglesia portentosa. Nunca antes en la historia del mundo había tenido mando un solo hombre sobre los obedientes corazones y mentes de tanta gente. Según las cifras oficiales del Vaticano, el número de católicos practicantes en 1958 era de 509 millones de una población total de unos dos mil millones. Pío XII se hallaba en el centro de una burocracia curial consistente en veinte departamentos. En los años de posguerra, las actividades de la curia habían proliferado rápidamente, amplificándose su alcance, gracias a los modernos medios de comunicación, a una Iglesia repartida por todo el planeta: las «actas» anuales de la Santa Sede, publicadas en *Acta Apostolicae Sedis*, se habían ampliado desde las trescientas páginas de 1945 hasta alcanzar un millar en 1953.

El papel del Papa consistía en enseñar y corregir como única voz del Vicario de Cristo en la tierra. Sus departamentos —las distintas congregaciones, tribunales y oficinas— nunca aconsejaban ni consultaban al Pontífice; interpretaban sus pensamientos y voluntad y obedecían sus instrucciones explícitas.

El Santo Oficio vigilaba la herejía y el error, administrando la censura. Sus ojos y oídos estaban al tanto de todo, aunque sus reacciones se demoraban a veces absurdamente (el autor católico Graham Greene fue reprendido por sus «errores» en la novela *El poder y la gloria* catorce años después de que se publicara). La Congregación para la Propagación de la Fe gestionaba las actividades misioneras de la Iglesia hasta los confines de la tierra; la Congregación de Ritos imponía la uniformidad litúrgica; la Congregación para Seminarios y Universidades supervisaba los programas de enseñanza de la educación superior católica y la formación de los nuevos sacerdotes. Las Congregaciones para el Clero y los Religiosos regulaban

la vida de unos cuatrocientos mil sacerdotes diocesanos, un cuarto de millón de religiosos de distintas órdenes y un millón de monjas. Sacerdotes y monjas estaban obligados por los votos de obediencia y castidad, y en esa época se atenían normalmente a esos votos, siendo muy raros los casos de renuncia o de religiosos dispensados de sus votos.

Las monjas se vestían todavía, de la cabeza a los pies, con hábitos que lo ocultaban todo; además de proporcionar a la Iglesia maestras y enfermeras, muchas de ellas realizaban tareas domésticas como cocina, limpieza o lavandería, con frecuencia al servicio de sacerdotes. En Estados Unidos, cuya población católica era una de las que crecían más rápidamente (26 millones en 1950), había 141 000 monjas pertenecientes a 260 órdenes diferentes.

A la cabeza de la burocracia se situaba la Congregación del Consistorio, encargada de examinar a los candidatos al obispado. Sólo los nombres de los que habían mostrado estricta obediencia y fiabilidad llegaban a Roma. Cada dos años se enviaban las nominaciones a través del delegado apostólico o nuncio (el representante papal en cada país) hasta el Vaticano, donde esa Congregación volvía a examinarlas. En última instancia, sólo el Papa tenía el derecho a aprobar y nombrar a un obispo. Y cada uno de ellos debía entonces acudir a Roma cada cinco años para informar al Pontífice personalmente.

Pacelli alababa sin embargo con frecuencia la idea de la subsidiariedad expuesta por Pío XI, según la cual, las altas instituciones no debían encargarse de aquellas tareas que otras más bajas pudieran acometer por sí mismas. El 20 de diciembre de 1946, Pacelli reiteró la definición de su predecesor, añadiendo: «Esas palabras son iluminadoras: se aplican no sólo a la sociedad, sino también a la vida de la Iglesia.» Desgraciadamente, su apelación al principio en cuestión sólo servía para subrayar la importancia del individuo frente a la comunidad.[1]

Mientras tanto, Pacelli se había convertido, puede decirse, en el más eminente autócrata del mundo, aunque su estilo de vida seguía siendo simple, monacal, rígidamente regulado. Si mostraba signos de grandiosidad era en su tendencia a explayarse sobre un abanico de temas cada vez más extenso. Tan numerosas y tan alejadas de su competencia eran esas charlas especializadas, o «alocuciones», que parecía una práctica sintomática de sus falsas ilusiones de omnis-

ciencia. Daba lecciones a los grupos de visitantes sobre temas tan diversos como odontología, gimnasia, ginecología, aeronáutica, cinematografía, psicología, psiquiatría, agricultura, cirugía plástica o el arte de leer las noticias por radio. Tampoco vacilaba en hacer recomendaciones técnicas. Un visitante en su despacho señaló un día hacia los montones de gruesos manuales que rodeaban su mesa; Pacelli respondió que estaba preparando una charla sobre la calefacción central mediante gas. Cuando T. S. Eliot, probablemente el mejor poeta y crítico literario de su época, llegó al Vaticano para una audiencia privada en 1948, Pacelli lo sorprendió con una lección sobre literatura.[2]

Para alimentar ese enorme caudal de aparente experiencia, Pacelli disponía de una fabulosa biblioteca de obras técnicas, enciclopedias y compendios, que alcanzaba los cincuenta mil volúmenes. Le ayudaban en sus investigaciones el padre Hentrich y el siempre fiel padre Leiber, así como una cuadrilla espontánea de voluntariosos jesuitas. Quisquilloso en cuanto a la precisión, presionaba a esos subalternos para que le verificaran dos y hasta tres veces cada referencia o cita. Una vez dijo a un monseñor: «El Papa tiene el deber de hacerlo todo mejor en todos los terrenos; se pueden perdonar las imperfecciones de los demás, pero no las del Papa.»[3] Leiber, quien vivía y trabajaba en la Universidad Gregoriana, a cinco kilómetros del Vaticano, se quejaba tras la muerte de Pacelli de que se veía obligado a abandonar cualquier cosa que estuviera haciendo cuando lo llamaba el Papa. Aunque sufría de asma, nunca se le ofreció el automóvil del Pontífice, sino que debía coger un tranvía tras otro en los trayectos más concurridos de la ciudad.

Pacelli escribía sus charlas de madrugada, redactándolas a mano antes de mecanografiarlas en una máquina portátil blanca. Su obsesión por la pulcritud y el orden era tal, que según su secretario adjunto de la antecámara se mantenía levantado hasta las dos de la madrugada con tal de devolver cada documento y cada libro a su lugar antes de retirarse.[4] Tardini ha dejado un mordaz relato de la escrupulosidad de Pacelli incluso para firmar un documento: «Examinaba minuciosamente la plumilla para asegurarse de que no hubiera ni la menor mota de polvo que pudiera echar a perder la escritura. Si veía algo de ese tipo, o lo sospechaba, cogía un trapito negro (que siempre estaba en el mismo sitio) y limpiaba cuidadosamente con él la plumilla.» Entonces continuaba el ritual, la atenta

inmersión de la plumilla en el tintero, la gran precaución para evitar que recogiera demasiada tinta y pudiera manchar la mesa o el papel. «Por fin, el Santo Padre comenzaba a estampar su firma [...] luego volvía a limpiar cuidadosamente la plumilla con el mismo trapito, y se aseguraba de que no quedaba ni rastro de tinta en ella. ("Si no —acostumbraba decir—, la plumilla se oxida y no se puede utilizar de nuevo.") A continuación depositaba la pluma y el trapito en el lugar que correspondía a cada uno.»[5]

Otro signo de las tendencias panópticas de Pacelli en sus últimos años era su deseo de aprender muchas lenguas. Además de italiano y latín, hablaba francés e inglés, y su alemán era razonablemente fluido después de pasar trece años en ese país. Durante su pontificado se dice que añadió a esas lenguas español y portugués, y luego danés, holandés, sueco y ruso; y le gustaba saludar a los visitantes que llegaban de lejos en todas esas lenguas. Tenía una gran colección de gramáticas y diccionarios, que consultaba constantemente. A pesar de todo, a Evelyn Waugh le pareció, como antes a Bernard Wall, que su inglés era algo pobre. Waugh observó en una carta a su mujer: «Lo más triste del Papa es que le gusta hablar inglés y ha aprendido de memoria varias elegantes parrafadas, que repite como un lorito sin incorrecciones de acento, pero aparte de eso no comprende ni una palabra.»[6] Pacelli se sintió aliviado cuando Waugh comenzó a hablar en francés.

Conforme pasaban los años, en el palacio Apostólico se respiraba una atmósfera cada vez más rancia, pese a la continua agitación. Robert Leiber asegura en sus memorias que el comportamiento del Pontífice siempre estaba marcado por una «sobria concreción».[7] Daba la impresión de lo que algún escritor llamaba *accidie* (aridez espiritual), que podía dar lugar a síntomas neuróticos e incluso psicóticos: fobias variadas acerca de su salud y ocasionales episodios visionarios o alucinatorios. El 30 de octubre de 1950 había visto girar el sol con un despliegue pirotécnico de diferentes colores (aunque su chófer, Giovanni Stefanori, que le acompañaba, no vio nada);[8] en otra ocasión creyó que Jesucristo se le había aparecido en persona en su dormitorio. Habló en público de ambas experiencias, de las que se informó en varios periódicos de distintos países. Pero su «sobria concreción» ganó la partida y al cabo de poco tiempo se negaba enérgicamente a hablar del asunto de sus visiones cuando alguno de sus piadosos visitantes las evocaba.

Había signos, no obstante, de que no le turbaba excesivamente la idea de estar destinado a la santidad. Los testimonios de su beatificación hablan de una curación milagrosa operada por mandato suyo; cuando le transportaban en su silla gestatoria solía intercambiar su solideo con los que los peregrinos compraban en la tienda de ropa de Gamarelli. ¿Reliquias instantáneas de segunda clase?

Terminada la guerra, acostumbraba encontrarse con su sobrino Carlo y con el conde Galeazzi, principalmente para hablar de la remodelación de la ciudad-Estado del Vaticano. Le gustaba charlar con monseñor Kaas, el romo ex presidente del Partido del Centro, que era probablemente la única persona a la que permitía expresarse con franqueza en su presencia, si bien nunca sobre asuntos religiosos.[9] Tras la muerte de Kaas en 1952, los días de Pacelli transcurrían en acompañada soledad. Incluso sus familiares, próximos o lejanos, sólo lo veían una vez al año, por Navidad. Se trataba de una visita estrictamente regulada. A las cuatro en punto de la tarde, tres generaciones de Pacellis entraban en sus habitaciones bajo la mirada atenta de la madre Pasqualina. Primero llevaba a los niños a ver la casa cuna que había comprado durante su estancia en Munich; luego entregaba regalos y las monjas traían pasteles y chocolate caliente. Tras charlar un rato con los adultos sentados en círculo, les mostraba la puerta y volvía a su solitario e invariable horario de trabajo.

Se ha dicho que la madre Pasqualina, «la cruz que se veía obligado a llevar», según su hermana menor, controlaba cada vez más sus visitas y vetaba el acceso a su presencia. Ella negó en su testimonio para la beatificación el rumor de que había irrumpido una vez en una audiencia con el secretario de Estado norteamericano John Foster Dulles para informar al Papa de que su sopa se estaba enfriando.[10] Tales historias fueron ganando sin embargo credibilidad con los años y evidentemente preocuparon al tribunal de beatificación.

En los años cincuenta comenzaron a aparecer en él signos de excentricidad. «Las manos del Papa Pío XII parecían lagartijas —contaba el famoso actor Orson Welles—. Transmitían una vibración casi palpable. ¡Tenía una personalidad tan fuerte! Estuve con él cuarenta y cinco minutos, a solas. Cogió mi mano y no la soltó en todo el tiempo. De repente me preguntó: "¿Es cierto que Irene Dunne está pensando en divorciarse? ¿Qué piensa usted del próxi-

mo matrimonio de Tyrone Power?" Sólo hablamos del *hot stuff* de Hollywood.»[11]

Pacelli parecía creer cada vez menos en las jóvenes generaciones. Como hemos visto, no quiso nombrar un nuevo secretario de Estado, prefiriendo añadir esa tarea a sus demás cargas. Tardini reveló en sus recuerdos de Pío XII que al Pontífice le disgustaba realizar nombramientos y promociones. Sólo convocó dos consistorios para el nombramiento de nuevos cardenales, en 1946 y 1953. Bajo la presión de los norteamericanos hizo la selección de cardenales de posguerra, treinta y dos en total, más internacional que nunca antes en la historia del Sacro Colegio. En el segundo consistorio restauró el equilibrio, nombrando diez nuevos cardenales italianos de un total de veinticuatro, la mayoría de ellos destinados a la curia (la burocracia del Vaticano).

Raramente mantenía audiencias con los jefes de departamento. Eso acentuaba su altivo aislamiento, pero también concedía más libertad a los altos miembros de la curia. Las víctimas eran los obispos diocesanos, que como Falconi ha señalado, «eran ignorados por el Papa y humillados por los departamentos [de la curia]». Esa acentuación de la división de mando en el vértice de la Iglesia llevó a descuidar al clero ordinario, su educación, su bienestar y sus crecientes problemas frente a un mundo rápidamente cambiante.

En octubre de 1954 despidió, con una patada hacia arriba, a su en otro tiempo querido Montini, enviándolo a la incómoda y superpoblada diócesis de Milán, sin esperanza de conseguir el capelo cardenalicio. Se ha dicho que Montini, el futuro Papa Pablo VI, había ofendido a Pacelli al exponerle ciertas irregularidades cometidas en la Banca Vaticana, dirigida por dos sobrinos de Pacelli; a lo que se añadía para mayor inri que sus enemigos en la curia murmuraban que adoptaba una actitud demasiado blanda hacia los socialistas.[12]

Cuanto más viejo se hacía Pacelli, más estrechas eran sus opiniones. En 1952 denunció los concursos de belleza para elegir Miss Italia y Miss Europa.[13] Pensaba que esos certámenes eran indecentes, y pretendió que se prohibieran. Al pasar de los años censuraba con cada vez mayor insistencia el jazz y las películas con evidente contenido sexual. Según los testimonios de beatificación, pidió a los corresponsales de prensa que dejaran de escribir que había «acariciado» la cabeza de los niños. Quería que escribieran que había

«colocado su mano» sobre ellos. «Vivimos en un mundo de maldad», explicaba. Se negó a aprobar la causa de un candidato a la beatificación porque aquel «siervo de Dios» fumaba; en otra ocasión rechazó a un candidato de quien se sabía que había pronunciado «una palabra obscena».[14] Pidió a monseñor Kaas, encargado de la administración de San Pedro, que cubriera las estatuas y pinturas de desnudos de la basílica. Hizo saber, también, que no aprobaba que hubiera sacerdotes al frente de grupos de mujeres solteras en peregrinación a Roma: tal actividad pastoral constituía, a sus ojos, una ocasión de pecado.[15] Luego vino la campaña contra los jesuitas que fumaban cigarrillos. Desde la guerra había pagado las facturas de tabaco de los jesuitas de la Universidad Gregoriana como reconocimiento a sus actividades investigadoras. Pero al controlar los gastos de un año, a mediados de los cincuenta, se horrorizó por la cantidad de tabaco que consumían y ordenó a todos los miembros de la Compañía que se abstuvieran en adelante de fumar, argumentando que ese gasto se compaginaba mal con la santa pobreza. Los jesuitas, fervientes fumadores, no perdieron ni un segundo en aplicar la famosa casuística a la situación, y siguieron fumando a su antojo.[16]

Pacelli había concedido poco o nada a la liberación femenina en la Iglesia. Seguía rigiendo la estipulación de que «las mujeres no deben acercarse al altar bajo ninguna circunstancia, y sólo pueden responder desde lejos»,[17] aunque a regañadientes se permitía que pudieran cantar en la iglesia, siempre alejadas del recinto del altar.[18]

En cuanto a las actuales cuestiones de moralidad sexual, a Pacelli le tocó meditar y pronunciarse sobre los avances farmacológicos que anticipaban la píldora para controlar la natalidad. Su veredicto iba a obligar a Pablo VI, veinte años más tarde, a una condena de la píldora en su encíclica *Humanae vitae.*

El predecesor de Pacelli, Pío XI, había sancionado cautelosamente a comienzos de los años treinta el método conocido como Ogino-Knaus, con el que las parejas podían aprovechar los períodos infértiles para mantener relaciones sexuales sin riesgo de embarazo. Desde ese momento comenzó la tiranía de los calendarios y las tomas de temperatura sobre la vida sexual de millones de parejas católicas para intentar evitar (a veces infructuosamente) los embarazos no deseados y el pecado mortal. En 1934, los biólogos aislaron la hormona llamada progesterona (asociada al comienzo de la

ovulación), y un farmacólogo norteamericano, devoto católico, de nombre John Rock, inició las investigaciones sobre las posibilidades terapéuticas de regular la ovulación en las mujeres con dificultades para quedar embarazadas. En los años cincuenta, Rock se interesó por la progesterona como un medio para *evitar* el embarazo, argumentando que su efecto potencial era semejante al del sistema endocrino corporal, y por tanto «natural». En 1955, Rock y sus colegas realizaron con éxito un ensayo clínico en Puerto Rico,[19] que puso a Pacelli ante la necesidad de pronunciarse públicamente.

El 12 de septiembre de 1958, un mes antes de su muerte, Pacelli planteó un caso extremo con el que pretendía zanjar toda la discusión: la cuestión era (antes de la fabricación en masa de la píldora) si se podía utilizar la terapia con progesterona para impedir la ovulación si una mujer sabe que cualquier eventual embarazo que pueda tener no llegará a su término. Pacelli mantenía que «se induce una esterilización directa e inadmisible si se obstaculiza la ovulación para evitar al organismo las consecuencias de un embarazo que no esté en condiciones de llevar a su término».[20] Así pues, tal como lo interpreta la teóloga y feminista Uta Ranke-Heinemann, «la intención generativa de la Naturaleza no debe en ningún caso obstaculizarse, incluso cuando la propia naturaleza no pueda culminar esa intención y la mujer muera como consecuencia del embarazo».[21] Apuntalaba esa argumentación el punto de vista tradicionalista, ya confirmado por Pío XI en su encíclica *Casti connubii* (1930), quien mantenía que los individuos no pueden gozar del placer del sexo sin «cooperar» enteramente con su divino propósito procreador.

Hipocondría

En la segunda mitad de los años cincuenta, pese a la omnipresente sensación de opresión puritana, la atmósfera vaticana se reveló un tanto insalubre. En 1954 se produjo un notable escándalo cuando el príncipe Filippo Orsini, que gozaba del prestigio de ser un «colaborador del trono papal», se cortó las venas como consecuencia de su ruptura con la actriz británica Belinda Lee. El Vaticano se puso de acuerdo con la mujer del príncipe para encerrarlo en un manicomio, y se le privó de su estatus en relación con el «trono

papal», pero en el palacio Apostólico subsistió la impresión de que algo olía a podrido.[22]

Pacelli, cada vez más quisquilloso e hipocondríaco, se mostraba convencido de estar seriamente enfermo, aunque el cariz de sus dolencias sugiere más bien cierto desorden psicosomático. Sus relaciones con su médico personal, el oculista profesor Riccardo Galeazzi-Lisi, hermanastro del conde Galeazzi, se hicieron cada vez más estrechas. Galeazzi-Lisi era el médico de Pacelli desde finales de los años treinta. Cuando era cardenal secretario de Estado, Pacelli le había consultado con respecto a unas gafas nuevas, y había quedado impresionado por sus conocimientos médicos, nombrándole médico oficial del Papa, o archiatra. En opinión de mucha gente, Galeazzi-Lisi no era sino un charlatán, y en la curia se estudiaron numerosas recomendaciones de que se le sustituyera; pero como muestran los testimonios de la beatificación, especialmente el de la hermana menor de Pacelli, el docto oculista era un protegido de la madre Pasqualina, que lo juzgaba perfecto para el Pontífice. La combinación de ignorancia, negligencia y curiosas prescripciones de Galeazzi-Lisi tuvo sin duda repercusiones en la salud de Pacelli.

Según su sobrino, el príncipe Carlo Pacelli,[23] el Pontífice recurría con frecuencia a dentistas, temiendo que la pérdida de sus dientes pudiera repercutir en una peor digestión y en la degeneración de su dicción, tan crucial para sus alocuciones en varias lenguas. Por consejo de Galeazzi-Lisi, consultó a un oscuro dentista romano que le prescribió ácido crómico, utilizado para teñir el cuero. Con el tiempo llegó a consumir cantidades tan grandes de esa sustancia que le causaron complicaciones esofágicas, lo que probablemente condujo a los repetidos ataques de hipo que le asaltaban día y noche y que acabaron por hacerse crónicos. El Vaticano recibía cientos de miles de cartas de todo el mundo en las que los niños católicos le ofrecían sus oraciones y remedios para el hipo.[24]

En octubre de 1953 cayó enfermo de una desconocida combinación de dolencias. Sin ser capaz de pronunciar un diagnóstico claro, Galeazzi-Lisi propuso una solución de moda en aquellos días entre las estrellas de cine y los dirigentes mundiales más narcisistas. Llamó al practicante suizo Paul Niehans, que había inventado la llamada terapia celular. Ese tratamiento, que habitualmente se llevaba a cabo en su clínica a orillas del lago Ginebra pero que en este caso se practicó en el Vaticano, consistía en inyectar bajo la piel del

paciente las células «vivas» de fetos de ovejas y monos, en particular de la parte frontal del cerebro del feto. Niehans aseguraba que su terapia servía para todo, citando curas milagrosas en casos de cirrosis, nefritis, cáncer y deficiencia sexual.[25] También mantenía que su tratamiento invertía el proceso de envejecimiento. Afortunadamente para la reputación de Niehans, su tratamiento no produjo efectos secundarios perjudiciales en la salud del Papa, quien mejoró de forma natural y volvió de nuevo a su trabajo, aunque sufrió una recaída en noviembre de 1954; se volvió a llamar a Niehans, quien le administró otra ronda de inyecciones.[26]

En 1956, Galeazzi-Lisi fue despedido como archiatra; se habló de deudas de juego y de un «cambio de personalidad».[27] Fue sustituido por el doctor Antonio Gasbarrini. El oculista siguió sin embargo frecuentando el Vaticano y se solía mostrar en las audiencias públicas.

En el otoño de 1958, Pacelli se vio atormentado por continuos ataques de hipo. El 5 de octubre, el actor Alec Guiness acudió a una audiencia en la residencia veraniega del Papa en Castel Gandolfo, junto a un grupo de cirujanos plásticos. Pacelli ofreció su acostumbrada opinión de experto, interrumpida una y otra vez por el hipo. «Estábamos sentados en sillas doradas frente a Su Santidad, pálido y tenso.» Cuando el Papa bajó de su podio para bendecirlos, Guiness escuchó este diálogo entre el Pontífice y la pareja que había junto a él:

> El hombre estalló en sollozos. [...] «Está tan emocionado, Santidad —dijo [su mujer]—. Piense, Santidad, ¡venimos desde Michigan!» El Papa dominó un hipo [...] «Conozco Michigan», dijo, y liberándose del agarrón del cirujano plástico, alzó la mano diciendo: «¡Una bendición especial para Michigan!»[28]

Guiness aventura que ésas fueron probablemente las últimas palabras que Pacelli pronunció en inglés. Su séquito le llevó rápidamente fuera de la sala de audiencias, arrastrando tras de sí al médico papal, y mirando encolerizadamente a cada uno de los «cirujanos plásticos» y especialmente a Alec Guiness.

Dos días después de la audiencia a los cirujanos plásticos, el 6 de octubre de 1958, Pacelli cayó enfermo en cama. A las 12.30 de aquella noche, el padre Hentrich fue llamado junto al lecho del Pontífice. «Me mostró un pequeño volumen en español de los *Ejercicios espirituales* y me dijo una y otra vez entre lágrimas: "Esta semana he leído continuamente este libro y he rezado una y otra vez la oración anima Christi."»

Al día siguiente su situación empeoró. Había al menos tres médicos papales en torno suyo, y el doctor Galeazzi-Lisi también consiguió introducirse en la habitación del enfermo, llevando consigo una cámara fotográfica. Paul Niehans se apresuró a acudir junto a la cama del Pontífice, pero no le administró esta vez la terapia celular.

Las tres monjas de Pacelli permanecían a su lado. Monseñor Tardini dijo una misa y le administró la extremaunción en presencia del padre Leiber. En cierto momento pareció mejorar, y gritó: «¡A trabajar! ¡Archivos! ¡Documentos! ¡A trabajar!»

A las cuatro menos diez de la madrugada del jueves 9 de octubre, el doctor Gasbarrini lo declaró muerto a consecuencia de un «trastorno circulatorio». Poco después, la muerte del Papa fue confirmada por el cardenal Tisserant, camarlengo de la Santa Iglesia Romana, quien desde ese momento quedó a cargo del cadáver y de las disposiciones para el funeral y entierro. Tisserant había votado hasta el final contra Pacelli en el cónclave de 1939, convencido de que no era un buen candidato. Al mirar al Pontífice muerto, puede que se considerara resarcido.

La noche siguiente, el cuerpo de Pacelli fue conducido en un coche fúnebre motorizado a la iglesia de San Juan de Letrán, mientras una multitud de desconsolados romanos se agolpaba a lo largo de todo el camino. El futuro Juan XXIII, Angelo Giuseppe Roncalli, contemplando el traslado del cadáver por la televisión desde Venecia, se preguntó en su diario si algún emperador romano habría disfrutado un triunfo semejante. El pueblo de Roma, escribió, honraba no el paso de un mero gobernante temporal, sino la encarnación de «la majestad espiritual y la dignidad religiosa».[29]

En las horas que siguieron a la muerte de Pacelli llegaron abundantes expresiones de condolencia de los hombres de Estado de todo Occidente. Harold Macmillan, el primer ministro británico,

dijo: «El mundo ha quedado empobrecido con la pérdida de un hombre que ha desempeñado un papel tan importante en la defensa de los valores espirituales y en el trabajo por la paz.» El presidente Eisenhower dijo: «La suya fue una vida llena de devoción por Dios y de servicio a sus semejantes. [...] Era un enemigo informado y elocuente de la tiranía.» Tanto Macmillan como Eisenhower conocían a Pacelli personalmente. Golda Meir, ministra de Asuntos Exteriores israelí en aquellos momentos, escribió: «Cuando sobre nuestro pueblo cayó un terrible martirio en la década del terror nazi, la voz del Papa se alzó por las víctimas. Nuestra vida se vio enriquecida por una voz que hablaba de las grandes verdades morales por encima del tumulto del conflicto cotidiano. Perdemos con él a un gran servidor de la paz.»[30]

Al anochecer, acompañado por el sombrío tañido procedente de un centenar de campanarios de la Ciudad Eterna, el cuerpo de Pacelli fue transportado de nuevo en un coche fúnebre, seguido por una procesión interminable de clérigos y monjas que rezaban el rosario, pasando por delante del Coliseo, hacia el Tíber y la basílica de San Pedro. Las aceras estaban abarrotadas, con cientos de miles de romanos silenciosos que se santiguaban al paso del ataúd. Durante los tres días y noches siguientes se estima que pasaron ante su cuerpo expuesto en San Pedro más de quinientas personas por minuto. Según otra estimación, más de un millón de personas acudieron el lunes 13 a la misa de réquiem.[31]

L'Osservatore Romano describió el funeral como «el más impresionante en la larga historia de Roma, sobrepasando incluso el de Julio César». El cuerpo yacía en un catafalco bajo el gran baldaquino de Bernini; a su derecha estaban los tres ataúdes en que se iba a enterrar. Suponiendo que Pacelli gozaba ya de la visión beatífica, el secretario de informes del Papa, monseñor Antonio Bacci, dijo en su elogio fúnebre: «Con esta muerte se ha apagado una gran luz en la tierra, y se ha encendido una nueva estrella en el cielo.» La misa de réquiem fue televisada y retransmitida en directo por Eurovisión a todo el continente. Richard Dimbley, de la BBC, decano de los cronistas de grandes acontecimientos, condujo con unción el comentario en inglés. Las cámaras desenfocaban discretamente cuando el cuerpo fue introducido en el primer ataúd; su cara estaba cubierta con seda blanca, y el cuerpo envuelto en una mortaja carmesí. El elogio fúnebre se colocó en un tubo de latón junto con una

bolsita que contenía monedas de oro, plata y bronce acuñadas durante su pontificado. Luego se aseguró ese ataúd interno con cintas de seda fijadas con sellos, antes de colocarlo en el intermedio de plomo: el ataúd externo, de madera de olmo, se cerró entonces con clavos de oro, y el pesado triple ataúd rodó por fin ante el altar mayor, bajándolo con poleas desde un andamio a la gruta, donde fue depositado a seis metros de la tumba de san Pedro.

Así pasó a la posteridad uno de los más notables pontífices de la historia del papado, rodeado por el aprecio de la mayoría. Tal era la reverente autocensura que rodeaba su nombre y su pontificado, que se precisaron varios años para que informes más francos de la muerte y exequias de Pacelli llegaran al gran público. Su agonía, por ejemplo, había sido fotografiada por su antiguo médico, Galeazzi-Lisi, quien ofreció las fotos a varias revistas. Aquel buen doctor, además, se encargó del embalsamamiento, experimentando un nuevo método y dejando en su lugar los intestinos, con lo que el cadáver comenzó inmediatamente a pudrirse con el calor del otoño romano. Cuando el coche fúnebre salía de San Juan de Letrán se oyó una serie de desagradables ventosidades y eructos desde el ataúd, consecuencia al parecer de la rápida fermentación. Durante los tres días de cuerpo presente, el rostro del Papa muerto se puso primero de un gris verdoso y después púrpura, y el hedor que desprendía era tan intenso que uno de los guardias se desmayó. Para colmo, su nariz se puso negra y se cayó antes del entierro.[32]

En los años posteriores, los críticos de su pontificado se ocuparon de esas insalubres circunstancias, que ejemplificaban a su juicio el corrupto final del papado más absolutista de la historia moderna. Con el tiempo, sin embargo, surgieron otras cuestiones, tanto de comisión como de omisión, más vergonzosas, más dañinas para su memoria y para la institución del papado, que nadie habría considerado creíbles durante su vida.

Las primeras palabras de su testamento personal rezan así:

> *Ten piedad de mí, Señor, de acuerdo con tu gracia; el conocimiento de las deficiencias, fallos y pecados cometidos durante un pontificado tan largo y en una época tan difícil me ha dejado más claro mis insuficiencias y falta de mérito. Pido humildemente perdón a todos los que he ofendido, perjudicado y escandalizado.*

21. Pío XII, redivivo

Pacelli había dejado como herencia una Iglesia centralizada, una ciudadela, con el Papa siempre en guardia como última y primera autoridad, solo en comunión con Dios. Pero esa Iglesia monolítica, disciplinada, triunfalista, admirable en tantos aspectos, estaba desconectada del mundo.

A Pacelli le había resultado difícil disociar la socialdemocracia del bolchevismo, el pluralismo del relativismo. Sólo a regañadientes reconoció que las Iglesias cristianas debían su libertad y su expansión al entorno pluralista de las sociedades más o menos democráticas de Occidente. La España de Franco y el Portugal de Salazar seguían siendo sus sociedades ideales. No dio ninguna prueba de que hubiera aprendido las lecciones que se desprendían de sus tratos con la Alemania nazi durante los años treinta.

Como hemos visto, hubo un conglomerado de curas-obreros y teólogos, principalmente en Francia, amparados en lo que se llamó Nueva Teología, que animaron a los católicos a participar en un apostolado laico con mayor dedicación a los distritos industriales, una Iglesia pluralista abierta a las posibilidades del ecumenismo y la acción conjunta contra el totalitarismo. Sus preocupaciones sociales y políticas eran inseparables de nuevos enfoques en los estudios bíblicos, la reforma de la liturgia (incluido el uso de las lenguas vernáculas) y el diálogo con otros credos. En resumen, querían que la Iglesia se comprometiera con el mundo y se renovara con los tiempos, en lugar de permanecer inmóvil contra ellos.

Tras su muerte, esos exponentes de la Nueva Teología se convirtieron en catalizadores de un profundo cambio. Había además un irresistible mar de fondo en favor de la reforma y la renovación entre los fieles. Los católicos anhelaban un tipo diferente de Igle-

sia; querían que se pusiera fin al monolito legalista edificado y gobernado por Pacelli.

Angelo Roncalli, quien como Papa adoptó el nombre de Juan XXIII, era hijo de una familia de campesinos de Bérgamo. Durante gran parte de su vida sacerdotal fue nuncio apostólico y conocía bien las Iglesias orientales. Trató de ayudar a los judíos durante la guerra. Uno de sus primeros actos como Papa consistió en pedir perdón a los judíos por el antijudaísmo cristiano. Justo tres meses después de su elección el 25 de enero de 1959 convocó un concilio del que debía salir una renovación pastoral y la promoción de la unidad cristiana.

Hubo considerable oposición en el Vaticano. Cuando los prelados más conservadores comprobaron que no podían detener el proyecto, intentaron estrangular sus deliberaciones y decisiones. La vieja guardia quería que en el concilio se condenaran las herejías modernas. No lo consiguieron. Juan XXIII intervino para asegurarse de que no hubiera anatemas ni excomuniones, y de que estuvieran presentes representantes de las otras Iglesias cristianas. Su insistencia en el principio del *aggiornamento* (es decir, en que la Iglesia debía desarrollarse y cambiar junto a la sociedad y la historia) señalaba su disposición para una reforma radical.

Las decisiones del Concilio Vaticano II dieron lugar a muchos cambios históricos: en la liturgia y los estudios bíblicos; en el diálogo con las Iglesias protestante y ortodoxa; una declaración sobre la libertad religiosa... Muchas cosas no volverían nunca a ser como antes: la misa en latín desapareció. Pero la decisión más importante para la renovación fue el llamamiento a la «colegialidad», es decir, el reconocimiento de la necesidad de un reparto de la autoridad entre los obispos y el Papa. El éxito a largo plazo del concilio dependía de ello. Involucraba la fe en la presencia del Espíritu Santo en la amplia comunidad de la Iglesia, localmente y en su conjunto, no sólo en su centro. El concilio marcó, para decirlo con otras palabras, el fin de la ideología del poder papal puesta en pie en el Concilio Vaticano I y mantenida durante setenta años hasta su apoteosis bajo Pío XII en los años cincuenta. Una expresión de esa colegialidad era la nueva metáfora de los Padres del Concilio para la Iglesia, muy diferente de la imagen de una ciudadela estática e inexpugnable. Hablaron de una «Iglesia peregrina», lo que enfatizaba el paso de la historia, la propensión humana al pecado pese a la guía

de la Providencia, y el respeto a la autenticidad espiritual de otras Iglesias.[1] Adoptando una frase de la Escritura hebrea, hablaron de la Iglesia como «pueblo de Dios». «Conducidos por el Espíritu del Señor» —decían los Padres del Concilio—, los fieles deben intentar «discernir en los acontecimientos las necesidades y los anhelos que comparten con otros hombres de nuestro tiempo, que pueden ser signos genuinos de la presencia o el propósito de Dios».[2]

FRACASA EL LLAMAMIENTO A LA COLEGIALIDAD

La colegialidad fue sin embargo desafiada y entorpecida desde el centro del poder en el Vaticano. Parte de la culpa correspondía a las facciones más reaccionarias de la curia, especialmente en el Santo Oficio (encargado de mantener la ortodoxia doctrinal), pero también había que tener en cuenta los efectos prolongados de la supresión de la teología creativa y el rígido conformismo intelectual e institucional, que se remontaban a los días de Pío X. Habría sido poco realista imaginar que el glaciar de sesenta años pudiera fundirse en el curso de una década. Los obispos y sus consejeros entraron al concilio inhibidos por décadas de cautela.

El Papa Juan XXIII hizo mucho por evitar que el concilio cayera en manos de los reaccionarios, pero murió el 3 de junio de 1963, y el 21 del mismo mes le sucedió Pablo VI, el antiguo subsecretario de Pacelli, Giovanni Battista Montini. Pablo VI presidió las sesiones tercera y cuarta del concilio y la crítica era posconciliar. Durante ese período, la Iglesia se encontró polarizada entre los progresistas, que creían que se había afirmado una profunda transferencia de autoridad, sin llegar a aplicarse, y los tradicionalistas, que insistían en que tal cosa no podía ni debía ocurrir.

Los Padres del Concilio no desmantelaron las estructuras en que se apoyaba la ideología del poder papal. No se decidió ninguna reforma de la curia (por el contrario, la burocracia vaticana cobró aún mayor relevancia) ni hubo intentos de derogar el Código de Derecho Canónico de 1917, ni siquiera las disposiciones que protegían el poder centralizado. La autoridad total, por tanto, seguía en manos del papado. Había una obligación moral de los papas de aplicar la colegialidad, pero no un mecanismo institucional que lo permitiera. Los papas que sucedieron a Juan XXIII no

tenían tampoco la voluntad de seguir adelante con el proceso de descentralización.

La cuestión clave era, y sigue siendo hasta hoy día, cómo se elige a los obispos. La colegialidad no puede prosperar mientras el Papa asume el derecho a nombrar y controlar a cada uno de los obispos del mundo. Todo lo demás brota de ahí, revelando cuán profundo y de cuán largo alcance es el efecto de la reglamentación acerca de la nominación de los obispos del Código de Derecho Canónico de 1917; la privación de derechos y la desmoralización del clero diocesano y el laicado; la desvalorización de los sínodos (encuentros de los obispos instituidos por Pablo VI para proseguir la obra del concilio), la notable ausencia de pluralismo y discrecionalidad local.

Pablo VI, en el fondo un liberal, parecía oscilar entre progresistas y tradicionalistas hasta que intervino en las deliberaciones sobre los anticonceptivos. Se había consultado a consejeros especializados, que junto a la mayoría de los obispos del mundo querían aprobar el uso de la píldora en ciertas condiciones; ese cambio de mentalidad habría aportado consuelo espiritual a millones de mujeres y colmado la grieta abierta entre doctrina y práctica. Pero Pablo VI resolvió personalmente la cuestión de forma autocrática con su encíclica *Humanae vitae* (1968). Los sectores más inmovilistas del Vaticano le habían aconsejado que no cediera lo más mínimo, citando las declaraciones de anteriores papas. Decidió solo, tras consultar con el Altísimo, como si el concilio y su revolución no hubieran tenido lugar. No volvió a escribir otra encíclica en los diez años que duró aún su pontificado. Su intervención para bloquear el resultado del proceso colegial en una cuestión de principalísima importancia para los católicos laicos fue desastrosa. Así comenzó la escisión cada vez más profunda entre progresistas y tradicionalistas, heredada por Juan Pablo II cuando fue elegido Papa el 16 de octubre de 1978, tras el pontificado de tan sólo tres semanas de Juan Pablo I.

Juan Pablo II

La víspera del domingo de pentecostés de 1979, el sábado 2 de junio, Karol Wojtyla, Juan Pablo II, se encontraba ante más de un millón de personas en el mismísimo ombligo de la Polonia comunista, en la plaza de la Victoria de Varsovia. «Ven, Espíritu Santo

—entonó—, llena los corazones de los fieles y renueva la faz de la tierra.» Luego añadió, frente al estruendo de la multitud, «de *esta* tierra», indicando con un gesto de su mano derecha el país y el pueblo de Polonia.

Si hubo un momento definitorio en el pontificado de Juan Pablo II fue precisamente aquella declaración realizada en el corazón de su patria oprimida. La historia le acreditará como el inspirador e impulsor del movimiento popular que acabaría librando a Polonia del comunismo ateo, contribuyendo a un proceso que finalmente condujo al colapso del sistema soviético. Su concepción de la solidaridad, la colaboración entre las infraestructuras de la Iglesia y los fieles polacos para derrocar a la tiranía se asemejan a la oposición católica a la *Kulturkampf*, la respuesta desde la base a la persecución de Bismarck. Representa al mismo tiempo un llamativo contraste con la política conciliadora de Pacelli hacia Hitler y la supresión del catolicismo político en Alemania en los años treinta. Aun así, existen profundas contradicciones en el papado de Wojtyla, considerado en conjunto. Defensor e impulsor del activismo social y político en Polonia en los años setenta y ochenta, ha resultado ser en su gestión de la Iglesia un autócrata tradicionalista tan despótico como lo fue Pacelli.

Y sin embargo, uno difícilmente podría imaginar una figura más contrapuesta a la de Eugenio Pacelli: esquiador de anchos hombros y senderista, actor y poeta en su juventud, Wojtyla es la antítesis de aquel otro ascético y helado Papa. Ha traído un cierto garbo, humor y humanidad al palacio Apostólico. El primer encuentro de su secretario irlandés con él expresa vívidamente esa presencia humana:

> Tras *mi* mesa de despacho, con el *zucchetto* [solideo] arrojado a un lado, la sotana desabotonada hasta el pecho, sin cuello, sentado hacia un lado de la mesa, escribía, no como lo hacía el Papa Pablo VI, erguido y elegante, sino inclinado, con la cabeza apoyada en la otra mano, como una persona más acostumbrada a la acción física que al estudio. Llamé a la puerta y se volvió con el gesto de un hombre de mundo, muy poco papal. Era un verdadero hombre, pegado al suelo. Se levantó y se me acercó. No me dejó besarle el anillo, sino que me agarró y me abrazó.[3]

Wojtyla había sido elegido por sus hermanos cardenales en la octava votación, obteniendo una aplastante mayoría: 104 votos de

111. Cuando apareció en la balconada que da a la plaza de San Pedro se describió a sí mismo como un hombre «procedente de un lejano país», y declaró que su papado sería «testigo del amor universal». Los progresistas creían que este Papa pondría en marcha las reformas del Concilio Vaticano II. Los tradicionalistas, por el contrario, confiaban en que un prelado crecido en el catolicismo polaco restauraría la disciplina y los viejos valores. Pocos sospechaban hasta qué punto iba a decepcionar al ala progresista de la Iglesia, cada vez más profundamente dividida.

Los políticos del mundo hacían cola para conocer su opinión y recibir consejo y aprobación. Les recordaba —tanto a Reagan, Bush o Clinton como a Gorbachov o Yeltsin— sus responsabilidades morales hacia los pobres, los privados de derechos y los menos favorecidos. Era el enemigo del totalitarismo en todas sus formas. Varios importantes dictadores de la posguerra —Marcos en Filipinas, Baby Doc en Haití, Pinochet en Chile, Jaruzelski en Polonia, Stroessner en Paraguay— perdieron el poder poco después de que Wojtyla besara el suelo de sus países.

En cuanto a la política interna de la Iglesia, el papado de Wojtyla pareció al principio rechazar la solitaria gloria de sus predecesores. Aquí estaba un hombre que, hasta que le aparecieron los primeros síntomas de la enfermedad de Parkinson, compartía sociablemente su desayuno con monjas, curas y laicos, convocando comidas y cenas de trabajo con teólogos y obispos. Y cuando comía, escuchaba, o al menos así parecía.

Pero su pontificado ha contemplado el resurgimiento del histórico dilema del papado moderno, que sigue irresuelto cuando estamos a punto de entrar en el tercer milenio de la historia de la Iglesia católica. ¿Es o debe ser la Iglesia católica romana una pirámide gobernada desde su vértice por el hombre vestido de blanco? ¿O se trata de una Iglesia peregrina, una gente en movimiento, como la caracterizaron los Padres del Vaticano II?

Wojtyla nació el 18 de mayo de 1920 en Wadowice, una pequeña ciudad comercial a unos treinta kilómetros al suroeste de Cracovia, no lejos de la frontera con Eslovaquia. Cuando todavía no había cumplido los veinte años fue testigo de los horrores de la ocupación nazi de Polonia y pronto tuvo noticias de primera mano del genocidio judío. Auschwitz estaba a veintiocho kilómetros de su ciudad natal.

Después de ser ordenado sacerdote en 1946, comenzó una búsqueda intelectual que configuró su distintiva y apocalíptica visión de la acción de Dios en el mundo. Se trasladó a Roma para presentar su tesis doctoral sobre san Juan de la Cruz, el místico español del siglo XVI. La idea de este santo de una *Noche oscura del alma* mantiene que se llega al conocimiento de Dios mediante el sufrimiento, la duda y la oración. Juan Pablo II, según el cardenal John Kroll, de Filadelfia, en un comentario sobre la tesis de Wojtyla, «estudiaba teología arrodillado».

De regreso en Polonia, recorriendo varios puestos como cura párroco y profesor de seminaristas, dedicó los siguientes siete años al estudio de la filosofía. Sus meditaciones acerca de la «persona que actúa» se vieron influidas por la obra del filósofo alemán Max Scheler, cuyo impacto se dejó sentir, como hemos expuesto más atrás, en la Alemania de los años veinte. Al ir madurando su pensamiento, sin embargo, Wojtyla acabó cayendo en una estrecha lectura de la filosofía neotomista, especialmente en cuestiones de moralidad, insistiendo en el mal intrínseco en los actos sexuales «ilícitos». Aislado intelectualmente de Occidente, su pensamiento se afiló en la constante necesidad de debatir contra el marxismo-leninismo. Wojtyla parece simpatizar superficialmente con el pluralismo, pero en el fondo mantiene una actitud intransigentemente absolutista.

Sus meditaciones se concentraron en el enigma de sus primeras experiencias juveniles: ¿cómo pueden compartir los seres humanos un sublime destino hacia Dios y ser capaces al mismo tiempo de los horrores de Auschwitz? Conforme iba envejeciendo, se convencía progresivamente de que la perversidad en el mundo estaba más allá de la responsabilidad y la comprensión humana.[5] «El mal que existe en el mundo —dijo en un sermón— parece ser *mayor que nunca*, mucho mayor que el mal del que cada uno de nosotros puede sentirse responsable.» Durante un período en el que muchos teólogos se encaminaban hacia soluciones más racionalistas y sociológicas, Wojtyla renovaba su creencia en el conflicto eterno entre los poderes de la luz y las tinieblas, y en la eficacia de la Virgen María en la historia; esa devoción, como la de Pacelli a Nuestra Señora de Fátima, le salvó, según cree, la vida en un atentado contra su persona en 1981. «Un dedo apretó el gatillo —dijo a una vasta multitud en el santuario de Nuestra Señora de Fátima en 1982—, pero otro guió

la bala.» Un año después del atentado depositó el proyectil en la corona de la estatua de la Virgen.

Fue consagrado obispo en septiembre de 1958, siendo el suyo uno de los últimos nombramientos de Pacelli, y en 1964 se hizo cargo del arzobispado de Cracovia. Astuto opositor al represivo régimen comunista de Polonia, accedió al cardenalato a la edad de cuarenta y seis años. Reformuló atrevidamente el concepto de solidaridad como inspiración práctica para un levantamiento popular no violento. Su aliento al sindicato Solidarnosk, la única organización sindical del bloque del Este independiente del Estado, animó el desafío al comunismo en Polonia, y más allá, contribuyendo de forma significativa al empuje que condujo a la drástica reforma del panorama político de la Europa oriental. Con su típica modestia, dijo en cierta ocasión: «El árbol estaba podrido; yo sólo tuve que darle una buena sacudida.»

Pero había otra fuerza tras él: el peso de la propia historia. Observando la Iglesia desde su centro, tirando de aquí y de allá, llevando sobre sus espaldas la carga de mil millones de católicos, se ha ido inclinando progresivamente a actuar por su cuenta; cuanto más se alarga su pontificado, más se parece a sus predecesores. Una clave de la aparente contradicción es su visión dualista de la naturaleza humana. Cree, como ha señalado su biógrafo Michael Walsh, que la persona humana «necesita a la sociedad y al mismo tiempo la trasciende». Así pues, la acción social y política es el terreno adecuado para los laicos, mientras que la realidad trascendente está reservada a la Iglesia, lo que significa para él la iniciativa, capacidad de decisión y autoridad del Vicario de Cristo en la tierra. Ha reinstalado así la ideología del poder papal. El pluralismo, en su opinión, sólo puede conducir a una fragmentación centrífuga; sólo un Papa fuerte, gobernando desde el vértice, puede salvar a la Iglesia.

A lo largo del pontificado más dilatado del siglo, que comenzó en noviembre de 1978, Juan Pablo II se ha enfrentado sin tregua a una serie de crisis globales que amenazaban la integridad y supervivencia de la Iglesia universal, como si todo dependiera de él y sólo de él. En Latinoamérica se ha opuesto firmemente a una Teología de la Liberación que juzga «inspirada en el marxismo»: la idea de que el pecado no es tanto un rechazo a escuchar la palabra de Dios sino el resultado de las injustas estructuras sociales y políticas. A los

cuatro años de iniciar su pontificado reaccionó con indignación a las interrupciones de los sandinistas en Managua, en una misa al aire libre. Se sintió ofendido por la acusación de que no apoyaba «la opción por los pobres». ¿Por qué no comprendían que Cristo, y no Karl Marx, era el verdadero liberador de los pobres? Al finalizar el siglo, pese al colapso del comunismo, el catolicismo latinoamericano se ve todavía acosado por el explosivo conflicto entre la izquierda y la derecha católicas, en un contexto de crecientes incursiones misioneras de los protestantes pentecostalistas.

En Estados Unidos, con sus sesenta millones de católicos, varios grupos de intereses —gays, lesbianas, feministas, defensores del derecho al aborto...— han buscado una expresión individualizada de su fe. Viajando por Norteamérica en 1987, Wojtyla predicó el perdón mientras los disidentes católicos rechazaban su compasión con pancartas y gritos. Si Latinoamérica estaba buscando su liberación de la opresión social y política, los católicos norteamericanos parecían exigir la liberación de la autoridad papal y del propio pecado original. En Denver, en 1993, pidió a una reunión masiva de jóvenes que «rechazaran a los falsos profetas y falsos maestros que [os] llevan por el camino de una imposible liberación». Sus enemigos son el aborto, los anticonceptivos, el hedonismo y el capitalismo desenfrenado. Quizá la siguiente generación preste atención a sus advertencias, parece decir, ya que la actual no se muestra redimible. Le gustan las concentraciones de masas de la juventud católica, que recuerdan las de la Acción Católica de los años treinta y cincuenta.

Entretanto, en África y en Asia la tenacidad de las religiones tradicionales indígenas, que incorporan elementos animistas en sus cultos ancestrales, desafía el molde romano de creencia y culto. Se observan presiones para relajar el celibato sacerdotal en culturas en las que la ausencia de expresión sexual masculina se considera una perversión. También hay esforzados misioneros que distribuyen preservativos para frenar la expansión del sida en el África Central.

Luego están las cuestiones de ortodoxia doctrinal. Los progresistas han podido contemplar el espectáculo del Sumo Pontífice Juan Pablo II haciendo uso de su impresionante poder para humillar a varios teólogos. En el primer año de su pontificado revocó la licencia para la enseñanza al padre Hans Küng, el teólogo suizo que

había criticado el dogma de la infalibilidad papal. El venerado erudito flamenco Edward Schillebeeckx fue convocado tres veces al Vaticano para interrogarle acerca de su interpretación de las Escrituras. A mediados de los años ochenta, Charles Curran, de la Universidad Católica en Washington, fue privado de su permiso para enseñar por sus opiniones, muy moderadas, sobre la sexualidad humana. Al arzobispo Raymond Hunthausen, de Seattle, conocido opositor a las armas nucleares, se le pidió que aceptara un control sobre sus comentarios acerca de las anulaciones matrimoniales y su trato con la comunidad homosexual local. En 1997, Wojtyla excomulgó al sacerdote y escritor Tissa Balasuriya, de Sri Lanka, por adulterar la ortodoxia doctrinal romana al arrojar dudas sobre las doctrinas del pecado original y la virginidad de la Madre de Dios, si bien se le ha rehabilitado posteriormente.

Sitiado por todos los costados, Wojtyla parece haber dominado la miríada de fuerzas centrífugas en acción. Su formidable resistencia física y psicológica se corresponde con su extraordinaria certidumbre en la naturaleza mística de su vocación, que otorga confianza a su estrategia primordial para la unidad: el control más rígido sobre la selección de los obispos de todo el mundo y sobre su conducta.

En las convocatorias públicas para el laicado cautiva a enormes multitudes en los estadios del planeta. Tras las puertas cerradas, reprende a los obispos locales por su lenidad en la denuncia de los anticonceptivos, el aborto, la homosexualidad y el divorcio. Ha favorecido repetidamente a los candidatos más reaccionarios al obispado, frustrando las preferencias de la Iglesia local. Su nombramiento de Wolfgang Haas, un archiconservador impopular, como obispo de Chur, en Suiza, provocó que los feligreses formaran una alfombra humana frente a la catedral, forzando a los celebrantes a caminar sobre ellos para entrar a la celebración. El nombramiento del ultraconservador Hans Groer como arzobispo de Viena desató una protesta pública semejante. Los fieles de la Iglesia austríaca se vieron obligados a aceptar otros tres nombramientos reaccionarios contra su voluntad. Groer fue más tarde acusado de pedofilia y tuvo que recluirse en un monasterio, donde se encuentra a la espera de una investigación eclesiástica.

En Estados Unidos, el nombramiento del arzobispo Pio Laghi como pronuncio apostólico, es decir, embajador personal del Papa

ante la Iglesia local, conlleva el mandato expreso de vetar nuevos obispos a fin de combatir las tendencias liberales de la Iglesia norteamericana. Tres cuartas partes de los actuales obispos británicos y norteamericanos han sido nombrados por Juan Pablo II, quien señala con su franqueza característica: «No debéis permitir que surjan dudas acerca del derecho irrestricto del Papa a nombrar obispos.»

Los observadores y comentaristas laicos y no católicos le han felicitado por su defensa de las normas morales absolutas frente a la marea relativista. En 1994 fue declarado Hombre del Año por la revista *Time* precisamente por su autoritarismo «solitario»: «En un año en el que tanta gente ha lamentado la decadencia de los valores morales o excusado los malos comportamientos —explicaba el recuento de méritos—, el Papa Juan Pablo II defendió vigorosamente su visión de la buena vida y urgió al mundo a seguirla.» Los tradicionalistas están encantados con esa aprobación sin matices por parte del mundo no católico. Sus seguidores de los medios no católicos olvidan sin embargo el hecho de que Juan Pablo II se ha mostrado como un poderoso amigo del Opus Dei, la moderna orden religiosa de derechas, de origen español, y que promueve los intereses de movimientos de masas sectarios como Communione e Liberazione, que cultiva un estilo de control militar sobre sus afiliados y ataca a los medios pluralistas.

Cuando van transcurridos más de veinte años del pontificado de Wojtyla, y ya han pasado más de treinta y cinco desde el comienzo del Concilio Vaticano II, «la gran marea impulsada por el Vaticano II —como señala Adrian Hastings— parece haber agotado su fuerza, al menos institucionalmente».[4] El modelo piramidal y monolítico de la Iglesia que mantiene Wojtyla se ha vuelto a asentar, y las metáforas de «la Iglesia peregrina» y «el pueblo de Dios» se emplean cada vez más raramente. El pluralismo y la colegialidad se ven caracterizados como enemigos de la autoridad central.

Muchos fieles, quizá cada vez más, aprueban de hecho en su totalidad la reafirmación que Wojtyla ha hecho de la ideología del poder papal, creyendo que ofrece la más sólida esperanza de unidad y supervivencia. Pero esto sólo puede significar una escisión cada vez más profunda en el futuro, y un inevitable conflicto. En Norteamérica comienzan a apreciarse señales de una lucha titánica: mientras que el episcopado permanece en silencio y conforme, los

teólogos de la mayoría de las universidades católicas están en la actualidad fuera del control del Vaticano y se muestran cada vez más abierta y francamente «disidentes».

Por otro lado, hay una base de masas que reafirma el derecho del hombre vestido de blanco a gobernar autocráticamente desde el vértice, con una curia avasalladora imponiendo el conformismo, y los obispos diocesanos abdicando de su propia autoridad y libertad. Esta visión de la Iglesia está cada vez más enfrentada al ecumenismo cristiano, además de mantener el predominio masculino y el celibato sacerdotal. Prevalece el culto a María, insistiendo en las revelaciones milagrosas de estilo gnóstico. La elevación a los altares se ha convertido en una de las principales preocupaciones del Papa. Juan Pablo II ha canonizado a más santos durante su pontificado que todos los demás papas juntos desde que se estableció el proceso formal. La importancia de la canonización por Pacelli de Pío X, el Papa antimodernista, se prolonga en nuestros días con la beatificación por Wojtyla de Josemaría Escrivá de Balaguer, el fundador del Opus Dei, y su entusiasmo por la canonización de Eugenio Pacelli. Convertir en santo a Pío XII significaría una victoria decisiva para los tradicionalistas sobre los progresistas en la interpretación del Vaticano II.

Los progresistas, que siguen siendo muchos, continúan declarando que el Papa y la curia no han sabido aplicar la crucial opción del concilio por la colegialidad. Están dispuestos a renunciar a las certezas de un Papa provisto de un mecanismo infalible cuando hace falta. Deploran el sistema que permite al Papa nombrar obispos en el mundo entero, con frecuencia contra los deseos locales, porque ésa no es forma de promover la colegialidad. Quieren un Papa que presida la Iglesia en caridad como tribunal final de apelación. Arguyen que la moderna ideología del poder papal no está basada en la tradición, y que rechaza la autoridad y sabiduría histórica de la Iglesia conciliar.

Quienes anhelan la materialización de la colegialidad en la Iglesia católica pueden llegar a aceptar, como hemos intentado mostrar a lo largo de este relato, que la reafirmación del modelo de poder de Pacelli ignora las duras lecciones de la reciente historia mundial; y que la autocracia papal, llevada al extremo, sólo puede desmoralizar y debilitar a las comunidades cristianas.

En muchos lugares del mundo, la Iglesia católica disfruta las

ventajas de un pluralismo demasiado subestimado por los tradicionalistas. En una época más respetuosa de la libertad religiosa como es la nuestra resulta difícil evaluar hasta dónde llega el debilitamiento moral y social de las Iglesias locales. La tesis de este libro es, no obstante, que cuando el papado crece en importancia a costa del pueblo de Dios, la Iglesia católica decae en influencia moral y espiritual, en detrimento de todos nosotros.

FUENTES, EL DEBATE SOBRE EL «SILENCIO», Y LA SANTIDAD

Estudiar la reciente historia del papado no es tarea fácil, ya que los archivos del Vaticano mantienen los documentos en secreto durante setenta y cinco años. Eugenio Pacelli era además un individuo solitario y reservado que no mantenía, por lo que sabemos, ningún diario antes de ser elegido Papa, y que escribía pocas cartas personales, ninguna de las cuales, por otra parte, está a disposición de los investigadores. Los estudiosos de la historia del Vaticano durante la segunda guerra mundial se han visto ayudados, no obstante, por los once volúmenes de documentos publicados por mandato de Pablo VI entre 1965 y 1981, aunque cabe preguntarse por la integridad de esa recopilación, como he explicado anteriormente.

También resulta de gran valor la obra del jesuita Ludwig Volk y otros acerca de la documentación del largo proceso que condujo a la firma del concordato entre el Tercer Reich y la Santa Sede en julio de 1933. Los archivos gubernamentales de París, Londres y Alemania (especialmente el Archivo Católico de Munich) han puesto al alcance del público una voluminosa cantidad de documentos al respecto de las relaciones entre el Vaticano, las Iglesias y el régimen nazi.

Lo que de nuevo hemos podido relatar aquí de la historia de Pacelli proviene del acceso por primera vez a dos fuentes documentales de los archivos cerrados de Roma. En primer lugar, la recopilación de testimonios aportados en el proceso de beatificación de Pío XII, confiados a la Compañía de Jesús. Dado que los modernos procesos de beatificación y canonización se caracterizan por una ardua búsqueda de pruebas *contra* la santidad del «Siervo de

Dios», esos legajos, que contienen las actas de setenta y seis entrevistas (lo que equivale a un millar de páginas de texto) realizadas bajo juramento hace un cuarto de siglo han resultado cruciales. Se citan en este libro por primera vez.

La segunda colección de textos, relacionados con las actividades de Pacelli como burócrata del Vaticano entre 1913 y 1917, y como nuncio papal de 1917 a 1922, fue puesta amablemente a nuestra disposición por el *sostituto* en la Secretaría de Estado vaticana, arzobispo Jean-Louis Touran, con la inestimable ayuda del archivero del Secretariado, Marcel Chapin, S. J.

La generosidad de lady Hesketh me ha permitido citar una serie de cartas privadas enviadas durante la guerra por el embajador británico ante la Santa Sede, Francis d'Arcy Osborne, a su madre, mistress Bridget McEwan. Esas cartas complementan los diarios de Osborne, citados en la obra de Owen Chadwick *Britain and the Vatican during the Second World War* (Cambridge, 1986), que aportan un retrato único de Pacelli durante los años de guerra y aclaran algunos interrogantes planteados por Chadwick.

Dada la importancia del papel de Pacelli en la remodelación del derecho canónico, he tenido la fortuna de contar con las orientaciones del profesor Giorgio Felliciani, de la Universidad Católica de Milán, acerca del proceso que condujo a la publicación del *Codex Juris Canonici* en 1917 y de la influencia que Pacelli ejerció sobre esa obra. El profesor Felliciani ha trabajado sobre los orígenes históricos del Código a partir de copias microfilmadas de todo el proceso.

Mi mayor deuda y homenaje tienen como acreedor a Klaus Scholder, cuyos trabajos sobre el concordato de Pacelli con el Reich de Hitler y sus consecuencias para la Iglesia católica en Alemania han ofrecido una nueva perspectiva para entender la ausencia de una resistencia católica frente al ascenso de Hitler y los nazis.

Cualquiera que se embarque en un estudio de la figura de Pío XII debe seguir las huellas de quienes han intentado resolver el interrogante de su silencio durante el tiempo de guerra. Las discusiones durante más de treinta y cinco años sobre la reacción de Eugenio Pacelli frente a la Solución Final han dado lugar a una voluminosa serie de contribuciones, provocando cada intento de alcanzar un veredicto final una respuesta desde el extremo opuesto. Las bases sobre las que se han realizado esos juicios del conoci-

miento y la conducta papales hacen referencia a innumerables documentos y fechas; también alegan a veces mala fe con respecto a documentos perdidos o inaccesibles y contienen especulaciones acerca de la conciencia del hombre que fue Pío XII. Como señala Jonathan Steinberg, se trata de «una controvertida y terrible cuestión, que nadie debería plantear precipitadamente». Pero el constante interés que sigue manifestándose indica que las nuevas generaciones continúan tratando de aclarar cuáles son las deudas de conciencia no saldadas que mantienen el papado y la Iglesia católica más de medio siglo después de finalizada la segunda guerra mundial. Las Iglesias Evangélicas de Alemania reconocieron en la Declaración de Stuttgart de octubre de 1945 su culpabilidad por los crímenes del régimen,[1] como lo hizo igualmente la jerarquía católica; pero la Santa Sede sigue sin explicitar un reconocimiento análogo.

Se han producido no obstante algunas iniciativas papales tendentes a colmar la brecha existente entre ambas religiones: el reconocimiento general de Juan XXIII del antijudaísmo religioso durante siglos; la visita de Pablo VI a Israel; las dos visitas de Juan Pablo II a sinagogas y su declaración *Memoria*, en la primavera de 1998, sobre la historia de las ofensas cometidas contra los judíos. Pero Juan Pablo II aprovechó también la ocasión para exonerar a Pío XII de su conducta durante la guerra, proclamando que éste no tenía nada de lo que avergonzarse y sí mucho de lo que enorgullecerse: «La sabiduría de la diplomacia de Pío XII fue públicamente reconocida en varias ocasiones por organizaciones y personalidades representativas judías —decía—. Por ejemplo, el 7 de septiembre de 1945, el doctor Joseph Nathan, en representación de la Comisión Hebrea Italiana, declaraba: "Sobre todo, nos sentimos agradecidos hacia el Sumo Pontífice y los religiosos y religiosas que, bajo las directrices del Santo Padre, reconocieron a los perseguidos como hermanos, y con esfuerzo y abnegación se apresuraron a ayudarnos, sin atender a los terribles peligros a los que se exponían."»[2]

El primer y más notorio ataque contra la conducta de Pacelli durante la guerra tuvo lugar en 1963, con la representación en Berlín de la obra teatral de Rolf Hochhuth *Der Stellvertreter (El Vicario)*,[3] que se representó también ese mismo año en Londres y al siguiente en Nueva York, con el título *The Deputy*, y más tarde se tradujo a más de veinte idiomas. Escrita en verso libre, con reminiscencias de Schiller, constituye hasta hoy día la base para cierta

apreciación popular de Pacelli, incluso para gente que nunca ha visto ni leído la obra.

La actitud de la Santa Sede queda establecida en la primera escena, cuando cierto Kurt Gerstein, que ha sido testigo de las matanzas en las cámaras de gas, informa de lo que ha visto al nuncio en Berlín, monseñor Orsenigo, quien sin embargo se niega a pasar la información al Papa.[4] Finalmente, un emisario de Gerstein llega al Vaticano y allí se le concede una audiencia. Pero Pacelli, que aparece por primera vez en el cuarto acto, se manifiesta indiferente. El retrato que Hochhuth propone del Papa es el de una persona cínica, avariciosa y despiadada, hostil a Occidente y proclive a Alemania, preocupada por sus inversiones, que corren peligro por el bombardeo de los aliados sobre fábricas italianas. El Pacelli de Hochhuth especula acerca de la posibilidad de vender ventajosamente algunas de sus propiedades a influyentes norteamericanos, con el fin de disuadir a los aliados del bombardeo de Roma. Cuando le informan sobre los campos de la muerte en Polonia se hace el sordo. La escena se ve dramáticamente reforzada por la coincidencia de la redada de los judíos de Roma con la petición de ayuda del emisario de Gerstein.

El Vicario es una ficción histórica basada en escasa documentación.[5] Gerstein nunca se encontró con Orsenigo, y la larga entrevista representada en la obra nunca tuvo lugar. Lo que es más importante, la caracterización de Pacelli como un hipócrita ansioso de dinero es tan poco acertada que cae en el ridículo. Además, la obra de Hochhuth va contra los más básicos criterios documentales; tales anécdotas y caracterizaciones sólo serían aceptables caso de ser demostrables. *El Vicario* recibió sin embargo amplio crédito, y la erradicación de una imagen tan simple y llamativa se convirtió en algo difícil, por no decir imposible.

La obra de Hochhuth ha tenido no obstante otra consecuencia de gran alcance para los historiadores. La guerra de críticas, condenas y elogios que siguió a su presentación dio un notable impulso a la búsqueda de documentación auténtica. Trabajos ya disponibles con anterioridad cobraron un nuevo alcance con aquella controversia. El autor Elie Wiesel, superviviente de Auschwitz y Buchenwald, relata cómo encontró a un abatido Saul Friedländer en París en 1962. Friedländer, nacido en 1932, era un historiador del período nazi, que había perdido a sus padres en Auschwitz; él

mismo había sobrevivido ocultándose en un monasterio católico en Francia. «Cuando nos sentamos en la terraza de un café en el Boulevard Saint-Germain —escribe Wiesel— se tomó un Valium y comenzó a contarme sus problemas.» Mientras preparaba una tesis sobre la diplomacia del Tercer Reich, Friedländer se había topado con documentos sensacionales sobre la política del Papa Pío XII hacia la Alemania nazi. «Inmediatamente comprendí cuál era el problema, porque yo también había pasado por lo mismo —escribe Wiesel—. Los editores no estaban ya interesados en aquel período.» Al día siguiente, Wiesel presentó a Friedländer al editor parisino Paul Flamand, de las Éditions du Seuil, lo que significó el comienzo de su carrera.[6]

La obra de Friedländer *Pío XII y el Tercer Reich* fue publicada en París en 1964 en pleno escándalo de *El Vicario*, y apareció en Nueva York y Londres en 1966. Se trata de un riguroso intento de hacer que los documentos hablen por sí mismos. Basada principal pero no exclusivamente en los informes que pasaban a través de los embajadores alemanes ante la Santa Sede durante la guerra, tuvo un profundo efecto en el Vaticano, ya que revelaba, como el propio Friedländer exponía en la conclusión del libro, que «el Sumo Pontífice parece haber mantenido una predilección por Alemania que no se vio disminuida por la naturaleza del régimen nazi, ni desmentida hasta 1944». Friedländer esperaba naturalmente que el Vaticano abriera sus archivos a la investigación, ya que «la veracidad [de los documentos] puede contrastarse únicamente comparándolos con los que se guardan en los archivos del Vaticano». Y eso es lo que sucedió por fin.

En 1964, Pablo VI encargó a un grupo de jesuitas la edición de los documentos de los años de guerra en el plazo más breve. La obra apareció, en once volúmenes, entre 1965 y 1981. Bajo el título genérico de *Actes et documents du Saint Siège relatifs à la Seconde Guerre Mondiale*, se publicaron en las lenguas originales acompañados de su traducción al francés. Sólo un volumen, el primero, apareció también en inglés. El alcance de las pruebas así disponibles era impresionante, ¿pero era eso todo? En la batalla de opiniones acerca de lo que Pío XII había conocido, y cuándo, ¿no habría retenido el Vaticano algunos documentos reveladores? El último editor superviviente de los cuatro, Pierre Blet, S. J., historiador de la Iglesia en la Universidad Gregoriana, me informó reciente-

mente que los documentos se almacenaban en cajas en una sala llena de polvo en el Vaticano, y que no parecía que nadie los hubiera tocado desde la guerra. Estaba convencido de que no había habido modificaciones ni ocultamientos antes de que el material fuera puesto a disposición de los editores. «En cualquier caso —me dijo lacónicamente—, los italianos habían descifrado nuestros códigos y tenían prácticamente todo lo que nosotros enviábamos. Nadie ha descubierto nada que no haya sido editado.»

Esa confiada afirmación resultó desmentida recientemente, como he explicado con anterioridad, en las memorias de Gerhard Riegner, *Ne jamais désespérer.*[8]

Riegner, que coordinaba en Suiza toda la información que llegaba de Europa durante la guerra, llamaba en su libro la atención sobre la ausencia en los documentos de la Santa Sede de un memorándum crucial que él mismo había entregado al nuncio papal en Berna, monseñor Filippe Bernadini, el 18 de marzo de 1942, para que lo hiciera llegar al Vaticano. «Nuestro memorándum —escribe Riegner— revelaba la catastrófica situación de los judíos en varios países católicos, o en países con población en gran parte católica, como Francia, Rumania, Polonia, Eslovaquia, Croacia... Se exponía detalladamente la situación en cada uno de esos países. Demostrábamos el propósito de los nazis de destruir a todo el pueblo judío.»[9]

Los documentos publicados por el Vaticano —*Actes et documents*— muestran que el memorándum de Riegner y su colega, Richard Lichtheim, llegó a la Secretaría de Estado, y que el documento existe y fue archivado, ya que se hace una somera descripción de su contenido —*«des mesures antisemites»*— en una nota a pie de página del 8.° volumen.[10] Sin embargo, se omite el texto del documento.

Riegner añade que la omisión es tanto más lamentable cuanto que él mismo y sus colegas habían subrayado que «en algunos de esos países los dirigentes políticos son católicos susceptibles de conmoverse ante una iniciativa del Vaticano». Pero sólo en el caso de Eslovaquia, donde el presidente era el sacerdote católico Jozsef Tiso, el Vaticano intervino y consiguió «una moderación de esa política antisemita».[11] Riegner concluye con la esperanza de que el Vaticano dé a conocer definitivamente todos los documentos en su poder acerca de Pío XII y el Shoah.

En cualquier caso, mientras el Vaticano seguía adelante en los años sesenta con su proyecto en once volúmenes, varios investigadores procedían a emitir un juicio. Entre ellos cabe destacar a Guenter Lewy, con su libro *The Catholic Church and Nazi Germany* (Nueva York, 1964), un extracto del cual apareció en la revista *Commentary* en febrero de 1964. Lewy lleva a cabo una ecuánime valoración del angustioso dilema de Pacelli, reconociendo que la protesta podría haber empeorado la situación tanto de los judíos como de los católicos. Sin embargo, cuestiona con elocuencia, aunque sin mucha profundidad, la ética de su proceder, al emplear el lenguaje diplomático —o la ambigüedad deliberada— para combatir aquel mal inaudito. «Los teólogos católicos —escribe— han debatido largamente la línea que separa la prudencia cristiana de la cobardía no cristiana. Esa línea es a menudo difícil de localizar, pero ninguna casuística acerca del silencio permisible frente al crimen con el fin de evitar males mayores permite eludir la ardua tarea de fijar esa línea. Existen situaciones en que la omisión implica una culpa moral. El silencio tiene un límite.»[12]

La cuestión recibió un convincente tratamiento en *El silencio de Pío XII*, publicado por el periodista y antiguo sacerdote Carlo Falconi, primero en italiano, en 1965, y luego en inglés, en 1970[13] (hay edición en castellano, de Plaza & Janés, 1970). La contribución más notable de Falconi fue el abundante material condenatorio croata, que constituye una fuente esencial para quien quiera aventurarse en la polémica, y que acusa a Pacelli de haber conocido las atrocidades ustachis, sin decir ni hacer nada, aparte de mostrar su aprobación al régimen. Las conclusiones generales de Falconi sobre Pacelli y la Solución Final son sin embargo cautas: no estaba preparado para ir más allá de lo que decían los documentos: «El Vaticano estaba muy bien informado y [...] el Papa recibía continuas presiones para romper sus silencio. [...] No favorecen, ciertamente, una justificación de la precaución y silencio de Pío XII.» De todas formas, advertía que el asunto «guarda todavía secretos impredecibles», y expresaba su esperanza de que «pronto otros sigan y aprovechen las huellas que he descubierto, con mejores resultados que yo mismo».[14]

El libro de Falconi fue seguido por una entusiasta exoneración de Pacelli a cargo de Pinchas E. Lapide, en *The Last Three Popes and the Jews* (Londres, 1967). Lapide, cónsul israelí en Milán a prin-

cipios de los años sesenta, había revuelto de arriba abajo los archivos Yad Vashem, Zionist Central y el Histórico General Judío de Jerusalén buscando detalles de la ayuda proporcionada por el Vaticano a los judíos durante la guerra. Armado con los agradecimientos de muchos grupos judíos, proclamaba que la Santa Sede había hecho más por ayudar a éstos que cualquier otra organización occidental, incluida la Cruz Roja. Según sus cálculos, Pío XII había salvado, directa o indirectamente, la vida de unos 860 000. Aclamaba entusiásticamente la petición de perdón de Juan XXIII por la larga tradición antijudía de los católicos, reproduciendo en la primera página del libro su oración: «Perdónanos por las calumnias que falsamente lanzamos sobre ellos. Perdónanos por crucificarte de nuevo en su carne. Porque no sabíamos lo que hacíamos.»[15]

Lapide, sin embargo, no parecía haber leído el libro de Falconi, aunque se hubiera publicado dos años antes que el suyo. No mencionaba a Croacia, que encabezaba la lista de los silencios de Pacelli y que se convirtió en uno de los temas de interés público a comienzos de los años cincuenta con motivo del juicio al cardenal Stepinac en la Yugoslavia de Tito. Es dudoso, en cualquier caso, que a Lapide le hubiera convencido ninguna prueba contra Pío XII, ya que su principal objetivo consistía en dar la bienvenida al «plan judío» del Concilio Vaticano II, «que tiene —escribía Lapide— todo el impacto de un reconocimiento oficial católico del pueblo judío, de sus iguales derechos y de los indestructibles lazos que atan a la cristiandad a ese credo más antiguo». Esa celebración del nuevo comienzo era inseparable, para Lapide, del deseo de que el Vaticano reconociera a Israel. De ahí la referencia al final del libro al «Papa Roncalli [...] Pontifex Maximus —constructor del puente supremo—, que ha dicho a Maurice Fisher, embajador de Israel en Roma: "Reconocería al Estado de Israel aquí y ahora"».[16] El libro de Lapide constituyó una formidable y estudiada respuesta a quienes pintaban a Pío XII como un villano, pero no podía disimular su tinte diplomático. Aun así, leyendo entre líneas, Lapide no parece del todo convencido de cuanto defiende. Quizá su reflexión más triste es la disculpa que hace de pasada diciendo que Pío XII estaba menos infectado por la «enfermedad que ha contaminado el alma del mundo libre».[17]

Tres años después del libro de Lapide, en 1969, el escritor Robert Katz emprendió una reconstrucción del episodio del 16 de oc-

tubre en su libro *Black Sabbath* (antes había publicado *Muerte en Roma*, sobre el asesinato en las Fosas Ardeatinas de 335 romanos, de los que setenta eran judíos, el 24 de marzo de 1944. Katz insinuaba que Pacelli sabía que se iba a producir la represalia nazi y que no hizo nada por sus víctimas). Cuanto más estudiaba Katz la reacción de Pacelli a las atrocidades nazis en Roma durante la ocupación alemana, más convencido estaba de que el papado tenía una responsabilidad que asumir. Su original informe antropológico de la deportación de los judíos de Roma, que subtituló *Recorrido por un crimen contra la Humanidad*, exploraba la relación entre víctimas y verdugos bajo una nueva luz. Había iniciado sus investigaciones para el libro en 1964, con el fondo de la controversia suscitada por el libro de Hannah Arendt *Eichmann en Jerusalén: Un informe sobre la banalidad del Mal* (ed. en castellano de Lumen, 1967), en el que criticaba la teoría del «monstruo» nazi e investigaba los niveles de complicidad de los ciudadanos corrientes con el Reich, incluso en el seno de la propia comunidad judía. En el caso de los judíos de Roma, Katz creía que la deportación había revelado mucho más acerca de esa antigua comunidad de lo que permitía la aceptada historia de la tiranía nazi, contándonos «mucho acerca del verdadero valor de lo que se jugaba en Roma [y] también habla de los sentimientos escondidos y de todo lo que eso conlleva. Nadie en Europa, judíos o no judíos, vivía fuera del sistema de valores creado o transmitido por la sociedad del siglo XX». La sutil exposición de Katz de las reticencias de Pacelli permitía inferir que éste era en cierto modo cómplice del sistema nazi, el cual premiaba su silencio haciendo como que respetaba el estatus de extraterritorialidad del Vaticano y sus instituciones en Roma. Katz argumentaba que, a fin de proteger la Iglesia institucional, Pío XII estaba dispuesto a pasar por alto las vidas de un puñado de judíos. Katz fue demandado en Italia, donde cabe la acusación de calumnias contra personas fallecidas, por la hermana y un sobrino de Pacelli, después de que Carlo Ponti hiciera una película a partir de su libro *Muerte en Roma*. Los Pacelli perdieron el juicio, pero apelaron, y el caso acabó archivándose.

El siguiente conjunto de alegaciones contra la conducta de Pacelli durante la guerra se publicó en 1980, en *The Terrible Secret* de Walter Laqueur (Londres, 1980), obra centrada en lo que se sabía, y cuándo se supo, acerca de la Solución Final. Aunque Laqueur

tenía a su disposición varios de los volúmenes de los documentos vaticanos, no parece haber hecho uso de ese material, aunque cita, a través de Friedländer, el memorándum de Riegner enviado a Roma por el nuncio papal en Berna. Laqueur estaba convencido de que el Vaticano «poseía mejor información que nadie en Europa»[18] en razón de su «mejor organización y conexiones internacionales más extensas». Laqueur alegaba que el Vaticano había mentido sistemáticamente acerca de su ignorancia de la Solución Final, en una política de corto alcance, «ya que más pronto o más tarde acabarían siendo conocidos al menos algunos hechos».[19] En un gesto calculado, por más que procediera de un distinguido investigador e historiador, Laqueur apostaba por la aparición de pruebas acusadoras en los archivos de espionaje alemanes e italianos, que habían almacenado los mensajes interceptados al Vaticano, tanto de entrada como de salida. Al cabo de dieciocho años no han aparecido tales evidencias, aunque el memorándum de Riegner sea prueba suficiente de que el Vaticano retenía importantes documentos. El juicio de Laqueur sobre Pacelli era igualmente aventurado: ¿por qué no se pronunciaba públicamente Pacelli? «Probablemente —escribía Laqueur— se trataba de un caso de pusilanimidad más que de antisemitismo. Si el Vaticano no se atrevió a ayudar a los cientos de sacerdotes que perecieron en Auschwitz, no era realista esperar que mostrara más coraje e iniciativa para defender a los judíos.»[20]

Laqueur, sin embargo, no parecía estar al tanto de la conspiración del general Ludwig Beck para deponer a Hitler, y del casi temerario valor de Pacelli en su papel de intermediario. Evidentemente, para entender el misterio del comportamiento de Pacelli se precisaba, tanto como la obtención de documentos, cierta percepción de su personalidad. Hasta entonces nadie había intentado hacerse una idea general de su complejo carácter.

El primer, y hasta este mismo libro, el único intento serio de explicar ese comportamiento fue el del historiador de la Iglesia británica Owen Chadwick, en su libro *Britain and the Vatican during the Second World War* (Cambridge, 1986). Chadwick no sólo contaba con todos los volúmenes de *Actes et documents*, sino que pudo disponer asimismo de material del Foreign Office y del Gabinete de Guerra, y de los registros diplomáticos franceses del Quai d'Orsay. También había conseguido acceder a los diarios del embajador

británico ante la Santa Sede, Francis d'Arcy Osborne (en posesión de la reina madre Isabel). Como hemos relatado, éste se mantuvo durante casi toda la guerra en el Vaticano, manteniendo frecuentes encuentros con Pacelli.

El Pío XII de Chadwick es verdaderamente un Pontífice tal como éstos aparecen a los ojos de un aristócrata inglés del servicio diplomático. Osborne estaba fascinado con Pacelli, seducido por su «virtud». De cuando en cuando se quejaba amargamente de su silencio durante los primeros años de la guerra, pero su veredicto final, tras el estreno de la pieza teatral de Hochhuth, era el siguiente:

> Lejos de ser un frío diplomático (lo que supongo que quiere decir despiadado e inhumano), Pío XII era la persona más cálidamente humana, amable, generosa, simpática y virtuosa que he podido conocer en el transcurso de mi larga vida. Sé que su sensible naturaleza se veía aguda e incesantemente traspasada por el trágico sufrimiento ocasionado por la guerra, y no me cabe la menor duda de que habría dado con alegría su vida por evitar a la humanidad sus consecuencias. Sin hacer diferencias de nacionalidad o credo. Pero ¿qué podía hacer?[21]

El tenor general del benevolente informe de Chadwick sobre la respuesta de Pacelli frente a las noticias que le llegaban de la Solución Final no se aparta mucho de esa valoración. Para Chadwick, Pacelli era un hombre tímido, sensible y santo, atrapado en un dilema irresoluble. ¿Debía hablar y empeorar así la situación tanto de los judíos como de los cristianos? Su veredicto se apoya en la convicción incondicional de que Pacelli era incapaz de engaño, narcisismo, ambición, deseo de poder o cobardía. Si se equivocó, y Chadwick no está seguro de que fuera así, tuvo que ser con la mejor intención.

La identificación de Chadwick con la opinión de Osborne acerca de Pacelli fue señalada por Jonathan Steinberg en su recensión del libro aparecida en *The Journal of Ecclesiastical History* en octubre de 1987: «No hay una introducción en la que [Chadwick] ponga sobre aviso a sus lectores ni una conclusión en la que dirija nuestra atención hacia los principales nudos de su argumentación. Excepto en los agradecimientos, nunca utiliza la palabra "yo". Son sus personajes los que hablan, y el único comentario sobre las acusaciones de Hochhuth viene de Osborne, no de Owen Chadwick.»

Steinberg concluye que «al igual que Pío XII, Chadwick se mantiene en silencio».

Mientras iban apareciendo estudios «seculares» sobre Pacelli durante más de veinte años, en el cuartel general de los jesuitas en Borgo Santo Spirito (Roma) se desarrollaba una investigación de un tipo bastante diferente, que no ha concluido todavía cuando damos a la imprenta este libro. Esa investigación constituye una *positio*, es decir, una biografía «sagrada» especial, en apoyo de la beatificación y en definitiva de la canonización de Pacelli. Tanto una como otra consistirían en declaraciones infalibles del Papa reinante de que aquél había llevado una vida de virtud heroica y reside en el cielo. La beatificación significa que el Papa ha aprobado un culto local de la «santidad» del individuo en cuestión, y de que se pueden dirigir oraciones a esa persona; la canonización indica la celebración de un culto a escala mundial. Una *positio*, que puede constar de varios miles de páginas, es un relato de la santidad del individuo; debe ser precisa y reflejar las opiniones de varias personas que hayan conocido al «Siervo de Dios».

El proceso de beatificación de Pacelli está cargado de significación política, tanto dentro como fuera de la Iglesia. Si acaba con éxito, la política de Pacelli se verá dramáticamente respaldada, confirmando la moderna ideología del poder papal y justificando el comportamiento de Pacelli durante la guerra. Ese proceso comenzó en 1964, cuando los progresistas del Vaticano II deseaban canonizar a Juan XXIII mediante un acto de aclamación, pasando por encima de un proceso que puede durar siglos. Los progresistas consideraron aquella iniciativa como un medio de respaldar el espíritu reformista del concilio. El Papa Pablo VI bloqueó la iniciativa, anunciando que la Congregación para los Santos iba a iniciar procesos formales tanto para Pío XII como para Juan XXIII. «Al unir ambas causas —comenta Kenneth L. Woodward—, Pablo VI no resolvía una delicada cuestión de la política eclesiástica; solamente la posponía.»[22]

La orden franciscana asumió la responsabilidad para el proceso de Juan XXIII, y a los jesuitas se les confió la de Pío XII. En 1965 se nombró a dos «hacedores de santos» especializados, los padres Paul Molinari y Peter Gumpel, para acometer esa tarea, que en este momento, cuando ambos han cumplido los setenta años, siguen llevando a cabo.

Gumpel, un alemán de origen aristocrático cuya familia fue perseguida por los nazis, es la figura clave del proceso, como *relator*, juez autónomo e independiente nombrado por el Papa para examinar los materiales aportados por los promotores de la causa de Pacelli. Durante los dos años que estuve trabajando en los archivos romanos pude hablar con Gumpel en varias ocasiones, para confirmar algunas informaciones. Es un hombre de gran inteligencia, muy entendido en la persona de Pacelli y su época, y me pareció un hombre fascinante y al mismo tiempo enigmático. La *positio*, o biografía, que Gumpel supervisa pretende reunir una enorme cantidad de estudios académicos (o «científicos», como él prefiere decir). Se ha contactado a cientos de personas para aportar testimonios bajo juramento ante el tribunal de beatificación en muchos países del mundo. Se ha reunido y estudiado un gran número de documentos de varios archivos europeos. Se sigue acumulando material, pero nadie que no pertenezca a la Congregación para los Santos podrá acceder a él hasta que concluya el proceso de beatificación.

Se abrirá sin duda un período de intensificación de la controversia si el Papa declara a Pacelli «venerable», lo que significa que ha aprobado la penúltima fase del proceso, iniciándose el estudio por el tribunal de los supuestos milagros que apoyen la inminente declaración de la «santidad» de Pacelli. Tanto Molinari como Gumpel conocieron personalmente a Pacelli, y cuarenta años después de su muerte están convencidos de su santidad. Gumpel, que de los dos es probablemente el más experto en los documentos, defiende combativamente su posición, y ha publicado un abrasivo ataque a los críticos de Pacelli en las páginas del semanario internacional *The Tablet*.[23]

A lo largo de muchas conversaciones, durante muchos meses, no quiso aceptar la menor crítica a Pacelli. Eso podría indicar, naturalmente, que su vasto conocimiento le ha conducido a una conclusión irrefutablemente. Mi impresión, con todo, es que su recopilación de información no ha sido del todo exhaustiva, y que su elección de «expertos» fue muy selectiva. Admitió, por ejemplo, que no sólo no había leído el extenso y documentado estudio de Klaus Scholder sobre el concordato con el Reich, sino que ni siquiera tenía conocimiento de su existencia.

Comparando las distintas y confrontadas obras existentes sobre el comportamiento de Pacelli durante la guerra, alababa la de Mi-

chael O'Carroll, *Pius XII: Greatness Dishonoured* (1981), y la de Pinchas Lapide, *The Last Three Popes and the Jews* (1967), mientras que desdeñaba las de Robert Katz, Guenter Lewy y Saul Friedländer, que juzgaba «injustificables y calumniosos ataques contra aquel gran y santo hombre».[24]

En los últimos años se han producido críticas contra el proceso de beatificación debido a la desaparición de la figura del «Abogado del Diablo», examinador independiente cuya tarea consistía en desarrollar las críticas que pudieran hacerse al «Siervo de Dios». Las nuevas reglas para la elaboración de la *positio*, que datan de 1983, pretenden compensar esa pérdida incorporando los estudios críticos sobre el candidato. Gumpel, sin embargo, y en mi modesta opinión, ha llegado a un prejuicio tan favorable hacia Pacelli que contempla hasta las más académicas expresiones de crítica, como las de Friedländer, por ejemplo, como «ataques gratuitos».[25]

La última palabra de Gumpel sobre el tema, en su ensayo aparecido en *The Tablet*, es que los críticos de Pacelli (como Katz, Lewy y Friedländer) «deberían darse cuenta de que están pisoteando la sensibilidad de los católicos, y que así obstaculizan los esfuerzos por construir unas mejores relaciones entre la Iglesia católica y los judíos». Ese tipo tan especial de alegato (después de todo, como él sabe, también hay gran cantidad de católicos críticos hacia Pacelli), sólo distancia al relator de la causa de Pacelli del papel de un historiador académico, convirtiéndolo lisa y llanamente en su apologista.

Si se han de construir mejores relaciones entre la Iglesia católica y los judíos, no será como resultado de una fe ciega en la apologética católica, sino de la atención resuelta de los católicos hacia el veredicto pluralista de la historia. Al llegar al final de mi propio recorrido por la vida y la época del Pacelli estoy convencido de que ese veredicto histórico muestra que no fue un ejemplo de santidad para las futuras generaciones, sino un ser humano profundamente equivocado, del que los católicos, y nuestras relaciones con otras religiones, sacaríamos mayor provecho expresando nuestro sincero pesar por su conducta.

AGRADECIMIENTOS

Son muchos los estudiosos y amigos que me han proporcionado generosamente información y consejo. Quiero expresar mi gratitud en particular a la doctora Mary Heiman, de la Universidad de Glasgow; a la dama cristiana Hesketh; profesor Jonathan Reilly Smith, de la Universidad de Cambridge; Michael Walsh, bibliotecario del Heythrop College de Londres: doctor Adam Tooze, de la Universidad de Cambridge; profesor Owen Chadwick, de la Universidad de Cambridge; Peter Glazebrook, del Jesus College de Cambridge; John Thompson, de la Universidad de Cambridge; Marjorie Weekes, de la Comisión Vaticana para Comunicaciones Sociales; el difunto Philip Caraman, S. J.; Dan Grisewood; Robert Boas; Jonathan Cornwell; Dorothy Wade; Cathy Galvin; Peta Dunstan, de la Divinity School Library en Cambridge; John Heilpern; Ian Harris, de la Universidad de Leicester; el doctor John Pollard, de la Universidad de Anglia; Pierre Blet, S. J., de la Universidad Gregoriana; el difunto Robert Graham, S. J.; Roland Hill; el doctor Gerard O'Collins, S. J., de la Universidad Gregoriana; el doctor Paul Mac Parlan, del Heythrop College, en Londres; el difunto Peter Hebblethwaite; monseñor Charles Scicluna; John Wilkins, de *The Tablet*; Peter Gumpel, S. J.; Paul Molinari, S. J.; Marcel Chapin, S. J., archivero de la Secretaría de Estado vaticana; Felicity O'Brien; el profesor John Milbank, de la Universidad de Virginia; la doctora Catherine Pickstock, del Emmanuel College de Cambridge; monseñor Charles Burns, antiguo archivero de los Archivos Secretos del Vaticano; David Willey, del servicio de la BBC en Roma; Jonathan Lewis; Simon Kidd; Henning Grunwald; Paul Mason y Carole McCurdy. El manuscrito fue amablemente leído por el doctor Eamon

Duffy, el profesor Nicholas Lash, y el doctor Jonathan Steinberg, todos ellos de la Universidad de Cambridge. Sus concienzudas recomendaciones no conllevan acuerdo con mis conclusiones ni responsabilidad por los errores que puedan haber permanecido.

Debo también agradecer su ayuda a Peter Carson y Robert Lescher, y a mis editoras Wendy Wolf y Juliet Annan. Mientras efectuaba las investigaciones precisas para este libro en Roma disfruté de la hospitalidad del rector, personal y estudiantes del Venerable Colegio Inglés de esa ciudad. El libro se completó en el Jesus College de Cambridge, a cuyo director y colegas debo agradecer el ambiente ideal para investigar y escribir. Pero sobre todo estoy agradecido a Crispin Rope, sin cuyo infatigable aliento este libro nunca habría visto la luz.

NOTAS

Abreviaturas, archivos

AAS *Acta Apostolicae Sedis.*
ADSS *Actes et Documents du Saint Siège relatifs à la Seconde Guerre Mondiale* (Actas y Documentos de la Santa Sede relativos a la Segunda Guerra Mundial), El Vaticano, 1965-1981.
CAB Papeles del Cabinet Office, Public Record Office, Kew.
CDC *Codex Juris Canonici* (Código de Derecho Canónico), Roma, 1917.
DBFP Documents of British Foreign Policy.
DGFP Documents of German Foreign Policy.
FO Papeles del Foreign Office, Public Record Office, Kew.
Osborne Cartas en posesión de la dama cristiana Hesketh.
SRS *Sezione per i Rapporti con gli Stati*, Archivo de la Secretaría de Estado vaticana.
Teste Testimonios para el proceso de beatificación de Pío XII, a cargo de la Compañía de Jesús en el Borgo Santo Spirito, Roma.

Prólogo

1. *Teste*, p. 229: el príncipe Carlo Pacelli, sobrino del papa, aseguró al tribunal de beatificación que durante casi toda su vida su tío medía 1,80 m y pesaba en torno a los 60 kilos.
2. C. Pallenberg, *The Vatican from Within*, Londres, 1961, p. 27.
3. J. Lees-Milne, *Midway of the Waves: Diaries, 1945-1949*, Londres, 1985, p. 98.
4. Citado en P. Hebblethwaite, *Paul VI*, Londres, 1993, p. 339.
5. C. Dessain, ed., *Letters an Diaries of John Henry Newman*, Londres, 1961, vol. 22, pp. 314-315.
6. Citado en S. Fiedländer, *Nazi Germany and the Jews, Vol. 1: The Years of Persecution, 1933-39*, Londres, 1997, p. 49; fuente alemana de Friedländer, *Der Nationalsozialismus: Dokumente 1933-1945*, Frankfurt am Main, 1957, p. 130.

1. Aparte de los testimonios para la canonización de Pacelli, citados como *Teste*, la fuente más fiable, entre las publicadas, acerca de la infancia y familia de Pacelli es *Articoli per il processo*, informe cronológico realizado por los jesuitas para el proceso de beatificación, publicado privadamente en el Borgo Santo Spirito, Roma, 1967. Otras fuentes son: I. Giordani, *Pio XII. Un Grande Papa*, Turín, 1961; I. Konopatzki, *Eugenio Pacelli. Kindheit und Jugend in Dokumente*, Munich, 1978; N. Padellaro, *Portrait of Pius XII*, trad. al inglés, Londres, 1956, y J. Smit, *Pope Pius XII*, Londres, 1961.
2. Citado en G. Trevelyan, *Garibaldi's Defence of the Roman Republic*, Londres, 1928, p. 228.
3. Véase passim D. Kertzer, *The Kidnapping of Edgardo Mortara*, Londres, 1997.
4. Citado en C. Butler, *Vatican Council*, Londres, 1962, p. 355.
5. Denzinger-Schönmetzer, *Enchyridion symbolorum definitionum declarationum*, Roma, 1976, p. 508.
6. H. E. Manning, *The Story of the Vatican Council*, Londres, 1877, p. 145.
7. *Teste*, p. 30.
8. Citado en J. D. Holmes, *The Triumph of the Holy See*, Londres, 1978, p. 160.
9. J. N. D. Kelly, *The Oxford Dictionary of Popes*, Oxford, 1987, p. 310.
10. N. Padellaro, *Portrait of Pius XII*, p. 10.
11. Ibíd., pp. 10-11.
12. Citado en Konopatzki, *Eugenio Pacelli*, p. 34.
13. Citado en Giordani, *Pio XII*, pp. 14-15.
14. *Teste*, p. 109.
15. Citado en P. Lehnert, *Ich durfte Ihm dienen: Erinnerungen an Papst Pius XII*, Wurzburgo, 1982, pp. 9 y ss.
16. R. Leiber, S. J., «Pius XII As I Knew Him», *The Tablet*, 13 de diciembre de 1958.
17. Ibíd.
18. Citado en B. O'Reilly, *Life of Leo XIII*, Londres, 1887, p. 483.
19. Encíclica *Aeterni patris*, 1879.
20. *Teste*, Elisabetta Pacelli (Rosignani), p. 3.
21. Citado en P. Lapide, *The Last Three Popes and the Jews*, Londres, 1967, p. 83.
22. Ver G. Kisch, *The Jews in Medieval Germany: A Study of Their Legal and Social Status*, Chicago, 1949.
23. Hay una extensa literatura acerca del libelo sangriento y la profanación de la hostia. Véase especialmente R. Po-chia Hsia, *The Myth of Ritual Murder. Jews and Magic in Reformation Germany*, Yale, 1988.
24. *«Oremus et pro perfidis Judaeis: ut Deus et Dominus noster auferat velamen de cordibus eorum; ut et ipsi agnoscant Jesum Christum*

Dominun nostrum.» Al rezar esta plegaria en el Rito Tridentino, el celebrante y los fieles omiten la acostumbrada genuflexión.
25. *Civiltà Cattolica*, 20 de agosto de 1881, p. 478; 3 de diciembre de 1881, p. 606; 21 de enero de 1882, p. 214.

Capítulo 2. VIDA OCULTA

1. Véase *Articoli per il processo* (Roma, 1967), p. 16; I. Giordani, *Pio XII: Un Grande Papa*, Turín, 1961, pp. 31-32.
2. Véase *Articoli per il processo*, 16.
3. Eugenio Pacelli, *La personalità e la territorialità delle leggi specialmente nel diritto canonico*, El Vaticano, 1912.
4. *Teste*, pp. 255-256.
5. Ibíd., p. 256.
6. Citado en C. Falconi, *Popes in the Twentieth Century*, trad. al inglés, Londres, 1967, p. 2.
7. G. Daly, *Transcendence and Immanence: A Study in Catholic Modernism and Integralism*, Oxford, 1980, p. 165.
8. N. Lash, «Modernism, *Aggiornamento* and the Night Battle», en *Bishops and Writers*, ed. Garrett Sweeney, Cambridge, 1977, pp. 55-56.
9. Citado en G. Fogarty, *The Vatican and the American Hierarchy from 1870 to 1965*, Wilmington, Delaware, 1985, p. 178.
10. Citado en O. Chadwick, *A History of the Popes: 1830-1914*, Oxford, 1998, p. 357.
11. Citado en Falconi, *Popes in the Twentieth Century*, p. 54.
12. Citado en Chadwick, *History of the Popes*, p. 55.
13. Citado en Daly, *Transcendence*, p. 51.
14. AAS 40 (1907), pp. 593-650.
15. Ibíd., p. 631.
16. El *motu proprio* —«*Sacrorum antistium*».
17. R Collins, *Papal Power*, Londres, 1997, p. 66.
18. Véase N. Padellaro, *Portrait of Pius XII*, trad. al inglés, Londres, 1956, pp. 22-23, sobre Romolo Murri, fundador del movimiento cristiano-demócrata.
19. H. Dal-Gal, *Pius X*, Dublín, 1953, p. 234.

Capítulo 3. JUEGOS DE PODER PAPAL

1. Para la historia del *Codex Juris Canonici* (Roma, 1917), de aquí en adelante CDC, véase C. Van de Wiel, *History of Canon Law*, Lovaina, 1989; J. Coriden, *An Introduction to Canon Law*, New York, 1990.
2. Véase G. Feliciani, «La Codificazione del Diritto Canonico e la Riforma della Curia Romana», en *La chiesa e la societá industriale*,

2.ª parte, ed. E. Guerriero y A. Zambarbieri, en *Storia della Chiesa*, vol. XXII/2, Milán, 1990, pp. 293-315.

3. U. Stutz, *Der Geist des Codex Juris Canonici*, Stuttgart, 1918, p. 50.
4. Véase CDC, canon 246: «*Singulis Congregationibus praeest Cardinalis Praefectus vel, si eisdem praesit ipsemet Romanus Pontifex, eas dirgit Cardinalis Secretarius; quibus adjunguntur Cardinales quos Pontifex eis adscribendos censuerit, cum actiis necessariis administris*» («Cada congregación es presidida por un cardenal prefecto, o, en caso de que el propio Romano Pontífice la presida, la dirige un Cardenal Secretario; consiste en los cardenales que el Romano Pontífice asigna a cada una de ellas, junto con los ayudantes precisos»).
5. CDC, canon 1 323: «*Fide divina et Catholica ea omnia credenda sunt quae verbo Dei scripto vel tradito continentur et ab Ecclesia sive sollemni judicio sive ordinario et universali magisterio tanquam divinitus revelata credenda proponuntur*» («Todas esas verdades deben creerse fide divina et Catholica, ya estén contenidas en la palabra escrita de Dios o en la tradición, si han sido propuestas por la Iglesia para su aceptación como verdades reveladas por Dios, ya sea por solemne definición o mediante la enseñanza ordinaria y universal»).
6. T. Lincoln Bouscarew, S. J., y Adam C. Ellis, S. J., *Canon Law: A Text and Commentary*, Milwaukee, 1951, p. 743.
7. CDC, canon 1 325: «*Caveant Catholici ne disputationes vel collationes, publicas praesertim, cum acatholicis habeant, sine venia Sanctae Sedis aut, si casus urgeat, loci Ordinarii.*»
8. G. Sweeney, *Bishops and Writers,* Cambridge, 1977, p. 208.
9. Véase canon 749.2, CDC, Roma, 1983.
10. Véase R. Astorri, «Diritto comune e normativa concordataria. Un scritto inedito di Mons Pacelli sulla decadenza degli accordi tra chiesa e stato», *Storia Contemporanea*, 4 de agosto de 1991, pp. 685-701.
11. Citado en A. Rhodes, *The Power of Rome in the Twentieth Century*, Londres, 1983, pp. 122-123.
12. E. E. Y. Hales, *The Catholic Church in the Modern World*, Londres, 1958, p. 252.
13. Citado en N. Padellaro, *Portrait of Pius XII*, trad. al inglés, Londres, 1956, p. 24.
14. Citado en C. Falconi, *Popes in the Twentieth Century*, trad. al inglés, Londres, 1967, p. 76.
15. Ibíd., p. 76.
16. Pacelli sucedió a Benigni el 7 de marzo de 1911. Véase E. Poulat, *Integrisme et Catholicisme Integral*, París, 1969, p. 258.
17. Rhodes, *The Power of Rome*, p. 223.
18. Citado ibíd., p. 224.
19. La historia de Cardon apareció en *L'Éclaireur de Nice* el 26 de junio de 1914, basada evidentemente en una entrevista con el cura. Otras versiones de esa historia aparecieron el 27 de junio de 1914, en *Le Journal* (París) y *Echo de Paris.*

20. SS [Segreteria di Stato] SRS [Sezione per i Rapporti con gli Stati] del Vaticano: Austria-Ungheria (1913-1914), fasc. 448, folios 26-29.
21. Ibíd., fasc. 448, folios 32-34.
22. Ibíd., fasc. 449, folios 53-54.
23. Ibíd., fasc. 448, folios 34 y ss.
24. Ibíd., folio 38.
25. Ibíd., Serbia (Rapporti Sessioni), 1914, fasc. 1 186.
26. Ibíd., fasc. 1187.

Capítulo 4. ALEMANIA

1. A. Hasler, *How the Pope Became Infallible*, Nueva York, 1981, p. 253.
2. Citado en H. Daniel-Rops, *A Fight for God*, Londres, 1963, p. 241.
3. A. Hatch y S. Walshe, *Crown of Glory: The Life of Pope Pius XII*, Londres, 1957, p. 62.
4. F. Johnston, *Fatima: The Great Sign*, Exeter, 1980, p. 28.
5. S. Antonio, *La conciliazione ufficiosa: Diario del Barone Carlo Monti, 1914-1922*, vol. 2, El Vaticano, 1997, p. 96.
6. SRS, Guerra Europa, 1914-1918, 1, viii, 17, vol. III, folios 50-51.
7. Ibíd., folio 62.
8. Ibíd., folio 64.
9. Informe de Theobald von Bethmann-Hollweg en *Betrachtungen zum Weltkriege*, vol. 2, pp. 211 y ss., citado en Hatch y Walshe, *Crown of Glory*, p. 62.
10. *New York Times*, 17 de octubre de 1922.
11. Véase Hatch y Walshe, *Crown of Glory*, p. 74.
12. N. Padellaro, *Portrait of Pius XII*, trad. al inglés, Londres, 1956, p. 41.
13. SRS, Germania, 1917, fasc. 852, folios 2-5.
14. Ibíd., folio 4.
15. SRS, Germania, 1917, fasc. 853, folios 6-7.
16. SRS, Baviera, fasc. 40, folios 6, 9, 10.
17. Ibíd., folio 11.
18. Ibíd., folio 17.
19. SRS, Baviera, fasc. 42, folio 57. La primera carta correspondiente a los archivos de Pacelli en Munich en 1919 tiene fecha del 3 de febrero.
20. SRS, Baviera, carta de Pacelli a Gasparri, 18 de abril de 1919.
21. Ibíd., folio 37.
22. Véase, por ejemplo, M. Martin, *Decline and Fall of the Roman Catholic Church*, Londres, 1981, p. 262.
23. P. Lehnert, *Ich durfte Ihm dienen: Erinnerungen an Papst Pius XII*, Wurzburgo, 1982, pp. 15 y ss.
24. SRS, Baviera, folios 46-47 RV.

1. S. Stehlin, *Weimar and the Vatican*, Nueva Jersey, 1983, n. 275.
2. Véanse encíclicas de León XIII, *Diuturnum Illud* (1881), *Immortale Dei* (1885).
3. Véase H. Spiegelberg, *The Phenomenological Movement*, La Haya, 1969, pp. 228-268; véase también M. Scheler, *Il formalismo nell'etica e l'etica materiale dei valori*, Milán, 1996, especialmente la introducción de Giancarlo Caronello.
4. Para las tendencias interconfesionales en el Partido del Centro y los sindicatos católicos versus la «integridad» de la Santa Sede, véase H. Hürten, *Deutsche Katholiken, 1918-1945*, Paderborn, Alemania, 1992, pp. 7-8.
5. Estudio de M. Scheler, fechado en 1915, titulado *Sociological Reorientation and the Task of German Catholics after the War*, citado en K. Scholder, *The Churches and the Third Reich*, trad. al inglés, vol. 1, Londres, 1987, p. 15.
6. Véase Stehlin, *Weimar and the Vatican*, p. ix.
7. Citado en E. R. Huber y W. Huber, *Staat und Kirche*, vol. 2, Berlín, 1976, p. 540.
8. La bula papal *De salute animarum* y la carta apostólica que la acompaña, *Quad de fidelium*, ambas de 1821.
9. SRS, Germania, fasc. 885, folio 3.
10. SRS, Germania, fasc. 885, folio 5.
11. Citado en N. Trippen, *Das Domkapitel und die Erzbischofwahlen in Köln, 1821-1929*, Colonia y Viena, 1972, p. 504, citado en Scholder, *The Churches and the Third Reich*, vol. 1, p. 59.
12. SRS, Germania, 1919, fasc. 885, folio 10.
13. Ibíd., folio 17.
14. Ibíd., folio 11
15. Ibíd., folio 18.
16. Ibíd. folios 11-12.
17. Citado en Scholder, *The Churches and the Third Reich*, vol. 1, p. 61.
18. Citado ibíd.
19. Erzberger a Aversa, 2 de marzo de 1917, citado en Stehlin, *Weimar and the Vatican*, p. 12.
20. Scholder, *The Churches and the Third Reich*, vol. 1, p. 61.
21. Véase E. C. Helmreich, *The German Churches under Hitler*, Detroit, 1979, p. 98.
22. Véase Scholder, *The Churches and the Third Reich*, vol. 1, pp. 62 y 249.
23. Ibíd., p. 62.
24. Citado ibíd., 62.
25. Stehlin, *Weimar and the Vatican*, p. 53.
26. *Teste*, pp. 6 y ss.
27. Ibíd., p. 6.
28. Ibíd., p. 69.

29. SRS, Germania, 1921, fasc. 902, folio 9 RV.
30. Ibíd., folios 20 y ss.
31. U.S. House Joint Resolution 433, 1920.
32. FO 371/43869/21.

Capítulo 6. UN BRILLANTE DIPLOMÁTICO

1. K. Scholder, *The Churches and the Third Reich*, trad. al inglés, vol. 1, Londres, 1987, p. 65.
2. L. Volk, *Das Reichskonkordat*, Mainz, 1969, pp. 11-13.
3. Scholder, *The Churches and the Third Reich*, vol. 1, p. 66.
4. Volk, *Das Reichskonkordat*, p. 18.
5. Scholder, *The Churches and the Third Reich*, vol. 1, p. 67.
6. *The Tablet*, 18 de febrero de 1939.
7. BelgFO, Allemagne, p. 17, Aspeslaugh to General de Guffroy, jefe de la Delegación Belga en la Comisión de Control Militar Inter-Aliada, 12 de julio de 1923, citado en Stehlin, p. 256.
8. Citado en Scholder, *The Churches and the Third Reich*, vol. 1, p. 69.
9. Ibíd.
10. DBFP, 1919-1939, segunda serie, vol. 5, 1933, Londres, 1956, p. 525.
11. Citado en A. Hatch y S. Walshe, *Crown of Glory: The Life of Pope Pius XII,* Londres, 1957, p. 83.
12. P. Lehnert, *Ich durfte Ihm dienen: Erinnerungen an Papst Pius XII*, Wurzburgo, 1982, p. 38.
13. A. Stahlberg, *Bounden Duty: Memoirs of a German Officer*, 1932-1945, Londres, 1990, pp. 36-37.
14. Scholder, *The Churches and the Third Reich*, vol. 1, p. 71.
15. Para el texto del Concordato Prusiano véase W. Weber, *Die Deutschen Konkordat und Kirchenverträger der Gegenwart* (Gotinga, 1962), 86-88.
16. Scholder, *The Churches and the Third Reich*, vol. 1, p. 72.
17. Citado en Hatch y Walshe, *Crown of Glory*, p. 85.
18. *Teste*, p. 54.
19. Lehnert, *Ich durfte*, p. 42.

Capítulo 7. HITLER Y EL CATOLICISMO ALEMÁN

1. A. Hitler, *Mein Kampf*, trad. al inglés de Ralph Manheim, Londres, 1992, pp. 105-107.
2. Véase Paul Hoser, «Hitler und die Katholische Kirche», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, julio de 1994, p. 483.
3. Citado en F. Zipfel, *Kirchenkampf in Deutschland*, 1933-1945, Berlín, 1965, p. 9, citado en M. Housden, *Resistance and Conformity in the Third Reich*, Londres, 1997, p. 46.

4. Véase P. Hoser, «Hitler und die Katholische Kirche», pp. 485 y ss.
5. Para el desarrollo católico en los años veinte, véase E. C. Helmreich, *The German Churches under Hitler*, Detroit, 1979, pp. 99 y ss.
6. Helmreich, *The German Churches*, p. 100.
7. Véase O. Heilbroner, «The Disintegration of the Workers' Catholic Milieu», en *The Rise of National Socialism and the Working Classes in Weimar Germany*, ed. C. Fischer, 1996, p. 217.
8. Citado en T. Abel, *Why Hitler Came into Power*, Harvard, 1986, p. 98.
9. Esa correspondencia aparece, por ejemplo, en H. Müller, *Katholische Kirche und Nationalsozialismus, Dokumente, 1930-1935*, Munich, 1963, pp. 13-15. Traducción al inglés y discusión en K. Scholder, *The Churches and the Third Reich*, trad. al inglés, vol. 1, Londres, 1987, pp. 132-133.
10. Citado en Scholder, *The Churches and the Third Reich*, vol. 1, p. 134.
11. Traducción al inglés, ibíd., p. 135.
12. *Teste*, pp. 6 y ss.
13. Véanse H. Daniel-Rops, *A Fight for God*, Londres, 1963, pp. 326-327; Robert A. Graham, *The Vatican and Communism in World War II. What Really Happened?*, San Francisco, 1996, pp. 48 y ss.
14. Daniel-Rops, *A Fight for God*, pp. 327 y ss.
15. Citado en J. D. Holmes, *The Papacy in the Modern World*, Londres, 1981, p. 80.
16. Véase L. Volk, *Das Reichskonkordat*, Mainz, 1969, p. 45.
17. Ibíd.
18. Scholder, *The Churches and the Third Reich*, vol. 1, p. 149.
19. Bergen al Foreign Office, 2 de junio de 1930, Archivo AA Bonn, *Botschaft Rom-Vatican*, vol. 143, citado ibíd.
20. G. A. Craig, *Germany, 1866-1945*, Oxford, 1981, p. 553.
21. W. Patch, *Heinrich Brüning and the Dissolution of the Weimar Republic*, Cambridge, 1998, pp. 88-89 y ss.
22. Véase ibíd., pp. 2-4.
23. R. Morsey, «Die Deutsche Zentrumspartei», en *Das Ende der Parteien, 1933*, ed. E. Matthias y R. Morsey, Düsseldorf, 1960, p. 301.
24. Heinrich Brüning, *Memoiren, 1918-1934*, Stuttgart, 1970, pp. 358 y ss. A Volk (véase nota 16 de este capítulo), historiador jesuita y admirador personal de Pacelli, se le hace difícil creer que Pacelli pudiera ser tan políticamente inepto. Morsey (véase nota 23 de este capítulo) extrapola a partir de ciertas imprecisiones ocasionales en el texto un escepticismo genérico sobre el encuentro con Pacelli. Dada su concienzuda comparación de pruebas internas y externas, me inclino a aceptar el juicio de Karl Scholder en *The Churches and the Third Reich*, vol. 1, p. 612 —«No cabe ninguna duda de que apreció correctamente las intenciones de Pacelli»—, así como frente a las matizaciones de Volk en *Reichskonkordat*, pp. 48 y ss., y R. Morsey en *Zur Entstehung, Authentizität und Kritik von Brünings Memoiren*, Opladen, 1975, pp. 45 y ss. Los escrúpulos de Morsey acerca del encuen-

tro Pacelli-Brüning son mezquinos y no del todo exactos. Aunque las críticas generales de Morsey acerca de la fiabilidad de las memorias no están del todo infundadas, parece muy probable que la conversación que Brüning describe tuviera efectivamente lugar.
25. Citado en Scholder, *The Churches and the Third Reich*, vol. 1, p. 152.
26. Brüning, *Memoiren*, p. 358.
27. Scholder, *The Churches and the Third Reich*, vol. 1, p. 152.
28. I. Kershaw, *Hitler, 1889-1936*, Londres, 1998), p. 339.
29. Scholder, *The Churches and the Third Reich*, vol. 1, p. 152, Brüning, *Memoiren*, p. 358.
30. Brüning, *Memoiren*, p. 358.
31. Ibíd., p. 359.
32. Scholder, *The Churches and the Third Reich*, vol. 1, p. 153; Brüning, *Memoiren*, p. 359.
33. Brüning, *Memoiren*, p. 359.
34. Ibíd., p. 360.
35. Manuscrito de Brüning, memorias, pp. 351-352: Harvard University Archive FP 93.4, citado en Patch, *Heinrich Brüning*, pp. 295-296.
36. Brüning, *Memoiren*, p. 361.
37. Citado en Scholder, *The Churches and the Third Reich*, vol. 1, p. 153.
38. Informe de Von Ritter a Munich, 20 de diciembre de 1931, citado en Scholder, *The Churches and the Third Reich*, vol. 1, p. 154.
39. Ibíd., p. 155.
40. Citado en Scholder, *The Churches and the Third Reich*, vol. 2, p. 157.
41. Citado ibíd., p. 157.
42. Ludwig Kaas, «Der Konkordatstyp des faschistischen Italien», *Zeitschrift für ausländisches öffentliches Recht und Völkerrecht, III 1, 1933*, pp. 488-522.

Capítulo 8. Hitler y Pacelli

1. Citado en K. Scholder, *The Churches and the Third Reich*, trad. al inglés, vol. 1, Londres, 1987, p. 406.
2. Citado en W. Hofer, ed., *Der Nationalsozialismus Dokumente, 1933-1945*, Frankfurt am Main, 1957, p. 130.
3. Scholder, *The Churches and the Third Reich*, vol. 1, p. 240.
4. Citado ibíd., p. 243.
5. Citado en L. Volk, ed., *Akten Kardinal Michael von Faulhaber, 1917-1945*, Mainz, 1975, p. 715.
6. Citado en E. C. Helmreich, *The German Churches under Hitler*, Detroit, 1979, p. 237.
7. Citado en Scholder, *The Churches and the Third Reich*, vol. 1, p. 244.
8. Citado ibíd., p. 246.
9. O. Chadwick, *Britain and the Vatican during the Second World War*, Cambridge, 1986, p. 86.

10. Scholder, *The Churches and the Third Reich*, vol. 1, p. 246.
11. Citado ibíd., p. 299.
12. Ibíd., p. 299.
13. Citado ibíd., p. 247.
14. Citado en Helmreich, *The German Churches under Hitler*, p. 239.
15. Citado ibíd., p. 239.
16. Citado en Scholder, *The Churches and the Third Reich*, vol. 1, p. 253.
17. Citado en W. L. Patch, Jr., *Heinrich Brüning and the Dissolution of the Weimar Republic*, Cambridge, 1998, p. 301.
18. Citado en Scholder, *The Churches and the Third Reich*, vol. 1, p. 253.
19. S. Friedländer, *Nazi Germany and the Jews, Vol. 1: The Years of Persecution, 1933-1939*, Londres, 1997, p. 42.
20. Citado ibíd., p. 42; citando a Helmreich, *The German Churches under Hitler*, pp. 276-277.
21. Citado en Scholder, *The Churches and the Third Reich*, vol. 1, p. 384.
22. P. Lehnert, *Ich durfte Ihm dienen: Erinnerungen an Papst Pius XII*, Wurzburgo, 1982, pp. 28-31.
23. Scholder, *The Churches and the Third Reich*, vol. 1, p. 391.
24. Citado ibíd., p. 388.
25. Citado ibíd., p. 386.
26. Citado ibíd., p. 387.
27. Ibíd., p. 393.
28. Citado ibíd., p. 394.
29. Citado ibíd., p. 395.
30. Citado ibíd.
31. Citado ibíd., p. 398.
32. Citado en L. Volk, *Kirchliche Akten über díe Reichskonkordatsverhandlungen, 1933*, Mainz, 1975, pp. 82-85.
33. L. Volk, *Das Reichskonkordat vom 20. Juli 1933*, Mainz, 1972, p. 231.
34. Patch, Brüning, pp. 302-303.
35. R. Leiber, «Reichskonkordat und Ende der Zentrumspartei», *Stimmen der Zeit*, núm. 167, 1960-1961, p. 220.
36. R. Leiber, «Pius XII As I Knew Him», *The Tablet*, 27 de diciembre de 1958.
37. Atribuido al conde Harry Kessler de Brüning, citado en J.-G. Vaillancourt, *Papal Power*, Berkeley, 1980, p. 191.
38. Scholder, *The Churches and the Third Reich*, vol. 1, p. 402.
39. A. Kupper, *Staatliche Akten über die Reichskonkordatsverhandlungen, 1933*, Mainz, 1969, p. 166.
40. Ibíd., p. 175.
41. Citado en Scholder, *The Churches and the Third Reich*, vol. 1, p. 404.
42. Helmreich, *The German Churches under Hitler*, p. 245.
43. Citado en Scholder, *The Churches and the Third Reich*, vol. 1, p. 404.
44. M. Burleigh y W. Wippermann, *The Racial State: Germany 1933-1945*, Cambridge, 1996, p. 138.

45. Una versión inglesa del concordato con el Reich aparece en *British and Foreign State Papers*, vol. 136, pp. 697-705.
46. Véase D. J. Goldhagen, *Hitler's Willing Executionners*, Nueva York, 1996.
47. G. Lewy, *The Catholic Church and Nazi Germany*, Nueva York, 1964, p. 282.
48. DBFP, 1919-1939, segunda serie, vol. 5, 1933, Londres, 1956, p. 524.
49. Ibíd., p. 525.

Capítulo 9. EL CONCORDATO EN LA PRÁCTICA

1. K. Scholder, *The Churches and the Third Reich*, trad. al inglés, vol. 1, Londres, 1987, p. 495.
2. Citado en E. C. Helmreich, *The German Churches under Hitler*, Detroit, 1979, p. 253.
3. Ibíd., p. 254.
4. Citado ibíd.
5. Ibíd., p. 257; Scholder, *The Churches and the Third Reich*, vol. 1, p. 411.
6. Citado en Scholder, *The Churches and the Third Reich*, vol. 1, p. 502.
7. Citado en Helmreich, *The German Churches under Hitler*, p. 259.
8. Véase también M. Faulhaber, *Judentum, Christentum, Germanentum. Adventspredigten, gehalten in St. Michael zu München, 1933,* Munich, 1934.
9. Véanse Scholder, *The Churches and the Third Reich*, vol. 1, pp. 518-519; S. Friedländer, *Nazi Germany and the Jews*, Londres, 1997, pp. 47-48.
10. Citado en Helmreich, *The German Churches under Hitler*, 262; Véase también D. J. Goldhagen, *Hitler's Willing Executioners*, Londres, 1996, p. 109.
11. Citado en Scholder, *The Churches and the Third Reich*, vol. 1, p. 519.
12. Citado en Helmreich, *The German Churches under Hitler*, p. 262.
13. Citado ibíd.; véase también Scholder, *The Churches and the Third Reich*, vol. 1, p. 515.
14. Citado en Helmreich, *The German Churches under Hitler*, p. 268.
15. Citado en J. S. Conway, *The Nazi Persecution of the Churches, 1933-1945*, Londres, 1968, pp. 90-92.
16. Citado ibíd., p. 270.
17. Citado en D. Tardini, *Pio XII*, Roma, 1959, p. 105.
18. Véase N. Padellaro, *Portrait of Pius XII*, trad. al inglés, Londres, 1956, p. 113.
19. C. Falconi, *Popes in the The Twentieth Century*, trad. al inglés, Londres, 1967, p. 239.
20. P. Preston, *A Concise History of the Spanish Civil War,* Londres, 1986, p. 55.

21. Citado en Padellaro, *Portrait of Pius XII*, p. 117.
22. A. Hatch y S. Walshe, *Crown of Glory*, Londres, 1957, p. 109.
23. Citado en N. Perry y L. Echeverría, *Under the Heel of Mary*, Londres, 1988, p. 178.
24. Padellaro, *Portrait of Pius XII*, p. 122.
25. H. Daniel-Rops, *A Fight for God*, Londres, 1963, p. 425.
26. Padellaro, *Portrait of Pius XII*, p. 123.
27. Citado ibíd., 124; Hatch y Walshe, *Crown of Glory*, p. 121.
28. Citado en S. Friedländer, *Pius XII and the Third Reich*, Londres, 1966, p. 7.
29. H. Daniel-Rops, *A Fight for God*, pp. 332-335.
30. Citado ibíd., p. 333.
31. Citado en J. Ridley, *Mussolini*, Londres, 1997, p. 263.
32. Citado ibíd., p. 263.
33. Hatch y Walshe, *Crown of Glory*, p. 115.
34. Diario de Spellman, 22 de diciembre de 1936; citado en J. Cooney, *The American Pope*, Nueva York, 1984, p. 107

Capítulo 10. Pío XI rompe su silencio

1. Citado en E. C. Helmreich, *The German Churches under Hitler,* Detroit, 1979, p. 276.
2. Citado ibíd., p. 279.
3. C. Falconi, *Popes of the Twentieth Century*, trad. al inglés, Londres, 1967, p. 228.
4. Para la implicación de Pacelli, véase Helmreich, *The German Churches under Hitler*, pp. 280, 526 n.; K. Scholder, *A Requiem for Hitler*, trad. al inglés, Londres, 1989, p. 112; S. Friedländer, *Pius XII and the Third Reich*, trad. al inglés, Londres, p. 1966, 6 n.; *L'Osservatore della Domenica*, 28 de junio de 1964; Falconi, *Popes*, pp. 228 y ss.; A. Martini, «ll Cardinali Faulhaber e l'enciclica di Pio XI contro il nazismo», *Civiltà Cattolica*, 5 de diciembre de 1964, pássim.
5. Debo esta información al padre Peter Gumpel, S. J., de la curia, quien actuó como correo.
6. Se puede encontrar la traducción al inglés en *On the Condition of the Church in Germany*, publicado por la Catholic Truth Society, Londres, 1937, pp. 36 y ss.
7. Citado en Helmreich, *The German Churches under Hitler*, p. 28.
8. Citado ibíd., p. 280.
9. Citado ibíd., p. 282.
10. Citado ibíd.
11. *L'Osservatore Romano*, 19-20 de julio de 1937.
12. Bergen a Berlín, 23 de julio de 1937, *DGFP 1918-1945*, Serie D, vol. 1, pp. 990-992, citado en S. Friedländer, *Pius XII*, p. 7.
13. Scholder, *A Requiem for Hitler*, p. 160.

14. Nota de Von Weizsäcker del 8 de abril de 1938, citado ibíd., p. 161.
15. Citado en N. Padellaro, *Portrait of Pius XII*, trad. al inglés, Londres, 1956, p. 128.
16. M. Y. Herczl, *Christianity and the Holocaust of Hungarian Jewry*, trad. al inglés, Nueva York, 1993, p. 94.
17. Citado en Helmreich, *The German Churches under Hitler*, p. 294.
18. S. Friedländer, *Nazi Germany and the Jews*, vol. 1: *The Years of Persecution, 1933-1939*, Londres, 1997, p. 277.
19. Citado en Padellaro, *Portrait of Pius XII*, p. 129.
20. Para los detalles acerca del encargo de la encíclica *Humani generis unitas* y sus textos, véanse G. Passelecq y B. Suchecky, *L'encyclique cachée de Pie XI: Une occasion manquée de l'Eglise face à l'antisemitisme*, París, 1995; R. Hill, «The Lost Encyclical», *The Tablet*, 8 de noviembre de 1997; S. Friedländer, *Nazi Germany and the Jews*, vol. 1, pp. 250 y ss.
21. R. Hill, *The Tablet*, 8 de noviembre de 1997, p. 1453.
22. Citado en P. Lapide, *The Last Three Popes*, Londres, 1967, p. 114.
23. *Cité Nouvelle*, 15 de septiembre de 1938.
24. Véase D. Kertzer, *The Kidnapping of Edgardo Mortara*, Londres, 1997.

Capítulo 11. Tinieblas sobre Europa

1. Para la *Kulturkampf* y comparaciones con la resistencia católica frente a los nazis, véase D. Blackbourn, *The Marpingen Visions: Rationalism, Religion and the Rise of Modern Germany*, Londres, 1995, pássim, y especialmente pp. 106 y ss. También O. Chadwick, *A History of the Popes: 1830-1914*, Oxford, 1998, pp. 254 y ss.
2. Blackbourn, *The Marpingen Visions*, p. 116.
3. Citado ibíd., p. 117.
4. Ibíd., pp. 270-271.
5. Véase N. Stoltzfus, *Resistance of the Heart*, Londres, 1996.
6. Véase J. P. Stern, *Hitler: The Führer and the People*, Los Ángeles, 1975, p. 116; G. Lewy, *The Catholic Church and Nazi Germany*, Nueva York, 1964.
7. Véase I. Kershaw, *Popular Opinions and Political Dissent in the Third Reich: Bavaria, 1933-1945*, Oxford y Nueva York, 1983, pp. 340 y ss.
8. Stoltzfus, *Resistance of the Heart*, p. 147.
9. Citado ibíd.
10. Véase M. Burleigh, *Death and Deliverance*, Cambridge, 1994, pp. 176 y ss.
11. Lewy, *The Catholic Church and Nazi Germany*, p. 267.
12. N. Padellaro, *Portrait of Pius XII*, trad. al inglés, Londres, 1956, pp. 1-5.
13. *Teste*, p. 12.

14. C. Falconi, *Popes of the Twentieth Century*, trad. al inglés, Londres, 1967, p. 215.
15. Ibíd.
16. Citado en E. C. Helmreich, *The German Churches under Hitler,* Detroit, 1979, p. 229.
17. Véase Padellaro, *Portrait of Pius XII*, p. 133. Cita una reflexión del Papa, sin fuentes: *«avrebbero avuto rossore del proprio comportamento larvare»*.
18. Véase N. Lo Bello, Vatican Papers, Londres, 1982, p. 70.
19. G. Ciano, *Diario*, p. 28.
20. Citado en Chadwick, *Britain and the Vatican during the Second World War*, Cambridge, 1986, p. 34.

Capítulo 12. GLORIA

1. Véase O. Chadwick, *Britain and the Vatican during the Second World War*, Cambridge, 1986, p. 34.
2. Citado ibíd., p. 42.
3. Ibíd., p. 36.
4. Citado ibíd., p. 45.
5. Citado ibíd., p. 43.
6. G. Zizola, *Quale Papa?,* Roma, 1977, pp. 145-147, citado en Chadwick, *Britain and the Vatican*, p. 47.
7. N. Padellaro, *Portrait of Pius XII*, trad. al inglés, Londres, 1956, p. 147; A. Spinosa, *L'Ultimo Papa*, Milán, 1994, p. 141.
8. F. Charles-Roux, *Huit ans au Vatican, 1932-1940*, París, 1947, p. 267.
9. Padellaro, *Portrait of Pius XII*, p. 147.
10. Citado en Chadwick, *Britain and the Vatican*, p. 56.
11. ADSS, ii, p. 420.
12. Ibid., pp. 413-414.
13. K. Scholder, *A Requiem for Hitler*, trad. al inglés, Londres, 1989, p. 161.
14. Citado ibíd., p. 161.
15. A. Rhodes, *The Vatican in the Age of the Dictators, 1922-1945*, Londres, 1973, p. 229 n.
16. H. Belloc, carta, 22 de marzo de 1939, citado en A. N. Wilson, *Hilaire Belloc*, Londres, 1984, p. 358.
17. D. Woodruff en *The Tablet*, 18 de marzo de 1939, p. 345.
18. T. Driberg, *Ruling Passions*, Londres, 1977, p. 111.
19. I. Giordani, *Pio XII: Un Grande Papa*, Turín, 1961, p. 130.
20. *The Tablet*, 11 de marzo de 1939, p. 314.
21. D. Woodruff en *The Tablet*, 18 de marzo de 1939, p. 345.
22. H. Walpole, *Roman Fountain*, Londres, 1940, citado en Driberg, *Ruling Passions*, pp. 112-113.
23. Citado en Chadwick, *Britain and the Vatican*, p. 47.

24. F. Charles-Roux a Bonnet, 9 de marzo de 1939.
25. Citado en Chadwick, *Britain and the Vatican*, p. 48.

Capítulo 13. PACELLI, PAPA DE LA PAZ

1. B. Wall, *Report on the Vatican*, Londres, 1958, pp. 71 y ss.
2. Citado en G. Craig, *Germany, 1866-1945*, Oxford, 1981, p. 709.
3. Véase AAS, vol. 31, 1939, p. 130. El lema era: «*Scutum coeruleum, quod in edio prae se ferat colore argenteo columbam tribus innixam montibus italicis e terra marique prodientibus. Columba autem prefata gestet rostello olivae ramum. Immineant scuto Claves decussatae ac Tiara de more*».
4. Ibíd., p. 149.
5. Ibíd., p. 153-154.
6. FO, 371/23790/110.
7. O. Chadwick, *Britain and the Vatican during the Second World War*, Cambridge, 1986, p. 63.
8. Véase DGFP, Serie D, vi, pp. 426-428.
9. ADSS, 1 (ed. en inglés), pp. 120 y ss.
10. Ibíd., p. 119.
11. FO, 372/23790/133-134.
12. D. Álvarez y R. A. Graharn, *Nothing Sacred: Nazi Espionage Against the Vatican*, 1939-1945, Londres, 1997, p. 143.
13. Ibíd., p. 149. Véase también D. Álvarez, «Faded Lustre: Vatican Cryptography, 1815-1920», *Cryptologia*, vol. 20, núm. 2 (abril de 1996), pp. 97-131.
14. Álvarez y Graham, *Nothing Sacred*, 1 p. 50.
15. Chadwick, *Britain and the Vatican*, p. 67.
16. Ibíd., p. 70 n.
17. FO, 371/23790/283.
18. Chadwick, *Britain and the Vatican*, p. 72.
19. ADSS, i, p. 197.
20. Chadwick, *Britain and the Vatican*, p. 73.
21. Citado ibíd., p. 74.
22. ADSS, i, pp. 242-243.
23. *Oxford Companion to the Second World War*, pp. 905-906.
24. ADSS, i, pp. 262-263.
25. Citado en Chadwick, *Britain and the Vatican*, p. 81.
26. FO, 371/23791/27.
27. AAS, vol. 31, 1939, pp. 413 y ss.
28. Chadwick, *Britain and the Vatican*, p. 84.
29. R. Graham, «Summi Pontificatus», *Civiltà Cattolica*, octubre de 1984, pp. 139-140.
30. Para la implicación de Pacelli en la conspiración de 1939-1940 contra Hitler, véase H. Deutsch, *The Conspiracy Against Hitler in the*

Twilight War, Oxford, 1968; J. Fest, *Plotting Hitler's Death*, Londres, 1996; M. O'Carroll, Pius XII: *Greatness Dishonoured*, Dublín, 1980, Chadwick, *Britain and the Vatican*, pp. 86 y ss.; P. Ludlow, «Papst Pius XII, die britische Regierung und die deutsche Opposition im Winter 1939-1940», en *Vierteljahreshefte für Zeitsgeschichte*, 1974, pp. 229 y ss.; y en los artículos de FO y CAB de enero-febrero de 1940.

31. Deutsch, *The Conspiracy Against Hitler*, p. 115.
32. FO, 800/318/6.
33. Ibíd./7.
34. CAB, 65/11/159.
35. FO, 800/318/25.
36. Ibíd./27.
37. Ibíd./34.
38. Ibíd./36.
39. Véase J. S. Conway, «The Meeting Between Pope Pius XII and Ribbentrop», *Historical Papers of the Canadian Historical Association*, 1968, pp. 215-227.
40. Citado ibíd., p. 222.
41. Citado ibíd., p. 224.
42. Citado ibíd., p. 225.
43. Chadwick, *Britain and the Vatican*, pp. 98-99.

Capítulo 14. Amigo de Croacia

1. O. Chadwick, *Britain and the Vatican during the Second World War*, Cambridge, 1986, p. 110.
2. ADSS, i, pp. 442-47.
3. Chadwick, *Britain and the Vatican*, p. 111.
4. *The Tablet*, 30 de agosto de 1941.
5. Chadwick, *Britain and the Vatican*, p. 114.
6. Información proporcionada por J. F. Pollard en su artículo, «The Vatican and the Wall Street Crash: Bernardino Nogara and Papal Finances in the Early 1930s».
7. Ibíd., p. 117.
8. ADSS, iv, pp. 63-65, 70.
9. Chadwick hizo uso de ese argumento en *Britain and the Vatican*, p. 223.
10. Véase la expresión de agradecimiento de Ciano en ADSS, vii, p. 186.
11. Citado en Chadwick, *Britain and the Vatican*, p. 227.
12. Citado en C. Falconi, The Silence of Pius XII, trad. al inglés, Londres, 1970, p. 266.
13. J. Steinberg, *All or Nothing*, Londres, 1990, pp. 179-180.
14. Citado ibíd., p. 276.
15. Ibíd., pp. 277-278.

16. C. Falconi, *Silence*. Véase también J. Morley, *Vatican Diplomacy and the Jews During the Holocaust*, Nueva York, 1989, pp. 147-165.
17. Falconi, *Silence*, p. 309.
18. J. Steinberg, «Types of Genocide? Croacians, Serbs and Jews, 1941-1945», en *The Final Solution*, ed. David Cesarini, Londres, 1996, p. 175. Steinberg basa sus cifras en un artículo presentado en 1992 en la vigesimosegunda Annual Scholars Conference, Seattle, Washington.
19. Falconi, *Silence*, p. 273.
20. Citado en J. Steinberg, *All or Nothing*, p. 181.
21. Véase Falconi, *Silence*, p. 298.
22. J. Steinberg, *All or Nothing*, p. 30.
23. Ibíd., p. 132.
24. Falconi, *Silence*, p. 318.
25. Steinberg, *All or Nothing*, p. 133.
26. Citado en H. Butler, *The Sub-Prefect Should Have Held His Tongue*, ed. R. F. Foster, Londres, 1990, p. 275.
27. Falconi, *Silence*, p. 303.
28. Ibíd., p. 304.
29. ADSS, viii, pp. 250 y ss.
30. Ibíd., p. 259.
31. Ibíd., p. 307.
32. Citado en Falconi, *Silence*, p. 333.
33. Citado ibíd., p. 334.
34. S. Friedländer, *Pius XII and the Third Reich. A Documentation*, trad. al inglés, Londres, 1966, p. 109.
35. G. Riegner, *Ne jamais désespérer*, París, 1998, pp. 164-165.
36. Citado en Falconi, *Silence*, p. 335.
37. Citado ibíd., p. 382.
38. Citado ibíd., p. 388.
39. Citado ibíd., pp. 344-346.
40. Citado en W. Purdy, *The Church on the Movie*, Londres, 1965, p. 225.
41. Nota de Hasso von Etzdorf, del Ministerio de Asuntos Exteriores, 17 de julio, citado en R. Graham, *The Vatican and Communism during World War II,* San Francisco, 1996, p. 122.
42. W. Jochmann, ed., *Adolf Hitler: Monologe im Führerhauptquartier, 1941-1944*, Hamburgo, 1980, p. 41.
43. Ibíd., p. 150.
44. Citado en Graham, *The Vatican and Communism*, p. 121.
45. Falconi, *Silence*, p. 379.
46. Citado en M. Carroll, *Greatness Dishonoured*, Dublín, 1980, p. 14.
47. Citado en Falconi, *Silence*, p. 124.
48. Citado ibíd., pp. 125-126.
49. J. Heenan, *Not the Whole Truth*, Londres, 1971, pp. 101 y ss.
50. Graham, *The Vatican and Communism*, pp. 134-135.
51. Citado en Steinberg, «Types of Genocide», p. 178.

52. Pius XII, *Selected Encyclicals and Addresses*, Nueva York, 1989, pp. 166 y 153.
53. Esta sección está basada en el «Supplement to Preliminary Study on U. S. and Allied Efforts to Recover and Restore Gold and Other Assets Stolen or Hidden During World War II», preparado por William Slany, historiador oficial del U. S. Department of State. En esa investigación, publicada privadamente en 1998 por el Department of Economic, Business and Agricultural Affairs, participaron la CIA, seis departamentos del gobierno estadounidense y el U. S. Holocaust Memorial Museum. La citaremos de aquí en adelante como «Tesoro ustachi». Como sus páginas no están numeradas, las referencias se hacen alfabéticamente, a la inicial de cada sección. Debo al profesor Jonathan Steinberg la posibilidad de estudiar ese material. Véase también M. Aarons y J. Loftus, *Unholy Trinity: How the Vatican's Nazi Networks Betrayed Western Intelligence to the Soviets*, Nueva York, 1991, pp. 88-119.
54. «Tesoro ustachi», D.
55. CIA Operational Files, 11 de octubre de 1946, citado ibíd., D 28.
56. U. S. Department of Justice, Criminal Division, *Klaus Barbie and the U. S. Government. A Report to the Attorney General of the United States.*
57. CIA Operational Files, diciembre de 1958, citado en «Tesoro ustachi», D, n. 31.
58. G. Sereny, *Into That Darkness: An Examinatíon of Conscience*, Londres, 1995, p. 273.
59. M. Linklater et al., *The Nazi Legacy: Klaus Barbie and the International Fascist Connection*, Nueva York, 1984, pp. 137-138.

Capítulo 15. La santidad de Pío XII

1. AAS, vol. 35, 1943, p. 23. *«Questo voto l'umanità lo deve alle centinaia di migliaia di persone, le quali, senza veruna colpa propria, talora solo per ragione di nazionalità o di stirpe, sono distinate alla morte o ad un progressivo deperimento.»*
2. Boletín de la Oficina de Prensa del Vaticano, 6 de octubre de 1983, 2; citado en P. Hebblethwaite, *Paul VI*, Londres, 1993, p. 181.
3. *Teste*, p. 31.
4. Citado en Hebblethwaite, *Paul VI*, pp. 159-160.
5. Citado en M. Carroll, *Greatness Dishonoured*, Dublín, 1980, p. 68.
6. L. Gedda, *18 Aprile 1948: Memorie inedite del'Artefice della Sconfitta del Fronte Popolare*, Milán, 1998, p. 74.
7. *Pastor Angelicus*, disponible en vídeo en la Filmoteca, Ciudad del Vaticano.
8. J. Guest, *Broken Images*, Londres, 1949, p. 192.

9. San Malaquías y sus profecías fueron inventados por el monje benedictino Arnold Wion de Douai en el siglo XVI.
10. Citado en R. Graharn, *The Vatican and Communism during World War II*, San Francisco, 1996, p. 94.
11. W. Carr, *Angels and Principalities: Society for NT Studies*, núm. 42, Cambridge, 1981, pp. 1-2.
12. Véase F. Kerr, «French Theology: Yves Congar and Henri de Lubac», en *The Modern Theologians*, ed. por D. Ford, Oxford, 1997.
13. H. de Lubac, *Catholicisme: les aspects sociaux du dogme*, París, 1938.
14. H. de Lubac, *Corpus Mysticum: L'Eucharistie et l'Église au moyen âge*, París, 1944.
15. Para una discusión sobre el *Corpus Mysticum* de De Lubac y las modificaciones históricas en la significación de la liturgia en la Alta Edad Media, véanse Kerr, «French Theology», p. 110; y C. Pickstock, *After Writing*, Oxford, 1998, especialmente pp. 158-164.
16. De Lubac argumentaba que la continuidad entre lo «místico» y lo «real» se perdió en la Alta Edad Media, llevando a estrictas separaciones; y que un redescubrimiento podría llevar a una apertura y profundización de las conexiones entre ambas ideas. Véase Pickstock, *After Writing*, p. 159.
17. AAS, vol. 35, 1943, pp. 193 y ss.
18. Ibíd., p. 203: «*Siquidem non omne admissum, etsi grave scelus, ejusmodi est ut —sicut schisma, vel haeresis, vel apostasia faciunt— suapte natura hominem ab Ecclesiae Corpore separet.*»
19. Ibíd., p. 239.

Capítulo 16. PACELLI Y EL HOLOCAUSTO

1. Citado en L. Poliakov, *Harvest of Hate*, Londres, 1956, p. 17.
2. Guenter Lewy, «The Jewish Question», en *The Star and the Cross*, ed. C. T. Hargrove, Milwaukee, 1966, p. 162.
3. Citado en M. Gilbert, *Final Journey*, Londres, 1979, p. 64.
4. Citado en M. Gilbert, *Holocaust*, Londres, 1987, pp. 281-282.
5. Citado en J. Carroll, «The Silence», *The New Yorker*, 7 de abril de 1997.
6. Y. Bauer, *Jews for Sale: Nazi Jewish Negotiations, 1933-1945*, Yale, 1994, p. 69.
7. F. Kerr, «French Theology: Yves Congar and Henri de Lubac», en D. Ford, ed., *The Modern Theologians*, Oxford, 1997, p. 112.
8. Diario de Osborne, citado en O. Chadwick, *Britain and the Vatican during the Second World War*, Cambridge, 1986, p. 205.
9. S. Friedländer, *Pius XII and the Third Reich: A Documentation*, trad. al inglés, Londres, 1966, p. 104.
10. ADSS, viii, p. 457.
11. Carta de Osborne a McEwan, 21 de abril de 1942.

12. Carta de Osborne a McEwan, 11 de junio de 1942.
13. Diario de Osborne, citado en Chadwick, *Britain and the Vatican*, p. 206.
14. Papeles de Tittmann citados en Chadwick, *Britain and the Vatican*, p. 207.
15. Chadwick, *Britain and the Vatican*, pp. 208-209.
16. Carta de Osborne a McEwan, 31 de julio de 1942.
17. Carta de Osborne a McEwan, 25 de agosto de 1942.
18. Carta de Osborne a McEwan, 18 de septiembre de 1942.
19. Carta de Osborne a McEwan, 1 de julio de 1943.
20. M. Marrus y R. Paxton, *Vichy France and the Jews*, trad. al inglés, Stanford, 1995, pp. 250-251.
21. G. Lewy, *The Catholic Church and Nazi Germany*, Nueva York, 1964, p. 303.
22. *Teste*, p. 85.
23. Véase la película documental de Jonathan Lewis para la serie «Reputations»: «The Silence of Pius XII», BBC, 1996.
24. Gilbert, *Final Journey*, pp. 159-160.
25. Ibíd., p. 278.
26. Citado en Chadwick, *Britain and the Vatican*, p. 213.
27. Carta de Osborne a McEwan, 18 de septiembre de 1942.
28. ADSS, v, p. 689.
29. Ibíd., p. 685.
30. Citado en Chadwick, *Britain and the Vatican*, p. 213.
31. ADSS, v, p. 721.
32. Ibíd., p. 723.
33. FO, 380/386.
34. Citado en Chadwick, *Britain and the Vatican*, p. 216.
35. Citado ibíd., p. 216.
36. Véase W. Laqueur, *The Terrible Secret*, Londres, 1980, p. 229.
37. Citado en Chadwick, *Britain and the Vatican*, p. 217.
38. Ibíd.
39. O. Chadwick, *The Tablet*, 23 de marzo de 1998, p. 401.
40. Texto oficial en italiano, AAS, vol. 35, 1943, pp. 9 y ss.
41. Para una discusión sobre los fallos de la doctrina social católica, desde León XIII hasta Juan Pablo II, véase J. Millbank, «Complex Space», en su *The World Made Strange*, Oxford, 1997, pp. 268-285.
42. G. Ciano, *Diaries*, trad. al inglés, Londres, 1947, pp. 538.
43. Chadwick, *Britain and the Vatican*, p. 219.
44. Ibíd., p. 220; véase también FO, 371/34363; M. Gilbert, *Auschwitz and the Allies*, Londres, 1981, p. 105.
45. Chadwick, citando una comunicación de Tittmann a Cordell Hull, 8 de febrero de 1943, National Archives, Washington 866A/001/142.
46. Citado en S. Shapiro, «Hearing the Testimony of Radical Negation», en *The Holocaust as Interpretation*, Edimburgo, 1984, pp. 3-4.
47. A. Cohen, *The Tremendum: A Theological Interpretation of the Holocaust*, Nueva York, 1981, p. 37.

48. ADSS, ii, carta 53, pp. 155 y ss.
49. AAS, vol. 38, 1946, p. 323.

Capítulo 17. Los judíos de Roma

1. La sucesión de acontecimientos históricos aquí resumida puede consultarse en P. J. Fitzpatrick, *In Breaking of Bread*, Cambridge, 1993, p. 274.
2. *L'Osservatore Romano*, 8 de septiembre de 1943.
3. R. Blet, S. J., *Pie XII et la Seconde Guerre mondiale d'après les archives du Vatican*, París, 1997, p. 241.
4. Los detalles de la redada y deportación de judíos los debo a R. Katz, *Black Sabbath*, Londres, 1969, que sigue siendo hasta hoy la fuente más autorizada.
5. Citado ibíd., p. 65.
6. Ibíd., p. 85.
7. Ibíd., p. 87.
8. O. Hacki, *Pius XII*, Nueva York, 1951, p. 192.
9. Citado ibíd., p. 97.
10. Véase J. Steinberg, *All or Nothing*, Londres, 1990.
11. Blet, *Pie XII*, p. 243; véase también J. Lewis, «The Silence of Pius XII», documental de la BBC, 1996.
12. Citado en Katz, *Black Sabbath*, p. 197.
13. Citado ibíd.
14. Citado ibíd., p. 198.
15. Telegrama de Möllhausen a Von Ribbentrop, 7 de octubre de 1943, en *Inland II Geheim,* Doc. E421524-Documents of the German Foreign Ministry, 1920-1945 en National Archives, Washington, D. C.; citado en Katz, *Black Sabbath*, p. 202.
16. ADSS, vol. ix, p. 505.
17. Ibíd., p. 506. «Ho Risposto: La Santa Sede non vorrebbe essere messa nella necessità di dire la sua parola di disapprovazione.»
18. «Volevo ricordargli che la Santa Sede è stata, come egli stesso ha rilevato, tanto prudente per non dare al popolo germanico l'impressione di aver fatto o voler fare contra la Germania la minima cosa durante una guerra terribile.»
19. «... che la Santa Sede non deve essere messa nella necessità di protestare.»
20. S. Wiesenthal, *Justice Not Vengeance*, Londres, 1989, p. 55.
21. Citado en E. Möllhausen, *La Carta Perdente*, Roma, 1948, p. 117, citado y trad. al inglés en Katz, *Black Sabbath*.
22. Telegrama de Weizsäcker a Berlín, 17 de octubre de 1943, en Inland II Geheim, citado en Katz, *Black Sabbath*, 21 S.
23. ADSS, ix, p. 511.
24. Telegrama de Tittmann al secretario de Estado Hull, 19 de octubre

de 1943, en Foreign Relations of the U.S., 1943, citado en Katz, *Black Sabbath*, p. 259.

25. FO, 371/37571/R10995.
26. FO, 371/3725/19; O. Chadwick, *Britain and the Vatican during the Second World War*, Cambridge, 1986, p. 289.
27. ADSS, ix, p. 505.
28. Weizsäcker a Berlín, 28 de octubre de 1943, en *Inland II Geheim*, citado y trad. al inglés en Katz, *Black Sabbath*, p. 287.
29. Ibid., Docs. E421515; citado en Katz, *Black Sabbath*, p. 288.
30. Este material aparece en el manuscrito de los *Teste*, pp. 822 y ss., al cuidado de la curia jesuita del Borgo Santo Spirito en Roma.
31. *Teste*, p. 831.
32. Ibíd., pp. 832-833.
33. Ibíd., p. 832.
34. Ibíd., p. 834.
35. Ibíd., pp. 836-837.
36. Informe de un testigo en Lewis, «The Silence of Pius XII», documental de la BBC.
37. Citado en K. Scholder, *Requiem for Hitler: And Other New Perspectives on the German Church Struggle*, trad. al inglés, Londres, 1989, p. 166.
38. Informe en Lewis, «The Silence of Pius XII», documental de la BBC.

Capítulo 18. SALVADOR DE ROMA

1. FO, 371/43869/21; citado en O. Chadwick, *Britain and the Vatican during the Second World War*, Cambridge, 1986, p. 290.
2. Entrevista con P. Gumpel, S. J., 14 de febrero de 1998.
3. Carta de Osborne a McEwan, de abril de 1944.
4. ADSS, x, p. 190.
5. Citado en R. Trevelyan, *Rome'44: The Battle for the Eternal City,* Londres, 1981, p. 227.
6. R. Graham, «La rappresaglia nazista alle Fosse Ardeatine: P. Pfeiffer, messaggero della caritá di Pio XII», en *Civiltà Cattolica*, 124 (1973), 4, pp. 467 y ss.
7. M. Stern, *An American in Rome*, Nueva York, 1964, pp. 22-23.
8. *Sunday Times*, Londres, 12 de octubre de 1958.
9. O. Chadwick, *Britain and the Vatican*, p. 302.
10. H. Macmillan, *The Blast of War*, Londres, 1967, pp. 555-556.
11. Citado en D. Tardini, *Pio XII*, Roma, 1959, p. 79: *«Io non voglio collaboratori, ma esecutori.»*
12. Ibíd., p. 79.
13. J. Glorney Bolton, *Roman Century, 1870-1970*, Londres, 1970, p. 58.
14. *Teste*, p. 340.

15. R. Braham, *The Politics of Genocide: The Holocaust in Hungary*, vol. 2, Nueva York, 1981, p. 1068.
16. Ibíd., pp. 1068-1069, citando a H. Fein, *Accounting for Genocide*, Nueva York, 1979, p. 110.
17. Véase ibíd., p. 1070.
18. ADSS, x, p. 328.
19. P. Lapide, *The Last Three Popes and the Jews*, Londres, 1967, p. 153.
20. R. Braham, «The Holocaust in Hungary, A Retrospective Analysis», en *Genocide and Rescue: The Holocaust in Hungary, 1944*, ed. D. Cesarani, Oxford, 1997, p. 41.
21. Lapide, *The Last Three Popes*, p. 161.
22. Braham, *The Politics of Genocide*, p. 41.
23. D. Cesarani, Introducción a *Genocide and Rescue,* p. 5.
24. P. Preston, *Franco*, Londres, 1995, p. 622.
25. AAS, vol. 37, 1945, pp. 10-23.
26. Véase León XIII, encíclica *Libertas*, 20 de junio de 1888.
27. S. Magister, *La politica Vaticana e l'Italia*, Roma, 1979, p. 98.
28. Vatican Pre-Election Activities: Informe de J. Graham Parsons al Departamento de Estado norteamericano, 16 de enero de 1948 (865-001-2848A/VS).
29. Citado en D. Keogh, «Ireland, the Vatican and the Cold War», artículo para la Smithsonian Institution, Washington, D. C., abril 1988, pp. 21-22.
30. Ibíd., p. 34.
31. L. Gedda, 18 Aprile 1948: Memorie inedite del'Artifice della Sconfitta del Frente Popolare, Milán, 1998, p. 131.
32. lbíd., p. 132.
33. R Hebblethwaite, «Pope Pius XII: Chaplain of the Atlantic Alliance?», en *Italy and the Cold War: Politics, Culture and Society 1948-58*, eds. C. Duggan y C. Wagstaff, Oxford, 1995, p. 74.
34. Véase J. Cooney, *The American Pope*, Nueva York, 1984, pp. 213-214, 414 n.
35. Véase *L'Osservatore Romano*, 27 de julio de 1947.
36. J. Cooney, *The American Pope*, p. 214.
37. Ibíd., p. 253.
38. A. Riccardi, «The Vatican of Pius XII and the Roman Party», *Concilium*, 197, 1987: 47.
39. O. Chadwick, *The Christian Church in the Cold War*, Londres, 1993, pp. 15-16.
40. J. Mindszenty, *Memoirs*, Nueva York, 1974, p. 50.
41. Texto trad. al inglés, *The Tablet*, 19 de febrero de 1949.
42. Mindszenty, *Memoirs*, p. 50.
43. Citado en O. Chadwick, *The Christian Church in the Cold War*, p. 71.

Capítulo 19. La Iglesia triunfante

1. R. Leiber, «Pius XII As I Knew Him», *The Tablet*, 13 de diciembre de 1958.
2. AAS, vol. 42, 1950, pp. 561-578.
3. Ibíd., p. 567.
4. Ibíd., p. 568; véase también la discusión en F. A. Sullivan, *Creative Fidelity*, Dublín, 1996, p. 22.
5. J. Aveling, *The Jesuits*, Londres, 1981, p. 360.
6. Citado en F. du Plessix Gray, *Divine Disobedience*, Nueva York, 1970, p. 70.
7. La historia de la represión de los dominicos se narra en Thomas O'Meara, «Raid on the Dominicans», *America*, 5 de febrero de 1994. (O'Meara toma ampliamente de F. Leprieur, *Quand Rome condamne*, París, 1989.)
8. Ibíd., p. 9.
9. Citado en M. Ward, ed., *France, Pagan?*, Nueva York, 1949.
10. Citado en O'Meara, «Raid on the Dominicans», p. 9.
11. H. Perrin, *Priest and Worker.*, trad. al inglés, Londres, 1965, p. 235.
12. Citado en Gray, *Divine Disobedience*, p. 70.
13. C. Davis, *A Question of Conscience*, Londres, 1967, p. 76.
14. AAS, vol. 42, 1950, pp. 753 y ss.
15. E. Schlink, «An Evangelical Opinion on the Proclamation of the Dogma of the Bodily Assumption of Mary», *Lutheran Quarterly*, 3, 1951, p. 138; véase también el análisis en J. Pelikan, *Mary Through the Centuries*, Yale, 1996, pp. 201 y ss.
16. *The Tablet*, 20 de octubre de 1951.
17. C. Staehlin, S. J., *Apariciones: ensayo crítico*, Madrid, 1954, p. 11.
18. Citado en N. Perry y L. Echeverría, *Under the Heel of Mary*, Londres, 1988, p. 232.
19. Citado ibíd., p. 233.
20. AAS, vol. 42, 1950, p. 581.

Capítulo 20. Poder absoluto

1. Se trata de una observación hecha recientemente por el cardenal Franz König en «My Vision for the Church of the Future», *The Tablet*, 27 de marzo de 1999, p. 426.
2. P. Ackroyd, *T. S. Eliot*, Londres, 1984, p. 286.
3. *Teste*, p. 102.
4. Ibíd., p. 334.
5. D. Tardini, *Pio XII*, Ciudad del Vaticano, 1960, pp. 137-138.
6. M. Amory, ed., *The Letters of Evelyn Waugh*, Londres, 1980, p. 202.
7. R. Leiber, «Pius XII As I Knew Him», *The Tablet*, 13 de diciembre de 1958.

8. *Teste*, p. 89.
9. C. Pallenberg, *The Vatican from Within,* Londres, 1961, p. 33.
10. *Teste*, p. 219.
11. B. Leaming, *Orson Welles*, Londres, 1985, p. 351.
12. R Hebblethwaite, *Paul VI*, Londres, 1993, pp. 260-261.
13. *Teste*, p. 37.
14. Ibíd., p. 249.
15. Ibíd., p. 210.
16. Debo esta información a Peter Gumpel, S. J.
17. CDC, 813/2.
18. AAS, vol. 48, 1958, p. 658.
19. Véase R. Porter, *Greatest Benefit to Mankind*, Londres, 1997, pp. 569-570.
20. Citado en U. Ranke-Heinemann, *Eunuchs for Heaven: The Catholic Church and Sexuality*, Londres, 1990, p. 265.
21. Ibíd., pp. 265-266.
22. Hebblethwaite, *Paul VI*, p. 258.
23. *Teste*, pp. 229 y ss.
24. Un informante me cuenta que a todos los chicos de la escuela del monasterio benedictino de Fort Augustus en Escocia se les instruyó para que escribieran cartas «personales» de ese tipo al Pontífice en 1953.
25. Pallenberg, *The Vatican from Within*, p. 35.
26. *Teste*, pp. 276 y ss.
27. Ibíd., p. 227.
28. A. Guinness, *Blessings in Disguise*, Londres, 1996, pp. 45-46.
29. Loris Capovilla, ed., *Vent'Anni dalla elezioni di Giovanni XXIII*, Roma, 1978, p. 13.
30. P. Lapide, *The Last Three Popes and the Jews,* Londres, 1967, p. 227.
31. *The Tablet*, 18 de octubre de 1958, p. 340.
32. P. Hofmann, *O Vatican*, Nueva York, 1984, p. 25.

Capítulo 21. Pío XII redivivo

1. Decreto conciliar, *Lumen gentium.* Véase A. Flannery, Vatican Council II: Conciliar Documents, pp. 350 y ss.
2. Ibíd., p. 912: «Pastoral Constitution of the Church in the Modern World», *Gaudium et spes.*
3. J. Cornwell, *A Thief in the Night*, Londres, 1989, p. 200.
4. A. Hastings, *The Shaping of Prophecy*, Londres, 1995, p. 105.

Fuentes, el debate sobre el «silencio», y la santidad

1. J. S. Conway, «How Shall the Nations Repent?», *The Journal of Ecclesiastical History*, vol. 38, núm. 4, octubre de 1987, p. 596.

2. John Paul II, «We Remember: Reflection on the *Shoah*», el Vaticano, 12 de marzo de 1998; el agradecimiento de Joseph Nathan se publicó originalmente en *L'Osservatore Romano*, 8 de septiembre de 1945, p. 2.
3. R. Hochhuth, *Der Stellvertreter*, Hamburgo, 1963.
4. Ibíd., acto 1, escena 1, p. 26.
5. Según Anthony Rhodes, *The Vatican in the Age of the Dictators*, Londres, 1973, pp. 551-552, las fuentes utilizadas por Hochhuth se limitaban al texto de una conferencia del cardenal Tardini en 1959, dos artículos del padre Leiber y la biografía de Pío XII escrita por el notoriamente poco fiable doctor Galeazzi-Lisi, publicada en francés en París, porque ninguna editorial italiana la publicaría. Además estaban las «confidencias hechas a Hochhuth durante un viaje a Roma por un miembro de la curia. Que no deseaba que se revelara su nombre, estando obligado al secreto hasta la muerte».
6. E. Wiesel, *All Rivers Run to the Sea*, Londres, 1997, p. 329.
7. Entrevista del autor con P. Blet, S. J., de la Universidad Gregoriana en Roma, el 21 de mayo de 1997.
8. G. Riegner, *Ne jamais désespérer: Soixante années au service du peuple juif et des droits de l'homme*, París, 1998.
9. Ibíd., p. 165.
10. ADSS, viii, p. 466 n.
11. Riegner, *Ne jamais désespérer*, p. 166.
12. G. Lewy, *The Catholic Church and Nazi Germany*, Nueva York, 1964, p. 180.
13. C. Falconi, *The Silence of Pius XII*, trad. al inglés, Londres, 1970.
14. Ibíd., p. 14.
15. *Catholic Herald*, 14 de mayo de 1965, citado en P. Lapide, *The Last Three Popes and the Jews,* Londres, 1967, S.
16. Ibíd., p. 353.
17. Ibíd., p. 223.
18. W. Laqueur, *The Terrible Secret*, Londres, 1980, p. 55.
19. Ibíd., p. 57n.
20. Ibíd., p. 55.
21. *Times* (Londres), 20 de mayo de 1963, citado en O. Chadwick, *Britain and the Vatican during the Second World War*, Cambridge, 1986, p. 316.
22. K. L. Woodward, *Making Saints*, Nueva York, 1996, p. 287.
23. R. Gumpel, «Plus XII As He Really Was», *The Tablet*, 12 de febrero de 1999, p. 204.
24. Ibíd.
25. Ibíd., p. 206.

BIBLIOGRAFÍA

Actes et documents du Saint Siège relatifs à la Seconde Guerre Mondiale, ed. Pierre Blet, Robert A. Graham, Angelo Martini y Burkhart Schneider. 11 vols. en 12. Ciudad del Vaticano, 1965-1981.

Álvarez, David y Robert A. Graham, *Nothing Sacred: Nazi Espionage Against the Vatican, 1939-1945,* Londres, 1997.

Arendt, Hannah, *Eichmann in Jerusalem: A Report on the Banality of Evil*, Nueva York, 1963. Ed. española: *Eichmann en Jerusalén*, Lumen, 1967.

Bea, Fernando, *Mezzo secolo della radio del Papa: Radiovaticana, 1931-1981*, Roma, 1981.

Blackbourn, David, *The Fontana History of Germany: 1780-1918, The Long Nineteenth Century*, Londres, 1997.

— *The Marpingen Visions: Rationalism, Religion and the Rise of Modern Germany*, Londres, 1995.

Blanshard, Paul, *American Freedom and Catholic Power*, Boston, 1950.

Blet, Pierre, S. J., *Pie XII et la Seconde Guerre Mondiale d'après les archives du Vatican*, París, 1997.

Bull, George, *Inside the Vatican*, Nueva York, 1982.

Burleigh, Michael, *Death and Deliverance: «Euthanasia» in Germany*, c. 1900-1945, Cambridge, 1994.

— *Ethics and Extermination: Reflections on Nazi Genocide*, Cambridge, 1997.

Butler, Hubert, *The Sub-Prefect Should Have Hold His Tongue, And Other Essays*, Londres, 1990.

Cardinale, Hyginus, *The Holy See and the International Order*, Gerrards Cross, 1976.

Cesarini, David, ed., *The Final Solution: Origins and Implementation*, Londres, 1994.

Chadwick, Owen, «Weizsäcker, the Vatican, and the Jews of Rome», *Journal of Ecclesiastical History*, 28: 2 abril de 1977, pp. 179 y ss.
— *Britain and the Vatican during the Second World War*, Cambridge, 1986
— *A History of the Popes: 1830-1914*, Oxford, 1998.
Charles-Roux, François, *Huit ans au Vatican, 1932-1940*, París, 1947.
Chelini, Jean, et al., *Pie XII et la cité: La pensée et l'action politiques de Pie XII*, Marsella, 1988.
Cianfarra, C. M., *The War and the Vatican*, Londres, 1945.
Cohen, Philip J., *Serbia's Secret War: Propaganda and the Deceit of History*, College Station, Texas, 1996.
Collins, Paul, *Papal Power. A Proposal for Change in Catholicism's Third Milennium*, Londres, 1997.
Conway, J. S., «The Meeting Between Pope Pius XII and Ribbentrop», *Historical Papers of the Canadian Historical Association*, 1968, pp. 103 y ss.
— *The Nazi Persecution of the Churches, 1933-45*, Londres, 1968.
— «Myron C. Taylor's Mission to the Vatican, 1940-1950», *Church History*, 44:1, 1975, pp. 85 y ss.
Dal-Gal, Hieronymo, *Pius X: The Life-Story of the Beatus*, trad. al inglés, Dublín, 1953.
Daly, Gabriel, *Transcendence and Immanence: A Study in Catholic Modernism and Integralism*, Oxford, 1980.
Daniel-Rops, Henri, *A Fight for God: 1870-1939*, Londres, 1963.
— *The Church in an Age of Revolution: 1789-1870*, trad. al inglés, Londres, 1965.
Davis, Charles, *A Question of Conscience*, Londres, 1967.
Deutsch, Harold, *The Conspiracy Against Hitler in the Twilight War*, Oxford, 1968.
Duffy, Eamon, *Saints and Sinners: A History of the Popes*, New Haven, 1997.
Falconi, Carlo, *Popes in the Twentieth Century*, trad. al inglés, Londres, 1967.
— *The Silence of Pius XII*, trad. al inglés, Londres, 1970. Ed. española: *El silencio de Pío XII*, Plaza & Janés, 1970.
FitzPatrick, P. J., *In Breaking of Bread: The Eucharist and Ritual*, Cambridge, 1993.
Fogarty, Gerald P., *The Vatican and the American Hierarchy from 1870 to 1965*, Wilmington, Delaware, 1985.
Friedländer, Saul, *Pius XII and the Third Reich: A Documentation.*

trad. al inglés, Londres, 1966. Ed española: *Pío XII y el tercer Reich*, Nova Terra, 1965.
— *Nazi Germany and the Jews, Vol. 1: The Years of Persecution, 1933-39*, Londres, 1997.
Furlong, Paul y David Curtis, eds., *The Church Faces the Modern World: «Rerum Novarum» and Its Impact*, Boston y Lincolnshire, 1994.
Garrone, Gabriel-Marie, et al., *Pio XII nel centenario della nascita*, Roma, 1979.
Ginsborg, Paul, *A History of Contemporary Italy: Society and Politics, 1943-1988*, Londres,1990.
Glordani, Igino, *Pio XII: Un grande papa*, Turín, 1961.
Goldhagen, Daniel Jonah, *Hitler's Willing Executioners: Ordinary Germans and the Holocaust*, Londres, 1996. Ed. española: *Los verdugos voluntarios de Hitler*, Taurus, 1998.
Graham, Robert A., «La rappresaglia nazista alle Fosse Ardeatine: P. Pfeiffer, messaggero della carità di Pio XII», *Civiltà Cattolica*, 124: 4, 1973, pp. 467 y ss.
— *The Vatican and Communism in World War II, What Really Happened?,* San Francisco, 1996.
Hales, E. E. Y., *Pio Nono. A Study in European Politics and Religion in the Nineteenth Century*, Londres, 1956.
— *The Catholic Church in the Modern World. A Survey from the French Revolution to the Present*, Londres, 1958. Ed. española: *La Iglesia católica en el mundo moderno*, Destino, 1962.
Hanson, Eric O., *The Catholic Church in World Politics*, Princeton, 1987.
Hastings, Adrian, *Modern Catholicism: Vatican II and After*, Londres, 1991.
Hatch, Alden y Seamus Walshe, *Crown of Glory: The Life of Pope Pius XII*, Londres, 1957. Ed. española: *Corona de gloria (Vida del Papa Pío XII)*, Espasa-Calpe, 1972.
Hebblethwaite, Peter, *Paul VI: The First Modern Pope*, Londres, 1993.
— *John XXIII: Pope of the Council*, Londres, 1994.
— *The Next Pope. An Enquiry*, Londres, 1995.
Helmreich, Ernst Christian, *The German Churches under Hitler: Background, Struggle and Epilogue*, Detroit, 1979.
Herczl, Moshe Y., *Christianity and the Holocaust of Hungarian Jewry*, trad. al inglés, Londres, 1993.
Hofmann, Paul., *Anatomy of the Vatican. An Irreverent View of the Holy See*, Londres, 1985.

Holmes, J. Derek, *The Triumph of the Holy See: A Short History of the Papacy in the Nineteenth Century*, Londres, 1978.
Hughes, Philip, *Pope Pius the Eleventh*, Londres, 1937.
Johnston, Francis, *Fatima: The Great Sign*, Chulmleigh, Devon, 1980.
Katz, Robert, *Death in Rome*, Londres, 1967.
— *Black Sabbath: A Journey Through a Crime Against Humanity*, Londres, 1969.
Kelly, J. N. D., *The Oxford Dictionary of Popes*, Oxford, 1987.
Kershaw, Ian, *Hitler, 1889-1936: Hubris*, Londres, 1998. Ed. española: *Hitler,* Península, 1999.
Kertzer, David I., *The Kidnapping of Edgardo Mortara*, Londres, 1997.
Kretzmann, Norman y Eleonore Stump, *The Cambridge Companion to Aquinas*, Cambridge, 1993.
Küng, Hans, *Infallible? An Enquiry*. Trad. al inglés, Londres, 1971.
Kwitny, Jonathan, *Man of the Century: The Life and Times of Pope John Paul II*, Londres, 1997.
Laqueur, Walter, *The Terrible Secret: An Investigation into the Suppression lf Information about Hitler's «Final Solution»*, Londres, 1980.
Lehnert, Pasqualina, *Ich durfte Ihm dienen: Erinnerungen an Papst Pius XII*, Wurzburgo, 1982. Ed. española: *Al servicio de Pío XII: cuarenta años de recuerdos*, BAC, 1984
Leiber, Robert, S. J., «Pio XII e gli ebrei di Roma», *Civiltà Cattolica*, 1961, 1, pp. 449 y ss.
McDermott, John M., ed., *The Thought of Pope John Paul II. A Collection of Essays and Studies*, Roma, 1993.
Marconi, Mana Cristina, *Mio marito Guglielmo*, Milán, 1995. Ed. española: *Mi marido Guillermo Marconi*, Aguilar, 1996.
Marrus, Michael R. y Robert O. Paxton, *Vichy France and the Jews*. Trad. al inglés, Stanford, 1995.
Matheson, Peter, ed., *The Third Reich and the Christian Churches*, Edimburgo, 1981.
Matt, Leonard von y Nello Vian, *St. Pius X: A Pictorial Biography*. Trad. al inglés, Londres, 1955.
Milbank, John, *The Word Made Strange: Theology, Language, Culture*, Oxford, 1997.
Mommsen, Hans, *From Weimar to Auschwitz: Essays in German History*. Trad. al inglés, Cambridge, 1991.
— *The Rise and Fall of Weimar Democracy*. Trad. al inglés, Londres, 1996.

Morley, John F., *Vatican Diplomacy and the Jews During the Holocaust, 1939-1943*, Nueva York, 1980.
Muggeridge, Malcolm, ed., *Ciano's Diary: 1939-1943*, Londres, 1947.
Noel, Gerard, *The Anatomy of the Catholic Church*, Londres, 1980.
Nolfo, E. di, *Discorsi e radiomessagi di Sua Santità Pío XII*, 20 vols., Ciudad del Vaticano, 1955-1959.
Padellaro, Nazareno, *Portrait of Pius XII*. Trad. al inglés, Londres, 1956.
Patch, William L., Jr., *Heinrich Brüning and the Dissolution of the Weimar Republic*, Cambridge, 1998.
Perry, Nicholas y Loreto Echeverría, *Under the Heel of Mary*, Londres, 1988.
Peters, Walter H., *The Life of Benedict XV*, Milwaukee, 1959.
Pollard, John F., *The Vatican and Italian Fascism, 1929-32*, Cambridge, 1985.
— *The Unknown Pope: Benedict XV (1914-1922) and the Pursuit of Peace*, Londres, 1999.
Preston, Paul, *A Concise History of the Spanish Civil War*, Londres, 1986. Ed. española: *La guerra civil española*, Plaza & Janés, 1987. *Revolución y guerra en España*, Alianza, 1986.
Ratté, John, *Three Modernists: Alfred Loisy, George Tyrell, William L. Sullivan*, Londres, 1972.
Rhodes, A., *The Vatican in the Age of the Dictators, 1922-1945*, Londres, 1973.
Riccardi, Andrea, ed., *Le Chiese di Pio XII*, Bari, 1986.
Ridley, Jasper, *Mussolini*, Londres, 1997.
Scholder, Klaus, *The Churches and the Third Reich*. Trad. al inglés por John Bowden, 2 vols., Londres, 1987, 1988.
— *A Requiem for Hitler: And Other New Perspectives on the German Church Struggle*. Trad. al inglés, Londres, 1989.
Seidel, Gill, *The Holocaust Denial: Antisemitism, Racism and the New Right*, Leeds, 1986.
Smith, Denis Mack, *Mussolini*, Londres, 1981.
— *Modern Italy: A Political History*, Londres, 1997.
Spinosa, Antonio, *Pio XII: L'ultimo papa*, Milán, 1992.
Stehlin, Stewart A., *Weimar and the Vatican, 1919-1933: German-Vatican Diplomatic Relations in the Interwar Years*, Princeton, 1983.
Steinberg, Jonathan, *All or Nothing: The Axis and the Holocaust, 1941-43*, Londres, 1990.

Stoltzfus, Nathan, *Resistance of the Heart: Intermarriage and the Rosenstrasse Protest in Nazi Germany*, Londres, 1996.
Sullivan, Francis A., *Magisterium: Teaching Authority in the Catholic Church*, Ramsey, N. J., 1983.
— *Creative Fidelity: Weighing and Interpreting Documents of the Magisterium*, Dublín, 1996.
Sweeney, Garrett, ed., *Bishops and Writers. Aspects of the Evolution of Modem English Catholicism*, Wheathampstead, Hertfordshire, 1977.
Tardini, D., *Pio XII*, Ciudad del Vaticano, 1959.
Trevelyan, Raleigh, *Rome '44: The Battle for the Eternal City*, Londres, 1981.
Trinchese, Stefano, *La repubblica di Weimar e la Santa Sede tra Benedetto XV e Pio XI (1919-1922)*, Nápoles, 1994.
Vaillancourt, Jean-Guy, *Papal Power: A Study of Vatican Control over Lay Catholic Elites*, Londres, 1980.
Vidler, Alec R., *The Church in an Age of Revolution: 1789 to the Present Day*, Londres, 1961.
Walsh, Michael, *John Paul II: A Biography*, Londres, 1994.
Woodward, Kenneth L., *Making Saints: How the Catholic Church Determines Who Becomes a Saint, Who Doesn't, and Why*, Nueva York, 1990. Ed. española: *La fabricación de los santos*, Ediciones B, 1991.
Zahn, Gordon C., *German Catholics and Hitler's Wars: A Study in Social Control*, South Bend, Ind., 1989.

Índice onomástico y temático

Impreso en Talleres Gráficos
HUROPE, S. L.
Lima, 3 bis
08030 Barcelona

Colección Documento

Últimos títulos publicados:

Manuel Conthe
EL MUNDO AL REVÉS

Lorenzo Díaz
LUIS DEL OLMO. PROTAGONISTA

Jesús Quintero
TRECE NOCHES

José Díaz Herrera e Isabel Durán
AZNAR

Fernando Díaz-Plaja
EL VIAJE DE MI VIDA

Rafael López Pintor
VOTOS CONTRA BALAS

Julián Marías
SER ESPAÑOL

Simon Andreae
ANATOMÍA DEL DESEO

Christian Jacq
EL ANTIGUO EGIPTO DÍA A DÍA

Alejandra Matus
EL LIBRO NEGRO DE LA JUSTICIA CHILENA

EDITORIAL PLANETA
Córcega, 273-279, 08008 Barcelona
www.editorial.planeta.es

JOHN CORNWELL

EL PAPA DE HITLER

La verdadera historia de Pío XII



Fue Pío XII indiferente al sufrimiento del pueblo judío? ¿Tuvo alguna responsabilidad en el ascenso del nazismo? ¿Cómo explicar que firmara un concordato con Hitler? Preguntas como éstas empezaron a formularse al finalizar la segunda guerra mundial, tiñendo con la sospecha al Sumo Pontífice. A fin de responder a estos interrogantes, y con el deseo de limpiar la imagen de Eugenio Pacelli, el historiador católico John Cornwell decidió investigar a fondo su figura. En los archivos vaticanos, donde tuvo acceso a documentos desconocidos hasta ahora, encontró exactamente lo contrario a lo que buscaba: pruebas irrefutables de su antisemitismo y de su responsabilidad en el estallido de las dos guerras mundiales. Lejos del sensacionalismo, esta devastadora biografía, excelentemente escrita, examina la carrera eclesiástica de Pacelli con un impecable rigor, lo que hace aún más demoledoras sus conclusiones. El profesor Cornwell plantea unas acusaciones acerca del papel de la Iglesia en los acontecimientos más terribles del siglo, incluso de la historia humana, extremadamente difíciles de refutar.

Documento

